V

A.C. CRISPIN

PLAZA & JANES

P & J

EXITOS

Serie de T.V.

www.todocoleccion.net

V
A.C. Crispin
1985
Narrativa, Novela, Ciencia-Ficcion

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y acontecimientos son ficticios, y cualquier parecido con personas reales o sucesos es mera coincidencia.

Este libro está dedicado a los «Whileaway Writers Co-op», a esa incontenible e igualitaria Banda de Seis, a cuyos componentes tengo el honor de considerar como amigos: autores, técnicos y artistas en general:

Anne

Debby

O'Malley

Shana

Teresa

Desearía dar las gracias especialmente a mi editora, Harriet P. McDougal, vice presidenta de «TOR Books», por su aliento y consejo y por haberme mantenido bajo su protección durante el tiempo dedicado a escribir este libro.

También debo mi más cálido agradecimiento a Pixie Lamppu, quien realmente cuidó de mí y me ayudó de todas las formas posibles.

ARGUMENTO

Llegaron decenas de millares de seres extraterrestres en enormes naves espaciales, del tamaño de una moderna metrópoli. Procedían de un planeta moribundo. Todo cuanto deseaban, a cambio de sus vastos conocimientos en ciencia y tecnología, era participar en una pequeña parte de los recursos naturales de la Tierra. La suya era una misión de paz…. y la Humanidad los creyó. Pero empezaron a multiplicarse, hasta convertirse en un ejército de invasores alienígenas. Y entonces hombres, mujeres y niños —ciudades enteras— empezaron a desvanecerse de Tierra. Y la aterradora realidad que ocultaba tras su misión de paz —un reinado de terror a la escala de todo el globo— despertó en la Humanidad el imperativo de… RESISTIR O PERECER.

LIBRO PRIMERO: MAÑANA

CAPÍTULO I

El campamento de los guerrilleros estaba montado sobre los restos de un antiguo pueblo. Las chozas de barro y bloques de escorias, últimos vestigios de una iglesia bombardeada —en una cacharrería, incluso, los objetos de loza seguían horneándose en el calor del verano—, todo parecía amontonado al azar, desolado, cosas moribundas y retorcidas por las balas.

Tony Wah Chong Leonetti se enjugaba el sudor de la frente, mientras aparcaba el viejo jeep bajo un combado alero cubierto de paja.

— Parece igual… ¿Por qué siempre parecen lo mismo? —murmuró.

— ¿Qué es lo que siempre parece lo mismo?

Mike Donovan se llevó la cámara al hombro y tomó rápidamente una vista panorámica del campamento, con sus ojos verdes alerta, buscando los mejores ángulos, los planos que resultasen más sugestivos.

— Escondrijos de la guerrilla. Siempre es lo mismo en cualquier país, ya sea Laos, Camboya, Vietnam… Siempre consiguen parecer iguales. Supongo que los dirigentes son básicamente iguales, no importa cuál sea su nacionalidad.

Rebuscó en el asiento de atrás y sacó una bolsa con el equipo de sonido. Murmurando suavemente para sí, comprobó el micrófono, escuchó el *playback* por los auriculares y, finalmente, asintió satisfecho. Mientras tanto, Donovan había salido del jeep para hacer frente a una mujer de oscuro cabello que se aproximaba, con su «AK-47», sin apuntar directamente hacia ellos.

La mujer habló con voz dura, y tenía los ojos enrojecidos por el polvo y el agotamiento.

— ¿Es usted Donovan? —preguntó en un inglés quebrado—. Juan nos dijo que vendría.

Donovan hizo un ademán de asentimiento.

— Carlos no está ahora aquí. Tendrá que esperar.

Donovan miró dubitativo al campamento recubierto de polvo.

— ¿Cuánto tiempo?

— No lo sé. Espere.

Se volvió y se alejó con decisión.

Donovan miró de nuevo hacia Tony.

— Confiemos en que esté ya de camino. Estoy muerto de hambre, y las perspectivas de manduca no parecen aquí muy prometedoras. ¿No te parece?

Tony suspiró.

— Supongo que siempre podremos birlar alguna de esas gallinas que se ven por ahí.

Donovan sonrió, pareciendo de repente mucho más joven.

— No sería la primera vez, ¿verdad?

— No…

Leonetti se volvió.

— ¿No estoy oyendo un motor?

— Seguro que sí…

Donovan empezó a comprobar los indicadores de su cámara.

Un camión, cargado con guerrilleros armados, irrumpió en el campamento dando tumbos. Los gritos de los heridos se mezclaron con exclamaciones de saludo que rompieron el cálido silencio, mientras otros combatientes salían de los derruidos edificios y echaban a correr hacia el vehículo. Donovan y Leonetti les siguieron, haciéndose a un lado cuando hombres y mujeres, que transportaban camillas, pasaron junto a ellos.

— Parece que no han tenido tanta suerte como esperaban —observó Tony, escuchando el vocerío en español y los lamentos de los heridos.

Algunas de las formas que yacían en el camión permanecían inmóviles.

Donovan enfocó su cámara hacia un rostro ensangrentado, sintiéndose, y no por primera vez, como un profanador que viviera del sufrimiento y la muerte de los demás. Luego, también como de costumbre, pensó que el sufrimiento y la muerte no servirían para nada útil si nadie los conocía. Su trabajo consistía en asegurarse que la gente supiese lo que estaba sucediendo.

Un hombre gritaba órdenes por encima de aquel tumulto. Tony echó un vistazo.

— ¿Carlos?

Mike Donovan asintió.

— Debe de ser él.

Alzando la voz, preguntó:

— Por favor… ¿Es usted Carlos? Juan me dijo que quería hablar con nosotros acerca del ataque de anoche. ¿Cómo ha ido? ¿Cuántas bajas ha tenido?

El hombre bajó del camión. Tendría unos treinta y cinco años, y hubiera resultado bien parecido de no ser por el sudor y la sangre que le estriaban el rostro. Se frotó, irritado, una herida en el ojo izquierdo, con lo cual le goteó de nuevo la sangre. Ante el saludo de Donovan, se volvió y se quedó mirando a los dos hombres.

— Claro que hemos sufrido bajas, tío. No se puede pensar en combatir contra una fuerza como la de ellos sin tener bajas…

Se volvió airadamente y se alejó a buen paso del camión. El dormido campamento era ahora un hormiguero de actividad, a medida que los hombres y las mujeres se atareaban cargando el equipo en camiones y jeeps.

Leonetti desplazó su micrófono haciendo un círculo, con lo cual captó los ruidos del campamento: el de pies corriendo, el cacareo de las asustadas gallinas, los sordos ruidos de los combatientes que cargaban los camiones. Echó un vistazo hacia Donovan:

— Mira, Mike, parece que se marchan. ¿Crees que deberíamos captar la indirecta?

Donovan, absorto en su filmación, asintió abstraído y luego enfocó al jefe. Éste gritaba:

— *¡Saquen primero los camiones de municiones!*[1].

Tony meneó la cabeza.

— ¿Qué es lo que dice?

Donovan echó a andar detrás de Carlos.

— Dice que hay que sacar en primer lugar los camiones de municiones…

— ¡Mierda! —musitó Tony—. Sin duda sospechan que habrá problemas.

Donovan estaba ya demasiado lejos como para oírle. Al llegar al lado del comandante de la

guerrilla, le gritó:

— ¿Cuántas bajas?

La boca del hombre se retorció en una fea mueca.

— Siete hombres y mujeres muertos. Una docena de heridos.

Volviendo la mirada hacia sus combatientes, aulló:

— *¡Jesús, mueve el jeep…! ¡Lo está tapando todo…!*

Donovan miró hacia aquel vehículo para cerciorarse de que Carlos no se refería al viejo cacharro que él y Tony habían trampeado; se tranquilizó al comprobar que era otro. Hizo una toma en primer plano del rostro del hombre, mientras éste dirigía la evacuación.

— También usted está herido…

Como si sólo entonces se diese cuenta de que le filmaban y de que cuanto dijese llegaría a millones de televidentes, Carlos miró directamente al objetivo y pareció como si, al hablar, mordiera las palabras:

— Estas heridas no son *nada* en comparación con las que han infligido a mi país.

Uno de los sanitarios se acercó, tratando de curarle el ojo, pero Carlos le apartó a un lado y continuó:

— Pero lucharemos contra ellos. Hasta que venzamos. ¿Ha captado eso? ¡Combatiremos hasta que El Salvador sea libre! ¡Nada podrá detenernos! *¿Ha tomado eso?*

— Sí —admitió Donovan—. Lo tengo.

Un súbito alarido cortó el aire detrás de ellos. Donovan y el jefe de la guerrilla giraron sobre sí mismos y vieron a un helicóptero del Ejército que rugía en dirección a ellos, casi rozando las copas de los árboles que rodeaban el campamento. Las ametralladoras comenzaron a escupir balas, cual mortífero chaparrón, cuando la aeronave armada empezó a bombardear el polvoriento centro del campamento. Varias personas cayeron con las primeras descargas, y sus gritos parecieron desafiar al horrísono rugido del helicóptero y el *staccato* de las ráfagas de la ametralladora.

Sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí, Donovan se encontró de bruces en el suelo detrás de un muro semiderruido, con la cámara aún colgada del hombro. Comenzó a seguir el recorrido del helicóptero atacante, enfocando la cámara con cuidado mientras el helicóptero giraba para dar otra pasada. Era apenas consciente de una mancha cerca de él, algo que resultó ser Tony, que, aun jurando y cubierto de polvo, seguía agarrando con fuerza su equipo de sonido.

Apenas escuchó la voz de su compañero por encima de aquel caos:

— ¡Esto no tiene buena pinta, Mike!

Donovan no llegaba a creerse la filmación que estaba consiguiendo del bombardero, con los cañones reluciendo, mientras el aparato rugía de regreso por el pueblo. La voz sonó ronca a causa del polvo que había tragado, pero su tono resultó jubiloso:

— Bromeas, tío. Esto es algo grande…

Al otro lado del campamento estalló un camión, alcanzado su depósito de gasolina, y casi en el mismo momento la mujer que les había hablado antes se dobló sobre sí misma, exhalando un grito. Varias personas se precipitaron para ayudarla, y otras comenzaron a disparar contra el aparato. Las balas levantaron regueros de polvo a pocos pasos de distancia, y Tony agarró a

Donovan por el brazo.

— ¡Vamos! ¡Al diablo con esa gran filmación!

Echaron a correr, vacilando y agachándose, entorpecidos por su equipo. Éste formaba parte de su persona, por lo cual ningún periodista piensa nunca en abandonarlo. Se acurrucaron detrás de otro muro, cercano a un edificio, pegados el uno al otro, para protegerse de un nuevo ataque del helicóptero.

Tony se echó hacia atrás mientras una bala silbaba por encima de él.

— Donovan…, esta vez conseguirás matarme, ya verás…

Donovan se volvió y sonrió; los dientes le brillaban en el sucio rostro.

— ¡Diablos, Tony, vas a ganar otro «Emmy»…!

— Lo único que conseguiré es un balazo en mis auriculares —le gritó como respuesta Leonetti, manteniendo ferozmente en funcionamiento su equipo sonoro—. Dile a mi mujer que mis últimos pensamientos fueron…

— ¡Mira!

El grito de Donovan cortó la frase de Tony.

— ¡Mírale!

Carlos había corrido hasta un camarada caído en el momento en que el helicóptero regresaba, picando sobre él. Las balas comenzaron a silbar ante ellos. El jefe de los guerrilleros permaneció en pie, sujetando su pistola automática del «45» con ambas manos, y avistando fríamente a través del punto de mira el helicóptero que se aproximaba. Cuando llegó a la distancia necesaria, y bajó aún más en picado para proseguir la matanza, Carlos disparó varias balas, apuntando al piloto, claramente visible detrás de la burbuja de cristal de la carlinga.

En el preciso instante en que parecía que las siguientes ráfagas de la ametralladora conseguirían destrozar al jefe guerrillero, el piloto se desplomó fláccidamente sobre su asiento. El helicóptero se bamboleó, cayó en barrena y se deslizó por encima de las copas de los árboles, perdiendo altura por momentos. El suelo se estremeció con la fuerza de la explosión, y Donovan, incluso a aquella distancia, notó en su rostro una fuerte vaharada de aire caliente.

— ¡Increíble! ¿Has visto eso?

Tony asintió enérgicamente, agarrándole del brazo.

— Lo que resulta *realmente* increíble es que aún estemos vivos, compañero… ¡Vamos!

Donovan se encontraba aún filmando cuando su colega tiró de él hacia su destartalado vehículo, el cual permanecía asombrosamente intacto. Leonetti puso en marcha el motor, mientras oía el fuerte zumbido de otro helicóptero que se acercaba al campamento, brillante ahora a causa de los disparos y de las llamas de los vehículos que habían sido destruidos. Soltando de golpe el embrague, dirigió el jeep, coleando, a través del campamento, encaminándolo otra vez hacia la carretera por la que habían llegado aquella mañana. Lanzó una mirada al cámara, que sonreía, admirado a medias y a medias exasperado. Donovan apuntaba su cámara hacia el camino por el que llegaron, inclinándose hacia atrás para captar una toma del helicóptero que les seguía.

— ¡Me gustaría tener un soporte «Tyler»! —gritó, cuando la cámara rebotó en su hombro.

Tony Leonetti suspiró.

— Yo preferiría un tanque…

Pero Donovan, que seguía filmando, no le oyó. El jeep siguió dando bandazos, cruzó un riachuelo, levantando grandes salpicaduras de agua. De repente, el vehículo dio un violento bandazo al explotar un cohete cerca de ellos, salpicando agua sobre el jeep y sus ocupantes.

La voz de Donovan llegó débilmente a Tony, aunque el hombre del sonido sabía que su amigo estaba chillando con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Basta ya, Tony! ¡Esto no es mucho peor que Camboya!

El asiático se echó a reír, meneando la cabeza.

— Si me llevases allí por lo menos podría pasar por uno de ellos… ¿Dónde diablos habrá ido el helicóptero?

La pregunta fue respondida en cuanto coronaron una pequeña elevación en la carretera. El helicóptero se hallaba suspendido a muy pocos metros del suelo, aguardándoles.

Tony giró con rapidez el volante, pero no antes de que el helicóptero disparase una ráfaga. El jeep se desvió de nuevo mientras Leonetti jadeaba, agarrándose el brazo. Donovan alargó la mano con rapidez hacia el volante, manteniendo fijo el zarandeado vehículo en el momento en que el helicóptero se alzaba sobre sus cabezas. Echando un vistazo al brazo de su compañero, el cámara vio una nueva mancha escarlata en la camisa floreada de hibiscos de Tony.

— ¿Estás bien? —le gritó, cuando su colega se hizo de nuevo cargo de la dirección.

— ¿Bromeas?

El viento hizo ondear el negro pelo de Tony contra la badana de su sombrero.

— ¡Estoy disfrutando de cada momento!

De repente, otro cohete cayó en mitad de la senda que seguían. El jeep, perdido ya por completo su equilibrio, se deslizó hacia un lado, y volcó en la cuneta. Por encima de sus cabezas oyeron el estruendo del helicóptero, que se dirigía en línea recta hacia ellos.

Donovan cayó encima de su compañero, arrojado fuera del volcado vehículo, pero el suave polvo que cubría la carretera redujo el golpe a una sacudida. Todos los instintos del cámara reaccionaron ante el batir de las palas del helicóptero. ¡Tenían que alcanzar la protección de los árboles!

Donovan se arrastró con la cámara aún firmemente agarrada. Volviéndose, ayudó a ponerse en pie al técnico de sonido, percatándose de que el conducto de la gasolina se había roto y que las llamas empezaban a prender en el derramado combustible.

Quedó alarmado por la palidez que se evidenciaba bajo la morena faz de Tony.

— ¿Puedes correr?

Tony contempló el incendio.

— ¿Tengo otra elección?

— Atraeré su atención sobre mí. Tú tienes que llegar hasta aquellos árboles. Te brindarán alguna protección.

Lanzó un rápido vistazo al helicóptero, que había dado la vuelta y se dirigía hacia ellos. Se lanzó hacia delante.

— ¡Vamos, Tony!

— ¡No, Mike! Iremos juntos…

Donovan corría ya.

— ¡A toda velocidad! ¡Vamos!

Detrás de él, escuchó cómo Tony se encaminaba hacia los árboles.

Donovan avanzó en zigzag a través de aquella superficie embarrada, notando cómo las balas casi le daban en los talones. Aunque aumentó la velocidad, se percató de que no había nada delante de él, excepto la otra orilla del riachuelo, ancho y poco profundo, pero casi imposible de atravesar corriendo. Oxidados en medio del mismo se encontraban los restos de lo que en su día fuera una camioneta, y que ahora parecía un queso suizo a causa de centenares de agujeros de bala.

¿Me escondo al abrigo de eso?, se preguntó, pensando en que la camioneta le proporcionaría una muy escasa cobertura contra las balas. Pero no tenía ningún otro lugar adonde correr.

Se volvió, cogió la cámara entre sus brazos y vio cómo el helicóptero se balanceaba a escasísimos metros del agua, tan delicadamente como una gallina clueca disponiéndose a preparar su nido. *¡Mierda* —pensó—. *Está ahí!* En abierto desafío —con el loco pensamiento de que tal vez el helicóptero no se hubiese dado cuenta de que era periodista—, Donovan alzó la cámara y filmó directamente los rostros de los dos hombres del aparato. Su ojo se pegó al visor de la cámara, mientras el helicóptero se acercaba aún más y Donovan veía muy bien al hombre sentado al lado del piloto.

No puede ser. Ham Tyler… ¿Qué diablos está haciendo ahí? El ex agente de la CIA formaba ahora parte de una rama altamente secreta de la cobertura de las operaciones de seguridad de los Estados Unidos. Ya había seguido antes la pista de cerca a Donovan en Laos. Donovan había oído rumores de que aquel «patriota» derechista —el término era de Ham, no de Donovan— era responsable de algunas de las más noto rías limpiezas de fuerzas guerrilleras en El Salvador, pero no se había podido demostrar.

Pero en el momento en que Mike Donovan reconocía al hombre que se encontraba en el asiento del copiloto, el helicóptero alzó el vuelo, dio la vuelta y se alejó a toda velocidad.

¡Vaya…! Y ahora, ¿qué diablos…?

Donovan se volvió y comprobó que, como una especie de milagro, un tanque había aparecido a su lado.

¿En un silencio total? Vamos, Mike, no seas idiota…

La cámara estuvo a punto de caérsele. Mientras escuchaba el bajo y pulsante zumbido, sus desconcertados ojos captaron la enorme forma que se deslizaba hacia él por encima de las distantes montañas, empequeñecidas a pesar de su enormidad.

A Donovan se le desencajó la mandíbula; su mente le gritó que aquello era imposible, que no podía seguir *vivo* y verlo. Automáticamente, sus dedos se engaritaron en el gatillo de filmación, y escuchó cómo la cámara grababa aquella increíble visión.

Un esferoide achatado por los polos, como los que había oído describir en aquellas historias de ovnis, pero tan grande… Su confusa mente trató de hacerse cargo de la enormidad del navío, pero a medida que se aproximaba más, su sentido de las proporciones simplemente desapareció. ¿Un kilómetro y medio de diámetro? Más… ¿Tres? Más… *Enorme…*

Finalmente se detuvo, colgando en el aire como si se tratara de un imposible sueño. Donovan oyó a Tony gritar a sus espaldas, y se volvió para hacer un ademán tranquilizador al técnico de sonido. Mientras avanzaba con dificultad cruzando el riachuelo en dirección a su amigo, un

pensamiento se fijó en la mente de Donovan como un disco rayado.

¿A cuántos hombres en la Historia un platillo volante les habrá salvado de que les peguen un tiro en el culo?

El ratón blanco se incorporó sobre sus patas traseras, con los pelos del bigote contraídos, en el momento en que oyó abrirse la puerta de la jaula. ¿Hora de comer? Su estómago le decía que no, que no había llegado el momento de la comida. En vez de ello, notó que una mano le agarraba con cariño, le alzaba con gran cuidado y luego le daba la vuelta. Reconoció el olor, la voz que le hablaba, y no se resistió.

— Vamos, *Algernon*. Muéstrale al doctor Metz tu barriguita…

— ¡Notable!

El doctor Rudolph se inclinó hacia delante para escrutar la velluda barriga del ratón; luego tomó una lupa para inspeccionarlo con más detalle.

— ¡La lesión está casi curada!

La rubia joven con bata del laboratorio sonrió, complacida, ante la reacción de Metz.

— Sí. Unos cuantos días más y se hallará normal por completo.

Acarició la cabeza del ratón con un dedo y luego, con delicadeza, lo metió de nuevo en la jaula.

El doctor Metz alzó sus pobladas cejas entrecanas, mirando a la mujer con la misma intensidad con la que había observado al ratón.

— ¿Sabes cuánto tiempo hace que mi equipo de investigaciones lleva buscando esa fórmula, Juliet?

Juliet Parrish sonrió, pero meneó la cabeza.

— No todo ha sido obra mía. Ruth me ha ayudado muchísimo.

Ruth Barnes alzó la mirada de un microscopio en el otro extremo del laboratorio.

— Lo he oído; no te lo creas, Rudolph. Es ella quien lo ha hecho todo.

— Bueno, el caso es que he tenido mucha suerte.

La estudiante de Medicina de cuarto curso examinó cuidadosamente el pestillo de la jaula del ratón, para no tener que cruzar su mirada con la del hombre mayor.

Metz asintió.

— La suerte también desempeña su papel en la ciencia, pero, por lo general, sólo cuando va acompañada de un duro trabajo y de inspiración. La verdad sea dicha, Juliet, es que estás muy, pero que muy dotada. La investigación es algo natural en ti.

Viniendo del doctor Metz, aquello significaba un extraordinario cumplido, y Juliet no pudo impedir el enrojecimiento de placer que calentó su rostro. Mirando hacia Ruth, vio que la mujer mayor alzaba el pulgar en señal de aprobación.

Metz observó al ratón que retozaba en su jaula.

— Y, además, te advierto que Ruth y yo te vamos a robar a la Facultad de Medicina. Si dedicases todo tu tiempo a la bioquímica, podrías…

La puerta del laboratorio se cerró con estruendo, sobresaltándolos a todos. En el umbral se perfiló la silueta de un joven negro sin aliento.

— ¿Han oído hablar de ellos?

— ¿Si hemos oído hablar de quiénes, Ben?

El doctor Metz estaba intrigado.

El doctor Benjamín Taylor conectó el televisor que se encontraba en un estante del laboratorio. El pequeño aparato portátil se llenó con el bien conocido semblante de Dan Rather; en aquel momento, un semblante muy grave:

— Procedan de donde procedan los informes —de París, Roma, Ginebra, Buenos Aires, Tokio —, las descripciones del navío son idénticas. Y…

Se detuvo, obviamente escuchando una voz en sus auriculares:

— Me dicen que nuestra emisora afiliada «KXT», en San Francisco, tiene ahora imágenes.

En la pantalla se vio ahora un gran navío sobre la bahía de San Francisco, algo que llenaba por completo la pantalla, un objeto tan enorme, que el puente del Golden Gate parecía una auténtica miniatura. Los tres del laboratorio percibieron el temor reverencial en la voz de Rather.

— Sí, aquí está… ¡Dios mío, y qué tamaño tiene! Señoras y caballeros, esta imagen llega hasta ustedes *en directo* desde San Francisco.

Casi en el mismo momento, los tres científicos escucharon un zumbido bajo y pulsante, apenas dentro de las posibilidades de captación del oído humano. Sin embargo, los ratones chillaron y comenzaron a correr frenéticamente dentro de sus jaulas.

Juliet miró a Ben.

— ¿Crees que…?

Como respondiendo a su pregunta. Dan Rather habló desde la pantalla del televisor:

— Estoy recibiendo confirmación de que *otro* de esos navíos gigantes se mueve ahora encima de Los Angeles…

— ¡Oh, Dios mío! —exclamó Ruth.

Los tres científicos se miraron unos a otros.

El antropólogo Robert Maxwell se inclinó hacia su tesoro, frotando con cuidado la cuenca de un ojo vacío, con mucho más cariño que el que empleaba al bañar a su hija de tres años. Aun así, Arch Quinton alzó una mano cautelosa.

— Con cuidado, con cuidado, Robert. Es una dama muy especial…

Su acento escocés se acentuaba aún más cuando estaba excitado, y Maxwell sonrió para sí, pensando que nunca había visto a nadie más extático ante un descubrimiento, aunque Quinton se moriría antes de eliminar aquella apariencia de «severo escocés» que afectaba.

— ¿Así que tu examen del cóndilo de la cadera ha dejado claro que era una hembra? —preguntó.

Ante el asentimiento de Quinton, continuó, dando unos ligeros golpecitos a los ennegrecidos y mellados dientes.

— Pleistoceno superior, seguro, Arch. Mucho más antiguo que cualquier otra cosa que hayamos descubierto en esta localización, ¿no estás de acuerdo?

Quinton asintió.

— Los artefactos parecen sostener tu opinión, compañero. Además, mira su frente, aquí…

Su mano, que había estado alzada para frotar con cuidado los finos fragmentos de cabello, se detuvo un momento y luego se dirigió hacia un punto:

— ¡Robert, mira eso!

Incluso antes de que Robert Maxwell se hubiese vuelto, oyó el sonido: una pulsación vibrátil que atravesó su cuerpo y sus oídos. Se giró para ver a una nave gigante, de un azul plateado, que corría hacia ellos con tanta suavidad como si se deslizase por una pista invisible. Su mano se crispó convulsamente en el cepillo, y se apretó aún más contra el acantilado, como si pudiera interponerse entre su hallazgo y la nave espacial.

Elias Taylor, de cuclillas en la salida de incendios, miró rápidamente a su alrededor para asegurarse de que no le observaban. No había demasiadas probabilidades de que hubiese alguien en casa, puesto que era sólo mediodía, pero Elias nunca había sido atrapado, y no tenía la menor intención de serlo ahora. Satisfecho, sacó con rapidez el pequeño panel, con suavidad y precisión. Luego, un rápido golpe con una piedra…, y listos. Los dientes del joven parecían más blancos contra su moreno semblante cuando sonrió. Fácil. A Elias le gustaban los trabajos fáciles.

Una vez en el interior del apartamento, corrió por las habitacioncillas, en busca de cosas fáciles de transportar y sencillas de traficar después. Su mirada detectó un «Walkman», y le dio un toque, escuchando con atención para asegurarse de que sonaba bien.

Un calcetín metido debajo del colchón de una cama sin hacer con tenía casi cien dólares en efectivo. Elias sonrió de nuevo mientras contaba el dinero y movía la cabeza. *Siempre esconden la pasta en los mismos sitios. La mayoría de los tipos no tiene imaginación…*

La única otra cosa que interesó a Taylor fue un televisor portátil. Lo conectó, haciendo una mueca al percatarse de que era en blanco y negro. *¡Vaya tiparracos…!*, pensó, dispuesto a apagarlo y a salir de allí. Las teles en blanco y negro eran tan baratas, que no valían ya ni el esfuerzo de robarlas. Sus dedos estaban a punto de apretar el botón de apagado, cuando quedaron paralizados ante la imagen que surgía en la pantalla, algo que parecía —¡pero no podía ser!— la imagen *en directo* de un gigantesco OVNI… Se apresuró a subir el sonido.

— …a lo largo de los Campos Elíseos. Repetimos, la imagen nos llega en directo desde París, donde ya sobrevuela otro ovni gigante…

Elias se sentó, con los ojos muy abiertos, mientras aparecía la imagen de una escuadrilla de cazarreactores que surcaba el aire. La voz continuó:

— Los informes del Pentágono dan cuenta de que los cazas del Mando Táctico del Aire de las bases en todos los Estados Unidos se han aproximado a esos monstruosos ovnis, pero todos los reactores han informado de interferencias en su equipo de a bordo y en los sistemas eléctricos, que han obligado a los pilotos a abandonar sus intentos.

La escena cambió luego a una multitud que corría alocadamente a lo largo de una calle, con los coches atascados en medio de la misma, emitiendo continuos bocinazos, un caos completo y absoluto. Incluso los policías parecían ajenos al asunto, y no era de extrañar, pensó Elias, al ver a otro de aquellos navíos gigantes que colgaba en el aire (¿cómo diablos podían hacer aquel truco?), por encima de sus cabezas. La escena le recordó angustiosamente otra, una que había visto en una película. Mientras la cámara enfocaba el monumento a Washington, Elias silbó suavemente.

— ¡Mierda! —murmuró—. El viejo Klatu y Gort llegan otra vez a la Tierra, y esta vez, de

verdad.

El locutor seguía hablando:

— …haciendo imposible llegar a menos de un kilómetro del navío. Los misiles disparados contra los navíos simplemente se extraviaron y detonaron luego inofensivamente fuera por completo de alcance. La Policía y los soldados tratan de organizar una evacuación ordenada de la capital de la nación…

— ¡Carajo! —murmuró Elias—. ¡Pues a mí no me parece nada ordenado!

Señaló hacia el «Walkman», preguntándose cómo este nuevo desarrollo afectaría a los precios que Reggie le daría por aquello…

— …y muchas otras ciudades se han visto amenazadas por este suceso sin precedentes, pero las carreteras y las autopistas están en to das partes atascadas. Los accidentes han paralizado todas o casi todas las arterias principales. Se sabe que otros navíos se acercan o están encima de, por lo menos, otras siete ciudades estadounidenses importantes: Houston, Nueva York, San Francisco, Nueva Orleáns… Sí… Se ha confirmado… También Los Ángeles.

— *¿Los Angeles?*

Elias casi dejó caer el «Walkman», despertando a la realidad de que se hallaba en una sala de estar extraña y de que el propietario podría reaparecer en cualquier momento. Se apresuró a deslizar una pierna en el antepecho de la ventana, temeroso de alzar la mirada.

Lo oyó antes de verlo. Agarrando el «Walkman», Elias decidió tomarse libre el resto del día.

Mike Donovan cubrió cuidadosamente con una manta a Tony, que roncaba ruidosamente, y avanzó hacia la carlinga del «Learjet». Dejándose caer en el asiento del copiloto, se quedó mirando los instrumentos.

— Con adelanto respecto a lo planeado —comentó.

Joa Harnell, el piloto, asintió:

— ¿Cómo se encuentra tu amigo?

— Está bien. El escocés y la codeína le han dejado fuera de combate. Me puedo hacer cargo de esto durante un rato, si es que quieres estirar las piernas.

— ¿Ya has volado antes?

El piloto miró rápidamente hacia Donovan.

— En un momento u otro he pilotado casi todo, excepto la lanzadera espacial. Solía hacer vuelos de reconocimiento en Vietnam. ¿Ya has averiguado dónde podremos aterrizar?

El piloto se puso en pie, observando cómo Donovan se encargaba de los controles; luego asintió aprobadoramente, antes de responder a la pregunta.

— Sí. Siempre y cuando el Dulles esté abierto. Será mejor que elijamos ése. Los están cerrando en todas partes.

Donovan consideró el asunto.

— No, tengo el presentimiento de que Nueva York va a ser el lugar más interesante en lo referente a noticias. ¿Qué me dices del JFK?

— Cerrado…

Donovan se encogió de hombros, sonriendo.

— Pues abrámoslo. No pueden bloquear las pistas, ¿verdad?

— ¡Diablos, claro que sí! La Federación de Aviación Civil puede tener nuestro…

Donovan chascó los dedos.

— No, tengo una idea… ¡La Guardia es aún mucho mejor…!

Harnell se lo quedó mirando.

— ¿Tienes huevos para hacerlo? Eso significa hacer volar este trasto exactamente *por debajo* de esa maldita cosa…

— Sí… ¡Piensa en las filmaciones que conseguiríamos…!

— No hay modo de hacerlo, Mike.

Donovan le sonrió.

— Vamos, piensa en los papiros que valdría eso… Y compartiría la fama contigo…

Harnell se lo quedó mirando con incredulidad. Donovan le guiñó un ojo y se dirigió en busca de su cámara.

A la mañana siguiente, la familia Berstein, Stanley, Lynn, su hijo Daniel, y el padre de Stanley, Abraham, observaron, asombrados, la película de Mike Donovan, que mostraba una vista de la parte inferior de la gran nave que había estado colgando sobre Nueva York. Al igual que el de Los Angeles, donde vivían los Berstein, había permanecido estacionaria y silenciosa durante la larga y —por lo menos en el caso de Lynn Berstein— insomne noche.

Daniel, de dieciocho años, estaba fascinado con la nave. Toda su vida había aguardado que le sucediera algo excitante, y finalmente había ocurrido. No importaba que le ocurriese también al resto del mundo: algo le decía que aquello era lo que había estado esperando. Se volvió, excitado, hacia su padre, un hombre de escaso cabello y ojos tristes, con permanente inclinación de hombros y una incipiente barriga.

— ¡Dicen que tiene sus buenos ocho kilómetros de diámetro, papá!

Su madre, Lynn, una mujer nerviosa que resultaría atractiva de no ser por las profundas arrugas que tenía entre los ojos y los delgados labios, se llevó las manos al regazo, diciendo por enésima vez, sin dirigirse a nadie en particular:

— Deberíamos salir de la ciudad, ¿no os parece?

Stanley Bernstein miró fijamente a su hijo.

— Ya te lo he dicho antes, Lynn… ¿Dónde podríamos ir? Las carreteras están colapsadas, según dicen. Además, como el presidente ha señalado, debemos evitar el pánico. No han hecho nada que indique que son hostiles.

El viejo Abraham se removió, incómodo, en el sofá.

— Me pregunto si *queda* algún lugar donde se pueda uno esconder. Ni siquiera los alemanes, durante la guerra, tenían unas naves como ésas…

— Padre —replicó Stanley con desaprobación—, eso no sirve precisamente de ayuda.

De repente, su atención volvió a la pantalla del televisor. Un ronco, pero aún muy profesional, Dan Rather, estaba diciendo:

— Nos informan de que ha ocurrido lo mismo en Roma…, y en Río de Janeiro… En Moscú… Sí, los informes nos están inundando… Y se oye el mismo tono en todo el mundo, desde la nave

espacial que cuelga sobre nuestras ciudades…

Los Bernstein escucharon, simultáneamente, la señal pulsante por el altavoz del televisor y desde la parte exterior de su hogar suburbano en Los Angeles. Un tono, con un delicado eco, que fue sustituido por una voz:

— Veintiuno…, veinte…, diecinueve…, dieciocho…

Aquella voz extrañamente resonante prosiguió la cuenta atrás, mientras el comentarista explicaba que, en todo el mundo, la gente comenzaba a escuchar lo mismo…, y cada cual en su respectiva lengua.

— …cinco…, cuatro…, tres…, dos…, uno…

Tras un segundo de pausa, la voz continuó:

— Ciudadanos del planeta-Tierra… Os hacemos llegar nuestros saludos… Venimos en son de paz. Respetuosamente, pedimos que el secretario general de vuestras Naciones Unidas tenga la amabilidad de acudir a la última planta del edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York, a las 0100, hora de Greenwich, esta noche… Gracias…

Stanley parpadeó.

— ¿Y qué hora es ésa?

Dan Rather respondió, como es natural, desde la televisión.

— La voz que acabamos de oír ha requerido la presencia del secretario general en lo más alto del edificio de las Naciones Unidas, en la ciudad de Nueva York, a las ocho de esta noche.

Lynn asió frenéticamente la mano de su marido.

— ¿Qué significa eso, Stanley?

Daniel le brindó una sonrisa, en pleno éxtasis.

— Significa que algo está a punto de pasar, mamá… ¡Al fin! ¿No te parece *grande*?

CAPÍTULO II

La puesta de sol era un difuso recuerdo rojo en el cielo occidental de Nueva York cuando Mike Donovan enfocó su cámara más allá de las luces de Manhattan. El viento de fines de verano azotaba su ya enmarañado cabello: la brisa era bastante fuerte a aquella altura. En lo alto del edificio de las Naciones Unidas, Donovan comprobó de nuevo su reloj. Las siete y cincuenta minutos, con cuarenta y cinco segundos. No quedaban ni siquiera diez minutos para que todo empezase.

La puerta del terrado se cerró con fuerza, tras admitir a otra multitud de periodistas y técnicos. Mike localizó una familiar cabeza negra y se apresuró a saludar a Tony Leonetti, ayudando a su amigo a llevar su equipo más allá de la zona acordonada. Donovan percibió la mueca de Leonetti al mover el hombro.

— ¿Estás seguro de que podrás hacerlo, Tony?

Éste sonrió.

— ¿Para el notición del *siglo*? ¡Tío, no quiero perdérmelo!

— ¿Mike?

Los dos hombres se dieron la vuelta cuando la voz de una mujer llegó hasta ellos.

Los ojos de Donovan contuvieron las lágrimas al dirigirse hacia ellos una mujer alta, muy acicalada, de treinta y pocos años. Todo en ella, desde su maquillaje, muy diestramente aplicado y su cabello, hasta su fija y tranquila mirada, la proclamaban como una de las más prominentes periodistas de televisión en activo.

— Hola, Kristine…

— Hola, Mike. Hola, Tony…

Hizo un ademán cariñoso a Tony, el cual le devolvió el saludo.

— Me he enterado de que llevas el servicio de la tele. Yo también.

Donovan sonrió, aprobador.

— Creía haber reconocido tu tarjeta en el montón que hay abajo. Ya me figuraba que no te perderías esto.

Devolvió la sonrisa al hombre, un poco tímidamente.

— Entonces, ¿dónde nos colocaremos?

Señaló más allá de la zona acotada, en la que se encontraba un contingente de la Policía Militar de la ONU. Con un asentimiento. Tony se excusó para instalar su equipo. Donovan titubeó, mirando hacia la confusión de cámaras, con rostros que iban desde la preocupación reprimida hasta una agitada alegría. De allá abajo llegaba el sonido de las omnipresentes sirenas de la Policía.

Kristine le tomó por el brazo.

— ¿Mike? Instalémonos.

Él comenzó a hablar:

— Sí, estaba sólo… pensando…

En la mirada de la mujer se advirtió su aprobación.

— Yo también. Por lo menos hubieras podido despedirte esta mañana antes de marcharte.

— Lo hice. Pero estabas hablando por teléfono con alguien respecto de una misión; parecías muy concentrada y por eso no me oíste.

Hizo una pausa y, después, se volvió hacia él, con una elocuente mirada de sus verdes ojos.

— Lo siento.

Donovan sonrió, algo tenso.

— Y yo también.

Sus miradas se cruzaron durante varios segundos; luego, la mujer apartó la vista.

— ¿Qué hora es?

Donovan miró su reloj.

— Las siete y cincuenta y seis.

Kristine se apartó a toda prisa para realizar sus preparativos de última hora. Donovan se atareó también con los mecanismos de su cámara. Los minutos parecían arrastrarse.

A las siete y cincuenta y nueve apareció un hombre distinguido, de blanco cabello, flanqueado por escoltas armadas. Donovan le reconoció como el secretario general de la ONU, y observó cómo saludaba a los soldados que estaban en el terrado, indicándoles que bajasen sus armas. Donovan enfocó la cámara hacia la forma gigantesca inundada de luz de la nave alienígena, que oscilaba a gran altura, tan enorme, que ridiculizaba al más alto de los rascacielos. Escuchó cómo alguien desgranaba la cuenta atrás conteniendo el aliento.

Uno de los periodistas hablaba ante un micrófono:

— …y se ha hecho el silencio…, no sólo aquí, sino en todo el mundo.

— Nueve…, ocho…, siete…, seis…

Cinco —pensó Donovan—, *cuatro, tres, dos, uno…*

— …cuando dan las ocho…, las 0100 hora de Greenwich.

Donovan miró hacia arriba, con el visor de la cámara oprimido contra su ojo, el cual se llenó de lágrimas al tratar de no parpadear.

¡Allí! Algo, una cosa difícil de distinguir en aquella vastedad azulplateada, una pequeña abertura negra… Donovan se permitió parpadear y luego miró, con ojos entreabiertos, hacia la nave.

Hizo funcionar el *zoom*, enfocándolo directamente a la abertura y observando cómo se llenaba de algo, algo que se convirtió en una forma aerodinámica que se separó, osciló y cayó hacia ellos. Donovan escuchó el tono frío, profesional, de Kristine, y la admiró por el autocontrol que demostraba; sabía que estaba tan nerviosa como cualquiera de ellos, pero su apariencia daba fe de que hacía aquellas cosas todos los días.

— La nave más pequeña se mueve en un ángulo hacia abajo y ahora, más allá de la Tercera Avenida y la Calle 39, avanza directamente hacia el edificio de las Naciones Unidas.

Donovan giró sobre sí mismo para seguir el movimiento de la nave cuando ésta enlenteció la marcha antes de aterrizar. Brillaba con deslumbradora blancura, con unos pequeños triángulos oscuros que podrían tratarse de opacas ventanillas situadas a intervalos regulares. En lo que parecía el morro se hallaba una especie de símbolo rojo, una combinación de puntos y líneas, que no se parecía a nada de lo que el cámara hubiese visto antes, pero que resultaba de una mágica

familiaridad. La nave descendió con apenas un ligero zumbido de aire desplazado que indicara su paso.

Kristine continuó su comentario:

— Ahora, la nave está procediendo a detenerse a unos tres metros, en el aire, por encima de nuestras cabezas… Ahora aterriza… Hasta el aire parece extraño…, vibra levemente…

Se abrió un panel en la parte inferior del navío, en el preciso instante en que los reunidos escucharon una voz, una voz extrañamente resonante, y que apenas alzaba eco.

— *Herr General Sekreterare…*

Donovan alzó la cámara para captar al secretario general en el momento en que el hombre daba un paso y se apartaba de la muchedumbre con la espalda muy recta, reflejando en su rostro una tranquila determinación.

La voz continuó:

— *Var intre radd kom upp for trappan.*

En el mismo instante, una corta rampa sobresalió en el terrado y reposó con seguridad en el suelo.

La voz de Kristine llegó hasta Donovan aún segura, calmada, pero con una rigidez nueva.

— Creo que la voz habla en sueco, la lengua materna del secretario general…

Escuchó atentamente por un pequeño auricular que mantenía en el oído.

— Sí, ahora tengo la traducción… «Señor secretario general…, no tenga miedo… Haga el favor de subir por la rampa».

Debajo de sus blancos cabellos, el rostro del anciano apareció compuesto, y sus pasos mostraron una firme precisión. Llegó hasta la rampa y comenzó a trepar por ella, paso a paso, hasta llegar arriba; luego desapareció. Los guardias alzaron sus armas. Donovan se percató de que había estado conteniendo la respiración sólo cuando su visión se le volvió borrosa. Exhaló el aire lentamente, con el ojo pegado al visor de la cámara, y aguardó.

Se produjo una conmoción en lo alto de las escaleras, y unas sombras se movieron en la oscuridad. Luego…, surgió un rostro. El secretario general avanzó rápidamente y con decisión, en violento contraste con los pasos rígidos que había dado al dirigirse a la nave.

Los murmullos llenaron el terrado, pero el tono autoritario de Kristine los superó.

— ¡Aquí está! ¡El secretario general ha reaparecido! Al parecer se encuentra incólume, saludando jubilosamente a la gente congregada en el terrado del edificio de las Naciones Unidas… Un momento… Parece que va a dirigirse a la multitud…

El tono educado del anciano, con leve acento, llegó con claridad a Donovan al enfocar éste el rostro del orador.

— Conciudadanos de la Tierra…, estos visitantes me han asegurado que vienen en paz y que desean acatar todas las cláusulas de la carta de las Naciones Unidas. Como podrán ver, son muy parecidos a nosotros…, aunque sus voces *son* inusuales. En un principio me han pedido que hable en su nombre, pero me parece que todo el mundo se sentiría más cómodo si su Comandante Supremo, que se encuentra a bordo de esta nave, hablase directamente a todos ustedes. Su voz será escuchada en todo el mundo, en cuantos idiomas sean necesarios.

El secretario general se volvió y alzó la mirada hacia las escaleras. Donovan enfocó más allá

de él, a la oscura abertura en el vientre de la lanzadera. Movimiento… En el visor se perfilaron unos pies provistos de botas, unas piernas, un tronco de apariencia normal, dos brazos, una cabeza…

Donovan jadeó, mientras sus dedos aferraban con fuerza la cámara. ¡Esperaba diferencias… y no había ninguna! A primera vista, el alienígena parecía un varón humano normal, de mediana edad, de recio pelo gris y unos amables ojos azules. Llevaba altas botas negras, muy semejantes a unas corrientes botas inglesas de montar, y un mono de color rojizo, que tenía la apariencia del traje de vuelo de un piloto. A lo largo del pecho aparecían cinco rayas negras en diagonal.

El comentario de Kristine fue analítico y preciso:

— Más o menos un metro ochenta de estatura… Y estimo que de unos ochenta kilos de peso. Parece tener algunas dificultades a causa del resplandor de las luces que hay aquí… Ahora se ha detenido en mitad de la rampa… Creo que está a punto de hablar…

La voz del hombre les llegó con claridad, pero con un timbre inusual —una especie de resonancia vibrante—, que daba la sensación de ser algo viviente, como si estuviese más allá de las ondas del aire.

— Confío en que me perdonen…, pero nuestros ojos no están acostumbrados a este tipo de brillo…

Metiéndose la mano en un bolsillo del mono, sacó unas gafas de sol de aspecto sorprendentemente normal, y se las puso.

— Como les ha dicho el secretario general, hemos venido en son de paz ante toda la Humanidad del planeta Tierra… Nuestro mundo es el cuarto más alejado de la estrella a la que ustedes llaman Sirio… Se encuentra a 8,7 años-luz de la Tierra. Es el primer viaje que hacemos por nuestro sistema, y ustedes son la primera forma de vida inteligente con la que hemos topado.

Hizo una pausa, y luego, una muy cálida sonrisa iluminó sus facciones.

— ¡Nos alegra mucho conocerles!

Donovan percibió el murmullo de alivio y de bienvenida que se alzó, audiblemente, de entre los reunidos allí, periodistas y dignatarios. Continuó filmando, accionando el *zoom* para conseguir primeros planos, mientras el hombre daba unos cuantos pasos hacia él antes de continuar.

— Nuestros nombres les parecerían bastante peculiares, por lo que mis colegas y yo hemos elegido nombres corrientes de la Tierra. Yo me llamo John…

El Visitante sonrió de nuevo.

— El secretario general se ha referido a mí llamándome «Comandante Supremo». En realidad, sólo soy una especie de almirante. Soy el responsable de esta pequeña flota que rodea su planeta…

¿Pequeña flota?

Donovan sujetó con más fuerza su cámara, consciente de que le sudaban las manos.

— Antes de acudir personalmente hemos estado mandando otras naves sin tripulación, algunas de las cuales vigilaron la Tierra durante un tiempo, para aprender sus idiomas; pero no todos somos igual de hábiles, por lo cual confío en que tendrán paciencia con nosotros. Hemos llegado aquí en representación de Nuestro Gran Jefe…, el que gobierna nuestro planeta unido con benevolencia y sabiduría… Venimos porque necesitamos de vuestra ayuda…

Benevolencia y sabiduría —pensó Donovan cínicamente—. *Esto suena a partido político.*

Tendrán mucho éxito aquí. John puede acabar convirtiéndose en nuestro próximo presidente…

— Nuestro planeta atraviesa serias dificultades de medio ambiente. Peor, mucho peor que el de ustedes. Ha alcanzado un estadio en el que somos incapaces de subsistir sin una ayuda inmediata. Existen ciertos productos químicos y compuestos que necesitamos fabricar…; sólo ellos pueden salvar nuestra tambaleante civilización. Y, a cambio, nos gustaría compartir con ustedes los frutos de nuestros conocimientos.

Los frutos de nuestros conocimientos… ¿Dónde habrán conseguido al que les escribe los discursos?

— Ahora que el contacto ha sido establecido, nos agradaría entrevistarnos con los Gobiernos individualmente, para presentar nuestras peticiones de que algunas plantas en funcionamiento en todo el mundo sean provistas de nuevo utillaje y fabriquen los compuestos que necesitamos…

Donovan pensó fugazmente en la fábrica de su padrastro; llegó a visualizar a su madre, Eleanor, aguijoneada para que aquel infeliz hijo de perra de Arthur consiguiese un contrato con un *Visitante*.

Me gustaría saber de qué clase de compuestos están hablando…

— Y recompensaremos vuestra generosidad, como ya he dicho, ayudando a vuestros complejos industriales y científicos para que alcancen los límites de nuestro saber —ayudándoles a resolver sus problemas de entorno, agrícolas y de salud—: luego les dejaremos, como hemos venido, en son de paz.

Está hablando de ofrecernos en bandeja de plata toda clase de cosas estupendas… ¿Qué harían si les dijésemos que todo eso nos importa un rábano?

— Si las circunstancias fuesen a la inversa, y ustedes hubiesen acudido a visitarnos, yo sentiría una enorme curiosidad por ver en seguida el interior de su nave espacial. Teniendo eso en cuenta, nos gustaría que el secretario general y cinco de sus periodistas nos acompañasen para regresar a bordo de nuestra Nave Madre, en lo que será la primera de muchas oportunidades de conocernos mejor.

Donovan sintió un golpecito en los hombros y alzó la mirada del visor de su cámara: comprobó que uno de los ayudantes del secretario general se había situado a su lado.

— Su tarjeta ha salido, Mr. Donovan —dijo el hombre en un inglés con acento.

— ¡Maldita sea!

Donovan se apresuró a comprobar su equipo y luego pasó bajo la cuerda de la zona acotada ante una señal de aquel hombre. Cuando echó a andar hacia la nave, Kristine y Tony aparecieron a su lado.

— ¿Qué ha querido decir con eso de que ha salido mi tarjeta? —les preguntó Donovan en voz baja, mientras cruzaban el terrado.

— Han elegido por sorteo a los periodistas —le explicó Kristine—. Sam Egan y Jeri Taylor también lo han conseguido.

— ¡Pues realmente hemos tenido suerte!

— Sí —convino secamente Tony.

Donovan se volvió para preguntarle qué quería decir, pero Leonetti subía ya por la rampa. Donovan se apresuró detrás de ellos.

El Visitante jefe, John, les aguardaba en la parte superior de la rampa. Donovan fue el último en subir, pues se agachó para obtener una buena filmación de cómo los otros periodistas saludaban y estrechaban la mano del alienígena. Luego subió a toda velocidad por la rampa cuando le tocaba a él el turno, apresurándose a descansar la cámara sobre el hombro izquierdo, para tener libre la mano derecha.

¡Dios mío! —pensó, impresionado sin quererlo—, *voy a estrechar la mano de alguien que ha nacido bajo otro sol…, pues aunque parezca humano no lo es.*

La mano de John resultaba notablemente fría, de piel firme y suave. Asintió complacido.

— Mr. Donovan, he visto sus películas de la parte inferior de nuestra Nave Madre… Son impresionantes…, y muy atrevidas…

Donovan se sintió como un chiquillo que recibiese unas risitas y unos golpecitos en el hombro por parte de un adulto.

— Es cierto, puesto que ha dicho que permanecían vigilando nuestra televisión. ¿Durante cuánto tiempo han estado haciendo eso?

Detrás de las gafas oscuras del Visitante, Donovan comprobó que los ojos azules del hombre le valoraban fríamente. John sonrió.

— Hace ya varios de vuestros años solares. Te prometo que satisfaremos tu curiosidad, Mike. Tendremos mucho tiempo para comunicarnos durante nuestra estancia aquí.

— Me alegra mucho oír eso.

Donovan siguió adelante. Dio unos pasos en la lanzadera, consiguiendo un primer plano del rostro de John mientras éste sonreía graciosamente a Kristine, antes de sentarse al lado de la periodista.

Este tipo rezuma tanta autoridad como una mortaja, pensó Donovan, apartando sus ojos del jefe con un casi visible esfuerzo físico.

El interior de la nave resultaba decepcionante. Parecía un cruce entre el «Learjet», y uno de aquellos vehículos-lanzadera que transportan los viajeros hasta los aviones. Asientos alineados en las paredes, asientos almohadillados cubiertos de lo que parecía ser (y probablemente lo era) una tela muy corriente de color castaño. *Una buena elección del color* —pensó Donovan, recordando la compra de su propia alfombra cuando amuebló su apartamento el año anterior, tras el divorcio —. Así *no se ve el polvo*.

Al recordar su divorcio, Donovan pensó que hacía casi tres días que no llamaba a Sean, lo cual le proporcionó un estremecimiento de culpabilidad. *Desde antes de comenzar todo esto. El suceso del siglo y ni siquiera has talefoneado para ver cómo está reaccionando tu único hijo*. Se hizo la rápida promesa mental de que la primera cosa que haría al día siguiente sería llamarle, y visitarle luego durante el fin de semana. Se preguntó si Sean le habría visto subir por aquellas escaleras y entrar en la lanzadera alienígena… Luego sonrió. Sabía que así había sido. Sean era la cosa más querida para su papá. *Ni siquiera la amargura de Marjorie puede cambiar eso.*

Kristine Walsh estaba sentada en el lado opuesto de la cabina en que se hallaba él, aún en animada conversación con John. Donovan se preguntó de qué hablarían; la mujer mostraba aquella amplia sonrisa, tan cándida, que, como Mike sabía, reservaba para las personas que le gustaban de veras. Sintió un irracional acceso de celos.

¡Corta ya, idiota! Estás aquí para un trabajo, no para un interludio romántico.

Rápidamente, enfocó la cámara por el interior, deseando tener más luz. Evidentemente, los Visitantes mantenían sus niveles de iluminación a lo que la mayoría de los humanos llamarían «penumbra para ver la televisión a altas horas de la noche». Donovan veía con suficiente claridad, pero leer más de unos minutos hubiera resultado muy incómodo.

Creía que Sirio era una estrella realmente brillante… Tendré que comprobarlo en el observatorio cuando regrese… Supongo que su planeta estará cubierto por densas nubes o algo parecido…

Otros dos Visitantes, unos varones jóvenes, aproximadamente de la edad de Donovan, asomaron la cabeza por la cabina principal, y John asintió. Momentos después, Donovan notó un ligero movimiento, como si la nave despegase. Deseó que las ventanillas no hubiesen estado oscurecidas: ¡qué magnífica filmación, captar el terrado del edificio de la ONU retrocediendo, y el gigantesco platillo aproximándose cada vez más!

La nave alienígena era silenciosa, y parecía estar casi inmóvil. Donovan se preguntó qué energía emplearían los Visitantes en sus naves. La jerga de los episodios de *Cosmos*, y otras historias de ciencia ficción, pasaron por su mente: *materia/antimateria, impulso de iones, alabeo del espacio…*

Tony se volvió hacia él.

— ¿Asustado, Mike?

— ¿Y tú?

— Sí, tal vez un poco. Es un gran día para todo el Planeta.

— Es curiosa la forma en que empieza uno a pensar de este lugar como un planeta…, uno más de sabe Dios cuántos, desde que ellos han venido.

— Ya me he percatado. Supongo que tú lo llamarías una provocación de consciencia cósmica.

— Sí. Pero, respondiendo a tu pregunta, sí… Estoy también algo asustado.

Se produjo una casi imperceptible sacudida y la nave se detuvo. Donovan tomó de nuevo su cámara, preparándola para compensar, tanto como fuera posible, la previsible carencia de iluminación.

— Ya estamos…

Salieron a una zona más grande y abierta. Se hallaban alineadas a cada lado filas de lanzaderas como aquella en la que habían viajado. El amplio lugar de atraque parecía muy similar a aquellos que Donovan había visto a bordo de los mayores portaaviones de la Marina norteamericana. La blanca nave relucía débilmente, reflejando un leve azul procedente de la iluminación del techo y del pintado suelo. John explicó que cada lugar de atraque contenía unas tres docenas de lanzaderas, y que había doscientas o más de ellas esparcidas por las grandes Naves Madre que constituían la flota. Donovan oyó cómo Kristine pasaba esta información a la grabadora, mientras él enfocaba la cámara, dando lentamente la vuelta.

El jefe Visitante tocó el brazo de Kristine.

— Por aquí. La llevaré a ver la sala principal de control.

Donovan siguió tras ellos para filmar la pasarela superior, por la que trepaban los periodistas. Luego, se apresuró para alcanzarlos.

Mientras caminaban por encima del atracadero, por una puerta lateral apareció una mujer de cabello oscuro y atractiva en extremo, y se quedó allí de pie, aguardándoles. Donovan la enfocó con el *zoom*. Incluso con aquel bajo nivel de iluminación, resultaba imposible confundir la autoridad en sus oscuros ojos, una autoridad que parecía formar parte de sus salientes pómulos y generosa boca. La voz de Kristine le llegó a Donovan, mientras se acercaban a la mujer Visitante.

— ¿Está compuesta su tripulación tanto por hombres como por mujeres?

John pareció levemente sorprendido.

— Pues…, sí, claro que sí. Ésta es Diana… Es la segunda al mando.

La morena asintió complacida. Donovan le dedicó un primer plano. La mujer se volvió para acompañarles en la visita.

La sala de control se parecía un poco a la torreta de mando de un submarino nuclear, aunque más grande, con tal vez una docena de hombres y mujeres atareados ante unas enormes consolas multiiluminadas, compuestas por pantallas. Unas cuantas mostraban entrevisiones de Manhattan, que estaba bajo ellos, pero la mayor parte aparecían llenas de gráficas y de datos. Todos los miembros de la tripulación iban vestidos con monos rojizos, con pequeñas variantes en los diseños del pecho que, aparentemente, mostraban sus rangos y estación. Mike apuntó la cámara rápidamente, puesto que el Comandante Supremo no se detuvo y siguió su marcha.

— A continuación veremos lo que ustedes llamarían la sala de máquinas.

— ¿Esas pantallas les mantienen en contacto con las otras naves de su «pequeña flota»?

John se volvió para saber qué lecturas indicaba Kristine.

— Sí, Kristine.

La voz de Diana, por encima de la reverberación alienígena, era la de una poderosa contralto.

— La mayor parte de los restantes monitores activan las funciones de la nave. Es algo del todo rutinario y, realmente, poco espectacular.

Claro que sí —pensó Donovan, activando el *zoom* al filmar a las dos mujeres—. *Cuando uno procede de otra estrella…*

Avanzaron por la pasarela hasta alcanzar un túnel. El oscurecido camino se extendía a lo largo de casi cuarenta pasos. Donovan los contó. Se percató, mientras se le erizaban los pelillos del cogote, que se comportaba como si explorase terreno enemigo.

Alo seas paranoico, Mike. ¿No recuerdas que han venido en son de Paz?

Los únicos detalles dignos de mención en el túnel lo constituían vanas puertas pintadas de un amarillo brillante. Donovan las examinó con ayuda del visor, pero no vio nada, más allá de su color, que indicase algo especial.

— ¿Y esas puertas que acabamos de pasar? —preguntaba Kristine a Diana.

— Áreas restringidas… Hay mucha radiactividad. Nuestro impulso gravitatorio, como habéis podido observar, es del todo efectivo, pero ocupa casi la mitad de la nave.

— ¿A cuánta velocidad puede ir este bebé? —preguntó Donovan.

Era la primera vez que hablaba, y Diana se volvió para mirarle.

— Podemos viajar a velocidades muy próximas a la luz.

Donovan pensó en preguntarle si habían demostrado o no la teoría de Einstein, pero no lo hizo al percatarse de que tal vez no supiesen quién era Einstein.

Emergieron a una pasarela situada muy por encima de un número considerable de cilindros brillantes de tonos dorados. El lugar se parecía vagamente a una refinería, con indicios de tuberías que corrían por todas partes. Unos cuantos técnicos se movían entre los gigantescos cilindros, examinando y grabando información con ayuda de gráficos y diales.

Diana seguía explicando cosas.

— La otra mitad de la nave contiene los habitáculos de la tripulación, así como las zonas de almacenamiento para guardar los productos químicos que seguiremos fabricando aquí en la Tierra. Están conservados dentro de enormes depósitos criogénicos…

— ¿Criogénicos?

Kristine paró momentáneamente su grabadora.

— Superenfriados. Para la máxima eficiencia en el almacenamiento.

John se rió por lo bajo.

— Tendrás que perdonar a Diana, Kristine. Al igual que todos los científicos, tiende a olvidarse a veces de que no todos nosotros estamos tan versados en el lenguaje técnico como ella.

— Hace un momento has mencionado los alojamientos para la tripulación —continuó grabando Kristine—. ¿Cuántos sois en esta nave?

Diana titubeó apenas un segundo, pero Donovan no pasó por alto su rápida mirada de reojo hacia su comandante.

— Pues… varía… Varios millares…

¿Sólo en esta nave? ¿Pues cuántos habrá en esos cincuenta navíos o más?

Donovan se mordió los labios, mirando hacia Kristine, pero ésta se hallaba ocupada en formular su siguiente pregunta.

— ¿Podemos hablar con algunos de ellos?

John sonrió.

— Claro que sí. Tendrás un montón de oportunidades para eso.

La visita acabó unos minutos después en el atracadero. Diana, y no John, acompañó a los periodistas y al secretario general de regreso al edificio de las Naciones Unidas.

Sentado a bordo de la lanzadera Visitante (por cuanto Donovan conocía, era la misma en la que habían venido, pero resultaba imposible estar seguro) Donovan se desentumeció, frotándose los músculos de la nuca.

— ¿Qué hora es? —preguntó a Tony, al ver que su amigo comprobaba el reloj.

El técnico de sonido sonrió.

— Casi las nueve y media. La noche es aún joven, mi viejo compañero Mike.

Donovan contuvo un bostezo.

— ¿Sólo? Diablos, ¿por qué estoy tan cansado? Me siento como si no hubiese dormido durante *días*.

— Así ha sido. A menos que dieses cabezadas en el avión de regreso desde El Salvador.

— ¡Y un cuerno…! Estaba demasiado ocupado convertido en tu enfermera.

— ¡Caramba…! He visto esos primeros planos de la Nave Madre. Has estado de nuevo jugando a ser un piloto temerario y un cámara de primera.

— Así soy yo…

Donovan comprendió que le tomaba el pelo. Dio unos golpecitos a la cámara.

— Ardo en deseos de lanzar al aire todo esto.

— ¿Qué crees que será de valor?

Tony, el práctico en la sociedad, quería conocer los detalles.

— Pues cualquier cosa sobre la que queramos saber algo. De todos modos, lo dejo en tus manos, ya que eres el director comercial…

Tony asintió pensativamente; luego, con una calculadora de bolsillo, se ocupó de la placentera tarea de poner en cifras el margen de ganancias que podría dejarles aquella aventura.

Los cinco periodistas y el secretario general se encontrarían relativamente al abrigo de la Prensa hasta que entregasen sus cintas y películas a las cadenas de televisión. Donovan, Tony y Kristine, veían su documental en un «Boletín especial» emitido vía satélite.

— ¿Crees que nos situaremos los primeros en los «Nielsen»?

Con una amplia sonrisa, Tony contempló la película rodada por Donovan en el atracadero.

— Tal vez… —Kristine le devolvió la sonrisa—. ¿Qué me dices al respecto, Mike? ¿Crees que conseguiremos desbancar a «Dallas»?

— Así lo espero.

Donovan tomó un pequeño trago de su tercera lata de «Coors».

— Estás hablando de una competencia muy dura, señora mía. Me refiero a que éste es *sólo* el notición del *siglo*.

En cuanto acabó la emisión, alguien sacó botellas de champán. Los tapones parecían hacer el mismo ruido y con igual frecuencia que las balas de ametralladora tan recientes. ¿Ayer? ¿Anteayer? A Donovan le parecía que el tiempo se había desviado, convertido en serpenteante, que se había hecho sideral.

Reflexionó sobre viajar a la velocidad de la luz, de lo que eso podría significar. ¿Cómo sería pilotar una de esas grandes Naves Madre? Probablemente constituiría un esfuerzo tan grande, que no se podría captar la emoción de pilotar el navío por uno mismo.

— ¿Mike?

Alzó la vista, un tanto borrosa, para ver a Kristine, de pie ante él, percatándose de que casi se había adormilado.

— ¿Qué hora es?

Miró a su alrededor. Todos se hallaban en pleno ajetreo.

— Casi medianoche. ¿Quieres venir a mi casa a tomarte la última copa?

Casi se negó. Estuvo a punto de decir que sería mejor que buscase un hotel, que se encontraba cansado, pero reconoció que se mostraba de acuerdo.

— Claro que sí… ¿Has conseguido algún vídeo?

— Naturalmente. ¿Traerás la cinta?

— Ya lo creo…

Hacía varios meses que no visitaba el apartamento de Kristine. La vista desde la parte alta del East Side quitaba el aliento. Vio el cabrilleo del agua, observando el juego de luces que había abajo. Y arriba, desde luego, estaba la enorme iluminación de la nave Visitante. Donovan permaneció un momento contemplándolo todo, apenas capaz de creer que se hubiese encontrado

allí hacía sólo unas horas.

Kristine salió de la cocina con varias botellas verdes y dos copas de delicado pie. Donovan sonrió:

— ¿Más champán?

El tapón saltó con un pequeño estruendo y el champán burbujeó. Se apresuró a poner su copa debajo de la botella mientras se sentaban juntos en su lujoso sofá de terciopelo.

Kristine se echó a reír.

— ¡No faltaba más! No siempre podemos celebrar el haber cubierto el suceso del siglo.

— Sí…

Donovan meneó la cabeza y luego sorbió con cuidado el champán.

— No me acabo de creer que los tres hayamos tenido tanta suerte.

Kristine rió entrecortadamente. Mike no la había visto nunca beber tanto.

— La suerte nada tiene que ver con eso. Me encontraba en el lugar y el momento oportunos, y así fue cómo pudimos unirnos a la partida.

— ¡Oh, vamos!

No sabía si creerla o no, si abrazarla o darle una conferencia… ¿El momento oportuno?

— Sí, realmente fue así…

La mujer se echó a reír y se quitó de un puntapié los zapatos. Llevaba aquel blazer oscuro tipo oficina, y la blusa que se había puesto era suave, femenina. Se percató de que se había desabrochado los botones de arriba.

Donovan se apartó de ella, mientras seguía bebiendo champán. La mujer se acercó a Donovan en el sofá, al tiempo que tomaba el mando a distancia del televisor.

— ¿Ya has puesto la cinta, Mike?

— Pero si ya lo has visto por la tele…

— Sí, pero era tan estupendo… Ponía otra vez, Sam. Una vez más…

La mujer puso en marcha el aparato, alargando a la vez el brazo en busca de la botella. Donovan notó que algo le caía sobre la pierna y dio un grito.

— ¡Kris! ¡Coño, trata de no derramarlo!

Kristine hizo una mueca al presentador que aparecía en la pantalla.

— No te queremos oír a ti… ¡Vamos a adelantar la cinta!

La pantalla del televisor quedó borrosa y aparecieron unas ondas.

Donovan se echó a reír.

— Es tu propia *vida* la que siempre va hacia delante, cariño…

Observaron su visita a la Nave Madre, tal y como la había captado la cámara de Donovan. Kristine volvió un rostro burlón hacia Mike cuando Diana apareció en la pantalla.

— Aquí está… Tu novia… ¡Le has hecho más primeros planos que a mí!

Donovan sonrió, sin hacer el menor intento por negarlo…

— Es una mujer que lo tiene todo… Cerebro… Buena apariencia…

— Y un tipo que no está nada mal —añadió risueña Kristine, observando a Diana de perfil—. Pero, ¿te gustaría que tu hermana se casase con un siriano?

Oprimió otra vez el avance rápido y, cuando la imagen volvió a aparecer en la pantalla, Diana

les estaba mirando directamente, en primer plano.

— ¡Mira!

Kristine se volvió hacia Donovan, con una copa amenazadoramente inestable.

— ¡*Otro* primer plano!

Donovan, que seguía riendo, trató de desviar el golpe, pero ella fue más rápida y le vertió un frío chorro de champán por el pescuezo. Trató de agarrarla, intentando no verter su propio champán, y, al final, logró sujetarla por una de las muñecas. La vacía copa de Kristine se estrelló contra la gruesa alfombra.

Ambos reían mientras forcejeaban por la copa de champán intacta. De alguna forma, Mike se encontró tendido en el sofá, con Kristine encima de él…, pero con el champán aún en su posesión. La copa, milagrosamente, se hallaba aún llena, pero Donovan había perdido el interés por beber más. Se sentía demasiado consciente de la mirada de Kristine. Sus ojos se hallaban a escasos centímetros de distancia.

Su voz resultó ronca.

— Mike…, ¿Por qué no funcionó lo nuestro antes?

Él meneó la cabeza y se encogió de hombros sin decir una sola palabra, percatándose de que si no tenía intenciones de pasar la noche aquí, debería detener los acontecimientos ahora mismo. De otro modo, no sería justo con Kristine. De todas formas, no pudo reunir las palabras.

— Me gustaría intentarlo de nuevo, Mike.

Se había inclinado hacia él. Sus labios sabían dulces a causa del champán.

Donovan le devolvió el beso, cerrando los ojos. Su cuerpo se apretaba cálido contra el de Mike, cuando éste la atrajo hacia sí. Una mano cayó sobre el revoltijo del pelo de la mujer al acercarla Mike aún más hacia sí. Su otra mano buscó el borde de la mesa. Consiguió dejar la copa sin verter ni una sola gota.

CAPITULO III

Robert Maxwell frunció el ceño a su mujer, Kathleen.

— ¡Pensé que Robin ya estaría aquí!

Kathleen se veía claramente desconcertada, pero realizó un esfuerzo para aparentar su acostumbrada confianza y serenidad.

— Tómatelo con calma, cariño. Estará lista dentro de un momento. ¿Has preparado el coche?

— ¡Sí!

Maxwell sabía que se estaba mostrando huraño, pero no podía evitarlo. Era la primera oportunidad que tenía de echar un vistazo de cerca a los Visitantes, y su hija lo estaba estropeando. ¡Adolescentes!

— ¿Y a qué se debe el retraso, Kathy?

— Ha encontrado una mancha en su uniforme de la banda, y está tratando de quitarla. Cálmate, cariño.

Su hija de doce años, Polly, bajó las escaleras trayendo a su hermana de tres años, Katie. Maxwell cogió a la más pequeña y le dio un cariñoso beso, disfrutando de su limpieza, lograda a base de agua y jabón.

— Vaya… Estás muy guapa, cariñito. Gracias por estar ya preparada, Polly.

— Está bien, papá. Lo más seguro es que no desease llevar el vestido rosa y esas braguitas de encaje…

Polly sonrió a Katie, que compartía las ideas tan claras de su hermana mayor sobre vestuario.

Kathleen meneó la cabeza hacia Maxwell cuando éste se inclinó para dejar en el suelo a la niñita.

— No lo hagas. Limítate a llevarla. Si la dejas en el suelo, estará sucia en treinta segundos.

Maxwell se enderezó, mientras Kate sonreía por lo bajo en sus brazos.

— Tu madre es muy lista, ¿no te parece, tesoro? Eres el mayor imán que conozco para atraer la porquería… ¿No crees? ¿Eh?

Katie sonrió imperturbable a su padre y le plantó un beso húmedo en el labio superior.

— Mamá, ¿dónde está mi sombrero?

El diecisieteañero Robin irrumpió por las escaleras en un destello de blanco y castaño, adornado liberalmente con galones negros. Polly tomó el estuche de la flauta de su hermana y se la tendió.

— Aquí está, querido.

Kathleen tomó el sombrero de piel color escarlata.

— ¡Andando, pandilla! Se supone que deberíamos estar allí hace cinco minutos…

Maxwell sacó rápidamente la rubia, dirigiéndola con mano segura hacia la factoría de la que era director su vecino, Arthur Dupres. En las tres semanas desde que los Visitantes habían llegado, habían seleccionado cierto número de plantas que debían ser provistas de nuevas herramientas para la producción de los componentes químicos que precisaban con tanta urgencia. La «Richland Chemical Corporation» fue la primera de tales plantas declaradas operativas por Diana, la

comandante científica de los Visitantes. Por consiguiente, el lugar estaba asediado por los medios de difusión, y la multitud aguardaba el aterrizaje de la lanzadera Visitante. Afortunadamente, Maxwell pudo aparcar la rubia cerca de los autobuses de la escuela que transportaban al equipo de la banda.

Apresurándose, tendió a Robin la funda de su flauta, mientras Kathleen ajustaba el sombrero de piel del uniforme en la morena cabeza de su hija.

— ¿Tengo buen aspecto?

Robin se miró en el espejo retrovisor externo de la rubia.

— Estás magnífica, chica —le contestó su padre, pensando en que su habitual respuesta se estaba convirtiendo en más verídica cada vez.

Con sus ojos azul-verdosos, su moreno cabello esponjoso y sus bien Parecidos rasgos, su hija conseguía llamar la atención de la mayoría de los chicos de su clase en la «Rosemont High School». Por desgracia, Robin era a su vez muy consciente de ello…, lo cual no dejaba de perturbar a Maxwell.

Viéndola correr hasta donde se estaba formando la banda, suspiró.

Aún tenemos una chiquilla —pensó—, *pero no durante demasiado tiempo*.

Llevando a Katie sobre los hombros, Maxwell, su mujer y Polly se encaminaron hacia el estrado del desfile. Aunque habían llegado tarde para presenciar la formación de la banda, la mayoría de la muchedumbre se presentó después, por lo cual pudieron conseguir buenos asientos. Maxwell se descolgó la funda de los prismáticos y los sacó.

— Bob…

Kathleen frunció el ceño, apartándose de la frente su cabello rubio oscuro.

— No irás a usarlos, ¿verdad?

Maxwell enfocó los prismáticos, entreabriendo los ojos, para conseguir la mejor visión del estrado que habían instalado para la ceremonia de apertura.

— Claro que sí —respondió.

— ¿No te parece un poco burdo?

— Nadie se fijará en mí. Y estamos demasiado lejos del estrado como para que alguien mire hacia aquí.

Kathleen pareció nerviosa.

— Está bien, pero sigo pensando que…

Maxwell guardó de nuevo los prismáticos en la funda.

— Cariño, nadie va a estar mirándome… Todo el mundo estirará el cuello para ver a los Visitantes… Arch Quinton me dijo la semana pasada que las instantáneas tomadas con teleobjetivo de alguno de los visitantes mostraban ciertas «interesantes anomalías», tal y como él lo expresó. Quiero ver si descubro a qué se refería.

— ¿Y por qué no se lo preguntaste?

— Ya sabes cómo es Arch cuando tiene algo en la cabeza. Se muestra tan explícito como una piedra…

— ¡Maxwell!

Los Maxwell se volvieron en la dirección de la que llegó aquel grito y vieron a un hombre

calvo, vestido con un traje caro, que les hacía señas desde el otro lado del estrado del desfile. Mientras lo observaban, una mujer ataviada con un sombrero y un vestido muy elegantes se había reunido con él.

Con Polly y Katie a remolque, Robert y Kathleen se abrieron paso por las gradas. Al pie de las mismas, Maxwell extendió la mano.

— Hola, Arthur. Felicidades por este gran día. Hoy todos los ojos del mundo están puestos en «Richland», ¿no te parece?

— Claro que sí…

Eleanor Dupres asió orgullosamente el brazo de su marido.

— Fui *yo* quien lo sugirió. La primera noche, cuando John mencionó que necesitaban productos químicos, le dije a Arthur que debía dar el nombre de «Richland» y prestar voluntariamente su fábrica para que la usasen los Visitantes. Señalé que era para él un deber cívico, por así decirlo. Me hizo caso y he aquí los resultados… ¡Me parece algo maravilloso!

— Y lo es… —se apresuró a comentar Kathleen, rozando deliberadamente el brazo de Robert con el suyo, cuando alargó la mano para estrechar cálidamente la de Eleanor.

Maxwell respiró hondo y, con esfuerzo, consiguió suavizar la amplia sonrisa que los discursos de Eleanor, invariablemente, suscitaban en él.

— ¡Oh, a propósito, Robert y Kathleen! —prosiguió Eleanor, sin tener en cuenta la representación escénica de los Maxwell—. Doy una pequeña fiesta esta noche en honor de los Visitantes. Varios de ellos se han mostrado de acuerdo en venir, y me pregunto si también os gustaría asistir a vosotros.

Maxwell trató de no mostrar su excitación.

— Nos gustaría muchísimo, Eleanor. ¿A qué hora?

— A eso de las ocho. No es una cosa demasiado formal… Sólo se requiere traje de noche. Así que os esperamos…

Eleanor y Arthur se marcharon en dirección al estrado para la ceremonia. Maxwell aguardó hasta que estuviesen a una distancia en que no pudiesen oírle. Luego mostró su satisfacción:

— ¡Estupendo…! Al fin podré verlos en auténtico primer plano…

Kathleen le dirigió una mirada burlona.

— Tú y tu gran bocaza, Bob…

Su timbre de voz ligero se convirtió en una perfecta imitación del de Eleanor, tan efusivo.

— «Sólo se requiere traje de noche…» ¿Y qué diablos me voy a poner para algo que me anuncian con sólo seis horas de anticipación?

— Estarás maravillosa, cariño… Siempre lo consigues… —respondió Maxwell de una manera automática, con su mente ya repleta de las imágenes de conversaciones con los Visitantes acerca de sus orígenes evolutivos.

Hasta el momento no se había invitado a ningún observador científico a subir a bordo de las naves de los Visitantes, sino sólo a periodistas y políticos. ¡Qué oportunidad más estupenda para él!

— Y aunque consiguiera apañarme alguna cosa para mí, no me imagino qué te pondrás *tú*…

— ¿Qué te parece aquella chaqueta deportiva que llevábamos la primavera pasada?

Kathleen le soltó un bufido.

— ¿Ya no recuerdas cómo dejaste los puños aquella vez en que tú y Arch os detuvisteis para visitar la excavación «sólo unos minutos», y esos minutos se convirtieron en *tres horas*? ¡Como para hablar de los profesores distraídos…!

— Oh, sí…

Maxwell puso cara de circunstancias.

— Tal vez debería salir y comprarme una nueva esta tarde, después de la ceremonia de inauguración…

Kathleen meneó la cabeza.

— Lo siento, cariño. No nos lo podemos permitir. Pero no te preocupes. Creo que aquella antigua azul marino está limpia, y servirá.

Maxwell le plantó un impulsivo beso en la frente.

— Gracias, cielo. No te merezco, ¿lo sabías?

Los ojos verde claro de su mujer se suavizaron un poco.

— Claro que sí… Y yo también te amo, Bob.

— Y yo a ti…

Intercambiaron una orgullosa mirada, interrumpida por un grito de Polly:

— ¡Mamá! ¿Podría Katie beberse una gaseosa?

— Más tarde, Polly.

Volvieron a subir por las gradas.

— Pero, mamaíta… Estoy *sedienta*…

Kathleen suspiró.

— He dicho que después, Katie. ¿Por qué no te comes las uvas que ha traído mamá?

La banda comenzó a tocar, y las gradas se llenaron con rapidez. Maxwell vio detenerse una camioneta blanca, y varios técnicos comenzaron a preparar el equipo. Unas personas bajaron de la furgoneta, y Maxwell, que empleaba de nuevo sus prismáticos, reconoció inmediatamente a dos de ellos.

— Mira, cariño… Michael Donovan y Kristine Walsh…

— Déjame ver…

Kathleen se apresuró a arrebatarle los prismáticos.

— Vaya… Parecen un poco más bajos que por televisión.

— Ella es muy atractiva —comentó Maxwell, observando con atención a la periodista.

Kathleen le miró divertida.

— ¿A quién te gustaría conocer? ¿A Mrs. Walsh, o a Diana?

— A Diana —sonrió Maxwell—. Preferiblemente en un portaobjetos.

La mujer se echó a reír.

— Antropólogo hasta el final… ¿Estás tratando de decirme que no te has percatado de lo hermosa que es?

Maxwell rió por lo bajo.

— Yo no diría *eso*…

La banda empezó a tocar una titubeante, pero reconocible, versión del tema de *La guerra de*

las galaxias. En las gradas, alguien gritó:

— ¡Aquí está!

Maxwell alzó la mirada para ver una de las naves-lanzadera de los Visitantes, que se aproximaba desde la nave gigante que pendía sobre Los Angeles. La Nave Madre resultaba ahora una vista normal en el cielo de Los Angeles, que ya hubiera parecido extraña sin él.

— ¿Sabe qué usan para conseguir las materias primas de sus productos químicos? —preguntó a Maxwell el hombre sentado a su lado.

— He creído entender que emplean basuras y otros desperdicios —respondió Maxwell—. Pero nunca he escuchado una buena explicación de qué productos químicos se trata, o de qué van a emplear para hacerlos.

El hombre, un fornido negro de cincuenta y tantos años, emitió un gruñido.

— Esto me recuerda un chiste muy malo que he escuchado: Los alienígenas comen basura y mean gasolina… ¿No se ha preocupado nunca por todo esto?

Maxwell frunció el ceño a través de los prismáticos cuando se abrió la puerta de la lanzadera y los técnicos Visitantes comenzaron a salir y a agruparse en hileras. Cada uno de ellos llevaba una especie de grande y pesado contenedor. Su mente se distrajo intentando estudiar sus rasgos bajo sus gorras y gafas de sol, por lo cual casi se había olvidado de la pregunta de aquel hombre, hasta que Kathleen le dio un codazo.

— ¿Preocuparse? ¿De qué? Ya han mostrado sus intenciones pacíficas.

El negro se frotó el entrecano bigote.

— No sé… ¿Qué es lo que nos han mostrado realmente? ¿Dónde están todas esas cosas científicas que se supone que iban a enseñarnos? Llevan ya aquí tres semanas, y apenas sabemos algo más acerca de ellos que el primer día, cuando hablaron con nosotros.

Maxwell entreabrió los ojos, al reconocer a Diana entre la multitud. Los técnicos Visitantes continuaron desfilando desde la nave. Ahora estaba aterrizando una nueva lanzadera, que comenzó a vomitar Visitantes con atuendo rojo. Polly le dio otro codazo.

— ¡Eh, papá…! Acabo de oír un chiste…

— Hum…

Maxwell trató de enfocar los prismáticos sobre el grupo de Visitantes. ¿Cuántos habían salido ya? La banda continuaba esforzándose en la interpretación de *La guerra de las galaxias*. Maxwell hizo una mueca cuando oyó cómo el flautista emitía una nota en falso, y confió fervientemente en que no se tratase de Robin.

— ¿Cuántos Visitantes hacen falta para cambiar una bombilla?

Maxwell estiró el cuello.

— No lo sé… ¿Cuántos?

Polly se echó a reír con todo el entusiasmo de sus doce años.

— ¡Ninguno! Les gusta la oscuridad…

Maxwell se rió también comedidamente, mientras oía cómo el hombre negro lo hacía asimismo por lo bajo. Los Visitantes continuaron desfilando y saliendo del aparato, y la banda siguió tocando.

— ¿Cuántos *hay* aquí, Robert? —le preguntó Kathleen.

El negro se había vuelto hacia ella.

— Eso mismo me estoy preguntando yo. ¿Cuántos ha contado usted?

Maxwell se quedó mirando el creciente mar de monos rojos y frunció el ceño.

— No lo sé. Un montón…

— Sí —replicó el hombre negro—. Un condenado montón…

Robin Maxwell se esforzaba cuanto podía por tocar al unísono de la banda, mientras su cabeza se volvía para observar a los Visitantes que desfilaban ante ella. ¡No se iba a perder la oportunidad de verlos tan de cerca! Desafinó una nota e hizo una mueca, confiando en que el resto de la banda hubiese cubierto su error. Pero, de todos modos, no pudo apartar la mirada de los técnicos Visitantes que pasaban delante de ella.

Había un montón… Robin se preguntó qué significarían las diferentes barras negras e insignias que llevaban en los uniformes. ¿Qué había dicho Daniel Bernstein? Algo acerca de que aquellas señales señalaban el rango y el tipo de trabajo…

Arrugó su atractiva nariz, al pensar en Daniel. Se había estado portando de una forma tan *tonta* desde que habían llegado los Visitantes… No sabía hablar de otra cosa. Constituía el único tema de sus conversaciones, saliera ella o no con él…, lo que Robin no tenía la menor intención de hacer… Daniel era un chiquillo agradable, incluso bien parecido, pero no pasaba de ser eso: un chiquillo. Si bien tenía casi diecinueve años, cerca de dieciocho meses más que Robin, actuaba igual que un chiquillo.

En los seis meses que habían pasado desde que papá le permitiese acudir a auténticas citas en coche con chicos, ya había decidido que no desperdiciaría su tiempo saliendo con chiquillos. La última vez que había ido en coche a la biblioteca de la Universidad con papá, dos atractivos estudiantes de primer año trataron de abordarla mientras atravesaba el patio.

Robin sonrió en torno a la boquilla de su flauta al recordar aquello. *La guerra de las galaxias* continuaba rodeándola. Mr. Elderbaum, el director de la banda, no se encontraba particularmente complacido con la interpretación. «Pero, ¡diablos!, han tenido menos de una semana para ensayar…»

Un montón de Visitantes estaban de verdad desfilando ante ella, pensó Robin. Se preguntó vagamente cuántos serían; a continuación dio una nota en falso sin apenas darse cuenta de ello y, un segundo después, bajó la flauta y, simplemente, se quedó allí, mirando.

Era el muchacho más apuesto que hubiera visto nunca —pelo bronceado, ¡y qué ojos!—; aunque resultaba difícil asegurarlo, detrás de las gafas de sol, Robin se esforzó por imaginarlo. Azules. Un hermoso azul celeste. Estaba de pie al lado de la portilla de la lanzadera, dirigiendo evidentemente a alguno de los técnicos Visitantes mientras éstos se ponían en fila.

Durante un momento, Robin se quedó mirando, inconsciente de que sonreía. Un momento antes de dar un paso, los ojos del Visitante se encontraron con los suyos durante un segundo. Robin sintió un repentino rubor en las mejillas cuando la mirada de él se cruzó con la suya.

Luego desapareció, y la chica se halló una vez más sola con la banda, y con aquella tonada, al parecer interminable, de *La guerra de las galaxias*, Robin se llevó la flauta a los labios, ocupando de nuevo su lugar, pero su interpretación resultó por completo automática.

¡Qué tío! —pensó—. *¡Todo un tío!* Confió en que de alguna forma, pudiese verle de nuevo algún día.

En la pasarela superior, dos hombres con casco se encontraban observando a aquellas formas con mono rojo. Uno de ellos, un hombre negro de anchos hombros, sacudió la cabeza.

— ¡Maldita sea!

Su compañero, un blanco de fino cabello —cuyo estómago proclamaba lo mucho que le gustaba la cerveza y ver el rugby sentado desde una butaca— se volvió hacia él.

— ¿Qué ocurre, Caleb?

— ¿Que qué *ocurre*?

Caleb Taylor señaló indignado:

— ¡Míralos, tío! Hay tantos de esos chupones, que difícilmente caben en el aparcamiento… Primero tuvimos que defender nuestro trabajo de los blancos como vosotros, luego de los mexicanos…, y ahora esos desgraciados han venido a trabajar con nosotros, y ni siquiera son de planeta…

Bill Graham se echó a reír.

— ¡No te portes como un paranoico, Caleb!

Al cabo de un segundo, Taylor sonrió tímidamente:

— Si hubieras tenido que preocuparte por el paro como me ha ocurrido tantas veces a mí, Bill, también tú serías un paranoico. Ya sabes que los negros son siempre los primeros en ser despedidos, y no trates de decirme que no. Durante el tiempo en que tenía una mujer y dos chicos que alimentar, solía pasarlo realmente mal cada vez que las cosas aflojaban un poco aquí, en «Richland».

— Bueno, seguramente todo será distinto para ti ahora —señaló Bill—. Ben lo está haciendo tan estupendamente en el hospital, que no hace falta que toques tu pensión de este sitio si no quieres.

— No quiero saber nada de eso —replicó pensativamente Caleb—, Nunca he vivido de otra persona, y no estoy preparado para empezar ahora. Aunque Ben sea médico. ¡Mierda, puede casarse y trasladarse a Boston o a cualquier otro sitio! ¿Y qué haríamos Elias y yo entonces?

— ¿Está interesado Ben por alguien?

Caleb Taylor pegó un bufido.

— ¿Bromeas? Está tan metido en eso de la medicina, que la única vez que *ve* a una mujer es cuando está destripada en la mesa de reconocimiento…

Graham emitió un sonoro ruido con los labios.

— Bueno, por cuanto sé, ésa es una forma como otra cualquiera de conseguir…

— ¡Mierda, no te atrevas nunca a sugerirle eso a Ben…! Es tan fiel al juramento hipocrático, que no llegaría a darse cuenta de que sólo bromeas. Probablemente, te pondría las manos encima antes de que tuvieses la oportunidad de explicárselo…

Ambos hombres se echaron a reír.

— Hablando de Elias… ¿Qué hace? —preguntó Graham.

Caleb Taylor volvió a mirar con atención las hileras de Visitantes.

— Diablos, Bill, no lo sé. Ahora apenas duerme en casa. Hace ya muchos meses que no trabaja. Le pregunté si podía pagar al repartidor de periódicos, y se sacó de los pantalones un fajo con el que podrías ahogar a un caimán…

— Caramba…

— Eso es lo mismo qué dije yo, créeme, tío. No sé qué hace durante el día, ni adónde va… Y estoy demasiado asustado para preguntárselo, por miedo a que me lo diga. Y en ese caso, ¿qué haría yo?

— Lo siento, Caleb. Es divertido lo de esos dos chicos. Todo el éxito de Ben, y Elias…

— Sí. No sé cómo es…

Observaron en silencio durante varios minutos la ceremonia de presentación. Graham cambió de tema.

— ¿Te has enterado de que casi la mitad de las factorías que han decidido utilizar, serán usadas para desalinizar el agua del mar y no para elaborar productos químicos?

— ¿Sí? ¿Y qué van a hacer aquí, en «Richland»?

— Las dos cosas.

— ¿Y cuántas plantas emplearán?

— No lo sé. Aún siguen negociando. Un montón de ellas. Por lo que sé han entrado en contacto con cada fábrica que se encuentre al borde del mar. Todos se preguntan con cuántas se quedarán.

Caleb frunció el ceño, mirando intensamente a las hileras de Visitantes, con sus labios moviéndose sin hacer el menor ruido.

— ¿Qué haces, Caleb? —le preguntó Graham, tratando de seguir la mirada de su amigo.

— Contar a esos chupones. ¡Maldita sea, son un auténtico montón…!

Juliet Parrish miró por encima de los musculosos y bronceados hombros de Dennis Lowell hacia la pantalla del televisor, que mostraba a uno de los jefes Visitantes, «Steven», hablando con la bien conocida periodista de televisión, Kristine Walsh. El Visitante estaba explicando que la mayor parte de las fábricas elegidas por ellos estarían localizadas en las zonas costeras de la Tierra.

Mientras Juliet miraba, sus dedos continuaban su rítmico masaje en los hombros de Lowell.

— Mira cuánta gente, Denny. Me alegro de que decidiésemos quedarnos aquí y verlo por la tele. Si estuviéramos allí no nos enteraríamos de nada.

Denny, absorto en el *Wall Street Journal*, se limitó a gruñir. Juliet sonrió a su oscura cabellera, continuando su masaje. Sus dedos se movieron de un lado a otro, frotando en cortos y circulares movimientos por encima de la zona de las *vertebrae lumbaris*. La acometió una imperiosa necesidad de besarle el cuello, pero se contuvo. A Denny no le gustaba que le interrumpiesen mientras estudiaba el mercado y, aunque las acciones y los bonos aburrían francamente a Parrish, consiguió siempre arreglárselas para que él no se enterase.

— Hum… ¡Qué bueno! —musitó Denny.

Juliet sonrió de nuevo.

— En realidad, tras cinco años de anatomía, no podía ser de otra forma…

— No…, me refiero al mercado. En verdad está resurgiendo. Los Visitantes han sido buenos

para la economía. Creo que se nos presentan buenos tiempos.

Juliet suspiró, sonriendo tristemente. A Denny le gustaba su trabajo como agente de Bolsa, lo mismo que ella adoraba la Medicina. Algún día, sin duda, él sería rico, muy rico, pues era muy bueno en lo que hacía. Si se casaban —*si*…—, ella compartiría todo esto con él. Pero a Juliet no le había preocupado nunca el dinero. Si no hubiese sido por la beca que había conseguido, se encontraría más endeudada de lo que estaba…

Si dependía de su elección, se uniría al Vista[2] o a los Cuerpos para la Paz —o tal vez a la OMS— una vez que finalizara el internado. O regresar a China, donde había estudiado, en un programa de intercambios, durante seis meses. Pero si tomaba esa decisión, perdería a Denny. Era consciente de ello, aunque nunca había sacado el tema a colación. Denny no era de la clase de personas que pudiesen esperar dos o tres años. Juliet hizo una mueca. Muy pocos hombres eran pacientes en aquellos tiempos. Muchos tipos que la habían atraído, se volatilizaron al enterarse de que era estudiante de Medicina y la primera de su clase. Sus investigaciones de Bioquímica con el doctor Metz habían empeorado aún más las cosas. Luego conoció a Denny…

Era uno de los pocos hombres conocidos por ella que disfrutaba al estar con una mujer, a la que reconocía ser más lista que él. Y Juliet, tras meses y años de dedicado estudio, comprendió que le gustaban los cambios que él había introducido en su vida. Tranquilas comidas caseras y restaurantes íntimos, en vez de cenas de productos anunciados por la tele y libros de texto. Fiestas con algunos amigos con los que congeniaban. Cámping cuando tenía un fin de semana libre. Viejas películas de Bogart y de Cable en vídeo.

Estudió el rostro del Visitante en la pantalla del televisor con los ojos levemente entreabiertos, deseando poder conocer a uno de ellos, y hablar con él o con ella para que le facilitase algunas muestras de sangre. ¿Cómo sería su ADN? Suponiendo que tuviesen ADN…

Probablemente lo tenían. A fin de cuentas, se parecen mucho a nosotros. Excepto por sus voces, podrías ponerle a uno un traje, dejarlo caer por Wall Street y nadie se daría cuenta…

En cierta forma —pensó Juliet Parrish— *hubiera preferido que tuviesen tentáculos de color púrpura o algo así*. Se percató de la presencia de un rostro negro entre los Visitantes que se alineaban en el exterior de la lanzadera, y frunció el ceño. *¡Qué raro! Tienen incluso las mismas diferencias raciales. ¿Lo estará observando Ben Taylor?*

Sus ojos siguieron fijos en aquellas hileras de monos rojos, buscando alguna anomalía, percatándose de la carencia de cicatrices faciales visibles o cualquier tipo de imperfección. *Son tantos…, y, sin embargo, todos son perfectos…* No se percató de que sus dedos se habían puesto rígidos en la espalda de Dennis Lowell, hasta que éste jadeó y dio un salto.

— ¡Eh, ten cuidado, cariño…! Aprietas demasiado.

Ella le besó en el cuello, sintiendo, aliviada, la solidez y el tacto cálido de su carne.

— Lo siento, Ben. Apagaremos el televisor, ¿conforme?

— ¿Por qué? Se trata de una ocasión histórica…

La mujer alargó la mano para coger el mando a distancia y apagó el televisor, mientras sus manos aún seguían de una forma u otra deslizándose con lentitud por el cuerpo del hombre.

— Porque tengo algo mejor que hacer que preocuparme sólo por la Historia…

— ¿Ah, sí?

Ninguno de los dos se percató de que estaban arrugando el *Wall Street Journal*.

El aire nocturno resultaba vigorizante y delicioso, lo suficientemente frío como para hacer que Robert Maxwell olvidase su acostumbrado disgusto por tener que llevar chaqueta y corbata. Sostuvo el brazo de Kathleen mientras caminaban por la calle y entraban, luego, por la puerta de la casa de los Dupres. La casa en sí se encontraba, en gran parte, escasamente iluminada; risas y conversaciones surgían del jardín, situado en la parte trasera. Se encaminaron por la senda empedrada que rodeaba la casa.

El jardín estaba festoneado por faroles, mosquitos y gente. Maxwell aspiró apreciativamente el aroma; había vuelto a casa, después de las ceremonias, demasiado tarde para comer.

Tomó un par de copas de vino de una bandeja cuando el camarero pasó junto a él, y tendió una de ellas a Kathleen.

— Gracias —le susurró su mujer, cuyos verdosos ojos evaluaban los vestidos de las mujeres.

— ¿Tengo buen aspecto?

— Estás magnífica. Ese vestido te sienta realmente muy bien, cariño.

Y no mentía. El rojo era uno de los colores que más favorecían a Kathy, y el brillante chal que se había traído del Pakistán le sentaba a las mil maravillas.

Una oleada de gasa azul que resultó ser Eleanor, con los brazos abiertos ampliamente y sepultándoles, surgió, al parecer, de ninguna parte.

— ¡Robert, Kathleen! ¡Cuánto me alegra que hayáis podido venir! Tenéis que conocer a nuestros invitados de honor…

— Es una bonita fiesta, Eleanor —le respondió Maxwell, zafándose discretamente de un mosquito.

— Deliciosa —murmuró Kathleen.

— ¿Verdad que las ceremonias se desarrollaron *espléndidamente*? Steven me decía hace un momento que las ceremonias y la fiesta han sido de las mejores a las que ha asistido. Le he dicho a Arthur que deberíamos repetirlo…

— Madre… —exclamó una voz masculina, casi al oído de Maxwell.

Se volvió, al igual que Eleanor y Kathleen, y se encontró frente a los periodistas que habían visto aquella tarde: Mike Donovan, Kristine Walsh y un hombre asiático. Al lado de este último había una mujer esbelta y de cabello castaño.

— ¿Decía usted? —comentó Maxwell, pero Eleanor, con un movimiento enojado, le atajó:

— ¿Qué pasa, Michael?

— Kris, Tony y yo tenemos que irnos. Hemos de grabar una entrevista especial con Diana.

— ¡Oh…! Había confiado que podría presentarte a todos, Michael.

Eleanor se hallaba obviamente disgustada. Pero, como es natural, Donovan no quedó afectado por su resentimiento.

— Lo siento. Se supone que la lanzadera tiene que recogernos a las nueve, en la zona de aparcamiento de la fábrica.

Por primera vez el periodista pareció percatarse de los Maxwell, que se hallaban tímidamente a su lado, y extendió la mano.

— Me llamo Mike Donovan. Kristine Walsh, Tony y Fran Leonetti. Mucho gusto en conocerle…

Maxwell estrechó su mano, al tiempo que asentía.

— Robert Maxwell. Mi esposa, Kathleen. El placer es nuestro…

Los murmullos de los saludos llenaron el aire, hasta que fueron sustituidos, casi sin interrupción, por los de las despedidas. Maxwell observó cómo los tres periodistas abandonaban la fiesta, deteniéndose brevemente para hablar con Arthur Dupres. Robert se volvió hacia su anfitriona.

— Eleanor, no tenía la menor idea de que Donovan, el periodista, fuese tu hijo. ¡Es uno de los cámaras más famosos del país!

— Lo que debía haber hecho —replicó, molesta— era quedarse el tiempo suficiente para conocer al resto de mis invitados.

— Oh, sí…

Desconcertado, Maxwell miró de reojo a Kathleen, quien, hábilmente, aprovechó la ocasión.

— Hablando de invitados, Eleanor: ¿no está por aquí uno de tus invitados de honor? ¡A Robert y a mí nos gustaría mucho conocerle!

Eleanor se animó.

— Te refieres a Steven, claro. Ha traído consigo a una joven, una muchacha en extremo atractiva. Te los presentaré.

Se abrieron paso a través de la multitud, tras la estela azul de su anfitriona, hasta que llegaron junto a un hombre delgado, de cabello oscuro y con mono rojo. Con aquella leve iluminación de los faroles del patio, se había quitado sus gafas oscuras. Asentía y sonreía mientras Arthur le presentaba a los invitados.

Eleanor cogió del brazo al Visitante.

— Querido Steven, aquí hay dos personas a las que *deberías* conocer. Robert Maxwell y su esposa, Kathleen. Robert es un eminente antropólogo.

Maxwell extendió la mano y sintió sus dedos sujetados con firmeza por una carne fría y elástica. *Notablemente fría* —pensó Maxwell, mientras estrechaba su mano—. *Su temperatura corporal debe de ser de unos treinta grados*.

Kathleen, sonriendo cálidamente, le estrechó también la mano. Steven sonrió y habló con aquella voz resonante, parecida a un eco, Que sonaba tan extraña en unos labios humanos.

— ¿An-tro-pó-lo-go? ¿Qué clase de trabajo es el que usted hace, Mr. Maxwell?

— Robert —replicó Maxwell—. Por favor, llámame Robert, Steven. Un antropólogo es un científico que estudia el desarrollo del hombre desde sus primeros antepasados homínidos hasta nuestra versión actual del *Homo sapiens*.

Mientras Maxwell hablaba, Steven se quedó visiblemente rígido y su sonrisa se extinguió. *¿Qué diablos habré dicho?*, se preguntó Robert. Lanzó una mirada de reojo a Kathleen, sólo para percatarse, por su ansiosa expresión, de que ella también había advertido la reacción del Visitante.

Sólo duró un momento, pues luego el alienígena volvió a sonreír.

— Debe perdonarnos… Hemos estudiado detenidamente su idioma, pero, como es natural, existen algunas palabras que no conocemos.

— No se preocupe —repuso Maxwell, mientras se zafaba de un molesto zumbido cerca de su oído—. ¡Malditos mosquitos…!

Eleanor, que se había eclipsado unos segundos antes, reapareció de pronto, con una bandeja de entremeses. Maxwell le dio las gracias, tratando de no parecer demasiado glotón, mientras se servía varios bocaditos. Mientras masticaba una mezcla de jugosa castaña, beicon e hígado de gallina, Steven, con educada sonrisa, seleccionó cuidadosamente una zanahoria y la masticó con cautela. Meneó cortésmente la cabeza al ver que Eleanor prefería albóndigas, teriyaki de alones de gallina y salchichas; cada vez que la mujer ofrecía algo, se encontraba con los movimientos negativos de la cabeza de Steven y con una educada sonrisa.

Evita por completo alimentos cocinados y carnes —pensó Maxwell, intentando alejarse, sin éxito, de otro zumbido—. *Y nosotros estamos siendo comidos por los mosquitos… pero él no…*

Abriéndose paso a través de la multitud hasta situarse a la altura del Visitante, Maxwell se aclaró la garganta:

— ¿Tenéis muchos científicos en vuestras naves?

Steven asintió.

— Sí. Lo que vosotros llamaríais ingenieros, de todas clases: químicos, de criogenia, de estructuras, además de otras muchas especialidades.

— ¿Tenéis científicos equivalentes a nuestros antropólogos?

— Sí, naturalmente. Pero no son necesarios en esta misión, que requiere sólo habilidades técnicas.

— ¿Te importaría que te hiciese unas cuantas preguntas acerca de vuestra cultura?

Steven sonrió.

— En absoluto…

— ¿Cómo es vuestro planeta?

— Muy parecido al vuestro. Es algo mayor, lo mismo que nuestra estrella es también más grande. Pero está compuesto casi por la misma clase de minerales.

— ¿Y la evolución? ¿Ha evolucionado tu pueblo a partir de un antepasado común a otros antropoides? Ya sabes, monos parecidos al hombre y otros simios…

— ¡Oh, entiendo…! Verás, no soy antropólogo, como puedes comprender, pero me parece que nuestros antropólogos han llegado a la conclusión de que nuestra evolución es del todo semejante a la vuestra.

— ¡Estupendo! —asintió con vigor Maxwell—. ¿Y qué clase de Gobierno tenéis?

— No tenemos naciones, como vosotros. Simplemente, todos los pueblos de nuestro mundo están unidos bajo la jefatura de nuestro Gran Líder.

— ¿Y cómo gobierna?

— Adivinando lo que desea la gente y empleando sus facultades para regirnos de forma efectiva.

— Comprendo. ¿Y qué clase de unidad social existe?

— ¿Unidad social?

Steven inclinó la cabeza, interrogativamente.

— Verás, nuestra célula básica es la familia. Un varón y una hembra, que convienen en vivir y

trabajar juntos en su mutuo beneficio y en el de la progenie resultante.

— Y las relaciones con los extraños, ¿son consideradas indeseables?

— Eso es. Monogamia.

El Visitante asintió.

— La monogamia es también nuestro sistema. Un varón y una hembra, niños, vivir juntos…

— Realmente aprecio mucho la oportunidad de hablar contigo, Steven.

Los ojos del Visitante se apartaron de Maxwell para posarse en una mesa en medio del patio, cerca de la piscina. Kathleen estaba sentada a la mesa, sonriendo a una mujer joven, de larga cabellera rubia y mono rojo.

— ¿Tu mujer? —preguntó Robert, pensando en cuán atractiva era la mujer Visitante.

— No —sonrió Steven—. Barbara es la subjefa de la unidad que yo mando. Ha sido asignada para ayudarme. Trabajamos juntos…

— Comprendo… —contestó Maxwell.

Trataba de elegir entre las preguntas que se le agolpaban en la mente.

— ¿Qué clase de…?

— ¡Hola, Robert! —atronó Arthur Dupres, mientras estrechaba manos calurosamente—. Ya veo que has conocido a Steven. ¿Te importa si te lo robo?

Guiñó al alienígena.

— Han venido algunos compañeros de «Richland» y arden en deseos de verte. Y como ya conozco a Robert, aquí presente, te estará acosando a preguntas acerca de vuestra estructura social y costumbres, ¿verdad?

Maxwell forzó una sonrisa.

— No puedes culparme por ser curioso, Arthur. Es la primera vez que conozco a un caballero que, casualmente, es extraterrestre…

Cogiendo a Steven del brazo, Arthur se lo llevó hasta un grupo de hombres y mujeres que se hallaban cerca de la entrada del jardín. Cuando pasaban al lado de la jaula en que estaban los preciados periquitos de Eleanor, las aves piaron desesperadamente, arrojándose contra los barrotes.

¡Qué cosa más rara! —pensó el antropólogo, mientras observaba cómo se calmaba la agitación de los pájaros—. *¿Qué ha podido causar esto?*

Frunciendo el ceño, se acercó para examinar las aves, preguntándose si habría algún gato merodeando entre los arbustos. Pero no, no había nada, excepto algunas flores caídas y colillas de cigarrillos.

Arthur regresaba ya, y Maxwell, rápidamente, se hizo a un lado mientras su anfitrión, con Steven a su lado, pasaba por delante de él.

A partir de entonces, Robert Maxwell siguió con la mirada fija durante todo el rato en los periquitos, y ya no le cupo la menor duda de lo que les causaba pánico. Ninguna duda en absoluto.

Era Steven, el Visitante.

CAPITULO IV

Arch Quinton frunció el ceño al mirar el expediente que tenía encima de su desgastada mesa de despacho, en el Departamento de Antropología de la Universidad. Luego descolgó el teléfono. Tras pulsar las teclas con rapidez y nerviosismo, aguardó impaciente que se estableciera la conexión. Un timbrazo. Hizo una mueca de alivio. La línea llevaba ocupada ya casi una hora. *Probablemente Robin. ¡Esas adolescentes!*, pensó tristemente Quinton.

Tras cuatro llamadas, oyó una voz sorprendida.

— ¿Dígame?

— Robin, soy el doctor Quinton. Perdona por llamar tan tarde. ¿Está Robert en la cama?

— No, lo siento, doctor Quinton, pero él y mamá han salido esta noche. Han acudido a una fiesta en casa de los Dupres. ¿Quiere que le llame cuando regrese a casa?

— No, Robin, no hace falta. Me voy ahora mismo, ya son las…

Miró el reloj. ¡Dios mío, era ya más de medianoche!

— Es muy tarde… —prosiguió—. Le llamaré mañana, si él no lo hace antes.

— Sí, señor —replicó Robin—. Le dejaré la nota de que ha llamado usted. ¿Es algo importante?

— Más o menos —repuso Quinton, que no quería alarmarla—, pero nada que no pueda esperar hasta mañana. Tengo anotado algo nuevo en este expediente que creo le parecerá interesante. Buenas noches. Robin…

— Buenas noches, doctor Quinton.

Con un suspiro, Quinton colgó el aparato. Luego volvió al expediente etiquetado simplemente con la palabra «John».

Miró de nuevo las grandes y brillantes fotos, en primer plano, del jefe de los Visitantes, algunas de ellas marcadas con una cuadrícula numerada, hasta llegar a las instantáneas con infrarrojos que había en la última parte de la carpeta. Eran las más valiosas. Un fotógrafo especializado del periódico de la Universidad las había tomado y revelado, empleando un equipo especial y un teleobjetivo, durante una de las numerosas conferencias de Prensa dadas por el jefe de los Visitantes.

Quinton movió la cabeza con lentitud, pensativo, mientras estudiaba las pautas caloríficas que revelaban las fotos infrarrojas. *No es normal* —pensó—. *Hay algo en el cráneo…, una deformidad… El hueso es demasiado recio…, especialmente en el occipucio… Me gustaría que estuviesen más claras, pues en ese caso sabríamos algo… Maxwell dirá que estoy loco…*

Frunció el ceño, al tiempo que sacaba una lupa y examinaba la foto con preocupada atención, ayudado por unas pautas en forma de rejilla.

Incluso en esta instantánea, las sombras indican anomalías en el hueso… Tengo que conseguir que lo vean por rayos X… Entonces no cabría la menor duda…

Tomando su vieja pipa, la apretó y la encendió, contemplando de nuevo, pensativamente, la carpeta. A continuación metió de nuevo las fotos en el expediente, con el rostro feliz y el eslogan que su ahijada, Polly, le había regalado: «Arqueología: ¿te gusta?»

Mientras permanecía sentado, notó que el cansancio se apoderaba de él, como si le hubiesen echado una manta. Sería mejor irse a casa, dormir toda la noche y pensar en todo aquello mañana. Eso fue lo que decidió. Golpeando la pipa contra el cenicero, se puso en pie, sintiendo las horas de intensivo estudio en los agarrotados músculos del cuello y la espalda. Notó ruidos en el estómago, lo cual le recordó la hamburguesa con queso que su ayudante le había traído para el almuerzo y que se encontraba ya a más de doce horas de distancia…

Preguntándose si estaba demasiado cansado como para detenerse a comer algo, se echó la chaqueta encima de los hombros y salió, cerrando con cuidado la puerta del despacho y luego la trasera. El aparcamiento se encontraba silencioso y desierto. Quinton se paró un momento en la puerta de atrás, mirando hacia las estrellas. Era una noche muy clara para Los Ángeles, y las estrellas resultaban muy visibles. Pudo localizar incluso la parte más densa de la Vía Láctea que se extendía por encima de su cabeza. Su mirada se dirigió hacia la parte Este del cielo, pero el Can Mayor no estaría visible, por lo menos, durante un mes. El Can Mayor, que contenía la estrella más brillante de los cielos, Sirio, con una magnitud de -1,58. Una deslumbrante estrella blanca, a unos 8,7 años-luz de distancia, muy cercana, si tenemos en cuenta las distancias galácticas.

Los ojos de Arch Quinton comenzaron a nublarse, y tuvo que frotárselos cansadamente. Sirio. Una estrella vecina hasta hacía un mes. Y ahora…, ¿qué?

Sus manos estaban frías a causa del viento nocturno, mientras hurgaba con las llaves en su «Granada». Tras abrir la portezuela, la cerró, puso el motor en marcha y se volvió para sacar el coche de su espacio en el aparcamiento.

Sentado en el asiento trasero se encontraba un hombre con mono rojo. Las luces del salpicadero reflejaron un mágico tono verdusco en sus oscuras gafas. Quinton abrió la boca para gritar…

CAPITULO V

El Visitante no estaba teniendo un buen día. Aquella mañana, al despertar, se había enterado de que su asignación original a una planta química cerca de Arabia Saudí había sido cambiada: ahora debía ir a la fábrica «Richland», en un lugar llamado Los Ángeles. Incluso su nombre, Ahmed, había sido alterado: ahora era William.

Y en este momento, sosteniendo el voluminoso depósito criogénico ante él, cual si se tratase de un pesado escudo, agarró sus órdenes con la punta de los dedos y, tambaleándose y parpadeando, salió de la lanzadera.

¡Las luces eran tan *brillantes*! Ya le previnieron, pero, entre tantos sucesos, lo había olvidado. Aquélla era la primera vez que salía a la superficie de este nuevo mundo. Parpadeando, forcejeó hasta depositar en el suelo la unidad gris y buscó sus gafas de sol.

Gracias al Jefe las tenía… Parpadeando, William se las colocó. La claridad se hizo soportable. Le dolían los músculos de la espalda, pero, sobreponiéndose, William recogió la unidad C y partió en busca de la zona que le habían asignado, esforzándose por recordar los retazos de inglés que captase al oír a los oficiales hablar entre sí. John había dado la orden de que los miembros de la tripulación practicasen los idiomas de la Tierra que les habían asignado siempre que pudieran, con el fin de conseguir la máxima eficiencia tan rápidamente como fuese posible. Ahmed —no, *William*, debía recordar que era *William*— había aprendido a pensar en árabe.

¡Y ahora esto! William encontró una serie de escalones metálicos delante de él y comenzó a subir por ellos con cautela. La gravedad de la Tierra era levemente inferior a la de su planeta natal: esto apenas se notaba, pero la diferencia podía provocar traspiés en una inclinación.

Avizoró de nuevo la estación asignada, que figuraba en la tarjeta inscrita con sus datos técnicos y antecedentes personales. La planta parecía una conejera de acero gris y conductos anaranjados, con gente apresurándose aquí y allá. Se percató de que tendría que preguntar la dirección.

Un impacto le echó hacia atrás.

— ¡Eh! ¡Mira por dónde demonios vas!

William casi resbaló por los pulidos peldaños de la escalera, desgastados por muchas pisadas, pero logró conservar el equilibrio. Mirando hacia arriba, vio a un hombre de piel oscura (los humanos llamaban «negro» a aquel tono, aunque a William le parecía más un cálido castaño) que llevaba un casco amarillo, con la palabra «Taylor» grabada en él. El Visitante forcejeó por encontrar las palabras:

— Hum… Oh, perdone, por favor… Hum… Ayuda, por favor…

William no estaba muy familiarizado con las expresiones humanas, pero creyó recordar ésta. Se llamaba «fruncimiento de ceño», y si el Visitante no estaba errado, constituía una forma de manifestar disgusto.

— ¿Ayuda para qué? —gruñó el humano.

— Por favor —prosiguió William, esforzándose en pensar y, finalmente, dando con la palabra adecuada. Por lo menos eso esperaba—. Acabo…

— ¿Que acabas de qué…? —preguntó el hombre, fruncido aún el ceño.

— Sí —asintió William enfáticamente—. Acabo…

El hombre gruñó de nuevo:

— ¡Apártate de mi camino!

E hizo a un lado con rudeza a William.

— ¡Maldito estúpido alienígena!

El Visitante le observó marcharse, tratando de traducir las palabras de aquel hombre. ¿La dirección de la Unidad de Transferencia Criogénica? En cierto modo, William estaba casi seguro de que no se trataba de eso. Incluso sospechó que las palabras de Taylor significaban alguna clase de insulto.

Suspirando, William miró a su alrededor, confiando en que desde aquella altura pudiese localizar alguna señal de su destino.

Nada. Otro silbido aulló desde un altavoz próximo, haciéndole dar un brinco. «Oyó» aquel ronco estruendo a través de su cuerpo, y lo «sintió» aún más desagradable de lo que había sonado.

Abandonó las escaleras y erró, desamparado, a través del cemento, mirando por encima de las lanzaderas, en busca de alguna señal de alguien con quien hablar. Estaba empezando a considerar la posibilidad de desobedecer las órdenes y preguntar la dirección en su lenguaje materno (aunque esto, definitivamente, sería el último recurso), si podía encontrar a otro de los suyos. Rodeó una serie de contenedores cilíndricos que, al parecer, usaban como depósitos para los desperdicios (una noción que le intrigó: ¿para qué dedicarse a guardar los desperdicios? Constituían una valiosa fuente de energía).

Ante él vio aparcados unos grandes transportes, y se abrió paso hacia ellos. Le dolía la espalda y, para más desconsuelo, se percató de que empezaba a sentir hambre. No podría comer hasta que acabase su turno y hubiese regresado a sus alojamientos. Éstas eran las reglas.

Rodeó el morro de uno de aquellos grandes transportes, inspeccionando el vehículo. No había nadie dentro. Se dio la vuelta con creciente frustración, consciente ahora de que era ya muy tarde para comenzar su turno de trabajo. Todos decían que aquel Steven, que estaba aquí a cargo de la operación, era alguien a quien no se debía hacer enfadar. ¿Y qué iba, pues, a hacer?

Vacilando, dio unos golpecitos en la negra opacidad del parabrisas, confiando en que alguien se encontrase en la parte trasera de la lanzadera.

Una voz habló detrás de él.

— Ven aquí. ¿Estás bien?

Dándose la vuelta, se encontró con un humano que se hallaba a su espalda. El vestido azul y las redondeadas protuberancias de la parte delantera le dijeron que se trataba de una mujer. Su cabello era de un dorado oscuro, y crecía en torno a su cabeza en esponjosa profusión. Sus ojos eran casi exactamente del mismo color que las regiones atmosféricas más bajas de su planeta en condiciones climatológicas favorables. La mujer sonrió… William estuvo casi seguro de que aquello se trataba de una sonrisa, y también sabía, aunque no pudiese decir el porqué, que prefería con mucho esta expresión a aquella otra que había visto en Taylor.

— Acabo… —le dijo a la mujer con sencillez.

— ¿Sí? —La mujer inclinó la cabeza inquisitivamente—. ¿Qué?

— Acabo… —repitió William, tan clara y significativamente como Pudo.

La sonrisa de la mujer se desvaneció en parte.

— Acabas… ¿Qué acabas…?

William tuvo la certeza de que no se comunicaba adecuadamente.

— Sí… *Acabo…*

La mujer frunció el ceño, aunque no de la misma forma en que lo había hecho Taylor.

— ¿Que acabas qué?

William confiaba tanto en que ella le comprendería, que había estado aguantando el aliento. Ahora exhaló el aire con un silbido de frustración. Se dio la vuelta para marcharse.

La mano de ella le asió por el codo; era la primera vez que le tocaba una persona de otro mundo.

— ¿Y ahora qué? —le estaba diciendo.

William se esforzó por comprender su rápido y distendido discurso.

— No te preocupes. Te ayudaré.

William se apoderó, con inmensa gratitud, de la única palabra que reconoció.

— Sí, ayuda. Ayuda para ir. A *este* lugar.

Facilitó a la mujer la traducción al inglés impresa sobre los bloques de conceptos de su propio idioma.

— Acabo…

La mujer escudriñó la tarjeta rápidamente y luego se volvió hacia él, conjeturando con nitidez:

— ¿No sabes adónde ir?

— Sí —convino William con fervor—. Acabo…

Comprendiendo de repente y de forma clara cuáles eran los problemas del Visitante, a la mujer se le iluminaron los ojos.

— Te has *perdido*.

¡Perdido! Recordó la palabra, y el alivio le inundó. William asintió apasionadamente, dejando en el suelo la unidad criogénica.

— *¡Perdido!* Sí, perdido.

La avizoró a través de sus gafas y, por alguna razón, se arriesgó al resplandor de la mañana y se las quitó para observarla con mayor claridad.

— Gracias…

Intentó explicarse.

— Inglés…, no muy bueno. Aprendí árabe… para venir aquí…

La mujer asintió con simpatía.

— ¿Y te han jodido, enviándote a Los Angeles?

— Sí —convino William, recordando toda aquella miserable mañana—. Jodido —repitió, preguntándose qué podría significar aquella nueva palabra.

Estuvo completamente seguro de que se trataba de una expresión coloquial. Tendría que preguntárselo a alguien.

— Verás, Los Angeles no es tan malo. Mejor que. Fresno, permite que te lo diga. ¿Cómo te llamas?

— Ah… —comenzó, para luego recordar—: William.

— Vaya, pues yo soy Harmy… —Le sonrió—. Es el apócope de Harmony…, ¿te imaginas? Trabajo aquí.

Movió la bandeja que llevaba, que estaba llena de vasos de papel vacíos y platos.

— Servicio de comidas, ya sabes…

Contempló la tarjeta que él le tendía.

— Unidad de Transferencia Crio…, criogénica… Sí, Willy… Lo encontraremos…

William trató de imitar la expresión de la mujer para mostrar su gratitud. Eso de sonreír no resultaba tan difícil como parecía. Se abrieron camino entre el laberinto de tuberías, depósitos, cada uno con encargados y medidores, hasta que llegaron a una serie de pasarelas que se dirigían a una gran unidad de presión.

William reconoció a Steven como uno de los hombres que se encontraban a escasa distancia de la maciza instalación.

El oficial estaba gritando:

— ¡No, la presión aún no está equilibrada…! El sellado interior está mal. Alguien debe entrar ahí.

Harmy gritó:

— ¿Es ésa la Unidad de Transferencia Criogénica?

Steven alzó la mirada hacia ella.

— Sí…

Luego sus ojos se fijaron en William, el cual recordó, culpablemente, que llegaba muy *tarde*; Steven le ladró:

— ¡William! ¿Dónde estabas?

Éste miró hacia Harmy, que sonrió alentadora.

— Hum… Me he perdido…

Steven meneó la cabeza, pero, obviamente, contuvo cualquier observación ulterior en presencia de los humanos.

— Está bien, ve allí. —Señaló la pasarela por encima de sus cabezas—. Tendrás que trabajar con aquel hombre.

William alzó la vista y observó un rostro oscuro que ya conocía, con una expresión de disgusto, que también recordaba, y que le devolvía la mirada. El hombre llevaba un traje de suministros.

— Caleb Taylor es uno de nuestros mejores hombres. Caleb, te presento a William.

William no quedó sorprendido de que Taylor no hablara. Él tampoco pudo pensar en nada que decir.

Juliet Parrish alzó la mirada y vio a Rudolph Metz entrar por la puerta del laboratorio, con Ruth a sólo un paso detrás de él, y con aspecto trastornado. Juliet supuso cuál era el problema.

— ¡No me digas que lo han cancelado de nuevo!

El doctor Metz asintió.

— Sí. Nos han pedido que tengamos paciencia. Sus científicos han estado demasiado atareados

instalando las plantas de procesamiento para abandonar sus operaciones preliminares por nosotros. Hablé con Vasili Andrópov, que fue elegido por el equipo soviético, y me dijo, en confianza, que también ha sido pospuesta la visita de su equipo.

Juliet quedó profundamente decepcionada, pero no hizo el menor intento de ocultarlo.

— ¡Pero ésta es ya la *segunda* vez! ¿Y cuándo han dicho que podrán hacerlo?

Ruth movió la cabeza disgustada.

— No lo han dicho. «Una semana o dos», ha sido lo único que hemos podido sacarle al Visitante que entregó el mensaje. Se llama Martin, y parecía sentirlo de verdad, pero afirmó que Diana, en persona, le había dado la orden de posponerlo.

— ¡Maldita sea!

Juliet se quedó mirando una de las jaulas de las ratas.

— ¡Todo el mundo va por allí! ¿No os habéis enterado de que incluso permiten a los niños visitar las Naves Madre si se unen a la organización juvenil que patrocinan? La llaman «Amigos de los Visitantes».

El doctor Metz asintió con energía.

— Ya he escuchado antes la emisión de Kristine Walsh. De todos modos, no debemos mostrarnos demasiado decepcionados. Tenemos que recordar que el principal motivo de que los Visitantes se encuentren aquí, es que han de producir las sustancias químicas que precisan. El que nos proporcionen unos seminarios es tan sólo una cortesía.

Juliet hizo una mueca.

— No fue eso lo que escuché la primera noche. Habían venido «para compartir todos los frutos de nuestros conocimientos», *a cambio* de nuestra ayuda para el procesamiento de esos productos químicos.

— Tienes razón —convino Ruth—. Recuerdo muy bien que ésas fueron sus palabras exactas.

Los tres científicos se volvieron cuando Benjamín Taylor asomó la cabeza por la puerta.

— Doctor Metz…, me alegro mucho de encontrarle. Hemos recibido una nueva petición de la Nave Madre de Los Angeles. Quieren más animales de laboratorio.

— ¡Pero si les dimos una partida de ellos la semana pasada! —exclamó el doctor Metz—. ¿Y necesitan *más*? ¿No han dicho para qué?

— Claro que no… —repuso sardónicamente Ruth.

— No —admitió Taylor—. Sin embargo, han dicho que están criando los suyos propios y que esperan, dentro de un mes, poder autosuministrarse.

— Está bien, mándeles lo que nos han pedido, naturalmente —replicó Metz, frunciendo el ceño preocupado.

— Naturalmente… —musitó Juliet, pero tan bajo, que no la oyó nadie más que Ruth—. Cada vez siento más curiosidad por visitar la Nave Madre.

Robert Maxwell abrió la puerta del despacho de Arch Quinton, y luego se quedó en el umbral durante un momento, repasando con la mirada aquellos familiares contornos. La bandeja de asuntos pendientes estaba vacía. Enarcando las cejas, abrió varios archivadores, buscando con rápidos e impacientes movimientos; luego, frustrado, cerró con gran estrépito el gran cajón de

color gris.

Alargando la mano hacia el teléfono, marcó rápidamente un número.

— ¿Kathy? Déjame hablar un momento con Robin.

Se abrió una pausa.

— Robin, soy papá. ¿Estás segura de que el doctor Quinton dijo que el asunto que quería que examinase se encontraba en los asuntos pendientes?

Su ceño se intensificó aún más.

— Muy bien. Gracias, guapa. Hasta luego.

Casi en el mismo momento que colgaba el teléfono, éste comenzó a sonar. Maxwell descolgó.

— Diga… Doctor Maxwell al habla. Sí, éste es el despacho del doctor Quinton. Soy uno de sus asociados.

Escuchó con atención durante un momento.

— No, estoy tratando de localizarlo. Nadie le ha visto hoy. He llamado a su patrona, y ella no le vio regresar a casa anoche. Llamó por teléfono a mi casa y habló con mi hija. Dijo que se quedaría trabajando hasta muy tarde.

Con ademán ausente, comenzó a buscar en el cajón superior del escritorio de Quinton; luego levantó el secante y miró debajo de él.

— Escuche, agente… Robeson, ¿no es eso? ¿Ha preguntado a la Policía de Los Angeles? ¿Hay alguna señal de su coche?

Hizo una pausa.

— Conducía…

Se corrigió rápidamente, con una mueca de preocupación:

— *Tiene* un «Granada» gris. Modelo del setenta y ocho, creo. Sí, posee autorización para aparcar en el campus.

Exhaló con fuerza el aire de sus pulmones.

— Sí, le veré allí. ¿En el aparcamiento que está detrás de este edificio?

Maxwell corría en el momento en que emergió a la luz del sol. Era sábado, y a esta temprana hora el aparcamiento se encontraba casi vacío, por lo que resultaba evidente la presencia del coche de Quinton.

Robert Maxwell se sintió extrañamente reacio a aproximarse al vehículo… De alguna forma, parecía haber sido abandonado. Tragó salí, va, obligándose a caminar, entumecido, hacia él.

La portezuela se abrió fácilmente; no estaba cerrada con llave. Alargó la mano más allá de la columna de dirección, y luego la retiró llevando el desgastado llavero de Quinton con una etiqueta de cuero. Un olor extraño, que repelió a Maxwell y le provocó náuseas, flotaba en el interior del automóvil.

Tragó de nuevo saliva, procurando no respirar demasiado hondo, al mismo tiempo que echaba un vistazo en el interior. Vacío. Tan limpió como siempre lo había conservado Quinton.

Transfirió la mirada a la portezuela, en la que una mancha negra aceitosa, deslucía el vinilo rojo. Maxwell se percató de que temblaba con violencia y de que se le retorcían las tripas. Su corazón parecía conectado directamente con sus oídos, latiendo muy aprisa.

Alargando una temblorosa mano, Robert tocó la mancha con la punta de los dedos, y luego la

olió con cautela. La bilis le inundó la boca y, de no haber tenido el estómago vacío, habría vomitado. Escupió en el cemento una y otra vez, y luego se apoyó contra la puerta trasera del «Granada», sintiéndose mareado, vacío.

Unos pasos… rápidos, pesados. Era Robeson, el policía del campus.

— ¿Es usted, Maxwell?

Robert tragó otra vez saliva, frotándose las manos, sucias de aquella mancha aceitosa, en los vaqueros.

— Sí, soy el doctor Maxwell.

— ¿Es éste el coche de Quinton?

— Sí. He encontrado las llaves puestas en el contacto.

Robeson tomó el llavero mientras emitía sonidos de reproche.

— No debería haberlo tocado, doctor. Tal vez haya huellas digitales.

— Lo siento…

La conmoción de Maxwell se estaba convirtiendo en una sensación de pesar, una paralizante seguridad de que no volvería a ver nunca más a Arch. Trató de pensar racionalmente, de convencerse a sí mismo de que Quinton telefonearía explicándolo todo para cuando regresase adentro, que llamaría Kathy, pero no pudo.

El policía estaba inspeccionando el interior del coche.

— Nunca he visto nada parecido. Será mejor que llame inmediatamente a la Policía de Los Angeles.

Se quedó observando a Maxwell.

— ¿Está bien, doctor?

— Sí, me encuentro bien —mintió Maxwell.

— Esto resulta *raro* —indicó Robeson—. ¿Tiene alguna idea de lo que puede haberle sucedido?

— No…

Maxwell se percató de que temblaba de nuevo, cuando la brisa le trajo otra vez aquel olor.

— ¡Dios mío, no…!

— Llamaré al Departamento de Policía de Los Angeles —explicó Robeson, y luego añadió con amabilidad—: Será mejor que se siente, doctor.

El sol de la tarde descendió y salpicó con una neblina amarilla la pared de color blanco ostra de aquel elevado apartamento de Kristine Walsh, en Los Angeles. Mike Donovan se hallaba sentado en el sofá, mientras comprobaba y guardaba el equipo de la cámara. Kristine, en sostenes y bragas, estaba en otro cuarto, maquillándose. Su monólogo se quebraba en desiguales ráfagas de palabras y pausas, mientras se contemplaba con atención en el espejo y se pintaba con cuidado ojos y boca.

— …y luego Diana dijo que estaba muy complacida con los progresos de la planta «Richland». Afirmó que era de lo más representativa a nivel mundial.

Abrió mucho los ojos, dándose unos toques de color negro en las pestañas, con rápidos ademanes de pincel.

La voz de Donovan llegó hasta ella desde la sala de estar.

— ¿Mencionó que había pospuesto por segunda vez los seminarios para científicos?

— Sí. Afirmó que tendrían lugar dentro de poco.

Donovan emitió un bronco sonido.

— Eso es lo mismo que dijeron la otra vez.

— Pero aguarda, Mike. Aún no te he contado lo mejor.

Kristine ladeó la cabeza, examinándose las pestañas con aire crítico.

— Luego Diana dijo: «Y la otra cosa con la que estoy complacida, Kristine, es *contigo*». No supe qué responder a esto. A continuación me explicó que, de todos los periodistas que había conocido desde que están aquí, yo soy con el que se sienten más cómodos los Visitantes. Explicó: «Nuestros informes indican también que tu gente tiene muchísima confianza en ti. Eres de fiar y muy respetada…, atractiva…»

— ¡Vaya…! —ladró Donovan—. ¿Y qué tiene que ver eso con lo demás?

— Verás, me contó que esas cualidades resultan esenciales en la persona que han seleccionado como portavoz oficial Visitante… ¡Y luego me ofreció el empleo!

— ¿Qué?

— De secretaria de Prensa… Me dijo que podía ponerle el nombre que quisiese… ¿Cuál te gusta más?

Se abrió una prolongada pausa. La voz de Donovan, cuando finalmente habló, sonaba envarada.

— No me gusta mucho ni una cosa ni otra…

Kristine se dio unos golpecitos finales en el pelo y luego se puso la falda de lana parda y la blusa con listas de color castaño oscuro.

— Vamos, Mike… Estás celoso…

— ¡Y un cuerno! ¡No seas boba, Kris! No acabo de entender cómo has llegado siquiera a considerarlo…

— Desean a alguien en quien confíe el público… Y creo que esto supone un interesante ascenso en mi carrera.

Anduvo hasta él por la sala de estar y, tras coger el bolso, comenzó a inspeccionar su contenido.

Donovan la miró fijamente.

— ¿Y qué me dices acerca de tu objetividad?

— ¿Qué?

Agenda —pensó—, *grabadora…, lápiz de labios… ¿Dónde está mi pluma*?

El tono de Mike sonó duro, un tono que ella sólo había escuchado en unas pocas ocasiones; por lo general, cuando alguien le preguntaba acerca de su divorcio.

— ¿No crees que estás comprometiendo tu objetividad al ser absorbida por ésos…?

Kristine se dio la vuelta, enfrentándose a él.

— ¡No me está absorbiendo nadie!

Sus ojos parecían turbados. Kristine se acercó y se arrodilló ante él, para mirarle directamente a los ojos.

— ¿No lo comprendes? Es una oportunidad perfecta para llegar hasta el fondo de este asunto… Algo exclusivo…, un material al que nadie más tendrá acceso… ¡Estoy segura de que, por lo menos, publicaré un *libro* con todo esto!

Kristine asió las manos del hombre, que se mostraron lacias, sin respuesta, y en la cara de Donovan permanecía aquella expresión conmovida y perpleja. Trató de tranquilizarle.

— Me mostraré lo más objetiva posible, Mike. A fin de cuentas, soy uno de nosotros y no de ellos…

Mike bajó la vista, negándose obstinadamente a mirarla de nuevo a los ojos. Kristine le apretó las manos y luego se las sacudió.

— ¡Oh, vamos, Mike! Cualquier buen periodista estaría loco por conseguirlo…

Cuando se cruzaron de nuevo sus miradas, los ojos verdes de Mike estaban llenos de desafío. Kristine se mordió los labios.

— Me gustaría pensar que tengo tu respaldo, cariño. Ya sabes cuánto te respeto.

La mujer adelantó la mano y le rozó las mejillas, deteniéndose durante un momento en la fresca suavidad producida por el reciente afeitado.

— Más que respeto…

Donovan bajó la mirada hacia sus manos y, lentamente, las liberó de los dedos de la mujer.

Será mejor que vuelvas a guardar los filetes en el frigorífico, Kris.

Kristine recordó, en un destello, su conversación con Diana.

— ¡Oh, sí! Esta noche es problemático. Lo último que mencionó Diana fue que enviaría una lanzadera a buscarme, para que pudiésemos vernos. ¿Cómo lo sabías?

Mike se la quedó mirando durante un largo momento y, lentamente, lo comprendió todo. Kristine se apartó precipitadamente en busca de su pluma, con la visión borrosa, manteniendo los hombros lo más erguidos posible. Al cabo de un instante, él cerró la funda de su cámara y se dirigió al dormitorio. Kristine le oyó hacer la maleta.

— ¡Maldita sea! —susurró, y quedó aterrada al escuchar el chasquido de su voz—. ¡Maldita sea, maldita sea, *maldita sea*…!

No se volvió hasta que la puerta del apartamento se cerró detrás de él.

CAPÍTULO VI

William, el Visitante, miró a través de la sección criogénica y vio una familiar cabeza rubia que se encontraba a medio camino del recinto. Sonrió, expresión que ahora le surgía inconscientemente. Los tacones de sus botas resonaron en la pasarela al bajar de prisa las escaleras, y luego sobre el pavimento. Al parecer, Harmy le había visto acercarse y ya le esperaba, con la ya familiar bandeja en las manos. William movió tímidamente la cabeza.

— Hola…

— Hola… ¿Cómo van las cosas?

— Bien, muy bien —le sonrió—. Quiero darte de nuevo las gracias. Sin ti, me habría quedado con el «acabo»…, probablemente para siempre…

La mujer rió por lo bajo.

— Para siempre, Willy. Pero, oye… Sólo llevas una semana aquí y tu inglés es mejor que el mío. Realmente aprendes muy de prisa…

William asintió.

— Se nos dice que practiquemos en todo momento. ¿Cómo te encentras hoy?

— Muy bien, igual. Igual de vieja. ¿Cómo te van las cosas con aquel tipo? El otro día no pareció alegrarse mucho de verte.

William se encogió de hombros…, otro ademán que había adoptado de los humanos.

— Caleb Taylor es muy buen trabajador. Sabe la tira sobre equipos de refinería. Pero no creo que le guste que estemos aquí.

— Claro… ¿Te ha amenazado o algo así?

William se encogió nuevamente de hombros. Harmy se desanimó.

— Eso es malo. Yo sé lo que es trabajar con personas que no te tragan. Una vez tuve un jefe que…

Una explosión sacudió el aire, y el suelo se estremeció bajo sus pies. Chilló una sirena. Instintivamente, William se interpuso entre la humana y la explosión, pero estaban demasiado lejos como para resultar lastimados. Tras un rápido vistazo, William comprobó que el estampido provenía de su zona de trabajo…

Echó a correr, haciendo a un lado sin distinción tanto a los asustados obreros como a los Visitantes. Gritos y chillidos desafiaban el alarido de la sirena de alarma. Había estado trabajando con Caleb Taylor y Gus Jennings, y éstos no se encontraban entre la multitud…

— ¡Caleb! —gritó.

Nubes blancas de helado vapor y gases superenfriados salían por la compuerta cuando William alcanzó las escaleras que daban a la pasarela. Una forma ensombreció la apertura: Gus Jennings… El fornido trabajador salió tambaleándose, moviendo la boca como si fuera a gritar, pero los aullidos del gas ahogaban cualquier otro sonido, incluso la alarma. Jennings estaba cubierto de blanca escarcha, que le subía por el brazo más allá de las muñecas. Cuando William comenzó a trepar por las escaleras, el humano se tambaleó, golpeándose la mano contra una de las tuberías de acero.

Tanto William como Jennings miraron incrédulos cómo, tras el impacto, la carne saltaba en pedazos cual si fuese de cristal. Jennings mostraba ahora un ensangrentado muñón. William estaba ya lo suficientemente cerca para oír sus gritos.

En el momento en que alcanzaba a Jennings, y preguntaba por Caleb, el hombre se derrumbó. Bill Graham, otro trabajador, le agarró.

— ¡Caleb está aún allí!

Dejó a Jennings encima de la pasarela y les gritó a los hombres que se encontraban en el suelo:

— ¡Por amor de Dios, traigan una ambulancia! —Graham se volvió hacia William—. El nitrógeno líquido ha estallado en el compartimiento interior. No hay forma alguna de que nadie pase por ahí y llegue hasta él…

William pasó al lado de Jennings, encaminándose hacia la compuerta y a los ondulantes gases helados. Detrás de él pudo oír el grito Graham:

— ¡William! ¡Detente! ¡Por el amor de Dios!

William titubeó un instante, llenándose los pulmones de aire. Luego se lanzó adentro.

Graham le vio alejarse, indeciso entre detener a los técnicos Visitantes y atender a Jennings. Se volvió cuando una mano le agarró por los hombros.

— ¿Qué pasa aquí?

Era Steven. Graham hizo un ademán de impotencia.

— William se ha metido ahí para ayudar a Caleb.

— *¿Qué?*

Steven lanzó una mirada hacia las heladas oscuridades de la compuerta, y sus rasgos se endurecieron.

Graham se quitó la chaqueta y se la echó a Jennings, que se hallaba aún inconsciente, aunque ahora gemía.

— Allí la temperatura es de casi trescientos grados bajo cero… Ambos están perdidos… Ningún ser humano podría…

Graham se calló, confundido al mirar a los ojos del oficial Visitante. Estaban tranquilos y fríos: unos témpanos de hielo en su, por lo demás, agradable semblante.

Los gritos reverberaban a su alrededor, y tanto Graham como Steven se volvieron para ver qué sucedía. William salía en aquel momento por la compuerta, transportando a Caleb Taylor. El anciano parecía apenas consciente, con su oscura piel y cabello escarchados de blanco. Se retorcía incontroladamente a causa de los estremecimientos.

Bill Graham se adelantó con rapidez y, junto con William, tendió a Caleb en la pasarela. Los técnicos Visitantes parecían ilesos, excepto en la cara y manos, que estaban cubiertos con grandes y deformes ampollas de color blancuzco. Grietas oscuras parecían tapizar la piel alrededor de las zonas descubiertas. Graham lanzó un rápido vistazo a Jennings, y luego a Caleb. Ambos se encontraban recubiertos de escarcha, con la piel endurecida por la congelación, pero ninguno mostraba aquellas horribles ampollas.

William, percatándose de que Graham le miraba, se dio la vuelta y bajó la cabeza. Steven se inclinó hacia él, impidiendo que Bill viese al técnico.

— ¡Ya llega la ambulancia!

El grito fue seguido casi inmediatamente por una sirena, y luego por un chirriar de frenos debajo de la pasarela. Graham miró hacia los camilleros.

— ¡Necesitamos tres camillas! —chilló.

— Será mejor que te sientes, William —le dijo—. La ambulancia ha llegado. ¿Te duele mucho?

El técnico Visitante no alzó la cabeza. Su voz sonó más extraña que de costumbre, un tono alto y, al mismo tiempo, apagado, acompañado de la usual reverberación.

— No, me encuentro bien.

— Le llevaré a la lanzadera —indicó Steven—. Nuestros médicos se harán cargo de esto.

— Pero, ¿no cree…?

Graham captó la mirada del oficial Visitante y enmudeció. Tal vez se tratase de una oleada del helado vapor que surgía de la compuerta que había tras él, pero lo cierto fue que se estremeció repentina y violentamente.

El doctor Benjamín Taylor estaba sentado ante un microscopio, avizorando, absorto, por el ocular. Ruth Barnes se sentaba al otro extremo del laboratorio, etiquetando portaobjetos de especímenes. La puerta se abrió con fuerza y apareció el doctor Metz.

— ¿Dónde están esos cultivos, Ruth? ¡No puedo hacer nada sin ellos!

Ben se quedó mirando a aquella mujer de mediana edad y vio que el dolor, rápidamente ocultado, oscurecía sus ojos a causa del tono brusco de Metz.

— Aún no los han traído de patología, doctor.

Taylor vio cómo Metz fruncía aún más las cejas, y se apresuró a hablar en defensa de Ruth Barnes.

— Van todo lo aprisa que pueden, doctor Metz.

La mujer asintió.

— He oído que dos de los técnicos superiores no se han presentado hoy al trabajo. Ni siquiera han llamado…

Ruth, que no había faltado un solo día al laboratorio desde que Ben la conoció, cuando él era aún estudiante de Medicina, pareció escandalizada.

Metz se mordió los labios.

— ¡Qué raro…! ¿Quiénes son?

— Morrow y Prentis.

— Pues, por sus antecedentes laborales, nunca hubiera esperado de ellos una actitud tan desdeñosa…

Metz movió la cabeza.

— Tal vez exista una buena ra…

El teléfono del laboratorio interrumpió a Ben. Éste lo descolgó.

— Aquí el doctor Taylor.

Reconoció la voz de Parrish, pero no recordó haberla oído nunca tan forzada y ansiosa.

— Ben, acude a urgencias… Acaban de traer a tu padre.

Cuando los tres llegaron a la sala de urgencias, Caleb se hallaba apenas consciente. Ben tomó

la mano de su padre, conmovido al ver cuán mortalmente frío se encontraba, mientras escuchaba al ayudante de la ambulancia, que resumía el accidente sucedido en «Richland»:

— Al parecer, lo rescató uno de los técnicos Visitantes —respondí el sanitario—. Tuvo una condenada suerte. Esos gases superenfriado se mantienen a temperaturas de centenares de grados bajo cero. No sé cómo diablos consiguió ese tipo entrar y moverse por allí: debería haberse convertido en un polo al cabo de unos segundos, al pasar a través de chorros de nitrógeno líquido.

Ruth se inclinó, observando con atención la chaqueta de Caleb. Copos blancos estaban adheridos a la misma. *¿Algunos residuos de productos químicos?*, se preguntó, mientras arañaba uno con cautela. Siguiendo un impulso, tomó un portaobjetos estéril y unas pinzas y metió un par de los copos mayores en el recipiente. Los examinaría más tarde, bajo el microscopio.

Tienen aspecto de piel —pensó, apartándose de la serie de monitores y de médicos que rodeaban a Caleb Taylor—. *Pero no del todo…*

Recordó la declaración de los sanitarios, respecto a que había sido uno de los Visitantes quien había rescatado a Caleb.

¿Piel de Visitante? —pensó excitada—. *Rudolph querrá enterarse de esto…*

Se volvió para comunicarle sus sospechas, pero ya no se encontraba en la sala. Siguiendo una corazonada, decidió analizar y examinar las muestras, antes de contarle nada a Rudolph. No tenía el menor sentido excitar a todos, a menos de estar segura de que había…

Caleb gimió, y luego habló:

— ¿Ben?

— Estoy aquí, papá. Te pondrás bien…

En silencio, Ruth se volvió y salió de puntillas de la sala, deslizándose en el bolsillo la cajita de muestras.

Abraham Bernstein deambulaba con lentitud por la calle, con el sol de la tarde caldeando sus hombros bajo su viejo y raído suéter. Su acompañante era Raby Engels, que vivía al otro lado de la calle. Se trataba de una viuda, y cada día los dos andaban los tres kilómetros que les separaban del centro comercial de la vecindad, y regreso. Raramente compraban nada, puesto que los cheques de la Seguridad Social apenas bastaban para sus necesidades más perentorias. Pero era un bonito paseo.

Abraham miró hacia arriba, en el momento en que un vehículo del equipo de Visitantes cruzaba por encima de sus cabezas.

— Cada día son más —comentó.

Ruby asintió.

— Te acostumbras tanto a ellos, que al final ya no los ves por las calles. Es algo parecido a cuando mi marido y yo nos trasladamos aquí desde Alemania. Nunca había visto a un negro, y no podía dejar de mirarles. Al cabo de un par de meses, algunas de las mujeres con las que iba al mercado eran negras, y el asunto ya no me preocupaba lo más mínimo.

Abraham meneó la cabeza.

— Pero no es lo mismo… Esas personas son de un mundo distinto, un mundo que ni tú ni yo, por lo menos, viviremos probablemente para ver. No son humanos…

Miró a los dos Visitantes que se encontraban tranquilamente en la esquina de la calle.

— Y esos uniformes… Y cada día hay más. No me gustan los uniformes…

Ruby le tomó una mano y le dio un pequeño apretón.

— Abraham. Han pasado casi cuarenta años…

Sus dedos oprimieron la parte interior del antebrazo, donde sabía que se encontraba el antiguo tatuaje con números.

— Esto, y todo lo que representa, pertenecía al pasado. Tienes que liberarte de ello…

Bernstein se encogió de hombros.

— Tal vez tengas razón, Ruth. Pero, de todos modos…, no me gustan los uniformes. Y *hay* más cada día.

Con un suspiro, Ruby cambió de tema.

— ¿Qué hace tu nieto?

— Conforme, Mrs. Engels. Pero ha elegido un mal tema… Daniel… Daniel…

Maquinalmente, Abraham dio una patada a una chapa de gaseosa que había en el hormigón.

— Ha perdido su empleo en el supermercado. Cuando las cosas comenzaron a fallar, creyó que le echaban la culpa a él y se despidió antes de que pudiesen decirle nada. Ya he perdido la cuenta de todos los empleos que ha dejado.

— Abraham… —Ruby no miró a su compañero—. ¿Es posible que Daniel fuese… culpable? —En vez de la acalorada negativa que esperaba, Abraham suspiró otra vez.

— No lo sé, Ruby. Es de mi propia carne y sangre y, naturalmente, no creo que se dedique a robar. Su padre y yo hemos hecho todo lo posible para enseñarle qué es lo justo en este mundo. Pero…, nunca ha acabado de centrarse…

Inmediatamente, la mujer le tocó los encorvados hombros.

— No seas tan duro con él, Abraham… Sólo tiene dieciocho años.

— Pero ya lleva así muchos años… No fue muy bueno en la escuela…, apenas tiene amigos, no puede conservar un empleo, ni le gusta ninguna tarea…

— ¿Pero no me dijiste que se ha comprometido con ese grupo & «Amigos de los Visitantes»?

Resultaba obvio que aquello asustaba aún más a Abraham.

— Sí.

— Pues bien, tal vez esto sea exactamente lo que necesita. Aún no ha dado con una buena colocación. Aguarda. Tal vez ésta lo sea.

Abraham Bernstein no pareció muy tranquilizado. Otro vehículo de patrulla zumbó por encima de sus cabezas, mientras las sombras ocultaban el sol durante un segundo.

Michael Donovan se hallaba acomodado en un sillón de pasajeros en la lanzadera Visitante, mirando hacia las calles y las personas que habían debajo. Vio a un hombre de edad y a una mujer, que luego desaparecieron. A continuación contempló una grande e imponente casa con un bello jardín cuidadosamente arreglado. La casa de Eleanor. Otra nave Visitante aparecía posada en el césped delantero.

Su piloto, un oficial Visitante que se llamaba Martin, miró también hacia la lanzadera.

— Abajo está el vehículo de Steven.

Ajustó los controles sin levantar la mirada.

— He oído decir que el supervisor visita esto con mucha frecuencia.

Donovan sonrió, irónico.

— Pues sí que es encantadora…

No estaba seguro de si Martin sabía que Mrs. Dupres era su madre. Quizá… Martin, según la informal lectura por parte de Donovan de sus insignias, parecía tener una elevada graduación. Si los Visitantes se parecían en verdad a los humanos, también habría chismes entre ellos.

Se entretuvo mirando cómo el piloto manejaba los controles. La nave parecía muy sencilla de manejar. Una barra con una abrazadera controlaba la dirección, y una palanca con ranuras, regulaba la velocidad. La marca más cercana al piloto era la más lenta, la de velocidad de crucero. Donovan se preguntó ociosamente cuál sería la velocidad máxima de aquellos cacharros…

Algo brillante detrás del asiento del piloto llamó su atención, y se inclinó para recoger una especie de pequeña herramienta. Tenía unos diez centímetros de longitud y unos dos centímetros de anchura, y estaba fabricada con alguna sustancia cristalina, rodeada por lo que parecía ser una argolla de metal dorado. Unas pequeñas muescas se extendían por sus estrechos lados. Donovan tuvo la repentina impresión de que era una llave, aunque no habría podido decir por qué.

Se enderezó, y estaba a punto de decirle al piloto lo que había encontrado. Pero, en vez de hacerlo, se metió el objeto en el bolsillo.

Sean —pensó—. *No tengo nada para él… Y esto puede llamar su Mención…*

— ¿Dónde vive tu hijo? —le preguntó Martin.

— En un pequeño pueblo, en las afueras de Los Angeles —respondió Donovan.

— ¿Y allí es también tu hogar?

Mike hizo una mueca de dureza, pero se percató de que la pregunta de Martin formaba sólo parte de una educada conversación.

— Ya no —repuso, tratando de no mostrarse demasiado áspero—. Mi mujer y yo estamos divorciados. Mi hijo vive con su madre.

— Y entonces, ¿dónde está tu casa, Mike? —siguió preguntando Martin.

Donovan miró por la ventanilla, cuyo cristal, a petición suya, no había opacado Martin.

— La verdad es que no tengo una base fija. Sigo las cosas en las que trabajo, por decirlo de alguna manera. Ahora vivo en el centro de Los Angeles con una… amiga…

— Comprendo. Ya tengo tus coordenadas preparadas. ¿Dónde preferirías que aterrizásemos? ¿En casa de tu hijo?

— No, alquilaré un coche. Me llevaré a Sean a hacer camping durante un par de días, y necesitaré un vehículo.

Miró hacia afuera.

— Allí hay un montón de coches aparcados —señaló—. ¿Podrías dejarme ahí?

— Naturalmente…

Donovan observó de cerca cómo el piloto manejaba la nave para aterrizar.

Comparado con un avión, estas cosas resultan la mar de fáciles, pensó.

Tomaron tierra sin apenas una sacudida.

— Muchas gracias, Martin. Te agradezco mucho el paseo.

Donovan se apresuró a recoger su equipo. Martin le ayudó a sacarlo, mirando con curiosidad el saco de dormir y su cubierta de nailon.

— También yo estoy contento de haberte traído, Mike. Tenía ganas de conocerte.

Se dieron la mano. Donovan estaba ya acostumbrado a la frialdad de la carne de los Visitantes. Era algo que apenas registraba ya su cerebro.

Observó cómo el vehículo se elevaba silenciosamente, antes de darse la vuelta y encontrarse con el propietario de la sección de alquiler de coches, que se hallaba a su lado con la boca abierta.

Es natural —se recordó Donovan—. *La mayoría de las personas no han visto aún una nave tan de cerca. Apuesto cualquier cosa a que no tiene muchos clientes que se bajen aquí de una de esas naves espaciales alienígenas…*

Minutos después, Donovan hizo girar el pequeño deportivo amarillo hacia una avenida sombreada por árboles. Incluso antes de volver el volante, escuchó unos excitados gritos.

— ¡Papá! ¡Eh! ¡Papá! ¡Papá!

Donovan sonrió, al tiempo que hacía un saludo.

— ¡Hola, Sean!

Dos muchachos le aguardaban y Mike reconoció a Josh Brooks, el mejor amigo de Sean.

— ¡Hola, Josh!

Se acercó al bordillo y aparcó. Apenas había abierto la puerta cuando Sean cayó en sus brazos. Donovan abrazó a su hijo, percatándose, sólo cuando lo tuvo entre sus brazos, de lo mucho que le había echado de menos. Siguió abrazando a Sean con fuerza, y supo, por el apretón del chico, que éste se hallaba igual de contento de verle.

Tras un largo instante, se enderezó sonriendo, y dio unos golpecitos a la gorra «Dodger» del niño:

— Vaya, tesoro… ¿Quién eres hoy? ¿Femando Valenzuela o Steve Garvey?

Sean se atiesó con orgullo.

— Sólo Sean Donovan…

Luego, acordándose, asió a su padre del brazo y le arrastró hacia el césped.

— Ven a ver lo que tiene Josh…

Sin apenas una pausa, preguntó:

— Eh… ¿Sabes cuántos Visitantes hacen falta para cambiar una bombilla?

— No… ¿Cuántos?

— Ninguno. Les *gustan* las luces apagadas.

Donovan hizo una mueca y luego se echó a reír.

— Bien… ¿Cómo va eso, Josh?

— Hola, Mr. Donovan.

Josh tenía unos trece años, era un año mayor que Sean; y le pasaba media cabeza. A menudo les tomaban por hermanos, puesto que ambos tenían el pelo negro y eran pecosos. Sean señaló un modelo de lanzadera de los Visitantes.

— ¿Ves, papá? —preguntó Sean, excitado—. ¡Compruébala! El vehículo de patrulla…, y las figuras en acción.

Tomó dos de ellas con atuendo rojo y gorra.

— Aquí están el Comandante Supremo y Diana…

Mike meneó la cabeza, sonriendo a su pesar.

— ¿Y no pedirán derechos de imagen?

Sean volvió a meter las figuras en los asientos del piloto del vehículo de patrulla.

— ¡Y tiene una Nave Madre en casa!

Josh pareció algo engreído.

Sean alzó la mirada.

— ¿Podríamos comprarlos, papá? Mamá dice que no tenemos dinero…

Donovan trató de impedir que su rostro se endureciese. No había escatimado en los gastos del niño, ni en la pensión para la comida, y nunca le había pagado con un solo día de retraso. Y cada vez que sabía que Sean deseaba algo extra, había siempre enviado el dinero necesario.

¡Maldita Marge! —pensó—. *Podías habérmelo dicho… Le hubiera traído un aparato…*

Forzó una sonrisa.

— Está bien, hablaré con ella al respecto. Pero, entretanto… —Sacó de su bolsillo el cristalito y el llavero dorado—. Esto es para ti…

Sean tomó el instrumento y le dio vueltas, dubitativo.

— ¿Qué es, papá?

Mike se encogió de hombros.

— Una cosita que me encontré en un vehículo de patrulla.

Detrás de él pudo escuchar abrirse y cerrarse la puerta delantera, y por el rabillo del ojo percibió que Marjorie se hallaba en los escalones, observándoles. No tuvo que volverse para imaginar su expresión: siempre era la misma.

Los ojos de Sean se abrieron de par en par.

— ¿Un *auténtico* vehículo de patrulla?

— Sí.

— ¿Quieres decir que pertenece a los mismísimos Visitantes?

Donovan no pudo por menos de darse pisto.

— Eso es…

— ¡Eh! ¡Mira *esto*!

Sean levantó con reverencia la herramienta. Josh se inclinó hacia delante con avidez.

— ¡Uau! ¡Déjame verlo, Sean!

El niño le apartó la mano.

— Un momento, Josh…

Donovan oyó la voz de Marjorie detrás de ellos, rígida, furiosa.

— *Niños*, ya tenéis la pizza preparada… Entrad…

Sean se levantó.

— ¿Vienes, papá? Aún tengo algunas cosas que guardar y…

— En un segundo, cariño. Id vosotros delante…

Donovan siguió a los chicos, que corrían hacia Marjorie. Ésta tenía muy buen aspecto, pensó, al comprobar que había adelgazado algunos kilos. Tenía el rubio cabello algo más largo que la última vez que la había visto, ondeando suavemente sobre sus mandíbulas y cuello.

Sean alzó ante ella la llave Visitante.

— Mira, mamá… Procede de un vehículo pa…

La voz de la mujer le cortó como un carámbano que le cayese encima.

— Se os está enfriando la comida, chicos.

La animación de Sean se apagó. Se volvió y subió penosamente los escalones, volviéndose una vez para mirar a su padre. Mike le guiñó y le hizo un ademán alentador.

Marjorie le cerró el paso, e incluso, desde la acera, Donovan sintió la rigidez de su cuerpo. Estaba encolerizado por la forma en que había tratado a Sean. Todo cuanto había hecho era traer a su hijo un pequeño regalo; aquello debió de sentar al chico como una puñalada. Intentó dominar su voz. No podían estar haciéndose trizas de aquella manera: resultaba un infierno para Sean.

— Hola —le saludó.

La mujer no respondió, permaneciendo allí de pie, con los brazos cruzados encima de los pechos. Donovan recordó vívidamente haber tocado aquellos pechos, pero reprimió salvajemente sus recuerdos.

Se acabó. Ya pasó.

Dio un suspiro.

— ¿Qué es lo que va mal ahora?

Ella hizo un ademán de impotencia, mientras la voz se le quebraba:

— Oh, nada. Sólo me quejo de la competencia que me hace alguien que vuela por ahí en naves espaciales…

Donovan se sintió igualmente impotente.

— Margie, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Dejar de lado mi trabajo?

A ella le brillaron las lágrimas en los ojos.

— ¿Y qué se supone que he de hacer *yo*? ¿Ponerme unas alas y echarme a volar hasta la tierra de nunca jamás? ¿Cómo, si no, competir? ¿Con *pizza*? ¡Por el amor de Dios!

Mike estaba exasperado. El viejo, tan viejo problema: ¿conseguirían alguna vez superarlo?

— ¿Y por qué competir, Margie?

Le había hecho esta misma pregunta muchas veces. Se percató de que se sentía culpable de nuevo, y su ira se desató.

— ¡Es una locura! ¿Por qué has de tener ese complejo de inferioridad cuando yo hago algo que tiene éxito? ¿Por qué no realizas cualquier cosa por ti misma? Algo de lo que puedas sentirte orgullosa, en algún sitio en el que nadie haya oído hablar nunca de mí. ¿Qué me dices de tus planes del *college*? Ya sabes que te prestaré el dinero. ¡Diablos, te lo *daré*! ¿Qué me dices de…?

La mujer alzó la mano, interrumpiéndole. Al hablar, pareció tan desanimada como el propio Mike.

— Por favor… No empieces. ¿De acuerdo?

Donovan se la quedó mirando, con las palabras amontonándose en su garganta. Se percató de que no había nada que decir, y esto resultaba lo más penoso de todo.

Juliet Parrish guió su «Volkswagen» descapotable blanco, hasta detenerlo delante de la casa de piedra arenisca de Ruth Barnes. Por encima de sus cabezas, ambas mujeres oyeron el leve

zumbido de un vehículo de patrulla. Juliet puso el freno de mano con un violento tirón.

— ¡Estás bromeando! ¿De verdad tienes una muestra de piel de Viente? *¿Cómo?*

Ruth le sonrió cordialmente.

— Cuando trajeron al padre de Ben, vi algunas partículas blancuzcas pegadas a su camisa y a su chaqueta. Simplemente, me limité a recogerlas.

— ¿Has tenido oportunidad de observarlas?

— Sólo un momento; luego apareció el doctor Metz con algunos cultivos que deseaba montar inmediatamente en portaobjetos. Hoy he tenido un montón de trabajo extra, ya que dos personas no se han pre. sentado en el laboratorio.

— *¿Y bien…?*

— No tiene el aspecto de piel, Juliet. En realidad, no es piel humana. No parece estar compuesta de células; es completamente lisa. Demasiado lisa…

— ¡Maldita sea!

Juliet dio un leve puñetazo al volante.

— ¡Si lo hubiera sabido antes, habría echado un vistazo! Ahora tendré que esperar hasta mañana…

Se quedó mirando a Ruth y sonrió.

— El doctor Metz estará encantado contigo por esto, ya lo verás…

La expresión de Ruth se petrificó.

— Será mejor que me vaya. Y gracias por llevarme, Juliet…

Juliet sacó la mano y cogió el brazo de la otra.

— Ruth…, ¿qué va mal? Es algo que he dicho, ¿verdad?

Ruth movió la cabeza y apartó el rostro. Juliet recordó sus palabras, y un súbito destello de comprensión salió a la superficie. ¿Por qué no se había percatado antes?

— Ruth. Se trata del doctor Metz. Realmente…, le amas, ¿no es así?

Ruth se mordió el labio y consiguió esbozar una pálida sonrisa.

— ¿Lo sabe él? —preguntó Juliet.

La ayudante de laboratorio negó con la cabeza.

— No, querida. Para él no soy más que otra pieza del equipo…

Juliet le dio unos golpecitos en el codo y luego le acarició cariñosamente la mano.

— Pues bien, comenzaremos mañana por la mañana: vamos a trabajarle. Lograremos que se dé cuenta de que el «Nobel» no es el único premio que ha conseguido.

Ruth sonrió amablemente.

Hace un montón de años, las cosas me parecían así de sencillas, Juliet, pensó. De todos modos, las palabras de la mujer más joven despertaron en Ruth un agridulce optimismo. Dio unos golpecitos en las mejillas de Juliet, recordando cuándo su propia piel había sido tan lisa, tan suave.

— Eres un encanto, Julie. Gracias. Gracias por todo.

Ruth salió del coche, hizo un rápido ademán de despedida, y oyó cómo el «VW» aceleraba y se alejaba. Mientras buscaba sus llaves, subió lentamente los escalones de la casa, pensando en lo largo que había resaltado aquel día. De repente, deseó haberse acordado de decirle a Juliet dónde

se encontraba escondida la muestra de piel…

La puerta se abrió al empujarla. Ruth Barnes penetró en la casa, volviéndose para cerrar la puerta tras ella. Al darse la vuelta, su rostro se enfrentó con el del hombre que había estado escondido de pie detrás de la puerta.

Ruth apenas tardó un instante en darse cuenta de que el hombre llevaba uniforme de Visitante y gorra, antes de que sus horrorizados ojos se dirigiesen al arma que llevaba en la mano. No se parecía a ninguna pistola que hubiese visto antes, pero sabía, por la forma en que la seguía, que no podía tratarse de otra cosa.

Todo el aire parecía haber abandonado sus pulmones. Era algo parecido a aquellas horrendas pesadillas de la niñez, cuando uno trata de gritar y no puede hacerlo. Ruth jadeó, al ver que aquel dedo se movía.

Se oyó un sonido agudo, acompañado de una luz azul. Durante un momento, Ruth pensó que había errado el tiro, puesto que no sintió el menor dolor. Luego se percató de que se estaba cayendo, cayendo, retorciéndose a mitad de camino del suelo, sin poder dominar el cuerpo…

Luego se produjo una explosión de negrura, sembrada de tonos rojos, y luego la nada.

No llegó a sentir el impacto de su cuerpo contra el suelo.

CAPÍTULO VII

Caleb Taylor silbó de dolor al cruzar el umbral de su apartamento cuando una de sus vendadas manos chocó contra la jamba.

— ¿Estás bien, papi?

Ben Taylor había alargado una mano para sostener a su padre.

Caleb se zafó con ademán impaciente de la ayuda de su hijo.

— Estoy bien. Déjame hacer las cosas a mí solo.

Ben Taylor sonrió levemente al observar cómo su padre andaba con el mayor cuidado hacia su dormitorio.

Tal vez sea un padre estupendo —pensó—. *Pero está claro que es un Paciente fatal*.

Por los crujidos que se oían en el dormitorio, se dio cuenta de que Caleb obedecía las órdenes y se disponía a reposar. Ben pensó en dedicarse a arreglar el pequeño apartamento. Por lo general, su padre lo mantenía limpio como una patena —un vestigio del adiestramiento por Parte de su difunta esposa—, pero en aquel momento parecía un auténtico campo de batalla. Eso significaba que Elias había estado allí. Ben puso mala cara cuando recogió unos calcetines sucios que se encontraban entre los cojines del sofá.

Un segundo después oyó una llave en la cerradura, y se dio la vuelta a tiempo de ver cómo su hermano entraba de un salto en la estancia con una amplia sonrisa en el rostro.

— Dime, tío… ¿Qué es eso?

Ben movió la cabeza.

— «Qué es eso» es una frase mal construida gramaticalmente, hermano. Elias, ¿cuándo dejarás de hacer esa pobre interpretación a lo Richard Pryor?

Elias se lo quedó mirando durante un momento, con esa particular sonrisa que se endurecía para convertirse en una de tipo convencional.

— ¿De qué hablas, tío? Yo no *actúo*. Soy el auténtico Elias…

Ben estaba disgustado y lo mostró.

— Auténticamente algo, sí; seguro. Auténtica mierda, si quieres mi opinión.

Elias emitió una apagada evasiva, sin que llegara por ello a desaparecer su sonrisa.

— Mira, tío, no todo el mundo puede actuar a lo doctor Kildare… —Su voz se endureció—. O a lo *Tío Tom*…

— Mira, olvídate de esa basura de los sesenta, Elias… Puedes conseguir cualquier cosa que desees, pero primero has de dejarte de zapateados y de adoptar esa *pose* de maleante, y *crecer*…

Ben pensó que se había apuntado un tanto. Elias se echó a reír, una corta y forzada explosión de sonido, que parecía cualquier cosa menos algo que le divirtiese.

— Está bien, una vez más te doy las gracias, *Mr. Sidney Poitier*…

Se volvió, enfadado.

— ¡Eh, papi!

Se encaminó hacia el dormitorio, adoptando de nuevo su pavoneo habitual.

— ¿Cómo va eso?

Ben le observó alejarse y luego reanudó la limpieza. Estaba cansado, cansado de Elias, del trabajo…, cansado de preocuparse. Sentía como si los ojos le sobresaliesen de la cabeza a causa de cómo los forzaba, puesto que tenía que trabajar con el microscopio durante casi todo el día, excepto cuando efectuaba sus rondas. Todos tenían que trabajar por dos en el laboratorio desde que Ruth había desaparecido. Sintió un malestar interior al recordar que ya habían pasado tres días sin que nadie la hubiese vuelto a ver. El doctor Metz estaba inconsolable; permanecía encerrado en su despacho durante horas y ras, fumando cigarrillos sin parar (el doctor Larraby les contó que había fumado ni un cigarrillo desde que lo dejó, en 1963), mirando, absorto, al vacío.

¿Dónde habrá ido? —se preguntó Ben—. *La Policía ha llevado a cabo una investigación, pero he visto a personas que buscan a perros extraviados hacerlo con más interés. Se han producido tantas desapariciones… ¿Qué diablos está sucediendo?*

Encolerizado, metió en el fregadero la mitad de un monstruoso montón de platos, abrió el agua caliente y se arremangó la camisa.

Maldito Elias, pensó. Recordó lo que Juliet Parrish le había dicho: que Ruth estaba examinando una muestra de piel de Visitante el día en que se desvaneció.

Mientras frotaba, alzó la vista hacia la ventana y observó una porción de la Nave Madre suspendida sobre sus cabezas. Fueses donde fueses, estaba allí, balanceándose encima tuyo. Los Visitantes habían llevado a cabo «un seminario introductorio» a algunos científicos, y Ben y Juliet habían asistido. Al doctor Metz le habían elegido representante de su campus, pero no se molestó siquiera en responder a la invitación.

Y vaya montón de mierda que demostró ser aquello —pensó Taylor, haciendo un gesto de dolor cuando su pulgar tropezó con algo aguzado—. *Tal vez nos facilitasen sólo diez minutos de auténtica información acerca de ellos mismos durante medio día. El resto no fue más que palabras con doble sentido o cosas que Kristine Walsh ya nos había hecho saber*.

Ben metió el sangrante dedo gordo bajo el agua fría y se fue en busca de una tirita adhesiva.

La noche ya había caído, trayendo consigo un amago de niebla baja. Robin Maxwell paseaba por el patio, hablando con su amiga Muffly (*née* Abigail) por el teléfono inalámbrico. Desde el interior podía oír a sus padres charlando en voz baja, mientras cargaban juntos el lavaplatos.

— ¡Oh, vaya follón, Muf, de veras! Mi papá ha estado allí desde que el profesor Quinton se fue. O le raptaron, o lo que sea. He tenido que hablar con la Policía; les he contado incluso lo que me dijo la noche que llamó, ya sabes. Sí, la tira…

Sus pies se deslizaban por el suave césped, ligeramente húmedo, mientras iba de un lado para otro.

— Pero esto ya te lo he contado. ¡Quería saber si le habías visto! Daniel dijo que estaría hoy en el barrio… ¿Cómo es eso; por qué me Preguntas de quién hablo? ¿Ya sabes de quién? ¡El Jefe de las Juventudes de los Visitantes!

— ¿Que Daniel dijo que estaría esta noche?

Sonrió extáticamente al teléfono.

— ¡Estás bromeando! ¿Le has *visto*? ¿No es un *tipazo*? Eso es, un tío cañón. Del todo…

Suspiró, escuchando tan concentrada, a su amiga, que no fue consciente de que una figura

uniformada se le aproximaba por detrás.

— ¿Y no te moriste? ¿Que le viste los *ojos*? ¡La reoca!

Asintió vigorosamente.

— ¡Claro que le vi! Cuando tocaba con la banda. Me miró durante un rato, seguro. Una mirada significativa, ya sabes. Como dos barcos en la noche… Tan romántico…

La silenciosa figura estaba ahora casi detrás de ella.

— Creo que realmente le gusto, pero tiene miedo… Que es tímido, vaya… Sí, *absolutamente*.

— Perdóneme…

Robin se volvió en redondo, desconcertada, y vio al joven Visitante, del que estaba hablando, allí, delante de ella. La chica gimió suavemente; luego se apartó de él para emitir un último y entrecortado susurro.

— Mi vida se ha acabado, Muf…

Colgó el teléfono, preguntándose si debía echar a correr o dejarse caer muerta en el mismo lugar en que se encontraba. Sonrió insegura.

— Perdóneme… ¿La he asustado?

— ¡No! —graznó. Luego se aclaró la garganta—. No…

— Soy Brian —explicó, al tiempo que le tendía la mano.

Robin la asió, sintiendo que la sangre le latía en los oídos. Notó la fría presión de sus dedos durante un segundo, y luego dejó caer la mano. Le hormigueaba.

— Soy Robin —repuso.

Él se aclaró también la garganta, pero sonó muy diferente a causa de la extraña reverberación:

— Hola… Lo siento… Estoy algo nervioso…

— ¿Que estás *nervioso*? —preguntó Robin, con voz átona.

— Verás…, no todos los días conozco a alguien de otro planeta…

La chica se relajó levemente.

— Claro, no había pensado en eso, también a ti debe de resultarte muy extraño. Bueno, no quiero decir que seas raro…

Brian sonrió de nuevo.

— ¿Cuál es la casa de Daniel?

Visiblemente desanimada, Robin la señaló.

— La de allí, a la derecha.

— Gracias.

Se dio la vuelta.

— Claro… —susurró Robin, viéndole alejarse.

No le preocupo —pensó—. *Mi vida se ha acabado…*

Él se paró, titubeó y luego se dio la vuelta para ponerse de nuevo frente a ella.

— Hum… ¿Te gustaría dar un paseo?

Robin vaciló, tratando de dominar la alegría que sentía en su interior, y que amenazaba con estallarle en la cara.

— Estupendo —respondió, siguiéndole.

William se abrió camino entre los obreros que corrían, respondiendo al estrépito de la sirena de mediodía. Vio el camión de Harmy, que se encontraba enfrente de él. Cuando se aproximó, la mujer alzó la mirada.

— ¡Hola, héroe! ¡Willy!

William sonrió.

— Hola, Harmony.

— Todo el mundo está *entusiasmado* por la forma en que rescataste a Caleb.

William bajó la cabeza y se encogió de hombros, incapaz de pensar nada que decir.

— ¿Ya le has visto? A Caleb, quiero decir…

— Sí —admitió William—. Ya le he visto. Me ha dicho que se encontraba bueno.

— Bien… —le corrigió Harmy automáticamente—. ¿Te dio las gracias por haberle salvado la vida? Debiera hacerlo, al ver cómo te has portado.

William asintió.

— Ha hablado conmigo esta mañana. Y me estrechó la mano.

— Estupendo, eso es lo apropiado.

Harmy se volvió hacia el camión de provisiones.

— ¿Quieres una hamburguesa o alguna otra cosa? Es la hora del almuerzo…

Meneó la cabeza. La mujer le miró con atención.

— Dime, ¿los tipos como tú nunca comen?

Él asintió, sintiéndose incómodo y preguntándose cómo cambiar de tema.

— A veces…

La mujer mordió un poco de su bocadillo y lo masticó pensativamente.

— ¿Vas alguna vez al cine?

— No, yo no… —replicó William, preguntándose qué era eso de «cine».

Algo igual que la televisión, creyó recordar, sólo que más grande. Le sonrió con timidez:

— Aún no…

Ella se rió por lo bajo y, al cabo de un momento, William le hizo eco. Fue su primera carcajada.

Juliet Parrish estaba alimentando al ratón cuando emitieron un anuncio por televisión.

— Interrumpimos este programa para ofrecer a nuestros televidentes un urgente reportaje especial.

¿Y ahora qué?, pensó.

Dijo en voz alta:

— ¿Ben? ¿Doctor Metz? Dan un boletín por la televisión…

Escuchó a Howard K. Smith explicar que el programa estaba transmitiéndose vía satélite desde Bélgica. Apareció la foto de un hombre de distinguido aspecto, frente a una batería de acerados micrófonos. El doctor Metz exclamó:

— ¡Es Leopold Jankowski! ¿Qué pasará ahí?

— Es del «Instituto Biomédico» de Bruselas, ¿no es verdad? —preguntó Ben.

Metz asintió con evidente tensión, mientras el hombre empezaba a hablar.

— He convocado hoy esta conferencia de Prensa para revelar un espantoso descubrimiento. En

este mundo existe una conspiración organizada por algunas de nuestras mejores mentes científicas. El objetivo de esta conspiración consiste en dañar, posiblemente destruir, a los Visitantes.

Juliet y Ben jadearon, y sus reacciones fueron un reflejo más del murmullo suscitado por las voces de los periodistas en la atestada sala. El doctor Metz se quedó mirando el aparato con incredulidad.

— ¡Imposible! —murmuró—. Es una locura… ¿Ha perdido el juicio ese Leopold?

Jankowski hablaba de nuevo:

— Este esfuerzo organizado para perjudicar a los Visitantes llamó mi atención por vez primera hace, aproximadamente, dos semanas, cuando el doctor Metz, en California, me telefoneó y pidió hablar conmigo acerca de lo que denominó «asuntos urgentes y confidenciales»…

— *¿Qué*?

Juliet agarró el brazo de Ben Taylor.

— ¡Yo no he dicho eso! —exclamó, indignado, el doctor Metz—. No he hablado con Jankowski desde…

— Otros de mis colegas aquí, en Bélgica, también han sido abordados por los científicos —continuó Jankowski—. En primer lugar, por científicos de los estudios biomédicos o de antropología. Pero no podemos estar seguros de hasta dónde llegará este insidioso contagio entre algunas de nuestras mejores mentes, una vez empezado el asunto…

¿Cómo puede decir esto?

El doctor Metz se sintió dolido e indignado.

— Jankowski era un buen hombre… Hace ya muchos años que le conozco. ¿De qué está *hablando*?

Juliet le dio unos golpecitos en el brazo.

— Tómeselo con calma, doctor… Tal vez sería mejor que se sentase…

— Científicos de muchas naciones, al parecer, forman parte de esta insidiosa conspiración. Su plan, del todo simple, consiste en hacerse con el control de las Naves Madre de los Visitantes…

Gritos de «¿Por qué?», «¿Con qué propósitos?» se alzaron de entre los periodistas reunidos.

Jankowski movió la cabeza con gesto grave.

— Han tratado de convencerme de que lo hacen para proteger a la raza humana e impedir que los militares aprendan los secretos de tecnología avanzada de los Visitantes. Sin embargo, estoy seguro de que su motivación es mucho más personal que este declarado propósito…

Ceremoniosamente, Jankowski cogió un trozo de papel.

— Por esta declaración me he enterado de los acontecimientos exactamente tal y como se han desarrollado, y los nombres de todos aquellos que han tratado de conseguir mi ayuda para esta maligna conspiración contra quienes han demostrado ser nuestros amigos. Ahora autentificaré dicha declaración con mi firma. Ejemplares de la misma serán entregados a las autoridades apropiadas, para que puedan combatir a cada uno de los científicos de esta lista con sus respectivas leyes locales…

Solemnemente, Jankowski firmó la declaración. Ben, Juliet y el doctor Metz se miraron entre sí sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de unas horas habían aparecido otros muchos científicos de todo el mundo y admitieron haber sido abordados por los representantes de la «conspiración». Algunos, como el doctor Jacques Duvivier, premio Nobel igual que el doctor Metz, admitieron haber pertenecido a la misma, y firmaron declaraciones similares a la de Jankowski.

Toda la comunidad científica quedó conmocionada. En Estados Unidos, el FBI inició investigaciones en los expedientes de los nombrados por Duvivier, Jankowski y otros, intentando determinar si, en realidad, existía tal endiablada conspiración. Fueron ayudados en sus esfuerzos por los Visitantes, que les llevaron de laboratorio en laboratorio, contemplando, impasibles, cómo las investigaciones en los expedientes implicaban a científico tras científico.

El despacho del doctor Metz fue registrado al día siguiente de que Jankowski le hubiese nombrado en su declaración. Juliet Parrish y Ben Taylor contemplaron, impotentes, cómo el doctor Metz, sulfurado, desalaba a los representantes del FBI a que buscasen en sus archivos, puesto que no tenía nada, *nada* que ocultar… Dicha investigación dio por resultado que uno de los hombres descubriese una carpeta metida en un falso panel dentro del archivador, y que contenía los expedientes personales del doctor Metz. La carpeta incluía notas de reuniones, listas de nombres, mensajes en clave, mapas que mostraban la ubicación de las Naves Madre…

Metz se quedó sin habla, e insistió en que aquella «prueba» había sido «plantada» allí. El FBI se apropió de los expedientes, más otros que descubrieron en el despacho, y le dijeron a Metz que aún no tenían instrucciones de cómo tratar a los posibles conspiradores, pero que no debía salir de Los Angeles sin notificarlo primero. Juliet y Ben recibieron duras miradas, pero no se les hizo ninguna advertencia en especial. Los representantes del FBI se fueron en el vehículo de patrulla que los pilotos Visitantes habían posado en la azotea.

Kristine Walsh, la secretaria de Prensa de los Visitantes, hizo una dolorosa declaración, aludiendo a que, por causa de la conspiración, los propuestos seminarios científicos con los Visitantes quedaban aplazados.

Muchos científicos que se habían visto implicados en las acusaciones de conspiración, simplemente se desvanecieron, dando aún más crédito a las alegaciones de su culpabilidad. Los departamentos de Policía quedaron inundados de denuncias de personas desaparecidas. Las agencias que representaban a la Ley se vieron en un brete para explicar lo que estaba sucediendo, y apenas pudieron investigar un escaso porcentaje de casos.

Finalmente, cuando se acumularon las pruebas de que los científicos implicados tenían unos archivos que demostraban que algunos grupos de aquella cábala secreta, habían incluso planeado apoderarse violentamente de las lanzaderas de los Visitantes y de sus armas, John, el Comandante Supremo de los Visitantes, requirió oficialmente a las Naciones Unidas para que intercediese ante sus naciones miembro al objeto de pedir que todos los científicos y los miembros de sus familias diesen sus nombres y direcciones actuales a las autoridades locales. La información sería comprobada con ordenadores en relación con el listado de direcciones locales.

En un primer momento, cuando se les habló del requerimiento de las Naciones Unidas, la mayoría de las autoridades nacionales se mostraron reluctantes: el presidente de los Estados Unidos se mostró abiertamente escéptico respecto a todo aquello de la «conspiración». Pero al cabo de unas semanas, ante las nuevas evidencias de una asociación secreta de científicos, empezó

a derrumbarse la resistencia a la ONU y a los requerimientos de los Visitantes. Las personas clave, una por una, empezaron a cambiar de parecer, casi de la noche a la mañana en algunos casos.

Finalmente, por una ley especial del Congreso y el presidente, comenzó el registro.

Abraham Bernstein salió de su casa para dar su paseo diario, justo a tiempo de ver cómo su vecino, Robert Maxwell, avanzaba hacia su rubia. Maxwell llevaba un montón de papeles, sosteniéndolos con tanta fuerza que crujían.

— Buenos días, Mr. Maxwell —le saludó Abraham.

— No lo son para mí —replicó lúgubremente Maxwell, metiéndose en su coche—. He de llevar estos malditos formularios a Correos para ese estúpido registro. ¡*Aún* no entiendo cómo han podido aprobar esto en el Congreso! ¿Y sabe qué es lo *verdaderamente* raro?

Abraham meneó la cabeza.

— Que Rusia está haciendo lo mismo. Naturalmente, no será tan duro para ellos, ya que de por sí mantienen a sus científicos bajo una mayor observación oficial mediante el Partido. ¡Pero abrirán sus archivos a los observadores Visitantes! ¡No acabo de creerlo!

Bernstein se percató de que temblaba al observar cómo Maxwell ponía en marcha su vehículo y se alejaba. Ruby Engels se acercó a él, tras haber captado la última parte de la conversación. Colocó una consoladora mano en el brazo de su amigo, tras lo cual comenzaron su diario paseo.

— Abraham, no pongas esa cara tan preocupada… No ocurrirá nada… Todo esto pasará, no tienes más que esperar el tiempo suficiente.

— Sí, observarlo y esperar —respondió Abraham, con los dientes apretados—. Observar cómo destruyen todo aquello que ha llegado a ser tan querido para mí.

— Nada va a suceder —insistió Ruby—. A fin de cuentas, ni tú ni tu familia sois científicos. No estás implicado en nada de esto. Y, además, acabará por pasar.

Abraham se la quedó mirando durante un largo momento.

— Son las mismas palabras que pronuncié en 1938. En Berlín…

Ruby pareció alterada durante un momento.

— ¡Pero esto es diferente!

— ¿De veras?

Abraham dirigió la mirada hacia el vehículo de patrulla que acababa de aterrizar delante de su casa. Brian, Jefe de las Juventudes Visitantes, salió del mismo seguido por Daniel. Se estrecharon la mano. El nieto de Abraham llevaba un mono color pardoanaranjado, similar, en diseño y en corte, al uniforme de los Visitantes, con gorra, y mostraba una abierta sonrisa.

Abraham se volvió lentamente hacia Ruby.

— ¿Lo ves?

La mujer no tuvo que contestarle. El miedo se evidenció en sus ojos.

Dennis Lowell trató por cuarta vez de extraer el sacacorchos de la botella de «Liebfraumilch». Tensó los músculos, se esforzó y, lenta, muy lentamente, salió con casi la mitad del tapón.

— *¡Mierda!*

Lowell tiró el sacacorchos en el mostrador de la cocina, y luego se quedó mirando el reloj.

Cuarenta y cinco minutos de retraso, pensó furiosamente, mientras no apartaba la vista del pequeño televisor portátil colocado en un rincón. Trasteó en el cajón en busca de un cuchillo

aguzado y de hoja fina, mientras seguía escuchando:

— Mientras la Policía internacional ha investigado en los archivos científicos buscando los hilos de la conspiración, se está llegando a la desconcertante evidencia de que muchos científicos, sobre todo los dedicados a investigaciones médicas en ciencias biológicas, han *suprimido* descubrimientos importantes en su investigación. El presidente del Comité de Asuntos médicos del Senado, Raymond Burke, ha efectuado las siguientes declaraciones…

La escena se trasladó a las escalinatas del Senado, donde el senador aparecía rodeado por los periodistas y por los destellos de las cámaras. Dennis sacó otro trozo de corcho de la botella, escuchando con atención las palabras del senador Burke.

— Sí, en efecto. Tengo pruebas de que existen y *han existido* nuevos y revolucionarios tratamientos para el cáncer desde hace algún tiempo…, junto con otros descubrimientos de un enorme beneficio potencial para el mundo. Aparentemente, nuestros amigos científicos han decidido guardar silencio acerca de todo esto…

Se alzaron en torno a él gritos de «¿Por qué?». El senador se encogió lúgubremente de hombros.

— Verán, no quiero especular, excepto para decirles que se ha concedido un montón de dinero para esas investigaciones.

— *¡Maldita sea!* —exclamó Dennis, sin estar seguro de a quién se dirigía, o acerca de qué.

Había conseguido sacar de la botella otro fragmento de corcho, y luego tuvo el dudoso placer de ver cómo el resto del tapón se desintegraba en partículas diminutas y se introducía por el gollete de la botella hasta alcanzar el vino.

La escena se trasladó de nuevo a la redacción; en ese momento oyó ruido de llaves en la puerta del apartamento. El locutor mostraba un aspecto serio.

— Un mar de fondo de resentimientos ha comenzado a surgir en todo el mundo contra la comunidad científica. En Estocolmo, donde se conceden los Premios Nobel cada año, una multitud de enfurecidos manifestantes…

— Lo siento, Den, llego tarde. Pero en todas partes hay un jaleo terrible…

Juliet irrumpió en la cocina, quitándose a toda prisa su bata de laboratorio. La lluvia perlaba su rubio cabello de finas gotitas.

— El doctor Metz no es el mismo tras la desaparición de Ruth, y se ha enterado de que otro colaborador se ha visto implicado, al igual que él, y yo…

Dennis apagó el televisor.

— No te preocupes. Telefonearon para cancelar la cena.

Juliet pareció alicaída.

— ¡Oh, Den! Debes de sentirte muy decepcionado.

— Sí —convino él brevemente.

— ¿Crees que podrás conseguirlo?

El tono de Juliet parecía dar pie a que él le diese una respuesta tranquilizadora. Dennis se sirvió una copa y la apuró de un solo trago.

— No, no lo creo. Son *demasiado* educados, ya los conozco.

Juliet colgó su bata del laboratorio sobre el taburete de la cocina. Sus dedos lo acariciaron

durante un momento, pero luego se detuvieron bruscamente.

— Dennis…, ¿crees que se trata de *mí*? Saben que soy bioquímica, y estudiante de Medicina.

Dennis supo que había aguardado un instante demasiado largo para contestar.

— No. ¿Cómo podría tratarse de ti?

La mujer se le quedó mirando por un momento. Él sintió sus ojos en el rostro, pero no alzó la mirada para encontrarse con la suya.

— Ahora eres tú el que te expresas de una forma demasiado educada, Den.

El hombre no pudo pensar en ninguna respuesta. Se sirvió otra copa de vino y se dirigió al dormitorio y la dejó allí, contemplando la bata de laboratorio.

Mike Donovan observó intensamente a su amigo, mientras éste conectaba el vídeo. El doctor Jankowski apareció en la pantalla, inclinándose para firmar su declaración condenatoria.

— ¿Sí? —Donovan se volvió hacia su socio—. Ya lo he visto. Me parece que es sólo un montón de mierda. ¿No crees?

— ¿No notas nada raro?

Tony puso otra cinta.

— Cuando esto salió al aire por primera vez, estuve inquieto durante varios días: no podía averiguar qué estaba mal en esta película. Finalmente, la otra noche me desperté con la respuesta. Mira… Ésta es una cinta que le filmamos el año pasado, en aquel congreso científico internacional. ¿Te acuerdas cuando le pedí que me firmase un autógrafo en aquel libro para mi viejo?

La segunda imagen apareció al lado de la primera, en el mismo instante de la firma. Donovan se lo quedó mirando y luego asintió de repente:

— Claro…

— Lo ves, ¿verdad, Mike? El año pasado usaba la mano derecha, pero cuando firmó el documento sobre la conspiración, lo hizo con la izquierda.

Donovan se encogió de hombros, con mirada precavida.

— ¿De veras? Será ambidextro.

— No, no lo es. Ni tampoco lo es Duvivier. Lo he comprobado. Ambos firman ahora con la mano izquierda, cuando antes eran diestros.

Donovan vio reflejadas en los ojos de Tony sus mismas dudas. Tony asintió.

— Algo muy extraño está pasando, Mike. Y te apuesto un buen bisté a que de alguna manera está relacionado con los Visitantes. Todo se está volviendo condenadamente *raro* desde que aparecieron esos tipos.

— Sí. —Donovan frunció el ceño—. Tendremos que echar un vistazo por la Nave Madre, y pronto. Y esta vez no una visita con guía. Me refiero a mirarlo todo. Me gustaría ver aquella zona donde guardan los productos químicos.

Leonetti asintió.

— Como en los viejos tiempos, ¿eh?

Donovan asintió con lentitud.

— Sí. Pero, por lo menos, Vietnam y Camboya no se encontraban a kilómetro y medio del

suelo. Tendremos que ser muy cuidadosos.

Tony Leonetti se dio un golpe en la frente con la palma de la mano, haciendo girar los ojos de forma muy expresiva.

— Mientras viva y respire, el impávido Michael Donovan, el mayor vaquero-fotógrafo de todos los tiempos, será muy *cuidadoso*… ¿Te asustan esos tipos, Mike?

La risa de Donovan sonó a falsa: no le gustaba que le recordasen algunos de sus éxitos fotográficos más imprudentes. Luego se tranquilizó y miró otra vez las imágenes fijas del Jankowski número 1 y del Jankowski número 2.

— Sí, Tony —musitó en voz tan baja, que Leonetti tuvo que hacer un gran esfuerzo para oírle —. Debo admitir que no las tengo todas conmigo… Esta vez no podemos meter la pata.

Leonetti esbozó una sonrisa forzada, dando a su socio un suave y cariñoso puñetazo.

— Lo que pasa es que tienes hambre… Ha pasado mucho tiempo desde la hora del almuerzo, viejo amigo. Vamos. Los bistés los pago yo.

Donovan se volvió y respondió al puñetazo de Leonetti, contento de que su amigo hubiese roto la tensión.

— Me apunto… ¿Cuándo quieres hacerlo?

— ¿Lo de comer? Ahora mismo…

— No. Me refiero a deslizamos a bordo de una lanzadera de patrulla.

— ¿Mañana?

— Perfecto. ¿Crees que Fran te dejará ir? La última vez que salimos juntos armaste un buen lío en aquel casino de Atlantic City.

— Ahora soy yo el que deberá mostrarse *cuidadoso*…

CAPÍTULO VIII

Brillantes chorros de luz hacían que el aparcamiento de la planta «Richland» pareciera una especie de chillona imitación del día. Una de las grandes lanzaderas se encontraba allí con las puertas de su bodega abiertas, mientras Tony Leonetti y Mike Donovan se arrastraban cautelosamente a través de un laberinto de conductos al nivel del suelo para agazaparse, ocultos, detrás de un receptáculo de desperdicios. Tubos aislantes iban desde los grandes depósitos criogénicos elevados hasta los depósitos más pequeños, situados a bordo de la lanzadera. Dos técnicos visitantes se encontraban allí, junto con dos humanos que llevaban cascos.

— Esto está muy concurrido, Mike —le susurró Tony—. ¿No crees que deberíamos llamar a un vehículo de patrulla y subir como hemos hecho hasta ahora?

Donovan movió la cabeza, calculando la distancia hasta la abierta bodega de la nave de carga y sopesando la «Sony Betacam». Era su cámara de vídeo más pequeña y ligera.

— De esta forma no sabrán que estamos a bordo, y tendremos más oportunidades para encontrar un escondrijo.

Lanzó una rápida mirada hacia su socio.

— Confío en que con esto consiga una película de buena calidad. ¿Qué me dices del sonido?

Tony se encogió de hombros.

— Como siempre, Mike. Tendrá que funcionar.

Varios Visitantes comenzaron a desenganchar el conducto aislante. Donovan se puso tenso.

— Estupendo, ya han terminado con los productos químicos… Estáte preparado.

Tony tragó saliva con un ruido audible, consiguiendo un bufido de reprobación por parte de Donovan. Los técnicos humanos se alejaron mientras los dos Visitantes subían al compartimiento de los pilotos en la lanzadera.

— ¡Ahora! —silbó Donovan.

Trepó por los conductos, lanzándose hacia delante, y saltó por encima de otras tuberías a nivel del suelo, ocultándose en las sombras y apartándose del incandescente resplandor. Tony corrió detrás de él pero no vio una conducción, metió el pie en ella y cayó al suelo. Donovan, que ya había llegado a la entrada de la bodega, escuchó su ahogado «¡Ay!».

— ¡Maldita sea!

Tony se arrastró hacia la puerta de la bodega, en el momento en que sus dos mitades comenzaban a unirse. Mike alargó la mano y le agarró por las muñecas.

Leonetti saltaba a la pata coja:

— No puedo… levantar… la pierna…

— Yo lo haré por ti —susurró Donovan.

Pero un segundo después admitió su derrota al ver que las puertas seguían cerrándose. En el último instante, pudo ver cómo Tony se alejaba a rastras del vehículo, antes de que las puertas se cerrasen del todo.

— ¡Mierda!

Se agazapó detrás de unos contenedores de la bodega, abrazado a la «Betacam». La oscuridad

era total.

Sintió el ahora familiar ascenso y balanceo del aparato y supo que se encontraban ya de camino.

El atracadero de lanzaderas de la Nave Madre le resultaba ya conocido. Escuchó una voz de mujer que daba —en inglés— los aterrizajes y las salidas cuando las puertas de la bodega comenzaron a separarse. Donovan se escurrió a través de las mismas, casi antes de que cupiese del todo por la abertura y, en unos segundos, se hallaba oculto detrás de una barricada de aquellas unidades criogénicas que había visto que los técnicos Visitantes transportaban consigo. Escuchó los anuncios, preguntándose de pronto por qué allí, cuando no había humanos presentes —excepto, probablemente, Kristine, se recordó amargamente—, los Visitantes no empleaban su propio idioma.

— Preparados para la operación de vertido —anunció la voz.

¿Operaciones de vertido? —frunció el ceño Donovan—. *¿Qué diablos es eso?*

Tras avizorar cautelosamente, vio a los técnicos Visitantes acoplar otra manguera aislante al depósito de almacenamiento de productos químicos de la bodega de la lanzadera, y luego unir su extremo en una boquilla en el piso del atracadero. Donovan quedó intrigado: a juzgar por las muchas veces que había visto el atracadero, cuando se aproximaba al mismo en los vehículos de patrulla, no se veían conductos 0 contenedores de almacenamiento en el exterior de la gran Nave Madre. Y, desde este ángulo, si la boquilla se encontraba exactamente en el suelo del atracadero, bajo ella no había más que el aire exterior.

Siguió mirando, ahora ya en plena filmación, cómo los técnicos abrían una válvula; se escuchó el zumbido de los gases al escaparse. Uno de los técnicos se desentumeció.

— Esto es lo que los humanos llamarían una chorrada —comentó, mientras la reverberación de su voz levantaba ecos a través del cavernoso atracadero—. Traer todo esto a la nave y luego sacarlo otra vez… ¡Vaya manera de perder el tiempo!

— Sí —convino su compañero—. No acabo de entender por qué hacemos esto noche y día.

— ¿Quién conoce el por qué de cualquiera de las órdenes del Jefe? —inquirió el primero—. Pero no se me ocurrirá preguntarlo: no sería demasiado saludable.

— Tienes razón —convino su compañero, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie les había escuchado.

Donovan se arrastró detrás de las unidades criogénicas, con la mano rozando una estructura en forma de acordeón y que tenía un asombroso parecido con un anticuado radiador. El metal grisplateado tembló bajo su brazo. Donovan se lo quedó mirando, luego tiró de él para probar y se abrió por completo, revelando una escalera que llevaba a una conducción y cuyos escalones se perdían en la penumbra.

Alguna entrada de servicio —pensó, arrastrándose por la misma—, *o bien ese auténtico recurso de todos los héroes de espionaje y aventuras: un conducto de ventilación…*

Cerrando detrás de él lo mejor que pudo aquella cosa extraña en forma de rejilla, Donovan comenzó a trepar con rapidez por la escalera. Se encontró en una conducción en penumbra. Casi podía permanecer erguido, pero debía tener cuidado para no golpearse la cabeza contra las cañerías que colgaban.

La luz se filtraba desde rejillas situadas en las paredes, y de pequeñas luces que aparecían en el suelo de la conducción, cada medio metro. Donovan echó a andar por allí, sintiendo un gran frescor. Los Visitantes debían de mantener secciones de su nave a menor temperatura de la que los seres humanos considerarían confortable.

Parte de aquel helor procedía del aire circulante. Donovan sonrió tímidamente cuando la ráfaga le alcanzó el cabello.

¡Vaya, hombre! Es un conducto de ventilación…

Siguió adelante, con sus zapatos flexibles alzando leves ecos en el suelo metálico. No estaba demasiado preocupado por el ruido que hacía, puesto que el rugido del aire y las vibraciones de la maquinaria apagarían cualquier sonido.

Alcanzó una rejilla, miró cautelosamente a través de ella y oyó voces. Dos Visitantes se encontraban al lado de una de las puertas marcadas de amarillo que ya había visto antes: las que, según Diana, resultaban inaccesibles a causa de la radiación. Uno de los Visitantes sacó un cristal con llave dorada parecido al que Donovan había regalado a Sean, y lo introdujo en una ranura. Surgió un rayo de luz, que iluminó el cristal, y la puerta se deslizó hacia un lado.

Interesante —pensó Mike—. *No llevan ninguna clase de trajes protectores… Si allí hay tanta radiación, ¿cómo es que no los necesitan?*

Siguió adelante y luego hacia abajo, cuando el conducto principal empezó a descender. Movió con cuidado la cámara; Tony le había dicho que era bastante sólida, pero no se había preocupado demasiado al respecto. Otra rejilla del lado opuesto de la conducción le permitió ver a otro de los Visitantes —esta vez una mujer—, reclinada en una litera y leyendo algo que se parecía vagamente a un libro, si es que los libros se imprimían sobre hojas de aluminio y en papel tamaño folio. Llevaba un atuendo ajustado que le dejaba desnudos brazos y piernas, y que guardaba un gran parecido con un traje de baño. Donovan, que se había visto privado de compañía femenina desde que se marchase Kristine del apartamento, hacía ya un mes, se fijó un momento en sus piernas.

No están mal. Un poco regordetas, pero bonitas…

Siguió adelante caminando en silencio. Tuvo buen cuidado de memorizar la ruta por la que avanzaba: si le pillaban en este conducto, quería saber por dónde retrocedía.

Como una rata en su laberinto, pensó, apreciando lúgubremente la analogía, mientras en el conducto se presentaba un nuevo recodo. Tuvo que agacharse para evitar las tuberías situadas por encima.

Delante de él oyó voces…, y algo en ellas le resultó familiar. Donovan se acercó con cuidado a una rejilla más grande, observando a través de la misma. Diana andaba por allí, con una especie de larga y escotada bata roja. El pulso de Mike se aceleró ligeramente al ver la forma en que la prenda de seda se ceñía en torno a los pechos y muslos de la mujer. Hablaba con un hombre, al que Donovan reconoció como Steven, el oficial Visitante que dividía su tiempo entre la planta «Richland» y la casa de Eleanor.

— Deberías sentirte complacida, Diana —decía Steven—. Estamos a punto de asegurarnos el control de la mayor parte de los continentes.

Diana sonrió maliciosamente.

— Está bien, digamos que lo que me complace es servir a nuestro Líder…

Su mirada de reojo a Steven resultó tan afectada, que Donovan casi se echó a reír.

— …con el escaso talento que poseo…

Anduvo por el cuarto hasta una especie de armario de plexiglás. En unos pequeños compartimientos alineados en las paredes, Donovan vio una gran variedad de animalitos; supuso que de laboratorio.

Dado que la «Betacam» era casi silenciosa, comenzó a filmar a la segunda en el mando. La mujer metió la mano en uno de los compartimentos y sacó un ratón blanco. El pequeño roedor chilló frenéticamente cuando ella lo agarró, pero en seguida se quedó rígido, con sus ojillos vidriosos a causa del pánico.

— El Líder debe de encontrarse muy complacido con tu proceso de conversión, Diana —le dijo Steven.

Aún sosteniendo al ratón, Diana se volvió, atravesó la estancia y salió fuera del alcance de la cámara. Mike la oyó hablar.

— Sí…, pero ya sabes lo impaciente que puede llegar a ponerse nuestro Líder…

Se produjo una pequeña pausa.

Steven pareció divertido.

— ¿Incluso contigo, Diana? Dada la *intimidad* de vuestras relaciones, yo diría que…

Diana irrumpió de improviso dentro del campo de captación de la cámara e, incluso desde la penumbra del conducto, Mike pudo advertir su ira. Hizo unos ademanes con sus finas y cuidadas manos. Donovan se preguntó por un momento dónde habría dejado el ratón.

— Ten cuidado, Steven —silbó.

Steven extendió ambas manos en un ademán a la vez de disculpa y de mofa.

— Se trata, simplemente, que aborrezco verte preocupada…

La voz de Diana sonó a frustración.

— No entiendes que mi proceso de conversión es aún limitado. No funciona siempre lo mismo con cualquier sujeto humano.

— No —convino Steven—, pero cuando funciona…, como en Duvivier y los otros, los resultados son notables…

— Sí, ¿no te parece?

Diana pareció engreída. Alargó la mano hacia otra de las jaulas y extrajo una rana. Sonrió abiertamente a Steven, al pasar junto a él, de nuevo lejos del alcance de la cámara de Donovan.

— Realmente *creen* que la conspiración existe, incluso algunos de ellos piensan que forman parte de la misma…

Steven, sonriendo, entró dentro del campo de visión de Donovan.

— Naturalmente, todas las pruebas que colocamos subrepticiamente no han hecho más que reforzar esa creencia —prosiguió Diana.

Debemos emitir esto, pensó, excitado, Donovan.

Por un momento pensó en irse, pero cuando Steven regresó a su campo visual, encaminándose hacia las jaulas de la pared opuesta, decidió ver qué más revelaba el oficial Visitante. No tuvo que aguardar mucho. Steven se detuvo delante de las jaulas, pero Donovan oyó cada una de sus

palabras.

— La operación está funcionando a las mil maravillas. Los científicos están siendo condenados al ostracismo, y desorganizados a nivel Mundial. Y ellos son los que plantean la mayor de las amenazas. Una Vez eliminados, o convertidos…

Hizo un gesto con los dedos, como si hiciese desaparecer un polvo inexistente.

Diana habló con cierto pesar.

— El problema ahora son las pretensiones de nuestro Líder sobre convertirlos a todos. No comprende que los humanos son demasiado fuertes para hacerlo… ¡Convertirlos a todos nos llevaría una eternidad!

Steven asintió, aún de pie, dando la espalda a Mike; luego alargó una mano hacia las jaulas pequeñas y sacó un ratón.

— Sin embargo, continuaremos perfeccionando el proceso —afirmó Diana.

— Sí, estoy seguro de que así será —repuso Steven, alzando el ratón, aparentemente para examinarlo.

Cuando Diana fue hacia él, Steven le dio la espalda, y sólo los largos años de experiencia lograron evitar que Donovan dejase caer la cámara.

Los cuartos traseros del ratón *sobresalían de la boca del oficial* y, mientras Donovan lo contemplaba horrorizado, Steven movió varias veces la cabeza en un pintoresco movimiento en *staccato*. Las agitantes patas y cola desaparecieron por su garganta con un sonido audible.

Las palabras de Diana se sucedieron en el mismo tono uniforme.

— Pues bien, es importante que aprendamos los métodos más efectivos para emplearlos contra ellos…

La mujer alargó la mano hacia otra jaula y luego atrapó a un grande y sedoso conejillo de Indias. Mientras la aterrada criatura chillaba y forcejeaba, Diana abrió la boca —cada vez más y más—, con su quijada amenazando dislocarse de un momento a otro, y se introdujo al frenético animal entre los labios.

Donovan apretó con fuerza los dientes, mientras el estómago le daba vueltas, al ver a Diana tragarse vivo al animal.

¡Oh, Dios mío!, ¿qué está sucediendo? ¿Qué son esas cosas?

La garganta de la segunda en el mando se hinchó y comenzó a ondularse a medida que el animal descendía. Steven habló:

— No creo que nuestro Líder hubiera podido elegir a alguien que hiciese el trabajo mejor que tú, Diana.

Estremecido, Donovan no pudo aguantar más. Agarrando con firmeza la cámara, se dio la vuelta y regresó tambaleándose por el penumbroso conducto. En su mente revivió las imágenes de aquel retorcido conejillo de Indias y la cola del ratón y, de repente, dándose la vuela y apoyándose en la pared del conducto, sintió náuseas.

¡No vomites, maldita sea! —se dijo frenéticamente—. *No querrá que sepan que has estado aquí…*

Le costó unos segundos recuperar el dominio de sí mismo, pero finalmente pudo proseguir el camino de regreso por el conducto.

Cruzó ante la rejilla próxima al cuarto de Diana, por la que ya había pasado antes, y se detuvo un momento para echar un vistazo.

Visitante se encontraba allí ante una especie de lavabo, al parecer, haciéndose algo en los ojos. A Donovan le pareció familiar su postura, y en seguida la recordó. Kristine llevaba lentes de contacto, y por lo menos desde detrás, los movimientos del Visitante parecían casi idénticos a los de una persona que se pusiese o quitase unos lentes de contacto. A pesar de la prisa que tenía, Mike titubeó y siguió observando.

Había alguna clase de recipiente al lado del alienígena. Un semicírculo redondeado, con el centro azul, sobresalía en la elevada superficie en el interior del recipiente. Mientras Donovan lo observaba, el Visitante colocó otra de las cosas al lado de la primera. Al verlas juntas, Mike comenzó a filmar de nuevo. Tenían el aspecto de globos oculares, como si el alienígena llevase ojos humanos de la misma forma en que Kristine se ponía lentes de contacto. El Visitante se dio la vuelta y, aunque Donovan estaba bien colocado, no se encontraba preparado para asimilar lo que vio: los ojos del hombre eran rojo-anaranjados, con pupilas negras verticales.

Y aquellos espantosos ojos vieron a Donovan a través de la rejilla.

La criatura lanzó un silbante jadeo de sorpresa, y luego, alargando la mano hacia la rejilla, desgarró la estructura metálica de la misma con una mano, agarrando al cámara con la otro. Donovan se echó a un lado, pero la cosa se movió con una difusa rapidez, tan inhumana como aquellos ojos. Sujetó a Mike y le hizo salir a través de la rejilla con una mano, arrastrándole por el pequeño camarote hasta el lavabo.

Donovan aterrizó en mala postura, buscando algo en que apoyarse. El Visitante avanzó hacia él, mientras su respiración pareció un sibilante jadeo al mezclarse con el sonido del aire en la apertura de la ventilación. Reuniendo todas sus fuerzas, Donovan soltó una patada, que alcanzó al alienígena en el bajo vientre, lanzándole hacia atrás. Aquel golpe hubiera lisiado a un hombre, pero la criatura se recuperó inmediatamente y avanzó de nuevo hacia Mike, con aquellos terribles ojos brillando como charcos ensangrentados en la oscuridad.

Hacía mucho tiempo que Donovan no peleaba, pero su entrenamiento anterior como piloto de reconocimiento y fotógrafo de los Servicios de Inteligencia habían surtido su efecto. Consiguió tirar la cámara al camastro, mientras la criatura se precipitaba hacia él. Donovan dio gracias al cielo por habérsele ocurrido emplear el objetivo granangular en la filmación del cuarto de Diana. Tal vez aquellos ojos habían quedado registrados…

El Visitante se lanzó contra Donovan, alcanzándole en los hombros, aunque el periodista consiguió agacharse lo suficiente como para que el golpe perdiese la mayor parte de su fuerza. Lanzó un izquierdazo al rostro del alienígena, pero el golpe ni siquiera desconcertó a la criatura. Lucharon cuerpo a cuerpo en el pequeño camarote, rebotando contra las paredes, empujándose y forcejeando. Donovan consiguió poner las dos manos alrededor de la garganta de la criatura, pero, a su vez, sintió que las manos del Visitante se aferraban bajo su mentón apretando cuanto pudo la mandíbula contra su pecho, Mike trató de golpear aquellos dedos que le atenazaban, mientras aumentaba su propia presión.

El Visitante abrió ligeramente la boca, y Donovan tuvo sólo un segundo para percatarse de que la boca parecía tener *dos hileras* de dientes, antes de que algo le alcanzara. Una cosa roja y seca

salió de la boca de la criatura, esparciendo gotitas de un ardiente líquido; aquel apéndice tenía más de medio metro de longitud…

La lengua azotó de nuevo, bifurcada, y Mike sintió una terrible repulsión. Recuperó los reflejos y levantó la rodilla, asestando un tremendo golpe, que alcanzó de lleno y con fuerza al extraterrestre.

No consigo hacerle daño.

Esto, más que cualquier otra cosa que hubiese podido ver, le hizo comprender claramente cuán *alienígena* era aquella criatura. Presa de pánico, se aferró locamente a aquellos ojos, intentando cegarlos. Su propia visión comenzaba a tornarse borrosa, a medida que los dedos de su asaltante apretaban con mayor fuerza su garganta, cerca de la tráquea.

Sus dedos se hundieron en el rostro de la cosa. Asombrado, Mike miró los trozos de piel que habían quedado desgarrados en su mano, dejando un jirón negro verdoso y aceitoso.

En el momento en que la cara comenzó a rajarse, la criatura aflojó un poco su presión, dándose a medias la vuelta, como si quisiese ocultar la abertura. Donovan renovó sus esfuerzos, agarrando con más fuerza el trozo desgarrado y tirando de él con ambas manos.

El resto de la cara se descompuso en unas tiras alargadas como de plástico, semejantes a la *mozzarella* de las pizzas. Donovan tenía ante sí una cara reptiliana, con el falso cabello hacia atrás y revelando una cabeza crestada. La cosa le silbó sordamente, mientras la lengua salía y entraba; mientras continuaba forcejeando con aquel ser, Mike se percató de que aquello hablaba en su propio idioma.

No hay que maravillarse de que estos bastardos hablen inglés. No pueden hablar en su propia lengua cuando llevan las máscaras…

Consiguió asestar dos terribles golpes en la cabeza de la criatura, lo cual la hizo tambalearse. Donovan agarró la «Betacam», que se hallaba en el camastro detrás de él y, rogando que fuese tan fuerte como le había dicho Tony, golpeó con ella brutalmente en un lado de la cabeza de la criatura, y luego otra vez más en el rostro. El ser se deslizó y cayó.

Mike no aguardó para ver si volvía a ponerse en pie. Sujetando con fuerza la cámara, atravesó la rejilla sin ni siquiera detenerse a respirar hondo.

Forzando el paso para avanzar lo más de prisa posible, regresó hacia el embarcadero de las lanzaderas, sintiendo que la sangre le corría por el rostro a causa de un corte que tenía encima del ojo. Además, la sustancia que aquel ser le había escupido ardía con intensidad en su niel, pero, afortunadamente, pensó, tocándose la cabeza, al parecer la mayor parte del líquido le había alcanzado el cabello, sin tocarle los ojos.

Se arrastró por la rejilla del embarcadero de las lanzaderas, comprobando que se estaban dando instrucciones para el inmediato despegue de una lanzadera. Varios técnicos Visitantes se hallaban al lado de las puertas de la bodega. Por algún lugar encima de sus cabezas, un sonido pulsante empezó a reverberar a través del embarcadero.

— Emergencia —decía la voz—. Emergencia en el nivel sesenta y tres. Emergencia. Presencia de intrusos en el nivel sesenta y tres.

Las puertas de la bodega comenzaron a alzarse mientras los dos técnicos Visitantes se apresuraban a alejarse.

¡Oh, mierda!, pensó Donovan, al ver cómo, lentamente, se le cerraban las puertas de la libertad.

Uno de los pilotos Visitantes se volvió hacia el otro.

— Estoy harto de estos simulacros. Vayámonos, antes de que nos hagan sentarnos aquí y esperar a que se desarrolle uno de ellos.

Su compañero asintió con la cabeza y ambos treparon al compartimiento del piloto, dejando el atracadero, por lo menos de momento, desierto.

Mike se quedó inmóvil durante un precioso segundo, incapaz de creer en su buena suerte. Luego, echándose hacia delante, corrió en dirección a las puertas de la bodega, que tenían ahora una separación de no más de 75 cm y que continuaban cerrándose. Donovan dio un salto y se hizo un ovillo en el aire, lanzándose hacia delante en un improvisado impulso de salto de longitud.

Al pasar, una de las compuertas le golpeó en el mentón con fuerza paralizadora; luego, una vez dentro, se frotó el mentón y parpadeó para eliminar unas lágrimas, no supo si de dolor o de agradecimiento.

Sintió la familiar elevación de la lanzadera y, apresurándose y arrastrando la pierna, llegó detrás del depósito del cargamento. Se agazapó en la oscuridad, frotándose la mandíbula, respirando hondo, tratando de enlentecer la rápida carrera de la sangre en sus venas. Temblaba violentamente a causa de la sobrecarga de adrenalina…

No emplees eufemismos, Mike —se dijo cínicamente—: *Lo de sobrecarga de adrenalina no es sino una expresión para referirse al mido y estás condenadamente asustado, reconócelo por lo menos…*

— Muy bien, estoy asustado —musitó, apoyando la cabeza contra la frialdad de la «Betacam», que descansaba en sus alzadas rodillas.

¿Oué diablos nos va a suceder? ¿Qué es lo que nos hemos estado buscando?

La lanzadera se inclinó levemente al aterrizar. Empujándose la pierna dolorida, Mike se arrastró hasta las compuertas y miró a través de ellas. Observó que los dos pilotos Visitantes se alejaban de la lanzadera, y luego, cuando la zona quedó desierta, salió, cojeando, del aparato.

Apenas había alcanzado el otro lado del aparcamiento, cuando una forma oscura se alzó de una posición sedente al lado de un vertedero Donovan se tensó, dispuesto a emplear otra vez la «Betacam».

— ¡Mike! —exclamó un aterrado Tony—. ¿Qué diablos te ha sucedido, tío?

Se apresuró a quitar la cámara de los dedos sin fuerza de Donovan.

— ¡Parece como si hubieras visto al diablo!

— Algo así… —admitió Donovan, tambaleándose ligeramente al aliviarse su tensión.

— Estoy muy contento de verte, compañero. Vayamos en seguida a la emisora. Tengo ganas de ver lo que he grabado.

— ¿Qué…?

Mike meneó la cabeza.

— Si te lo cuento, creerás que me he vuelto loco. O que estoy borracho. Apenas puedo creerlo yo mismo. Hemos de conseguir ver esta cinta…

Al entrar en el coche de Tony, Donovan se quedó mirando el reloj digital iluminado que había

en el salpicadero. Luego, emitiendo una apagada exclamación, se fijó en su propio reloj, al mismo tiempo que se enjugaba, entre maldiciones, la sangre que le caía ante los ojos.

— ¿Va bien este trasto? ¡No puede ser!

Leonetti puso el coche en marcha.

— ¿Qué?

— ¿Quieres decir que sólo estuve allí *veinticinco minutos*?

Tony verificó su reloj antes de poner la primera velocidad en el «Toyota».

— Sí… ¿Te ha parecido más tiempo?

Donovan se reclinó en el asiento y exhaló un largo, muy largo suspiro.

— Sí… Una auténtica eternidad…

Extrañamente, se adormeció durante el viaje de veinte minutos hasta la emisora. Cuando Tony detuvo el vehículo en el aparcamiento, se despabiló y se incorporó con una sacudida.

— ¿Qué…?

— Calma, Mike. Ya hemos llegado…

Mientras salía del pequeño coche, Donovan gimió, sintiendo la rigidez de sus golpeados músculos, y un fuerte dolor en la espalda, donde de el Visitante le había golpeado contra el lavabo. Casi agradeció aquel dolor, pues le convencía de que todo aquello no había sido un sueño.

Entraron por la puerta trasera, y fueron directamente hacia el despacho del presidente de la red de televisión. Eran más de las nueve y ya se había marchado a casa, pero el director nocturno se hallaba allí, haciendo los preparativos para el telediario de las once. Dejando a Donovan, Tony se acercó a hablar con aquel hombre, un tipo calvo y de robusta complexión. Mike recordaba haberle visto antes una o dos veces. Sentado cautelosamente en el borde de uno de los escritorios de la sala de noticias, Donovan intentó recordar su nombre.

¿Martini? ¿Gibson? Tenía nombre de bebida… —pensó borrosamente.

Los dolores en el cuello le martirizaban.

Leonetti regresó con el calvo.

— Mike, éste es Paul Madeira. Desea emitir un boletín especial, si tu cinta realmente vale la pena. ¿Quieres llevar a cabo una entrevista en directo para acompañar la información?

Durante todos aquellos años detrás de la cámara, Donovan nunca había sentido *una enfocada sobre él*, excepto aquella vez en que la Prensa se había reunido para seguir su primera visita a la Nave Madre. Vaciló.

— Está bien. Pero no esperéis de mí que lo haga igual que Barbara Walters…

Se dirigieron a una de las salas de proyección más próximas, mientras Tony preparaba la cinta. Donovan se sentó en la penumbra de la sala, con las pulsaciones elevándose a medida que las imágenes empezaban a desarrollarse.

En primer lugar, el atracadero de aterrizaje.

— ¿Qué es eso de «operación vertido»? —quiso saber Madeira.

— Evidentemente, se llevan esos productos químicos de aquí, pero luego los arrojan a la atmósfera —explicó Donovan—. La historia ésa de los productos químicos no es más que una tapadera…

— Pero, ¿por qué lo hacen? ¿Para qué una falsificación tan elaborada? —inquirió Tony.

Mike se encogió de hombros, haciendo un gesto de dolor a causa de su espalda.

— No lo sé, compañero. Pero dudo que se tomen tantas molestias para una visita social.

A continuación venía la escena del conducto en tinieblas.

— Cortad esto cuando hagamos la emisión —sugirió Donovan—. No se ve muy bien y allí no sucedió nada.

A continuación oyeron unas voces distantes. Donovan se tensó cuando volvió a ver la escena entre Diana y Steven. En el momento en que Diana entró en la cámara sujetando el ratón, Donovan tragó audiblemente saliva, percatándose por primera vez de lo que les estaba pasando a las criaturas ante la cámara.

— Atención —les susurró a Madeira y a Leonetti—. Lo que viene a continuación no es apto para cardíacos. Espero que tengáis estómagos fuertes.

— ¿Qué? —preguntó Madeira.

El hombre se inmovilizó al ver a Steven zamparse el ratón.

— ¡Vaya porquería! —exclamó Tony.

Donovan tragó de nuevo saliva.

— Aún no habéis llegado a lo mejor, chicos y chicas…

Observó cómo Diana levantaba el conejillo de Indias, mientras sus mandíbulas se abrían cada vez más.

Luego, casi sin ser consciente de ello, se encontró inclinado al lado del cubo de la basura, vomitando. Tony detuvo la máquina profiriendo un juramento y, a continuación, encendió las luces.

— Mike…

Donovan le alejó con un ademán y prosiguió con las arcadas.

— No os preocupéis… Estoy bien…

Se enderezó, jadeando, y luego se enjuagó la boca con el vaso de agua que Madeira le había tendido.

— Gracias. Me siento como un idiota… Supongo que me encontraré mejor allí, cuando deban oírme.

— Creedme —afirmó Tony—. Casi grité sólo de ver la cinta. ¿Qué *son* esas cosas?

Donovan se quedó mirándolo.

— Ya lo comprenderás… Al menos así lo espero…

— Empieza otra vez. Tony —le pidió Madeira.

Donovan hubiera besado la «Betacam». Aquella fuerte y pequeña cámara, al aterrizar en el camastro, había seguido filmando de lado, pero inclinando la cabeza pudieron ver la mayor parte de la pelea. Uno o dos primeros planos del alienígena, su máscara humana desprendiéndosele por un lado de la cara, todo lo cual hizo jadear a Madeira y a Tony.

Una vez encendidas dé nuevo las luces, los tres se quedaron mirándose.

— Reptiles de alguna clase —indicó Madeira—. Es como una película de ciencia ficción, pero hecha realidad. Esas cosas son realmente muy fuertes, Donovan. Has tenido mucha suerte de no haber recibido heridas más graves.

— Sí —convino Tony.

— Lo que debemos hacer ahora es lanzar al aire ese boletín de noticias —explicó Donovan.

Minutos después, Donovan estaba sentado al lado del presentador de las noticias de las once, escuchando las llamadas que se producían en el estudio.

— ¡Luces! ¡Dadme luces, maldita sea…! *Ahora…*

— Lo estamos preparando todo; en seguida pondremos la sintonía.

— Dan, comprueba tu parte…

— Quiero que les ponga dos micrófonos…

Se presentó una técnica y les proveyó de diminutos micrófonos. Luego se ofreció para poner un poco de antiséptico en el magullado rostro de Donovan, pero éste le hizo ademanes de que se fuese, al ver que el director daba la señal de empezar la emisión.

Mike escuchó una voz fuera de cámara.

Interrumpimos este programa para dar un boletín especial de noticias, desde nuestra redacción de Los Angeles.

La voz de Madeira llegó hasta Donovan.

— Preparada la una… Adelante la una… Ya puedes hablar. Charles.

El presentador que se hallaba al otro extremo de la mesa alzó la mirada.

— Un asombroso suceso acaba de producirse a bordo de la Nave Madre. Esta noche está con nosotros…

— ¡Eh! ¿Qué diablos pasa? —le interrumpió la voz de Madeira—. Aguanta, Chuck… Hemos perdido la conexión…

La ayudante de dirección, una joven negra de largos cabellos, alzó asombrada la vista.

— No estamos en antena.

— *¿Qué?*

Madeira pareció frenético. Las luces del estudio brillaron sobre su calva cabeza.

— Alguien ha desviado nuestra frecuencia. Toda la red de emisoras ha desaparecido del aire…

— También los otros… —gritó el director técnico.

— ¡Acabo de perder Nueva York! —exclamó la mujer en tono desesperanzado.

El monitor empezó a brillar por encima de la cabeza de Mike.

— ¡Algo es algo! —gritó Madeira.

En aquel momento, la pantalla se llenó con el símbolo de los Visitantes.

CAPÍTULO IX

— ¡Maldita sea! —exclamó Donovan, alzando la mirada hacia los monitores de la pared de la sala.

Las pantallas parpadearon y luego se llenaron con los familiares rasgos de Kristine Walsh.

— Aquí Kristine Walsh. El Comandante Supremo de los Visitantes, está aquí para hacer una declaración.

Mike suspiró, desplomándose detrás de la mesa de los programas.

Llegamos tarde…, condenadamente tarde…, y ahora ya no tenemos la menor oportunidad…

No alzó la vista cuando John comenzó a hablar.

— Amigos de todo el mundo. En primer lugar, debo dar las gracias los dirigentes de cada uno de vuestros países que, tan amablemente y en interés de la paz, nos han dado toda clase de facilidades para emitir y, así, evitar la confusión en esta crisis…

Donovan escuchó el rumor de incredulidad e ira creciente, a medida que la sala de emisiones fue reaccionando ante las mentiras del jefe de los Visitantes.

— Me duele decir que ha existido una cuidadosamente coordinada y violenta intentona, por parte de la conspiración de científicos, de hacerse con el control de nuestras instalaciones en muchos lugares clave en todo el mundo.

Los monitores se llenaron de filmaciones de varias refinerías en llamas.

— Estas escenas proceden de Río de Janeiro, Tokio y El Cairo, donde nuestras plantas han sido objeto de furiosos ataques por parte de terroristas y, por lo menos, otros doce lugares han sufrido intentos semejantes de asaltos, aunque han sido total o parcialmente repelidos.

Se vieron ahora ambulancias y sanitarios llevando camillas, contra un telón de fondo de depósitos químicos en llamas y contiendas aisladas. Las víctimas llevaban ropas humanas, así como uniformes de Visitantes. Las palabras de John se superpusieron en las escenas.

— Las pérdidas de vidas han sido grandes, tanto por parte de vuestro pueblo como del nuestro. Además, otros millares han sido heridos, y tememos fundadamente que se produzcan aún más ataques.

La imagen de John llenó de nuevo las pantallas.

— Esta violencia se halla tan extendida y es tan peligrosa, que la mayoría de miembros civiles de vuestros Gobiernos nos han pedido que extendamos la protección hasta ellos…, la cual, naturalmente hemos proporcionado muy gustosos. Se encuentran a salvo a bordo de nuestras naves y cuidaremos muy bien de ellos…

— ¡Estás mintiendo, hijo de perra! —aulló el ayudante del director— Donovan miró a Madeira, que parecía encontrarse en estado de *shock*.

John suspiró, con aspecto pesaroso.

— Lamento también informar que este hombre, una persona en la que habíamos depositado gran confianza…

Apareció una foto en la pantalla, y, con escasa expectación, Mike pudo contemplar su propio rostro.

— Michael Donovan, de los Estados Unidos, ha demostrado ser mayor de los traidores a la paz y al bienestar del mundo. Es uno los dirigentes de la conspiración y responsable de la preparación los violentos ataques llevados a cabo hoy.

— Es una pena que no hayan presentado tu mejor perfil —comentó, una voz asqueada; Donovan bajó la vista y vio a Tony Leonetti acurrucado a su lado.

— Vamos, será mejor que te largues. Éste será el primer sitio que registren.

Donovan siguió a su socio a la sala de vídeo.

— ¿Has tenido posibilidad de hacer una copia de mi cinta?

— Podríamos hacerlo ahora. Tío, estamos ante un problema…

— No hace falta que me lo digas —replicó Donovan amargamente, mientras escuchaba las últimas palabras de la declaración de John.

— Cualquier persona que facilite información conducente a la captura de Donovan, será generosamente recompensada por la Asamblea General de las Naciones Unidas y por el Gobierno de los Estados Unidos.

»Si ven a ese hombre, no intenten, repito, no intenten detenerle o hablar con él. Está armado y es peligroso.

— *¿Qué?*

Donovan se volvió hacia Leonetti. Nunca había pensado que pudiesen llegar tan lejos. Era algo que parecía sacado directamente de la Edad Media.

Un grito estalló en el plato del telediario y, luego, el lugar pareció entrar en erupción con los sonidos de botas, al tiempo que se producían extraños y pulsantes sonidos.

— ¡Ya están aquí, Mike! —gritó Tony.

La cerrada puerta se desplomó hacia dentro y, más allá de la misma, Donovan vio a los Visitantes, que llevaban extraños cascos protectores y pesadas armas. Se dirigió a abrir la otra puerta, en el momento en que Tony le tiraba su cinta.

— Toma…

Leonetti volcó una hilera de componentes de los vídeos al paso de los Visitantes, cortando de forma efectiva su propia vía de escape. Donovan no tenía la menor elección: o huía o sería abatido allí mismo.

Echó el cerrojo de la puerta y se precipitó por el pasillo, golpeó la salida de incendios con los hombros y, acompañado por el alarido de la alarma, se precipitó en la noche. El pasamanos de la escalera le golpeó en la cintura e, incapaz de detenerse, trepó por encima de la misma y se dejó caer en el aparcamiento. No había mucha altura, apenas metro y medio, pero Donovan cayó mal, quedándose sin respiración.

A pesar de todo, aquella caída le salvó la vida. Casi antes de que tocase el suelo, una descarga de energía cortó el aire por encima de la barandilla de forma parecida a un látigo, levantando un intenso olor a ozono. Poniéndose en pie, Donovan se metió la preciosa cinta en el bolsillo de la chaqueta y corrió por la avenida hacia donde veía que se hallaba el aparcamiento.

Dobló una esquina, chocando de frente con otro hombre de uniforme, esta vez un patrullero californiano de autopistas. El policía se inclinó hacia atrás, y luego, al ver el rostro de Donovan, se echó la mano al arma. El pie de Mike salió disparado y el policía perdió su pistola.

Presa de pánico ante esta nueva prueba de que su propia gente creía en las patrañas de los Visitantes, y que le tratarían como a un criminal, Donovan echó a correr hacia el extremo más alejado de la avenida. Horrorizado, se percató de que había perdido el sentido de la orientación, pues en lugar de encontrar el aparcamiento, allí no había otra cosa que un alto muro.

Escuchaba detrás de él el batir de pisadas de botas, y luego, aquel extraño zumbido, cuando los soldados de choque extraterrestres dispararon sus armas. Percatándose de que no tenía la menor elección, Donovan alargó la zancada y, cuando se encontraba a poco más de un metro de la pared, se lanzó contra ella saltando, con los brazos por encima de la cabeza. Sus inseguros dedos se cerraron en la parte superior del muro, y se quedó colgando allí, con los pies pateando salvajemente, tratando de conseguir un punto de apoyo que le permitiese trepar por la pared…

Un rayo zumbó en el muro a su lado, y Donovan sintió un súbito calor en el glúteo derecho. Aquel estallido provocó en él el mismo efecto que un latigazo a un caballo recalcitrante. Mike se alzó, consiguiendo que una pierna se balanceara y coronase el muro. Titubeó sólo un segundo; luego, otra descarga zumbó justo por encima de su cabeza, y el periodista saltó hacia delante, cayendo en la oscuridad.

Daniel Bernstein se levantó excitado cuando el jefe Visitante, John, describió el violento atentado que había tenido lugar en las plantas químicas.

— Me pregunto si alcanzarán también a «Richland» —murmuró Stanley Bernstein.

Abraham se hallaba sentado al otro lado de la habitación, muy rígido, moviendo sólo los ojos.

— ¡Oh, Dios mío, Stanley…! —gimoteó Lynn—. ¡Fíjate en todos esos heridos! ¿Qué nos va a suceder?

— Nada, cariño, nada…

Bernstein dio unos cariñosos y alentadores golpecitos en los hombros de su esposa.

— ¡Silencio, papá! —Daniel se había vuelto—. ¡Esto es importante!

John acababa de describir la caza de que iba a ser objeto el periodista Michael Donovan. Los labios de Daniel se curvaron al ver la foto.

¿Después de todo lo que estos tipos están haciendo por nosotros, ese hijo de perra trata de joderlo todo? Será mejor que no se cruce en mi camino…

John sonrió tranquilizadoramente desde la pantalla, y Daniel le volvió la sonrisa automáticamente. John parecía conseguirlo todo. Sus jefes nacionales han sugerido que una declaración de ley marcial sería lo más apropiado en estas circunstancias, y nosotros no hemos mostrado de acuerdo. A nivel local, la Policía comenzará a actuar junto a nuestras patrullas; también hemos solicitado la ayuda, en todas partes, de las unidades de «Amigos de los Visitantes»…

— *¡Eso es!*

Daniel se puso en pie, cuadró los hombros y se dio unos toquecitos en el uniforme para alisarlo.

— Anticipamos que esta crisis pasará relativamente pronto. Mientras tanto, amigos míos, yo y mis compañeros Visitantes haremos todo lo que podamos para superar este mal trago y ayudarles a conservar el control. Habrá más declaraciones ulteriores, con reglas específicas que deberán

observarse durante la crisis.

La pantalla del televisor se oscureció. Daniel se puso en pie.

— ¡Vamos, mamá y papá! Ya habéis oído al Comandante Supremo…

Se fue, mientras oía cómo su madre decía detrás de él:

— ¡Oh, Dios mío, Stanley!…

Luego buscó una manifestación tranquilizadora por parte del padre:

— Esto pasará… Ya has oído lo que ha dicho John… ¿No es así, papá?

Pero Abraham no respondió.

CAPITULO X

Mike Donovan estaba tendido de bruces sobre la falda de una colina, dirigiendo el teleobjetivo de su cámara réflex de 35 mm hacia lo que había allá abajo: la Base Davis de la Fuerza Aérea, el Cuartel General del Mando Estratégico del Aire para California del Sur. Consiguió varias instantáneas de los centinelas Visitantes, que patrullaban por las entradas y perímetros de la base. De repente, un chorro de polvo se alzó a la distancia, y Donovan enfocó una larga limusina negra que se aproximaba.

Cuando el coche estuvo más cerca, vio que iban en él varios militares de alta graduación y que —entornó los ojos para distinguir— era conducido por un capitán.

Giró otra vez la cámara, enfocando de nuevo la base y se percató de algo interesante: los soldados de choque Visitantes, desparramados, avanzaron con rapidez por el interior del edificio y, de repente, aparecieron varios policías militares de uniforme que tomaban posiciones e la puerta de entrada. Donovan observó de nuevo la limusina, frunciendo, impotente, el ceño. La puerta estaba demasiado lejos de los del coche como para que pudiesen ver lo que sucedía.

El «Lincoln» se detuvo ante la puerta y salió el teniente coronel, haciendo ademanes dirigidos al interior del coche. Mike volvió a mirar con atención al hombre de edad que se hallaba dentro. Era un general.

Siguió observando y se sintió mal. Los centinelas quedaron desvalidos cuando los soldados Visitantes abandonaron el edificio, con sus pesadas armas preparadas. Ordenaron salir a todos los del coche y cuando el teniente coronel hizo un movimiento para sacar su arma, dispararon contra él sin vacilar lo más mínimo. El general, el coronel y el capitán fueron alejados de allí bajo vigilancia, mientras los PM, al mando de un soldado Visitante, recogían el cadáver del teniente coronel y se lo llevaban.

Donovan grabó todo el incidente en película, preguntándose, como lo había hecho muchas veces durante las dos semanas anteriores, si alguien vería todo cuanto iba recogiendo acerca de la ocupación de los Visitantes. Cambió la película, guardándose la ya impresionada en la seguridad de su chaqueta. Sus bolsillos estaban casi repletos con los carretes de película de vídeo: debía conseguir copias de las cintas y revelar pronto los carretes, pero no estaba muy seguro de cómo lo lograría. Se pasó la mano por su barba de una semana… Aún no era lo suficientemente larga como para desfigurarle las facciones.

Deseó que la barba le creciese más de prisa, o no haberse esforzado tanto, durante la primera semana, en afeitarse cada día. No había sido fácil. Había tenido que dormir en pensiones de mala muerte, en cines con sesión nocturna, una noche en un hogar para la juventud. Se dejó rodar de espaldas, permitiendo que el sol jugase con sus ahora sutiles rasgos, agradeciendo su calor. Llevaba sólo quince dólares consigo la noche de su correría en la Nave Madre, y el dinero se le había acabado en seguida. Durante los dos últimos días se había alimentado en las misiones y del auxilio social, y eso cuando había conseguido comer. Sospechaba que su raciocinio estaba un poco difuso a causa del hambre.

Cuatro días antes había ganado diez dólares trabajando para una mujer que vivía cerca de

Eleanor. Arrugó la nariz. La única tarea que había podido ofrecerle era la de limpiar los establos situados en el patio trasero. La había aceptado, pero ahora debía lavar pronto sus prendas. De todos modos, siempre encontraría alguna lavandería con máquinas que funcionaban a base de monedas; por otra parte, sólo disponía de la ropa que llevaba puesta… Se imaginó desnudo, sentado en un banco de madera, observando cómo su ropa daba vueltas, y no pudo contener la risa. Pero aquella risa tenía un tono desesperado.

Se preguntó, tontamente, si Tony Leonetti habría conseguido escapar. No había visto a ninguna persona conocida, pero tendría que intentar establecer algún contacto. No podría permanecer así durante mucho tiempo.

Se rascó el mentón y luego sintió algo que le picaba en el muslo. Ya sabía lo que eran las picaduras de pulgas; lo supo cuando fue capturado e internado una corta temporada en Laos, pero apenas se había percatado de ellas entonces: las pulgas no eran nada comparadas con la disentería, los piojos y la tortura. Sin embargo, ahora aquellas cabronas le estaban enloqueciendo.

Debía correr el riesgo de telefonear a Tony. No había escuchado últimamente ningún informe que no fuese de Kristine —no creía que ninguna red de televisión emitiese informativos—, pero la situación era terrible, y cada día empeoraba más. Soldados Visitantes se hallaban estacionados en casi todas las esquinas de las calles. Otros pasaban el tiempo, junto con los «Amigos de los Visitantes», pegando carteles de propaganda en los que se mostraba a los Visitantes abrazando a ancianos o llevando bebés en los hombros. Los precios habían subido astronómicamente, y el toque de queda estaba aún en vigor. Donovan había entreoído en las pensiones ciertas habladurías respecto a que las fuerzas policiales actuaban sólo según órdenes escritas del alcalde, y a éste hacía ya más de una semana que no se le veía. Donovan se preguntó qué mano habría usado el alcalde para escribir aquellas órdenes, en las que se ordenaba a la Policía cooperar de cualquier forma con los soldados Visitantes…

Débilmente, se puso en pie, guardando la cámara en una arrugada bolsa de plástico, de compras. La cámara representaba su única esperanza de conseguir ayuda: había penetrado en la casa de Eleanor una noche, mientras ella y Arthur se encontraban hablando en la sala de estar con Steven. Había conseguido la cámara allí la noche en que la planta «Richland» había comenzado a fabricar los productos químicos «sustentadores de la vida» de los Visitantes. La cámara y algunos rollos de película —ahora ya usados— fueron todo cuanto tuvo la oportunidad de llevarse.

Arthur, al oír un ruido en la parte trasera, se presentó en el momento en que Mike poma una pierna en el alféizar del cuarto de huéspedes y estaba ya saliendo. El marido de Eleanor se había quedado en el umbral, con su mirada fija en la de Donovan, durante unos segundos que parecieron interminables. Luego, Donovan se forzó a moverse, esperando que de un momento a otro se produjese el grito que haría acudir a Steven y a los otros Visitantes. Pero el hombre no dio la alarma.

Con un suspiro, Donovan comenzó la larga caminata de regreso a la autopista principal. Si tenía suerte —y debía admitir que, pulgas aparte, hasta ahora había tenido una suerte increíble, puesto que se hallaba libre y sano—, podría regresar a Los Angeles haciendo autoestop avanzada la tarde. Luego intentaría conseguir unos cuantos dólares y quizá por la noche se arriesgaría a llamar a Tony…

Haciendo planes para pasar otra noche como fugitivo —planes que se habían convertido en su segunda naturaleza desde que andaba errante— Mike Donovan continuó su camino.

Apretando los labios, Juliet Parrish dobló una blusa y la tiró en la maleta abierta depositada sobre la cama. Dennis estaba sentado al otro lado de la habitación, lejos de ella, rehuyendo su mirada.

— ¿Te quedarás con tus compañeros en Manhattan?

La mujer tragó saliva, manteniendo firme la voz, con un esfuerzo que la hería.

— No, no puedo contar con ellos. Ahora es necesario un permiso especial para los viajes a larga distancia, y nadie en el mundo de la ciencia puede conseguir una cosa así. Será más prudente no pedirlo.

Cogió mecánicamente el cepillo del pelo y lo metió en la maleta.

— Además, tal vez sea mejor que no sepas adonde voy. Ya recoger el resto de mis cosas… No sé… cuando me sea posible.

La mujer respiró hondo y expelió el aire por la boca con lentitud, pero sin permitir que Dennis notase sus esfuerzos.

Dennis cogió una bolsa de tabletas «Hershey» —a Juliet le gustaba mucho el chocolate, era una de las primeras cosas que había descubierto cuando ella se había trasladado allí— y se la tendió.

— Toma, llévate esto… Yo no me lo comeré y, según dicen, es muy difícil encontrar cosas en las tiendas.

Casi a ciegas, tomó la bolsa de plástico, procurando no tocar los dedos del hombre. Él se trasladó hasta la cama, aunque siguió sin mirarla a los ojos.

— Creo que te pasas…

La mujer negó con la cabeza, mientras doblaba una falda.

— No, no quiero que pierdas más cosas por mi culpa.

— Pero, Juliet, no lo sabemos con seguridad.

La mujer se inmovilizó, conteniendo los sollozos y mirando directamente los morenos y bien parecidos rasgos del hombre.

— No, esto es lo realmente malo del asunto. ¡Son siempre tan condenadamente corteses!

Dejó caer la falda en la maleta sin mirarla siquiera.

— Pero lo sabemos, ¿no es así? Lo sabemos…

Él no respondió y, al cabo de un momento, Juliet se dio cuenta de que aguardaba la contestación de Dennis. Meneó la cabeza y se acercó para sacar su chaqueta del armario. Sin tratar de cambiar de tema, le informó de lo que había sucedido aquella mañana.

— Se trata de otra bioquímica… Phyllis, ¿te acuerdas de ella? Pues bien, hoy tampoco se ha presentado. Y nadie ha vuelto a saber más de ella. Igual que Ruth y los otros. En la Facultad de Medicina, las clases se han suspendido hasta la «resolución de la crisis actual». Ya que debo irme, lo mejor será que lo haga ahora.

— Tal vez Phyllis también se haya marchado —replicó Dennis, sin levantar la mirada.

Juliet observó su inclinada cabeza, resistiendo las ansias de tocar una vez más aquel sedoso cabello…

Se sentía absurdamente protectora hacia él, a causa de su ceguera.

— Dennis… ¿No has pensado que tal vez ella, y Ruth, hayan sido eliminadas?

Dennis se sintió incómodo, pero siguió porfiando.

— ¡Puede que sólo sean rumores, Julie!

Ella logró cerrar la maleta.

— ¿No te lo crees? ¿Debo quedarme?

Los segundos se arrastraron y luego escuchó su voz, tan baja, que hubo de esforzarse para entender sus palabras.

— Creo… que deberías hacer… cualquier cosa que te haga feliz…

Su voz se extinguió.

— No, Den —replicó, levantando la maleta—. A veces no puedes realizar las cosas que te harían feliz. A veces…

Se mordió los labios.

— A veces tienes que hacer cosas que te hacen desgraciada, pero que *debes* hacer.

Se volvió y, al hacerlo, la maleta le golpeó en las piernas, enfundadas en unos tejanos.

— Hasta pronto, Dennis —musitó.

Y salió.

Daniel Bernstein limpiaba con orgullo su arma Visitante y luego, tras tomarse una copa de borgoña, inspeccionó los resultados. La botella, medio llena, se encontraba a su lado en la alfombra. Alzó la mirada con interés cuando su padre conectó el televisor y la voz de Kristine Walsh llenó el cuarto.

— …y hoy se han producido unos incidentes menos violentos. Parece que en todas partes la gente empieza a presentarse ante las autoridades, si sospechan que alguien está involucrado en la conspiración. Esas tempranas advertencias pueden salvar innumerables vidas, y el Comandante Supremo encarece…

— ¡Maldita sea!

Encolerizado, Stanley apagó el aparato.

— Estoy cansado de su rostro y de oír sólo una versión de lo que sucede…

Daniel no entendía por qué su padre estaba tan alterado. Con cuidado, enfundó el arma y se sirvió un poco más de vino.

— La verdad es la verdad, ¿no crees?

— Entonces, ¿por qué no permiten contarla a los demás?

Stanley se quedó mirando, con cierta incredulidad, el nivel del vino en la botella.

— ¿No te parece que ya tienes bastante, Daniel?

Daniel observó la botella, como si esperase que respondiera por él.

— No —dijo al fin.

— Pues yo creo que sí.

Con gesto rápido, su padre alargó la mano y apartó de Daniel la botella y la copa. Su hijo lo miró hoscamente.

— Pero, Stanley, aún quedan los periódicos —intervino conciliadora Lynn Bernstein.

Bernstein padre miró con disgusto a su mujer.

— Sí. Es exactamente lo que *ella* dice, a veces palabra por palabra. Y no sólo eso… Es todo… Mira esas facturas… —Agarró un montón de facturas con las que Lynn estaba trabajando—. ¡Está subiendo el precio de todo! No podemos hacer una llamada telefónica a larga distancia sin un permiso, y cuando lo consigues, no puedes poner la conferencia…

Empezó a pasear de un lado a otro enfurruñado, ignorando a Daniel, que le observaba con interés.

— Y ya no estamos seguros ni siquiera en nuestro bloque de casas… Papá me contó que la hija de Maxwell, Polly, recibió una paliza en la escuela cuando su proyecto ganó el premio en ciencias. Eso es una locura… Y anoche, cuando pasó la furgoneta de los borrachos, éstos, aullando, le destrozaron una ventana con un ladrillo. Papá me contó que Kathleen había dicho que estaba mortalmente asustada. ¡Qué locura…! Eso es lo que es…

— Pero, Stanley, ya sabes que Robert es… —interrumpió la frase en son de disculpa.

— ¿Un científico? ¿Es eso lo que ibas a decir? Y bien, ¿qué pasa si lo es? Hemos vivido enfrente de ellos durante diez años, y seguro que nunca has conocido a un tipo tan estupendo. Es ridícula la idea de que Bob esté implicado en una conspiración… Todo este asunto es cosa de locos…

Stanley detuvo su paseo y respiró hondo.

— Siempre has dicho que esto pasaría.

Lynn se le quedó mirando con el ceño fruncido, observándole por encima de sus gafas de leer.

— Sí —suspiró Stanley—. Pues será mejor apresurar la cosa y pasar por ella antes de que nos hundamos. Quiero que todo vuelva a ser como siempre.

Lynn lanzó una ojeada a su alrededor.

— ¿Dónde está Daniel?

Bernstein hizo una mueca.

— No estará buscando un empleo, eso seguro…

Su mujer bajó la voz.

— Stanley, habrás de tener más cuidado con lo que dices delante de él.

— *¡Qué!* ¿En mi propia casa?

— Pero él vive también aquí. Y ya sabes que colabora plenamente con… ellos…

Stanley hizo un ademán impaciente, aunque conciliador.

— Muy bien, muy bien… Lo sé. Pero no debería tener derecho a…

Lynn observó cómo brillaba su anillo de bodas. Su voz resultó suave al interrumpirle:

— He oído cosas…

— Rumores, querrás decir.

— Cosas, Stanley… Que un miembro de su grupo había…

Dio vueltas al anillo.

— ¿Qué había hecho? ¿Informar, quieres decir?

La mujer asintió.

— Sobre sus propios padres. Y luego desaparecieron.

Bernstein se frotó con fuerza el cuello, y luego se dejó caer en un sillón al lado de ella.

— Está bien, Lynn. No acabo de creer que *Daniel*…

Ella se estremeció.

— Yo tampoco lo creo, pero…

— ¿Te refieres a que tal vez nos haya denunciado…?

Trató de hablar con desenvoltura, pero incluso a sus propios oídos las palabras sonaron poco convincentes.

— *No somos* científicos, y no es probable que diga algo que…

Frunció el ceño, intentando recordar exactamente lo que *había* dicho. De pronto, se le secó la boca.

— Te has mostrado muy crítico. Acerca de ella…, de Kristine Walsh. Y de ellos. De los periódicos. Y también de él.

— Conforme, pero no creo que tenga que beber tanto. Parece como si cada vez que miro por ahí, el licor desaparezca más de prisa de lo que lo compro… Y con esos precios…

— Pero eso no es todo lo que has dicho.

— Lo único que he dicho es que ya estoy cansado de oír…

— Lo que has contado de una versión de las noticias. La de *ellos*…

— Sí, quería decir… que sólo escuchábamos una opinión. No, me refería a que…

Su voz se apagó y sus ojos erraron por aquella confortable estancia, como si fuese un lugar desconocido para él.

— ¿Crees que se habrá puesto en contacto con ellos?

Ambos se quedaron mirando el teléfono. En la casa había tres extensiones —una en el cuarto de Abraham, en la puerta de al lado, que hubieran oído si la hubiese usado—, pero las otras dos se encontraban en la cocina y en su dormitorio. En el otro lado de la casa. Bernstein trató de pensar, de calmarse. Cuando se hallaba en pleno esfuerzo, Daniel regresó a la sala de estar.

Lynn habló, en un patético intento de volver a la normalidad.

— Denny, querido, ¿dónde has estado?

Daniel se sentó en el sofá con el periódico, sin levantar la vista.

— En el cuarto de baño.

Stanley se volvió a su mujer y movió los labios exageradamente pronunciando apenas las palabras.

— ¿Crees que miente?

La mujer miró durante un segundo a Daniel, luego a su marido y al final se encogió de hombros.

Bernstein se retrepó en el sillón, procurando alejar de sí el miedo.

Es algo terrible. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué me está sucediendo…?

Robin Maxwell caminaba despacio por la calle, con los brazos repletos de libros. Por lo general, sólo hacía sus deberes en casa para impedir que sus padres la reprendiesen, pero por la forma en que las cosas se estaban desarrollando, hasta sus libros de texto eran más amistosos con ella que la escuela y el barrio.

El único muchacho que conocía, y que no la trataba como si ella tuviese la peste o algo

parecido, era Daniel. La boquita de Robin se estrechó: estaba furiosa con Daniel Bernstein. Éste había mencionado, delante de Brian, que el padre de Robin era antropólogo. Hacía ya varias semanas que no veía a Brian.

Robin se echó hacia atrás su negro pelo, y sus ojos color índigo aparecían agitados.

¡Maldita seas, Daniel Bernstein…! Aquel pelotillero debía de haber pensado que si alejaba a Brian de ella, Robin no podría volverse hacia otra persona que no fuese *él*. Pues bien, le haría reflexionar sobre todo aquel asunto, para estar seguro…

De no haber sido por la ausencia de Brian, Robin se habría sentido peor respecto a la situación en la escuela: pero incluso el dolor de ver cómo los chicos que había conocido de toda la vida la trataban como basura, no era nada ante el pesar que sentía cuando se acordaba de Brian. Sueños sobre aquel guapo Visitante atormentaban sus noches, y le rondaban por la cabeza todo el día. Cada vez que miraba hacia la gran Nave Madre suspendida en el cielo —y no se podía ir a ningún sitio desde donde no se le viese—, Robin pensaba en él.

Robin se hallaba tan profundamente absorta en sus visiones, Que apenas parecía estar en su casa. La voz de su padre la hacía salir de su soñar despierta, en el que Brian estaba en todas partes, rodeándola con sus brazos, sonriéndole: «¡Robin, vayamos al coche!»

Alzó la mirada y vio la rubia de la familia cargada con ropas, material de acampada y objetos de valor. Su padre arrastraba en aquel momento un gran fardo para colocarlo en la baca del vehículo.

— ¿Qué? —exclamó Robin, ausente—, ¿Dónde vamos, papá?

— A la cabaña del monte, cariño.

Maxwell dio el último estirón a los nudos y luego se buscó las llaves en la chaqueta. Robin miró más allá de él, al agujero cubierto con cartones que había sido su mirador.

— ¿Para pasar el fin de semana? —preguntó Robin, sabiendo que la respuesta sería negativa.

— Tal vez, cariño. Pero, probablemente, nos quedaremos allí durante algún tiempo. Tu mamá y yo te hemos hecho la maleta. Ya puedes subir, a menos que quieras darte un rápido baño.

— No —respondió Robin, sintiéndose ligeramente conmovida por dentro.

Si nos vamos, no volveré a verle más. Me moriré.

Dio unos cuantos pasos hacia el coche, pero luego, de repente, balbució:

— Pero yo no quiero ir a las montañas. ¡Por favor, papá! Aborrezco aquella cabaña. Es tan *aburrida…*

Los labios de su padre se convirtieron en una delgada línea, y Robin dio involuntariamente un paso atrás. Pero la voz de Robert careció de inflexiones:

— Entra en el coche, Robin.

Su madre abrió la portezuela del vehículo y lo desaparcó; sus verdes ojos mostraban una expresión amable, pero resuelta.

— Por favor, Robin, trata de comprenderlo. Están sucediendo muchas cosas. Un científico que trabajaba con tu padre ha sido detenido esta mañana, acusado de conspiración.

Polly sacó la cabeza por la ventanilla.

— ¡Creo que deberíamos quedarnos y luchar, papá! ¡No has hecho nada malo!

Kathleen se mordió los labios en silenciosa angustia, mirando hacia su hogar, pero luego alzó

el mentón.

— No es tan sencillo, Polly.

— ¡Pero papá no es ningún conspirador! —gimió Robin—. Son esos otros…

Robert la fulminó con la mirada.

— Ellos tampoco lo son, Robin. Entra en el coche.

— ¡Pero todos mis amigos están *aquí*!

— Sí…

La voz de Polly reflejó sarcasmo.

— Especialmente, el que lleva uniforme rojo…

Robin se volvió hacia su hermana.

— ¡Cállate, Polly!

Luego se dirigió de nuevo a su padre:

Por favor, papá. Me podría quedar con Karen y su…

— *Robin…*

La muchacha no había visto nunca a su padre así.

— *Ahora mismo…*

Robin apretó impotente los puños contra sus libros de texto, mientras daba la vuelta al coche y abría con fuerza la portezuela. Subió al vehículo, ignorando tanto a Polly —que le sacó la lengua — como a su hermana mayor, y a Katie, que deseaba «sentarse en el regazo de su hermanita».

Robert giró la llave de encendido y puso la marcha atrás. Su tensión quedó reflejada en el rechinar de los neumáticos mientras aceleraba el motor. Kathleen reconoció a una figura que les observaba desde el otro lado de la calle, inclinado sobre un rastrillo, y saludó tristemente. El hombre le devolvió el saludo. Robert miró hacia su mujer.

— ¿Quién es?

— Sancho Gómez. Se presentó hará unos dos meses buscando trabajos de jardinería, y le contraté dos horas a la semana, los viernes. Trabaja para un par de familias en esta misma calle… Ha realizado una buena labor con las rosas… Robert frunció el ceño.

— Ahora me entero de que nuestras rosas necesitan cuidados.

— Fue cosa… de ellos…

Kathleen se apartó distraídamente el cabello.

— Sancho me contó hace un par de semanas que ya no podría quedarse más…, que sus otros clientes, entre ellos Eleanor Dupres, le habían dicho que si seguía trabajando para nosotros, ya no podría realizarlo para nadie más… ¿Y qué podía hacer? Ese tipo tiene mujer e hijos…

Maxwell asintió, envarado. Condujo en silencio durante unos veinte minutos, hasta llegar a las afueras de Los Angeles y ascendió por una pequeña loma. De repente, Polly señaló:

— ¡Mira, papá! Un control de carreteras…

Kathleen emitió un leve sonido, mientras miraba hacia la carretera, donde un vehículo de la patrulla de Visitantes había aterrizado en la autopista, bloqueando todos los carriles menos uno. Se veía una cola de automovilistas, parachoque contra parachoque. Dos coches blancos y negros de la Policía se hallaban a un lado de la carretera, con sus luces destellando, rojo-azul-rojo-azul-rojo… Un Visitante con casco de las tropas de choque estaba de pie ante el morro del vehículo de

patrulla, con el cañón de su fusil levantado. Su casco se movió de un lado hacia otro mientras observaba a los agentes del Departamento de Policía de Los Angeles verificar los coches, de dos en dos.

Los dedos de Maxwell se envararon en el volante, y no se atrevió a mirar a su familia, temeroso de que viesen el miedo que reflejaban sus ojos. Sin decir una palabra, hizo girar la rubia, fuera de la calzada, puso el intermitente y luego, mientras los coches que llegaban iban finando, giró salvajemente el volante, efectuando un cambio de sentido.

No pueden haber bloqueado todas las carreteras —se dijo, para contrarrestar su creciente pánico—. *Nos quedan las secundarias…*

Diez minutos después se detuvieron al lado de la carretera, contemplando, consternados, otro control de carreteras ante ellos.

— ¡Otro! —exclamó rígidamente Kathleen.

— Papá, ¿por qué no te limitas a pasar? —le preguntó Robin—. No hemos hecho nada…

Polly dirigió a su hermana una fulminante mirada.

— Robin, verdaderamente eres una *estúpida…* ¿Es de nacimiento, o se debe al estudio?

Robin se quedó alicaída, mirando a su hermana; luego se encendió de ira.

— Dios mío, Polly, ¿cómo puedes ser tan *rematadamente…*?

— Cállate… —ordenó Robert, sin alzar la voz—. Tengo que pensar…

— ¿Por qué quieren que nos quedemos en la ciudad, mamá? —inquirió Polly.

— Porque así les será más fácil encontrarnos —contestó Kathleen.

— ¿Y para qué quieren encontrarnos…, a gente como nosotros?

— No lo sabemos, Polly…

Kathleen dirigió a Robert una rápida y temerosa mirada.

Unos gritos rompieron el silencio, y observaron cómo un hombre saltaba desde la parte posterior de uno de los coches parados ante la barrera, y echaba a correr frenéticamente por la carretera, delante de ellos. Horrorizados, vieron cómo el soldado Visitante apuntaba hacia la espalda del hombre y luego disparaba. Una pulsación sónica llenó el aire con un breve destello eléctrico de color azul, y luego se hizo perceptible el olor a ozono. El hombre dio unos pasos vacilantes y, a continuación, se derrumbó contra la portezuela del coche de Robert, con el angustiado rostro oprimiéndose durante un momento contra el cristal; luego cayó inerte en la carretera, dejando un rastro de saliva y de mocos en la ventanilla.

Los Maxwell quedaron paralizados, incapaces de moverse o pensar, mientras el soldado de choque Visitante y los dos policías corrían hacia el hombre caído. El Visitante llegó ti primero. Sin mirar siquiera a los aterrorizados Maxwell, empujó brutalmente el rostro del hombre contra la calzada. El primer policía apareció con las esposas. Oyeron al hombre gimotear mientras le esposaban los brazos por detrás, torciéndole la espalda, allí donde una quemadura negra delataba el impacto del arma alienígena.

Mareado, Maxwell reconoció aquella negrura grasienta de la ropa y la carne achicharradas, y comprendió, con terrible certidumbre, lo que le había sucedido a Arch Quinton. El otro agente de Policía se acercó y se quedó mirando al hombre herido con inexpresividad en el rostro; pero en sus ojos brillaba algo, que podía ser piedad.

— ¿Otro científico? —preguntó.

— No —respondió el agente de las esposas—. Estaba tratando de ayudar a alguien para saltarse el control de carreteras. Y eso, según mis instrucciones, les equipara a ellos. ¡De pie, bastardo!

Arrastró brutalmente al ahora gimoteante hombre.

— Tómatelo con calma, Bob —le reprendió el primer agente—. Estoy herido.

— Es culpa suya, Randy. Quería infringir las nuevas leyes, y debe apechugar con las consecuencias.

Randy echó un rápido vistazo al soldado Visitante, que se había puesto en marcha hacia el coche patrulla, asegurándose así de que el alienígena no podría oírle.

— ¡Vamos, Bob! ¡Esto es diferente!

— En absoluto…

El hombre fulminó con la mirada a su compañero.

— Un malhechor es siempre un malhechor, no lo olvides. No existe la menor diferencia, excepto los tipos que dan las órdenes.

Sin volverse otra vez para mirar, arrastró a aquel hombre, apenas consciente, sacándolo de allí. El agente llamado Randy se lo quedó mirando, para dirigir luego la vista hacia los Maxwell, obviamente turbado.

— ¿Y ustedes, van a seguir por la carretera? —preguntó, indicando las barreras.

— Hum… No… —respondió Robert, pensando aprisa, con un remedo de sonrisa en el rostro —. Imagínese que… mi mujercita ha olvidado la lista de la compra… ¿Puede creérselo? Tendremos que volver a buscarla.

Con el corazón amenazando salírsele del pecho, puso marcha atrás.

El agente se lo quedó mirando durante un segundo, y luego asintió tristemente.

— Sí, muy bien… Con los precios actuales, no se puede comprar sin una lista, desde luego…

Miró de nuevo al control de carreteras y después a los Maxwell.

— Será mejor que tengan cuidado…

Robert hizo retroceder el coche y luego le dio la vuelta, emprendiendo el regreso a la ciudad. Kathleen emitió una ahogada e histérica risa.

— ¡Mujercita! ¡Oh, Dios mío, Bob, qué…!

— ¡No empieces, Kathy! ¡Todos estamos haciendo lo mismo…!

Maxwell tragó saliva.

— ¿Dónde vamos a ir? ¿Quién nos ayudará? —gimoteó Robin.

Maxwell sintió unas ganas enormes de darle un azote o una bofetada, pero se contuvo.

No es culpa suya… Todo esto está más allá de su experiencia, y también de la nuestra —pensó.

— No lo sé, cariño —le contestó con tanta dulzura como le fue posible.

De repente, Kathleen se enderezó a su lado.

— Pues yo sí… Volvamos a casa, Robert.

Éste la miró con cierta curiosidad, pero obedeció, poniendo el intermitente y situando otra vez el coche en posición para tomar la salida de la carretera que llevaba hacia la casa que, hasta

aquella mañana, había sido su hogar.

CAPÍTULO XI

Juliet Parrish miró con cuidado a través de una rendija en la persiana. A unas cuantas manzanas de distancia aulló una sirena de la Policía, pero mientras Juliet escuchaba y observaba, el sonido comenzó a disminuir. Dejó caer la tablilla de la persiana con un suspiro de alivio.

— Parece ser que todo va bien.

Las demás personas que se encontraban en la tintorería se relajaron, asimismo, perceptiblemente. Ben Taylor, sentado al lado de una máquina de planchar de vapor, hizo un exagerado ademán de secarse la frente, provocando algunas tímidas sonrisas. Luego, poniéndose serio, comenzó a hablar:

— Bien… Ya sabemos lo que está ocurriendo: censura, eliminación de la verdad… Los Estados Unidos se hallan regidos por una dictadura totalitaria y están bajo la ley marcial. Al parecer, los militares están arrestados, o bien les han hecho desaparecer…

— Hablando de paranoia —le interrumpió una mujer de cuarenta y tantos años, de pelo negro —, todos los científicos que conozco están mortalmente asustados… Y con razón…

— Sí, siguen desapareciendo —replicó Brad, un joven agente de Policía de rizado cabello castaño y mirada preocupada—. Al igual que mi compañero, y todos los demás polis que no han querido seguir sus «requerimientos»… Así es como lo denominan… Parece un chiste, ¿verdad?

Nadie se rió. La mujer de pelo negro —Juliet no podía recordar su nombre— se retorció las manos.

— Ayer se llevaron a otra familia de mi edificio. Él era médico…

Ben Taylor miró a Juliet.

— ¿Por qué crees que se han tomado tan en serio eso de detener a científicos? ¿Especialmente a los investigadores de las ciencias de la vida, los antropólogos y los médicos? No han prestado la misma atención a los físicos teóricos, por ejemplo, o a los astrónomos.

Juliet se mostró de acuerdo, mientras lo pensaba:

— Deben de creer que constituyen una amenaza. Esas personas con experiencia en las ciencias de la vida podrían… averiguar algo acerca de ellos…

Se encogió de hombros, mientras su mente se esforzaba por encontrar una respuesta.

— ¿Algo que pudiera detenerles? —preguntó Ben.

Juliet rió por lo bajo sin ganas.

— Sólo confío en que consigamos convertimos en una amenaza tan grande como aquella por la que parecen preocuparse…

Una de las mujeres, una recepcionista negra que, según dijo, trabajaba en la compañía telefónica, meneó la cabeza:

— No hay ninguna forma de que podamos pararlos… Son demasiados.

— ¡No! —Ben la miró enfurecido—. ¡Tiene que haber algo!

— Lo hay…

Juliet intentó mostrarse segura. Su fanfarronada pronto se vio sometida a prueba cuando todos se volvieron hacia ella con ojos esperanzados. Pensó más de prisa de cuanto lo había hecho en

toda su vida.

— Nosotros… estamos organizados… —empezó, dándose cuenta de que seguía esta idea mientras hablaba—. Mirad… la base de cualquier estructura biológica compleja —nuestros cuerpos—, por ejemplo—, son células individuales. Las células se reproducen, hacen copias de sí mismas, se unen con otras…

Brad bufó.

— Eso resulta estupendo como lección de Biología, Juliet, pero…

Juliet se volvió hacia él.

— *Escucha*, Brad…

Respiró hondo, y luego prosiguió:

— Lo siento… Mira, ya sé que somos embriónicos. Aquí, en esta tienda, sólo nos encontramos un puñado de nosotros. Pero puedes estar seguro de que no somos los únicos que, en este momento, nos reunimos en unas habitaciones a oscuras… ¡No podemos ser los únicos que han llegado a la idea de que hay que luchar contra ellos!

Murmullos de asentimiento llegaron de todas partes. Juliet asintió.

— Lo que debemos hacer ahora es *encontrar* a esos otros, y después seguir buscando a más. Necesitamos también equipo…

— Armas —sugirió Brad.

— Suministros —añadió la mujer de cabello negro.

— Y un cuartel general —concluyó Ben.

— Sí —convino Juliet—. Vamos a necesitar todas esas cosas. Pero especialmente, estoy pensando en equipo de laboratorio y en medicinas —microscopios, placas de cultivo—, todos los dispositivos científicos… De esa manera, podíamos trabajar para averiguar por qué los Visitantes quieren eliminar primero a los científicos. Constituimos una amenaza para ellos, y vamos a descubrir cuál es.

— Eso es…

— Sí…

— Bien pensado, Juliet…

Todos estuvieron de acuerdo. La ex estudiante de Medicina aguardó a que los demás hiciesen algunas sugerencias, pero nadie habló. Comenzó a pensar de nuevo a toda velocidad.

— También debemos averiguar quién se encuentra cerca de los Visitantes, y tratar que se unan a nosotros. De ese modo, podremos seguir de cerca sus acciones.

La negra asintió.

— Como esa periodista… ¿Cómo se llama? Kristine…

— Walsh… —añadió Ben—. No cabe la menor duda de que ella está allí dentro…

— ¡Tal vez haya muchos más! —exclamó Brad, lúgubremente—. ¿Creéis que podríamos confiar en ella? Tal vez se halle totalmente de acuerdo con lo que están haciendo…

— ¡No puede ser posible! —exclamó sombríamente Ben—. De ser así, resultaría la peor traidora desde…

— ¿Judas? —sugirió la mujer de cabello negro.

— Estoy de acuerdo con Ben —repuso Juliet—. Por lo menos, deberíamos vigilarla,

comprobar si es la clase de persona con la que podríamos arriesgarnos a entrar en contacto. Luego, si el grupo considera que es de confianza, le pediremos que nos ayude…

La mujer aguardó, pero no se presentó ningún voluntario. Juliet decidió que, verdaderamente, para mandar se debía predicar con el ejemplo.

Se levantó.

— Yo misma la buscaré y la observaré. Averiguaré si podemos confiar en ella… ¿Por qué no volvemos a reunimos aquí…, por ejemplo, el jueves por la noche? ¿A las ocho en punto?

— Por mí, perfecto —contestó Brad, que era el único del grupo que trabajaba de noche.

Los demás se mostraron también de acuerdo.

— Y todo el mundo ha de traer, por lo menos…

Juliet pensó rápidamente…

— Por lo menos, a otras cuatro personas. ¿Qué os parece eso? ¿Estáis de acuerdo?

— De acuerdo… —le hicieron eco.

— Está bien —replicó Juliet—. Me parece que, por ahora, eso es todo…

Se quedó de pie en la penumbra, rodeada por el olor a líquido de limpieza y vapor, observando cómo los demás salían de la tienda y se dirigían al callejón, con cautela, uno a uno, tomando unas precauciones que ninguno de ellos (con la posible excepción de Brad) habían necesitado antes, y las lágrimas inundaron los ojos de Juliet.

No es justo —pensó—. *No deberíamos tener que hacer esto. No es justo en absoluto…*

Mike Donovan introdujo las monedas en la ranura de un teléfono público, y luego marcó el número garrapateado detrás de un arrugado billete de dólar. Contó los timbrazos y luego, al duodécimo, cuando descolgaron al otro lado de la línea, suspiró aliviado. Debía ser al duodécimo timbrazo, y no tenía que hablar.

— Diga… —se oyó la voz de Tony—. ¿Eres tú, tío Pedro?

— ¿Tío Pedro?

Donovan frunció el ceño, intentando recordar si se trataba de alguna de sus antiguas respuestas en clave. No la reconoció.

— ¡Ah, eres *tú*, tío Pedro! *¡Buenas noches!*

— Tony, corta el…

Donovan se calló de repente, pensando que podía tratarse de otra cosa.

— Hemos tenido problemas con el teléfono. *¿Comprendes? ¿Tío Pedro?* Problemas con el teléfono.

— ¿Sí? —respondió Donovan casi gritando—. *Pobrecito…*[3]. Parece que lo tienes «pinchado», ¿eh?

Casi pudo ver el cuidadoso asentimiento de Tony.

— Eso es, tío. Los «reparadores» vinieron a comprobar las cosas —un montón de ellos—, y olieron tu comida por todas partes. Chico, seguro que les gustaría meter las manos en *tu burrito…*

— Sí, estoy seguro de que sí.

— Pero a mí me gusta la comida italiana más que tu cocina mexicana, ¿te acuerdas?

Donovan sonrió.

— Sí, lo recuerdo. Aún me debes un bisté, ¿recuerdas? Uno de cuarto de kilo. Y pagas tú,

amigo.

— Está bien, tío. Bien, no quiero entretenerte más. Sé que tienes que irte. Buena suerte…

El teléfono enmudeció.

Donovan se disponía a colgar cuando, de repente, sin ninguna sirena de advertencia, un coche de la Policía dobló la esquina y subió en la acera con dos ruedas, encaminándose hacia él.

Mike se apartó, encaminándose hacia la calle de enfrente, pero un coche patrulla comenzó a descender por ella, disparando… Donovan corrió en zigzag, y las poderosas descargas eléctricas dieron en un coche cercano. Donovan se apartó justo a tiempo, puesto que el vehículo alcanzado estalló, extendiendo mortíferos trozos de metal aguzado por toda la calle…

Donovan se encaminó hacia el callejón más cercano, demasiado estrecho como para que pudiese entrar en él el coche patrulla. Al final del callejón había una valla.

Esto se está volviendo monótono —pensó Mike, saltando por encima de la valla—. *Nunca había tenido que superar tantos obstáculos desde…*

Ya en el otro lado, salió corriendo, sonriente. Por lo menos había podido dar con Tony… La primera cosa que haría después de su reunión, mañana a las doce horas, sería comprarse ropa nueva y tomar un baño… Y luego, engullir una auténtica comida…

Con la mente llena de visiones de jugosos solomillos, Donovan se agazapó detrás de un contenedor lleno de basura, aguardando a que acabase de caer la oscuridad y, con ella, llegase la salvación…

Las sombras empezaron a extenderse por el jardín de la casa de los Bernstein, pero aún quedaba una hora larga de luz diurna, lo cual no pasaba aquí, en la casita de la piscina, pensó Kathleen. Frente a ella, una barbacoa rota estaba apoyada en una pared, y todo el lugar se veía lleno de muebles viejos de jardín.

Abraham Bernstein asintió, tranquilizadoramente.

— Lynn y Stanley nunca usan esta vieja cabaña. Sólo la tienen para guardar cosas. Nadie viene por aquí. Estarás a salvo.

Kathleen le sonrió agradecida.

— Gracias, Abraham. Nunca podremos pagarte todo esto.

El anciano sonrió, haciendo un ademán como para dejar de lado su gratitud.

— Traeré provisiones cuando todo el mundo esté durmiendo. Sábanas, jabón, toallas. Aquí hay un cuarto de baño, que sólo utilizan cuando dan fiestas junto a la piscina. Y con el toque de queda… Ya no hay más fiestas…

A Kathleen le asaltó un vivido recuerdo de la fiesta de Eleanor, aquella noche en que había conocido a los Visitantes, y suspiró. Robin tropezó contra una telaraña y saltó hacia atrás, emitiendo un alarido.

— ¡Papá!

Bajó la voz, pero Kathleen sabía que el oído de Abraham era excelente.

— ¡Esto es una porquería! No podemos vivir aquí… ¡Está muy sucio!

— Lo limpiaremos —replicó Kathleen—. Quedará muy bien.

— Pero no hay forma de dejarlo decente…

— ¡Robin! ¡Ya está bien! —se enfureció Robert. Luego se volvió hacia Abraham—. Te pido disculpas, Abraham. Por lo general, mi hija no es tan ruda. Es sólo que…

— Está bien, lo comprendo… —replicó Abraham amablemente.

— Me temo que yo no… —repuso Stanley Bernstein, entrando en escena—. Padre, ¿puedo hablar contigo, afuera?

Dieron unos cuantos pasos, alejándose de la cabaña, pero Kathleen siguió escuchando la conversación. El tono bajo y mesurado de Abraham contrastaba con el agudo y acusador de Stanley.

— No creo que debas llevarlos allí, padre.

— No tienen ningún otro sitio adonde ir. Su casa está vigilada, en espera de que regresen.

— ¡Pero esto es nuestro! Daniel viene por aquí cuando no está con sus compañeros alienígenas… Dile a los Maxwell que sentimos…

— Stanley, hijo, no lo comprendes… Tienen que quedarse. Necesita alguien que les esconda, y nosotros somos los únicos a quien pueden recurrir.

— Pero Robert Maxwell es un *científico* y, por lo tanto, sospechoso. ¡Y ahora es un *científico fugitivo*! Y eso le hace doblemente peligroso.

La voz de Abraham sonaba tranquila, pero tenaz.

— Tienen que quedarse.

— Y yo te digo que debes echarles de aquí antes…

— ¡No quiero!

Stanley regresó a la casa de la piscina.

— Entonces lo haré yo…

Abraham estalló.

— *No, no lo harás…*

Kathleén no había escuchado nunca antes a aquel amable y diminuto Mr. Bernstein emplear aquel tono. Retrocedió involuntariamente ante aquella furia…, aunque no fuese dirigida contra ella. Desconcertado, Stanley Bernstein se quedó mirando a su padre.

Abraham comenzó a hablar en un tono uniforme, que resultó de lo más apasionado a causa de su inexpresividad.

— Tuvimos que meterte en una *maleta*. ¡En *una maleta*! Un bebé de ocho meses. Y fue así cómo los del movimiento clandestino te sacaron… Pero no pudieron ayudar al resto de nosotros…

Stanley hizo un movimiento forzado.

— Ya conozco esa historia, padre.

— *No, no la conoces…*

Su voz volvió a adoptar un tono bajo y monocorde.

— No lo sabes, Stanley. Tu madre…, *auv shalom…* Tu madre no tuvo un ataque al corazón mientras estábamos en el furgón. No. Le sucedió estando conmigo en el campo. Aún puedo verla de pie, desnuda entre aquel viento frío, con el suelo helado…

Respiró hondo.

— Su hermoso cabello negro había desaparecido. Le habían afeitado la cabeza. La vi… saludándome…, mientras se marchaba con los demás, con todas aquellas personas, hacia las

duchas… Unas duchas que no tenían ni una gota de agua, ya lo sabes…

Los ojos del anciano enfocaban sólo el pasado.

— Tal vez…, si alguien nos hubiese facilitado un lugar donde escondernos… aún estaría viva…

Se quedó mirando a Stanley.

— Tienen que quedarse, ¿lo comprendes? En otro caso, todo aquello no habría servido de nada…

Stanley Bernstein se frotó distraídamente el rostro, y luego emitió un leve e inarticulado sonido, proveniente de lo más hondo de su garganta, a modo de asentimiento. Parpadeó, sus labios se movieron, pero no se produjo el menor sonido. Abraham asintió y pasó delante de él, encaminándose tranquilizadoramente hacia la cabaña; Kathleen le devolvió la sonrisa, aferrada a la mano de Robert, tratando de borrar las lágrimas de sus ojos.

— ¡Pero Elias, necesitamos tu ayuda…! —exclamó Benjamín Taylor, alargando la zancada para mantenerse a la altura de su hermano.

Una música, de remota ascendencia hispánica, atronaba desde unos altavoces a lo largo de la hilera de escaparates. Los Visitantes patrocinaban un «Día Internacional» en el distrito comercial; las fiestas (alimentos, baile y espectáculo) se encontraban al doblar la esquina. Ben había observado lúgubremente que la proporción de asistentes Visitantes respecto a los humanos era de dos a uno.

Elias sintió un escalofrío debido a la sorpresa.

— ¿Qué? ¿El gran doctor necesita *mi* ayuda? ¿A qué se debe esto, Ben?

Ben tragó saliva, percatándose de que Elias le estaba hostigando.

— Porque tienes contactos aquí, en la calle…

Los labios de su hermano se torcieron en una aviesa sonrisa.

— ¡Maldita sea, claro que sí! Pero, escúchame, hermano Benjamín, ¿no soy yo el que siempre habla de «mis contactos en la calle» y cómo he llegado hasta ellos?

— Sí. Mira, Eli, los tiempos han cambiado…

Ben trató de mostrarse lo más humilde que pudo, a pesar de la ira que burbujeaba en su interior. La ayuda de Elias podía significar toda la diferencia.

— Verás, las calles no han cambiado. Sólo que hay un hombre diferente, *el Hombre*. La realidad es que las calles están ahora muy bien, mejor que nunca. Un hombre puede hacer aquí montones de dinero.

Ben asintió lúgubremente.

— Mercado negro…

— Deberías perdonar la expresión, Ben —repuso Elias—. ¿Sabes cuán buscada está la fruta fresca? ¿Y la carne? —Rió brevemente—. He hecho más dinero estos días vendiendo hamburguesas, que antes con los porros…

— Bueno, puedes seguir haciendo todo lo que quieras, Elias, pero existe un grupo de nosotros que intentamos combatir contra este estado de cosas…

Elias le interrumpió:

— Eso no me ha preocupado nunca, tío. ¿Por qué combatirlo? No me afecta en lo más mínimo, excepto para seguir llenándome los bolsillos.

Ben le puso una mano en el brazo, obligando a su hermano a enfrentarse con él:

— Eli…, lo que le está sucediendo a este país…, a este mundo…, es algo terrible…

— ¿Y quién lo dice?

— *Necesitamos* tu ayuda…

Elias se lo quedó mirando con intensidad, y por un momento abandonó su argot barriobajero.

— ¿Y dónde estabas tú cuando te necesité?

— Elias, siempre he estado a tu disposición…

— Pero siempre me has resultado un poco inabordable… El Muchacho Dorado…

— ¡Eso es algo que sólo ha existido en tu cabeza!

— ¡Mierda!

Los negros ojos de Elias brillaron:

— Siempre tenía que oír lo mismo: «¿Por qué no puedes ser como el Hermano Benjamín, el doctor?»

Enfurecido, dio un paso hacia delante y Ben retrocedió en un acto reflejo.

— Ya ves… Y ahora, ¿necesitas mi ayuda?

Ben asintió, respondiendo en voz baja:

— Así es…

Elias dio un rápido paso hacia un lado, alejándose de su hermano, mientras en sus rasgos se evidenciaba que se disponía nuevamente a adoptar su característica *pose*.

— Está bien, tío. Claro que me gustaría ayudarte, pero entonces tendría que ir a la biblioteca médica, a estudiar anatomía…

Se volvió.

— Ya nos veremos otro rato, hermanito…

Ben observó su simulado y bailarín paso, sintiéndose cansado, culpable y entristecido. Hasta entonces no se había percatado de la profundidad de los celos y de la rabia de su hermano.

Mike Donovan vaciló en la oscuridad, alzando la vista hacia el balcón del apartamento de Kristine. Una forma vagamente humana cruzó ante el empañado cristal de la ventana, y aquello le decidió. Su reunión de hoy con Tony no había tenido éxito: Leonetti había pasado por la calle en dirección de su restaurante italiano favorito exactamente a mediodía, pero cuando Mike apareció por la esquina de la calle, y se encaminó luego hacia él, los ojos almendrados de Tony se habían dirigido hacia un lado, mientras en sus labios se formaba un silencioso «no». A continuación, Mike vio a los soldados de asalto que patrullaban detrás de Tony, un momento antes de que le detectasen a él. Había conseguido eludirlos gracias a que la disposición de las ciudades humanas parecía desconcertarles aún, pero en aquel momento se encontraba tan hambriento, que era consciente de que otro día sin alimentarse haría de él una presa muy fácil.

Los peldaños de la escalera de incendios crujieron bajo su peso cuando trepó, agarrándose al duro y frío metal. Los truenos sonaban por encima de su cabeza, y luego, a la luz del rápido destello de un relámpago, observó que se encontraba casi en el cuarto piso. Llegó a la terraza, pasó

por encima de la barandilla y luego permaneció agazapado unos instantes ante la amenaza de la tormenta que estaba a punto de estallar. La forma silueteada por la luz se movió otra vez en el interior, y Donovan alargó la mano comprobando la puerta que daba al balcón. Estaba cerrada, como era natural. Se acuclilló y luego se dejó caer con todo su peso sobre el pestillo, con lo cual se abrió la puertaventana.

Mike penetró como una exhalación, escuchando un aterrado jadeo: gracias a Dios, una voz de mujer, y humana. Luego, cegado por la repentina luz, cayó sobre una hilera de macetas con plantas que se encontraban delante de las puertas.

Alzó la mirada y escuchó la voz de Kristine:

— ¡Mike! ¡Por el amor de Dios, me has dado un susto de muerte!

Se inclinó para ayudarle a levantarse y, cuando los ojos de él se acomodaron a la repentina luz, comprobó que la mujer estaba mojada y que sólo llevaba puesta una toalla de un color verde pálido, sujetada por encima de sus pechos. Aunque el momento era realmente tenso, Donovan no pudo apartar de la mente que aquella visión resultaba impresionante.

— ¿Qué haces aquí? —le preguntó Kristine.

— Me gustaría contestarte que he venido sólo para tomar una ducha contigo, pero necesito ayuda. ¿Tienes un poco de dinero? Por favor, Kris. No como desde hace dos días.

— ¡Jesús!, por tu aspecto, te creo…

Se volvió, cogió el bolso y hurgó en él. La toalla se deslizó un poco. Se volvió y le tendió un fajo de billetes, que él se metió en sus sucios vaqueros. La mujer arrugó la nariz.

Donovan sonrió.

— Vaya peste, ¿verdad?

— Sí —convino ella con franqueza, sonriendo—, pero estoy tan contenta de verte, que no me preocupa…

Se inclinó hacia él y sus labios se encontraron con los del hombre en un largo y cálido beso. Donovan le tocó los hombros, atrayéndola hacia sí y los brazos de la chica le rodearon. Con una parte de su mente. Mike se percató de que la proximidad de sus cuerpos era lo único sostenía aún la toalla. Comprobó de nuevo la posibilidad de deslizamiento de la misma, con sus dedos acariciando la piel de Kris.

Pero incluso en su creciente excitación, seguía sintiendo las reacciones de un fugitivo: sus ojos vagaron por la habitación, por encima de los hombros de la mujer, observando los muebles, el televisor, lo apacible que resultaba todo aquello, y escuchó…

Advirtiendo su distracción, ella retrocedió un poco, agarrando con rapidez la toalla.

— He estado tan preocupada por ti…

Mike sonrió levemente.

— Y yo también por ti.

Se quedó mirando fijamente los ojos verdes de la mujer; extrañamente, tenían casi las mismas ojeras que los suyos.

— Porque he visto sus rostros…

— ¿Qué? ¡Sus rostros! ¿Qué quieres decir?

— No son humanos, Kris. Les filmé en vídeo comiéndose pequeños animales enteros…, y

vivos. Luego, mientras trataba de salir de la Nave Madre, uno de ellos me localizó. Sus auténticos ojos deben de ser capaces de ver mucho mejor en la luz infrarroja que los nuestros, o tal vez tengan simplemente mejor visión nocturna. Aquel tipo me descubrió, me arrastró a través de una rejilla de ventilación, *con una sola mano*, y trató de matarme. Durante la pelea, le rasgué la cara, y entonces se le desprendió la máscara. Son alguna especie de reptiles, Kris…

Se estremeció ante el mero recuerdo de todo aquello.

— Lo tengo en película. Unas pieles verdinegras, y unos ojos anaranjados. Y unas lenguas así de largas…

Midió el espacio con las manos.

— Y que arrojan alguna clase de veneno.

La mujer movía la cabeza.

— Mike, cariño…

— No me crees, ¿verdad?

— Verás, es tan increíble… *¿Reptiles?* Con lenguas que… Quisiera creerte, pero…

— ¡Todo es verdad! ¡Los he visto, Kris!

— Realmente, creo que *piensas* haberlo visto…

— ¿Crees que yo…? ¡Maldita sea, Kris!

Se quedaron mirándose, y el ruido de su respiración sonó pesadamente en la silenciosa habitación.

— Mike, trabajo tan estrechamente unida a esa gente, cada día… Resulta tan duro…

La mujer titubeó.

— ¿Ser objetiva? —le preguntó sarcásticamente.

Durante un largo momento siguieron contemplándose, y luego, se volvió hacia la ventana.

— Supongo que esto es una pérdida de tiempo. Gracias por el préstamo. Te lo devolveré algún día…, con intereses.

Kris fue tras él, agarrándole por el brazo.

— No te vayas aún, Mike…

— ¿Por qué?

Se volvió hacia ella.

— Me gustaría ver la cinta que filmaste.

— Está escondida.

La mujer se acercó más a él, deslizándole una mano por el brazo hasta los hombros.

— Escucha, Mike. Es posible que tengas razón. Quizás haya estado más unida a ellos de lo que debiera…

Hizo una triste mueca.

— Es curioso… Tú eres el único al que siempre he querido estar así de unida…

Su abierta confesión hizo que él bajase un poco la guardia.

— Tienes una particular forma de mostrarlo, Kris —le dijo.

— Realmente, me gustaría tener otra oportunidad —prosiguió ella, y luego se echó a reír, como despreciándose a sí misma— Ésta parece ser mi actitud favorita…

Le besó de nuevo, una y otra vez. Mike deseó entregarse a aquellos besos, a su calidez, pero de

nuevo aquel centinela que parecía haber dentro de él no le permitió dormirse. Abrió los ojos en mitad de un beso, observando la apagada pantalla del televisor de Kristine. Y en ella, el reflejo de un soldado de choque uniformado, agazapado en el balcón. El alienígena le estaba apuntando con un fusil paralizador.

Donovan se volvió, e hizo a un lado a Kristine con tanta rudeza, que su toalla se desprendió por completo. Donovan estaba demasiado preocupado como para mirar; agarrando un taburete del bar, lo lanzó con fuerza contra la cristalera, que reventó, inundando de cristales al Visitante.

Snmultáneamente, en la puerta del apartamento resonó un crescendo de golpeteos y peticiones reverberantes de que abriesen. Donovan lanzó hacia Kristine una mirada de disgusto, preguntándose si le habría denunciado.

— Gracias —le dijo con voz ronca.

Se lanzó hacia el soldado de choque, que forcejeaba por ponerse de pie en el balcón.

— ¡Mike! —le llamó ella.

Donovan la ignoró. Agarrando el arma del aún conmocionado alienígena, se encaminó hacia la escalera de incendios, cuando de repente sintió unos brazos que le aferraban por detrás. Girando en redondo, alzó el arma alienígena, estrellándola luego con fuerza contra la cabeza del soldado. El alienígena se tambaleó hacia atrás, chocó contra la barandilla del balcón y se precipitó en el vacío.

Donovan se sintió levemente mareado, pero no tenía el menor tiempo que perder. Bajó precipitadamente por la escalera, escuchando el tumulto que se producía en el apartamento de Kristine, encima de él.

El disparo de un fusil paralizante rebotó a escasamente medio metro de él, haciendo llamear y escorificando el lugar donde dio. Donovan alzó la mirada, vio una figura momentáneamente delineada en un destello de luz, estacionada en el terrado del edificio de enfrente; luego, torpemente, trató de apuntar el arma que portaba. Apretó un gatillo, vio un destello azulado por el cañón, olió el ozono. Falló, pero el rayo desprendió un conducto de aire metálico del tejado, que, al caer golpeó al Visitante. Mike oyó cómo la criatura profería un peculiar grito ululante mientras se tambaleaba, perdía el equilibrio y, finalmente, caía.

Donovan corrió a toda prisa hacia la puerta del complejo de apartamentos, aferrando aún el arma Visitante, mientras varios disparos resonaban desde el balcón de Kristine. Al alcanzar la puerta, la abrió y cruzó, dándose la vuelta y retorciéndose para evitar los disparos, aunque los alienígenas estaban empezando a perder su alcance de tiro. Jadeante, Donovan se obligó a mantener el ritmo y muy pronto, incluso el débil eco de sus pisadas había ya desaparecido.

Una figura con atuendo negro y un destello de pelo rubio salió de entre los arbustos cercanos al edificio de Kristine, se deslizó a través de la puerta y la cerró detrás de ella.

Juliet Parrish echó a correr en la noche, escuchando el sonido de un arma alienígena a su espalda. Mirando hacia atrás, vio cómo el picaporte de la puerta chisporroteaba y se iluminaba. Uno de los Visitantes estaba descargando su rabia por haber perdido a su presa, en la verja de hierro. Juliet meneó la cabeza. Reconoció al hombre que había salido a escape desde el balcón de Kristine Walsh: su foto había sido profusamente distribuida en toda clase de boletines de busca y

captura. Era Mike Donovan.

¿Por qué había trepado por la escalera de incendios hasta el balcón de Kristine Walsh? Estaba absolutamente segura de que no cabía achacar sus acciones a un interludio romántico, puesto que Donovan resultaba muy difícil de imaginar en el papel de Romeo en la escena del balcón. No, Donovan debía de haber acudido a Kristine Walsh en petición de ayuda. El hombre era un fugitivo desde hacía varias semanas: necesitaría dinero, un lugar en el que ocultarse…

Se preguntó qué debía de haber ocurrido realmente allí arriba. Las dos siluetas que aparecían en la cristalera se habían convertido en una sola, y luego habían llegado los soldados. Naturalmente, era posible que Kristine fuese por completo inocente, que los Visitantes se hubiesen apostado en su casa sin su conocimiento, imaginándose que Donovan acudiría allí. Pero también era posible que Kristine Walsh hubiese traicionado a Mike Donovan, hasta el punto de casi provocar su muerte.

Juliet se encogió despectivamente de hombros. Lo que hubiese sucedido (y probablemente nunca lo sabrían) resultaba un mero detalle.

verdaderamente importante radicaba en que no podían arriesgarse entrar en contacto con Kristine Walsh…

Una repentina y brutal ráfaga de viento desordenó el cabello de la frente de Juliet, y mientras corría en la noche, estalló la tormenta, empapándola en unos momentos.

Daniel Bernstein hurgó con la llave, no acertando con la cerradura hasta después de varios intentos de abrir la puerta. Entró en el vestíbulo dando un traspié; la estancia estaba sólo iluminada por el acuoso resplandor de la luz de seguridad del patio interior. Vio a una figura de pie ante las cristaleras que daban al patio interior y a la piscina. La observó borrosamente. ¡Se trataba de Robin! ¡Robin Maxwell!

Resultaba divertido… Daniel frunció el ceño, tratando de pensar con claridad, sin demasiado éxito. Creía que los Maxwell habían huido. ¿Qué hacía Robin aquí? Los relámpagos de la tormenta inundaron, con un color plateado, los rasgos de la chica, mientras ésta cerraba las puertas, convirtiendo su pelo oscuro en una nube negra. A Daniel le pareció que tenía un magnífico aspecto. La sonrió y le dijo:

— ¡Hola…!

La chica se volvió sobresaltada y, luego, sonrió con nerviosismo al reconocerle.

— ¡Oh! Hola, Danny. Me has asustado.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Se acercó a ella, disfrutando de la forma en que la luz de seguridad sombreaba las llenas y redondeadas curvas de sus pechos. Llevaba aquellos vaqueros ajustados que a él le gustaban tanto, y sobre los que su madre había levantado un auténtico alboroto en el momento de comprarlos. La chica suspiró.

— Soy consciente de que no debería encontrarme aquí, pero no podía permanecer en tu casa de la piscina ni un minuto más. Le sonrió a su vez.

— Por lo tanto, he salido a dar un paseo. Lentamente, Daniel prestó atención a sus palabras.

— ¿En nuestra casa de la piscina? ¿Y qué hacías allí?

— Vivo allí…, si a eso se le puede llamar vivir.

Hizo una mueca.

— Resulta demasiado pequeña para uno solo de *nosotros*. Y mucho menos para *cinco*… Es algo ultrajante…

Olisqueó audiblemente.

— ¡Oh, Daniel…! Has estado bebiendo.

Él se encogió de hombros.

— sí…

Un atisbo de ira se reflejó en su voz:

— ¿Con Brian?

— No estaba allí. Él no bebe —le respondió Daniel—. No creo que pudiese resistirlo.

Y se rió burlonamente.

— ¿Te ha preguntado por mí?

— No…

Daniel frunció el ceño.

— ¿Y por qué debería hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

— Sólo pensé que podía haberlo hecho, eso es todo…

Daniel dejó de lado a Brian con un ademán.

— Pues bien, esta noche no ha sido así. Me alegro mucho de verte. Estás muy bonita con ese suéter…, y con esos vaqueros… Siempre me han gustado.

Titubeando, le tocó un brazo. Ella no pareció darse cuenta.

— ¿Y otras noches? —le siguió preguntando la chica.

Daniel se mostró inexpresivo.

— ¿Qué?

— ¿Que si otras noches pregunta por mí?

— ¿Quién?

— Brian. ¡Claro! Realmente, me parece que has bebido demasiado…

Él le acarició el brazo, pero la chica siguió sin ser consciente de los dedos del hombre, observando sólo ávidamente su rostro, esperando que le respondiera. El chico reunió las palabras casi al azar.

— Verás… A veces… Sí… Supongo que sí lo hace. Se preguntaba adónde te habrías ido. Todos nos lo hemos preguntado.

Lanzó a la chica su mirada más significativa.

— Y especialmente yo. Hasta que he descubierto que te encontrabas en mi casa de la piscina…

La muchacha se volvió, y se quedó mirando por la ventana cómo la lluvia convertía la piscina en una miríada de ondulaciones plateadas. Daniel siguió acariciándole el brazo.

— ¿Te acuerdas del día en que aparecieron las naves de los Visitantes? ¿Cuando aún no sabíamos que se convertirían en nuestros amigos?

— ¡Hum!

— Aquel día me dijiste que no querías morirte sin haber hecho el amor. ¿Aún sigues pensando

así, Robin?

La curva de su pecho, por debajo del suéter, estaba tan cerca sus dedos que se sintió mareado con sólo mirar a la chica.

— Claro que sí —respondió ella, sin darse aún la vuelta.

Daniel se acercó más, con los labios ya dispuestos para el beso, pero ella habló de nuevo:

— ¿Crees que él será aún virgen?

— ¿Quién?

— Brian.

Daniel se quedó mirando el abstraído rostro de Robin, y dejó caer su mano del brazo de la chica. Ésta ni siquiera lo notó…

CAPITULO XII

El doctor Benjamin Taylor empujaba un carrito cargado de sábanas y toallas sucias a lo largo del muelle de carga de la «Stamos Pharmaceutical Company». Con rápidos y nerviosos movimientos, dirigió el carrito hacia la parte trasera de una camioneta comercial que estaba allí aparcada, dándole después un fuerte empujón. Juliet, que esperaba en la trasera de la furgoneta, al lado de varios carritos similares, dio un paso adelante para atraparla.

— Estupendo… Con todo este material podríamos instalar un laboratorio en el que poder realizar casi todo. Incluyendo averiguar lo suficiente acerca de esos tipos y descubrir en ellos algunas debilidades…

Alzó un montón de ropa, mirando por debajo.

— Magnífico… Has conseguido birlar un microscopio de elevada potencia…

Ben miró, nervioso, a su alrededor.

— Sí. Será mejor que nos marchemos. No estoy seguro de que se hayan tragado del todo mi forma de actuar. Hay incluso un tipo que empieza a sospechar.

La mujer asintió, encaminándose hacia el asiento del conductor de la furgoneta. Brad McIntyre, el policía, aguardaba en tal asiento, vestido, al igual que Juliet y Ben, con un mono de reparto. Tras subir, Juliet puso en marcha la camioneta, en espera de escuchar el ruido que hiciese Ben al cerrar las puertas de atrás. El ruido llegó, en efecto, Pero, en el mismo momento, escucharon otro ruido característico: el de unos pies que coman. Brad y Juliet vieron a los soldados de choque Visitantes entrando por las puertas que daban al muelle de carga. Ben dio unos golpes en la parte trasera de la furgoneta.

— ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! *¡Vamos!*

Ella miró hacia atrás para protestar y vio a Ben, que se alejaba corriendo de la camioneta y atraía el fuego de los Visitantes.

— *¡Vamos, Juliet!* —gritó Brad—. *¡Tenemos que salvar todo este equipo!*

Juliet lanzó un grito de protesta, pero puso la furgoneta en marcha; soltando tan de prisa el embrague, que la camioneta dio un salto hacia delante. Luego, metió la segunda en medio de un gran chirrido de neumáticos, conduciendo por la larga entrada de coches de servicio; pasó por las rampas del cerrado aparcamiento, cerca del almacén Unos cuantos soldados dispararon contra ellos, pero ninguno de los tiros se les acercó demasiado.

Juliet siguió así durante varios minutos, haciendo girar la furgoneta a través de una complicada serie de virajes y desvíos, hasta que Brad anunció que le parecía que se habían zafado de cualquier posible persecución. Juliet asintió, y regresaron hacia sus cuarteles generales. Brad mirando por encima de ella, vio cómo las lágrimas surcaban su rostro pero la mujer no emitió el menor sonido.

Al fin, detuvo la furgoneta al lado de su «VW» blanco descapotable y luego echó el freno de mano con una gran sacudida. Brad se la quedó mirando mientras ella abría la portezuela.

— ¿Qué haces, Juliet? ¡Ahora no necesitas tu coche…!

Ella le contempló y, después, miró su reloj.

— Sólo han pasado diez minutos… Con un poco de suerte aún no habrán atrapado a Ben. Voy a regresar a por él. Tengo que hacerlo…

— *¡Juliet!*

Pero la mujer ya se había ido. Profiriendo maldiciones, Brad se deslizó al asiento del conductor, mientras ella hacía dar la vuelta a su coche delante de la furgoneta y se encaminaba de nuevo por la calle por la que habían venido. Golpeando, frustrado, el volante con ambas manos, Brad la observó marcharse. Luego, con desgana, se alejó con su vehículo en dirección contraria.

Juliet penetró de nuevo por la entrada de coches que conducía al muelle de carga, con sus ojos azules avizorando desesperadamente en busca de alguna figura con mono azul marino que corriese…

Siguió con el «VW» por el camino y luego observó movimiento en el piso superior del gran aparcamiento, tres pisos por encima de la entrada de coches. Entrecerró los ojos al darle el sol en la cara… ¡Era Ben!

Juliet tocó el claxon para llamar su atención, y vio que corría, en caminándose a una escalera de servicio que llevaba hacia los voladizos a lo largo de uno de los macizos pilares de cemento que sostenían el muro exterior del garaje. Pero en el instante en que saltaba para agarrarse a la escalera, un rayo azul le alcanzó desde un lado, lanzándole hacia atrás y por encima del reborde para precipitarse en una caída de tres pisos.

— *¡BEN!*

Juliet hizo girar el coche en una al parecer imposible vuelta en con los neumáticos chirriando, para frenar luego al lado del cuerpo derrumbado de su amigo. Había caído en un montón de escombros lado de la entrada de coches. Se veía sangre por todas partes.

Escuchó el pulsante sonido de otro fusil paralizante mientras saltaba del coche, lo rodeaba y abría la portezuela del lado del pasajero. Luego, una voz distante gritó:

— ¡Capturadlos! Diana desea a alguien vivo para interrogarle…

El sonido de unas lejanas pisadas de botas empezó a levantar eco en el garaje.

— ¡Ben, Ben!

Juliet se arrodilló al lado del joven médico; aunque su adiestramiento en la Facultad de Medicina le decía que el hombre no debía ser movido, tenía que hacerlo, no existía otra alternativa. Trató de no ver la sangre y el trozo blanco de hueso que sobresalía de la manga del desgarrado mono azul. Agarrando a su amigo por el pecho, comenzó a arrastrarlo en dirección al coche.

El movimiento reanimó levemente a Taylor, quien trató de hablar:

— ¿Juliet?

— Tranquilo, Ben…

Juliet le dio unos golpecitos. Le estaba costando hasta la última reserva de sus fuerzas el arrastrarlo; no quería ahora pensar en cómo se las arreglaría para meterlo en el «VW».

— No, Juliet… Vete… No tiene objeto…

Juliet apenas podía oírle a causa del estrépito que hacían las botas de los soldados que se acercaban.

— ¡Dios mío, por favor…! —sollozó, levantando a medias al hombre herido, haciendo oscilar

su cuerpo en el estribo mientras lo asía con más fuerza por debajo para completar la tarea.

Algo la golpeó en la cadera derecha y, de repente, Juliet se encontró tumbada en la carretera al lado de las piernas de Ben y oliendo a carne achicharrada. Luego, el dolor llegó a su atontado cerebro mientras jadeaba y se ahogaba, viendo unas llamas que parecían devorar su costado derecho.

Con lo que pareció una agonizante lentitud, consiguió apoyar las manos en el suelo, bajo su cuerpo, alzándose un poco. El dolor la inundó en una oleada de llamas oscuras, y se obligó a respirar profundamente, cerrando los ojos.

¡Por favor, Dios mío…! ¡Por favor…! ¡Ayúdame…!

Con un esfuerzo que le dejó el mono empapado en sudor, Juliet se puso en pie y, con una fuerza que nunca hubiera supuesto poseer, arrastró a Ben el resto del camino hacia el asiento. Cojeando y tambaleándose, dio la vuelta al coche hasta llegar al lado del conductor, colocando una mano en el metal para encontrar apoyo.

— ¡Eh! ¡Que se va la mujer! —exclamó una voz sorprendida, y luego otro rayo vibró detrás de ella.

El poner el coche en marcha y accionar el cambio, levantó en ella nuevas oleadas de agonía, pero lo consiguió. El pequeño vehículo blanco rugió en la entrada de coches, en el momento en que un soldado Visitante aparecía en medio de la misma, tras haber saltado la barrera desde el interior del garaje.

Con un odio mayor del que nunca hubiera imaginado, Juliet dirigió el «VW» contra el alienígena, pisando a fondo el acelerador. El Visitante saltó furiosamente a un lado, dejando caer su fusil, y Juliet sintió el golpe cuando el guardabarros le golpeó en la pierna. ¡Había conseguido pasar! Girando el volante, se alejó.

Disminuyó la marcha ligeramente tras la primera o segunda manzana, preguntándose adonde podría llevar a Ben. ¿Al hospital? No podía ni considerarlo. Seguramente, los soldados se encontrarían estacionados en cada piso y en cada entrada y salida. Además, no sabía si aún quedaría allí algún doctor. Escuchó un gemido, se volvió y vio que Ben tenía los ojos abiertos. Detuvo el coche en un espacio de aparca, miento, hurgando en la guantera en busca del botiquín que llevaba allí.

Tiernamente, Juliet enjugó la sangre del rostro del hombre, sintiendo la rizosa suavidad de su corta barba. El toque de sus manos pareció revivirle ligeramente.

— Juliet…

— Ben, no sé dónde llevarte. ¿Se te ocurre algún sitio donde podamos conseguir ayuda?

— No, encanto… —le respondió, cerrando los ojos como si le costase un gran esfuerzo mantenerlos abiertos y hablar al mismo tiempo.

— Seguro que… de ésta no salgo…

— *No*… —replicó Juliet, negándose a escucharle.

Comprobó su brazo: fractura múltiple del radio, pero, gracias a Dios, la arteria no había sido dañada.

— Tienes un brazo roto, Ben. ¿Te duele mucho?

— En absoluto —respondió él con claridad; luego abrió los ojos, viendo la sorpresa de Juliet

ante su respuesta—. Juliet…, nena… mi espalda… También está rota… No siento nada… del cuello hacia abajo…

Juliet se mordió los labios, luchando contra los sollozos… Lo había sospechado por la forma en que el cuerpo había yacido en sus brazos, pero no había querido aceptar los hechos.

— ¡Dios mío… Dios, por favor… Ben…!

— No…

Sus ojos se cerraron.

— No… hay mucho tiempo… Quiero ver a mi padre… A Elias…

— De acuerdo, Ben.

Juliet dominó sus sollozos, sintiendo los dolorosos pinchazos en la cadera cuando puso de nuevo en marcha el coche.

— Te llevaré allí, te lo prometo.

Él asintió y luego empezó a toser, moviendo sólo la cabeza. Hilillos rojos se esparcieron por su rostro. Juliet se los enjugó mientras conducía y luego empleó el ensangrentado trapo para limpiarse los ojos pues las lágrimas la cegaban y necesitaba tener clara la visión. Se detuvo ante un semáforo en rojo, aprovechando este intervalo para inclinar el asiento de Ben, al objeto de que éste pudiese reclinarse un poco, pues sospechaba que tenía también un pulmón perforado, por lo que su respiración se había hecho jadeante y trabajosa. Una transeúnte les observó mientras esperaban a que avanzase el tráfico. Vio cómo los ojos de la mujer se abrían mucho, para dirigirse luego hacia delante; después apretó el paso. La sombra de un vehículo patrulla evolucionó sobre ellos y los adelantó.

Cinco minutos después, que parecieron cinco años, Juliet rodeó con el «VW» la parte trasera de la casa de Caleb, dirigiéndose al garaje. Se escuchaba una atronadora música de rock, de lo que dedujo que al menos Elias se hallaba en casa.

Estaba sentado en el exterior, con su radio portátil, inspeccionando con cuidado unos huevos y metiéndolos en cartones. Alzó la mirada, sonriendo, en el momento en que Juliet detuvo el «VW» a su lado.

— ¡Eh, Juliet! ¿Qué le parece? Seis dólares por una docena de huevos… ¿No te parece estup…?

La voz se le quebró al observar a su hermano, inanimado, en el asiento del coche— ¿Está Caleb?

Juliet miró frenéticamente a su alrededor.

— Ben está herido…

Elias se acercó al coche, moviendo la cabeza en respuesta a su pregunta. La respiración de Ben, ya sin el ruido del motor que la cubriera, resultaba profunda, estertorosa.

— ¿Qué ha sucedido?

— Tratábamos…, tratábamos de robar algún equipo en un laboratorio…

Juliet se mordió los labios al inclinarse para comprobar el pulso de Ben. Su propia herida le punzaba con dolor creciente. Podía sentir cómo un sudor frío empezaba a rezumarle por la frente: clínicamente, reconoció los síntomas del *shock*. El pulso de Ben era débil e irregular.

— Le han disparado.

Elias movió de nuevo la cabeza, negándose a creer lo que veía. No se trataba de una reacción infrecuente, recordó, en los parientes de las víctimas de un accidente.

— ¿Qué? —profirió una risa nerviosa—. ¿El doctor? ¿Robando equipo?

Meneó la cabeza en burlona desaprobación. Juliet pudo advertir el horror que se traslucía en su voz: en un minuto o dos, aquello se abriría paso en su mente consciente, y el chico se derrumbaría.

— ¡Vaya, hermano! Tendrías que haber venido a verme… Elias te hubiera enseñado a hacerlo *bien*, tío…

Una oleada de dolor, procedente de su herida, hizo que Juliet emitiese un quejido entre sus apretados dientes. Elias la miró.

— ¿También te han dado *a ti*?

Ben tosió de nuevo, débilmente, y Juliet le quitó la espuma roja de la boca. Elias se apartó, con sus oscuros ojos asustados: el horror estaba ahora a punto de aflorar a la superficie.

— Eh, Juliet… Creo que debería llamar a una ambulancia…

Ben abrió los ojos.

— Nada… de ambulancias… Elias… ¿Ya ha hecho su diagnóstico… doctora?

Juliet agarró los lacios dedos.

— Pero, tío…

Elias comenzó a pasear junto al coche, haciendo ademanes.

— No tenías que haberlo hecho, tío… ¿Cómo querías ganar pasta sin tu hermanito?

El incesante atronamiento de la música de rock confería un fantasmagórico efecto irreal a toda la escena.

Ben sonrió débilmente.

— Lo hicimos…, de todos… modos…

Sus ojos se volvieron hacia Juliet y ésta, advirtiendo que no notaba el tacto de su mano, le acarició las mejillas…

— El camión… —tosió—. ¿Pudisteis… salvarlo?

Juliet asintió enfáticamente.

— Sí, Ben… Lo conseguimos…

— ¡Pero mira cómo estás, tío!

La voz de Elias se quebró.

— Eres una auténtica ruina, tío.

— ¿Está… papá… en casa?

La voz de Ben era muy débil. Juliet estaba a punto de decirle a Elias que apagase la radio, cuando escucharon un ruido en la garganta de Ben. Ella le sostuvo, torpemente, en sus últimos espasmos, mientras Elias andaba de un lado a otro, hablando sin parar y sin dirigirles la mirada…

— Ben, escúchame… ¿Trato yo de ser médico? Claro que no. La próxima vez que quieras mangar algo, ven a verme. ¿Lo harás, hermano? Elias te enseñará a hacerlo bien. ¿Lo oyes? Como los huevos de esta mañana… Sin romper uno solo… Y eso es lo que tienes que hacer. Suavemente, ya lo ves. Hablo igual que papá, ¿no crees?

Juliet levantó la cara, surcada por las lágrimas, y luego, con gran cuidado, bajó la cabeza de Ben para que descansase de nuevo contra el asiento.

Automáticamente le cerró aquellos fijos ojos oscuros.

— Elias —le dijo en voz baja.

Pero el hermano de Ben seguía paseando al compás de la música sin levantar los ojos del suelo.

— De todos modos…, has de venir a verme… Y lo birlaremos juntos… Tú y yo… Los hermanos Taylor… Tío, les daremos para el pelo a esos payasos…

— Elias…

Juliet cerró los ojos contra la oscuridad que planeaba sobre sus ojos.

Elias meneó la cabeza con gesto airado, sin llegar nunca a mirarla.

— *Tío*… Te enseñaré a hacerlo *bien*. No te verás nunca más en líos…

Siguió paseando, cada zancada igual que un pistón en movimiento, mientras su voz se levantaba en un ronco y prolongado grito:

— Les enseñaremos…, ¿no te parece, Ben? Y tendrán que decir: «¡Sopla! ¿Qué pasa aquí?» Y nosotros diremos: «¡Somos los hermanos Taylor!» *Sí*… El doctor y…, el otro…, el otro, ese comosellame…

Juliet alargó una mano hacia él.

— Elias…

— ¡No!

Dándose la vuelta, Elias propinó un golpe a la radio, enviándola al otro extremo del garaje. De repente, todo quedó en silencio.

— El «otro»… puede morir…, pero no el doctor… El doctor no puede…, no Ben… Tiene que ser el otro…, pero no Ben, Ben no…

Ahora sollozaba, unos penosos sollozos que le subían desde el pecho, propios de alguien que nunca llora.

— No…, no… ¡maldita sea, Ben!

Abrazó frenéticamente el cuerpo de su hermano, balanceándolo de un lado a otro. Juliet alargó el brazo entre la neblina de sus propias lágrimas, para tomarle la mano. El apretón que le devolvió Elias era el de un hombre que había perdido todo aquello a lo que poder aferrarse…

Abraham y Ruby caminaban lentamente hacia el centro comercial, cuando vieron a los niños agrupados en torno a los carteles de propaganda de los Visitantes. Uno de los chicos sostenía un gran aerosol de pintura roja, y estaba muy atareado pintando bigote y barba a los rasgos agresivamente hermosos del Visitante… Abraham pensó, distraídamente, que, según los carteles, parecía como si Brian, el amigo de Daniel, hubiera posado para ellos. Toda la pandilla se echó a reír, y uno dijo:

— ¡Hazlo otra vez, Kenny! ¡Estos tipos se ven mejor de esa forma!

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Abraham alargó una mano y agarró la muñeca del chico.

— ¡No!

Los chicos retrocedieron, temerosos y agresivos a un tiempo, ante la autoridad de un adulto.

Abraham buscó las palabras:

— Si queréis desafiarles, muy bien. Necesitáis un símbolo…, todos lo necesitamos. Solíamos

emplear éste.

Cuidadosamente trazó con el aerosol una gran «V» roja encima del cartel.

— Sólo que lo hacíamos con los dedos…, hace ya mucho tiempo. Significa Victoria, ¿lo entendéis?

Titubeantes, asintieron. Abraham devolvió el bote a Kenny.

— Y ahora ve a decírselo a tus amigos…

Dirigiendo un ademán a Ruby, Abraham se volvió. Al escuchar el siseo del aerosol detrás de él, se dio la vuelta y vio otra «V» extendida por encima de un sonriente visitante. Alegres por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, Abraham y Ruby siguieron su paseo.

CAPÍTULO XIII

Mike Donovan, conduciendo el pequeño deportivo amarillo con rapidez y eficiencia, salió de la autopista para tomar una carretera secundaria; luego, al cabo de irnos kilómetros, giró hacia una calle de doble dirección que llevaba a San Pedro, donde vivía Sean. Conduela de una forma automática, mecánica, con la mente ocupada intentando imaginar su siguiente movimiento. Conseguiría que Sean le diese la llave, intentaría convencer a Margie para que le prestase irnos cuantos dólares —algo bastante improbable, pensó cínicamente— y luego trataría de encontrarse otra vez con Tony en el restaurante italiano.

Enlenteció la marcha del automóvil, *mirando* realmente a la calle por primera vez y deteniéndose luego con una sacudida. Contempló unos escaparates rotos a lo largo de la hilera de tiendas, de la heladería a la peluquería… Un camión de reparto y un sedán aparecían volcados, bloqueando parcialmente la calle. La hilera de casas de la derecha había sufrido unos daños que parecían causados por incendios, e incluso el césped que se extendía por el parque donde Sean jugaba se veía chamuscado y ennegrecido.

Tomando el fusil alienígena de la parte trasera del coche, Donovan escudriñó la zona; el corazón le latía con tanta fuerza, que era difícil oír nada más —lo cual le obligó a respirar más lenta y profundamente—; se puso a escuchar… Reinaba un silencio absoluto, lo cual desagradó a Donovan. Aguzó el oído hasta estar convencido de que no había nadie por allí, excepto él mismo. Con el fusil a su alcance, condujo lentamente hacia la de Margie. Después de aparcar, salió con el fusil preparado (había estado practicando con él en el campo y era ya muy rápido en apuntar y disparar) y se encaminó hacia la casa.

— ¿Sean? ¡Marjorie! Hola…, ¿no hay nadie?

Silencio…, silencio. Donovan temblaba. Sintió deseos de aplastar algo y gritar: «¿Por qué?»… Pero se limitó a permanecer allí de pie, en medio del silencio.

Escuchó un leve roce de cuero sobre hormigón y, luego, un ahogado sollozo…

Donovan se dejó caer y se volvió y se agazapó con el dedo agarrotado en el gatillo… Luego oyó una voz:

— ¡No! ¡No dispare, Mr. Donovan!

Mike se puso en pie y vio a Josh Brooks, el amigo, de trece años, de Sean, que le miraba desde un lado de la casa. El niño anduvo hacia él, y Donovan observó que las ropas del chico estaban arrugadas y sucias, y su cara, surcada por las lágrimas. Sus ojos aparecían vidriosos a causa de la conmoción… Mike había visto ojos así en los niños de Laos, de Vietnam, de Beirut…

Habló con amabilidad al chico cuando éste, como un cervatillo asustado, se encaminaba hacia él.

— Josh… ¡Qué alegría verte…! ¿Dónde están los demás?

— No lo sé…

Su voz, que empezaba ya a cambiarle, resonó aguda a causa del miedo.

— Se han ido… Todos se han… ido…

Cuando le tuvo a su lado, Mike le pasó un brazo en torno a los hombros, abrazándole con

ademán tranquilizador. Josh se apretó a él, con su cuerpecillo temblando. Donovan lo sostuvo así durante unos minutos.

— ¿Cuánto tiempo hace? —le preguntó, al fin.

— Tres días.

— ¿Y has permanecido solo en esta ciudad durante tres días?

Josh asintió, tembloroso.

— Pues ya no estás solo, Josh. Yo te cuidaré.

Le dio otro tranquilizador apretón, intentando no apresurar al asustado jovencito.

— ¿Qué ha sucedido, pequeño?

Josh bajó la vista y, a continuación, las piernas le fallaron y tuvo que sentarse en el bordillo. Donovan lo hizo también a su lado, manteando el brazo sobre los hombros del niño.

— Montones de personas empezaron a cansarse de lo que los Visitantes estaban haciendo, por lo que, un domingo, unos cuantos braceros de la zona —ya sabe cómo son esos tipos— acudieron en coche a la ciudad y arrojaron una bomba casera debajo de un coche patrulla, que saltó por los aires. El supervisor local se hallaba dentro.

Josh tembló ante el recuerdo.

— Lo volaron y le mataron.

Donovan miró interrogativamente hacia el ennegrecido suelo. Josh asintió.

— Luego, un montón de tipos comenzaron a gritar que éstos son los Estados Unidos y que ya no iban a soportar más a los maldito. Visitantes.

Enrojeció y alzó la vista.

— Mi mamá no me deja decir cosas así, sólo le repito lo que ellos decían, ya me comprende…

Donovan le tranquilizó:

— Claro, claro. Sigue, Josh.

— Luego todo el mundo aplaudió y profirió gritos de alegría. De repente, las luces se apagaron. Todas a la vez. En ese momento se asustaron y echaron a correr.

Se estremeció de nuevo.

— Luego se vieron unas luces en el cielo, tan brillantes, que no podías ver adónde iban. El ruido se acercaba a nosotros. Se trataba de transportes de tropas, pues los reconocí en cuanto aterrizaron. La gente no hacía más que gritar y correr. Algunos dispararon contra los Visitantes, pero los tiros no parecieron hacerles mucho daño. Perdí de vista a mamá y a papá. Luego, su mujer…

Titubeó.

— La mamá de Sean me agarró a mí y a él y nos hizo entrar en su casa. Cerró la puerta, pero estaban en todas partes… Las luces entraban por las ventanas…

Casi se quedó sin habla.

— Retrocedí hacia la cocina…, y luego alguien me agarró por detrás, me di la vuelta y vi a un soldado de choque en medio de aquella luz, pero la visera de su casco estaba alzada y le vi los ojos…

Se tapó la cara ante aquel recuerdo.

— ¡Era espantoso! ¡Aquellos ojos horrorosos! Parecían como los…

— Cálmate, John. Ya sé cómo son. Tienes razón… Y entonces, ¿qué sucedió?

— Me liberé y eché a correr. En aquel mismo instante se derrumbó la puerta de entrada, penetraron por allí y los atraparon…

Donovan sintió un espasmo, como si hubiera sido alcanzado por un impacto; a continuación, colocando a Josh a su lado, echó a andar por la calle y luego por dentro de la casa. Como el muchacho había explicado, la puerta principal estaba completamente destrozada. El interior de la vivienda, obviamente, había sido escenario de una violenta pelea. Donovan anduvo por encima de los esparcidos restos de un jarrón y recogió la gorra «Dodger» de Sean de entre aquellos restos, recordando, con un nudo en la garganta, cómo su hijo colgaba siempre gorra en el mejor florero de Marjorie, ante el disgusto de su madre. La voz de Josh llegó desde el umbral, ahogada por los sollozos.

— Luchó fuerte con ellos, y les dio de patadas para que liberasen a su mamá. Luchó y luchó, y les dijo que se presentaría su padre y les ajustaría las cuentas…

Mike dobló la gorrita y se la metió en un bolsillo sin alzar la mirada.

— De veras que fue un valiente, Mr. Donovan. Pero yo…

Se ahogó de nuevo.

— Yo sólo… me… escondí… Lo siento… Debería haber ayudado… Soy un gallina…

— ¡No, no lo eres!

Donovan agitó furiosamente la cabeza.

— ¡No te atormentes más, Josh! No había nada que pudieras haber hecho… Esos bastardos son muy fuertes. No pienso pelear con ellos nunca más… Acaba de contarme lo sucedido…

— Se los llevaron a todos a la plaza que está cerca del parque. Pude oír gritos y lloros. Luego las luces desaparecieron, lo mismo que todos… Todos menos yo.

Josh se calló, y se enjugó las narices con el dorso de la manga.

Donovan suspiró y dijo:

— «…Sólo he escapado para contar…»

Se produjo una larga pausa, mientras Mike trataba de pensar qué debía hacer. Josh alzó al fin la mirada.

— Mr. Donovan…, ¿volveré… a ver otra vez a mi papá y a mi mamá?

A Mike se le hizo de nuevo un nudo en la garganta y se quedó mirando fijamente al niño.

— Puedes estar seguro. Si dependiera de mí…

De repente pensó en el propósito original de su visita.

— Josh, la última vez que vine aquí le traje a Sean algo… ¿Sabes dónde lo guardaba?

Josh asintió y se dirigió a la repisa de la chimenea. Una foto de Donovan y de Sean, con el cristal ahora rajado, estaba tumbada hacia arriba. Josh buscó por debajo y sacó la llave dorada, de una pequeña grieta entre la repisa de la chimenea y la pared.

— Aquí está. ¿Qué es, señor?

— Una llave —respondió Donovan, alzándola y mirándola pensativo.

— ¿Para entrar dónde?

— En la barriga del leviatán…

Permaneció allí meditando durante largo rato y luego asintió.

— Vamos, Josh. Tienes aspecto de estar muy hambriento.

El muchacho asintió.

— Gracias, Mr. Donovan.

Echaron a andar por las solitarias calles, en medio de un silencio abrumador.

El tapón saltó de la botella de champán con un ruido satisfactorio. Daniel Bernstein sonrió. El joven continuó sonriendo mientras vertía el burbujeante vino en las copas de Lynn, Stanley y Abraham, y luego en la suya.

— Esto sí que es clase, ¿verdad? Champán para desayunar…

Stanley no tomó su copa.

— ¿Dónde lo has conseguido, Daniel?

— De un comerciante local. Uno que conoce el valor de tener amigos, especialmente «Amigos de los Visitantes».

Alzó su copa.

— Y ahora, un brindis por mi compromiso…

— ¿Qué? —preguntó Lynn sin comprender—. ¿Con quién?

— Con Robin Maxwell.

Los hombres se miraron furtivamente mientras el joven bebía. Finalmente, Lynn aventuró:

— Pero si ella se ha ido, Danny.

Daniel sonrió con aire de suficiencia.

— Oh…, no demasiado lejos…

Se miraron de nuevo.

— ¿Y qué piensa Robin de todo eso, Daniel? —inquirió Stanley.

La fatua sonrisa de su hijo se hizo aún más amplia.

— Aún no lo sabe. Pero la quiero…, y la conseguiré. Del mismo modo que he deseado este champán…, y lo he conseguido.

Apuró la copa.

— En caso contrario, se lo haré pasar muy mal a su familia.

Dejó en la mesa su vacía copa, sonriendo animadamente a los suyos. Lentamente, el abuelo alzó su copa, con sus ojos negros fijos en los de Daniel, tan parecidos a los suyos… Luego, el anciano arrojó el champán directamente al rostro de su nieto. Daniel se ahogó y escupió furioso, momentáneamente cegado. Abraham se puso en pie y salió de la habitación, encaminándose hacia la casa de la piscina.

Poco después, Daniel apartó a Abraham de su camino, atravesando furiosamente la entrada.

— ¡Oh, Dios mío! —gritó Lynn, mientras el resto de la familia Bernstein le seguía.

Rodearon la esquina hacia la casa de la piscina y vieron a Daniel, aferrando brutalmente con una mano la muñeca de Robin, y sacándola a rastras de la casa de la piscina. Estaba congestionado, y no parecía él mismo.

— Vamos, pequeña zorra… Te enseñaré lo que Brian no puede hacer contigo…

— ¡Déjame! *¡Danny!* ¡Estás loco!

Forcejeaba con toda su fuerza, escuchando los asustados lamentos de Katie detrás de ella y las

desconcertadas preguntas de su padre.

— ¡Basta! ¡Daniel! No voy a ir contigo a ninguna parte… Eres un monstruo…

Siguió arrastrándola, mientras su padre y su madre se precipitaban fuera de la casa de la piscina. Robert tenía los ojos inyectados en sangre. Tanto para salvar a su hijo como a Robin, Stanley le sujetó, le hizo dar la vuelta y lo tiró a la piscina.

— ¡Refréscate, idiota! —le gritó.

Daniel salió del agua, con mirada salvaje y la pistola Visitante en la mano.

— *¡Daniel! ¡No!* —aulló Lynn, interponiéndose entre su marido y su hijo.

Éste vaciló y bajó el cañón del arma. Furiosamente, saltó fuera de la piscina y se encaminó hacia el interior de la casa. Todos permanecieron quietos, hasta que la voz de Kathleen Maxwell rompió su inmovilidad.

— Debemos irnos, Bob. Llamará a sus amigos.

— ¡No lo hará! —protestó Stanley. Lynn le puso una mano en el hombro.

— Ya has visto su cara. Sí, creo que será mejor que se vayan de aquí… Les ayudaremos… ¿Qué más podemos hacer?

Sancho Gómez frunció el ceño mientras maniobraba su vieja camioneta azul de reparto para doblar la esquina. Mirando hacia ambos lados, prosiguió despacio, contrariamente a lo que solía ser su desenfadada manera de conducir. Sus ojos se fijaron en un paquete envuelto en papel plata que se encontraba en el asiento de al lado, y lanzó una palabrota en voz baja. Al encontrar un sitio donde aparcar, se metió allí y, tras salir del vehículo, fue hacia la parte trasera de la camioneta, llevando los merengues «Hershey». Abrió la puerta y comprobó las cuerdas que sujetaban su cortacéspedes y algunos arbustos que debían trasplantarse, mientras musitaba:

— ¿Todo está en orden?

Robert Maxwell y su familia se encontraban debajo del suelo falso de la camioneta de Gómez, jadeando, agradecidos, el aire fresco.

— Muy bien —susurró Maxwell.

— ¿Qué vamos a hacer? —inquirió Katie.

— Hasta ahora todo marcha, pero ya estamos cerca del control de carreteras.

Katie volvió a quejarse de nuevo, y Kathleen le siseó. Robin hizo una mueca mientras se retorcía para dejar más sitio a su hermana menor.

— ¡Nunca lo conseguiremos si no deja de llorar, mamá!

— ¡Ah! Casi lo olvidaba.

Sancho les entregó los merengues «Hershey».

— Esto ayudará.

— ¡Piensa en todo!

Robert Maxwell pareció sorprendido.

Sancho sonrió, mirando más allá del techo de la camioneta, hacia las distantes nubes.

— Verá… tengo un poco de experiencia en estas cosas…

Bajó la mirada durante un momento; luego, hizo una mueca, regresando para situarse en el asiento del conductor. Mientras ponía la camioneta en marcha, Eleanor Dupres salió de su casa, en

el lado opuesto de la calle, con las llaves de su coche en la mano. Miró pensativamente la furgoneta mientras Sancho la saludaba con el sombrero El hombre comenzó a sudar al escuchar de nuevo un gimoteo de la niñita, seguido por un apagado quejido mientras se alejaba del bordillo. Miró rápidamente por el espejo retrovisor hacia Mrs. Dupres y comprobó que la mujer lo miraba especulativamente.

Minutos después, el control de carreteras surgió amenazante ante ellos. Sancho hizo una leve mueca mientras tomaba una gran cebolla del salpicadero y la mordía, masticando vigorosamente.

Puso la primera marcha y, aún masticando, se encaminó hacia dos polis encargados del control de carreteras. Pero sus ojos no perdieron de vista al silencioso soldado de choque, que se mantenía en guardia.

Uno de los agentes se aproximó a la cabina cuando Sancho se detuvo, haciendo ademanes hacia el otro hombre.

— Comprueba la parte de atrás, Randy.

El otro hombre asintió, dirigiéndose a la parte posterior del vehículo.

Sancho sonrió abiertamente al policía y se inclinó hacia él.

— ¡Hola, agente! ¿Cómo está?

El hombre retrocedió ante el pestilente aliento de Gómez.

— ¿Hacia dónde va?

— A El Tapeyac, un poco más allá de las afueras de la ciudad. Con los mejores alimentos al norte de Ensenada.

Sancho miró por el espejo retrovisor, viendo cómo el agente Randy inspeccionaba el vehículo. Los sensibles oídos del jardinero captaron un leve quejido en la parte trasera de la camioneta; vio a Randy tenso y supo que también lo había oído.

Mantén a la chiquilla tranquila, Maxwell, o estamos perdidos, pensó Sancho fervientemente.

— ¿El Tapeyac? No lo conozco —dijo el policía, examinando el permiso de conducir de Sancho.

Se volvió hacia su compañero.

— ¿Cómo va la cosa ahí atrás, Randy?

El hombre meneó la cabeza, y Sancho cerró los ojos, momentáneamente aliviado.

— No pasa nada, Bob. Todo en orden.

— Muy bien…

El agente Bob dio un paso atrás, aliviado por mantenerse fuera del alcance del aliento de Sancho, haciendo ademanes para que el camión pasara.

— Pues adelante, Pedro.

— *Sancho, señor*.

Metió la primera y, por el retrovisor, comprobó que Randy le observaba.

Sancho sonrió y asintió complacido.

— Muchas gracias, señor.

Juliet Parrish miró más allá de la enorme alcantarilla hacia el desvencijado edilicio que en un tiempo albergara oficinas y maquinaria del sistema de procesamiento del agua residual de Los

Ángeles. Elias la tomó del brazo.

— Ahora ten cuidado, Juliet. Cuidado dónde pisas. Con precauciones, Juliet siguió su camino por la loma, apoyándose en su bastón. Brad les siguió. Había pasado una semana desde la muerte de Ben: su funeral había tenido lugar hacía dos días. Caleb era ahora, junto con Elias, miembro confirmado del sólidamente creciente grupo clandestino. Juliet silbó de dolor cuando una piedra rodó bajo sus pies. No estaba segura de si las lesiones en el nervio se convertirían en permanentes, pues el rayo del arma alienígena le había dejado una fea cicatriz en la cadera derecha.

Cuando se quitó las vendas aquella mañana, Ruby Engels la ayudó; Juliet hizo una mueca, y las lágrimas inundaron los ojos de la anciana cuando vieron los aún ennegrecidos verdugones. Juliet sonrió ligeramente:

— Es una suerte que no me hayan gustado nunca los biquinis… Recordando la escena, Juliet frunció el ceño. No quería asustarse ante la perspectiva de una desfiguración permanente, pero, de momento, su carencia de movilidad era lo que más le preocupaba. ¿Cómo dirigiría a su grupo sin poder salir de su casa? Y nadie más parecía deseoso de asumir semejante responsabilidad. (Si alguien lo hiciese, ella renunciaría con el mayor de los gustos.)

Con un deslizamiento final que le hizo morderse los labios, llegaron abajo, andando a través del macizo suelo de hormigón y mirando hacia el final del túnel. Tenía sus buenos siete metros de altura en este Punto. Elias lo indicó.

— El túnel corre por debajo de la ciudad. Conecta con algunos lugares formidables. ¿No es verdad que, excavando puedes llegar al «Beverly Hills Hotel»? Arañas y ratas son, probablemente, los mejores bichos a los que tendremos que persuadir para que cambien de vivienda. Pero, por debajo, lo que sobra es espacio…, incluso una antigua estación ferroviaria al final de uno de los túneles. A veces, los vagabundos duermen allí.

— Necesitaremos hasta el último brazo que podamos conseguir —indicó Juliet, mirando a su alrededor—. ¿Crees que nos ayudarán?

— Hablaré con ellos…

Miró hacia atrás al edificio.

— Es una lata que la electricidad no esté conectada.

— Me ocuparé de ello —replicó Brad.

Elias miró a Juliet.

— Entonces, ¿todo va bien? Es una lástima que, estando junto a colinas como ésta, tengamos que venir aquí en coche.

— Es *perfecto*, Elias —replicó Juliet calurosamente—. Completamente oculto de la vigilancia por arriba, que era la razón de que hayamos tenido que reinstalar el campamento de montaña. Además, tengo la esperanza de convertir el túnel en nuestro cuartel general permanente. Así podríamos vivir aquí y no tendríamos que desplazarnos. Tenemos un montón de cosas que hacer…

— Dinamita…

Elias pareció aliviado.

— Ahora, mientras haces el traslado del material, pediré consejo a los «Ángeles». Aquí hay algo que tiene que ver con su actividad.

— ¿La pandilla callejera?

Juliet pensó con rapidez. No sabía cómo responderían a la idea de una mujer como líder, pero serían buenos compañeros.

— Claro que sí. Odian a los Visitantes tanto como nosotros; nunca han aceptado de buen grado que les prohíban cosas.

— ¿Crees que podrás hablar con ellos para pedirles que nos ayuden?

Elias cambió rápidamente a su jerga habitual.

— ¿Estás bromeando, mamaíta? Hablas con el Henry Kissinger del Este de Los Ángeles. Ya te lo demostraré.

Se alejó pavoneándose, pero se volvió cuando Juliet habló:

— Elias…

Mientras miraba, la mujer le sonrió, brindándole un agradecimiento sin palabras. Elias le hizo el signo de la «V», silbando:

— Somos una familia…

Daniel Bernstein abrió la puerta de la calle mientras sonaba el teléfono. Se apresuró a través de la habitación para descolgarlo al quinto timbrazo.

— Diga…

Mientras hablaba, alargó la mano para alcanzar un vaso del bar que tenía a la derecha, sirviéndose un buen chorro de escocés.

— Sí, soy su hijo Daniel. No, mi padre no está aquí. ¿Qué? ¿Que lo han llevado? ¿Cuándo? Probablemente sólo querrían llevarlo a casa—¿Dijeron que «arrestado»?

Titubeó durante un segundo y luego colgó, sin siquiera despedirse.

Pulsando en el teclado con rapidez, hizo otra llamada.

— Oiga… ¿Puedo hablar con Mrs. Bernstein, por favor?

Vaciló.

— ¿Qué? ¿Almuerzo? ¿Pero si eso fue hace *cuatro* horas? ¿A qué hora se fue ella a comer? ¡No, no está en casa! Estoy solo…

Entonces advirtió la realidad y colgó el teléfono, mirando a su alrededor al silencioso televisor, las cerradas puertas…

Tal vez el abuelo estaba dando su paseo habitual; sí, eso debía de ser. Erró de habitación en habitación, bebiéndose de mala gana el escocés. Dos horas después se percató, ya borracho, de que no regresarían.

Sancho Gómez sonrió aprobatoriamente a los mismos agentes de Policía mientras se detenía delante del control de carreteras en su viaje de regreso a la ciudad. Ninguno le devolvió la sonrisa. El agente llamado Bob y un guardia Visitante se acercaron a la trasera del camión, abriendo la puerta con violencia.

— El informe de Mrs. Dupres era correcto… Estaba sacando a gente clandestinamente de aquí… Pero ahora está vacío —le dijo—. ¡Esta vez has fallado, Randy!

El policía que se encontraba al lado de Sancho alzó tristemente su arma.

— Sal del camión…, lentamente…

Sancho miró a su alrededor y vio a cuatro soldados de choque apuntándole con sus fusiles.

Encogiéndose de hombros, salió de la furgoneta.

Mike Donovan y Josh Brooks paseaban por la calle, procedentes de «Vitello's». El letrero del restaurante iluminó una camioneta aparcada enfrente.

— Justo a la hora —comentó Donovan, asiendo a Josh del brazo.

Cruzaron la calle y se metieron en la furgoneta. Tony y Fran Leonetti asintieron y luego el vehículo comenzó a moverse. Tony lo dirigió a través de las oscurecidas calles durante varios minutos, antes de detenerse.

— Aquí estaremos a salvo…, por lo menos durante un par de minutos —explicó—. ¿Cómo van las cosas, Mike?

Donovan presentó inmediatamente a su compañero y volvió a contar los principales acontecimientos de las dos últimas semanas, desde la introducción clandestina en la nave Visitante, concluyendo con lo había encontrado en la ciudad desierta de San Pedro. Tony y Fran movieron las cabezas, mirando con simpatía a Josh.

— Josh necesita quedarse con Fran durante algún tiempo —dijo Donovan—. ¿Sigues aún en casa?

— No demasiado —respondió la mujer—. La mayor parte del tiempo ayudo al movimiento clandestino.

Se volvió hacia Josh.

— ¿Te gustan los espaguetis?

El muchacho asintió.

— Claro que sí.

Ella le devolvió la sonrisa.

— No en vano mi nombre es Leonetti. Lo pasaremos muy bien los dos…

— ¿Dónde está ese campamento clandestino? —preguntó Donovan.

— Hay varios en torno de la ciudad, Mike —explicó Tony—. Uno se encuentra en la montaña; en coche es un paseo, pero recientemente han encontrado otra ubicación…, una planta abandonada de reciclado de agua, al pie de las colinas.

Donovan sonrió.

— ¿Las montañas? ¿Como en El Salvador?

Tony se rió por lo bajo.

— Sí. También he oído que hay otro lugar en alguna parte del centro de la ciudad, pero no sé en qué edificio.

— Debemos averiguarlo —dijo reflexivamente Donovan—. Pero lo primero que quiero hacer es comprobar qué abre esto.

Alzó la llave alienígena.

— Deben de tener algún talón de Aquiles…, alguna fisura…

Tony alzó un dedo de advertencia.

— Ten cuidado, compañero…

Mike se echó a reír.

— Alguna pega en su blindaje. Algo que podamos emplear contra ellos. Y necesitamos

averiguar adónde llevan a la gente que ha desaparecido.

— Eso es, me has convencido…

Tony puso de nuevo en marcha la camioneta.

— Ya es hora de irnos…

— Cuidaos también vosotros, ¿de acuerdo? —dijo Fran, mirando uno a otro.

Alargó la mano para asir la de Tony mientras éste conducía.

— No puedo hacer nada sin vosotros.

— ¿Dónde va, Mr. Donovan? —quiso saber Josh.

Mike alzó un pulgar. Josh abrió los ojos, llenos de preocupación. Mientras la furgoneta seguía su camino a través de las calles, se retrepó en el asiento, mirando por la ventanilla, hacia la enorme nave que pendía sobre la ciudad.

Daniel Bernstein estaba sentado a la cabecera de la mesa del comedor con una botella delante de él. El borgoña había bajado ya en dos terceras partes. Los restos de una cena rápida estaban sembrados por la cocina, pero, por la fuerza de la costumbre, Daniel había despejado la mesa. Ahora estaba sentado, escanciándose otra copa de vino y tratando de no permitir que su mirada pasase de una silla vacía a otra. Una llamada en la puerta del vestíbulo le hizo alzar la mirada esperanzadoramente, pero su expresión desapareció cuando vio a Brian; Daniel se quedó mirando su copa, sin invitar a sentarse al jefe de los «Amigos de los Visitantes».

Brian suspiró.

— Daniel, te pido disculpas. Sé que debes de estar muy decepcionado conmigo. Te prometí una amnistía para tus padres, pero…, mis superiores me desautorizaron y ordenaron que tu familia fuese llevada a interrogatorio. Pero regresarán pronto a casa, te lo prometo.

Daniel alzó la mirada.

— ¿De veras?

— Tienes mi palabra…

El tono de Brian resultaba tranquilizador.

— ¿Conseguiste capturar al científico de quien te hablé?

— No… Por desgracia, cuando llegamos ya habían desaparecido. Pero daremos con ellos, no te preocupes. Y, de todas formas, ¿quiénes son?

— Sólo un científico y su familia…

Daniel tomó un sorbo de vino.

— ¿Estás seguro de que los míos se encuentran bien? ¿Qué me dices de mi abuelo? Es de esa clase de viejos…

Brian pareció incómodo durante un segundo, aunque luego prosiguió con el mismo tono suave:

— No está muy bien, Daniel…

— Pero si esta mañana se encontraba perfectamente…

— Sí, pero ya sabes cómo son las personas de edad. La excitación no es nada buena para ellos. Pero nuestros médicos le están cuidando… Son buenos, muy buenos. Confían en que pronto se encuentre mejor. ¿Y qué me dices de ti? ¿Te sientes ya bien?

— Supongo que sí… —musitó Daniel, con los ojos fijos en la mesa.

Brian se dejó caer en una silla a su lado y colocó una mano consoladora en los hombros del

joven.

— Mira, tengo otras noticias que servirán de ayuda. Te van a ascender.

Daniel alzó la vista.

— ¿Eh?

— Serás mi segundo en el mando.

— ¿Qué?

Una luz brilló en los oscuros ojos de Daniel.

— ¡Felicidades!

El Visitante alargó la mano y estrechó la de Daniel, apretándosela vigorosamente y dándole después unos golpecitos en la espalda.

— Pues yo… —tartamudeó Daniel, sonriendo.

— Y eso no es todo. Cuando informé a Diana de tu lealtad, me dio esto para ti.

Brian sacó un estuche de lucita y se lo tendió a Daniel. Éste lo abrió y vio un anillo de oro, con un gran brillante engastado.

— ¡Brian! ¡Vaya!

Se lo probó. Le encajaba a la perfección.

— Me alegra que te guste. Y, una vez más, estoy orgulloso de tenerte en mi unidad.

Alargó la mano, y esta vez Daniel la tomó entusiásticamente, moviéndola de arriba abajo y sonriendo, agradecido, a su amigo.

CAPÍTULO XIV

Unas olas oscuras le salpicaron, empapando los zapatos de lona de Mike Donovan, mientras él y Tony Leonetti se arrastraban a lo largo de la base del rompeolas de la refinería «Richland». A su izquierda, una alta pared de piedra surgía de entre las rocas, con una estrecha escalera de servicio que llevaba hasta un saliente a mitad de camino. Donovan hizo una pausa, con su rifle alienígena colgándole de los hombros, y alzó la mirada.

— Tendremos que llegar hasta allí —susurró, con la boca casi tocando la oreja de su amigo—. ¿Podrías auparme?

Leonetti hizo una mueca. Donovan era casi quince centímetros más alto y veinte kilos más pesado que él, pero su envergadura y fuerza eran también mayores. Tony asintió.

— Sí, pero date prisa…

Donovan asintió, tendiendo a Tony su arma. Leonetti la alzó por encima de sus hombros, puso las manos en forma de copa y luego apuntaló su espalda.

— Uno, dos, tres… ¡Arriba!

Mientras Tony empujaba, con todos sus músculos en tensión, Donovan se impulsó hacia arriba. Finalmente, sus dedos pudieron aferrarse al reborde y, gruñendo, se proyectó hacia arriba, con los pies rascando suavemente cuando encontró un punto de apoyo en la pared.

Una vez arriba, descansó durante un momento y, a continuación subió con cautela unos cuantos peldaños de la escalera. Luego se deslizó rápidamente hacia abajo.

— Hay un centinela apostado —siseó en la oscuridad a su compañero—. No darán ninguna oportunidad a personas no autorizadas para viajar, como yo… Tírame el arma…

Un momento después, sus dedos se aferraron al portafusil del arma, se inclinó y extendió una mano.

— ¡Salta, Tony!

Con la otra mano se agarró a la escalera que se encontraba detrás de él. Un gruñido de esfuerzo, luego una palabrota apagada y, finalmente, una salpicadura.

— ¿Estás bien?

— Sí…

— Deberás saltar mucho más que eso, colega.

— ¡Maldita sea, Mike!

Pero esta vez Tony se aferró. Apuntalándose, Donovan tiró lentamente y, en un momento, Leonetti se encontró agazapado junto a él.

El asiático empuñó el arma alienígena.

— ¿Sabes cómo usar este cacharro?

— Es muy sencillo. Esto controla la intensidad del rayo. Cuanto más alto está, mayor es la intensidad. Lo preparas aquí, y éste es el botón para hacer fuego.

— ¿Viene con pilas de recambio?

Donovan se rió por lo bajo.

— Me figuro que será recargable. Si puedo introducirlo en un enchufe, lo probaré…

Tony mostró su entusiasmo.

— Son unos tipos muy inteligentes esos japoneses… Piensan en todo…

— ¡Mira!

Donovan se agachó cuando un reflector hizo una pasada por encima del agua.

— ¡Mierda! ¡Ha pasado muy cerca!

— Tiene un ciclo irregular —explicó en voz baja Donovan, alzando la mirada hacia la torre construida cerca de la refinería—. Aunque quizá lo operen a mano.

— ¿Cómo vamos a deshacernos de él?

Tony ladeó la cabeza hacia el centinela. Desde aquel ángulo apenas podían ver la parte superior de su casco, cada vez que paseaba en su ronda.

— ¿Qué te parecería una aproximación directa?

— ¿Te refieres a algo como aquella vez en Camboya?

— Sí, y a mí me tocará de nuevo hacer de pichón, supongo…

Tony parecía disgustado.

Donovan exhibió el arma.

— Yo soy el que tiene la potencia de fuego…

— Está bien —suspiró Tony—. También serás el que tendrá que explicárselo todo a mi viuda.

Se deslizó por la escalera, procurando que sus suelas de goma hiciesen el menor ruido posible, y luego saltó por encima del muro. Donovan trepó detrás de él. En cuanto llegó a lo alto, vio la espalda del centinela delante de él, con el fusil apuntando a Tony, que estaba de pie, con las manos encima de la cabeza, y hablando con rapidez:

— Hola… Me llamo Tony. Verá… Mi barca de pescar camarones tuvo una avería al regresar de Corea, y he estado andando a través del agua desde tan lejos que…

Donovan golpeó al centinela violentamente con la culata del fusil, y el alienígena cayó y quedó inmóvil en el suelo.

Tony le quitó el arma al Visitante.

— Has tardado mucho, Donovan. No hay duda de que estás perdiendo facultades.

— ¡Caramba…!

Unos cuantos minutos después, ya en los terrenos de la refinería, escucharon un grito en el rompeolas y supieron que el centinela había sido descubierto.

— Deberíamos haberlo arrojado por encima del muro —dijo Donovan, enfadado por no haber pensado antes en ello—. Habríamos tenido unos minutos más mientras lo buscaban.

Se deslizó entre dos grandes tuberías, agachándose para evitar una tercera en el laberinto que les rodeaba, mientras se abrían camino hacia el aparcamiento.

— La previsión lo es todo —gruñó Tony, dejándose caer sobre las manos y las rodillas para seguirle—. Pero, de todos modos, no me gustaría pensar que hemos caído tan bajo como para asesinar a sangre fría. Aunque sean un montón de lagartos bajo esas caras tan bonitas.

Hacía ya varios minutos que se deslizaban a través de las tuberías, cuando avistaron la lanzadera Visitante, con la bodega de carga abierta. Pero esta vez no vieron trabajadores conectando mangueras para transportar los productos químicos. Habían desaparecido los depósitos del interior y, ante las puertas, con las manos encima de la cabeza, habían *personas*.

Donovan y Leonetti se agazaparon, observando a las tropas de choque Visitantes que empujaban con violencia a los prisioneros para que entrasen en la lanzadera. Hombres. Mujeres. Algunos niños, varios de los cuales lloraban entrecortadamente, mientras que otros permanecían de pie con los ojos vidriosos por el pánico. Una niñita aferraba un osito de peluche roto. Se le veían magulladuras en la cara. También había una madre con un bebé. Había una joven en avanzado estado de gestación. Un muchacho, de la edad de Sean, llevaba una gorrita de béisbol…

— ¡Jesús, Mike!

Tony volvió hacia su compañero unos aterrados ojos oscuros:

— ¿Qué diablos está pasando?

Donovan movió la cabeza.

— No lo sé. Pero debemos averiguarlo.

Miró a su alrededor, obligándose a estudiar las personas que se llevaban. Parecían una muestra representativa. Le llamó la atención un hombre, de ojos oscuros y rasgos hispánicos, que llevaba un deslucido sombrero vaquero y pantalones de trabajo. La sangre le rezumaba de un corte encima del ojo, pero se mantenía desafiante, sin humillar la cabeza.

— Muy bien, Tony. Pongámonos al trabajo, como siempre.

Donovan se preparó cuando las puertas de la bodega comenzaron a cerrarse, y los pilotos treparon adentro.

— Está bien. Esta vez no voy a viajar…

Avanzaron juntos, pero, de repente, les rodeó un estallido de disparos alienígenas. Alzando la vista, descubrieron a unos soldados de asalto en las pasarelas por encima de ellos, disparando… Donovan repelió el fuego, pero otra explosión cercana alcanzó a ambos. Retrocedieron y se alejaron de la lanzadera, percatándose de que iban a ser atrapados en un fuego cruzado. Donovan apuntó a los cables eléctricos que, por encima, corrían hacia los focos del aparcamiento.

— ¡Los cables, Tony! ¡Dispara contra los cables!

— No puedo hacer funcionar este maldito chisme…

Donovan alargó la mano para tomar el arma de Tony. Una explosión de electricidad azul llenó el aire y dejó un intenso olor a ozono apenas a medio metro de su cabeza. Mike tiró de un mecanismo.

— ¡El seguro! ¡Inténtalo otra vez!

Tony alzó el arma, apuntó y una explosión de fuego azul rompió uno de los cables. Las luces parpadearon, y algunas se apagaron. Un cable oscilante cayó, salpicando un dorado chorro de chispas, que alcanzaron a uno de los soldados de asalto. La criatura emitió el peculiar grito ululante, que Donovan ya había oído antes, y caía muerto.

Donovan empujó a su compañero.

— ¡Sube a la pasarela! ¡Por allí podremos avanzar con mayor rapidez! ¡Vamos! ¡Te cubriré!

Tony salió disparado hacia las escaleras y comenzó a subir por ellas. Al llegar arriba dobló una esquina de la pasarela y se encontró ante otro Visitante. Casi sin pensar, Leonetti proyectó su fusil y golpeó al guardián en el rostro. La criatura se tambaleó hacia atrás, buscando apoyo en la barandilla, pero Tony alzó su arma para golpearle de nuevo en el momento en que volvía la cara.

Era su verdadero rostro… El golpe de Tony había hecho saltar la máscara. Leonetti quedó un

momento aterrado ante aquellos rasgos de reptil y la criatura siseó y le escupió. Una nube de veneno rodeó la cara del asiático. Se tambaleó, llevándose las manos a los ojos, que le ardían como si se los hubiesen pinchado con agujas al rojo.

— ¡Mike! ¡Mis ojos!

Un rayo del fusil de Donovan pulsó delante de Tony, y luego, el oriental oyó el golpe de un cuerpo pesado. Se frotó los ojos al escuchar cómo su amigo corría hacia él. Se oyeron ruidos de lucha y luego, el grito de agonía de otro alienígena. A continuación, el disparo de un fusil, seguido por un jadeo humano. Algo se derrumbó a los pies de Tony.

— ¿Mike?

Tony se dejó caer sobre manos y rodillas, sintiendo en sus tendidos dedos el ante de la chaqueta de Donovan.

— Mike… ¡Oh, Dios mío…! ¿Estás bien?

Se agazapó al lado de su compañero, tratando de tocarlo…

Escuchó una pisada detrás de él; Tony comenzó a darse la vuelta, exactamente en el momento en que algo duro le golpeaba la nuca.

Se derrumbó hacia delante, por encima del cuerpo de su amigo, y permaneció allí, inmóvil.

CAPÍTULO XV

La luz del día era ya sólo un distante resplandor por detrás de Robert Maxwell, cuando éste alzaba la caja de agentes químicos embotellados y luego inclinaba la cabeza debajo de una hundida viga. Moviéndose cautelosamente en la penumbra, siguió su camino a lo largo del antiguo túnel de la cloaca. El suelo estaba seco, pero arrugó la nariz ante algunos de los olores que el polvo levantaba a causa de las pisadas. Robin, que iba detrás de él, olisqueó audiblemente.

— Cómo hiede aquí, papá.

— ¿Qué esperabas, cariño? Es una red de cloacas abandonada.

— ¿Por qué no podemos llegar a ese edificio desde la superficie? —lloriqueó Robin—. Llevamos una semana. Estoy segura de que ya no nos buscan…

— No estés tan segura —replicó Maxwell—. Según los informes de campamento de las montañas, Sancho fue capturado en su camino regreso a la ciudad… ¡Pobre hombre! Si hubiera algo que pudiese hacer por él…

Se agachó para evitar una telaraña, observando al frente un distante resplandor.

— Ya llegamos al final, cariño.

— Estupendo…

A Robin no parecía convencerla aquello en absoluto. Maxwell frunció el ceño, luchando por no perder los nervios. La semana que permaneció en el campamento de la montaña había resultado infernal a causa de los interminables lloriqueos y quejas de su hija mayor. Varias veces, Maxwell se había alejado para no pegarle.

¿Por qué las adolescentes serán tan condenadamente egoístas? —se preguntó—. *¿Se trata sólo de mi hija o todas son así? Dios sabe que Polly tiene muchas más agallas que las que Robin haya jamás mostrado y eso que sólo tiene doce años…*

Inmediatamente se sintió avergonzado de sus pensamientos. Polly había sido siempre la favorita de sus tres hijas, y Maxwell se sentía culpable cada vez que reconocía ese hecho. Había sido en parte aquella culpabilidad la que le impulsó a llevar a Robin consigo aquella mañana, además del convencimiento de que si no la distraía, intentaría algo descabellado. Robin nunca había tenido la virtud de prever las consecuencias de sus acciones, un defecto que enloquecía particularmente a Maxwell, puesto que era también uno de sus máximos *defectos*.

Los Maxwell emergieron del túnel y empezaron a abrirse camino por la alcantarilla sembrada de piedras, para acercarse a la puerta principal del cuartel general. Una centinela les observó complacida, aunque su mano siguió reposando en la culata de su pistola del «38» reglamentaria de la Policía, que llevaba en la cintura.

— Robert Maxwell. Ésta es mi hija, Robin. Del campamento de la montaña.

— ¡Hola, doctor Maxwell! Ya nos dijeron que venía. ¿Cuál es la contraseña, por favor?

Robert sonrió.

— Me gustaría saber quién se ocupa de esas cosas. «Yabba el Cazador Comevisitantes…»

La mujer se echó a reír.

— Sí, también a mí me gustaría saberlo. Debe de pertenecer a la generación de Robin. Me

tienen que informar de este extremo.

Robin miró fríamente hacia delante. La guardiana se la quedó mirando y alzó una ceja interrogativa en dirección a Maxwell, quien se encogió, impotente, de hombros.

— Bueno, ahora que me encuentro aquí, me gustaría hablar con quien esté al mando. Averiguar qué puedo hacer para ayudar…

— ¿Sabe algo de carpintería?

— Todo lo más que he conseguido ha sido destrozarme el dedo gordo —replicó Maxwell.

— Vaya a ver a Juliet Parrish, está en el piso de arriba. Baja, rubia. Anda apoyándose en un bastón.

— Pues hasta luego…

Haciendo una indicación a Robin, Maxwell se encaminó hacia las escaleras.

En lo alto de las mismas, vio a una mujer que se alejaba de él, apoyándose en un bastón.

— ¿Juliet Parrish? —la llamó Maxwell, titubeante.

La mujer se volvió ante el sonido de aquella voz.

— ¿Miss Parrish? —repitió, dejando la caja de cartón con productos químicos que llevaba—. Robert Maxwell, antropólogo. Mi hija, Robin.

La joven se volvió para sonreír a Robin. Maxwell quedó sorprendió ante su juventud; parecía más o menos de la misma edad que sus ayudantas graduadas, es decir, veintitrés o veinticuatro años. Sin maquillaje, rubia, con el cabello cayéndole por encima de los hombros, una camisa abotonada y un suéter pardo. Sólo sus ojos azules, ensombrecidos a causa del cansancio, traicionaban una edad que nada tenía que ver con los años.

— Me alegro mucho de que se encuentre con nosotros, Mr. Maxwell —le dijo con una sonrisa.

— Robert, por favor… Mr. Maxwell es mi padre —repuso Maxwell, mirando a su alrededor —. Me han dicho que es usted la que organiza aquí las coséis.

Ella se echó a reír.

— Eso le dijeron, ¿eh? Pues ya ve con cuánta facilidad se engañan. Pero lo intento. Vamos, permítame que le enseñe todo esto…

La siguieron a través del polvoriento y arruinado interior de la vieja planta de reciclado de agua. Maxwell vio la «V» roja, símbolo dibujado con aerosol en varias paredes con la pintura descascarillada. Los sonidos de martillos y sierras trabajando llegaron a oídos de Maxwell. Varias personas tapaban agujeros en las paredes y en los suelos. Juliet habló fuerte para imponerse al ruido:

— Intentamos que este lugar esté lo mejor posible para traer a nuestra gente y equipo desde el campamento de la montaña. Queremos hacer habitable este lugar…

Se apartó ante una lluvia de yeso que caía por encima de sus cabezas. Una bombilla desnuda colgaba de un agujero en el techo.

— O, por lo menos, seguro…

Robert suspiró.

— No creo que ningún lugar sea ya seguro.

— Tiene razón —convino ella.

Una mujer, de cabello despeinado, asomó la cabeza por una de las habitaciones:

— ¡Eh, Juliet! ¿Dónde está la válvula de cierre de la entrada del agua?

Juliet hizo ademán de abrir las manos, con aspecto un tanto cansado:

— No lo sé, Louise. Prueba por ahí…

Señaló al otro lado del vestíbulo y se volvió hacia los Maxwell.

— Los servicios, se lo digo de pasada, están en la parte de allá del vestíbulo… Son un tanto pintorescos…

Sonrió tímidamente, apartándose, con una mano sucia, un mechón de pelo que le tapaba los ojos.

Robin hizo una mueca.

— Estoy segura…

Pasaron ante un cuarto en el que había un microordenador y un equipo de radio. Al pasar, Juliet hizo un ademán hacia todo aquello.

— Ésta es nuestra modesta BBC. La cocina está allí. Intentamos tomarnos de vez en cuando un tentempié y tener una hora para comer. Ten cuidado, Robin…

La muchacha se había acercado al hueco del ascensor.

— Esos agujeros…

— Sí —replicó Robin—, ya los veo…

Su voz expresó que también se había percatado de la suciedad, de las telarañas y de las cucarachas. Juliet se quedó mirando a Robert.

— No cabe la menor duda de que no se encuentra precisamente encantada de estar aquí.

Robert asintió.

— Sí. No es el «Galería», ¿verdad? La he traído porque pensé que, realmente, se iba a volver loca en el campamento de las montañas.

— Pobrecita…

Juliet miró la espalda de Robin mientras la chica, titubeante, observaba la cocina.

— Hay muchas más de su edad rondando por aquí.

Robert había metido la cabeza en el laboratorio.

— Veo que está ordenando todo… En el campamento de la montaña había algún equipo. Quedé impresionado. ¡Un microscopio electrónico! ¿Cómo se las apañan para conseguir cosas así?

Juliet sonrió y se encogió de hombros.

— Pues…, hemos pagado todo lo que tenemos. De una forma o de otra.

Alzó la mirada hacia Maxwell.

— No podemos dejar mucho tiempo allí los aparatos más sofisticados y difíciles de transportar. Debemos conseguir traerlos aquí. Siempre temo que sobrevuelen el campamento y se den cuenta de repente que no se trata en realidad de instalaciones para gente rica. —Le sonrió—. Todo esto me recuerda que venía usted con esos productos químicos. ¿Le importaría traerlos?

— Naturalmente que no —repuso Maxwell—. Ahora mismo voy por ellos.

Con la caja de productos químicos en los brazos, Maxwell siguió a Juliet al laboratorio.

— Déjelos aquí, por favor.

Señaló hacia una deteriorada mesa de laboratorio junto a un fregadero. Otras dos personas se atareaban en la habitación. Uno de ellos, un joven negro, alzó la mirada hacia Juliet.

— Juliet…, ¿dónde me dijiste que instalase este mechero Bunsen?

— Allí, Elias.

Designó un rincón de la mesa.

— ¿Has encontrado alguna bombona de gas?

— No ha habido problema.

Señaló con el mentón una bombona que se veía en una esquina, otro joven, blanco, de rizado cabello castaño y gafas, también levantó la mirada.

— Eh, jefa. ¿Dónde ponemos el esterilizador?

— Allí, debajo de los armarios.

Se volvió hacia Maxwell.

— Doctor Maxwell, me gustaría que conociese a Elias y a Brad. El doctor Maxwell es antropólogo.

Asintieron complacidos. Maxwell echó un vistazo al laboratorio, contemplando, con una tímida y placentera sonrisa, que era, con mucho, la sala más limpia que había visto en el complejo. Juliet Parrish, al parecer, había concedido al respecto todas las prioridades.

Louise, con su cabello festoneado de telarañas, entró en el cuarto.

— Juliet, no encuentro la válvula de cierre del agua…

Juliet hizo un ademán a Maxwell, como diciéndole: «¿Qué puedo hacer?»

— Ahora lo miraré, Louise.

Fuera del laboratorio, Juliet divisó a Robin Maxwell, de pie en un rincón, levantando la mirada hacia una rendija por donde entraba el sol en una de las entabladas ventanas. Algo en la expresión de la chica le recordó a Julie la de *Algemon* poco antes de la hora de comer. Se mordió los labios. Deliberadamente evitó pensar en el *college*, en el doctor Metz, o en Ruth…, o en Ben…, o en Denny. Juliet trató de aliviarse la tirantez que sentía en la garganta, mientras buscaba una llave inglesa para encaminarse al almacén, donde había algunas tuberías. Con toda seguridad, tanto la cañería del agua caliente como la válvula de cierre deberían encontrarse allí.

Juliet comenzó a apretar la válvula de cierre con la llave inglesa. De pronto, la tubería que corría por encima de su cabeza comenzó a verter agua sucia, mientras la presión hacía estallar la vieja válvula. Juliet jadeó entre aquella agua sucia: necesitaría tomar otro baño cuando terminase con aquello, y sus suministros de agua corriente eran tan limitados… Frustrada, volvió a colocar la llave inglesa en la tuerca, apretándola con rápidos y furiosos tirones, pero el agua la hacía resbaladiza, y la herramienta perdió su agarre y se soltó, dándole un golpe tan fuerte en los nudillos, que hizo a Juliet ver las estrellas.

Mientras su respiración se convertía en sollozos de furia, Juliet intentó de nuevo, sólo para que aquella maldita cosa le siguiese arañando la piel de los llagados nudillos. Juliet gritó de dolor y tiró la herramienta, asiéndose la lastimada mano.

— Juliet, cariño…, ¿estás bien?

Se trataba de Ruby Engels. La anciana asomó por el umbral, y luego, al ver las lágrimas de ira de Juliet, se acercó, cerrando la puerta detrás de ella.

— Estoy bien, Ruby —respondió Juliet. Hizo un ademán hacia la goteante cañería y meneó la cabeza.

— Claro que estás bien, Juliet —siguió Ruby, colocándole los brazos a su alrededor—. Pero no debes seguir forcejeando, con esa cadera aún lastimada… Buscaré a alguien que nos ayude.

Juliet se abrazó a ella, derrumbándose por completo ante aquella voz que traslucía simpatía.

— ¡Oh, Ruby! ¡No puedo hacer frente a esto! Casi siempre que hay algo que hacer, no aparece nadie que quiera o pueda llevarlo a cabo… ¡Mírame!

Se apartó del rostro el negro cabello.

— Tendré que darme otro baño…

Se estiró el borde de su mojado suéter.

— ¡Se supone que soy una *científica*, Ruby! Una doctora, algún día tal vez una investigadora bioquímica… ¡Pero no una fontanera! O… una especie de jefa de la guerrilla.

Sorbió y se limpió la nariz con la empapada manga.

— Todos creéis que puedo hacer frente a todo, pero…

— Sí…

Ruby la abrazó de nuevo, dándole golpecitos en la espalda.

— Lo sé. Estás tan asustada y tan desanimada como todos los demás.

Juliet hipó ligeramente mientras cesaban sus sollozos.

— Más…

Ruby le acarició cariñosamente el húmedo cabello.

— En estos tiempos, hay que buscar las almas de los hombres…, y de las mujeres también… Pues te diré por qué todos te miramos. Porque tienes un talante natural para la tarea, y lo vemos así, aunque no lo consigas… Eres una líder innata.

— Pues yo no me siento de ese modo —replicó Juliet, alzando la cabeza.

— No tienes que hacerlo. Limítate a confiar en tus instintos y en tu despejada mente. Cree en ti misma como hacen los demás.

Juliet respiró hondo aunque vacilante….

— ¿Y si no puedo acabar de confiar en mí misma?

Ruby se encogió de hombros, asumiendo sus modales de «mamá jiddish».

— Pues entonces, fíngelo. No notaremos la diferencia…

Juliet se echó a reír, su primera risa genuina desde la muerte de Ben. Ruby le devolvió la sonrisa.

Más tarde, aquella misma noche, Juliet escuchó la voz triunfal de Elias que gritaba su nombre:

— ¡Juliet! ¡Eh, Juliet! ¡Entrega especial! ¡El espécimen previsto!

La mujer salió cojeando de la pequeña habitación que empleaba como despacho-dormitorio, apoyándose en el bastón. Elias entraba por el vestíbulo, acompañados por sus amigos los «Angeles». Los miembros de la pandilla callejera transportaban algo alargado, voluminoso y rojo: al cabo de un segundo, Juliet se percató de que su carga era un soldado Visitante, con un cubo de la basura encima de la cabeza. Brad y Roben Maxwell se unieron a ellos.

Las piernas con botas dieron una patada al alienígena cuando le pusieron de pie. Con un «¡Arriba…!», Elias le quitó el cubo de la basura.

— ¡Cuidado con su arma! —gritó Juliet.

Rápidamente, Brad agarró la pistola del alienígena y la tiró al suelo El Visitante se tambaleó,

alzó una mano hacia su recio cabello castaño, volviéndose a inspeccionar el variado abanico de armas que le apuntaban. Juliet jadeó al reconocerle… Se trataba de Mike Donovan, el cámara…

— ¡Maldita sea, estúpidos!

Entumecido, apartó los dedos del lugar en que la basura se le había vertido; luego, al ver la mancha roja en su mano, su boca se retorció sardónicamente.

— ¿Alguien tiene una venda?

— No habla como ellos —comentó Robert Maxwell, con el bate de béisbol aún preparado.

— No es uno de ellos —explicó Juliet—. Pero puede tratarse de un simpatizante. ¿Dónde lo encontraste, Elias?

— En un callejón, a un par de manzanas de aquí. Erraba por allí, al parecer en solitario, por lo que yo y los «Angeles» decidimos que sería un perfecto espécimen para tu laboratorio. Difícilmente se les ve si no es por parejas.

Al parecer, las palabras de Juliet habían penetrado en la mente de Donovan, que se dio la vuelta hacia ella, con tanta rapidez, que se tambaleó nuevamente.

— *¿Simpatizante?* ¿De dónde habéis sacado esa estúpida idea?

Juliet se dirigió más al grupo que directamente a él.

— Conoce a Kristine Walsh. Debemos tener cuidado con él. Podría tratarse de un espía.

Se volvió hacia el atontado Donovan, que se recuperó al cabo de un momento.

— No debo quedarme para soportar todo esto… ¿Quién está aquí al mando? Brad se encogió de hombros, aunque sin bajar el cañón de su arma dejar libertad de movimientos a Donovan.

— Supongo que ya te imaginarás que es ella…

Apuntó con su mentón a Juliet, quien vestida con un chándal de un rojo oscuro, con el cabello aún enmarañado tras su batalla con la cañería, parecía más joven que de costumbre.

— ¿Quién? ¿Ella?

Donovan ladró una breve e incrédula risa.

— ¿Esa chiquilla?

Maxwell sonrió e hizo una mueca a Juliet.

— Una chiquilla muy lista, diría yo…

Ella le devolvió la sonrisa con otra más bien apagada, antes de dirigirse al indignado Donovan.

— ¿Quiere la venda ahora, Mr. Donovan? ¿O prefiere seguir sangrando?

Limpiándose restos de café molido de los manchados hombros del uniforme Visitante, Donovan la siguió al laboratorio. La mujer le indicó un taburete mientras se lavaba las manos; luego, cuando se sentó allí, se acercó, cojeando, con un desinfectante en la mano. Donovan la miró incrédulo.

— ¿Tiene que andar con un bastón?

— Sí —respondió la mujer, apartándole el pelo con rápidos y eficaces dedos e inspeccionando la herida.

— ¿Ha resultado también herida?

— Sí —Humedeció con desinfectante una torunda de algodón.

— ¿Dónde consiguió ese uniforme?

— Los vendían…

La mujer le apretó la herida.

— ¡Ay! ¡Lo ha hecho adrede!

— Claro que no… —replicó fríamente Juliet, frotándole otra vez—. Estése quieto.

— ¿Es usted doctora?

— Más o menos… —respondió ella, dándole otro apretón, y sujetando a Donovan la cabeza con una mano, cuando éste se movió, siseando.

— ¡Qué confortante…! ¡Ay! ¿No tiene un poco de novocaína?

— Sí, pero debo ahorrarla. Si no se está quieto… —le dijo Juliet, inspeccionando el chichón y frotándolo de nuevo—. ¿Cómo consiguió el uniforme?

— En la Nave Madre. Mi socio… ¡Ay, maldita sea! Tony y yo íbamos a dirigirnos allí para inspeccionar, pero nos dejaron sin sentido con una de sus armas. Cuando me desperté, dos de los Visitantes me ayudaron a escapar. Uno de ellos era un tipo al que ya conocía, llamado Martin, y la otra, una mujer, Barbara. Me dieron el uniforme y me explicaron que me iban a sacar con una lanzadera. Subí a bordo y, cuando llegué aquí, robé un camión y lo estrellé contra una barrera. Las cosas se pusieron feas durante algún tiempo, pero conseguí burlar los controles en las afueras de la ciudad. Empecé a errar por ahí, buscando un cuartel general que, según había oído, se encontraba en el centro de la ciudad…

— ¿Con ese uniforme? Ha sido una locura, Mr. Donovan. Elias y los «Angeles» le podían haber matado de haberse encontrado en otro estado de ánimo…

Le frotó de nuevo el corte, pensativa.

— Esa explicación acerca de su huida me hace pensar en que todo sea un montaje.

— No lo creo así… ¡Maldita sea…! ¿Dónde quiere ir a parar?

— ¿Y por qué no lo cree?

— Porque… parecían condenadamente sinceros, hablándome acerca de una especie de quinta columna organizada dentro de los Visitantes… Explicaron que no eran muchos, pero que no todos estaban de acuerdo con los planes de sus dirigentes respecto a nosotros… ¡Ay!

Se apartó.

— ¡Ya es suficiente! ¡Maldita sea, me está torturando igual que Diana tortura a nuestra gente en la Nave Madre…!

— ¿De veras? —preguntó Juliet sin mostrar demasiada sorpresa.

— Sí. Al parecer, esa zorra les da patadas.

Sintió que le punzaban en la cabeza.

— Eso de deslizarse en la Nave Madre no debe de ser fácil —observó Juliet—. ¿Por qué lo intentó?

— Estoy sumamente motivado…

La miró con furia.

— ¿Por qué lo hizo?

Sus preguntas eran amables, pero inexorables.

Con una apagada maldición, se volvió hacia ella.

— Porque mi hijo Sean está a bordo de la Nave Madre, junto con mi ex mujer y mi socio, y Dios sabe lo que les va a suceder… Lo mismo que a la demás gente de San Pedro. Se llevaron a

todos los habitantes de esa ciudad y los transportaron a la Nave Madre de Los Angeles…

— ¿Y debo creer todo eso? —le preguntó Juliet en voz baja, mirándole con fijeza—. A fin de cuentas, parece *usted* tan terriblemente sincero…

— ¡Es la verdad!

Con una breve y amarga risa, Mike Donovan alzó las manos.

— Me voy…

Se volvió para hacerlo, pero en el mismo momento en que salía por la puerta del laboratorio, Brad movió su fusil, y el aire se llenó con un chasquido de navajas y un ruido de cadenas. Mike Donovan titubeó y se cubrió con las manos en actitud defensiva. Juliet salió también y se situó a su lado.

— Yo no lo haría, Mr. Donovan… Andamos bastante escasos de vendas…

Hizo una breve pausa, y luego, mientras Mike se enderezaba con lentitud, continuó:

— Debe comprender nuestro punto de vista, Mr. Donovan. Usted fue de los primeros en subir a bordo de su nave, y trabajó íntimamente con ellos durante algún tiempo; hace unas noches se vio con Kristine Walsh…

Donovan se volvió, completamente sorprendido. La mujer asintió.

— Y ahora aparece por aquí, escapado de algún sitio, cuando hasta ahora no ha podido huir nadie…, y llevando ese…

— ¡Maldita sea! ¡Ya sé lo que llevo puesto! ¿Cómo se enteró de lo de Kristine?

— Porque me encontraba allí. Afuera. Vigilando.

— Buena eres tú para acusarme de espía…

La mujer asintió.

— Sí, lo vi todo.

— Entonces, ¿por qué demonios no gritaste para avisarme?

— No estaba del todo segura de si se trataba de una trampa, ni de qué lado estaba realmente usted.

Mike se la quedó mirando, con sus ojos verdes ahora muy serios.

— Me encuentro del lado bueno, muchacha. Puedes creerme.

Se produjo una larga pausa, y luego, finalmente, Juliet asintió:

— Está bien. ¿Por qué no nos cuenta lo que sabe?

El grupo se reunió en la zona de conferencias, y Donovan se colocó frente a aquellos rostros en los que se reflejaba aún la sospecha.

— ¿Vio alguno de vosotros la emisión interrumpida la noche en que los Visitantes declararon la ley marcial?

Se produjo un murmullo general de asentimiento.

— Pues bien, supongo que, indirectamente, soy el responsable de esa acción… aunque sospecho que, de todos modos, llegado el momento, también la hubiesen llevado a cabo. Aquella noche conseguí subir a bordo de la Nave Madre. Filmé a Diana y a Steven, uno de sus lugartenientes, comiéndose enteros animales tan grandes como un conejillo de indias. No son humanoides. Son reptiles de alguna clase, provistos de unas magníficas máscaras para ocultar sus rasgos alienígenas. Hasta anoche, creía que todos eran igual de feos también por dentro…

diabólicos, tal y como se aparecían a mis ojos en su exterior. Pero aquella noche, dos de ellos, Martin y Barbara, arriesgaron sus vidas para que Pudiera salir de la Nave Madre y regresara aquí… Por eso, ahora creo que no todos son iguales… Éste es, en resumen, el núcleo de la cuestión.

Unos murmullos excitados —en los que se mezclaban a partes iguales la creencia y el escepticismo— se difundieron en cuanto Donovan acabó de hablar. Elias hizo oscilar una excitada mano.

— ¿Reptiles? ¿Estás seguro, tío? ¿Qué aspecto tienen?

Donovan hizo una mueca.

— No soy un artista, muchacho…

— ¡Pero Roger sí lo es!

Una negra hizo adelantarse a un hombre de cabello oscuro.

— ¡Vamos, Rog!

Trajeron un trozo de tiza de alguna parte. En respuesta a la descripción de Donovan, Roger comenzó a dibujar en el muro de cemento. Mike le contempló admirado, con un escalofrío de reconocimiento a medida que tomaban forma los rasgos de reptil que ya había entrevisto dos veces (la segunda vez, poco antes de su captura en «Richland»). Mientras Roger dibujaba, Donovan continuó facilitando un de tallado resumen de la conducta de los Visitantes.

— ¿Algo así? —preguntó Roger, mientras daba un paso atrás.

— Sí…

Donovan asintió, con admiración.

— Tendría que ver mi cinta para comprobar cada uno de los detalles, pero se parecen bastante.

— ¿Y dónde tiene esa cinta, Mr. Donovan? —preguntó Juliet—. La emplearemos para nuestros estudios. Aunque precisaríamos, en realidad, de un herpetólogo. ¿Conoce alguien a uno?

— ¿Herpetólogo?

Elias hizo rodar sus ojos con fingido horror.

— No me digas que estás enferma, mamaíta…

En medio de las risas generales, Robert Maxwell admitió que tenía ciertos conocimientos de paleontología y algunos también de biología animal.

— Pero…, ¿unos *reptiles* que vuelan en navíos espaciales? —preguntó Brad—. ¡Qué locura! Los lagartos son estúpidos… Yo solía tener un camaleón como animalito doméstico, y, en comparación, me hacían pensar que un gato era un auténtico genio…

— ¡Los gatos son listos! —se enfadó Louise, que había adoptado un gatito extraviado, a los pocos días de trasladarse al viejo edificio.

— En realidad, no es una locura, Brad —le explicó Maxwell—. Podía haber sucedido incluso aquí en la Tierra.

— ¿Qué? —se extrañó Donovan.

— Hasta hace unos sesenta y cinco millones de años, al final del período cretácico, los reptiles gobernaron el planeta. Habían estado evolucionando y cambiando durante *millones* de años…, muchísimo antes de que hubiese aparecido el hombre. ¿Quién sabe en qué habrían evolucionado finalmente? Pero, entonces, según muestran las evidencias geológicas, un meteoro —en realidad

uno muy grande— chocó contra la Tierra, probablemente en algún lugar del océano. Su impacto introdujo una confusión en el medio ambiente, destrozando sin duda la cadena alimentaria. En primer lugar, elevando la temperatura y luego originando tanto polvo que todo el planeta quedó oscurecido durante un par de años. En definitiva, nadie sabe si esto elevó la temperatura, a través del efecto invernadero, o la hizo bajar, al bloquear los rayos del sol. Pero, de cualquier forma, el impacto probablemente contribuyó a eliminar a la mayor parte de la población de reptiles, permitiendo a los mamíferos, es decir, a nosotros, conseguir la primacía.

— ¡Espere un momento, doctor!

Elias meneó la cabeza.

— ¿Cómo diablos sabe todo eso, si ocurrió hace tanto tiempo?

— Iridio —explicó Juliet.

— Eso es, el iridio. Se trata de una sustancia muy común en los asteroides y, comparativamente, muy rara aquí, en la Tierra. Las capas de sedimentos en torno a la Tierra muestran más cantidad de iridio en los suelos de los estratos pertenecientes a hace sesenta y cinco millones de años. El impacto del asteroide ha sido, pues, aceptado como un suceso auténtico; lo que aún se sigue discutiendo es cómo afectó a la ecología de aquella época…

Elias pareció muy impresionado, a pesar de sí mismo.

— Así que está diciendo que tal vez ese meteoro caldeó el lugar y esos reptiles ya no pudieron apañárselas…

— Aquí, en la Tierra, los reptiles son de sangre fría, Elias —contestó Juliet—. Su metabolismo interno no puede acomodarse para hacer frente a grandes variaciones de temperatura, como lo hace el metabolismo de los mamíferos.

— ¡Eh!

Elias chascó los dedos.

— Pues lo que debemos hacer es emplear miles de barbacoas a la vez y, ¡pum!, esos reptiles se convertirían en patatas fritas…

Todos se echaron a reír. Maxwell movió la cabeza, sonriente.

— Me temo que no sea tan sencillo. ¡Ojalá lo fuera! El calor extremo, probablemente los alejaría; pero el único problema es que, con su tecnología, deberíamos mantener el planeta tan caliente que, tal vez, también *nosotros* nos freiríamos. Además, el generar calor con tanta rapidez nos llevaría a una especie de holocausto nuclear.

— Entonces, olvídelo —repuso Brad—. Matar a toda la raza humana para lograr desembarazarnos de los Visitantes está fuera de toda cuestión.

— ¿Y qué pasa con el frío? —preguntó Louise—. Aquí, en la Tierra, los reptiles no pueden resistir el frío.

— Esos chupones probablemente podrían hacerlo —explicó Caleb Taylor—. El que me rescató a mí resistió más de doscientos grados bajo cero.

— Esas pieles falsas deben de actuar como aislantes —concedió Donovan—. Además, el uniforme me ha hecho sudar. El tejido es superábante. Tal vez eso explique cómo pudo hacerlo.

Pensó durante un momento.

— Mantienen la Nave Madre tan débilmente iluminada… Una luz muy brillante, ¿llegaría a

cegarlos?

Juliet asintió.

— Eso podría resultar una sugerencia muy práctica, la más práctica se nos ha facilitado hasta ahora. Pese a todo, no sería más que una estrategia parcial; necesitaremos soluciones más efectivas y duradera que ésa…

Todo el mundo murmuró su asentimiento. Juliet apoyó el mentó en su mano, pensativa.

— Esos alimentos que ha descrito Mr. Donovan parecen consecuentes en relación con la bioquímica de los reptiles, tal y como la conocemos. Me pregunto si existiría un procedimiento para envenenar, de alguna forma, su fuente principal de alimentación. Si localizásemos dónde la guardan…

— Sí —convino Robert Maxwell—. Pero deberíamos desarrollar Un veneno que no matase al animal huésped. Los reptiles prefieren animales vivos o recién muertos…

— ¿Y qué hay de esa forma de esparcir veneno que he descrito? —preguntó Donovan—. Creía que las serpientes mordían, pero esos tipos no tienen colmillos para inyectar el veneno.

— Es muy corriente en la Tierra que los reptiles escupan su veneno —replicó Maxwell—. Además, es probable que se trate de un vestigio conservado de tiempos más primitivos.

— Es casi mortal —respondió Mike, pensando en cómo Tony había quedado cegado—. ¿Se podría conseguir un antídoto?

Juliet se encogió de hombros.

— Es posible. Los procedimientos para crear antídotos están estándarizados, pero necesitamos cierta cantidad de veneno.

— Estupendo —replicó, sardónico, Robert—. Tendremos que añadir eso a la lista de la compra. ¡Deberemos conseguir a uno de esos tipos para que Juliet lo examine!

— Sí… —suspiró Juliet—. Si querer fuese poder…

Intercambió una rápida mirada con Ruby, que se enderezó con una súbita decisión.

— ¿Sabes lo que deberíamos hacer? Perfilar bien nuestro plan total de resistencia.

— Buena idea —convino Robert.

— Veamos…

Comenzó a numerar los puntos con los dedos.

— En primer lugar, determinar la actividad de los Visitantes a través de todos los medios que podamos. Eso significa métodos directos y una resistencia pasiva, como, por ejemplo, enlentecer el trabajo de las fábricas y cosas así… En cuanto a los métodos más directos, no pueden tener una cantidad ilimitada de vehículos. Esas cosas suelen estar sin vigilancia en las esquinas de las calles…, algunas veces durante horas. Tendremos que aprender a averiarlas de alguna forma.

Un murmullo general de asentimiento llenó la habitación.

— En segundo lugar, hemos de averiguar cuáles son sus objetivos ocultos —continuó Juliet.

— ¿Ocultos? —preguntó Brad.

— Eso es —intervino Donovan—. Hasta ahora nos han mentido acerca de casi todo. Están vertiendo en la atmósfera los supuestamente imprescindibles productos químicos, por lo menos así lo hacen aquí, en Los Angeles.

— Y han lavado el cerebro de muchísimas personas con ese proceso de conversión —siguió

Juliet—. Necesitamos averiguar más acerca de ello. Y más aún, respecto a lo que ya han conseguido en tal sentido.

Donovan agitó la mano, solicitando atención.

— Cuando estuve allí prisionero, Diana les dijo que me llevasen a lo que denominó «Area final», sea eso lo que fuere… El Visitante me ayudó a salir, Martin, preguntó a Diana por qué no me convertía… Me pareció una especie de desafío. En primer lugar, Diana le dijo que convertirme llevaría demasiado tiempo…

Se mostró un poco vergonzoso.

— Parece ser un falso lugar común el que soy tozudo y cabezota…

— ¡Oh, no puedo llegar a *imaginármelo*! —respondió Juliet, con un guiño.

Las risas levantaron ecos en toda la habitación.

— Sí… Bueno, de todos modos, después de que Martin le hubiese arrojado el guante, Diana cambió de opinión y le dijo que me encerrase, y así fue cómo, más tarde, pudo sacarme de allí. Por tanto, el éxito de su proceso de conversión depende del individuo de que se trate. Martin me explicó que si Diana necesitaba información, la podía conseguir a través de medios más corrientes…, como la tortura. Habían atado a un infeliz en una silla, y se estaban preparando para emplear en él algo parecido a un soplete en miniatura…

Murmullos de horror llenaron la estancia. Donovan se encogió de hombros.

— Supongo que el mensaje es el siguiente: no caigas en sus manos, si te es posible evitarlo. No se andan con chiquitas. Debemos considerar también la posibilidad de entrar en contacto con otros Visitantes que sean como Martin, opuestos al plan de su líder, sea cual sea éste, aquí en el Planeta.

— Sí —convino Robert Maxwell—. Y, en tercer lugar, deberíamos analizarlos físicamente. Lo cual nos lleva de nuevo al hecho de que necesitamos un espécimen.

— También deberíamos divulgar la verdad acerca de su naturaleza de reptiles —indicó Juliet—. A la mayoría de la gente le horroriza las serpientes y los lagartos…; por injusto que esto sea con nuestras criaturas de la Tierra, ello probablemente actuará a favor nuestro. Y para eso necesitaríamos la cinta de Mr. Donovan.

— Conforme —convino Mike.

Ruby Engels habló por primera vez:

— También deberíamos hacer circular el rumor de que se han llevado a personas de ciudades enteras y de que las están torturando. La mayoría de la gente aún sigue creyendo que si no son científicos, no tienen nada que temer…

— Sí —repuso Elias, con el dolor reflejado en el rostro—, ante un pensamiento así es fácil echarse atrás. ¡Conseguiremos que todos nuestros compañeros conozcan la verdad!

— Y, en último lugar —prosiguió Juliet—, y esto es lo más importante de todo, debemos entrar en contacto con otros grupos, en otras ciudades…, en todo el mundo.

— Eso es —afirmó Donovan—. Seguro que los hay… Hay que eludir los medios ordinarios de comunicación. Sabemos que llevan en los bolsillos unos detectores…

— Exacto… Y una vez consigamos un procedimiento para hablar entre nosotros, conseguiremos organizar unos planes coordinados para desembarazarnos de ellos. Es nuestra

única posibilidad de vencer…

Todo el mundo asintió, y los murmullos de conformidad llenaron de nuevo la sala.

— Y ahora —siguió Juliet—, elaboremos una lista de objetivos locales. Mañana mismo comenzaremos a realizar, abiertamente, nuestros primeros movimientos.

CAPÍTULO XVI

— ¿Qué tienes pensado para mañana, Julie? —preguntó Caleb Taylor.

Juliet suspiró.

— Necesitamos armas. Aunque me repugna la idea de la violencia, la historia de Mr. Donovan acerca de San Pedro confirma totalmente que, si queremos hacerles frente, hemos de estar armados. Nuestras informaciones confirman que han establecido aquí, en la ciudad, una armería completa, para equipar a todos sus controles de carretera y a las unidades de «Amigos de los Visitantes». ¿Cómo apoderarnos de ella?

Los tensos rostros asintieron en silencio. Robert Maxwell sintió que algo en su interior le oprimía ante la idea de enfrentarse con los soldados de asalto que había visto, puesto que carecía de toda experiencia militar. Se enderezó, decidiendo que aquella noche mandaría a Robin y a su madre de regreso al campamento de la montaña, en espera de que finalizase el ataque.

Maxwell miró en torno al reunido grupo… No sin gran sorpresa, se percató de repente de que no había visto a Robin desde la llegada de Donovan, hacía ya varias horas. Dejando al grupo que planease la logística del ataque, buscó con rapidez por el cuartel general. No había el menor rastro de Robin.

Aventurándose fuera, miró a su alrededor. La luna, en cuarto menguante, queda enmascarada ocasionalmente por móviles nubes, pero Maxwell veía con la suficiente claridad como para estar seguro de que no se encontraba en la alcantarilla. Erró en torno a uno de los lados del edificio.

— ¿Robin?

Su suave llamada asustó a algunas pequeñas criaturas de la maleza. Aparte esto, no se produjo ninguna respuesta.

— Nena… Soy papá…

A lo lejos, aulló una sirena de la Policía.

El corazón le latía a Maxwell con rapidez y la sangre le zumbaba con tanta fuerza en los oídos, que apenas podía escuchar. Se miró el reloj: las ocho y media. Ya había sonado el toque de queda. Si Robin estaba fuera, en las calles que se abrían ladera abajo y por la carretera, sena presa fácil de las patrullas nocturnas de los Visitantes. Maxwell se apresuró a través de la brecha de la deteriorada valla, unida con cadenas, y sus pasos se hicieron cada vez más rápidos.

Una vez en las calles, agachó la cabeza y arrastró los pies, como un hombre que hubiera bebido demasiado y no se hubiera dado cuenta de la hora. Mantuvo la cabeza baja, pero sus ojos castaños siguieron avizorando hacia todos los cruces y callejones. Su miedo resultaba ya tan palpable, que se la imaginó siguiéndole, como una nube, como a aquel tipo de nombre impronunciable de los cómics de Lil Abner. Cada vez que entreveía un uniforme rojo, temía que estuviese junto a él una figura familiar con blusa blanca y tejanos grises.

Había pasado una hora y seguía sin encontrar el menor rastro de Robin.

Maxwell pensó en regresar. Su preparada excusa de haber bebido demasiado tenía cada vez menos posibilidades, puesto que era ya muy tarde. Tal vez Julie podría mandar a Elias y a los «Ángeles» en su busca. Robert se mordió los labios. Esos jóvenes *punks* de la pandilla le parecían

demasiado toscos.

¿Qué voy a hacer?, se preguntó Maxwell.

Decidió dar la vuelta en el siguiente cruce.

Robert Maxwell dobló la esquina y se encontró ante un coche patrulla. Se paró, se dio a medias la vuelta y luego oyó una voz potente y reverberante:

— ¡Quédese ahí! Está infringiendo el toque de queda… Permítame ver su identificación…

¡Maldita sea… Maldita sea… MALDITA SEA…!

Maxwell se detuvo, aunque su angustiada mente le decía que echase a correr.

— ¡Contra la pared!

Robert, moviéndose como un hombre viejo, muy viejo, se dirigió hacia el bloque de cemento que constituía un lado del edificio.

— Lo siento… —dijo, tartamudeando las palabras—. He bebido un poco más de la cuenta…, con una amiga mía… Ya saben cómo son esas cosas… Uno se olvida del tiempo… Lo siento… Mi mujer se meará encima de mí…

Escuchó unas pisadas detrás de él, pero se percató de que el primer soldado no había abandonado su puesto, por lo cual debían de ser dos… Unas fuertes manos le agarraron las muñecas, colocándole los brazos contra la rugosa superficie; luego, avanzando con una desagradable e impersonal familiaridad, le separaron las piernas, primero la derecha, y luego la izquierda, y se quedó allí de pie, con las piernas abiertas, en aquella posición que las series policiales de televisión habían hecho tan familiar. Ahora comprendió realmente por qué lo hacían de aquella manera: le era imposible moverse con facilidad, dado que todo su peso descansaba sobre las manos y los dedos de los pies. Para liberarse y echar a correr, tendría que hacer dos movimientos.

Unas manos corrieron por su cuerpo, hurgando con fuerza en sus bolsillos, debajo de los brazos, en los costados, se movieron por sus muslos…

— Está desarmado —indicó una segunda voz de Visitante.

El soldado le quitó a Robert la cartera.

— Puede volverse.

Maxwell así lo hizo, tan asustado, que tuvo miedo de ponerse en ridículo, puesto que el estómago le pesaba y sintió una repentina y terrible necesidad de orinar. Respiró hondo, obligándose a estudiar al hombre que le manoseaba el billetero.

Un negro… No, se rectificó a sí mismo, tras la revelación de Donovan: alguien que llevaba la máscara de un hombre negro de casi cuarenta años. Maxwell sintió que experimentaba un extraño efecto de diplopía, imaginando los rasgos de reptil que había bajo los que veía con los ojos. Pensó en aquellas largas y fustigantes lenguas y en el veneno que había en su pavorosa boca de gran quijada, y sintió que el estómago se le revolvía de nuevo.

El soldado alzó la vista del permiso de conducir del prisionero.

— Otro Maxwell. ¿No resulta interesante?

Robert se le quedó mirando, con los ojos muy abiertos.

— ¿Otro *Maxwell*? ¿Qué quiere decir con eso?

Pero temió saberlo ya.

— Simplemente, que hemos detenido a última hora de la tarde a una damita con la misma dirección que usted. Se llama Robin. ¿Es su hija?

La voz del Visitante pareció casi simpática, pese a su tono de alienígena.

— Sí —musitó, entumecido, Robert.

No parecía tener la menor utilidad el negarlo.

¡Oh, Dios mío, nenita! ¿Dónde estás? ¿Qué te ha sucedido? ¿Estás bien?

— Tendré que informar de esto al cuartel general —explicó el Visitante, volviendo la cabeza para dirigirse al guardia—. Llévelo junto a la escotilla.

Maxwell, bajo la dirección del guardia, volvió a ponerse contra un lateral del coche patrulla, mientras el jefe negro penetraba en el coche. Maxwell se volvió hacia el guardia:

— Por favor, dígame dónde está mi hija.

El Visitante se limitó a sonreír. Robert se volvió hacia el otro lado, desde donde les llegaban unos ruidos de unos pies calzados con botas que avanzaban por la rampa.

— ¿Mi hija? ¿La tienen? ¿Dónde está?

La profunda voz del Visitante siguió sonando con un ligero matiz de simpatía.

— Es nuestra prisionera.

Maxwell quiso entrar en el vehículo. El jefe le detuvo agarrándolo fuertemente del brazo.

— No está ahí. Ha sido llevada a la Nave Madre.

— ¿Está bien?

El Visitante le miró con atención, sin pestañear.

— Me han dicho que eso depende de usted, Mr. Maxwell.

Robert miró al suelo, mordiéndose los labios.

¡Oh, Dios mío, no permitas que esto me suceda…, por favor, no…!

— ¿Qué quiere decir? —preguntó.

— Necesitamos un poco de información —le dijo el jefe—. Y creemos que tal vez usted pueda ayudarnos.

Maxwell se lo quedó mirando con atención.

— No sé nada que pueda ayudarles… Puede creerme…

El Visitante prosiguió, tan desapasionadamente como si Robert no hubiese hablado.

— Información acerca de un campamento en las montañas.

— No…

Robert trató de hablar con voz firme: pero, ante su horror, se le quebró.

— No he oído nunca nada acerca de un campamento…

— Sabemos que existe —siguió, amable e inexorablemente el jefe del pelotón—, pero precisamos conocer su localización exacta…

¡Dios mío, ayúdame! ¡Ayuda a mi niña, por favor!, pensó Maxwell, manteniendo su mirada fija en los rasgos de ébano del Visitante.

— No puedo ayudarle. No sé nada acerca de un campamento de montaña. ¡De veras!

Dio a su voz todo el tono de sinceridad que pudo.

— Hum…

Los oscuros ojos del moreno rostro expresaron tristeza.

— Eso es muy malo… Lo siento…, por su hija, Robin…

Se volvió para subir de nuevo la rampa.

Un paso…, dos…

— ¡No, espere! —gritó Maxwell, pensando de prisa—. ¡Aguarde! ¡No lo comprende!

Las lágrimas empañaron su visión, pero consiguió ver que el Visitante se volvía y le miraba.

— Mi mujer…, mis otras hijas… Todas están allí… No puede hacerme elegir entre ellas… ¡No puedo! ¡Por mucho que quiera decírselo!

— ¿En el campamento de las montañas?

La simpatía se había esfumado en aquella voz.

Robert asintió cerrando los ojos y tratando de pensar. La brisa nocturna levantaba ráfagas frías, y las lágrimas se le liberaron y empezaron a correr por su rostro.

— Sí…, en el campamento. No puedo…, no puede esperar eso de mí… ¡Dios mío, por favor…!

— Venga aquí, Mr. Maxwell.

El Visitante cogió por el brazo a Robert y lo alejó unos cuantos pasos más lejos del centinela. Su voz sonó ahora baja, conspiratoria.

— Comprendo su angustia. La posición de su hija le ha colocado ante un terrible dilema…

Robert asintió, sin pronunciar palabra.

El jefe vaciló durante un largo momento; luego miró rápidamente por encima de su hombro hacia el centinela, que miraba hacia otro sitio, sin prestar atención.

— Lo comprendo, porque, verá, yo también tengo hijos…

Maxwell se le quedó mirando. Desde algún escondido rincón de su mente, seguía siendo un científico que deseaba preguntarle al joven Visitante si parían los hijos o ponían huevos. Aguardó.

— Supongo —continuó el jefe, aún con aquel tono tranquilo y cariñoso— que puedo garantizar que el campamento de las montañas no será tomado hasta dentro de cierto tiempo, por lo cual podría sacar antes a su mujer y a sus hijas. ¿Qué le parece?

— ¿Lo haría? —preguntó Maxwell, deseando creerle—. Pero, ¿qué me dice de Robin?

— Cuando lo del campamento no sea un problema, podría hacerla subir a mi vehículo y devolverla. La liberaría y le daría su mensaje de acerca de cómo entrar en contacto con usted. Sólo es una chiquilla, nadie se preocuparía de ella.

— No. Créame. No sabe nada… Es sólo una muchacha…

— Ya me di cuenta cuando la encontramos hoy. Francamente, aborrecí capturarla, pero, por desgracia, los otros también la vieron. Por tanto, tuve que detenerla. Pero no ha sufrido daño, y no le pasará nada si usted me ayuda.

— Yo…

— Si avisa a los demás antes de que lleguemos, Diana interrogará a Robin. ¿Comprende lo que trato de decirle?

Maxwell cerró los ojos, pensando en las palabras de Donovan. Pensó también en la suave y bonita piel de Robin…, y en aquellos pequeños sopletes.

— Sí. Sí, lo comprendo. No deseo prevenirles…

Sólo quedan ya unos pocos allí —pensó—. *Y mañana aún habrá menos, a causa del ataque a*

la armería. Tal vez sólo uno o dos…

— Pero son mis amigos. ¿Podría su gente apoderarse del campamento sin…, sin…?

— Sí —replicó el jefe del pelotón forzadamente, con las manos aferrando los hombros de Robert—. Puede hacerse de una forma muy sencilla, sin lastimar a nadie. Y no llegaremos allí hasta… Bien… ¿Hasta las cuatro de mañana por la tarde? ¿Le da eso tiempo suficiente?

Maxwell asintió. Estaba tan agotado, que se habría podido dejar caer allí y quedarse dormido en el acto. El Visitante le zarandeó ligeramente.

— Muy bien. Aquí tiene el mapa. Indique el sitio.

Atontado, Maxwell lo hizo.

— Diga a Robin que se dirija a la zona de recreo de la escuela elemental. Me encontraré allí con ella mañana por la noche…

— Está bien. A las cuatro. Tiene mi palabra…, de padre…

Y le tendió la mano.

Maxwell se quedó mirándola durante un largo momento y luego, lentamente, aceptó el frío y fuerte apretón del otro. Se estrecharon las manos y, a continuación, el Visitante dijo, ya en voz alta:

— Conforme, pues, pero que no le pille otra vez violando el toque de queda. ¡A partir de ahora, si quiere beber, hágalo en su casa!

Dio a Maxwell un fuerte empujón hacia la calle.

— Corra… Y recuerde todo lo que le he dicho…

— Lo recordaré… —replicó fervientemente Robert—. ¡Gracias, agente!

Se volvió; los pies le llevaron casi mecánicamente hacia los terrenos del cuartel general. No podía regresar aquella noche al campamento de la montaña. Pero… mañana… Mañana…

Escudándose contra los pensamientos en su atontador entumecimiento, siguió andando, cada vez más y más de prisa. Al cabo de una calle o dos se produjo en él la reacción y, sin pensar en nada, echó a correr por las desiertas calles como un animal asustado.

Diana fulminó a Martin con la mirada.

— ¿Que se ha escapado? ¿Cómo?

Martin respiró hondo.

— No estoy seguro. Le dejé en una celda, y más tarde mandé a Barbara que me lo trajera, para empezar con las inyecciones preliminares Cuando me di cuenta de que tardaba, me dirigí a la celda para ver lo que había sucedido. Barbara estaba inconsciente, víctima de un disparo de poca potencia. Y su uniforme y su arma habían desaparecido.

— *¡Mierda!* —exclamó Diana.

Martin se preguntó fugazmente dónde habría aprendido aquella palabrota. Comenzó a pasear de un lado para otro cerca de la pared de su despacho-laboratorio privado, provocando en los animales unos histéricos movimientos cada vez que se acercaba a ellos. Martin aguardó tenso, a que se calmara su furia.

— Muy bien…

Tranquilizada, se volvió hacia él.

— Debemos pensar lo peor… Que se ha escapado a bordo de una de las cápsulas. Alerta a todas las unidades para que informen acerca de cualesquiera miembros de la tripulación no autorizados. Deberemos establecer un control de seguridad para todo el personal que entre y salga. Tendré que pensar en el más eficiente.

— Al instante, Diana —replicó Martin, dándose la vuelta.

Estaba ya a dos pasos de la puerta cuando su voz le detuvo.

— Y…, Martin…

Dudó en volverse, por temor que, aunque los lentes de contacto cubrían sus ojos, Diana advirtiese su pánico. Pero se forzó a mirarla, mostrando únicamente la deferencia de un inferior ante un oficial de mayor graduación.

— ¿Sí, Diana?

— Mándame a Brian.

— Ahora mismo, Diana.

Abandonó la habitación luchando contra sus deseos de echar a *correr*.

Cuando Brian llegó, Diana le hizo un ademán de agradecimiento.

— Ah, Brian. Gracias por acudir tan pronto. Necesito tu ayuda.

Brian se intranquilizó, pero intentó mantener la calma. Hasta ahora había realizado su tarea a la perfección, y no tenía nada de qué preocuparse. Por lo menos confiaba en ello.

— Claro que sí, Diana… Cualquier cosa que…

El largo y rojo vestido de Diana brilló en torno a ella al volverse. Le contempló especulativamente.

— Ha llegado a mi conocimiento que has desarrollado cierto tipo de relación con esta damita…

Oprimió un botón, y una pantalla de la pared mostró a una muchacha agazapada en una de las celdas, y cuyas lágrimas le habían estropeado el maquillaje.

— ¡Robin Maxwell! —exclamó Brian—. ¡Creía que ella y su familia habían escapado!

— Ésta no…

Diana observó reflexivamente la imagen de la muchacha durante un largo instante.

Robin estaba inmóvil, alzando sólo la mano de vez en cuando para enjugarse las lágrimas, que continuaban deslizándose por sus mejillas.

— ¿Así…, que la conoces?

— Verás… Sí, la conozco… —tartamudeó Brian, preguntándose si Diana sabría algo respecto a las veces en que había aprovechado algunos momentos para ir con la chica a la galería del vídeo, pero sólo lo había hecho en unas cuantas ocasiones, y, sobre todo, para visitar aquel lugar con la intención de reclutar gente para los Visitantes.

— ¿Te resulta atractiva?

Los ojos azul oscuro de Diana le miraron con gran atención.

Brian se encogió de hombros. Aquel pensamiento no se le había ocurrido nunca. Miró fijamente a su jefa, creyendo que aquello sería lo mejor en este caso.

— No, no como tú.

Diana sonrió, complacida.

— Ah… Ahora comprendo cómo has conseguido ascender con tanta rapidez…

— Lo digo sinceramente —replicó Brian, acercándose más a Diana con los ojos clavados en los de ella.

— Eso es muy interesante… —admitió Diana—. Porque yo también me he fijado en ti desde hace mucho tiempo…

Brian le sonrió.

— Naturalmente, estoy a tu servicio.

Recorrió con la mirada el rojo y largo vestido, con la mente llena de las imágenes de Diana en su auténtica forma, y no le extrañó que hasta el Líder la encontrase irresistible.

— Cualquier clase de servicio…

Diana sonrió, mirándole de reojo.

— Tal vez ahora. En este momento, deseo que me ayudes en un experimento. Un experimento médico. Que se refiere a ti y…

Su mirada se posó en la imagen de la pantalla.

— …Y a ella…

Brian quedó algo sorprendido.

— ¿Estás sugiriendo lo que creo? ¿Y con qué propósito? No estoy seguro de que ni tan siquiera sea posible.

Diana sonrió de nuevo, mostrando sus falsos dientes humanos.

— Oh, estoy segura de que te las arreglarás… Mis informes señalan que eres muy… adaptable… Y la chica ha estado muy cuidada, no tiene demasiada base para comparar.

Asintió.

— ¿Me ayudarás?

— ¿Será… penoso?

Brian miró de nuevo hacia la muchacha.

— En primer lugar, deberemos pasar algún tiempo en el laboratorio científico. Mientras trabajo, te daré instrucciones acerca de lo que debes hacer. No puedo prometerte que no te sientas incómodo, pero la mayor parte de la acción se desarrollará a nivel intercelular. Y, en realidad, ese experimento puede mostrarse… agradable…

Brian siguió dubitativo, pero trató de no mostrarlo.

— Si es importante para ti, Diana, por supuesto que estoy de acuerdo.

Ella sonrió.

— No lamentarás tu lealtad hacia mí, Brian.

Salieron juntos de la habitación, encaminándose al laboratorio, situado en otra parte de la gigantesca nave.

Robin Maxwell, de cuclillas en aquella extraña litera, parecida a un estante, moqueaba y no tenía pañuelo. Habían pasado horas desde que la trajeron a bordo de la Nave Madre. Empezaba a sentir hambre y sed.

Al internarla allí, fue entregada a una Visitante, quien la llevó a un lugar parecido a un laboratorio de extraño aspecto; luego le ordenó que se quitase la ropa. Cuando Robin se negó,

indignada, la Visitante echó mano de su arma, manteniendo aún su educada sonrisa, y sugirió que debía pensárselo otra vez. Robin se quitó la ropa.

Luego, la mujer la hizo tenderse en una especie de sofá y le pasó con lentitud un instrumento alienígena por todo el cuerpo, y luego otro diferente por sus partes íntimas. No la había lastimado, pero Robin se sintió humillada. La mujer no respondió a sus preguntas; simplemente, se limitó a terminar lo que estaba haciendo y devolver luego las ropas a la chica. Cuando estuvo otra vez vestida, le dio un bocadillo y un vaso de leche y, acto seguido, la llevó a un cuarto de baño de apariencia normal. Desde entonces había permanecido encerrada allí, en aquella horrible celda.

Las lágrimas comenzaron a manarle de nuevo. Robin se estremeció mientras retrocedía y su columna vertebral tocaba el frío metal de una mampara. Enterró el rostro entre los brazos, preguntándose si volvería a ver de nuevo a su padre y a su madre. Sólo era una chiquilla ¿Qué querrían de ella?

De la puerta llegó un ruido, en forma de suave siseo. Agazapada, tembló de nuevo y, a continuación, se movió al pensar que debería hacer frente a cualquier cosa que se presentara; se puso en pie, abrazándose en actitud protectora.

La puerta se deslizó y los ojos de Robin se abrieron en éxtasis.

— ¡Brian! ¡Brian! ¡Brian!

Se precipitó hacia él, inundada de alivio ante la visión de sus familiares y bien parecidos rasgos.

— ¡Oh, gracias a Dios!

Incluso llegó a echarse hacia delante y —maravilla de maravillas—, él la rodeó con los brazos, tierna y protectoramente.

— Robin… Cálmate… Estás bien. Ya estás a salvo. No permitiré que nadie te lastime.

La muchacha sollozó, tanto a causa del alivio como de la alegría.

— ¡Oh, Brian! Te he echado tanto de menos… ¡Creí que no volvería a verte!

— Ahora ya estoy aquí. Te protegeré. Te sacaré de aquí.

La apretó aún más contra sí, y ella sintió la fría fuerza de su musculoso cuerpo. Tímidamente, Robin deslizó sus brazos en torno de él, con la mente dándole vueltas de forma caótica. Sintió debilidad en las rodillas y se reclinó contra él. Brian aguantó su peso sin esfuerzo, y su mano empezó a acariciar su recio y revuelto pelo.

— Robin… Yo también te he echado de menos…

— Brian…

Le tocó tímidamente las mejillas, confiando en no tener los ojos enrojecidos y en que no se le hubiese corrido el maquillaje; no acababa de creerse que él estuviera aquí, sosteniéndola. Era como un sueño maravilloso, de aquellos que la despertaban por la noche, mientras el corazón le latía con tanta fuerza, que parecía que iba a salírsele del cuerpo, y luego la hacía sollozar al comprobar que era sólo un sueño, que él, aquel ser maravilloso, parecido a un dios, y que vivía sólo en sus sueños, había desaparecido.

Esta vez es real —se dijo apasionadamente—. *Está aquí. Te tiene entre sus brazos. Creo que…, creo que incluso intenta besarte…*

Así lo hizo. Su boca tocó la de Robin, rozándola rápida y exploratoriamente; y luego se

oprimió con mayor fuerza. La chica cerró los ojos, sintiéndose débil, con las manos aferradas frenéticamente a él.

Brian, te amo, pensó.

Sintió que la mano de él le tocaba el pecho, al principio, vacilante, y luego abarcándolo con firmeza. Deslizó su mano por debajo del suéter de Robin.

— No… —dijo soñadoramente, mientras la boca de él se deslizaba por su mejilla, deteniéndose en el pequeño latido de su garganta.

Su mano seguía hurgándole en el suéter.

— No…, sí… Brian…

Sus ojos se cerraron, y todo empezó a darle vueltas. Apenas fue consciente cuando él la depositó en la litera. Tuvo un regreso más fuerte e insistente a la realidad cuando se percató de que tenía los tejanos abiertos, pero en aquel momento el peso de Brian le impedía levantarse. Brian era muy fornido; ella no podía ponerse en pie.

No —deseó decir—. *Basta, esto es demasiado real…*

Pero ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO XVII

Arrancada del sueño, Juliet Parrish abrió los ojos antes de que sonase el despertador, a las seis. Rodó sobre sí misma y lo paró en seguida. Permaneció un rato tumbada de espaldas en su camastro, estrecho y lleno de protuberancias, pensando en que, tan pronto como se moviese, sacase las piernas y alargase la mano en busca de los tejanos, se vería enfrentada con un nuevo día y lo que éste conllevase.

¡Por favor, Dios mío, no permitas que nadie muera, que nadie resulte herido! ¡Por favor…!

Cerró los ojos, sintiendo que el sueño se apoderaba de los puntos más sensibles de su cuerpo y la empujaba de nuevo hacia aquellas cálidas profundidades. Con un rápido movimiento, que le hizo sentir un vivísimo dolor en la cadera, se incorporó y empezó a buscar sus ropas.

Una vez metida en sus viejos vaqueros y en su suéter rojo, empezó a arreglarse el largo cabello, que le caía sobre los hombros, y se hizo un moño. Luego, tomando el bastón, se dirigió, cojeando, hacia el vestíbulo. La primera persona a la que vio fue a Robert Maxwell, con aquella atormentada expresión en sus ojos castaños, circuidos de grandes ojeras, por lo cual Juliet pensó que había dormido incluso menos que ella.

— ¿Estás bien, Robert? —le preguntó.

— Sí —musitó, rehuyendo su mirada.

— ¿Pasa algo malo?

Robert meneó la cabeza.

— No…, no… Son sólo nervios, supongo…

— No tienes que decírmelo…

Elias salió del cuarto que habían destinado como dormitorio de los hombres, con su habitual pavoneo, haciendo ostentación de calma.

— ¡Hola, Juliet! —saludó.

— ¿Has dormido bien, Elias? —le preguntó.

— ¡Oh, claro que sí! —respondió él sin mucha energía—. Como un bebé…, con cólico…

El vestíbulo principal estaba ya lleno de gente. Julie se volvió y habló:

— Debéis comer algo, ¿de acuerdo? Sé que estáis nerviosos, pero será un día muy largo. No quiero que nadie sienta hambre cuando esto empiece.

Volviéndose, marchó, siempre cojeando, hacia el laboratorio. Se estaba lavando la cara en una cacerola llena de agua fría, cuando escuchó unos pasos. Mike Donovan apareció en el umbral.

— Buenos días, doctora —le dijo.

— Buenos días, Mr. Donovan —le respondió, educadamente, Juliet.

No sabía por qué le trataba con aquel formalismo tan deferente, pero había algo en su engreída sonrisa que la irritaba.

— Caleb está preparando unos huevos en la sartén —prosiguió Mike, haciendo un ademán en dirección a la gran sala de reuniones—. ¿No va a seguir su propio consejo?

Juliet sonrió débilmente.

Me temo que sea un caso de «haz lo que digo y no lo que hago»…

Con franqueza, no creo que mi estómago coopere con nada más que con un vaso de jugo de naranja.

— Eso es malo, ¿eh?

Observó cómo se secaba la cara con una raída toalla vieja. Juliet, consciente de su examen, hizo un esfuerzo para mantener las manos firmes mientras vaciaba la cacerola en el fregadero; sin embargo, ante su consternación, el agua se derramó por el suelo. Donovan siguió hablando como si no se hubiese dado cuenta:

— Ahora mismo se lo traigo, doctora. Ha conseguido unir a todas estas personas. Están dispuestas para salir y luchar como tigres.

Se lo quedó mirando mientras Mike continuaba:

— Pero le diré una cosa: conserve un poco de esa medicina para usted misma. No la desperdicie, porque va a necesitarla. Y será mejor que se reserve también un buen trozo de pastel para esta incursión, doctora.

Juliet le sonrió con timidez.

— ¿Así que ahora soy «doctora», Mr. Donovan? ¿Qué pasó con lo de «chiquilla»?

Él agachó la cabeza durante un momento, y luego se enfrentó nuevamente con los ojos de la mujer, sintiendo una cierta vergüenza en los suyos.

— Sí…, verá… Es usted mayor de lo que pensé…

— Gracias —respondió Juliet, sonriente—. Eso creo.

— Ya sabe a qué me refiero…

E hizo un ademán.

— Eh, Juliet…

Elias asomó la cabeza por la puerta.

— He conseguido un poco de jugo y un pastelillo para ti: de *chocolate* helado…

— Gracias, Elias…

Tomando su bastón, salió al vestíbulo, donde se bebió el jugo y consiguió mordisquear el pastelillo, mientras estudiaba a su gente. Eran más que ayer: muchos miembros del nuevo grupo de resistencia aún vivían en sus casas, especialmente los que trabajaban en campos no científicos. Los rebeldes hablaban en voz alta, reían tumultuosamente, y sus movimientos eran rápidos y bruscos…, todos, excepto unos cuantos —como Robert Maxwell—, que estaban sentados en silencio, rígidos y meditabundos.

Será mejor darles algo que hacer, y en seguida —pensó Julieta *Se sienten realmente acorralados*.

— ¡Oídme todos! —les llamó.

Al sonido de su voz se volvieron y se la quedaron mirando:

— Muy bien, por última vez. ¿Sabéis todos cuál es vuestro cometido?

Un murmullo general de asentimiento acompañó los movimientos afirmativos de cabeza.

— Las acciones de diversión comenzarán a la una. ¿Conformes, Caleb, Ruby, todos?

Caleb, con el atuendo de trabajo de la planta «Richland», y con su amigo Bill Graham al lado, asintió:

— Ya sabéis lo que tenemos que hacer en la planta.

— Y en el centro de la ciudad —añadió Ruby—. Especialmente en las comisarías de Policía.

— Estupendo —repuso Julie—. El asalto a la armería comenzará poco antes de las dos, cuando se encuentren en el momento de mayor desorganización.

— *¿A las dos*? —preguntó Robert Maxwell, palideciendo—. Yo…

— Sí —recalcó Julie—. Te perdiste el final de la reunión de anoche. Vendrás con nosotros a la armería, ¿de acuerdo?

— Hum… Sí… Muy bien… —replicó Maxwell.

Se le disparó un tic debajo del ojo.

Juliet frunció el ceño.

— A propósito, no he visto a Robin. ¿La has mandado de nuevo al campamento de la montaña, para que esté a salvo?

Maxwell asintió en silencio, sin levantar la mirada. Al observar su palidez, Juliet estuvo tentada de decirle que regresase también al campamento; era obvio que estaba aterrado. Pero necesitaban de todos los brazos que pudiesen reunir.

Mientras lo consideraba, Maxwell alzó la mirada, vio su preocupada expresión y sonrió tímidamente:

— Estoy bien, de veras. Sólo algo nervioso…

— Muy bien, Robert —respondió Juliet, dubitativa—. Todos vosotros participaréis en la incursión a la armería… Y debemos tener presente que nuestro principal objetivo…

— Es apoderarnos de tantas armas de gran potencia como podamos, procurando salir indemnes… —completó la frase Elias.

— Eso es…

Juliet asintió enérgicamente.

— Resulta absolutamente vital para nuestras operaciones futuras podamos defendernos nosotros solos. Y para eso necesitamos armas. Entonces protegeremos a nuestro equipo cuando lo traslademos las montañas.

Mike Donovan se removió, inquieto.

— Oídme todos… Mientras vosotros tratáis de conseguir un buen botín, yo intentaré colarme otra vez en la Nave Madre. Debo…

— ¿Encontrar a su familia? —le interrumpió Juliet, recordando la inconsciente explosión de Donovan la noche anterior.

— Sí, eso es. No lo niego. Pero también tengo una idea acerca de cómo introducirme en un lugar donde sería capaz de averiguar cuáles son sus planes. Con uniforme, podría entrar y salir.

Ruby se volvió para mirarle. Su expresión dejó bien claro que pensaba que estaba loco.

— Eso me parece del todo suicida…

— Sí.

Donovan se encogió de hombros.

— Tal vez fui un piloto kamikaze en una reencarnación anterior. Eso es lo que siempre dice Tony, mi socio. Y no olvidéis que él está aún allí. No podré dormir hasta que averigüe qué le ha sucedido, a él y a los demás.

— En ese caso, será mejor que nos diga dónde ha escondido la cinta —indicó Juliet—. Como

medida de precaución.

Mike sonrió con malicia.

— Y yo que pensaba que me quería por mi mente… Está en una taquilla en la terminal de autobuses.

Se hurgó en el bolsillo de los pantalones, sacó una llave y se la entregó a Juliet.

— Josh, un muchacho al que conozco, ha pagado el alquiler cada día.

— Estupendo. —replicó Juliet, con los ojos clavados en él y los dedos aferrando la llave—. Tenga cuidado, Mr. Donovan. No nos gustaría perderle…

— A mí tampoco me haría ninguna gracia.

— Buena suerte —replicó Juliet, aún mirándole. Luego añadió de repente, dándose la vuelta.

— Que la tengamos todos…

Los profundos tonos de la voz de Caleb se elevaron de entre el resto de los murmullos.

— Eh, Juliet… ¿Qué me dices de una oración? Una para el camino, por así decirlo…

La joven asintió.

— Adelante, Caleb.

— ¿Yo?

Se quedó mirando a su alrededor y luego se recogió durante un segundo.

— Señor, en este momento en que necesitamos Tu ayuda, danos la inspiración para hacer las cosas lo mejor que sepamos, puesto que muchos confían en nosotros. Danos prudencia, fuerzas y valor, si ésa es Tu voluntad. Gracias, Señor. Amén…

Juliet quedó sorprendida al escuchar la voz de Donovan mezclarse con las de los otros cuando hicieron coro al «amén» de Caleb. Se enfrentó con ellos, respirando hondo.

— Adelante…

Harmony Moore se apresuró hacia el economato, llevando una bandeja en la que había puesto los recipientes de sal, pimienta y azúcar *Hace un día muy bonito*, pensó, mirando a su alrededor y hacia el cielo azul, con aquellas nubes que se movían muy despacio. Sus ojos estaban ya tan acostumbrados a la enorme nave Visitante que pendía sobre la ciudad, que no era consciente de su presencia.

Mientras caminaba, con la mirada dirigida hacia el cielo, preguntándose si llovería aquella noche, tropezó con algo y dio un traspié.

— ¿Eh?

Se detuvo, dejó la bandeja y se miró los pies. Unos hilos de brillante goma de mascar rosada se habían pegado a ellos. Harmy emitió un sonido de disgusto.

Mientras trataba de librarse de aquel amasijo, se apoyó con la mano contra una de las macizas tuberías que corrían hacia un gran depósito de la refinería. Sus dedos rozaron algo, en el mismo momento que escuchaba un tictac. Harmy se miró la mano. Observó, pegado a una de las tuberías, un taco con una sustancia blancogrisácea, adherida a una pequeña caja negra. Y en la caja, la esfera de un reloj. Un indicador rojo señalaba la una, aunque la hora auténtica era la de la una menos cuarto.

¿Qué diablos es esto? —se preguntó Harmy, contemplándolo—. *Parece, una…, una…*

Tragando saliva y olvidándose de su bandeja, retrocedió, liberando su pie de la goma con un

frenético tirón. Se preguntó también qué alcance tendría aquello y si habría más… Corrió la pequeña distancia que la separaba del aparcamiento donde estaba su furgoneta, con la mente funcionando al máximo.

¡La Resistencia! Esto debe de ser uno de esos sabotajes. ¿Qué hago?

Harmony había visto y oído los informes de Kristine Walsh por televisión y radio, y se había preguntado cuál sería la auténtica verdad acerca de todo. Su padre había muerto en Corea, y su hermano, en Vietnam, por lo cual ella había sido pacifista desde la escuela superior. No le gustaba ver a los soldados de asalto armados en las calles de su ciudad. Pero era algo muy distinto eso de colocar bombas que pudieran matar o herir a la gente, destruir las propiedades…

Harmy se mordió los labios mientras se sentaba en la parte trasera de su furgoneta, con los minutos discurriendo en su cabeza, en reloj… No se divisaba a nadie. Tal vez debería llamar a la Policía.

Pero, por los rumores que había oído, eso conllevaría represalias por parte de los soldados Visitantes. Incluso había oído decir que habían detenido a una ciudad entera que trató de unirse contra ellos. Una de las mejores amigas de Harmy, técnica de rayos X, había desaparecido hacia ya más de un mes. Echaba horriblemente de menos a Betty… Hablan sido tan íntimas amigas…

Harmy miró de nuevo su reloj. Las doce, cincuenta y ocho minutos, treinta y tres segundos…

Miró hacia atrás. Una figura con uniforme rojo andaba en torno al depósito, con un sujetapapeles en la mano.

— *¡Willy!* —aulló Harmy.

Sin pensarlo, saltó de la furgoneta y corrió hacia él.

— *¡No! ¡Aléjate!*

Al llegar a su lado, le agarró por el brazo y le arrastró hacia el aparcamiento.

La onda expansiva les tiró al suelo. Con ojos extraviados, permanecieron mirándose mutuamente. Luego oyeron las demás detonaciones. Las alarmas comenzaron a aullar. Harmy se puso en pie y ofreció una mano a William.

— ¿Harmy? —le gritó mientras se incorporaba—. ¿Qué ha pasado?

— *Qué está pasando* —le corrigió automáticamente—. Creo que se trata de los de la resistencia.

— Me has salvado la vida —replicó William, aferrando aún su mano—. Te estaré agradecido para siempre.

La mujer le sonrió en mitad de aquel caos de personas corriendo y sirenas que ululaban.

— Tú salvaste a Caleb. Era lo menos que podía hacer…

Mike Donovan titubeó durante un segundo ante la puerta amarilla, sintiendo en el bolsillo la llave de cristal dorado que había regalado a Sean tanto tiempo atrás. La deslizó en su mano, sintiéndola fría y lisa. Echando una rápida mirada hacia el oscurecido corredor de la Nave Madre, para asegurarse de que no le veía nadie, introdujo la llave en la ranura. Con un leve zumbido hidráulico, la puerta se deslizó hacia un lado. Donovan sacó la llave y entró.

Hasta ahora todo va bien, pensó.

Titubeó un segundo, parpadeando para acostumbrar los ojos a la aún menos intensa, que había

en el interior. Un oscuro corredor proyectaba hacia delante. Detrás de él, la puerta se abrió, haciéndole da un salto.

No había tenido el menor problema para llegar a bordo de la Nave Madre. Sólo hubo de dejarse puestas las gafas de sol y permanecer cerca de una lanzadera, hasta que ésta se dispuso a partir, subiendo subrepticiamente a bordo en el último momento. Bajo su calada gorra de Visitante, con las gafas oscuras haciendo aún más irreconocibles sus rasgos, no había sido más que otra anónima figura de uniforme.

En el momento en que aterrizó la lanzadera, un anuncio levantó ecos en el lugar de atraque; se decía en él que la planta «Richland» estaba siendo atacada. En medio de la confusión de soldados y vehículos de patrulla que salían, se había deslizado en las entrañas de la nave alienígena.

Donovan siguió adelante, tratando de impedir que sus pesadas botas de uniforme levantasen ecos en el metálico suelo del corredor. No tropezó con nadie. Finalmente, el camino se abrió hasta una amplia sala central, tan grande, que incluso los ecos de sus pisadas se perdían y quedaban apagadas. La cavernosa estancia estaba llena, desde el suelo hasta el techo, de grandes depósitos, aunque no como los que había visto en la refinería «Richland». Estos depósitos —dio unos golpecitos en uno para asegurarse— tenían unas paredes muy delgadas y no llevaban calibradores de presión o medidores que indicasen el estado de su contenido.

Una válvula sobresalía de uno de los depósitos. Donovan le dio una vuelta. Una corriente de un líquido claro comenzó a manar. Inclinándose, Mike lo observó. Luego, frunciendo el ceño, adelantó un dedo. Aquel frío líquido le resultó familiar. Donovan lo olió, y luego, cautelosamente, lo probó.

— ¡Jesús, es agua…! ¿En todos esos depósitos?

Abriendo más la válvula, Donovan tomó unos cuantos tragos, pues estaba sediento. Luego vagó por la gran estancia, abriendo al azar las válvulas. Tras diez o doce pruebas, se convenció de que todos los depósitos contenían lo mismo. Se quedó allí de pie, tratando de contar los recipientes. Perdió la cuenta sobre los quinientos, pero había más, muchísimos más. ¿Cuántos millones de litros habría allí? ¿Habría depósitos con igual contenido en las demás naves?

Mike se frotó el cuello mientras permanecía allí, en aquella poco iluminada y fría sala, intrigado en extremo. Había algo que no comprendía, y debía *averiguarlo*. Aquel misterio le bailaba en la cabeza, torturándole, pero permaneciendo fuera de su alcance.

Al salir del corredor empezó a buscar otra de las puertas amarillas. La encontró, introdujo la llave en ella y luego la cruzó. Mientras andaba por el corredor escuchó unas pisadas que se aproximaban. Rápidamente, se pegó a un oscurecido hueco y vio pasar a un técnico. Donovan oyó el siseo de la puerta amarilla y luego avizoró con cautela Se echó hacia atrás en seguida ante el sonido de más pisadas, y luego asomó con cautela la cabeza por el hueco.

¡Martin!

Al acercarse el oficial Visitante, Donovan alargó una mano y lo aferró por detrás. Sintió la falsa y fría piel de la nariz del alienígena, la boca y los ojos, recubiertos con lentes de contacto, mientras éstos le reconocían. Con cautela, Donovan retiró la mano.

— ¡Donovan!

— Sí…

Mike se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

— Quiero saber qué ocurre. Acabo de salir de las bodegas donde están los depósitos. Están llenos de *agua*… Ya te pregunté una vez acerca de la auténtica razón de vuestra visita a nuestro pequeño planeta, y contestaste que no había suficiente tiempo, si es que quería escaparle, pero ahora tengo todo el tiempo del mundo, y quiero aprovecharlo…

Martin miró al suelo durante un largo momento. Luego suspiró.

— Muy bien… Sí, los depósitos están llenos de agua, no de productos químicos…

— ¿Y están arrojando los productos químicos en la atmósfera?

— Sí.

— *¿Por qué?*

Mike, frustrado, sacudió ligeramente los hombros del Visitante. Luego sus ojos se abrieron al comprender.

— ¡Dios mío…! ¡Qué idiota he sido…! El *agua*. Lo que están robando es el agua. Lo de los productos químicos es sólo una cortina de humo. Traen aquí toda el agua que es bombeada en las plantas que supuestamente procesan los productos químicos. Pero, ¿por qué?

— El líquido puro, el H_20, resulta el producto más raro y valioso que quepa imaginar. Es uno de los principales recursos que cualquier sociedad industrial destruye y contamina. Aquí ya han empezado, si quieres saberlo. A diferencia de la mayor parte de los planetas, incluido el nuestro, en vuestro mundo hay mucha más agua que zonas emergidas. Necesitamos desesperadamente agua: para la alimentación, para la industria…, para todo…

— Pero podríamos haberla compartido…

— Algunos de nosotros propusimos la idea de contaros la verdad, pediros que hicieseis exactamente eso. Pero nuestro Líder la quiere toda. Ahora que la Tierra es considerada más o menos segura, otras naves de nuestro mundo están ya de camino. Todo el plan nos llevará una generación (nuestro ciclo vital es más o menos igual al vuestro), pero al final, la tendremos toda…, si es que el Líder se sale con la suya.

— La Tierra se convertirá en un desierto —comentó Mike lúgubremente—. La Humanidad…, todos nosotros…, todos moriremos…

Martin suspiró.

— En ese caso, no quedará nadie cuando nos vayamos… Mike se lo quedó mirando.

El oficial Visitante asintió.

— Hay algo más que debo mostrarte.

Con un terrible presentimiento, Mike Donovan siguió a Martin a lo largo del corredor. Al igual que el anterior, daba a una gran sala, pero ésta contenía unas cámaras más pequeñas, cilíndricas, cada una de ellas de 1 x 2,5 m. A Donovan se le erizaron los pelos de la nuca cuan do miró a su alrededor.

— ¿Para qué diablos es esto?

Martin hizo un tímido ademán.

— Míralo tú mismo.

Rígidamente, Mike recorrió la corta distancia que le separaba del cilindro más próximo. Estaba lleno de una sustancia gelatinosa y grisácea, que flotaba y remolineaba dentro del

contenedor. Mientras Donovan lo observaba, el espeso gel gris ondeó, se debilitó y, de pronto, un rostro salió a la superficie. Era el de un anciano, con un grueso mostacho. Sus ojos fijos, vacíos, su boca completamente abierta… Estaba desnudo.

La voz de Martin llegó a Mike desde detrás.

— Es de los vuestros. Una de las personas que han desaparecido…

Mike se volvió para enfrentarse con él; tenía la boca tan seca, que le costó hablar. Un nombre le ardía en la cabeza: *Sean…*

Se ahogó al hacer la pregunta:

— ¿Muerto?

— No. No lo está.

Donovan cerró los ojos, momentáneamente aliviado, y luego se obligó a escuchar:

— Sus metabolismos han sido extraordinariamente enlentecidos y se encuentran perfectamente preservados. Pueden revivir en cuestión de minutos. Diana ha desarrollado esta técnica.

Mike alzó la mirada hacia los miles y miles de cilindros. Luego se volvió y miró fijamente a Martin:

— Mi hijo está aquí. En algún lugar.

— ¿Se lo llevaron?

— Junto con el resto de San Pedro. Tengo que encontrarle…

Martin se frotó con suavidad la frente, en un gesto muy humano de frustración.

— Mike, no hay forma de hallarle, excepto comprobándolo en el ordenador central, pero mi acceso al mismo es limitado. Tampoco podemos estar seguros de que se encuentre en *esta* nave. Puede hallarse en la de San Francisco. O en la de Seattle. Lo siento…

Donovan hizo un ademán hacia aquellos cilindros.

— Tiene que haber una forma de encontrarle, debe haberla. Pero, Martin, ¿por qué? ¿Por qué los estáis capturando y guardando de esta forma? ¿Porque son alborotadores, o científicos a los que les gusta hacer pruebas con vosotros, revelar vuestros propios rostros?

Martin le echó un rápido vistazo y luego apartó la mirada. Mike sonrió irónicamente.

— Ya sabes que os he visto. Resulta curioso estar hablando aquí contigo, como si fueses un humano igual que yo, sabiendo que no es así. Realmente curioso…

— Sí, ya me enteré de tu pelea con Jérome. Me contó que eres… ¿Cuál fue su expresión? ¿Un tipo de cuidado?

— Lo hice lo mejor que pude —replicó Donovan, ausente—. Pero, ¿por qué no matarlos? ¿Por qué los guardan aquí?

— El Líder desea que vivan. Algunos serán alistados para guerrear. Creo que los llamaríais «carne de cañón»…

— ¿Y cómo alguien así ha podido hacerse con el poder?

El rostro de Martin se ensombreció.

— Carisma. Las circunstancias. Promesas… Respaldo financiero. Una doctrina que apela a lo incomprensible. Asegurando que él, nuestro Líder, nos conseguiría todo el poder. Ninguno de nosotros lo puso en tela de juicio, o ni siquiera lo tomó en serio, hasta que fue ya demasiado

tarde… También ha sucedido aquí, en vuestro planeta, ¿no es verdad?

— Sí. Así es…

Mike recordó algo de repente.

— Hace rato que quiero preguntarte por Barbara. Me ordenó que disparase contra ella; me explicó que, de otra forma, nadie creería que la había vencido y me había apoderado de su uniforme. ¿Está bien?

— Se recupera.

— Estupendo. Algún día me gustaría darle las gracias.

Miró de nuevo los cilindros.

— ¡Son tantos…! Debe de haber varios miles.

— Sí.

Mike se lo quedó mirando con atención.

— Dices que algunos de ellos serán empleados como soldados en el ejército de vuestro líder. ¿Qué pasará con los demás?

Martin miró más allá de la cámara, rechazando encontrarse con los ojos del humano.

— Además de agua, también hay en nuestro planeta escasez de artículos básicos.

Donovan sintió que la sangre le abandonaba el rostro, dejándole el semblante rígido.

¿Alimentos?

Aunque Donovan no había hablado en voz alta, Martin, que le estaba observando, asintió.

— Sí.

Temblando violentamente, Donovan se llevó una mano al rostro.

— ¡Oh, Dios mío…! Debería haberlo imaginado. Creo que voy a…

Tragó saliva, intentando dominar sus náuseas, frotándose furiosasamente la boca, como si la revelación de Martin le hubiese dejado un sabor de boca, una suciedad que debía eliminarse.

— Tómatelo con calma, Mike —le dijo Martin—. No tenemos tiempo para eso.

— Lo sé.

Aún temblando, Donovan se esforzó en respirar lenta y profundamente.

— ¡Dios mío…! Debí haberlo supuesto. ¿Podrías tú hacer eso… con un niño como Sean?

Se quedó mirando otro contenedor, donde flotaba el rostro de una mujer joven.

— ¿A ella?

Martin meneó la cabeza.

— No. No podría. El que nos pongamos así no servirá de ninguna ayuda. No voy a decir que sea vegetariano, puesto que eso no cabe entre nosotros. Pero, ¿especies inteligentes? No. Cuando se montó esta expedición, nos dijeron que los habitantes de este planeta eran…, como ganado. Que no eran inteligentes. Luego, cuando llegamos aquí, hubo quienes protestaron al comprender la verdad. Pero fueron eliminados rápidamente…

— ¿Sí? ¿Hicieron hamburguesas de iguana?

— ¿Qué?

— No te preocupes. Era una broma de mal gusto…

Mike escupió hacia un oscurecido rincón.

— Será mejor que salgamos de aquí.

Mientras regresaban a la puerta que daba al corredor principal, susurró:

— Prométeme algo, Martin…

— ¿Qué?

— Si puedes, averigua dónde está mi hijo. Sean Donovan. Y también su madre. Se llama Marjorie.

Martin asintió con poca convicción.

— Si puedo… No será fácil. Tengo que ser muy prudente…

Cuando llegaron a la puerta, Donovan puso una mano en el brazo del oficial Visitante.

— Y ahora. Tony… Deseo que me lleves junto a él…

El alienígena titubeó durante un largo instante.

— Sé en qué celda está, pero Diana dijo que le iba a interrogar personalmente. Y no he sabido nada más.

— Pues vayamos allí.

Martin estaba obviamente asustado.

— Es una zona muy concurrida, con fuertes medidas de seguridad. Si me ven contigo, nunca seré capaz de explicar todo esto…

— No correrás el mismo riesgo que yo. Vamos…

El Visitante vaciló, como si quisiese discutirlo aún más; pero luego se detuvo cuando sus ojos se encontraron con los de Mike.

— Muy bien —asintió de mala gana.

Anduvieron de prisa, decididos, Donovan llevaba la gorra bien calada y las gafas oscuras puestas. Aquello le dificultaba la visión, puesto que la penumbra en la nave era, de por sí, poco apta para la visión humana. Pero no tenía otra elección.

Finalmente, llegaron a la zona de los detenidos. Martin comprobó los números de las puertas y luego introdujo su llave.

— Debo advertirte, Mike, que la cosa puede resultarte desagradable…

Donovan asintió.

— Muy bien…

Entraron. El cuarto era frío y silencioso, y olía a sangre y a excrementos. En el centro había un camastro cubierto. Martin se acercó a las colgaduras, alzó un borde y miró hacia el lecho. Mientras Mike daba un paso para reunirse con él, se volvió y asintió sin pronunciar palabra.

A Mike se le paralizó la respiración.

— Tony —dijo en voz baja, sabiendo que su amigo no podía oírle.

Suavemente, hizo a Martin a un lado y alzó la sábana.

La cara de Leonetti estaba compuesta, serena. Alguien le había cenado los ojos. No había en sus rasgos ninguna herida. Buscando la causa de su muerte, Mike levantó un poco más la sábana, escudriñando el cuerpo. La causa del fallecimiento resultaba obvia. Alguien había abierto por completo a Tony, una persona de consumada habilidad y técnica quirúrgica, pero no le habían cosido. El lugar sobre el que yacía se encontraba levemente ahuecado y contenía varios centímetros de sangre.

Donovan, con infinito dolor, tocó cariñosamente el rostro de su amigo.

— Tony… Dios mío, lo siento, compañero… Lo siento…

Bajó la mortaja sobre aquellos inmóviles y pálidos rasgos.

— ¿Diana? —preguntó, manteniendo la voz firme a costa de un gran esfuerzo.

— Sí…

La voz de Martin pareció casi tan angustiada como la de Donovan.

— Está autorizada para llevar a cabo… algunos experimentos médicos… De vez en cuando hace una demostración de técnicas quirúrgicas para los miembros de su personal.

— ¡Desearía matarla! —replicó Mike con voz dura.

La voz de Martin sonó cansada:

— Pues tendrás que ponerte en cola…

Un gemido procedente de un rincón les hizo estremecerse y darse la vuelta. Una figura, con camisa azul de trabajo, se encontraba enrosada en el oscuro y frío suelo. Donovan se apresuró a dar la vuelta, con gran cuidado, al hombre herido. Resultaba evidente que había sido golpeado por alguien con la obsesión de realizar un buen trabajo: su rostro se veía tan lleno de magulladuras, que resultaba difícil hacerse la menor idea acerca de su edad o de su aspecto normal. Su ojo izquierdo aparecía tan tumefacto, que formaba un espantoso bulto rojo-azulado en uno de los lados de la cabeza.

Unos labios abultados y rajados se movieron, y Donovan escuchó un ronco susurro:

— ¿Quién…, quién eres?

— Un amigo.

— ¿No eres… uno de ellos?

— No.

El hombre esbozó una débil sonrisa. Mike se percató, por su pelo negro y por su acento, que se trataba de un mexicano.

— Trataron de hacerme hablar… Pero no les dije nada…

Sonrió, con una expresión espantosa.

— ¿Tiene un poco de agua? Empleé la que me quedaba en escupir a Diana…

— Aquí —dijo Martin, llevando una taza a los labios del hombre.

Con gran esfuerzo, consiguió beberse toda la taza y luego pareció encontrarse mejor. Martin volvió con un pequeño botiquín. Mientras Donovan limpiaba y curaba el rostro del hombre, Martin le vendó las costillas para sujetarlas y le dio al hombre unas cuantas inyecciones.

Ante la inquisitiva mirada de Donovan, explicó:

— Para prevenir la infección. Antibióticos, sobre todo, pero la segunda servirá para mantenerle en pie. Supongo que querrás llevado contigo.

Donovan no había pensado en ello hasta que habló Martin, pero, ante las palabras del Visitante, asintió:

— Sí. ¿Crees que podríamos colarlo de rondón en algún vehículo patrulla?

— Iré a ver cómo van las cosas. Hay alguien más a quien también tendrías que llevarte. Detuvieron a una muchachita ayer, y, según creo, la están empleando como rehén para que su padre les informe del paradero de una de las bases clandestinas. Diana parecía particularmente interesada en ella, por lo que será muy conveniente que la saques de aquí. Es sólo una chiquilla…

— Conforme, me haré cargo también de ella. Cuidaré de él mientras buscas a la chica. ¿Podría encontrarme contigo en el atracadero dentro de… diez minutos?

Martin comprobó su cronómetro.

— Mejor quince… Hasta luego, Mike…

Una vez se hubo ido, Donovan dio al hombre otra taza de agua.

— ¿Crees que podrás tenerte en pie ahora? —le preguntó, cuando e hombre se hubo acabado toda el agua—. Hemos de tratar de salir de aquí… ¿Estás preparado?

— Puede estar seguro, *amigo…*

— Estupendo… A propósito, me llamo Mike Donovan…

Se estrecharon la mano.

— Sancho Gómez.

— Encantado de conocerte, Sancho. Es una lástima que no haya sido mejores circunstancias…

Cuando su cronómetro le indicó que había llegado el momento de irse Donovan, asió a Sancho por el brazo, desenfundó el arma alienígena que portaba y la empuñó.

— Te haré pasar por un prisionero al que traslado a otro bloque de celdas… —le dijo—. Trata de parecer *asustado*, Sancho.

— *Comprendo…*

Buscaron un lugar seguro en el embarcadero para poder ocultarse. Minutos después entró Martin, llevando del brazo a una adolescente de opresión aterrada, con el rostro sucio, manchado por las lágrimas, mezcladas con el maquillaje.

Mirando rápidamente a su alrededor, Martin hizo una indicación a la muchacha para que trepase a uno de los pequeños vehículos de patrulla. En el momento que se volvía hacia atrás, Donovan y Sancho se encontraban ya a su lado. Subieron al vehículo Visitante. Martin asintió, preparándose para subir a su vez.

— Vámonos…

— ¿Tú también vienes?

Mike quedó sorprendido.

— Tengo que hacerlo. Sería estúpido pensar que nadie me ha visto contigo y con Robin. Las cosas se volverían a partir de ahora muy peligrosas para mí, aquí.

— Debes quedarte, Martin…

Donovan se asomó.

— ¿Qué? ¿Por qué?

— Necesitamos a alguien aquí que esté de nuestra parte. Serás sumamente valioso para el movimiento clandestino.

— Pero, Mike…

Martin parecía francamente asustado.

— Debo hacer que vuele este cacharro.

— No te preocupes por eso. Yo puedo hacerla volar. Quédate, Martin.

— ¿Que puedes hacer que vuele?

— ¿Qué te apuestas? Soy un buen piloto, y en todos los viajes realizados me he pasado el tiempo observando las cosas que hacían. Puedo manejarlo, sé que puedo.

— Pero, escucha…

— ¡Maldita sea, Martin, puedo hacerlo!

Mike se inclinó más hacia el Visitante, mirándole fijamente.

— Estás asustado.

— Yo…

Los hombros de Martin se estremecieron, mientras miraba detrás de él.

— Va a ser muy peligroso para mí.

— Lo conseguirás…

Mike le dio unas palmadas en los hombros.

— Nadie nos ha visto a Sancho ni a mí. Nadie te relacionará con este lío. Limítate a esconderte mientras logramos salir de aquí.

Martin seguía vacilando. Donovan le zarandeó los hombros con mayor fuerza.

— ¡Maldita sea, Martin! ¿Peligroso para ti? ¡Es peligroso para todos nosotros! Yo he perdido a un hijo y a mi socio. ¿Y qué me dices de Barbara? ¿Y qué han hecho con Sancho? ¿Invitarle a pasar un día en «Disneylandia»? ¡Demonios, todos estamos tremendamente asustados Martin, pero cada uno ha procurado ayudar de la mejor forma que ha sabido!

Titubeó durante largo rato, al ver que Martin lanzaba un rápido vistazo hacia Sancho.

— ¿Qué me dices, hombre? ¿Lo haces o no?

De repente, Martin asintió.

— Muy bien.

Señaló a los controles.

— Tienes tendencia a sobrecompensarlo, Mike. Y es muy sensible.

— ¿Dónde está el regulador de la dirección?

Martin se lo mostró.

— Muy bien. ¿Y la velocidad?

Observó y asintió.

— Y esto de aquí es el altímetro. El depósito está lleno de combustible. Buena suerte, Mike.

— Así lo espero.

Titubeante, Mike puso en marcha el aparato. Inmediatamente comenzó a zumbar.

— Deberías vender estos trastos en Nueva Inglaterra —musitó—. Harías una fortuna.

Mientras Martin se volvía para marcharse, Donovan le asió el brazo.

— Eh…, Martin. Gracias… Estoy orgulloso de tenerte por amigo. Tenemos mucha suerte de que estés de nuestra parte.

Martin asintió.

— Yo también estoy contento de que seas mi amigo. Y ahora, si no sacas esa cosa de aquí, no viviremos para ser amigos, lo cual, después de todo, tal vez sería lo mejor. Así que…, ¡lárgate…! Creo que es así como se dice.

— Eso es…

Martin se alejó mientras Donovan cerraba la carlinga.

— Abrochaos los cinturones…

En el mismo momento en que el periodista comenzaba a empujar la palanca hacia delante, se

escuchó un grito.

— ¡Maldita sea! ¡Nos han descubierto! ¡Agarraos!

Puso la velocidad máxima, y el vehículo de patrulla saltó hacia delante como una flecha, encaminándose hacia las compuertas de la miento. La salida empezó a cerrarse cuando los fugitivos se aproximaron a ella, y Donovan tuvo que hacer un rápido viraje. El aparato dio un pequeño salto cuando chocó contra una de las compuertas, pero ya estaban fuera.

Se elevaron en el espacio azul de la atmósfera superior. Cuando Donovan inclinó la palanca hacia delante, tratando de dominar el aparato la nave cayó en picado hacia el color azulverdoso del Pacífico. La muchacha, sentada al lado de Donovan, jadeó locamente al entrar el vehículo en barrena.

— ¡Enderézalo!

— ¡Eso *intento*! —exclamó Donovan, tirando hacia atrás de la palanca; luchaba contra el pánico a medida que el océano se hacía cada vez más grande en la pantalla. El morro del aparato se enderezó…, se enderezó…

Casi con la misma rapidez, los tres humanos se encontraron cabeza abajo cuando la nave Visitante describió un violento rizo.

La chica chilló:

— ¡Cállate, idiota! —ladró Donovan, forcejeando con los controles.

Finalmente, tocando levemente la palanca, pudo enderezar el aparato y volar en línea recta. Empezó a girar gradual y suavemente para alejarse del mar. Martin tenía razón: aquel cacharro casi volaba solo. Pero deseaba practicar un poco antes de intentar el aterrizaje.

— ¿Dónde vamos, *amigo*? —preguntó Sancho, instalado en la parte trasera del aparato.

— Tenemos que alejarnos del mar; así podré hacerme con este trasto y evitar que choquemos con alguien que esté en el aire —explicó Mike—. Quiero practicar antes de *pensar* en hacer cualquier otro movimiento o aterrizar. Fuera de aquí tendré un poco más de paz y tranquilidad.

— ¡Oh…! Quisiera no tener que decirle esto, *señor* Donovan, pero me temo que nos están persiguiendo.

— ¿Qué?

— Hay otros dos aparatos igual que éste que nos siguen, y…

Sancho fue interrumpido por algo que chocó contra el vehículo de patrulla, haciéndolo temblar.

— ¿Qué ha sido eso? —aulló la muchacha.

— …están disparando contra nosotros —terminó Sancho—. Creo que tenemos problemas…

CAPÍTULO XVIII

Ruby Engels arrastraba su viejo carrito de la compra mientras andaba lentamente por la familiar acera. Comprobó su reloj por enésima vez: las doce cuarenta. Sólo le quedaban unos minutos. Aspiró profunda y temblorosamente, confiando en que Dios le daría las fuerzas suficientes para cumplir con su misión. A pesar de sus palabras de aquella mañana, Ruby estaba asustada. Toda su vida había sido una persona respetuosa de la ley, y a su edad resultaba muy difícil cambiar.

Mientras caminaba vio a dos figuras familiares exactamente delante de ella, unas personas a las que no había esperado ver de nuevo. Acelerando el paso, sonrió e hizo unos ademanes.

— ¡Stanley! ¡Lynn! ¡Habéis vuelto!

Stanley y Lynn Bernstein se encontraban en su patio trasero, cerca de la casa de la piscina. Ambos levantaron la mirada hacia Ruby.

— ¡Ruby!

Dejando el carrito en la esquina de la calzada, Ruby se apresuró hacia ellos.

— ¡Qué contenta estoy de veros! ¡Pensé que ya no regresaríais nunca más!

Stanley tenía un brazo vendado desde el codo; lo mantenía rígido, como si hasta el menor movimiento le produjese agudos dolores. Lynn no se veía herida, pero sus azules ojos parecían distintos, como si hubiesen soportado lo peor que cupiese imaginar y sólo ahora empezase a darse cuenta de que aquello no la había destruido. Alargó las manos para abrazar a la anciana, estrechándola entre sus brazos.

— ¡Ruby, es estupendo haber regresado!

— ¿Dónde está Abraham?

Los Bernstein se miraron.

— No le hemos visto —murmuró Stanley lúgubremente—. Cuando llegamos a casa, sólo estaba Daniel.

Pronunció su nombre como si le doliese.

— Él tampoco le ha visto. Prometió preguntarle a su jefe, Brian, dónde estaba, pero…

Tragó saliva.

— Me temo que será mejor no saberlo.

Lynn se tapó la cara con las manos, sollozando.

— Daniel dijo que…, lo sentía…, que habíamos sido…

— Tómatelo con calma, Lynn —le dijo Stanley, colocando su brazo sano en torno de los hombros de su mujer.

— Comprendo —repuso Ruby—. Por favor, Stanley, cuídate. Lynn. Te veré después. Tratad de descansar un poco.

Dio unas palmaditas a la mujer más joven en sus hundidos hornos, y luego se alejó con rapidez.

No quería pensar. Sus piernas se movían de una manera mecánica, uno-dos, uno-dos, mientras recogía su carrito de la compra y seguía el camino que ella y su amigo habían hecho tantas veces.

En la primera Equina, estaba aparcado uno de sus vehículos, con las portillas abiertas, al lado de dos coches de la Policía.

Ruby se detuvo. A mitad de camino de la manzana de casas, varios soldados de asalto, acompañados por dos policías, registraban a unos jóvenes de tosca apariencia delante de unos carteles de los Visitantes, festoneados con el símbolo de la «V». Unos aerosoles de pintura roja eran los mudos testigos del crimen de los muchachos. Rápidamente, Ruby sacó uno de los cócteles Molotov del carrito y luego tomó su «Zippo» del bolsillo. Manteniendo oculta la botella llena de gasolina debajo de su bolsón, encendió la mecha mientras pasaba junto a la abierta portilla. Nadie la miraba, puesto que los soldados estaban concentrados en los chicos.

Con un ademán rápido y seguro, Ruby arrojó el cóctel en la abierta lanzadera.

— Esto es por Abraham —musitó, lanzando una desafiante mirada a la espalda de los Visitantes.

Luego echó a correr, con el carrito dando saltos.

La primera y pequeña explosión fue seguida después por otra mucho mayor. Ruby lanzó una rápida y satisfecha mirada a la cápsula, que aparecía envuelta en llamas; uno de los coches de la Policía también había sido alcanzado. Los Visitantes y los polis contemplaban el fuego; los chiquillos sólo eran ya unas huidizas y distantes figuras. Sonrió tensamente, antes de percatarse de que uno de los policías la observaba por encima del hombro.

Ruby se encogió de hombros; luego vio su sonrisa, pronto disimulada, y la señal de «V» que hizo a su espalda y dirigida a ella.

Ruby Engels siguió andando por la calle, mientras sus ojos escudriñaban en busca de otro objetivo.

CAPITULO XIX

Cuando la camioneta de reparto dobló una esquina, las manos de las se deslizaron por el volante.

— Lo siento —dijo, al tiempo que se frotaba primero la mano derecha y luego la izquierda en la pernera de los tejanos—. Tengo las manos húmedas.

El sonido de otra explosión levantó ecos en la distancia.

— ¿Tú también estás asustado?

Miró por el retrovisor; el camión de la basura se encontraba aún allí.

Juliet, sentada a su lado, miró, nerviosa, a través de la ventanilla al coche de la Policía envuelto en llamas.

— Sí, confío en que nadie resulte herido. Odiaría tener que perderos a cualquiera de vosotros.

Robert Maxwell, al lado de Juliet en el asiento oscilante del camión que avanzaba a toda marcha, pensaba de prisa.

Me quedan dos horas. Tendré que escapar durante el ataque y hacerme con algún medio de transporte para sacar a Kathy y a las chicas.

Pensó en la gente del campamento de la montaña, y se imaginó el rostro de Juliet de haberse enterado de su traición; luego, resueltamente apartó de sí aquellos pensamientos.

Robin. Piensa en Robin, allí arriba, en aquella maldita nave.

El camión dobló otra esquina. Enfrente de ellos apareció un gran edificio de hormigón y ladrillo, rodeado por una cerca de cadenas de cuatro metros de altura. Los soldados de asalto custodiaban la puerta. En el interior de la cerca vieron aparcados unos vehículos del Ejército.

— Allí. Allí está el muelle de carga, Elias —le señaló Juliet.

— Ya lo veo. ¡Agarraos!

El camión aceleró en dirección a la puerta. Con gran violencia, chocó contra la cadena y logró atravesarla.

— ¡Vigila a los dos que están en el tejado! —gritó Juliet.

Giraron en redondo y se detuvieron ante un transporte de tropas aparcado; a continuación, retrocedieron hacia el muelle de embarque.

El camión de la basura atravesó los restos de la entrada, mientras su puerta trasera comenzaba a abrirse en el momento que el pulsante zumbido de las armas de los Visitantes llenaba el aparcamiento. Los combatientes de la resistencia saltaron del vehículo y empezaron a disparar contra los Visitantes. Varios luchadores sacaron unos grandes espejos con marco, empleándolos para reflejar la brillante luz del sol sobre te rostros de los guardianes del tejado.

Juliet saltó de la camioneta de reparto y corrió hacia la parte trasera apenas sintiendo ahora el dolor de su cadera.

— ¡Ábrela! ¡A cargar! ¡De prisa!

La puerta trasera del camión se abrió, y más hombres salieron al embarcadero. Corrieron al interior de la armería junto a Juliet, perseguidos por el estruendo de la batalla que se desarrollaba afuera. Elias apareció al lado de Juliet mientras ésta tomaba varias armas.

— ¡Vamos! ¡Adelante con toda esa carga!

— No hay tiempo para elegir… —le contestó ella—. Subidlo al camión.

Con rapidez, formaron una cadena, pasándose las armas de mano en mano hasta el vehículo. Elias y Brad, a toda prisa, tendían doras, un bazuca y municiones. Luego, un lanzacohetes y cohetes, todo siguiendo la cadena. Juliet alzó la mirada y gritó al ver a un combatiente arrastrado por otro; luego a Robert, que llevaba a una gimoteante mujer.

— ¡Oh, no!

Se dirigió rápidamente hacia los heridos.

— ¡Metedlos en el camión!

Robert tenía los ojos abiertos de par en par, y su boca reflejaba angustia.

— Tengo que salir de aquí y prevenir a los del campamento en la montaña… ¡Esta tarde van a ser atacados!

— *¿Qué?*

— Robin está prisionera… Sólo trataba de protegerla… Pero hay muchas vidas en juego… No puedo guardar silencio y permitir que se los lleven…

Sin aguardar una respuesta, se volvió y salió a escape de la armería, localizó un jeep aparcado, se cercioró de que las llaves estuviesen puestas en el contacto y subió. Juliet titubeó, pero no había nada que ella pudiese hacer. Robert puso el jeep en marcha, aceleró e, inclinándose sobre el volante, salió a toda velocidad.

— ¡Elias! —gritó Juliet—. Ayuda a los del camión.

Mientras sacaban al hombre y a la mujer heridos, se dirigió a los otros rebeldes:

— Los camiones ya están llenos… Pasad la consigna… ¡Preparaos para salir de aquí! Debemos ir directamente al campamento de la montaña… Va a ser atacado…

Los siguientes minutos transcurrieron rápida y angustiosamente. Varios heridos más fueron llevados al camión, y Juliet se percató de que por lo menos uno de ellos no llegaría con vida al campamento de las montañas. Elias y Brad cubrieron la retirada, mientras Juliet se quedaba con los heridos en la parte trasera de la camioneta.

Cuando echó un vistazo para comprobar cómo se desarrollaba la batalla en el patio, Juliet vio muchos cadáveres con atuendo rojo. Todos los vehículos alienígenas ardían. Mientras lo observaba, el fuego llegó hasta el depósito de las municiones.

— ¡Elias! —aulló—. ¡Salid todos de ahí!

Brad saltó a la parte trasera del camión, en el mismo instante en que el motor volvía a rugir.

— ¿Ya están todos en el camión de la basura? —preguntó Juliet.

— Sí.

Brad miró a su alrededor, a los montones de armas.

— Lo hemos hecho muy bien…

— Si al decir eso tienes en cuenta los cinco heridos, uno de ellos en
ado crítico, puede que tengas razón. Ven aquí.

Cuando llegó a su lado, Juliet continuó:

— Muy bien, mantén este trapo aquí, hasta que cese la hemorragia.

¿Cuánto aprendiste de primeros auxilios en la Policía?

— Ayudé en un parto —contestó—. Pero casi siempre nos limitábamos a esperar a la ambulancia.

— Eso es más de lo que ha hecho la mayoría de la gente, por lo menos no te asustas a la vista de la sangre.

— ¿Qué gritabas acerca del campamento de la montaña?

— Antes de irse, Robert nos dijo que los Visitantes habían capturado a su hija, Robin, y que la obligaron a facilitarles la ubicación del campamento de montaña. Van a atacarlo. ¡Debemos sacar nuestro equipo de allí!

— ¡Oh, mierda! ¡Qué hijo de perra!

— ¡Brad, no digas eso! ¿Qué esperabas que hiciese el pobre hombre que no se preocupase por la vida de su hija? Sólo confío en que podamos hacerla volver de alguna forma. Tal vez nos ayude ese Martin del que habló Donovan.

— ¡Maldita sea…! Cualquier cosa es buena.

Cuando el camión dejó atrás la ciudad, habían hecho ya todo lo que pudieron por los heridos. Juliet se sentó en el oscilante suelo, con la espalda apoyada en un montón de fusiles y la cabeza de Lenore en su regazo. Su mano sostenía la de la mujer negra, en parte por comodidad, y en parte para comprobar su débil y vacilante pulso. Brad se quedó mirándolas.

— ¿Saldrá de ésta?

Juliet le miró con el rostro serio, y movió la cabeza de un lado a otro. No quería hablar en voz alta, porque era aún posible que Lenore pudiese oír, a pesar de que parecía estar inconsciente. El oído, según sabía, era uno de los últimos sentidos que se perdían.

— Ya debemos de estar cerca —comentó Brad, mirando su reloj.

Juliet asintió, contemplando a Lenore.

El pulso bajo sus dedos osciló, palpitó, latió irregularmente mientras la mujer se retorcía y jadeaba. Luego se detuvo.

— Se ha ido… —indicó Juliet.

Se percató de que la cadera le dolía terriblemente y de que estaba llorando. Ninguno de ambos hechos parecía demasiado importante.

Brad se acercó a Juliet en la penumbra de la camioneta, y luego se dejó caer al suelo.

— ¡Eh, Juliet…! ¡Eh…!

Tímidamente, pasó el brazo el torno a la chica, atrayéndola hacia si.

El camión dio un bote en una curva. El cuerpo de Lenore, lacio, se deslizó del regazo de Juliet.

— Es el desvío hacia la carretera de la montaña —explicó Juliet.

Se escuchó la alteración del ruido del motor, en su esfuerzo por remontar el desnivel.

— Ahora ya queda muy poco trayecto. ¿Qué hora es, Brad?

La mujer pudo ver el pequeño resplandor de su reloj.

— Las tres menos diez.

— ¿Quieres decir que hemos estado media hora en la armería?

— Menos —replicó Brad—. Es raro, ¿verdad? Solíamos darnos cuente esto en Vietnam. Si efectuábamos una incursión, o estábamos bajo el fuego enemigo, el tiempo parecía realmente acortarse o alargarse, según las circunstancias…

Juliet se puso rígida.

— ¡Me parece que oigo disparos!

Un momento después llegaron claramente hasta ellos el zumbido de las armas Visitantes y los gritos.

— ¡Están atacando el campamento!

Juliet se puso en pie de un salto y golpeó la plancha que separaba el camión de la cabina.

— ¡Corre, Elias!

— No te parece oír, Juliet… —le dijo Brad.

Se colocaron contra la puerta trasera, aguardando, con las armas preparadas para ayudar a los del campamento.

Los frenos del camión chirriaron, y el vehículo se detuvo. Inmediatamente, Brad abrió la puerta posterior.

— ¡Aquí! ¡A las armas!

Resonaron los zumbidos de las armas Visitantes, y mientras Juliet miraba, un vehículo de patrulla empezó a bombardear el centro del campamento. Un fuego azul salía de sus armas, y los impactos estallaban en el suelo, en las tiendas, entre la gente. Juliet fue pasando armas, sin apenas atraverse a mirar. Se sintió dominada por el horror.

Brad y Elias sacaron del camión el bazuca y, rápidamente, lo pusieron en posición. Juliet agarró el arma más cercana y, saliendo torpemente del camión, se agarró al brazo de un hombre, a quien reconoció como Terry.

— Hay heridos en el camión donde están las armas… Consigue algunas personas y sácalos a todos, y el armamento… Si dispararan contra el depósito de combustible, los matarían a todos y nos quedaríamos sin armas…

— ¡En seguida! —le gritó, dándose la vuelta.

Juliet permaneció allí durante un momento, y luego escuchó cómo se acercaba otro de los vehículos.

— ¡Dale, Brad! —gritó Elias, y el expolicía disparó el bazuca al vehículo que se dirigía hacia ellos.

Un brillante rayo de luz impactó contra el vehículo Visitante, que empezó a dar vueltas, perdido el control, yendo a estrellarse más allá de los árboles. Un segundo después se escuchó la explosión; una bola de fuego anaranjado se alzó hacia el cielo.

Juliet lanzó un grito de aliento a sus amigos, que se apresuraron a cargar de nuevo el bazuca. Otra de las naves alienígenas —se movían más de prisa, que resultaba difícil decir cuántos eran— irrumpió en el campamento. Disparó una andanada cuando una mujer de cabello castaño salía corriendo de una tienda en llamas. La mujer se derrumbó con un grito de dolor. Un chico de unos trece años se precipitó detrás de ella, pero no tuvo las suficientes fuerzas para levantarla.

— ¡Socorro! —gritó, pero ninguna de aquellas figuras, dominadas por el pánico, parecieron oírle.

Juliet agarró un arma y atravesó el campamento en dirección al chico.

— ¡No puedo levantarla! —gritó el muchacho.

La cadera de Juliet comenzó a dolerle mientras avanzaba, por lo que pareció costarle una

eternidad llegar junto a él. Agarró un brazo de la mujer con su mano derecha y, ayudada por el chiquillo, empezó a arrastrarla hacia el edificio de bloques de escorias que albergaba el equipo científico. Por delante de ella vio a otro grupo que montaba el lanzacohetes.

¡Corre…! ¡Vamos…! ¡Más de prisa!, gritó Juliet en su interior.

Poco a poco al sentir los dolores que le subían por la cadera, se percató de que corría. Pero sus movimientos eran torpes, dificultosos, como si se encontrase atrapada en una eterna pesadilla. Por el rabillo del ojo vio al mayor de los aparatos Visitantes que se precipitaba directamente hacia ellos. Dejando caer el brazo de la mujer, se volvió con el arma aún en la mano.

Era una automática del «45». La reconoció gracias a las explicaciones de Brad. Su mente le gritó que se trataba de una locura —una pistola contra una nave—, pero, presa de la irrealidad que la rodeaba, Juliet adoptó la postura que Brad le había enseñado, sosteniendo cuidadosamente el arma con ambas manos, y apuntando. Era la primera vez que disparaba contra aleo que no fuese una diana de papel.

La pistola cobró vida en sus manos mientras disparaba bala tras bala. ¿Habrían atravesado el revestimiento del aparato? Éste bajó en picado, disparando sus armas, y Juliet reconoció a uno de sus ocupantes.

Diana…

Aquel semblante, moreno y hermoso, que había aparecido en tantas portadas de revistas, resultaba inconfundible. El dedo de Juliet apretó de nuevo el gatillo, y aquella vez *vio* la chispa del impacto en el avión alienígena.

El vehículo de patrulla pasó incólume. Elias y Brad dispararon también su lanzagranadas, pero fallaron. Juliet se volvió para agarrar de nuevo el brazo de la mujer caída.

— ¡Vamos! —gritó al chico.

Escuchó cómo la nave regresaba para dar otra pasada, y supo, con terrible certeza, que aquella vez el piloto se encontraba dentro de su alcance de tiro, y que no fallaría. Gesticuló frenéticamente hacia el muchacho.

— ¡Sal de aquí! ¡Yo me ocuparé de ella!

pero él, tozudamente, negó con la cabeza. Comenzaron a arrastrar de nuevo a la mujer caída. Juliet fijó sus ojos en el edificio que estaba enfrente de ellos, negándose a mirar a ninguna otra parte. Sin embargo, seguía oyendo el pulsante zumbido de las armas Visitantes, que cada vez se acercaban más y más…

De repente escuchó el ruido de otro vehículo de patrulla y, a continuación, el zumbido de sus armas.

— ¡Mira! —gritó el muchacho, señalándolo.

La nave de Diana comenzó a girar sin control, claramente tocada, mientras el recién aparecido vehículo daba la vuelta, encaminándose hacia el caza que había estado atacando el otro lado del campamento. La nave de Diana se enderezó, y empezó a volar despacio, dificultosamente, de regreso a la ciudad y a la Nave Madre, escoltada por los otros dos aparatos alienígenas. Mientras Juliet y los otros observaban el recién llegado casi desapareció de la vista, disparando sin cesar. Luego se volvió y regresó hacia el campamento.

Aterrizó torpemente, levantando grandes nubes de polvo. La portilla se abrió y apareció un

rostro, que todos reconocieron.

— Hola…

— ¡Mike! —gritó el niño que se hallaba al lado de Juliet, saltando en un éxtasis de alegría—. ¿Cómo has conseguido ese aparato?

— Vendiendo sellos —respondió Donovan.

Juliet sintió una mano que se le posaba en el brazo, mientras la hacían delicadamente a un lado. Luego vio cómo Louise y Bill recogían la mujer, que seguía inconsciente, pero que ahora gemía.

Cojeando, Juliet se encaminó hacia el aparato alienígena, consciente de la sensación que le producía el hacerlo.

— Mr. Donovan —le dijo fríamente—, nos alegramos de verle. Tiene una habilidad especial para efectuar sus apariciones…

Otros combatientes se habían congregado en torno a ellos.

— Sí —replicó Donovan—. Hemos tenido suerte de que Sancho consiguiera averiguar dónde estaba el botón de disparo en ese cacharro.

Elias y Brad levantaban a un hombre casi inconsciente y lo sacaban del aparato. En su desfigurada cara apareció una sonrisa cuando Donovan le hizo la señal de la «V». Robin Marwell saltó del asiento del Pasajero con un aspecto mucho más sumiso que la última vez que Juliet la había visto.

— Miss Parrish, ¿sabe algo de mi padre y de mi madre?

— No —replicó Juliet—. ¿Ha visto alguien a Robert Maxwell?

— Yo —contestó uno de los hombres—. Llegó aquí en coche poco antes de que lo hicieran vuestros compañeros. Se dirigió al dormitorio…

Robert Maxwell caminó dando traspiés ante el llameante caos del dormitorio, gritando el nombre de su mujer. El edificio arrojaba oleadas de calor que no le ayudaban en nada a calmar sus temblores Kathy había estado allí…

Negándose a continuar con tal pensamiento, siguió andando.

— ¿Kathy?

A duras penas fue consciente de que el avión Visitante ya se había ido, pero no se preguntó ni adónde ni por qué.

— ¿Polly? ¡Kathy! ¡Dios mío, contestadme, por favor…!

Frente a él vio un pequeño cobertizo con mercancías y otros suministros. Maxwell se frotó cansadamente los ojos, tratando de aclarar su visión. Había una mancha azul encima de una mesa campestre, bajo el saliente del cobertizo.

Azul —pensó Robert tontamente—. *Mi color favorito.*

Se acordó de que Kathleen se había quejado una vez de que siempre, por su cumpleaños, le regalaba un suéter color azul…

La visión se le aclaró, mientras se frotaba, lo suficiente como para percibir que aquel bonito azul estaba echado a perder por algo rojo.

— ¡Kathy!

El grito se le quedó en la garganta.

— ¡No!

Corrió hacia su mujer.

Ésta yacía desgarbadamente sobre la mesa campestre, con las piernas colgando. Una sangre oscura corría sobre la mesa, rezumando por sus muslos, desde un boquete abierto en el estómago. Su rostro estaba salpicado de manchas color rojo, pero sus ojos verdes se abrieron cuando la levantó.

— ¿Kathy? ¿Dónde están las niñas? ¿Se encuentran bien?

Su cabeza hizo un casi imperceptible movimiento, abajo y arriba.

Pegó su rostro a la frente de su esposa, sintiendo la mancillada seda de su cabello.

— ¡Oh, Dios mío, Kathy! Se suponía que esto no iba a suceder…

Sollozando, Maxwell la meció en sus brazos.

— No… No…

El tiempo se enlenteció, se detuvo en aquel único momento, con el ansia de proteger a su mujer, de evitar lo inevitable. La cosa no duró mucho tiempo. Supo perfectamente cuándo acabó; su cuerpo le pesaba tanto en sus brazos…, tanto…

Cuando, al fin, la soltó, la contemplación de sus vacías, fijas y amplias pupilas fue como mirarse en una eterna oscuridad. Le cerró rápidamente los ojos, incapaz de seguir soportando la visión de aquella soledad. Cuidadosamente, bajó su cuerpo de la mesa y luego se quitó la chaqueta, colocándosela cariñosamente sobre el rostro. Algo le oprimió el costado, y miró hacia su enfundada pistola. Sentía como si hubiera transcurrido una eternidad desde que se la había abrochado, antes o ataque, aquella mañana.

Es culpa mía —pensó, mirando la silueta, cubierta, de su esposa, y luego al desolado campamento—. *Toda mía. La muerte de Kathy. La de mis niñitas… La de la gente que confiaba en mí…*

pensó en Robin, indefensa en aquella condenada nave, y se maldijo a sí mismo con una amargura que inundó todo su ser.

No puedo vivir así —siguió pensando—. *Sencillamente, no puedo…*

La pistola se deslizó en su mano, fría, pesada y consoladora. Abstraído quitó el seguro, contemplando la pequeña oscuridad redonda del extremo del cañón, la oscuridad que prometía alivio a aquella culpabilidad, a aquel dolor; luego, el dedo encontró el gatillo.

— ¡Papá! *¡Papá!*

Maxwell se volvió, y el arma se le cayó de la mano; vio a Polly, que corría desmañada hacia él, al lado de Katie. Ambas muchachas sollozaban, pero resultaba obvio que se encontraban ilesas.

— ¡Katie! ¡Polly! ¡Oh, Dios mío…!

Se precipitó hacia ellas y las tomó en sus brazos. Lloraron juntos, apretados unos contra otros, y luego —milagro de los milagros—, Robin, de alguna forma, se unió a ellos.

Mike Donovan contempló, incrédulo, a Juliet Parrish.

— ¿Qué quiere decir con eso de «al parecer, deberíamos dirigir nuestra atención a destruir tantas Naves Madre como podamos…»? ¿Está loca, doctora? ¿No ha escuchado lo que le he

contado? Tienen a millares…, *a millares*… de los nuestros a bordo… Todas las personas que han secuestrado. Destruir las Naves Madre significa matarles también a ellos…

— Sí, lo comprendo —respondió Juliet, sin mirarle.

Observaba la evacuación del campamento, que ya estaba en marcha.

— ¡Elias! ¡Saca esos camiones! ¡Primero los que llevan municiones! Y, Mr. Donovan, intentaremos, como es natural, encontrar un procedimiento para sacarlos de las naves, pero…

— *¿Intentaremos?*

Alargó la mano y la agarró por el brazo, haciéndole dar la vuelta Para que se enfrentara con él. La mujer observó que llevaba una gorra de béisbol que le estaba ridículamente pequeña, encasquetada sobre su recio cabello castaño.

Juliet asintió, sosteniendo la mirada del hombre.

— Sí, *intentarlo*… Mr. Donovan, debe comprender que tal vez debamos sacrificarlos.

— *¿Sacrificarlos?*

Estaba tan airado, que su voz se quebró al pronunciar esta palabra.

— Para salvar *millones*, tal vez miles de millones, que todavía siguen en la Tierra. No me gusta ni una cosa ni la otra lo más mínimo, pero tal vez no haya más alternativa…

Hizo un ademán a alguien que se encontraba detrás de Mike, gritando:

— Y ahora el equipo de laboratorio. Y comenzad con los heridos.

Mike se quedó en mitad del recinto, viendo cómo se alejaba cojeando, consciente de una fuerte sensación de *déjá vu*, que no acababa de identificar. Su mirada erró más allá de ella, hacia un grupo de camilleros a la espera de cargar un camión y, al ver entre los heridos una familiar cabeza morena, corrió hacia allí.

— ¡Fran! ¿Qué ha sucedido?

Fran Leonetti estaba pálido y llevaba vendado y en cabestrillo; la mujer volvió la cabeza cuando Donovan se acercó a la carrera. Josh se encontraba a su lado.

— Hola, Mike —le dijo—. Fui alcanzada durante el ataque, pero Juliet Parrish y Josh me sacaron del campo de batalla antes de que me sucediese algo peor. ¿Dónde está Tony?

Mike sintió una punzada de culpabilidad, percatándose de que se había olvidado por completo de la muerte de Tony Leonetti durante su carrera para llegar al campamento. Al mirar a Fran, supo de repente que había titubeado un momento demasiado largo. Sus ojos castaños se veían levemente empañados, tal vez por los calmantes, pero no había dejado de mirarle.

— ¿Malas noticias? —preguntó con voz ahogada—. ¿Mike? Dímelo…

Donovan tragó saliva y luego le tomó la mano que no tenía vendada y se la sostuvo cariñosamente.

— Lo siento, Fran. Nos avistaron las patrullas de control y fuimos capturados. Me dejaron inconsciente. Cuando me desperté, un par de ellos me ayudaron a salir de la nave, pero me dijeron que no podían hacer lo mismo con Tony. Cuando me fue posible, me deslicé a bordo para rescatarle, pero era demasiado tarde…

— Muerto… —dijo ella, sin querer creerlo—. ¿Me estás diciendo que Tony está muerto?

— Sí… ¡Dios mío, lo siento, Fran! No puedo decirte cuánto lo siento.

La pena que había reprimido amenazó ahora con abrumarle. Tragó saliva con fuerza, tratando

de respirar normalmente. Si cedía un solo centímetro, tenía la sensación de que sería incapaz de detenerse…. y Fran le necesitaba. Sujetó una mano de la mujer con las suyas, deseando rodearla con los brazos, pero los vendajes se lo impidieron.

— Duele…

Fran habló tan sorprendida como abrumada de pena.

— ¡Dios mío, Mike, es horrible…! Ahora sé por qué hablan de dolor de corazón…, de corazones destrozados… ¡Oh, cómo duele!

Las lágrimas comenzaban ya a correrle por el rostro, pero no pareció ni darse cuenta.

— Tenía sólo veintiocho…, era tres años más joven que yo… Las cosas iban tan bien… ¿Sabías que empezábamos a pensar en tener familia?

No quería quedar embarazada en verano, por lo que íbamos a esperar un par de meses…

— Fran —terció otra vez—. Ahora te toca a ti.

Alzando la mirada, Donovan vio a Elias y a Brad.

— ¿Hay sitio para que vaya con ella? He tenido que darle unas noticias realmente malas acerca de su marido… Quiero quedarme con ella.

— ¿Y qué haremos con ese cacharro de los lagartos? —preguntó Brad, señalando con el mentón al vehículo de patrulla Visitante—. Juliet nos ha dicho que deberíamos llevárnoslo y ocultarlo en los bosques, cerca del cuartel general. Tú eres el único que sabe hacer volar esa cosa.

— Sí —replicó Donovan—. Creo que tienes razón. ¿Fran?

Le rozó el cabello y se lo apartó de su húmeda cara.

— Tengo que irme. Pero te veré en el otro campamento. ¿De acuerdo?

— De acuerdo —susurró ella.

Josh alzó la mirada.

— Yo te acompañaré, Fran, si no te importa. Estoy terriblemente triste por lo que le ha ocurrido a tu marido…

— Sí, creo que te podré meter —intervino Elias.

Mike se puso en pie y se dirigió hacia el vehículo de patrulla, a través de los restos del derruido campamento.

Hemos ganado esta batalla —pensó—, *no han conseguido apoderarse del equipo de laboratorio, y hemos capturado armas. Pero esto es sólo el comienzo, y el precio ha sido ya muy elevado*.

Stanley y Lynn Bernstein levantaron la vista de sus platos al escuchar una llamada en la puerta trasera. Protegiendo su brazo vendado, Stanley se acercó a mirar por la ventana y luego se apresuró a abrir la puerta.

— ¡Robert!

Robert Maxwell entró sin hacer el menor ruido y luego señaló una foto de Daniel en la estantería, con mirada interrogadora.

— Ahora está fuera… —explicó Stanley—. Se ha ido con Brian.

— ¿Para qué ha venido, Robert?

Lynn retorció, intranquila, su servilleta, con una expresión parecida a la hostilidad.

— Por favor. Tengo que hablar contigo.

Sacudió la cabeza violentamente, con un brillo de miedo en sus ojos.

— ¡Tienes que irte! Nuestro hijo puede presentarse en cualquier momento… No te olvides de que fue el que…

— Lo recuerdo —replicó Robert—. Pero la resistencia precisa de vuestra ayuda.

— ¿Qué? —preguntó asombrada Lynn, volviéndose hacia su marido.

— Queremos que esta casa sea tratada como «segura», un lugar donde alguno de nosotros pueda esconderse si se encuentra en la vecindad con problemas.

— ¿Te has vuelto loco?

Lynn estaba ya en pie.

— Robert, tampoco me gusta lo que está sucediendo, pero ya hemos sido arrestados una vez. Mírale.

Señaló a su marido.

— Es una persona que ya ha sufrido bastante. ¡Le torturaron! sabía nada que pudiera serles de ayuda, pero de todas formas lo hicieron… La única razón para que nos liberaran fue que nuestro hijo —*mi hijo*— es un informador. Querían que estuviésemos de su parte. Pero no significamos nada para ellos.

— Eso forma parte de nuestro razonamiento. Saben que no conoces nada y, por lo tanto, no os volverán a molestar. Son como los rayos: no suelen caer dos veces en el mismo sitio.

— El dejarnos marchar sólo fue para que pudiésemos decirles a los demás lo que ha sucedido; que pueden ser torturados si no cooperan plenamente. Si nos atrapan otra vez, nos matarán…

Robert se la quedó mirando durante un largo, muy largo rato. Cuando habló, su voz sonó ronca y quebrada.

— Lynn, hace tres días mataron a Kathleen. Mis niñitas ya no tienen madre. Si yo muero, se quedarán solas. Pero he decidido que, aún así, no sería tan malo que yo muriera si eso iba a significar que otros…, millares, tal vez millones de personas…, se salvaran. Algunas luchas son valiosas aunque exista el riesgo de que se produzcan muchas muertes, y *ésta es una de esas luchas*…

Se la quedó mirando gravemente.

— Por favor, Lynn…, reconsidera…

Lynn se derrumbó en la silla; se le humedecieron los ojos al enterarse de aquellas noticias.

— ¿Kathleen? ¡Oh, Robert, cómo lo siento…! Lo siento de veras. Pero…

Miró protectoramente a su marido.

— No podemos… Simplemente, no podemos…

Stanley Bernstein se adelantó por primera vez desde que Maxwell había entrado, encaminándose hacia un cofre que había en el comedor Volvió un momento después, con un trozo de papel, que tendió a su mujer.

— ¿Qué es eso?

— Padre lo dejó para nosotros. Está fechado la mañana en que se llevaron…, pues ya se imaginaba que lo harían… Léelo, Lynn. En voz alta, para que Robert lo oiga.

Automáticamente, Lynn comenzó a leer:

Mi querida familia: Resulta muy penoso saber que no compartiré con vosotros los días que tenemos por delante. Ruego ser el único a quien se lleven hoy. Me duele saber que ya no veré nunca más vuestros rostros. Y ya empiezo a echaros de menos… Stanley, mi hijo… Lynn, que me es tan querida como la hija que nunca tuve, y Daniel, por el que siento aún más preocupación. Pero soy demasiado viejo como para escapar esta vez. Lo que debo hacer es quedarme, y mostrar que tengo fe en lo que es correcto.

Muchos pensáis que un anciano no debe temer a la muerte, pero este viejo está muy asustado. Sigo confiando en que encontraré un poco de la dignidad y fortaleza de mi esposa, pero estoy tan asustado como un chiquillo que teme la oscuridad. Sin embargo, he tomado mi decisión.

Debemos luchar contra esta oscuridad que amenaza con engullirnos. Cada uno de nosotros debe ser un rayo de esperanza. Cada uno debe cumplir su papel y unirse a todos los demás hasta conseguir juntarnos y convertirnos en una luz cegadora que triunfe sobre la oscuridad. Hasta que esta tarea se cumpla, la vida aquí, en la Tierra, no tendrá ningún propósito, ningún significado. No podemos vivir como víctimas impotentes.

Y más que ninguna otra cosa, debemos recordar de qué lado estamos…, y ansiar luchar por ello. Vuestra madre y yo marcharemos a vuestro lado…, uniendo de nuevo nuestras manos. Cantaremos nuestra canción de victoria…, y nos sentiréis en vuestros corazones… Nuestros espíritus estarán…

Ahogada por los sollozos, Lynn dejó de leer, pero Stanley citó la última línea de memoria:

— «Nuestros espíritus estarán con vosotros siempre…, y nuestro amor…»

Se quedó mirando a su mujer.

— ¿No lo comprendes, Lynn? *Tenemos* que ayudarles…; en caso contrario, no habríamos aprendido nada…

LIBRO SEGUNDO: CUATRO MESES DESPUÉS

CAPÍTULO XX

Los cuatro meses que siguieron a la incursión de los Visitantes al campamento de la montaña estuvieron cargados de acontecimientos. Mike Donovan siguió encontrándose con Martin, intercambiando información y aliento con el oficial alienígena, que se hallaba muy atareado organizando y ampliando la creciente quinta columna entre las filas de los Visitantes. Dirigidos por una mujer llamada Jennifer, de la nave de Nueva York, un silencioso grupo de disidentes ayudó en todo lo posible al movimiento de resistencia de los humanos. Pero su ayuda era limitada. La seguridad Visitante era ahora mucho más fuerte en todo momento, desde que Donovan había robado el vehículo de patrulla. A pesar de sus esfuerzos, Martin había progresado poco en sus averiguaciones respecto a la localización de Sean Donovan.

Aunque Martin estaba disgustado con sus progresos, Diana y John se hallaban, en cambio, complacidos con los suyos. Unos avances en un mejorado casco y coraza pectoral habían convertido a los guardias Visitantes y a las tropas de asalto en casi inmunes a la mayor parte de las armas ligeras. Incluso las ametralladoras sólo conseguían derribar a bienes los llevaban. Los miembros de la resistencia aprendieron con mucho esfuerzo a disparar a los puntos vitales, pero tales lecciones costaban caras. La armadura, acoplada a los ya de por sí recios costados de los Visitantes, además de sus trajes con apariencia humana, rechazaron varios ataques de la resistencia contra las plantas donde los Visitantes «procesaban» a los humanos, rodeándoles de una u otra manera, dejándoles inconscientes, y metiéndoles luego en las cápsulas de cristal que Donovan había visto a bordo de la Nave Madre.

Abandonando de momento las plantas de desalinización, los Visitantes que dominaban ya por completo a la sociedad humana, comenzaron a robar los depósitos de agua dulce. Muy pronto, los ruegos de ahorro, (supuestamente necesarios, puesto que las plantas depuradoras estaban siendo atacadas por los terroristas, bajo la inspiración de los científicos) llenaron los noticiarios, pues los suministros de agua para las ciudades más importantes iban siendo cada vez más escasos.

Diana continuó su prevista conversión de los dirigentes del mundo incluyendo al presidente de los Estados Unidos y el secretario defensa. Hubiera sido más sencillo eliminar a esos líderes, pero la explicación de sus desapariciones resultaría rara, en particular teniendo en cuenta que Kristine Walsh pedía continuamente entrevistarse con ellos.

Kristine prosiguió su asociación con los Visitantes, pero sus dudas acerca de sus buenas intenciones fueron aumentando progresivamente. En cierta ocasión, Corley Walker, famoso médico y premio Nobel —al que Kristine había conocido en casa de Gerald Ford—, la denunció públicamente por sus servicios como secretaria de Prensa de los Visitantes, explicando que ya no se trataba de una periodista, sino de la ministro de Propaganda de un régimen fascista. Kristine quedó asombrada y humillada ante la abierta hostilidad y desprecio de aquel hombre.

Unas cuantas semanas después fue convocada al laboratorio-despacho de Diana poco antes de una de sus regulares emisiones nocturnas, para conocer a un «invitado especial», y fue presentada a Corley Walker por una sonriente Diana. Un Corley Walker muy cambiado, que estrechó complacido su mano y que no hizo más que hablar de su partida de bridge con los Ford cuando se

conocieron en Palm Springs, un hombre que carecía en absoluto de su hostilidad anterior. Mientras le sonreía, Kristine se esforzó por esconder su sorpresa, asustada de que Diana pudiese advertir su reacción. Salieron a la luz las preguntas que se había estado reprimiendo desde su última reunión con Donovan, y esta vez ya no cesaron. Recordó las cosas que Donovan le había dicho, y deseó poder conversar con él, pero, dado que Donovan se hallaba en la lista de las personas más buscadas por los Visitantes, semejante entrevista sería demasiado peligrosa incluso de considerar.

El mismo Donovan se encontraba en extremo atareado enrolando a nuevos combatientes para la resistencia y enseñando a los reclutas más selectos a pilotar el avión Visitante. Sus relaciones con Juliet Parrish seguían siendo bastante tensas, puesto que Donovan no había sido nunca amigo de asociarse con nada, y lo irritaban las restricciones de su nueva vida clandestina. No hubiera sido tan malo de no ser por los sueños. Por lo menos una vez a la semana, Mike soñaba con Sean; unas pesadillas frenéticas y fútiles en las que veía a su hijo morirse, una y otra vez, mientras él estaba allí, incapaz de impedirlo.

Todos los luchadores de la resistencia sentían este esfuerzo. Elias había conseguido un empleo en el hospital, y se mostró en extremo útil, para suministrar a los rebeldes equipo de laboratorio y medicinas. Además, continuó sus «tratos», con una diferencia… Ahora encauzaba sus suministros de marihuana, cocaína y tranquilizante hacia los grupos de «Amigos de los Visitantes», incluyendo a Daniel Bernstein, que se ocupaba de medidas de seguridad y era el jefe humano de todas las actividades de los «Amigos de los Visitantes» en la zona de Los Angeles. Como «suministrador» de Daniel, Elias, de vez en cuando, conseguía retazos de información, mientras proveía de muestras gratis al joven y sus amigos, incluyendo a varios Visitantes, quienes descubrieron que cierto número de drogas les ponían en forma…

Caleb Taylor no veía demasiado bien las actividades de su hijo, aunque sabía que Elias usaba las drogas para minar la disciplina Visitante y conseguir información. Resultaba difícil para él ocultar su disgusto al considerar a Elias un traficante de drogas. Su hijo notaba estos sentimientos. Y, a causa de ello, las relaciones entre padre e hijo eran bastante tirantes.

El cuartel general de los Visitantes, en las afueras de la ciudad, contrató los servicios de una mujer de la limpieza. Todo el mundo convino en que vestía como la refugiada de una convención de mujeres desaliñadas, pero hacía muy bien su trabajo. Ahora, Ruby Engels disfrutaba mucho con su existencia como espía. Resultaba sorprendente la cantidad de cosas que podían averiguarse vaciando cubos de basura. Tiempo atrás había pasado varios años como actriz en un pequeño teatro que no pertenecía a las cadenas de Broadway, y su habilidad para interpretar diferentes papeles con convicción le resultaba ahora de gran ayuda.

Con el paso de los meses, la resistencia logró añadir a su personal unos cuantos miembros básicos: Cal Robinson, joven bioquímico que, al igual que Juliet, había comenzado en la Facultad de Medicina; Maggie Blodgett, una joven que, con su ahora difunto esposo, había dirigido una compañía de transporte aéreo; y el padre Andrew, sacerdote católico que demostró haber aprendido lo suyo en estrategia militar durante la temporada que se vio implicado en una guerra de guerrillas en Sudáfrica.

Además, la resistencia actual había desarrollado una red de contactos que, como Stanley y

Lynn Bernstein, les proporcionaban información y ayuda, mientras seguían viviendo y trabajando como siempre lo habían hecho. Fred King estaba preocupado por que lo atraparan. Era un interno en el Centro Médico de Los Angeles, donde trabajaba Elias, y había tomado unas cuantas clases con Juliet. Ésta, plenamente consciente de la desesperada necesidad de disponer de un médico ya del todo adiestrado, le rogó que se les uniera, pero King se mostraba reluctante: era un médico, no un guerrillero. Pero incluso esta colaboración a medias resultó muy valiosa. Fue Fred quien dijo a Juliet que se planeaba una celebración de gala para coincidir con las altamente secretas visitas de John al hospital. Según se rumoreaba, el Comandante Supremo iba a anunciar cierto descubrimiento médico de los Visitantes, y que éstos pretendían facilitar a la Humanidad. Una amplia cobertura por parte de los medios de comunicación formaría parte de la presentación de la ceremonia. Pero Fred no sabía exactamente cuándo ocurriría esto, o no quería decirlo.

Juliet había estado aguardando precisamente algún acontecimiento de este tipo. Los resistentes habían sufrido demasiadas derrotas en los pasados meses —con una gran cobertura de noticias al respecto, patrocinada por los Visitantes de cada una de ellas—, para tener una oportunidad pública de desenmascarar a los Visitantes y demostrar que era posible la resistencia al dominio alienígena.

Juliet discutió las posibilidades con Robert Maxwell, quien vivía ahora en el cuartel general con sus hijas. Tras la muerte de Kathleen Maxwell la familia estaba aún más unida y sus cuatro miembros habían adoptado informalmente al joven Josh Brooks. Ni siquiera el anuncio, entre lágrimas, por parte de Robin, de su embarazo, había conmovido la recientemente encontrada paciencia de Maxwell. Había quedado conmocionado al principio, pero reaccionó en seguida, aceptando incluso la decisión de Robin de no revelar la identidad del padre. En privado, al advertir la mortecina expresión de los ojos de Robin, temía que hubiera podido ser violada por los demás prisioneros, mientras se hallaba a bordo de la nave Visitante.

La decisión de Robin de no revelar que Brian era el responsable de su embarazo, derivaba de su propia incomodidad al respecto. Por inexperta que fuese, supo instintivamente que había existido algo *erróneo* en la forma de hacer el amor por parte de él, algo que resultaba no humano. Su encandilamiento con el guapo joven Visitante había evolucionado hacia algo parecido al odio. No podía olvidar la forma en que la había sujetado, forzado, durante aquellos aterradores momentos.

Soportó incómodamente su embarazo, con un miedo muy bien arraigado que había guardado para sí. Al principio, Robert le había preguntado si deseaba abortar, pero sus propias creencias, alimentadas por su educación católica, le decían que el aborto era un acto equivocado, pecaminoso, y se negó. Ahora, ya en su quinto mes, estaba lo suficientemente asustada como para desear haber aceptado. El bebé parecía estar creciendo más de prisa de lo que los limitados conocimientos de Robin le decían que debería ser. Su cuerpo se comportaba de una forma extraña… Una noche se había acercado medio dormida y tambaleante al frigorífico del cuartel general y, sin pensarlo, comenzó a comer un trozo de hamburguesa cruda. Le supo horriblemente, hasta que se despertó por completo y se percató de lo que estaba haciendo. Poco después mientras se lavaba la cara una mañana, se percató de la presencia una pequeña mancha verdosa en la piel de su cuello. Tenía el aspecto de una antigua magulladura.

Aterrada, había tratado de quitársela, pero aquella banda extrañamente coloreada permaneció

allí y comenzó a extenderse. Juliet de tranquilizar a la muchacha, diciéndole que aquella pigmentación rara era muy común durante el embarazo. Pero Robín se percató amargamente de que aquella mancha pintoresca desconcertaba también a Juliet, lo cual hizo aumentar aún más su propia preocupación.

Cuanto más asustada se sentía Robin, más porfiadamente se aferraba a su negación de la verdadera naturaleza de los Visitantes. Se negó a ver la cinta de Donovan, diciendo en privado a Polly que Mike y Juliet la habían falseado para ayudar al programa de reclutamiento de la resistencia. Cuando su hermana trató de convencerla, Robin le dio una bofetada y luego prorrumpió en lágrimas, pidiéndole perdón. Tras hablar con Polly, Maxwell llegó a la conclusión de que la experiencia de Robin a bordo de la Nave Madre le había causado tal ansiedad que, intencionadamente, estaba bloqueando la verdad, negándose a creer que había sido hecha prisionera por unas criaturas tan alienígenas como ahora sabía que eran los Visitantes. Nadie en su familia planteó de nuevo el tema ante ella, y Robin procuró no escuchar las referencias que dejaban caer los otros combatientes acerca de la naturaleza reptiliana de los Visitantes.

Fue Elias quien logró confirmar que John hablaría en el hospital, aunque no pudo descubrir en qué fecha lo haría. Fred King se encargó de los planes del hospital, mientras Ruby Engels comenzó a averiguar cosas acerca de la seguridad. Steven, el oficial Visitante que siguió rindiendo pleitesía a Eleanor Dupres, era ahora el encargado de la seguridad, y era muy estricto. Pases individuales para asistir a la gala serían entregados a los miembros pertenecientes a una lista de celebridades y simpatizantes de los Visitantes. Eleanor era presidenta honoraria de la conferencia, y sería una de las oradoras, junto con el doctor Corley Walker. Se habló de que el presidente de los Estados Unidos también asistiría, y asimismo figuraban muchos gobernadores en la lista de invitados.

Durante su siguiente cita clandestina con Martin, el oficial Visitante cometió a Donovan un suministro de uniformes. No obstante, lo de armas quedaba fuera de cuestión, según le comunicó Martin. Pero había conseguido colocar el nombre de Sean Donovan en el ordenador, descubriendo que el muchacho se encontraba en la Sección 34 de la nave de Los Angeles. El oficial Visitante pidió a Mike una fotografía para identificar al niño. Donovan le prometió conseguir una.

Mike Donovan deseaba ir a bordo de la Nave Madre inmediatamente para buscar a su hijo, pero comprendió que el riesgo de ser capturado antes de la incursión en el hospital supondría un desastre para todo el esfuerzo de la resistencia, puesto que ahora sabía muchísimas cosas, atención a la propia seguridad de Martin, no le contó nada de sus planes, pero pidió que dos Visitantes expertos en comunicaciones asesorasen al movimiento clandestino. Mike deseaba impedir que los censores Visitantes eliminasen en el aire la emisión de la ceremonia de presentación.

Cuando dejó a Martin para regresar al cuartel general de la resistencia, Mike se prometió a sí mismo —y a Sean— que tan pronto como pudiera, después de la incursión, partiría en su busca.

De vuelta en el cuartel general, Donovan encontró a Juliet, Maggie Blodgett, Robert Maxwell, Elias, Brad y Ruby Engels viendo el telediario nocturno de Kristine Walsh. Sentada al lado de Kristine, Eleanor destilaba encanto. Collar y pendientes de nuevos diamantes relucían en su garganta y orejas, y en una perfectamente arreglada mano brillaba una piedra casi del tamaño de un diente incisivo humano.

Kristine decía:

— John, el Comandante Supremo, ha elegido el Centro Médico de Los Angeles para hacer una declaración, que me ha comunicado, y que cito: La respuesta a una pregunta que ha intrigado a vuestro mundo, y que aliviará los incalculables sufrimientos. Damas y caballeros, éste puede ser un momento decisivo en la Historia, y es característico de este hombre extraordinariamente modesto elegir este sencillo foro para revelar lo que promete ser una de las declaraciones más importantes de todos los tiempos y la respuesta a un monumental enigma.

— Sí —repuso cansinamente Brad—. Cómo desembarazarse de los Visitantes.

Todo el mundo se echó a reír. La pantalla enfocó a Eleanor, y Donovan, con una mueca, se adelantó de un salto para desconectar el aparato.

Todo el mundo levantó la mirada.

— ¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Robert Maxwell.

— Las cosas siguen mal. Uniformes, sí, pero armas, no. Al parecer, el plan de seguridad incluye un cuidadoso recuento diario del número de armas.

— ¡Maldita sea…! —exclamó Juliet.

Luego miró a su alrededor con aire culpable; quería ver si el padre Andrew se encontraba allí para poder escucharla… Pero no era así.

— Ruby, ¿qué ocurre con los pases?

— No los entregarán hasta el último momento. Son especiales, difíciles, aunque no imposibles de falsificar.

— ¿Podrías conseguirnos uno? —le preguntó Juliet.

— No lo creo. Las señoras de la limpieza vacían cubos y oyen lo que pasa, pero no tengo la menor excusa para introducirme en su sección de documentos e impresos.

— ¿Emplean sus materiales o los nuestros? —quiso saber Donovan.

— Los nuestros.

— Entonces se puede hacer un duplicado —afirmó Donovan.

— No es tan sencillo —replicó Brad, frunciendo el ceño, pensativo.

— ¿Qué es fácil?

Donovan lo miró.

— Todo este movimiento no es más que una gigantesca lata de gusanos. Brad, tú eres policía…

— Expolicía…

— Y tú, Elias, eres un rufián…

Elias sonrió malignamente.

— Exrufián…

— Juntos seríais capaces de averiguar el nombre del mejor falsificador local…

— Pascal —replicó inmediatamente Brad—. Dan Pascal.

Elias hizo una mueca.

— Si es que no ha muerto. Las figuras del movimiento clandestino desaparecen con tanta rapidez como los científicos.

— Encuéntralo —le ordenó tajantemente Donovan.

Robert Maxwell tomó los prismáticos y se acercó a la ventana de la habitación alquilada. Poniéndose de lado, de forma que quedase oculto por las baratas cortinas, escudriñó el recientemente instalado muro de seguridad que rodeaba el Centro Médico de Los Angeles. Una era vigilada por soldados de asalto armados. Mientras Maxwell miraba, una figura emergió de la garita y examinó la documentación de un «Lincoln» que se detuvo ante el control de seguridad. Maxwell reconoció a su antiguo vecino, Daniel Bernstein. Tras un cuidadoso examen, pasó con el coche.

— ¡Entrometido bastardo…! —musitó Robert, observando cómo Daniel se pavoneaba con los soldados de asalto, obviamente dándoles órdenes.

La puerta de la habitación se abrió y se cerró; volvióse para ver a Ruby Engels, aún con su atuendo de mujer de la limpieza. Cansinamente, se quitó su gran pañuelo multicolor, junto con el cual se desprendió también su descuidada peluca rubio platino.

— Tenemos problemas.

— ¿De qué se trata? —preguntó Mike Donovan, sentado en la cama con un bloc de notas en la mano—. ¿Qué clase de problemas?

— Que no hay forma de conseguir esas entradas. Y afirman que no Pueden falsificarse.

— Todo puede falsificarse…

Donovan se desperezó ligeramente.

— Lo que pasa es que unas cosas cuestan más que otras.

— ¿No hay ninguna forma de que podáis conseguir una? —inquirió Robert.

La mujer mostró disgusto bajo su excesivamente maquillado rostro.

— Ni siquiera podemos acercarnos. Y no sólo eso, sino que llevan una cuenta exacta. Si se perdiese un pase, cambiarían el sistema y establecerían otro nuevo.

Robert se sentó pesadamente en la cama.

— ¿Quieres decir que hemos de robar uno, falsificarlo y devolverlo de nuevo, *antes* de que adviertan su desaparición?

— Eso es…

Se dejó caer en una silla, colocando los pies sobre el barato escritorio.

— Ni el mismo Houdini podría hacerlo…

— Pero yo sí seré capaz —replicó Donovan, enderezándose con los ojos brillantes.

— ¿Cómo? —quiso saber Robert.

Sonrió con desagrado.

— Mi querida madre…

Juliet Parrish andaba de arriba abajo por el salón del cuartel general, pensando en el plan de Mike Donovan acerca de falsificar uno de los pases especiales. No le gustaba. Era demasiado arriesgado. Así se lo dijo al experiodista, y éste se mostró de acuerdo con ella. Luego, mirándole fijamente en sus francos ojos verdes, le preguntó inocentemente si tenía una idea mejor.

— ¡Mierda! —exclamó Juliet.

Inmediatamente miró a su alrededor con aire culpable. Aunque el padre Andrew, evidentemente, había escuchado cosas peores, ella había sido educada por sus padres en el sentido

de que el decir palabrotas delante de un hombre de Dios era un pecado tan grave como el asesinato, o aún peor. Se preguntó cómo se las apañarían los suyos… Luego movió la cabeza, alejando de sí aquella preocupación particular. No podía entrar en contacto con ellos ahora que los Visitantes intervenían las llamadas a larga distancia, y, a estas alturas había aprendido ya a preocuparse sólo de las cosas que la podían afectar.

Elias entró en el cuarto.

— Tenemos a un lagarto y a su novia humana conservados en hielo.

— ¿Los quieres rellenos o estofados?

— ¿Has capturado uno? ¡Oh, magnífico!

El rostro de Juliet se abrió en una radiante sonrisa.

— ¡Estupendo! ¡Ahora podré empezar con esos experimentos!

— Si consigues uno aún vivo con el que jugar, doctora…

— ¿Qué quieres decir?

— Un par de los nuestros quieren sangre.

— ¡Oh, Dios mío…! Será mejor que ponga fin a eso.

— Me imaginaba que lo querrías vivito y coleando.

Juliet se apresuró a seguir a Elias al laboratorio, donde Ruby, Robert, Brad y Caleb se enfrentaban con un meditabundo Visitante senado, hecho un guiñapo, en un rincón del laboratorio. Una asustada mujer rubia estaba de pie entre él y los miembros de la resistencia, que claramente protegían al alienígena.

— ¡Basta ya, Robert! —estaba diciendo Ruby, mientras Elias y Juliet entraban en la estancia —. ¡Te comportas como uno de ellos!

— Mató a mi mujer —replicó Maxwell.

Juliet no había oído antes semejante tono en la voz del antropólogo.

— Y a mi socio —añadió Brad.

Trató de rodear a la mujer, y Juliet vio relucir una hoja de acero en su mano.

La mujer rubia se interpuso en su camino.

— ¡William no ha matado a nadie! No es un soldado de asalto…, es solo un técnico…

— ¿Sí?

Brad se mostraba abiertamente escéptico.

— ¿Y cómo sabemos que eso es verdad?

— Porque lo es… —tercio Caleb con su profundo y resonante tono—. Trabajaba en la planta conmigo. Puede que sea uno de ellos, pero me salvó la vida una vez. Harmony tiene razón. William no es un combatiente.

— Necesitamos información —dijo Brad, con ojos que brillaban detrás de las gafas—. Y nos la dará. ¿No es verdad, ojos de serpiente?

— ¡Basta ya! —gritó Juliet—. ¡Ésta no es manera de hacer las cosas!

— ¿De qué estás hablando, Juliet? —le preguntó Brad—. Aquí está tu animal de laboratorio. ¿Te preocupas de lo que puedan sentir tus ratones y conejillos de Indias?

— En realidad…, sí —replicó Juliet fríamente—. Y me preocupo por lo que nos sucede a todos nosotros. No permitiremos que las tragedias personales nos hagan tratar a los Visitantes tan

brutalmente como algunos de ellos nos han tratado a nosotros.

El padre Andrew metió la cabeza por la puerta. Luego, cuando Juliet le hizo un ademán, entró en el laboratorio.

— Eso es, Juliet —dijo Ruby—. No les dejes.

— Para ti es muy fácil decirlo, Ruby. No has perdido a nadie a manos de ellos —respondió débilmente Maxwell.

— Abraham Bernstein y yo éramos amigos desde hacía diecisiete Robert —le interrumpió Ruby—. ¿Crees que eso no es perder a nadie?

El padre Andrew dio un paso hacia delante.

— En este tipo de atmósfera no puede decidirse nada racional. Sugiero que nos calmemos todos.

— Bien pensado, padre —le contestó Elias.

Una pequeña furgoneta avanzaba por la calle con las luces apagadas, hacia casa de los Dupres, que brillaba como un faro, con todas sus ventanas iluminadas. Docenas de coches aparcados se alineaban a ambos lados de la calle, y Donovan, Dan Pascal, Elias, Brad y Juliet pudieron escuchar las risas de los que participaban en la fiesta, ya desde media manzana de distancia. Brad, que iba al volante, miró por encima de su hombro a los otros, sentados en cuclillas entre un bosque de cámara analizadores químicos, microscopios, muestras de papel y tinta, gamas de colores; en resumen, el paraíso de un falsificador.

Dan Pascal, un hombre larguirucho que parecía permanentemente cansado, miraba a Elias, Donovan y Juliet, vestidos con atuendos negros de comando.

— Un poli, un rufián y varios guerrilleros reunidos. El mundo ya no parece tener sentido.

Brad gruñó mientras maniobraba la camioneta encima de la acera hacia el oportuno escondrijo de un eucalipto.

— Querrás decir un expoli, dos rufianes y guerrilleros…

Elias hizo una mueca. Pascal señaló a Brad.

— Primero me hace polvo y luego me recluta. ¿Cómo es que un magnífico rufián como tú se ha mezclado con una pandilla como ésta?

— La guerra es mala —sonrió sardónicamente Donovan—. ¿No te parece, Pascal?

— Sí…

Elias puso una mano en un hombro del falsificador.

— Dan, amigo mío, nadie podría hacerlo mejor que tú en una ocasión como ésta. En caso contrario, estaremos muertos, M-U-E-R-T-O-S, difuntos para siempre…

— Nadie le decía a Picasso cómo tenía que pintar, Taylor —respondió Pascal—. Adelante…

— Tened cuidado —susurró Juliet.

Elias y Donovan salieron de la camioneta, y los tres permanecieron en silencio durante largos minutos. Finalmente, escucharon un suave sonido y reapareció Elias.

— ¿Lo has conseguido? —preguntó Juliet.

— Sí. Mike sabía exactamente dónde mirar. En una caja de caudales del tercer piso. Pero en esa casa hay lagartos por todas partes; tendremos que apresurarnos.

Rápidamente tendió un trozo rectangular de plástico.

— Parece una maldita tarjeta de crédito —comentó Elias—. El acto se celebrará dentro de nueve días. Aquí está la fecha.

Pascal tomó la tarjeta y comenzó a trabajar.

— ¿Dónde está Donovan? —preguntó Juliet nerviosamente.

— Se ha quedado allí; así no necesitaremos llevar otra vez la cuerda hasta el tercer piso. Ha dicho que volverá a abrir la caja fuerte y que se esconderá hasta que volvamos.

Pascal examinó el pase a la luz infrarroja y luego con un espectroscopio. Con agobiante lentitud tomó una pieza minúscula (demasiado pequeña para percibirla a simple vista) de la banda magnética y la examinó con un potente microscopio, mientras la computadora decodificaba las marcas de la faja. Elias miró el reloj, con la respiración convertida en un siseo.

— Picasso, aborrezco tener que apresurarte…

El falsificador se volvió y le hizo señas con un dedo. No eran necesarias las palabras. Elias se quedó de nuevo en su rincón. Ahora fue Juliet quien se mostró nerviosa.

— ¡Vaya noche ha elegido esa maldita para dar su fiesta…!

— Sí…

Elias se violentó de nuevo, mirando hacia el tercer piso.

— Hay montones de lagartos por allí…

— ¿Les pondrá con sus invitados humanos en la misma mesa? —preguntó Brad.

— Invitados humanos… —replicó Juliet, reprimiendo una risa apagada y nerviosa.

— ¡Chist! —ordenó Pascal, y todos enmudecieron al instante. El «Kaypro» ronroneó de nuevo, emitió un pitido, y un cálculo apareció en la pantalla. —Estupendo…

Pascal jadeó y se inclinó sobre un cuadrado de plástico. Tecleó una orden y, segundos después, metió la tarjeta falsificada, con su banda magnética. A continuación dio otra orden, y la palabra «igual» apareció en la pantalla.

— ¡Eso es! —exclamó, tendiendo la tarjeta original a Elias, que temblaba como un caballo de carreras ante el cajón salida. Elias agarró la tarjeta y se desvaneció en la noche.

Donovan, en el suntuoso dormitorio de Eleanor Dupres, en el piso de arriba, paseaba cerca de los cortinajes, sin apartarse mucho de ellas, Por si tenía que ocultarse.

— ¡Esta mamá… Esta mamá…!

Podía escuchar los ruidos de la fiesta en el piso de abajo, pero se esforzó en ignorar el murmullo de las conversaciones y las estruendosas risotadas. Aguzaba sus oídos para poder captar cualquier ruido de pisadas en las alfombradas escaleras. Ya había conseguido su premio personal: una fotografía de Sean se hallaba ahora en su bolsillo. Eleanor tenía tantas, que no la echaría de menos. Miró nerviosamente hacia la ventana provista de balcón.

¡Maldita sea!, ¿dónde estás…?

Se encontraba tan tenso…

Cálmate, botarate. No puedes perder los nervios en un lío como éste. Sueles comportarte mejor…

— Si —convino consigo mismo—, pero *nunca se ha pedido tanto de mí… Si no lo*

conseguimos toda la resistencia se irá al carajo.

— Chist…

Fue algo apenas audible, pero Mike dio un salto como si le hubiesen desbaratado sus planes.

Rápidamente se acercó al balcón y estiró la delgada cuerda, con la tarjeta enganchada a la misma. Tras hacer una señal a Elias para que se fuese, volvió a entrar en la habitación.

Había abierto la caja fuerte, colocado de nuevo en ella la tarjeta y ya se dirigía otra vez al balcón, cuando la puerta del recibidor se abrió y entró su madre.

Abrió la boca pero, en vez de gritar, se acercó con inimaginable rapidez a su joyero, sacando de él una pequeña automática del «22».

Haciendo un esfuerzo casi palpable, Donovan la siguió con los ojos, sin permitirse mirar el lugar en que estaba escondida la caja de seguridad.

— He aquí una bella foto para el álbum familiar, mamá —le dijo—. Permíteme felicitarte por ese vestido tan bonito. Y por esos diamantes. ¿Son un regalo de Steven?

— ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó su madre.

— He venido a preguntarte si sabías que los Visitantes han secuestrado a Sean. Está prisionero a bordo de la Nave Madre de Los Ángeles. ¿No significa eso nada para ti?

Vio que su cara se demudaba al oír mencionar a su nieto.

— Mientes…

— No mentiría en una cosa así. Además, si no me ayudas a liberarlo, empleando tu influencia con Steven y Diana, acabará en su mesa uno de estos días… Crudo, a trocitos…

— ¿Qué?

La pistola se movió levemente y luego quedó fija.

— Es verdad. Los Visitantes son *reptiles* madre. Desean el agua de nuestro planeta y quieren todas las cosas vivientes que hay por aquí…, incluyéndonos a nosotros. Y como *alimento…*

Eleanor se echó a reír.

— *Realmente*, Michael, a continuación pedirás que crea que tienes telepatía o algo parecido… Todo esto simplemente es repugnante… ciencia-ficción…

— Tú…

La fulminó con la mirada.

— ¡Escucha! Creas o no lo que te he dicho, la verdad es que tu nieto y otros miles de personas más están prisioneros a bordo de la nave de tus amigos… ¡Santo Dios, no trates de decirme que no has visto lo que está sucediendo en esta ciudad y en todo el mundo…!

— Claro que lo sé…

Sus ojos color avellana eran fríos, despectivos.

— No soy una loca, sino una superviviente… De otro modo, no habría salido de aquella repelente ciudad de Luisiana en la que empece. Ni habría podido seguir arrastrando el alcoholismo de tu padre…

— ¿Y nunca pensaste en por qué bebía? ¿Por qué Arthur se convirtió en un borracho? Básicamente es un tipo honesto…, débil, pero era su carácter. Tú no te hubieras casado con un hombre que no lo hubiera vencido todo, ¿verdad?

Su madre ignoró esta última observación.

— Y porque soy una superviviente, sé cómo cuidar de mí misma, y sería mejor que tú también supieras… Steven me ha dicho que daría cualquier cosa por tu cooperación de buen grado.

— ¿Sí?

Sus labios se corvaron en una mueca sardónica.

— Lo siento, nunca me han preocupado mucho los diamantes.

— ¡Michael!

Se lo quedó mirando, con un indicio de súplica en su frío y patricio rostro.

— Sé que los Visitantes no son unos santos. Pero *son* poderosos, tú y yo nos encontramos en una posición única, ¿es que no lo ves? ¿Por qué no te aprovechas de eso?

— Porque no quiero sobrevivir a expensas de otras personas. Eso no es vivir, sino chapotear en sangre como una sanguijuela. ¡No está bien!

Hizo una pausa y luego continuó, en un tono más suave:

— Sé que hubo una mujer que, cuando yo era niño, me enseñó lo que estaba bien y lo que estaba mal. Me pregunto qué diablos ha pasado con ella…

Los ojos de Eleanor se endurecieron.

— Vacíate los bolsillos. Lo hizo, y algo cayó al suelo.

— ¿Qué es eso?

Donovan se lo mostró.

— Una foto de Sean. Supongo que soy tonto…, un sentimental…

Ella le hizo un gesto con la «22».

— ¿Qué estás haciendo aquí esta noche?

Mike se encogió de hombros.

— Necesitaba dinero. Y pensé que tendrías unos cuantos dólares en el monedero. Odio actuar de esta forma, pero la última vez que traté de entrar en contacto contigo, me echaste encima a tus compinches lagartos…

— ¡Arriba las manos!

Lo hizo, mirándola nervioso. La forma en que sostenía la pistola dejaba ver a las claras que sabía cómo usarla y que ya había quitado el seguro.

— Míranos, madre… Esto es una locura… Lentamente, comenzó a bajar las manos.

— ¡He dicho manos arriba!

Sus manos continuaron el lento descenso.

— Nos dijimos que nunca sucedería aquí. Pero ocurrió. Una mañana nos levantamos, y el país se había convertido en un Estado fascista en un planeta que se estaba convirtiendo en una prisión…

Eleanor irguió el mentón y sus ojos parecieron de bronce.

— Aquellos de nosotros que respetamos la ley y el orden seguimos siendo libres. Son los criminales como tú los que no hacen más qUe gritar eso de «¡fascista!».

— No, madre.

Comenzó a acercarse a la ventana centímetro a centímetro, moviendo apenas los pies.

— Eres tan libre como la correa con la que te sujetan. Y si tiras con demasiada fuerza, te colgarán con ella.

Llegó a las puertas-ventana y empezó a cruzarlas. La voz de Eleanor sonó como un quebradizo cristal.

— ¡Deténte…! ¡Dispararé!

Donovan se la quedó mirando, con sus verdes ojos impertérritos.

— ¿Vas a matar a tu propio hijo? Ni siquiera tú estás tan corrompida, madre. Adiós. Lo siento mucho por ti…

Se desvaneció por el balcón. El dedo de Eleanor se endureció en el gatillo, pero no fue capaz de apretarlo. En vez de ello, bajó el arma y la movió con frustración e ira, pensando en que debería justificarse en el caso de que alguien le viese. Con rápidos y decididos dedos, se rasgó la pechera del vestido. Se pasó la mano por sus perfectamente peinados cabellos. Luego, respirando hondo, gritó y disparó dos veces contra la pared.

CAPÍTULO XXI

Juliet Parrish dejó caer una gran mancha de sangre verdeamarillenta en una placa estéril. Con cuidado la tapó con un cubreobjetos y lo preparó todo para colocarlo en la plataforma de un microscopio electrónico. La puerta del laboratorio se abrió. Juliet alzó la mirada esperanzada, pero su rostro se crispó cuando vio al padre Andrew enmarcado en la entrada.

— ¿Ha vuelto?

— Aún no —replicó el sacerdote—. No te preocupes, Juliet. Mike novan sabe cuidar de sí mismo.

— Elias y Brad deseaban quedarse y esperarle. Fui yo la que les mandé que se fuesen.

Juliet se mordió los labios, luchando contra las lágrimas.

— Y con toda corrección. Donovan te estrangularía si fueses lo suficientemente estúpida como para arriesgar el pase falsificado por aguardarle. Hiciste lo que debías. No podías poner en peligro toda la misión.

Se frotó con fuerza los ojos.

— No puedo seguir haciendo frente a este tipo de decisiones. Me desgarran por dentro, y ya apenas puedo mirarme al espejo por las mañanas.

— Las cosas serán más fáciles en adelante.

— Lo dudo.

El padre Andrew suspiró.

— En África, la guerra nos rodeaba a todos. Un soldado entró en la iglesia. Yo tenía escondida allí a una familia que había acudido en petición de ayuda. Me dijo que buscaba a sospechosos de pertenecer a la guerrilla.

Meneó la cabeza.

— Las guerrillas… Un chico de once años, su hermana de doce y su madre. Los encontró donde les había escondido, y estaba a punto de disparar contra ellos.

Se pasó una mano por el cabello, con un ademán de fatalidad.

— Tenía que decidir si le permitiría hacer aquello.

— Le mató —dijo Juliet, con los ojos fijos en él.

No fue una pregunta.

— Y en mi propia iglesia. Tal vez fuesen guerrilleros; eso ya había sucedido antes. Pero yo no lo creí, y tuve que actuar siguiendo mi propio juicio. Esta noche has hecho tú lo mismo.

Ambos se volvieron hacia la puerta, que se había abierto de nuevo, para revelar a un sonriente y jadeante Mike Donovan.

— Hola, amigos… ¿Me ha echado alguien de menos?

Juliet corrió hacia él y le abrazó con fuerza. Donovan pareció momentáneamente sorprendido, y luego sus brazos la estrecharon. Juliet alzó la mirada hacia él.

— Lo siento, Donovan. No deseábamos dejarte, pero…

— ¡Eh, eh, pequeña…!

Le alisó el despeinado cabello.

— Te habría dado una patada en el culo si hubieses obrado de otro modo.

Sus miradas se encontraron durante un largo segundo, y luego Juliet se echó hacia atrás, riéndose ligeramente sin apenas darse cuenta.

— ¿Lo ve padre?

Sonrió a Donovan, con sus azules ojos bailoteándole.

— Ya le dije que era demasiado valioso para morir.

— Sólo soy una moneda falsa —convino Mike.

Elias Taylor asomó la cabeza.

— ¡Eh, Mike! ¡Qué, tío!, ¿tu vieja dama te pidió que te quedases a cenar?

Donovan sonrió.

— *Insistió*. Esas obligaciones sociales son una lata.

Todos se echaron a reír, excepto William, el Visitante, sentado detrás de la pared de plexiglás de la cámara de esterilización. Donovan lo miró.

— ¿Cómo va nuestro recién llegado? ¿Ha dicho algo?

— Un poco. He estado tomando muestras. ¡Deberías ver esta sangre!

— ¿Sí?

La siguió hasta el microscopio. Juliet hizo un ademán hacia el sacerdote.

— Padre, ¿puede decirle a Robert que venga? Debería ver también esto…

— Claro que sí —respondió, y se fue.

Donovan miró con ojos desorbitados la muestra de sangre verde-amarillenta.

— Es raro. Naturalmente, estoy seguro de que la sangre humana parecería casi tan rara a un profano como yo. Elias me ha contado que una mujer estaba con él cuando lo detuvieron. ¿Qué le ha sucedido a ella?

— Aún está aquí. Se llama Harmony Moore, y lleva la furgoneta de la concesión de la cantina en «Richland». No deberíamos dejar que se fuese, ahora que sabe dónde estamos.

— ¿Crees que podríamos reclutarla?

— Dice que es pacifista, pero podríamos utilizarla de otra manera. Estudia para enfermera en una escuela nocturna.

— ¿Y qué estaba haciendo con él? —preguntó Donovan.

— Creo que tenían una cita —replicó Juliet.

— ¡Bromeas!

Se quedó mirando a William.

— ¿Sabe ella cómo son realmente?

— No lo sé… Ella…

— ¿Qué hemos conseguido, Juliet?

Robert Maxwell hablaba desde la puerta. Sus ojos recorrieron fríamente a William.

— Una muestra de sangre. Echa un vistazo —le indicó Juliet, haciéndose a un lado.

— ¡Eh…! —jadeó Maxwell, olvidándose de su antagonismo a causa de la fascinación—. ¡Mira esto! ¡Un tipo de hemoglobina del todo diferente!

— Sí —convino Juliet—. Pero he encontrado unas cuantas cosas más. Su disposición interna no es tan diferente como cabría pensar. Los rayos X muestran corazón, pulmones, riñones, todo

ello en el mismo sitio que nosotros. Naturalmente, las formas son algo distintas.

Maxwell señaló a William con el dedo.

— ¿Ha cooperado en todo?

— A las mil maravillas —repuso Juliet—. Parece comprender la razón de la resistencia, el porqué contraatacamos. Cuando le pregunté qué le habían dicho antes de venir aquí…

Sonrió.

— Es curioso… Tiene algunos problemas con nuestro idioma. Le pregunté si sabía que éramos seres inteligentes antes de que llegasen a la Tierra, y me respondió: «No. Nos dijeron que todos vosotros erais *bratas*».

Se rió de nuevo al ver la expresión de Maxwell.

— La mujer que estaba con él, Harmy, le dijo: «Nada de *bratas*, William… Se dice *ratas*…»

La severa expresión de Robert no cambió. Juliet le dio unos golpecitos en el hombro.

— Vamos, Bob. William es exactamente lo que ha dicho: un técnico. No es un soldado de asalto. ¡No mató a Kathleen!

— Pero es uno de ellos… Y eso le hace responsable.

— ¡Al diablo con todo! —exclamó Mike Donovan—. Es como echar la culpa a todos los alemanes por lo de Dachau, o a todos los japoneses por lo de Pearl Harbor.

— 0 a todos los norteamericanos por lo de Hiroshima —añadió Juliet, asintiendo—. Recuerda que, si no fuese por Martin, no habría vuelto a ver a Robin…

Maxwell suspiró.

— Tal vez tengas razón. Pero aún sigue sin gustarme tener a uno de ellos bajo el mismo techo que yo…

Una semana antes de la fecha prevista para la incursión contra el Centro Médico de Los Angeles, Mike Donovan estaba comprando en una «Safeway» local. Llevaba su uniforme de Visitante, completado con gafas oscuras, gorra y arma al cinto. Carteles esparcidos por toda la parte delantera del supermercado anunciaban que los Visitantes habían aumento el racionamiento individual.

Había entrado en la tienda, con la mano en la culata del arma; y luego adoptó, con indiferencia, la postura tipo desfile que había visto en los guardias Visitantes. Sus ojos se movieron con rapidez por detrás de sus gafas de sol, escudriñando los pasillos y a los compradores.

Habían pasado unos cinco minutos cuando Kristine Walsh también con gafas de sol, camisa ceñida, vaqueros y el pelo recogido con un pañuelo rojo entró en el establecimiento. Miró con rapidez a su alrededor y luego se dirigió, resuelta, hacia el puesto de la carne.

Donovan la alcanzó cerca de las hamburguesas.

— Kris… —le dijo.

Ella se volvió a medias y luego le reconoció.

— ¡Eres tú! Pero creí que Arthur Dupres…

— Habla en voz baja. Mira la carne. Avanza hacia la de ave; espejos tienen aquí un mejor ángulo…

Se colocó al lado de las puertas de la carnicería, sintiendo en la nuca el aire frío que salía de allí. Kristine siguió luego por el pasillo detrás de él, llevándose ocasionalmente una bandeja de carne, examinandola y metiéndola en el carrito. Cuando se aproximó, él hizo un ademán y luego, sin apenas mover los labios, dijo:

— Así está mejor. A propósito, solías llamarme Mike…

— Me preguntaba por qué tu padrastro quería hablar conmigo. Ha sido jugarme una mala pasada. Si averiguan que estoy hablando contigo…

— No estaba seguro de que acudieses si sabías que era realmente yo quien deseaba verte.

— ¡Claro que no lo hubiera hecho! ¡Estás en lo más alto de la lista de las personas más buscadas! ¡Te matarían sin mediar el menor aviso!

— ¡Habla en voz baja!

— ¿Qué quieres, Mike?

— Tienen a Sean, mi hijo. Quiero que vuelva.

— ¿Sean?

— Sí, se lo llevaron con toda la condenada ciudad de San Pedro.

Kristine permaneció en silencio durante largo rato.

— Tal vez esté muerto —dijo al fin.

— Aún no. Lo tienen escondido en algún lugar de *tu* nave…

— ¿De qué hablas?

Sus ojos se encontraron con los de Kristine en el espejo.

— Las personas están empaquetadas como capullos para embarcarlos, en animación suspendida…, a un paso de la muerte. Pero se les puede revivir.

— ¿Y por qué hacen eso?

— Para alimento…

Quedó boquiabierta, y sólo la advertencia por parte de Mike le impidió reaccionar en voz alta.

— ¡No! ¡No puedo creerlo!

— ¡Despierta, Kris! No solías ser tan estúpida… ¿Por qué crees que han aumentado la ración diaria? Para cebarnos. Pretenden llevarse a todas las criaturas vivientes de este planeta para que les sirvan de alimento, excepto, tal vez, a los peces. Empiezan con nosotros. Una vez hayamos desaparecido del mapa, el resto del Planeta será coser y cantar. Lo que ya te dije antes…, y que indudablemente habrás visto en nuestros boletines clandestinos…, es cierto. Son reptiles. Comen presas recién muertas. Incluyéndonos a nosotros…

Sacó una de las copias que había hecho de la foto de su hijo y se la dio.

— Ésta es una foto de Sean. Tómala…

Luego le entregó la llave alienígena.

— Y esto. Se encuentra en la denominada Sección 34.

Su voz se redujo a un susurro.

— Por favor…

Los dedos de ella se cerraron sobre la fotografía y la llave.

— Haré lo que pueda, Mike. Pero debes quitarte de en medio. No bromeo. Harán lo que puedan por capturarte. *Si* tengo éxito, ya te lo haré saber.

— Hay un oficial llamado Martin. ¿Le conoces?

— Sí. Es uno de los ayudantes de Diana.

— Ése es. Sabe cómo dar conmigo. Puedes confiar en él.

— Muy bien.

Su voz se endureció.

— Hago esto por *ti*, Mike. No soy una aliada de vuestro movimiento de resistencia, y me vigilan muy de cerca. Y ahora ya estoy demasiado involucrada como para salirme…

Sin decir ninguna palabra más, se volvió y se alejó, empujando el carrito.

Donovan aguardó a que hubiera salido de la tienda y de la zona; luego «patrulló» por los pasillos, acercándose cada vez más a la puerta. Acababa de llegar a la zona de aparcamiento, cuando un Visitante habló con él.

— ¡Hola, tú…! ¿Eres nuevo? ¿A qué sección perteneces?

Volviendo la cabeza levemente, vio a un fornido «hombre» negro, que llevaba casco de soldado de asalto y una armadura pectoral. Los ojos del Visitante se veían cautelosos bajo el sombreado plástico de su casco. Donovan titubeó y luego asintió abiertamente, manteniendo alzados dos dedos. El hombre le estudió con atención.

— Comprendo. Bueno, me alegro de conocerte. Ahora te diré adiós, y *tú haz lo mismo*.

Donovan se humedeció los labios; parecía terriblemente asustado, pese a lo cual, disparó contra el alienígena. Se escuchó la pulsación de la luz azul y se percibió el olor a ozono; el soldado de asalto se derrumbó emitiendo un grito ululante y hurgando aún en su pistolera mientras moría.

Mike estaba ya corriendo entre los coches del aparcamiento, dirigiéndose hacia la carretera sin mirar. Escuchó chirridos de frenos y luego ruido de una colisión. Llegó a los bosques al otro lado de la carretera siguió corriendo, maldiciendo las condenadas botas de los Visitantes.

No hay que maravillarse de que los alemanes perdiesen la guerra —Pensó—. *Los muy bastardos no podían concentrarse en otra cosa que no fuera lo mucho que les dolían los pies…*

Tardó varias horas en llegar a una de las casas seguras en un vecino suburbio. Allí, Donovan se cambió de ropa y el dueño le llevó en coche cuartel general. Cuando andaba por la alcantarilla en dirección a la planta, Juliet se encontraba al otro lado de la puerta, pálida y furiosa.

— ¿Puedo hablar contigo un momento, Donovan?

Preguntándose, molesto, por qué lo hacía, la siguió obedientemente a uno de los dormitorios comunales, desierto ahora, en las horas diurnas. En silencio, ella cerró la puerta. Donovan se dijo que era un adulto diez años por lo menos mayor que aquella joven, pero esto no le sirvió de nada. El fuerte portazo le había hecho retroceder hasta el tiempo en que, en octavo curso, lo llamaban al despacho del director.

Juliet se lo quedó mirando durante largo rato; sus ojos azules brillaban, ya fuera por lágrimas de ira o de rabia. Mike no supo decírselo. Finalmente, la mujer habló, con una calma en la voz que contradecía su expresión.

— ¿Cómo puedes ser tan idiota, Donovan?

Mike se maravilló una vez más de la eficiencia de los rumores. No pudo por menos que estallar:

— Eh, espera un momento, doctora… Tuve buenas razones para hacer lo que hice…

— Claro que sí… Quieres a tu hijo y enredas a cualquiera que creas que puede ayudarte. Incluso la mayor traidora que la raza humana haya conocido nunca. ¡Maldita sea, Donovan!

— No creo que Kris siga cooperando de buen grado… Y aunque así fuese, me ayudará a recuperar a Sean. Me lo ha dicho, y la he creído.

Se la quedó mirando durante largo rato.

— Juliet, es mi *hijo*… ¿Cómo no voy a hacer todo cuanto esté en mi mano para recuperarlo sano y salvo?

— ¡Oh, no dudo de que tus motivos sean del todo admirables, Donovan, pero cualquier causa personal se halla *del todo injustificada* si se consideran las circunstancias en que nos hallamos en este momento…!

Juliet se volvió hacia la puerta, con la mano levantada, pensó él, para abrirla. En vez de ello, alzó el puño y lo dejó caer con fuerza contra el marco de la puerta.

— ¡Maldita sea, Donovan! ¿Cómo has podido hacernos esto?

— Kristine procurará encontrar a Sean. ¿Qué diablos se supone que he de hacer, olvidarme de que tengo a mi hijo allí, en aquella condenada nave? ¿Que lo pueden servir como desayuno? No puedo sumergir totalmente mi preocupación personal en los fines del movimiento de resistencia. No estoy hecho de esa forma…

— Pues en ese caso tal vez no seas de los nuestros.

Su voz fue de nuevo mortalmente tranquila. Vio los pómulos *de la* mujer sobresalir bajo de la piel, mientras mantenía alto el mentón.

— No puedes hacer una cosa así otra vez. Sabes demasiado. Nos pones a todos en peligro, Donovan.

— Pero…

Alzó una mano para dar más fuerza a sus argumentaciones.

— No digas nada más. Piensa sólo en lo que te digo. Espero que todo el mundo de aquí lo haga así. Piensa en todos nosotros antes que en su propia comodidad o seguridad. No puede funcionar de otra forma. Debes tener cuidado, Mike. No te preocupes por nosotros…

Donovan había sido consciente de estar asumiendo un riesgo incuestionable al ponerse en contacto con Kristine, pero no se había permitido pensar al respecto. Las palabras de Juliet desencadenaron su propia culpabilidad, liberando un torrente de amargas lamentaciones. Tragó penosamente saliva, sintiendo que le asomaban las lágrimas, y se volvió rápidamente para que ella no pudiese verlas.

— Eso no es verdad. Me preocupo.

Se mordió los labios y se pasó distraídamente una mimo por el cabello.

Juliet se le quedó mirando, con sus azules ojos sombríos.

— Mike, te necesitamos… *Te* necesito. Pero si no puedes dar lo mejor de ti, deberías irte, apartarte de nosotros, antes de que realmente nos hagas daño.

Donovan no confiaba en su voz para responderle.

La mujer se volvió hacia la puerta. Sus siguientes palabras le llegaron a Mike con suavidad.

— Constituimos una unidad, y estamos en guerra. No podemos permitirnos tener con nosotros

a un inconformista que sólo se compromete cuando ello coincide con sus fines personales.

Harmony Moore andaba en silencio por el corredor hacia el almacén donde tenían a Willie. Detrás de ella escuchaba las pisadas de Maggie, y supo que la otra mujer la estaba siguiendo. Harmy mantuvo las manos alejadas del cuerpo. Había visto ya la eficiencia con la que Maggie manejaba su fusil, y no iba nunca sin él.

El hombre llamado Brad estaba de guardia delante del almacén, también armado. Levantó la vista con suspicacia.

— ¿Sí?

Harmy se puso frente a él, asustada, pero decidida.

— ¿Le han hecho algo a Willie?

— Sólo análisis de sangre.

La fulminó con la mirada.

— Pero unos *humanos*… Mucho más de lo que ese malvado se merece.

— Estás equivocado con él. Nunca ha lastimado a nadie. Es muy agradable… —replicó, enfadada, Harmy.

— Claro que sí —dijo Brad sarcásticamente—. Y es agradable, si a ti te gustan los reptiles. Debes tener unos gustos muy raros, señora mía…

— ¡Eso no es verdad! ¡No creo en esas historias!

— ¿No has visto nunca la cinta que Donovan filmó en la Nave Madre?

— La he visto. Kristine Walsh efectuó un reportaje especial. Los residentes la hicieron con maquillaje, como en las películas de terror…

El hombre se rió brevemente.

— ¿Y te lo crees así? ¡Ésta sí que es buena!

Agarró a Harmy por la muñeca con una mano y luego hizo un ademán a Maggie para que abriese la puerta del almacén.

— Manténle cubierto, Mag…

William estaba sentado en el suelo, en un rincón. Su rostro aparecía inexpresivo, pero Harmy sintió su miedo al ver a Brad. Luego su mirada se centró en Harmy, y entonces mostró un alegre reconocimiento.

— ¡Harmony! ¿No te han lastimado?

Le sonrió tranquilizadoramente. Brad la obligó a ponerse al lado de él.

— Confío en que tengas un estómago bien fuerte, damita… —le dijo, al tiempo que alargaba la mano para sujetar la de Willie.

El Visitante trató de retroceder, pero se detuvo cuando Maggie Blodget hizo oscilar de forma ostentosa el fusil en el umbral. Brand arañó con fuerza la mano de William.

— ¡Basta! —gritó Harmy—. ¿Qué estás haciendo?

Contempló con horror cómo la piel de la mano de su amigo se pelaba y mostraba por debajo unas escamas verdosas, luego unos dedos delgados y casi tímidos, provistos de cortas y fuertes garras.

— ¡Mira! —aulló Brad, agarrando la muñeca de William, pese a sus esfuerzos por liberarse—.

¡Y ahora pregúntale si esas películas son falsas! ¡Pregúntale por qué han venido aquí…!

Harmy alargó un dedo como para tocar aquella piel escamosa, pero en lugar de ello se echó hacia atrás, temblando.

— ¿Es verdad? —preguntó, no mirando a Brad, sino a William.

El alienígena alzó la cabeza, cubriéndose con la otra mano los rasgados dedos. Brad le zarandeó la muñeca.

— ¡La dama te ha hecho una pregunta…!

— Es verdad —respondió Willie—. Lo siento, Harmony.

Harmy retrocedió hacia la puerta y luego, a ciegas, se volvió y salió corriendo.

CAPÍTULO XXII

Kristine Walsh contempló con los ojos muy abiertos el rostro muerto/dormido de Sean Donovan. El niño flotaba, desnudo, en el cilindro de cristal, oscilando en aquel fluido translúcido y gelatinoso. Estaba rodeado, como toda aquella hilera de recipientes, por otros niños. Los suficientes, por lo menos, para llenar una escuela. Kristine tragó saliva, apretándose los dedos en las palmas y preguntándose si iría a desmayarse.

Se apresuró a sentarse en el suelo recubierto de metal, hundiendo la cabeza entre las rodillas hasta que cesaron los zumbidos en sus oídos, Y pudo mirar de nuevo sin sentir vértigos.

¿Qué puedo hacer? —se preguntó—. *Soy sólo una persona ante esta monstruosidad… ¿Realmente hay algo que pueda hacer?*

Pensó que, probablemente, no podía hacer nada, y aquello era lo peor de todo.

Vivir con este horror, y ser impotente para…

Aferrando la llave que Mike le había dado, tomó cuidadosa nota de la hilera y de la localización del recipiente del hijo de Donovan, y luego se volvió. Mientras andaba por el corredor en sombras de la Sección 34, decidió que lo mejor sería esperar hasta después de la emisión en el hospital para ponerse en contacto con Martin y liberar al hijo de Donovan. Diana y Steven habían sido más cuidadosos que de costumbre, con las medidas de seguridad a causa de la presentación de gala del «regalo» de John. Su boca se torció en una amarga sonrisa, pensando en lo impresionada que se había sentido con John, en cómo se había podido deslumbrar ante el encanto del Comandante Supremo…

Pero suponiendo que pudiese sacar a Sean —pensó desesperada—, *¿qué pasará con los otros?*

Las lágrimas fluyeron de sus ojos mientras atravesaba con cautela la portilla, inclinándose contra ella durante un momento para recuperarse y asumir su aspecto personal, que se había convertido en su armadura protectora.

Al oír pisadas, acabó de cerrar la portilla, deslizándose la llave en el bolsillo. Steven dobló la esquina con dos guardianes Visitantes. Se la quedó mirando, obviamente lleno de sospecha.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Kristine?

Le sonrió ingenuamente.

— Me he equivocado de camino. Creo que aunque llevase aquí cinco años, en vez de cuatro meses, no acabaría de aprender el camino por el que debo ir…

El la miró fríamente.

— Ésta es un área restringida, como ya sabes. Tendremos que discutir el incidente con Diana.

Hizo una seña a los guardianes, que se pusieron uno a cada lado, soltándola a la oficina-laboratorio de Diana. Kristine aguardó sola, observando a Diana y Steven a través de la partición transparente y tratando de leer sus reacciones mientras hablaban. Finalmente, Diana salió. Los animales en las jaulas chillaron, gimieron y luego se inmovilizaron tras el paso de los Visitantes. Kristine sintió casi lo mismo cuando Diana se detuvo delante de ella, con expresión amenazadora.

— ¿Qué estabas haciendo en el área restringida, Kristine?

— Me equivoqué de camino. Iba hacia el muelle de atraque para sacar parte del equipo de mi

lanzadera personal y… En serio, Diana, construís estas naves como si fuesen un laberinto, de verdad…

Forzó una sonrisa.

Steven entró en la habitación, acercándose a Kristine. Luego, en un rápido movimiento, mucho más rápido que los de los humanos, sacó la llave del bolsillo de Kristine.

— Interesante… —comentó—. ¿La has usado? ¿Buscabas a alguien en la Sección 34? ¿Un pariente, tal vez?

— No sé de qué estás hablando —respondió Kristine con firmeza— Encontré este instrumento en la puerta e iba a devolverlo a los de seguridad.

Diana suspiró.

— Kristine, siento demasiado respeto por ti como para malgastar palabras… Ahora te encuentras ante una disyuntiva. Queremos que trabajes con nosotros. Eres de enorme valor para nuestros dos pueblos. *Te* necesito.

— Supongo que debería sentirme honrada —respondió Kristine cautelosamente—. ¿Cuál es esa disyuntiva?

— Verás… —intervino Steven—, queremos que sigas trabajando para nosotros, como nuestra portavoz. Ahora bien, puedes hacerlo de grado o…

Dejó en suspenso el final, sonriendo, y, de repente, Kristine no tuvo ya problemas en visualizarle como un reptil.

Respiró hondo.

— Supongo que tenéis formas de conseguir que coopere. Como Corley Walker…

Diana asintió.

— Exactamente. Por desgracia, el proceso de conversión, que ha funcionado tan bien con Mr. Walker, resulta imprevisible. Puede ser peligroso en extremo para el sujeto. Y no quiero exponerte a esos riesgos…

Puso una mano en un hombro de Kristine, y la miró fijamente.

— Me horroriza la idea de perderte, Kristine. Me gustas y valoro los servicios que nos prestas. Confío en que te valores a ti misma igual que lo hago yo. Por favor, piensa en todo eso…

Con una mirada final, se volvió y se fue, seguida por Steven. Kristine se sentó en silencio en la habitación, quedándose con la única compañía de los animales enjaulados.

Con una aguja estéril. Juliet Parrish pinchó cuidadosamente la escamosa espalda, de William.

— Unas cuantas más de estas series —dijo, refiriéndose a las de alergia—. Sé que te molestaré al hacerte esto, pero resulta muy difícil de evitar, pues tu piel es mucho más gruesa que la nuestra.

— Comprendo… —replicó Willie, con su voz alienígena apagada y reverberante a la vez.

Estaba tendido boca abajo en la mesa de exámenes, con una gran parte de su espalda expuesta. Había enseñado a Juliet cómo la sustancia plástica podía despellejarse y luego repararse. Ambas manos estaban, una vez más, cubiertas con la piel artificial. No había visto a Harmony Moore desde la revelación que hiciera Brad la noche anterior, pero, cada vez que cerraba los ojos, revivía aquel momento en que le contemplase, con el horror dibujado en sus ojos.

Juliet miró a Sancho Gómez, que le hacía de ayudante aquel día.

— Martin dice que están inmunizados contra todas las enfermedades conocidas en la Tierra. Y hasta ahora, Willie no parece mostrar ninguna reacción alérgica.

— Willie —le dijo—, durante este tiempo en la Tierra, ¿ha habido sustancias que te hayan puesto enfermo o te hayan hecho sentirte incómodo? ¿Los humos de escape de los coches? ¿Verduras? ¿Cualquier otra cosa?

— No —respondió William en voz baja—. La única cosa que me ha hecho sentirme incómodo es comprobar de que la raza humana es tan inteligente como nosotros.

— Mejor la raza humana, Willie —le interrumpió Juliet, sonriendo.

— Sí, gracias —continuó—. Y algunos humanos me gustan más que otros miembros de mi propio pueblo. No me agrada lo que está sucediendo. Debéis hacer lo que podáis por salvaros. Exactamente como lo haríamos nosotros si nos encontráramos en vuestro lugar.

Juliet trabajó de prisa, mientras sopesaba la conversación.

— Pero seguramente tiene que haber otra forma de salvaros que no implique la destrucción de la vida en este planeta…

— No lo sé —respondió con acento triste William—. Antes de venir, nunca pensé que pudierais ser tan parecidos a nosotros. Exceptuando vuestra apariencia…

— Pero ahora que lo sabes, ¿no constituye eso una diferencia?

— Sí. Para mí lo es. Pero no puedo hablar por los demás. La vida de nuestro planeta depende de nosotros, del éxito de nuestra misión.

O por lo menos, eso es lo que el Líder nos dice… Pero ahora considero que deberíamos probar otras cosas.

La puerta se abrió y Juliet levantó la mirada. Harmony Moore —que sin duda había permanecido fuera escuchando— se hizo a un lado para que Robin Maxwell entrara. La chica traía un equipo de primeros auxilios.

— Juliet, Polly tiene una astilla. ¿Me puedes ayudar con…?

Sus palabras se quebraron en un jadeo cuando vio, en la expuesta la espalda de William, las escamas verdes que brillaban bajo la luz cenital. Sus ojos se desorbitaron, y se llevó la mano a la mancha de su garganta. El equipo de primeros auxilios se estrelló contra el suelo, y su contenido se desparramó. Robin se tambaleó hacia atrás, boqueando.

— ¡Robin! ¿Qué…?

Juliet avanzó hacia la muchacha exactamente en el momento en qUe ella se volvía y salía de la habitación. Desde el corredor escucharon sus gritos.

— ¡Sancho! ¡Quédate con Willie! —gritó Juliet, corriendo detrás de Robin.

Cuando alcanzó a la vociferante muchacha, el corredor ya estaba lleno de gente: Robert Maxwell, Mike Donovan, Caleb y Elias, Ruby, Cal y las hermanas de Robin. Juliet agarró las manos de Robin, que las tenía aferradas a la garganta y rascaban histéricamente la extraña marca.

— ¡Robin! ¡Qué pasa! ¡Respóndeme!

Por un momento pensó en que tendría que abofetear a la frenética chiquilla, pero, de repente, los chillidos de Robin se convirtieron en palabras:

— ¡No! ¡No! ¡No quiero tenerlo! ¡Deseo abortar!

Robert Maxwell trató de levantar a su hija en sus brazos, pero ella le apartó, jadeante y con

ojos desorbitados.

— ¡Tienes que hacerlo, Juliet! ¡Ahora mismo! ¡Debo abortar!

Juliet se esforzó por calmarse.

— Está bien, Robin. Hablemos de ello.

— Pero, nenita…

Robert Maxwell estaba intrigado.

— ¿No habías dicho que no querías abortar? Te lo pregunté hace meses; entonces hubiera sido seguro…

— ¡Lo quiero *ahora*!

— Lo más importante es calmarse, Robin —le aconsejó Juliet.

— No hasta que me haya desembarazado de… *eso*… —sollozó Robin—. ¡Tienes que hacerlo, Juliet! ¡Tienes que hacerlo!

Alzó los ojos, aún desorbitados y empañados por las lágrimas.

— Es uno de ellos… ¡Un reptil!

La multitud se inmovilizó. Finalmente, Robert se acercó y apretó entre sus brazos a la sollozante muchacha. Se contemplaron unos a otros con miradas vacías.

— Robin —le preguntó Maxwell—, ¿qué tratas de decir?

— ¡Que el padre es uno de *ellos*!

Robin se sorbió los mocos y alguien le tendió un pañuelo.

— ¿Te refieres a un Visitante? —inquirió Juliet—. Robin, eso es imposible, cariño… Tal vez te han engañado con…

Polly se acercó más, mirando furibunda a su hermana mayor.

— Fue *Brian*, ¿verdad?

— ¡Sí! —aulló Robin.

— No lo creo —intervino, intrigado, Elias—. Juliet, no he recibido demasiada educación, pero recuerdo que en la clase de Biología nos dijeron que dos especies diferentes no podían cruzarse. Ni siquiera entre caballos y burros, pues, por muy próximas que sean, la descendencia es estéril. ¿Y ahora desea que me crea que una *humana* y un lagarto, un reptil, una criatura que no ha llegado a evolucionar en *este* planeta van a tener un bebé? Para eso sería necesaria toda una carretada de fertilizantes…

— Silencio, Elias —le ordenó Juliet—. No sabemos lo que le ha sucedido a Robin en esa nave. Puede haber sido drogada, dejada inconsciente, cualquier cosa…

— ¡No!

Robin movió la cabeza salvajemente.

— *No* me estoy imaginando ni fingiendo esto… Fue Brian, ése es el único con quien me he acostado. Mientras estaba encerrada, me dijo que me liberaría. Creía que le amaba… ¡Oh, Dios mío…!

Se tiró frenéticamente del negro cabello, como si sólo el dolor pudiese evitar que se desintegrase ante aquel horror.

— ¿Cómo pude ser tan estúpida? Es *su* bebé, y quiero abortar ahora mismo…

Juliet la hizo callar y abrazó con fuerza a la sollozante muchacha.

— Me parece que será mejor que discutamos todo esto más a fondo… Sólo Robin, su padre, Cal y yo. Ya hablaremos más tarde acerca de lo que debe hacerse. ¿Estáis conformes?

Un murmullo de aprobación llenó el aire y, lentamente, el grupo se disgregó. Juliet hizo una seña a Cal, y los tres, junto con Robin, se dirigieron en silencio al laboratorio. Willie se sentó de nuevo detrás de la puerta de plexiglás, mirándoles tristemente. Juliet comenzó:

— Ahora, Robin, creo que será mejor que nos cuentes lo que te sucedió en la Nave Madre. Y sé tan precisa como puedas. Recuerda que no es sólo tu vida lo que se halla en juego.

— Muy bien, Juliet…

Robin levantó la mirada, con sus ojos azulverdosos llenos de lágrimas, y luego, vacilante, empezó a hablar de su encarcelamiento. Cuando describió el examen médico al que la habían sometido, Juliet y Cal le hicieron contar cada uno de los detalles.

— Puede no tratarse de nada —meditó Juliet—. Pero los pocos que han conseguido salir de la Nave Madre nunca fueron sometidos a una cosa así. Esto parece uno de los experimentos de Diana. Continúa, Robin.

Con la vista baja, Robin contó el resto de su historia con frases titubantes. Robert Maxwell respiraba ruidosamente cuando su hija terminó, abriendo y cerrando las manos.

— Muy bien —dijo Juliet, después de enviar a Robin de vuelta a su habitación para que se lavara la cara y cepillara el cabello—, al parecer el coito tuvo lugar en realidad… .

— Ese bastardo la violó —repuso Robert—. Cuando pienso en mi niñita tratada de esa forma…

— ¡Basta ya, Robert! —le cortó Cal, con brusquedad—. Con ese tipo de conversación no iremos a ninguna parte, y ciertamente no ayuadará en nada a Robin.

— Pero aunque haya tenido lugar el coito, ¿cómo explicar una concepción?

Juliet meneó la cabeza.

— Elias está en lo cierto… No puede existir concepción entre especies diferentes.

— Olvidas que los Visitantes están más avanzados científicamente que nosotros —señaló Cal —. E incluso nosotros hemos dado algunos pasos en esa dirección. ¿Has oído hablar alguna vez de la planta haba-girasol?

Recordando lentamente, Juliet asintió. Cal lo explicó para que se enterara Maxwell.

— El cruce entre especies distintas se viene realizando desde 1981. Lo llaman empalme del gen. Los genetistas del Departamento de Agricultura de Estados Unidos y de la Universidad de Wisconsin lograron injertar el material genético de una planta de girasol en otra de habas, o viceversa, no lo recuerdo en este momento. De todos modos, crearon una nueva especie, que era una combinación de ambas. Emplearon una bacteria como vehículo para transportar el material genético. Si se trata de uno de los experimentos de Diana, puede haber expuesto a Brian a radiación, o empleado productos químicos, o cirugía. O tal vez una combinación de varios procedimientos, o quizás hayan desarrollado unas nuevas técnicas del todo diferentes, que no podemos ni siquiera imaginar. No es imposible que Robin lleve en su seno un hijo engendrado por Brian.

Suspiró.

— Es improbable, pero no imposible.

William dio unos golpecitos en el plexiglás para llamar la atención. Los tres científicos le miraron, desconcertados, y luego Juliet se levantó y abrió la puerta.

— ¿Qué pasa, William?

— Debo decírtelo…

Willie, cabizbajo, dijo a Juliet.

— Entre las hembras de mi especie, la señal de que están embarazadas consiste en que la piel en torno de la garganta cambia de color. Esta banda es visible muy poco después de la concepción, y crece en torno al cuello a medida que avanza la preñez. Y me he percatado de que Robin la tiene.

En voz muy baja, Juliet le dio las gracias. Los tres científicos se sentaron en silencio hasta que Robin regresó a la habitación. La muchacha había recuperado algo de su entereza.

— ¿Juliet? ¿Podemos hacer hoy el aborto?

Juliet se encogió de hombros.

— No lo sé, Robin. Tendremos que hacer algunas pruebas.

Asiendo a Robin del brazo, se encaminó hacia el pasillo.

— He de hablar con Fred, para ver si puede conseguir una habitación en el hospital…

Al escuchar pisadas, los otros miembros de la resistencia, regresaron al corredor.

Juliet titubeó:

— Robin, no puedo mentirte. Esto tal vez sea peligroso. Hay muchas cosas de las que no sabemos nada. Hasta ahora no se ha dado un embarazo así…

— No me importa… —replicó Robin en voz baja, pero con expresión dura—. Preferiría morirme antes que tener esa… *cosa*…

— ¡Abortar es matar, Robin! —intervino el padre Andrew.

Elias miró, furibundo, al clérigo.

— No en este caso. ¿Le gustaría dar a luz un lagarto, padre?

— No sabemos que sea un reptil —comentó Caleb—. No tenemos ni idea de lo que será, ¿verdad, Juliet?

Juliet se encogió de hombros y asintió débilmente.

— Ésa es la razón de que esté en contra del aborto —siguió el padre Andrew—. Ese niño, si vive, podría ser un puente entre ambas razas.

— El mundo está lleno de monstruos —replicó Brad, apartando su mirada de Robin—. ¿Por qué crear una nueva casta?

— No todos son monstruos —terció Sancho—. Son criaturas inteligentes. Una de ellas me salvó la vida.

Robert Maxwell puso un brazo protector en torno de su hija.

— Huelgan las discusiones. No es asunto de nadie. Robin es *mi* hija, y no el sujeto de un experimento de laboratorio…

El padre Andrew añadió cariñosamente, mirando a Robin:

— Se trata de la primera unión entre nuestra especie y una raza de otro mundo. Creo que es demasiado importante como para que una decisión así se deje en manos de una muchacha de diecisiete años o de su angustiado padre.

— ¡Nadie experimentará con mi hija, padre!

— ¡Basta! —gritó Robin—. Ya es bastante difícil para que empiecen a discutir…

Se esforzó por dominar sus sollozos.

— ¡Sí, basta ya! —exclamó Mike Donovan, hablando por primera vez—. Ya hemos escuchado antes esas argumentaciones de que la vida es tan preciosa que nadie se debe interferir en ella. Es un viejo argumento y una antigua declaración. Pero esto es *diferente*…

— El principio es el mismo —repuso el sacerdote.

— No, no lo es. Robin puede dar a luz una criatura de una especie del todo nueva. Está tratando aquí con algo más que una curiosidad…, trata con una amenaza potencial.

— Las implicaciones científicas y morales de este embarazo son ineludibles… Es algo único que…

— Y existen peligros —interrumpió fríamente Donovan al sacerdote—. Se trata de una gran responsabilidad. Es el cuerpo de Robin. La decisión debería ser suya…

Robin miró agradecida al experiodista. Luego, tras unos largos minutos de silencio, se volvió hacia su padre.

— Lo quiero… Deseo abortar…

Elias Taylor, vestido con el uniforme de mantenimiento del hospital, miró cautelosamente por la puerta de la Sección de Proctología, con su arma escondida bajo la ropa. Suspiró aliviado y se volvió hacia Brad, a medida que se alejaba el ruido de pisadas.

— Es sólo una enfermera —susurró, cerrando la puerta.

Rápidamente, los dos hombres acabaron de tapar las grietas para que no saliese ningún rayo delator de luz. Apenas habían acabado, cuando se oyeron nuevos pasos, que les pusieron de nuevo en guardia, con las armas preparadas.

Estos pasos, al igual que los otros, continuaron por el corredor. Brad se enjugó las gotitas de sudor que le perlaban la frente.

— Ya no lo resistiré mucho más —dijo, dejándose caer en una silla—. ¡Es una locura! ¿Qué pasará si alguien entra aquí?

Elias sonrió.

— ¡Oh, creo que estamos bastante seguros! Son las tres de la madrugada. ¿Quién ha oído hablar de una urgencia de hemorroides a esta hora?

Brad pareció disgustado ante la agudeza de su compañero. Permanecieron sentados en silencio durante largo rato. Luego, Brad se volvió para mirar la puerta interior de la pequeña habitación.

— Me pregunto qué estará sucediendo allí…

— No lo sé… —le respondió, desalentado, Elias—. Pero te puedo asegurar una cosa. No me gustaría de ninguna forma estar en la piel de esa muchacha. Imagínate que tuvieses una de esas serpientes dentro de ti…

Se sentó y acarició su pistola, con los ojos fijos en la puerta que daba a la sala de operaciones.

Robin, descalza y envuelta, en un camisón hospitalario, yacía de espaldas, con las piernas sujetas a unos estribos. Le habían puesto una sábana en el pecho, para que no pudiese ver el campo operatorio. Juliet se acercó con una jeringuilla hipodérmica.

— Sólo para una prueba sanguínea, Robin. No te dolerá lo más mínimo.

Robin miraba inexpresivamente al techo, sujetando con fuerza la mano de su padre.

— No me preocupa que duela o no, Juliet; sólo deseo que todo termine de una vez.

Asintiendo, Juliet puso una goma elástica en torno al bíceps de la muchacha y le apretó la parte interior del brazo. Una vena se engrosó, y Juliet insertó cuidadosamente la aguja en ella. Una sangre de color anaranjado inundó la jeringuilla. Juliet miró rápidamente a Robin y a su padre, para ver si se habían percatado del extraño color de la sangre, pero ambos mantenían la mirada apartada. Con rapidez, Juliet retiró la aguja y frotó la marca del pinchazo.

Se llevó en seguida la jeringuilla al laboratorio adjunto, donde Fred King y Cal aguardaban.

— Mirad esto —les dijo, manteniendo la voz baja—. Por poco se me cae la jeringuilla. ¿Habíais visto antes una cosa así?

Examinaron la muestra bajo el microscopio y luego Fred levantó la mirada.

— Esta muestra tiene algunas de las características de la sangre alienígena que me enseñaste: los productos de desecho del feto deben de ser causa de ello.

Dejando a Cal que hiciera más pruebas en el laboratorio, Fred y Juliet regresaron a la sala de operaciones.

— Robin, ¿te han hecho alguna vez un examen pélvico? —le preguntó Fred cariñosamente.

— Una vez —admitió Robin—. Fue bastante turbador, pero no me hicieron daño.

— Pues bien, ahora voy a hacerte uno, y Juliet me ayudará. También te haré algunas palpaciones en la barriga. No te preocupes, no te dolerá.

— Muy bien…

El joven doctor trabajó en silencio durante un rato, sometiendo a la muchacha a un examen pélvico, pero empleando mucho más tiempo luego en tocarle y palparle el estómago.

— ¿De cuánto tiempo dirías que está? —preguntó Juliet sin levantar la mirada.

— No recuerda la fecha exacta de su último período, pero está de cinco a cinco meses y medio —respondió Juliet.

— Toca esto —le ordenó, indicando un lugar en el abdomen de la chica—. He notado una cosa dura aquí, exactamente donde debería estar… pero el útero es mayor de lo previsto al final del segundo trimestre. Durante un momento, me ha parecido también que se producían una serie de fuertes movimientos. ¿Notas algo?

— No —repuso Juliet, concentrándose—. ¿Has localizado algún latido cardíaco?

— Sí; tengo uno, pero suena un algo apagado, y también muy lento. —Suspiró—. No sé. Desearía tener más experiencia en esto. Sólo hice una serie de prácticas en obstetricia; debería haberlas continuado en otoño.

— ¿Qué crees que deberíamos hacer?

— Recomiendo dar un vistazo antes de comenzar con el aborto. De ese modo tendremos una mejor idea de lo que hay ahí.

— ¿Una laparoscopia?

— Sí. Le diré a Cal que traiga los instrumentos.

— Muy bien. Se lo explicaré a Robin y a su padre.

Juliet rodeó la sábana sobre la que se acostaba Robin.

— Cariño, queremos hacer una pequeña incisión en el abdomen para ver cómo están las cosas ahí dentro. No te hará daño, pues te anestesiaremos. Te inyectaré 50 miligramos de «Demerol» antes de empezar, y me gustaría intentar la acupuntura como analgésico. He estudiado esa técnica en China, y es algo asombroso: no sentirás ningún dolor y no tendremos que enfrentarnos con el problema de sacar de aquí a un paciente anestesiado…

— ¿No será un aborto normal? —le preguntó Robin.

— Debes recordar, Robin, que llevas, por lo menos, veinte semanas de embarazo, tal vez incluso veinticuatro. No podemos desarrollar cualquiera de las técnicas para los abortos más simples, como los «D&E» o «D&C». La exploración laparoscópica nos ayudará a decidir si empleamos métodos de inducción, o practicamos una histerotomía, es decir, una especie de minicesárea, que no es lo mismo que una histerectomia.

Robin asintió.

— Lo entiendo, Julie. Sé que harás lo mejor… Quiero que sepas que me doy cuenta del riesgo que estás corriendo por mí. Muchas gracias.

— Naturalmente queremos ayudarte, cariño…

Les dejó durante un momento y luego regresó con una jeringuilla hipodérmica.

— Aquí está el «Demerol».

Minutos después, cuando la droga hizo su efecto, regresó con varias agujas delgadas.

— Esto no dolerá, Robin. Sentirás una pequeña presión, eso será todo. No sangrará ni dejará cicatriz.

— Muy bien, Juliet —replicó Robin, con los ojos cerrados.

El «Demerol» la había dejado soñolienta.

Minutos después, Robin yacía en silencio mientras Juliet comprobaba la posición de las agujas en cada antebrazo. Luego, cuidadosamente. Juliet insertó dos agujas más en las orejas de la adolescente y después otra cerca de la clavícula.

— Es muy apropiado para esto. Dentro de quince minutos podremos empezar.

Cuando Cal tuvo los resultados de varios análisis de sangre, Juliet había comprobado ya las reacciones de Robin, encontrándolas satisfactorias. A una señal suya, Fred hizo con cuidado una pequeña incisión en el abdomen de Robin.

— Con cuidado…, muy bien… Juliet, esponja… voy a mirar primero, luego lo harás tú, ¿conforme?

— Tú eres el médico —replicó secamente Juliet.

Minutos después, Juliet observó en un aparato que le permitiría ver las imágenes que la pequeña cámara captaba en el interior de la paciente.

— Puedo ver a lo que te refieres, Fred —le dijo en voz baja—. Un conjunto de finas fibras se ha extendido por toda la cavidad abdominal…

Con cautela, desplazó la pequeña cámara del laparoscopio.

— Los veo…

De repente, se lo quedó mirando preocupada.

— ¡Dios mío, Fred, están creciendo a través de la pared uterina! Parece que han llegado ya al hígado y a la vesícula…

Fred asintió sombríamente.

— Eso es lo que creí haber visto. Es extraño…

Habló en voz baja, para que ni Robert ni Robin pudiesen oírle.

— Déjame echar una ojeada al feto.

Juliet le ayudó mientras miraba por el ocular, moviendo el pequeño laparoscopio.

— ¿Lo ves? —le preguntó.

— Es una especie de… —musitó—. Nunca había visto nada igual. La bolsa es opaca. Gelatinosa. Las pequeñas fibras parecen salir de la bolsa, dirigiéndose por toda la cavidad abdominal. Como centenares de cuerdecitas. Trataré de cortar una.

Apoyó el peso del cuerpo en la otra pierna, contemplando fijamente la proyección mientras extendía un pequeño filamento para cortar su superficie. De repente, la voz de Robert llegó hasta ellos, como dominada por el pánico:

— ¡Juliet! ¿Qué ocurre? ¡Ha perdido el conocimiento! Su temperatura ha descendido cuatro grados y su ritmo cardíaco ha alcanzado los ciento treinta…

Con cuidado, Fred sacó la pequeña sonda. Robert pareció aliviado.

— Está mejor. Se recupera…

Fred sacó el aparato; la mirada de sus ojos castaños se encontró con la de Juliet por encima de la verde mascarilla de quirófano.

— Manténme informado del menor cambio, Robert —le indicó.

Luego, lentamente, la sondeó de nuevo con el minúsculo escalpelo.

— Empeora otra vez.

Oyeron casi inmediatamente el tenso susurro de Robert.

Fred suspiró.

— Basta ya, Julie. Esto la mataría antes de que lo consiguiéramos…

Sus propios ojos aparecían ansiosos por encima de la mascarilla verde, al recordar el histérico ruego de Robin de que la hicieran abortar.

— ¿Y qué me dices del proceso de precipitación con sal? Si introdujéramos una solución salina, tal vez matásemos al feto antes de que…

— ¿Quieres correr ese riesgo?

Meneó la cabeza.

— No sabemos aún lo suficiente acerca del metabolismo de los Visitantes. A lo mejor, sus *bebés* pueden creer que un baño salino es más bueno que el pan… Hazte cargo, Juliet; nos enfrentamos con algo que está más allá de nuestros conocimientos. Tal vez Diana sepa cómo hacer abortar esa cosa… Pero nosotros, no…

Juliet asintió, sintiéndose de pronto vencida por el agotamiento. Sus pies le parecieron tan planos como su espíritu… Dejando que Fred cerrase la incisión, se acercó a Robert y lo llevó aparte. Meneando la cabeza, le indicó el bulto debajo de los apósitos estériles.

— No podemos hacerlo, Robert. Lo siento. El feto está agarrado a sus órganos vitales; si intentamos sacarlo, Robin morirá. Deberemos dejar que esa cosa siga su curso, sea el que fuere…

Más tarde, Juliet encontró a Mike Donovan esperándoles en el salón adonde habían regresado

desde el hospital. Robert se llevó a Robin para meterla en la cama, habiéndole administrado un tranquilizante prescrito por Fred; Elias y Brad relevaron a Maggie en la patrulla de seguridad. Cal, tras dar un gran bostezo, se encaminó hacia el dormitorio. Juliet vaciló en el umbral, apoyándose contra la jamba; se sentía tan cansada, que creyó derretirse como la miel y esparcirse por el suelo. Mike contempló su agotado rostro.

— No es nada bueno, ¿verdad?

Cansinamente, Juliet meneó la cabeza.

— Las cosas no marchan. El feto se ha agarrado a los órganos vitales de Robin. Y, del modo más enfático, muestra que no quiere que le desalojen.

— Eso es muy malo —respondió Donovan—. ¡Pobre chiquilla…!

— Sí —repuso Juliet.

Se sentía totalmente entumecida. Se volvió, dirigiéndose a su pequeño camastro, al cabo de un momento, Donovan se encontraba ya a su lado.

— Voy a la cocina a tomarme un trago. Te acompañaré a tu cuarto.

La mujer no levantó la mirada.

— Será mejor que me excuses, Donovan.

— Te sientes mal, ¿verdad? ¿No preferirías hablar de ello?

Sabía que Donovan se refería a su propio estado mental y emocional, más que a la operación de Robin. Juliet escuchó su propia voz como si fuese otra persona la que hablase: ella parecía flotar en alguna parte.

— Estoy harta de todo, Donovan. Harta de intentar hacer el papel de jefa de la guerrilla. De tratar de mantenerlo todo unido. De hacer las veces de médico, porque la mayor parte del tiempo no hay nadie más ¡Dios mío, todo esto parece una broma…! Ya no lo soporto más… Quiero dejar que las cosas sigan su curso.

Mike la miró de reojo, pensativamente, y luego habló en voz baja:

— Lo haces muy bien, doctora. Y no hay nadie más. Y lo haces, porque eres la única que *puede* hacerlo. Yo sé que no podría realizar lo que tu haces: planear esa incursión, organizar a todo este grupo, asignar a cada cual las tareas que mejor puedan efectuar…

Juliet quedó algo sorprendida al oír cómo Donovan —por lo general tan descarado y seguro de sí mismo—, admitía que no podía hacer nada, pero su mente seguía ocupada en la situación de Robin.

— Esa chica pudo morir si esta noche yo hubiese tomado una decisión errónea. Y todo porque no sé lo suficiente.

— ¿Saberlo todo, quieres decir?

— ¡Si!

Se llevó las manos a la cara, avergonzada de ver cómo se derrumbaba delante de Donovan, de todo el mundo, sin ser capaz de detenerse. Casi temblaba de agotamiento.

Sintió el brazo de Mike cálido y fuerte cuando éste rodeó los hombros de Julie, sujetándola mientras se estremecía. Le dio una pequeña sacudida.

— *Nadie* espera que lo sepas todo…, excepto tú. Te muestras demasiado exigente contigo misma, doctora. Relájate un poco…

Juliet se echó a reír en pequeños espasmos.

— Eso suena un poco arrogante, ¿no?

Él sonrió débilmente.

— No lo sé. Estoy demasiado ocupado concentrándome como para preocuparme de tu arrogancia. ¿Te acuerdas?

Juliet se lo quedó mirando, preguntándose si se reía de ella, y de repente se dio cuenta de que no era así. Estaba tan cerca como le era posible de disculparse de su escapada del otro día. Julie le devolvió la sonrisa, asintiendo, y continuaron juntos por el vestíbulo.

Cuando Juliet llegó a su puerta, levantó la mirada hacia él.

— Gracias, Donovan…

Él asintió.

— Buenas noches, doctora…

Juliet entró en el cuarto tambaleándose, dejándose caer en su camastro; la cadera le dolía por primera vez desde hacía semanas. Pensó nebulosamente en que debía quitarse los zapatos y apagar la luz, pero ya estaba dormida.

Cuando regresaba de la cocina, con una cerveza, Donovan vio que la luz del dormitorio de Juliet se hallaba encendida, a través de la entornada Puerta, y dio unos golpecitos, para comprobar si la mujer estaba aún despierta. Al no oír respuesta, miró en el interior.

Sonrió —una expresión muy diferente de su habitual risilla irónica—, al ver a aquella muchacha rubia dormida en el camastro. Moviéndose rápida y eficientemente, le quitó los zapatos y la tapó con una manta. Cuando estaba a punto de apagar la lámpara de sobremesa vio el calendario. Una gran «X» azul iba señalando los días que faltaban para la incursión al hospital, que se hallaba enmarcada por un círculo rojo.

— *Ya sólo quedan tres días* —pensó—. *Entonces comenzará realmente la juerga…*

CAPÍTULO XXIII

La limusina, conducida por Cal Robinson, se abría camino hábilmente a través del tráfico del centro de la ciudad en dirección al Centro Médico. Juliet Parrish y Robert Maxwell iban sentados atrás, repasando los planes finales de la incursión.

— ¿Estás seguro de que Martin comprende que él y Lorraine deben restablecer la emisión desde la Nave Madre, cuando intenten eliminarla desde allí? —preguntó Maxwell con nerviosismo, arreglándose la corbata.

— Estoy segura —replicó Juliet, inclinándose hacia delante para ajustarle una vez más su corbata de lazo negra—. Y ahora deja esto en paz. Ya está perfecta, no la toques más.

— No me había puesto un esmoquin desde hacía *años* —gimió Robert—. Y ahora recuerdo por qué. Condenados trajes para monos…

Se alisó la tela en los hombros y luego comprobó la pistola, que elevaba en la sobaquera, asegurándose de que podría sacarla cuando fuese necesario.

— ¡Dios mío, qué estúpido me siento! —musitó—. ¿Cómo diablos va a hacer de James Bond un profesor de cuarenta y tres años?

— Creo que tienes un aspecto muy distinguido, Robert —le dijo Juliet, sonriéndole—. ¿Qué tal estoy yo?

— Magnífica —replicó roncamente, sorprendido de pronto ante el recuerdo de la última vez que una mujer le había hecho aquella pregunta.

— Gracias —dijo ella nerviosa—. Y muchas gracias también por haber conseguido que Lynn me encontrase un vestido de noche. Había olvidado por completo que necesitaría uno.

— Todo va bien —le contestó, mirando por la ventanilla mientras la limusina rodaba majestuosamente a través de la noche.

No le había dicho que el chal paquistaní era el de Kathy, pues no necesitaba recordarle a Juliet sus propias desgracias.

— Estás estupenda con ese color.

— Es mi favorito —admitió—. Gracias a Dios, Maggie pudo ayudarme con el vestido. Siempre me ha sido más fácil unir gente que coser ropas.

— Y el diseño es de veras muy bonito.

El vestido de Juliet era de un rojo brillante; unos hilillos de oro recorrían el tejido. La parte del escote mostraba sus adorables hombros, y el generoso drapeado del cuerpo disimulaba la pistola, mantenida debajo de brazo con ayuda de esparadrapo. En el muslo llevaba fijada otra pistola.

Robert le sonrió:

— Pareces más una modelo que un arsenal ambulante…

Sonrió forzadamente.

— Todo esto es una locura. Maggie y yo diseñamos este vestido para que cuando sea necesario, pueda levantarme las faldas y salir corriendo. Escondidas entre las armas tengo mis «Adidas», para poder llegar al punto de reunión. He hecho una lista completa de cosas que debo comprobar hoy… y eso mientras estaba sentada debajo del secador… Todo el tiempo que Maggie

me estuvo cepillando y dando los toques finales a mi peinado, discutimos nuestros planes para volver contra ellos su propio sistema de seguridad.

— ¡Estupendo, gente maravillosa! —intervino Cal desde el asiento delantero—, ya casi hemos llegado. Buena suerte…

— Gracias, Cal —replicó Juliet, echándose el chal encima de los hombros y aferrando su bolso de noche, que no contenía nada más siniestro que pañuelos y perfume.

Cuando el coche se detuvo delante de la entrada de seguridad del hospital, Cal, vestido muy apropiadamente con uniforme de chófer, dio la vuelta para abrir la puerta a Juliet y a Robert. Éstos se quedaron en la acera con sus pases especiales —falsificados— en la mano. Entre la multitud que aparecía delante de él, Maxwell reconoció a Kristine Walsh, la cual entrevistaba a muchos de los invitados que esperaban su turno para atravesar el control de seguridad.

Mientras aguardaban, la máquina especial diseñada para examinar cada uno de los pases, se encendió con una «luz» en rojo, y empezó a sonar una sirena. Instantáneamente, Steven y varios de los soldados de asalto convergieron sobre una desventurada pareja, y se los llevaron. Aquel aura de fiesta se ensombreció un poco. Robert respiró hondo.

— No bromean, ¿verdad? Esto puede ponerse feo…

Juliet sujetó su brazo y le sonrió con firmeza.

— Aún será más feo si los pases no funcionan…

Observó a Kristine Walsh y a su reducido equipo de televisión.

— Evita la cámara, Robert. Está buscando a alguien a quien interrogar acerca del incidente.

Mientras aguardaban entre la multitud, pudieron ver, más allá de la cola a Elias en traje de noche, y luego, detrás de él, con uniformes de Visitantes a Maggie y Caleb. Más lejos se encontraba Brad, también vestido de Visitante. Maxwell observó un destello blanco sobre negro y reconoció al padre Andrew, con su alzacuellos, y, con él, a Ruby, que llevaba un vestido de noche e hileras de perlas. Iba sentada en una silla de ruedas con un pesado chal sobre el regazo. La muchedumbre se apartó respetuosamente para permitir que pudiesen pasar el clérigo y la disminuida física.

Juliet se acercó a la máquina, con su pase en la mano. Con dedos que la determinación mantenía firmes, metió el trozo de plástico en la ranura. Al cabo de un segundo, que pareció una eternidad, la máquina emitió un leve pitido y se encendió, en color verde, con la palabra «pase», Juliet siguió adelante, esta vez con una sincera sonrisa.

Una vez dentro del amplio vestíbulo del hospital, Robert y Juliet se dedicaron unos cuantos minutos a mezclarse con los demás invitados para dar tiempo a todos los combatientes de la resistencia a que ocupasen los puestos asignados. Por encima de la brillante multitud que se arremolinaba en torno a los canapés y bebidas, se había alzado un podio que mostraba la típica arrogancia Visitante. Maxwell localizó a Arthur y a Eleanor Dupres y se aseguró de que tanto él como Juliet permaneciesen fuera de su vista.

Juliet le tocó el brazo, indicando una zona delante del podio que había sido acotada con pesadas cuerdas de terciopelo.

— Por allí tendrá que salir. Debe de encontrarse entre bastidores, aguardando el gran momento.

Maxwell asintió, mirando ansiosamente hacia la barra.

— ¿Estás segura de que no tenemos tiempo para tomar *una* copa?

Juliet le lanzó una mirada a medias de enfado y de burla.

— Eres un borrachín empedernido, Robert. Un pequeño *raid* de un comando, con un escaso doce por ciento de posibilidades de éxito, y tú necesitas alcohol para arrimarte.

Maxwell le sonrió.

— Incluso 007 se toma una copa cuando se halla en plena acción.

Se puso serio durante un momento, comprobando su reloj.

— Ya deben de estar todos dentro. ¿Cuándo comenzará el jaleo?

— Supongo que está de moda en los círculos Visitantes el llegar los últimos…

Los minutos se fueron arrastrando mientras Robert y Julie sonreían y asentían, tratando de no permitir que la tensión se reflejase en sus rostros. Al otro lado de la estancia, vieron al padre Andrew y a Ruby, ambos con gafas.

— Confío que pertenezcan al «club de la soda» —susurró Juliet.

Finalmente apareció Kristine Walsh con el equipo de cámaras enfocándola. Se percataron de que la presentación estaba a punto de empezar. Detrás de las cortinas, Maxwell advirtió un destello de rojo, y luego reconoció el oscuro cabello de Diana. Sonó una charanga sin previa advertencia, lo cual hizo que Robert y Juliet se sobresaltaran.

Las cortinas negras se abrieron y salió el Comandante Supremo entre un relampagueo de flashes, sonriendo y saludando con la mano. Los aplausos atronaron por todo el vestíbulo. Maxwell, aliviado al tener algo que hacer, aplaudió también con fuerza.

John subió los escalones hasta el podio, y se quedó allí de pie aguardando a que se hiciese el silencio. Mientras la multitud se arremolinara y enmudecía, Robert asió a Juliet por el brazo y ambos se unieron al avance de la gente, situándose más cerca. Con un hábil empleo de codos y disculpas, acabaron a pocos metros de las cuerdas de terciopelo, justo enfrente de los escalones que daban al podio.

Los cálidos y reverberantes tonos de John llenaron el vestíbulo.

— Buenas noches a todos. Nosotros, los Visitantes, estamos particularmente orgullosos de la ceremonia de esta noche, puesto que nos brinda una oportunidad de pagar la maravillosa hospitalidad que el pueblo de la Tierra nos ha demostrado desde nuestra llegada. Han hecho ustedes todo lo posible por ayudarnos a recoger los recursos que necesitamos para salvar al pueblo de nuestro planeta: por tanto, parece justo que hagamos algo por ustedes.

Robert y Juliet se acercaron aún más a las cuerdas de terciopelo. Una rápida mirada alrededor del vestíbulo convenció a Maxwell de que Sancho Gómez y Elias, cerca de una pareja de guardias, estaban en posición, así como el padre Andrew. Cuidadosamente, seleccionó un blanco para él; un guardia que se encontraba en la parte trasera del podio. El hombre llevaba uniforme y gorra Visitante normal, sin la armadura de las tropas de asalto. Maxwell quedó complacido: había estado practicando, pero resultaba agradable que los blancos fuesen lo más grandes posible. John siguió desgranando su discurso.

— Por ello, tengo el honor de anunciar que, desde mañana, las puertas estarán abiertas en este hospital, y dentro de unas semanas, en todo el mundo, para administrar una probada, segura e

indolora vacuna contra una enfermedad que aflige a millones de personas… El cáncer…

Se oyó una detonación, y luego otra. La gente comenzó a gritar e intentó echar a correr. Robert tenía la pistola en la mano, y apuntó cuidadosamente mientras el guardia que se hallaba detrás del podio se lanzaba hacia delante. La «Magnum 357» dio una sacudida en su mano, y el guardia se derrumbó, llevándose las manos a la garganta.

En todos los pasillos que conducían al vestíbulo, pudieron escuchar el repiqueteo de pies, cuando los pelotones Visitantes de seguridad se encaminaron hacia el vestíbulo, para verse detenidos en el momento que las pesadas puertas de acero golpeaban con estruendo y aislaban la sala le actos. Robert se volvió hacia Juliet.

— Veo que Brad y Caleb lo han conseguido…

Otro disparo atronó y, mientras se lanzaba hacia delante, pistola en mano, Maxwell vio cómo el padre Andrew mantenía apuntada su arma contra el cuello de un guardia. Ruby sonreía como niña en el circo. Robert y Juliet llegaron a los escalones del podio, con las pistolas desenfundadas y dispuestas. Robert vio un destello rojo en la parte anterior de los escalones, y se lanzó hacia delante. Era Diana, que había conseguido sacar una pistola de un lugar oculto en la parte trasera del podio. Con un salvajismo que nunca creyó poseer, Maxwell hizo girar el cañón de la pesada arma entre sus dedos, haciendo volar el arma de los Visitantes. Luego agarró a Diana, sujetándola a pesar de su forcejeo —considerablemente más fuerte que muchos hombres de su tamaño—, acercando la «Magnum» a su garganta.

— ¡Estáte quieto, lagarto!

Juliet se acercó y se apoderó del arma del Visitante. Maxwell se volvió con la pistola hundida en el cuello del oficial Visitante. Deseó imperiosamente disparar contra ella por lo que le había hecho a su hija, pero, de momento, el peligro que corría Diana era lo que mantenía a John a raya.

— ¡Quietos todos! —exclamó en voz alta—. ¡Que nadie se mueva! ¡Me refiero a todos!

¡Cristo…! —pensó—. *No había vuelto a escuchar un diálogo como éste desde los días de las viejas películas de Cagney…*

Juliet pasó delante de él, con el arma alienígena en su mano.

— ¿Necesitamos persuadir al equipo de cámaras? —preguntó Roben a Juliet.

— No —le contestó, subiendo por las escaleras del podio—. Kristine Walsh les ha hecho una seña para que sigan filmando… La he visto…

El Comandante Supremo se había vuelto hacia la parte posterior del estrado a medida que Juliet se aproximaba, con la pistola láser en la mano, en violento contraste con su atuendo y su peinado.

— ¡Vuélvase! —le ordenó en voz alta, acompañándose con un movimiento del arma.

Durante largos segundos, John no respondió; luego, al alzar Juliet el arma, apuntándole al corazón, obedeció lentamente. Manteniendo la pistola dispuesta, Juliet dio un paso adelante. Arrastrando a Diana consigo, Maxwell cruzó el lateral del podio para ver cómo Kristine hacía señales al equipo de cámaras para que tomasen un primer plano de Juliet. Los micrófonos direccionales se inclinaron hacia ella.

— ¡Escuchadme todos!

La voz de Juliet atronó en el vestíbulo.

— Los Visitantes *no* son nuestros amigos. Han venido a saquear nuestro planeta y a matarnos a todos… *No* son humanos como pretenden.

Alargando rápidamente la mano agarró con fuerza un lado de la cara de John, desgarrando de un tirón su máscara humana. Maxwell sintió cómo Diana se envaraba bajo su sujeción, mientras jadeos de horror se alzaban por el atestado vestíbulo. La voz de Diana se elevó también, a pesar de la presión de la pistola.

— ¡Corten la transmisión! ¡Sala de control! ¡Apagón!

— ¡Cierra el pico, zorra!

Maxwell apretó brutalmente su pistola bajo el mentón de la alienígena, y vio cómo se rompía su máscara. Las brillantes escamas negro-verdosas aparecieron a través del agujero.

— Me gustaría matarte…

Confío en que Martin y Lorraine inutilicen esos transmisores en Nave Madre —pensó, mirando hacia el podio.

— ¡Miradle! —estaba diciendo Juliet, volviendo la cabeza de John hacia un lado para que todo el auditorio viese sus rasgos de ¡Nos están robando el agua! ¡Llevan a nuestros prisioneros a bordo sus naves! La resistencia les está combatiendo… Necesitamos vuestra ayuda…

Los golpeteos en la puerta cercana al padre Andrew se hicieron cada más fuertes, hasta que la puerta se estremeció visiblemente. Mientras la observaban, cayó hacia delante, irrumpiendo Steven, el oficial de seguridad Visitante, y una horda de soldados de asalto.

Mientras se tambaleaban a través de la abertura, Ruby, aún en su silla de ruedas, hizo a un lado el chal que tenía en su regazo y comenzó disparar con una metralleta. Los balazos de metal se incrustaron en los Visitantes y en la puerta metálica, y muchos cayeron. Los Visitantes retrocedieron, y Ruby, saltando de su silla de ruedas, echó a correr hacia ellos.

Apresuradamente, Maxwell empujó a Diana, poniéndola delante de él, justo en el momento en que Juliet, quitándose los zapatos de tacón alto, saltaba del podio. Sancho la agarró. Mientras corría tras ellos, Maxwell estuvo a punto de ser derribado por John, que corría entre bastidores, tratando vanamente de proteger de las cámaras sus rasgos reptilianos. Maxwell oyó la voz de Kristine Walsh gritar:

— ¡No os perdáis nada de todo esto!

Luego, Maxwell corrió detrás de los demás, dirigiéndose a gran velocidad a su asignada ruta de salida.

— ¡Seguid filmando! —gritó Kristine a su equipo—. ¡Esto es algo grande!

Los combatientes de la Resistencia corrían hacia las puertas y luego por el vestíbulo. Alguien agarró a Kristine por el brazo. Era Diana, que se cubría con una mano el lugar rasgado de su piel humana mientras daba una orden:

— Seguid en el aire, e informad a los telespectadores de que lo que han visto no es más que una falsificación de los terroristas.

Kristine se la quedó mirando, fascinada por el verdinegro trozo de escamas reptilianas que veía bajo la mano enmascarada de la alienígena. Diana alargó su extremidad y dio una bofetada en la cara de la humana, con unos movimientos rapidísimos.

— ¡Ahora, Kristine!

Obedientemente, Kristine Walsh se acercó a las cámaras y a los micrófonos.

— Damas y caballeros, lo que acaban de ver es un ataque terrorista a este hospital…

Vaciló durante largo rato.

— Por lo menos, eso es lo que los Visitantes me *ordenaron* que les dijera. Pero lo que han visto no es más que la verdad… Los combatientes de la resistencia tratan de liberar a nuestro planeta de esos alienígenas, que nos han mentido, nos han engañado, y ahora intentan *matarnos* a todos. Son unos *monstruos*, damas y caballeros, que intentan robara el planeta. ¡Acaban de contemplar cómo son realmente!

Por el rabillo del ojo, Kristine vio que Diana corría por el vestíbulo hasta un guardia y le arrancaba el arma de la mano. Habló aún más de prisa:

— ¡Se les debe combatir, damas y caballeros! Deben ser derrotados o nos exterminarán por completo… Uníos a quienes se resisten y.

El rayo de la pistola láser alcanzó a Kristine Walsh de lleno en el pecho, lanzándola hacia atrás cual a una muñeca inarticulada. Mientras caía, Kristine experimentó una breve e intensa satisfacción. Luego, ya no sintió nada.

Mike Donovan fue el primero en salir por el conducto del aire acondicionado hasta el tejado, para encontrarse frente al cañón del fusil de un Visitante. Un vehículo de patrulla estaba encima del Centro Médico, y varios soldados de asalto se hallaban a su lado, mientras otros combatientes trepaban al tejado y levantaban las manos. De repente, más soldados irrumpieron en el tejado procedentes de las escaleras. Steven, que iba al frente de los mismos, se detuvo al ver que los guerrilleros habían sido capturados.

El piloto con casco se asomó por el vehículo de patrulla e hizo un ademán a Steven.

— Informa a Diana de que los rebeldes han sido capturados y que los llevo a la Nave Madre.

Se podía captar un gran orgullo en la reverberación de la voz del alienígena.

Steven quedó obviamente apesadumbrado al no haber hecho personalmente la captura, pero, al fin, hizo señas a los soldados de asalto para que subiesen a bordo a los prisioneros.

— Informa a la Nave Madre de que envíen otra lanzadera al tejado para sacar al Comandante Supremo sin que nadie le vea.

— Al instante, señor.

Los soldados de choque empujaron a bordo a los luchadores de la resistencia. Lo hicieron en silencio, pues toda la belicosidad parecía haberles abandonado. El vehículo de patrulla despegó e hizo varias piruetas en señal de triunfo.

Gritos de alegría llenaron la nave Visitante. Los «soldados de choque» se quitaron los cascos, que revelaron a Bill Graham, Sal Robinson y otros varios combatientes de la resistencia. El piloto del aparato era Maggie. William se sentaba a su lado, sonriendo.

— ¡Hábil, muy hábil! —cacareó Caleb—. ¡William, viejo amigo, te debo otro favor!

— Te mereces un Oscar —comentó Maggie— por aparecer tan calmado mientras yo estaba sentada aquí apuntándole a la cabeza.

William pareció herido.

— Sólo quería ayudar —protestó.

— ¡Pues claro que si! —coreó Brad—. ¿Viste la cara que puso Steven?

Las risas, gritos de felicitaciones y palmadas en las espaldas se hicieron generales mientras la nave efectuaba unas cabriolas y se encaminaba hacia el cuartel general. Donovan tuvo que gritar para hacerse oír por encima de aquel tumulto.

— ¡Mierda!

Echó una mirada en torno a las ahora interrogativas caras.

— *¿Dónde está Julie?*

Acabó la fiesta casi en el mismo instante de empezar.

CAPÍTULO XXIV

El enorme vestíbulo del Centro Médico brillaba de relucientes vestidos y de los flashes de los miembros de la Prensa mientras John, el Comandante Supremo Visitante, sonreía cálidamente a su atenta y agradecida audiencia. Sus palabras levantaron ecos a través de la sala, que fueron captadas por los micrófonos de los periodistas arracimados en tomo al podio.

— …una probada, segura e indolora vacuna para una enfermedad que aflige a millones de personas… El cáncer…

Estruendosos aplausos recorrieron la sala. Las luces destellaron mientras los periodistas captaban el momento. John sonrió (una humilde y delicada sonrisa de buena voluntad y sinceridad).

— Gracias, damas y caballeros. Gracias… Gracias…

A medida que los aplausos se incrementaban hasta adquirir ensordecedoras proporciones, el Comandante Supremo asintió agradecido y descendió por las escaleras que había en un lado del podio.

— ¡Corten! —gritó una voz reverberante—. ¡Fuera aplausos!

La multitud dejó de aplaudir en seco.

— Estupendo —asintió Diana—. ¿Dónde está Eleanor Dupres? Ha llegado ya el momento de su intervención.

— Estoy aquí, Diana.

La mujer de cabello oscuro se colocó delante de las cámaras mientras los técnicos de maquillaje le daban los últimos toques.

— ¿Lista?

Eleanor asintió.

— Muy bien… Luces… Tres…, dos…, uno… ¡Acción!

Eleanor Dupres sonrió graciosamente a las cámaras.

— Damas y caballeros, lo que acaban de ver es la *auténtica* emisión dada por John, el Comandante Supremo, en la gala de anoche, aquí en el Centro Médico de Los Ángeles. Trágicamente, los terroristas pagaron la generosidad con desprecio y odio y realizaron una falsa emisión empleando materiales robados a varias emisoras de televisión locales Michael Donovan, el experiodista, fue uno de los responsables.

La graciosa sonrisa de Eleanor desapareció y su rostro asumió la expresión de una bien dominada, aunque conmovedora pena.

— Uno de los aspectos más trágicos de la falsificación de anoche lo constituyó el asesinato de Kristine Walsh, la portavoz de los Visitantes Los terroristas secuestraron a sangre fría a la periodista y filmaron su auténtico asesinato, haciendo aparecer a los Visitantes como responsables del mismo.

Titubeó, y luego continuó con gravedad.

— Estoy segura de que hablo en nombre de todos los amantes de la paz de este planeta cuando digo que los Visitantes nos han dado más de lo que nos hayan pedido nunca a nosotros. Y estoy

segura también de que se unirán a nosotros en nuestro dolor por el incalificable asesinato de una profesional de tanto talento como Kristine Walsh, muerta por los terroristas, a los que debemos desenmascarar y aplastar, si queremos que nuestro planeta recobre de nuevo la paz.

Titubeó durante un dramático segundo.

— Aquí, Eleanor Dupres, desde el Centro Médico de Los Angeles. Buenas noches…

— ¡Corten!

Eleanor sonrió tímidamente mientras Diana y Steven se aproximaban a ella.

— ¿Cómo ha quedado?

— Perfecto —repuso cálidamente Diana—. Excelente, Eleanor…

— Me alegro de que te haya complacido —respondió Eleanor, observando a los grupos de Visitantes vestidos como invitados humanos.

Desde donde se encontraba podía ver claramente las oscuras marcas de las armas Visitantes en las paredes del vestíbulo. Por todas partes se veían cascotes, excepto donde habían sido despejados para efectuar esta emisión. Eleanor sonrió a Steven mientras Diana se encaminaba para dirigir la operación de limpieza.

— ¿Crees que los telespectadores… se tragarán esta emisión?

— Ya tenemos mucha experiencia en este tipo de cosas —replicó Steven, sin mirarla—. Los humanos tienden a creer las cosas que desean creer, y es ciertamente mucho más agradable aceptar la versión sobre lo ocurrido anoche que hemos preparado hoy, ¿no estás de acuerdo?

— Naturalmente —replicó Eleanor, mirándole.

Había visto la ira de Diana ante lo que había denominado «inexcusable relajamiento» en las medidas de seguridad de Steven, y sabía que hoy no sería el mejor momento para aproximarse al Visitante. Pero con sus nuevas obligaciones, Steven había tenido menos tiempo para visitas sociales. Sería mejor hablarle ahora, mientras estuviese aquí, Eleanor se decidió.

— Deseo pedirte algo —le dijo, mirándole con una cálida sonrisa.

— ¿De qué se trata? —preguntó Steven, intentando hacer gala de su usual galantería, sin conseguirlo.

— En realidad, de dos cosas…

Titubeó.

— Dos favores.

— Sólo tienes que pedir, Eleanor —repuso, logrando en esta ocasión una mejor sonrisa.

Eleanor buscó en su bolso de noche.

— Ésta es una fotografía de mi nieto. Me gustaría que volviese. Ha sido… detenido. Me parece que se encuentra a bordo de la nave de Los Angeles.

Le tendió la foto. Steven la tomó, la contempló y asintió.

— Eso es muy fácil. Haré que lo busquen.

— Gracias, Steven.

Eleanor le miró de nuevo, pero en esta ocasión, de una forma más directa.

— Y, en segundo lugar, teniendo en cuenta que he realizado… una contribución más bien considerable a vuestro… movimiento…

— Si es cuestión de dinero…

— No, no se trata de dinero.
Eligió las palabras con cautela.
— Me gustaría servir de una forma más completa, por así decirlo…
— Quieres un cargo…
Eleanor quedó sorprendida ante su franqueza. Tratando de recuperarse, asintió.
— Bueno, sí, en cierto sentido, supongo que se trata de eso.
Él reflexionó.
— Claro que sí… ¿Te iría bien el de «Superportavoz del Mundo»?
— ¿El cargo de Kristine?
— Sí…
— Pues…, sí… Eso sería…
— Hecho. Es tuyo. Y ahora debo irme… Debo atender a una operación de seguridad.
Le tomó la mano, haciendo una protocolaria inclinación de cabeza.
— Buenos días, Eleanor.
— Buenos días, Steven.

Daniel Bernstein vio cómo Steven caminaba por la habitación, y no le pasó por alto la dura mirada de Diana al oficial de seguridad. Sonrió a la alta y atractiva joven, con uniforme de enfermera, que se hallaba a su lado.
— Diana desprecia realmente a Steven… He oído que John le comentaba a Diana que, de no haber sido por su genialidad de filmar la emisión de hoy, el movimiento clandestino se hubiese convertido en una auténtica amenaza para su misión.
— ¿John? —inquirió ella, levantando la mirada hacia él de una manera qué hizo a Daniel sentirse bastantes centímetros más alto—. Quieres decir…
— Claro que sí —replicó con desenvoltura—. He visto al Comandante Supremo esta mañana. Me ha felicitado por capturar a la líder de los rebeldes.
— ¿Hiciste *eso*?
La joven se acercó más, pendiente ahora de sus palabras.
— Fui yo el que disparó contra los neumáticos de la ambulancia anoche cuando Juliet Parrish trataba de escaparse. Diana ha declarado que su sola captura ha valido por todas las molestias de tener que filmar de nuevo la ceremonia de presentación para que la emitan esta noche.
— ¿Juliet Parrish? ¿El dirigente de los terroristas era en realidad una mujer?
— Sí… Una rubita… Realmente no es mi tipo, pues me gustan más…
Le sonrió ampliamente.
— En realidad, más como tú, cariño…
Ella bajó sus largas y oscuras pestañas ante su mirada, ruborizándose ligeramente.
— Eres un auténtico héroe. ¿Y has capturado a los terroristas sin ayuda?
— Sí. Tuve que matar a uno de ellos… Me han dicho que era un interno de aquí. Se llamaba King. Pero capturé a la jefa ilesa.
Movió la cabeza al recordarlo.
— Se hubiera alegrado si no la hubiesen capturado viva… Diana está de veras enfurecida a

causa de la incursión. Juliet Parrish constituye un auténtico incordio.

— ¿Y dónde está?

Miró en torno al vestíbulo, con los ojos muy abiertos.

— ¡Oh, anoche se la llevaron a la Nave Madre!

— ¿Y qué van a hacer con ella?

— No lo sé. Si yo fuese Diana, la obligaría a admitir que la emisión en directo que la gente vio anoche era un engaño.

— ¿De veras?

— Claro, muñeca. No serás tan tonta como para creer en toda esa porquería, ¿verdad?

La chica estaba indignada.

— Claro que no… Pero parecía tan *real*…

Y lo era, imbécil integral —pensó Daniel, mirando especulativamente el escote de su uniforme —. *Sería tan agradable llevarte allí*…

La mujer miró en torno de ella a los soldados de asalto que congregáis en uno de los vestíbulos.

— ¿Qué pasa?

— Cuestión de seguridad…

Daniel sonrió tolerante.

— ¿Por qué no me das tu número de teléfono, muñeca? Te llevaría esta noche a cenar a un sitio muy bonito…

— ¿De veras?

Su rostro se ensombreció.

— Pero no acabo el turno hasta casi la hora del toque de queda. Tal vez en mi día libre…

— ¡Eh…! —le sonrió—. No te preocupes lo más mínimo por el toque de queda. Es sólo para los civiles… Y tú saldrás con el segundo al mando de las Actividades Juveniles de los Visitantes, *a nivel mundial*…

— ¿Sí?

Daniel leyó admiración en sus ojos, aunque trataba de mostrarse fría.

— Bueno, Daniel, si te refieres a una cita, me interesa, pero si estás pensando en otra cosa, te prevengo que no soy de esa clase de chicas…

¿Estás segura, tesoro?, pensó Daniel cínicamente, aunque devolviéndole la sonrisa.

— Ya sé que no, Margaret… —protestó, al parecer herido—. No me digas que eres una de esas que creen que los hombres sólo piensan en una cosa…

— No…

La chica le miró de reojo, tratando de ocultar su sonrisa.

— Sólo quería aclarar eso antes de que empezásemos a salir…

Vas muy directa al grano, muñeca.

Daniel sonrió.

— Muy bien, Margaret… Lo tendré presente. ¿Esta noche, pues?

— Conforme…

La chica capituló con una sonrisa.

— Y llámame, Maggie. Odio eso de Margaret.

— Claro que sí, Maggie.

Brad Mclntyre miró a través de los prismáticos. Un hombre de pelo gris, sentado en cuclillas a la sombra de unos arbustos situados en mitad de la colina estaba vigilando el cuartel general de la Resistencia y le observaba con *sus* propios prismáticos.

— Mira esto, Sancho —le dijo, haciendo una señal al hombre—. Está claro que no se trata de un Visitante, aunque ya he visto a algunos que nos espían. Pero ése tiene pinta de *mendigo*.

— ¿Qué crees que deberíamos hacer con él? —preguntó Sancho—. ¿De dónde vendrá?

— No lo sé —respondió Brad—. Pero no podemos permitir que siga avanzando. ¿Opinas que puede ser alguien que desee unirse a nosotros?

— Desde luego no parece un futuro recluta —repuso Sancho, frunciendo el ceño—. Se asemeja más bien a uno de los capataces que tenía cuando trabajaba de recogedor. Le rompió la mandíbula a un muchacho porque éste hablaba mal de él a sus espaldas.

— Bueno… no va armado, o por lo menos eso me parece.

Sancho conectó su walkie-talkie.

— Aquí, patrulla de la colina. ¿Me oís?

— Aquí, cuartel general… Te oímos —respondió Caleb—. ¿Cuál es la clave de identificación?

— Tres-cuatro-dos nueve SB.

— Adelante…

— Hay un tipo en medio de la colina, que está observando la planta con ayuda de unos prismáticos. Este lugar se está volviendo muy concurrido como para estar tranquilos, ¿verdad?

— Lo estamos guardando todo tan de prisa como podemos.

La voz de Caleb adoptó un tono más personal.

— Pero será mejor que no trates de convencerme de que han sonsacado algo a Juliet.

— ¡Eh, tío…!

Sancho movió la cabeza.

— No hables nunca hasta haber estado allí… Esas serpientes pueden mostrarse muy persuasivas.

— No quiero pensar en eso —repuso Caleb—. ¿Y qué me dices de tu blanco? ¿Vas a capturar a ese tiparraco y traerlo aquí para que le interroguen?

— Sí, creo que eso sería lo mejor que podríamos hacer —respondió Sancho—. Ten dispuesto un comité de recepción, ¿de acuerdo?

— Cambio y cierro.

Sancho apagó su walkie-talkie con un suspiro. Brad le sonrió al ver su expresión.

— Caleb ha vuelto a ver esas películas de Audie Murphy en la selva.

— Sí…

Sancho siguió con la mirada a la silenciosa figura de la colina.

— Yo iré delante. Cúbreme.

Poniéndose en pie, tomó su arma y empezó a descender por la colina haciendo el menor ruido posible entre la recia hierba pardusca. Cuando se fue acercando al silencioso observador, anduvo

con más precauciones y en el más absoluto silencio. Cuando estuvo detrás del tipo, apuntó el arma a la cabeza del hombre y le dijo jocosamente:

— ¡Eh, amigo!, ¿buscas algo?

La cabeza color acero del hombre apenas se volvió para mirar los dos cañones de la escopeta. Sancho escuchó a Brad llegar detrás o él. Luego, el expolicía se puso delante de los prismáticos, impidiendo la visión del hombre. Éste, indiferentemente, alargó la mano e hizo a un lado a Mclntyre como si estuviese tomando el sol y Brad se lo tapase, su voz sonó como un archivador rodando sobre oxidado metal.

— Haz el favor de decirle a ese chicano que me quite esa escopeta de encima de la cabeza antes de que se la haga tragar…

Brad se quedó mirando, incrédulo, al hombre.

— Vaya boca que tienes, tío…

Sancho hizo unos movimientos con el arma.

— ¡Eh, *amigo*!, ¿por qué no se levanta y damos un paseíto? Estése mucho más callado o este chicano se va a divertir descargando los dos cañones en el *muy poco* cerebro que tiene.

— En menos de cinco segundos, vas a estar viendo las estrellas, grasoso…

Furioso, Sancho estaba a punto de agarrar al hombre cuando algo frío y duro le oprimió suavemente el oído izquierdo. Quedó rígido al escuchar una voz que decía:

— ¡Tírala!

Sancho bajó con cuidado la escopeta y luego la dejó caer por la falda de la colina.

— Y tú… —siguió la voz, esta vez dirigiéndose a Brad—. Dame esa «Smith & Wesson», con mucho cuidado…

Con exagerado ademán, Brad le entregó su pistola, por la culata, al hombre que estaba en el suelo, quien la tomó sin soltar los prismáticos.

— Mira esto, Chris —le dijo, desdeñoso—. Un callejón sin salida por delante y por detrás. Están en una tumba, y no en un campamento. Vaya puñado de idiotas…

Volvió a meter los prismáticos en la funda que le colgaba del cuello, levantó la escopeta de la hierba y se puso en pie.

Era de peso medio, de facciones huesudas e indistinguibles, excepción hecha de los ojos, que eran muy claros, de un brillante azul. Eran unos ojos que lo captaban todo sin reflejar nada.

— Muy bien, tiparraco. Tú y tu hombre *macho* podéis llevarnos ante vuestro jefe.

Caleb y varios más estaban aguardándoles en la entrada. Cuando vieron el cañón que se apretaba contra las sienes de Sancho, se hicieron a un lado, permitiendo la entrada a los cuatro. El hombre de pelo gris habló a Sancho cuando se encontraron a mitad de camino.

— ¿Tenéis una sala de operaciones?

Sombríamente, Sancho recuperó la voz.

— No te voy a decir nada…

— Chris —siguió el hombre.

El arma se acercó aún más a la oreja de Sancho, mientras el hombre la amartillaba.

— Os mostraré dónde está —se apresuró a decir Brad—. Todas estas bravatas no os servirán de nada. Por si no os habéis dado cuenta, os diré que os superamos de largo en número.

Manteniendo las manos en alto, empezó a subir por las escaleras y luego por el vestíbulo Sancho les siguió sintiendo la pistola cerca de su cabello. Detrás de ellos oyó a Caleb a Elias y a los demás. Brad se detuvo en el umbral de la sala principal de conferencias.

— Aquí…

Mike Donovan estaba sentado a una de las mesas, escribiendo en un bloc de notas. Alzó la mirada cuando habló Brad, y luego sus ojos se dirigieron al hombre de cabello gris que sostenía la escopeta. El cámara entrecerró los ojos.

— Bien, bien, bien… Me estaba preguntando cuándo apareceríais debajo de un depósito de municiones.

Los dos intrusos bajaron sus armas. Sancho se volvió y miró a quien le había captura. Chris era joven y fornido, y tenía el amistoso aspecto de un glotón.

— Eh, Gooder —dijo el hombre de cabello gris—. Hacía tiempo que no te veía…

— Se trata del apócope de *do-gooder*, o hazlo mejor. Es mi apodo… —explicó Donovan a los combatientes de la resistencia que se habían reunido en el pasillo, observándolos inseguros—. Lo hizo volar, yo lo filmé y los compañeros que regresaron a casa lo odiaron por ello. Nos conocimos en Laos, en El Salvador, en cualquier parte. Os presento a Ham Tyler, maestro en operaciones encubiertas, en comunicaciones y en malas relaciones. Si el mundo no estuviese podrido, ya se habría muerto de hambre.

— Si el mundo no estuviese podrido, todo lo que tendrías que cubrir serían exposiciones de rosas, Gooder —repitió Tyler con lo que, evidentemente, consideraba una sonrisa. Carecía de todo encanto—. Éste es mi socio, Chris Faber.

Hizo una pequeña pausa.

— Estáis perdidos…

Hizo un ademán hacia el resto de los combatientes de la Resistencia.

— Vamos, chicos. Tenemos que hablar un poco…

Caleb, Elias, Robert Maxwell y los demás entraron en la estancia, evitando con cautela a Chris Faber, que aún empuñaba la «Magnum 357», aunque ahora la apuntaba hacia el suelo.

Ham Tyler se sentó en una de las desvencijadas sillas y miró en torno a la habitación con una sonrisa de desprecio. Movió la cabeza, suspiró y empezó a hablar.

— Gooder, has reunido aquí a unos tipejos con un poco de músculo y crees tener a Dios de tu parte. Pero sólo vas a conseguir que le apiolen. Ha llegado el momento de que dejes todo esto en manos de profesionales.

Donovan se inclinó hacia atrás en su asiento, y su voz reflejó profundo sarcasmo.

— Esto sí que me resulta familiar. Si hubiera que poner al mundo epitafio, habría de ser de ese estilo.

— No he venido aquí para pelearme contigo, Donovan —ladró Tyler—. tenemos tiempo. Lo que te estoy diciendo es que he conseguido poner en marcha una red mundial y que, a partir de ahora, tendréis que hacer lo que os diga.

— ¡Mierda! —estalló Brad—. ¿Y quién diablos te crees que eres?

— ¡Cierra el pico!

Ham le fulminó con la mirada, y Brad la mantuvo al principio, pero luego la bajó.

— Tuvisteis suerte anoche y conseguisteis una bonita proeza. Pero sin un mando profesional no seréis más que carne en espera de ser asada. Estamos organizados y tenemos un plan, además de nuevas municiones que van a partir en dos a esos condenados lagartos. Depende ahora de ti: o permaneces independiente y te borrarán del mapa, o te unes a nuestra red y ayudas a destrozar y expulsar de este planeta a esos escamosos bastardos.

Un murmullo de voces llenó la estancia, cuando todo el mundo comenzó a hablar a la vez. Tyler permaneció sentado en silencio hasta que Brad, con mirada desdeñosa, consiguió decir la última palabra:

— Creo que podemos echarles a patadas y dejarles unos murados en el culo, que les recuerden que han de ser más corteses la próxima vez. Ya habéis escuchado a Donovan: este tipo es un mercenario. El matar gente le divierte. ¿Cómo es que no trabaja para Diana?

Con el movimiento de un leopardo al ataque, Tyler se levantó del asiento y agarró a Brad por el cuello. Faber amartilló su pistola, mientras seguía aún apoyado negligentemente contra el marco de la puerta.

— ¡Bastardo! —exclamó Tyler, con su cara casi rozando la de Brad—. ¡No digas eso nunca más!

— ¡Basta ya, Ham! —exclamó Donovan.

Luego, mientras el otro regresaba a su asiento, movió la cabeza hacia Brad.

— Es un tiparraco, pero también *humano*. Créeme, es demasiado ruin pervertido como para que Diana pueda convertirlo…

Tyler asintió, mostrando los dientes en lo que pretendía ser una sonrisa.

— Tiene razón. Escuchadme. A Donovan no le gustan mis bravatas, pero os podrá decir que sé lo que me hago.

— Lo que te diré, Tyler, es esto…

Mike cruzó la estancia y permaneció junto al otro hombre, con expresión pétrea.

— Y será mejor que lo comprendas, o lo explicaré en unos términos ni tú los pasarás por alto.

Sus ojos sostuvieron con determinación la mirada de aquellos otros Pálido.

— Quítanos de encima tus condenadas manos. Ni siquiera nos *toques* la próxima vez. Estas personas no son unos asesinos entrenados, como tú y tu mantecoso esbirro, pero ellos…, nosotros…, hemos hecho más contra esos monos de los Visitantes que cualquier otro grupo de por aquí. Tampoco somos unos guerrilleros profesionales, pero constituimos una unidad y, hasta ahora, hemos metido mucho más ruido que tú.

Tyler asintió a desgana.

— Sí. Lo que vuestros compañeros hicieron en aquel hospital no estuvo nada mal…

— Sabían de nuestra existencia y que estábamos aquí. Pero, ¿dónde se encuentra esa supuesta red? —le desafió Elias.

— Sabéis condenadamente bien que ellos conocen nuestra posición. En realidad, planean una incursión sobre esta basura de un momento a otro —replicó Ham.

Pero resultaba obvio que, lentamente, iba perdiendo terreno…

Donovan se volvió para enfrentarse con los otros.

— Muy bien… Es un asesino profesional. Pero sabe mucho de organización. Estábamos

buscando una oportunidad de unirnos a otros grupos de resistencia, a la red. Yo digo que nos ofrece lo que deseamos, por lo cual deberíamos mostrarnos de acuerdo en aceptar su ayuda…

— ¿Y eso cómo sería, Gooder?

Donovan se volvió hacia él:

— Juliet Parrish, nuestra jefa, fue capturada anoche durante la incursión. Queremos que vuelva. Necesitamos que regrese…

Ham asintió.

— De acuerdo. La red hará todo lo posible por liberarla.

Ofreció su mano a Donovan, que titubeó. En el vestíbulo sonaron unos rápidos pasos. El padre Andrew cruzó la puerta, jadeando.

— Ruby acaba de llamar a casa de los Bernstein desde el trabajo, y Stanley ha venido a advertinos. Los lagartos están ya de camino. Tenemos que salir de aquí…

— Habla sólo en tu nombre —le respondió Ham calmosamente—. Ya perfilaremos después los términos de nuestra asociación. Será mejor que os pongáis en marcha ahora mismo, muchachos. Como un gesto de buena fe, Chris y yo cubriremos vuestra retirada. Tengo un par de ideas para dar una pequeña fiesta en este vertedero…

— ¡Muy bien! ¡Sacad las cosas y cargadlas en los camiones! ¡En diez minutos, no más! *¡Moveos!* —gritó Donovan.

La habitación se vació.

— ¿Cómo estás de explosivos? —le preguntó Ham.

Donovan pensó durante un momento.

— No tenemos demasiados. Algunas granadas, un poco de dinamita. De momento, carecemos de explosivos plásticos.

— ¿Detonadores?

— Sí.

— Muy bien, pues tráelos aquí. Chris y yo tenemos un poco de material afuera.

— ¿Y dónde está él?

— Se ha marchado a buscarlo, junto con nuestra artillería pesada.

— Muy bien…

Mike avanzaba ya hacia la puerta.

Un minuto después estaba de vuelta, con una caja de madera llena de explosivos.

— Esto es todo lo que tenemos.

— Muy bien… Gooder… Saca a tu gente de aquí.

Donovan asintió, dejó la caja y se esfumó. Tyler y Faber le oyeron dirigir la salida del equipo de laboratorio. Ham hizo un ademán a Chris.

— Está bien, con eso podremos controlar aquel lado. Ve a colocar las cargas. Te cubriré…

Sostuvo la metralleta que Faber le había tendido.

— ¿Has puesto aquí cargas «Teflon»?

— Por supuesto…

— Muy bien… Vamos…

— Lo comprobé con Sam cuando regresé al coche. Diez minutos no serán suficientes —

replicó Faber mientras almacenaba metódicamente granadas en un receptáculo de cartón.

— Se lo diré.

Tyler encontró a Donovan en el vestíbulo, mirando por la ventana cómo se alejaba la camioneta, con la red de camuflaje y las ramas aún puestas.

— Ahí va el equipo de laboratorio —comentó.

— Chris ha comprobado ya la posición de la patrulla de esas serpientes. Debéis salir ahora mismo.

Donovan dirigió al hombre de más edad una apremiante mirada.

— Vaya…

Levantando las manos y la voz, llamó la atención de todos.

— ¡Calma…! ¡Escuchad!

Obedientemente, se enlentecieron las frenéticas carreras. Tyler les habló:

— Tenéis una vía de escape a través del sistema de alcantarillas. Mal Planeado, amigos, pero ya aprenderéis… Largaos por ahí ahora mismo, todo lo que podáis llevaros.

— Está bien, ya le habéis oído. ¡Moveos! —les gritó Donovan.

— ¿Habéis recogido todas las municiones? —preguntó Ham poco después, cuando todos se hallaban en el umbral, y Faber observaba cómo los combatientes se esparcían por las alcantarillas.

— ¡Los que tengan linternas, que permanezcan con los que no las tengan…! —les gritó Donovan antes de volverse hacia Tyler—. El lanzagranadas está en el piso de arriba, cerca de donde nos hallábamos antes.

También hay un pequeño lanzacohetes. Me parece que aún quedan una o dos granadas.

— Está bien, Gooder. Ya nos arreglaremos aquí. Sal ahora mismo Tu gente va a necesitarte. ¿Tenéis preparado un agujero donde esconderos?

— Sí…

— ¿Lo conoce Juliet Parrish?

El dolor ensombreció durante un segundo la mirada de Donovan.

— En realidad, no; lo elegimos esta mañana. Supusimos, que tendríamos que trasladarnos a un lugar más seguro. Pero Julie no ha hablado…

— Por supuesto… ¡Sal pitando Gooder!

Donovan se volvió, con la linterna en la mano, y corrió hacia las alcantarillas.

Tyler se volvió a su vez hacia donde estaba Faber.

— ¿Recuerdas lo que hicimos en aquella armería, de Afganistán?

Faber asintió.

— La misma técnica.

— Adelante…

Minutos después les llegó el ruido de los vehículos de patrulla, y Ham, echando un vistazo por la ventana, vio varios uniformes del SWAT mezclados con los rojos.

— ¿Ya está? —preguntó a Faber, que estaba comprobando las paredes del corredor del segundo piso, con una caja de granadas en la mano. Sus pisadas resonaron en el piso de abajo.

Chris asintió, colocando cuidadosamente las granadas.

— Éste es el sitio.

— Llévate algunas granadas por si han bloqueado las ventanas de atrás y las tenemos que despejar.

Asintiendo, Faber se llevó las granadas y desapareció en el oscuro corredor. Tyler instaló el bazuca, asegurándose de que lo hacía lo bastante lejos de las granadas; luego arrastró unos colchones del dormitorio, los puso como protección detrás del lanzagranadas, y él se colocó ante el arma.

Segundos después, el extremo del corredor se llenó de soldados de asalto Visitantes. Apuntando con cuidado, Tyler disparó hacia las granadas, colocándose luego detrás de su protección. Se produjo una sorda detonación y luego se oyó un fuerte golpe, a causa del aire desplazado cuando la caja de granadas —colocada bajo las vigas de apoyo principales de aquel lado de la estructura— se volatilizó. Todo el extremo occidental de la antigua planta se inclinó, derrumbándose sobre los soldados y llevándose también la mayor parte del suelo.

Cascotes en llamas habían prendido los colchones; Tyler se arrastró y logró ponerse a salvo. Observó complacido, el resultado de su acción. Los uniformes rojos se amontonaban entre los cascotes; por doquier se veían brazos y piernas retorcidos en extrañas posturas, como alfileres en un acerico. Desde donde se encontraba, en la dudosa solidez de lo que quedaba del segundo piso, pudo ver la negro-verdusca piel de los reptiles bajo la carne humana.

— ¡Qué despilfarro más estúpido! —comentó Ham, sonriendo feliz—. Nos podríamos haber hecho unas estupendas maletas…

CAPÍTULO XXV

La camioneta del servicio de alimentación de Harmony Moore rebotaba tan violentamente sobre la antigua y polvorienta carretera, que la mujer pensó, inquieta, en el queroseno del horno de la parte trasera. Se vio obligada a disminuir la marcha, diciéndose a sí misma que nada podía haberles sucedido a los demás en la hora que llevaba fuera.

Regresaba de los nuevos cuarteles generales para recoger otra carga de suministros, la mayor parte de los productos de laboratorio y medicinas que precisaban de la refrigeración proporcionada por la pequeña nevera que llevaba en la trasera de su camioneta, especialmente equipado. El nuevo escondrijo estaba en el otro extremo de la ciudad, en un plató de cine abandonado en una desierta extensión de campo.

Bruscamente, Harmy hizo girar el volante a la derecha para evitar un bache particularmente peligroso, y luego torció con fuerza a la izquierda, para bajar por la colina. La senda estaba marcada por la hierba que había aplastado el tráfico del día. Con alivio, vio a Elias, Brad, Donovan y Caleb sentados en la trasera de una furgoneta en mitad del campo. El negro agujero de la cloaca se abría en la alcantarilla de cemento cerca de ellos. Harmy se estremeció, al recordar la pesadilla que supuso arrastrarse por aquellas cloacas, asida de la mano de Caleb, mientras éste buscaba unos inseguros puntos de apoyo, a la luz cada vez más mortecina de la linterna.

Cuando se había producido la explosión zarandeando todo el subterráneo, y la linterna se le cayó de la mano a Taylor, tuvieron que seguir su camino en la oscuridad. Harmy tendría pesadillas al recordar cómo habían logrado escapar. No le gustaba la oscuridad…

Mientras detenía el vehículo, Donovan saltó de la trasera de la Urgoneta para reunirse con ella.

— ¿Todo va bien en el rancho?

— El padre Andrew está haciendo todo lo posible para organizar aquel lugar. Robin no parece estar muy bien, se ve como desorientada. Ya sabes cómo se ha mostrado últimamente.

— Sí…

Harmy echó una mirada a la zona.

— ¿Qué hay que llevarse?

— Sólo a Willie. Está sentado en el camión. Ha perdido sus gafas oscuras, y dice que el sol le resulta demasiado brillante. ¿Te importaría llevártelo al nuevo cuartel general?

— Pues…

Harmony titubeó.

— No me encuentro con ánimos de hacerlo yo. Es mi tercer viaje y estoy algo cansada.

— ¡Oh, claro…! No existe el menor problema… A Elias o a Brad no les importará conducir la camioneta.

— Gracias, Mike.

Minutos después, William estaba sentado en la trasera de la camioneta de Harmy, con las manos esposadas a la cocina. Cuando Harmony le observó miraba, descorazonado, hacia arriba. Mordiéndose los labios, vaciló, pero luego rodeó la cabina del camión.

— ¿Mike?, Creo que haré el viaje atrás, para hacer compañía a Willie.

— ¡No faltaba más! —respondió él, poniendo en marcha la camioneta—. Ya tengo bastantes cosas en que pensar para mantenerme ocupado.

Rápidamente, Harmy dio la vuelta al vehículo y trepó en la parte de atrás. Apenas se había sentado y sujetado, el camión se movió, dio la vuelta y comenzó a subir por la colina. Los saltos se notaban aún más en la parte de atrás.

William estaba contemplándola, pero cuando Harmy se volvió hacia él, apartó en seguida la mirada. La mujer titubeó, pero luego le sonrió.

— Hola, Willie…

Él se la quedó mirando, desconcertado, agradecido y cauteloso a la vez.

— Hola, Harmony. Me alegra mucho verte a salvo.

— ¿Tienes hambre? Tengo muchas cosas aquí. Verdura…, queso… Puedes comer queso, ¿verdad?

— No estoy muy seguro —replicó William—, pero, de todos modos, no tengo hambre. Gracias por tu interés.

— Es lo menos que puedo hacer —respondió la mujer—. Lamento que hayan de mantenerte esposado. Debe de ser muy incómodo.

— No es tan malo… —replicó Willie—. Comprendo por qué lo hacen…

Titubeó y luego la miró de reojo, con expresión desconcertada.

— Harmy, ¿por qué te muestras tan agradable conmigo?

— Me gustas, Willie —le respondió con suavidad, mirándole directamente a los ojos—. Aún somos amigos, ¿verdad?

— ¡Pero ya has visto mi auténtico aspecto!

Era evidente la vergüenza que sentía.

— Viste… mi mano… Mi espalda…

Respiró hondo.

— La cara de John.

— Sí, es verdad… —replicó lentamente Harmy—. No sois lo que se dice muy guapos…, por lo menos a nuestros ojos. Pero supongo que también nosotros os parecimos feos al principio, ¿no es así?

Willie quedó visiblemente desconcertado.

— Bueno…, pues sí. Naturalmente, vosotros no habéis hecho más que enseñarnos vuestras auténticas caras.

Titubeó.

— Eres una clase diferente de persona, Harmony. Ningún otro humano me ha tratado nunca con tanta… despreocupación… ¿Es ésa la palabra apropiada?

La mujer le sonrió cariñosamente.

— No lo sé. ¿Qué tratas de decir?

— Que la mayoría de la gente ha marcado unas diferencias, ahora que saben cómo soy realmente debajo de esta cobertura.

Se tocó su suave cara sin arrugas.

— Mas para ti no es así. Eso no te preocupa.

— Creo que la palabra más adecuada sería decir que soy «tolerante», Willie.

— Tolerante… Gracias…

— Verás, si quieres que te diga la verdad, incluso antes de que lo supiera, estaba enamorada de ti no por tu aspecto, Willie.

Le sonrió.

— En realidad, no hay demasiadas personas buenas por ahí, para que me preocupe porque tu apariencia sea distinta. La vida es demasiado corta para eso.

Él se la quedó mirando, y luego, lentamente, alargó la mano y tocó la de la mujer.

— Gracias, Harmony. Siempre recordaré esas palabras, pase lo que pase.

Sonrió tímidamente.

— Incluso entre mi propia gente no soy lo que pudieras llamar un oto…

La mujer frunció el ceño, intrigada. Luego prorrumpió en carcajadas.

— Tonto… Será *zorro*. Has estado oyendo a Robin y a Polly, ¿verdad?

— Escucho, porque todos vosotros me gustáis. Lo que quiero es ayudar…

— Lo sé —respondió ella con cariño, acercándose más a él.

Se recostó contra Willie, protegiéndose de los saltos que daba el camión.

Los de la Resistencia necesitaron todo un día para desempaquetar y colocar todas las cosas en los nuevos cuarteles generales del abandonado plató de cine. Dado que la mayor parte de los edificios sólo conservaban la fachada, reservaron el viejo *saloon* del Oeste como cuartel general. Bill Graham, el amigo de Caleb, encontró dos antiguos remolques veteranos de muchos trabajos de construcción. Los rebeldes emplearon uno de estos vehículos como laboratorio, y el otro, para guardar las municiones. Fiel a su palabra, Ham Tyler les proporcionó las armas y municiones que resultaban más eficaces contra los Visitantes.

Cal Robinson, Robert Maxwell y Harmony Moore empezaron a trabajar en el laboratorio, analizando muestras en busca de cualquier prueba biológica que les llevase a crear un arma contra los Visitantes. Se vieron frenados en sus esfuerzos por su carencia de conejillos de Indias visitantes, puesto que las sustancias de prueba en la sangre de William *no* eran lo mismo. Determinados reptiles terrestres mostraban algunas de las características de los alienígenas, por lo que los científicos pudieron utilizarlos para algunos experimentos. Se trataba de un trabajo lento y descorazonador, especialmente para Maxwell, que trabajaba en una especialidad ajena a la suya, intentando recordar temas que no había estudiado desde su licenciatura, hacía ya dieciocho años.

El antropólogo también debía luchar contra la abrumadora depresión que le amenazaba cada vez que veía a su hija. Robin estaba cada vez más encerrada en sí misma. Varias semanas después de la captura de Juliet, la muchacha intentó suicidarse, pero sólo consiguió hacerse unos someros e inexpertos cortes en las muñecas antes de que Polly, alarmada al encontrar cerrada la puerta de la habitación de la muchacha, avisara a su padre. Tras el incidente, no volvieron a dejar sola a Robin. No hizo más intentos, pero permanecía sentada en silencio la mayor parte del tiempo, contemplando el vacío. Tenían que animarla para que comiese.

Los Maxwell no eran los únicos combatientes que debían luchar contra la depresión. La mayor parte del tiempo, Mike Donovan estaba demasiado atareado como para percatarse de cuán desanimado estaba; pero cuando tenía unos minutos para sí mismo, los pasaba preguntándose por

qué no se quitaba aquel peso de encima, puesto que pensaba que nadie podría sobrevivir bajo aquella carga. Triste y enfurecido a causa de la muerte de Kristine Walsh, atormentado por su culpabilidad respecto a la captura de Juliet, Mike debía luchar contra su tendencia a la acción —cualquier acción—, y en vez de ello tenía que limitarse a esperar. Nunca había tenido demasiada paciencia, pero durante los largos días que siguieron a la captura de Juliet estuvo aprendiendo. Odiaba cada momento de inactividad, pero seguía, pese a ello, aprendiendo.

En ausencia de Juliet, Donovan había asumido *de facto* la jefatura del grupo y, al hacerlo, el respeto que sentía por la joven se había acrecentado. En su breve parrafada acerca de las presiones del liderazgo, Juliet no las había enumerado todas.

Por ejemplo, ya sólo el hecho de vigilar la adquisición y distribución de suministros y no sólo armas y municiones, representaba un gran trabajo. La gente tenía que comer, bañarse, lavar la ropa… El propio Donovan había sido objeto de toda clase de críticas y burlas un día después de la incursión de los Visitantes a la planta de saneamiento, cuando se descubrió que no había incluido el papel higiénico en su lista de compras.

¡Y luego estaban las finanzas! Cuando Mike desenterró los registros de Juliet sobre ingresos y compras, quedó consternado al ver aquellas columnas de cifras, los miles de cuentas bancarias y de talonarios de cheques bajo unas falsas identidades cuidadosamente establecidas. El dirigir un movimiento de Resistencia salía *caro*, aunque cierto número de combatientes, como, por ejemplo, Elias, entregasen al movimiento todos sus ingresos, motivo por el cual siempre se encontraban al borde de la insolvencia. Las contribuciones de personas como los Bernstein servían de ayuda, pero los gastos representaban una incesante sangría. A Donovan nunca le habían gustado los números. Sus pesadillas sobre Sean empezaron a alternarse con sudorosos y frenéticos sueños en los que se veía agazapado sobre los libros de contabilidad, percatándose de que el movimiento estaba predestinado al fracaso por falta de dinero.

Pero las peores noches eran aquellas en que soñaba en Juliet. No había tenido más noticias de ella que los retazos que Maggie Blodgett había sonsacado a Daniel Bernstein, hasta el día en que Donovan llevó a Ham Tyler para que conociese a Martin en la cita que tenía concertada con éste.

Tyler recogió a Donovan en un coche patrulla de la Policía de Los Angeles. Vestía uniforme de policía y, mientras Donovan miraba por la ventanilla, el hombre de más edad empujó hacia él otro uniforme.

— Éste, Gooder… Te irá bien. Hay que moverse. No vamos a tenerte todo el tiempo esperando como un imbécil.

Cuando dieron la vuelta hacia la polvorienta carretera que conducía al cuartel general clandestino, Donovan examinó su disfraz. Lo de los uniformes era una buena idea, pues facilitarían la circulación por ahí.

— ¿Dónde has conseguido el coche y los uniformes?

— Tengo mis propias fuentes, Gooder —le respondió Ham—. Recuerda que ya estaba en este negocio cuando tú aún llevabas pañales.

— ¿De veras? —respondió Donovan, con una media sonrisa—. No tenía idea de que estuvieses tan cerca de la jubilación. ¿O es verdad que los viejos asesinos nunca mueren, que están tan acostumbrados a la muerte que simplemente, desaparecen un buen día cuando ya no tienen a nadie

más que borrar del mapa?

Las manos de Tyler apretaron con más fuerza el volante.

— Eres un bastardo de mierda, te voy a…

El coche se desvió en el preciso instante en que Donovan gritaba:

— *¡Mira*! ¡Allí hay otro!

Tyler detuvo el coche, y ambos hombres salieron para mirar hacia arriba. Otra enorme nave estaba virando con ligereza para colocarse en posición sobre la Nave Madre, un artefacto aún más grande que el original.

— ¿De dónde demonios ha salido eso? —musitó Tyler.

— De Sirio, probablemente —replicó Donovan—. ¡Dios mío, esa cosa cubre por completo este *condado…*!

— Es aún más grande. Lo único que nos faltaba; tener que combatir aún a más de esos escamosos bastardos.

— Con dos de esas losas bloqueando el sol, pronto no quedará ni un árbol en pie en todo el condado…

Donovan abrió con fuerza la puerta del vehículo patrulla y subió al mismo. Pasó el resto del trayecto silencioso, mirándose los zapatos.

Tras aparcar el vehículo a varias manzanas de distancia del punto de cita, los dos hombres empezaron a andar, como si patrullasen por la calle, introduciéndose luego en un aparcamiento subterráneo. Viniendo de la luz del sol, al meterse en el subterráneo el mundo se les disolvió en retazos de gris y negro. Permanecieron un momento parpadeando, percibiendo el acre olor a gasolina y humos de los tubos de escape. Ham miró escéptico en torno a aquella oscuridad de hormigón.

— Muy bien, Gooder. ¿Dónde está tu amigo lagarto?

— Ha hecho más por nosotros que tú, Ham —dijo, ceñudo, Donovan—. Por tanto, no vuelvas a hablar así. Vendrá.

— Es agradable comprobar que algunas personas de este mundo son tan confiadas…

Aguardaron un cuarto de hora; de repente, un arrastrar de pisadas sobresaltó a los hombres. Martin salió de entre las sombras.

— Hola, Mike.

— ¡Jesús…! Apareces igual que un caimán de los pantanos, que se desliza a tu lado sin hacer el menor ruido…

Ham miró, furibundo, al Visitante.

Donovan le dirigió una exasperada mirada.

— Martin… esta… persona se ha unido a nosotros, no me gusta, pero deseo confiar en él, al menos para esta guerra en particular. Te pido que hagas lo mismo.

— Yo confío en ti, Donovan. Y eso es suficiente para mí.

— Muy bien, pues. Te presento a Ham Tyler. Dirige la rama estadounidense de una red de resistencia a nivel mundial con la que coopera nuestro grupo. Tyler, éste es Martin.

Al observar el rostro del hombre de más edad, Donovan sintió con claridad su disgusto. Donovan sintió una chispa de auténtica diversión, la primera en muchos días.

— ¿Hay noticias de Juliet? —le preguntó, poniéndose serio.

Martin adoptó también una expresión grave.

— Aún no se ha derrumbado, pero lo hará. Diana la convertirá o la matará. Nunca la he visto tan decidida.

Donovan comenzó a jurar por lo bajo, golpeando impotente un puño contra su mano.

— ¡Tenemos que liberarla!

— ¿Ha hablado? —preguntó Tyler.

— Que yo sepa, no —contestó Martin—. Tiene una gran voluntad, y ha mostrado sorprendentes innovaciones para sortear los métodos de Diana.

— Si no habló, ¿cómo pudieron encontrar el cuartel general en la planta de saneamiento? —quiso saber Ham.

— Pascal, el falsificador. Diana le torturó, y entonces habló. Lo trajeron consigo durante el ataque y, cuando se produjo la explosión, lo mataron, al no tener a nadie más.

— ¡Lástima! —repuso Mike—. Ese tipo era un auténtico artista en su especialidad.

Miró hacia su cerrado puño.

— Martin, debes ayudarnos a liberar a Juliet.

— Está guardada bajo unas condiciones de seguridad tan estrictas, que no he podido ni hablar con ella. Es imposible, Mike.

— Pero si tú y los demás quintacolumnistas ayudáis…

— Somos demasiado pocos, y ellos muchísimos. Resultaría increíblemente peligroso para nosotros.

Ham dio un rápido paso hacia delante, balanceándose sobre las puntas de los pies, mientras miraba, enfurecido, al Visitante.

— ¡Eh, escamoso, ya has escuchado a mi amigo, y tienes que hacer lo que dice! Si no lo haces, te envolveré en tu piel humana y te serviré a nuestros compañeros como un entremés exótico. ¿Me has entendido?

Martin contempló a Tyler durante largo rato y luego dirigió una dubitativa mirada a Donovan.

— Este hombre no se parece a los otros humanos que he conocido.

Mike apartó la mirada, encogiéndose de hombros.

— Lo sé. Afortunadamente, la selección de la especie mantiene su número dentro de un mínimo.

Luego se quedó mirando durante un rato a Martin.

— Lo que te he dicho acerca de los demás incluye también a Martin. No lo olvides.

Ham asintió, encogiéndose a su vez de hombros.

— Muy bien, muy bien… No seas tan condenadamente susceptible, Gooder…

Se volvió a Martin.

— ¿Qué noticias hay de la otra nave que ha aparcado sobre la vuestra?

— La Comandante Suprema Pamela va en esa nave. Diana estaba hablando precisamente con ella poco antes de irme yo. Ésa es la razón de mi retraso. Sólo lleva un día dentro del sistema terrestre, y su primera visita ha sido para John, en la nave de Nueva York. El Líder desea que el plan se acelere. Ha traído unos ingenieros especialmente adiestrados y técnicos para un nuevo

proyecto.

— ¿Y qué clase de proyecto especial es ése?

— Aún desconozco los detalles, pero ha dicho que si tienen éxito podrán agotar en menos de un mes los suministros de agua dulce del sur de California.

— ¡Dios nos valga! —exclamó Ham—. ¿Es posible eso?

— Ya conocía a la Comandante Suprema. Y no acostumbra hacer promesas que no pueda cumplir.

El tono de Martin sonó lúgubre.

— Pamela es famosa por su habilidad técnica y militar. A su manera, puede resultar aún más peligrosa que Diana. Las dos se profesan escaso afecto. Pamela considera a Diana una corrompida, según creo. No comparte la… afición de Diana por las formas más esotéricas sobre cómo conseguir y mantener el poder. Pamela, por ejemplo, es partidaria de una ocupación militar directa, y se opone al plan de Diana de las conversaciones y la subversión.

— ¿Una hembra? —preguntó Tyler escépticamente—. ¿Como jefe militar?

— ¡Oh, basta ya, Ham!

Donovan le fulminó con la mirada.

— Nunca sabrás lo asno que llegas a parecer cuando haces comentarios como ésos…

Martin pareció intrigado.

— Pero las mujeres también asumen posiciones de poder en vuestro mundo, ¿no es verdad?

— Probablemente no tantas como debieran —replicó Donovan—. Ham tiene problemas en su trato con personas de otras razas, sexos, colores…, llámalo como quieras. Además…

Se detuvo como si se le hubiese ocurrido una idea.

— No existe ninguna razón respecto a que la forma humana, masculina o femenina que vemos en su exterior, indique que el Visitante pertenezca a un sexo u otro, ¿no te parece? Vosotros podéis conseguir que una persona se parezca a cualquiera, ¿no crees? Martin, ¿qué sexo es el tuyo?

— Soy varón —replicó el Visitante, sonriendo—. Pero tienes razón, Donovan. La mayoría de nosotros elige el mismo sexo aparente que el que tiene en realidad, pero hay excepciones. Sin embargo, Pamela —y esto lo digo en honor de Ham— es hembra.

— Esto me da una idea —replicó Donovan—. Ya hemos hablado respecto a la posibilidad de asesinar a Diana. Y ahora nos dices que no se lleva muy bien con la tal Pamela. ¿No habría algún modo de planear el asesinato de Diana, que, aunque no saliera bien, la desacreditara aún más a los ojos de Pamela?

— No lo sé. Pamela dijo que estaba decepcionada porque Diana aún no hubiese conseguido borrar del mapa a las organizaciones clandestinas. Diana quedó en extremo desconcertada.

— Eso es lo que necesitamos…

Donovan mostró excitación.

— Pero necesitamos a algún voluntario para esa misión. Alguien que pueda entrar en la Nave Madre.

— Eso sería imposible. Se han establecido unas comprobaciones especiales de las pautas de la voz. Ahí radica una parte del problema de la liberación de Juliet.

— ¡Maldita sea! —exclamó Mike—. He pensado que tal vez, puesto que vosotros sois tan

buenos con eso de las máscaras de plástico, podemos disfrazar a alguien para hacerlo pasar por unos de los ayudantes de Diana y lograr que se acercase a ella. Si pudiese matar a Diana, estupendo… Pero, en caso contrario, tal vez se pudiera apoderar de Pamela. Una brecha en el servicio de seguridad permitiría liberar a Juliet, hasta montar una misión de rescate, empleando nuestras máscaras para hacernos pasar por Visitantes de los que no pudiera dudarse…

— Cualquiera que fuese tras Diana, probablemente no saldría de allí —replicó Ham—. Pero tu idea acerca de las máscaras es muy buena.

Donovan asintió.

— Probablemente se trataría de una misión suicida —admitió—, pero estaría dispuesto a arriesgarme. Cualquier cosa es mejor que seguir sentados aquí, tratando de sumar la misma columna y obtener la misma respuesta dos veces.

— Pero tú eres necesario, Mike —le dijo Martin.

— No tanto como Juliet…

— Os olvidáis de la comprobación de la voz —replicó el oficial Visitante—. Pero creo que la idea tiene sus posibilidades…

Brian levantó la mirada, sorprendido por la foto que Steven le había tendido.

— Pero si sólo es un niño… ¿Por qué quieres localizarle?

— A requerimiento de una persona de alto rango —le respondió indirectamente Steven—. No estoy autorizado para divulgar la fuente.

— ¿Cómo se llama? Si supiese el nombre, lo buscaría en el ordenador. El hacerlo sólo sobre la base de una identificación visual resultará muy difícil.

— No lo sé —mintió Steven. Luego, cuando Brian se lo quedó mirando con mal disimulada curiosidad, su tono se volvió brusco—. Simplemente, quiero que le encuentres. Valiéndote de tu división, haz un registro a fondo de la nave e infórmame luego. Según ciertas fuentes, trajeron al muchacho a la nave de Los Angeles.

Brian asintió lentamente.

— Como diga, señor. Ya sabe que puede confiar en mí. Le he servido eficientemente durante largo tiempo. ¿Por qué quiere a *ese* chico, cuando hay centenares de ellos a bordo de la Nave Madre?

— Digamos, simplemente, que se trata de un pequeño… regalo… para Diana.

— Bien, señor. Le informaré en cuanto le localice. ¿Tengo que revivirle?

— Sí, hazlo.

Steven asintió y se alejó, dejando a Brian contemplando especulativamente la fotografía del muchacho, de ojos color avellana y cabello castaño.

Una estridente música de rock salía de casa de los Bernstein rompiendo salvajemente la paz nocturna. Sin embargo, los vecinos de los Bernstein no se quejaban. Sabían a lo que se exponían si lo hicieran.

Daniel Bernstein rió por lo bajo antes de beberse los restos de una botella de «Chivas». Maggie Blodgett estaba sentada en el suelo cerca de él, riéndose, aparentemente achispada; pero un observador astuto, mirando sus ojos, podría haber advertido que la joven se encontraba sobria.

Pero Daniel no era un observador astuto; en realidad, el término «ciego» le cuadraría mucho más.

— ¡Maldita sea!

Alzó la botella y observó su fondo.

— Está completamente fiambre…

Levantó la mirada hacia Lynn y Stanley, rígidamente sentados en el sofá. Lynn trabajaba sin orden ni concierto en el estambre de un cuadro, y Stanley leía un libro, abierto en su regazo.

— ¡Eh, madre! ¡He dicho que esta botella está vacía! ¿Es que no me has oído?

Lynn dirigió una dubitativa mirada a su marido, y luego, en silencio, se dirigió al armario de las bebidas y regresó con un botellín de «Black Velvet».

— Me temo que esto es todo lo que nos queda, Daniel.

— ¡Mierda! No podemos beber esa porquería.

Daniel frunció el ceño, asaltado por la duda.

— ¿Y qué ha pasado con el «Chivas» que traje el otro día?

— Se ha acabado, Daniel —habló Stanley, por primera vez en varias horas—. Te lo has bebido.

El más joven de los Bernstein miró furibundo a su padre.

— ¡Mierda y mierda! Apuesto a que te lo has bebido tú… Te gusta todo lo que consigo, papá… Admítelo; me envidias. He conseguido todo aquello que nunca has tenido: poder, dinero…

Sonrió a Maggie.

— Y una mujer bonita para hacer todo lo que quiera…

Stanley se ruborizó intensamente. Lynn Bernstein se apresuró a abrir la botella de whisky.

— Aquí tienes, Daniel.

El joven sonrió caballerosamente.

— Maggie primero…

Con cuidado, Maggie se sirvió una pequeña dosis en su vaso y luego tendió la botella a Daniel.

— ¡Vaya chavala! —exclamó Daniel, al tiempo que se llevaba la botella a los labios.

Después de tomar un buen trago, se volvió hacia la joven.

— No es nada más que envidia. Me envidian, y por eso me tratan como basura. *Siempre* me han tratado como basura…

Herida, Lynn protestó:

— Eso no es *cierto*, Daniel…

— ¡Basura! —repitió Daniel—. ¡Pero ya no soy basura! ¡Coméis gracias a mí! ¡Y tenéis un techo gracias a mí! ¡Y estáis vivos gracias a mí!

Stanley lo miró como si lo viera desde muy lejos.

— También estamos hartos de ti…

Enfurecido, Daniel aferró su arma alienígena.

— ¡Pedo viejo! Te voy a…

Se calló cuando Maggie le tomó la cara entre las manos, volviéndola para que la mirase.

— *Daniel*… —le dijo cariñosamente—, ¿por qué hablas con tus padres cuando podrías hacerlo *conmigo*?

Hundiendo los dedos en su recio y oscuro cabello, lo atrajo más hacia ella, y le besó con la

boca abierta.

Olvidando su ira, Daniel se dejó llevar. Torpemente, sus dedos encontraron los botones de la blusa de la mujer, y luego la firme suavidad de sus pechos. Ella forcejeó un momento debajo de él, hasta que Daniel advirtió que le hacía daño con la pistola. Se la quitó, junto con el uniforme. Jadeando —tan excitado que apenas podía contenerse—, tiró de los tejanos de la chica. Sólo cuando la hubo penetrado, empujando triunfalmente y sentía que aquel estremecimiento de satisfacción presagiaba que, a pesar del licor, aquello iba a ser fácil *¡rápido, oh, Jesús!*, se acordó de sus padres.

Beodo, Daniel se apartó de la boca de Maggie, encontrando una dosis extra de satisfacción ante la idea de que le estuvieran observando… pero Lynn y Stanley ya se habían marchado.

Juliet estaba de cuclillas en un rincón de su celda, desnuda, con las manos magulladas y cubiertas de sangre en los lugares en que se había mordido. Había descubierto que el dolor era la única forma de anclarse en la realidad ante los horrores que Diana había conseguido suscitar en su propia mente.

Dobló la cabeza contra las rodillas, tratando de recordar el resto de los versos que había estado recitando. Siempre le había gustado la poesía, y recordar aquellos versos tan amados había demostrado ser una especie de diversión que le impedía pensar. No podía permitirse pensar demasiado. Ésta era una de las armas primarias del interrogador: las pavorosas previsiones del sujeto respecto a cómo sería la siguiente sesión.

¿Y qué poema había estado recitando? Ante su horror, no pudo recordarlo. La única cosa que llenaba su mente era el retazo de un poema —no podía recordar el título— de Tennyson:

¡Oh, amor, ellos mueren en tu rico cielo!
Desfallecen en la colina, o en el campo, o en el río.
Nuestros ecos ruedan de alma en alma,
y crecen para siempre, para siempre.
Suena, conecta, suena, haz volar los salvajes ecos.
Y responden los ecos, responden, muriendo, muriendo, muriendo…

Gimoteando, Juliet trató de distraerse con algo que no estuviese tan relacionado con su hogar, pero su mente era un remolino, que daba vueltas y vueltas, y los versos resonaban en sus oídos: *muriendo, muriendo, ecos muriendo, muriendo, muriendo, muriendo…* Rodó de atrás adelante, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

De repente, la puerta de la celda se abrió y dos guardianes penetraron en ella. Diana se colocó detrás de ellos.

Intentó permanecer firme, pero su voz la traicionó y se echó hacia atrás.

— No…, no… Por favor… Por favor… ¡No!

Sonriendo, los guardianes avanzaron hacia ella. La aferraron brutalmente por las axilas. Las piernas de Juliet se arrastraron penosamente a lo largo de las metálicas rejillas mientras la sacaban.

— ¡No! ¡No! ¡Otra vez, no! *No puedo…*

Diana observó a aquella pequeña figura rubia que se tambaleaba, intentando liberarse de los guardianes y forcejeando. Mientras los guardias desaparecían por una esquina, los gritos de protesta degeneraron en ininteligibles gemidos.

Diana sonrió.

CAPÍTULO XXVI

Brian esperó mientras los técnicos del laboratorio enjugaban el gel en suspensión del rostro del niño. El muchacho parpadeó, tosió y luego empezó a temblar violentamente. Uno de los técnicos le puso una manta, mientras el otro le administraba una inyección.

Al cabo de unos minutos cesaron los temblores del chiquillo y sus ojos se abrieron por completo. Tosió de nuevo y Brian le dio unas palmaditas en la espalda.

— ¿Estás bien?

El muchacho asintió débilmente, mirando a su alrededor.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó Brian.

El susurro del muchacho fue ronco y trabajoso:

— Sean.

Tosió de nuevo:

— Sean Donovan.

Brian parpadeó, y luego, una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

— Steven… Maldito bastardo… —susurró para sí—. En realidad, es un buen regalo para Diana…

Diana observó cómo Juliet Parrish se retorcía y jadeaba en la transparente cámara cilíndrica de conversión. Cables y electrodos monitorizaban y dirigían las fantasías que los técnicos estaban implantando en aquella mente humana. Las manos de Juliet estaban atadas a los costados, para que no pudiese mordérselas. Diana lanzó una rápida ojeada a los monitores.

— Estupendo, estupendo —comentó en voz baja—. Tal vez haya llegado el instante de lograrlo. Creí que necesitaría otra noche, pero en este momento…

Inclinándose, habló por un micrófono:

— ¿Juliet? Juliet, escúchame. Soy Diana. Deseo ayudarte, Juliet. Permíteme ayudarte desde aquí. Dame la mano, Juliet.

— No…

Diana observó cómo las fantasías se hacían cada vez más y más reales. El técnico que se hallaba a su lado, hizo un ademán de advertencia.

— No creo que su corazón resista mucho más.

— Sigue adelante —le dijo, inexorable, Diana—. Suéltale los brazos…

Diana prosiguió:

— ¿Juliet? Juliet, escúchame. Permíteme ayudarte. Alarga los brazos hacia mí y conseguiré sacarte de aquí. Ya no tendrás que huir más Tiéndeme la mano… ¡Juliet!

— Nnnn… —aulló Julie, retorciéndose—. Va a atraparme… ¡Socorro! ¡Oh, Dios mío, por favor! ¡Socorro! Diana…, ¡Diana! ¡Socorro!

— Alarga los brazos hacia mí… ¡Dame la mano, Juliet!

Lentamente, la mano izquierda de la mujer empezó a levantarse.

— ¡Aquí está, Diana! ¡Sácame de aquí!

— ¡Eso es! Hemos conseguido obtener un movimiento del hemisferio derecho del cerebro… ¡Sacadla de ahí!

Apresuradamente, los técnicos libraron a la mujer de su envoltura vítrea.

— ¿Significa eso que ha acabado? —le preguntó el técnico que estaba al lado de Diana.

— No… —respondió la segunda al mando, sopesando las palabras—, pero supone un logro importante…

El intercomunicador de la pared comenzó a hablar:

— Diana, aquí la sección de seguridad del atracadero. Nos informan de que Mike Donovan ha sido capturado y que lo van a subir a bordo.

— ¡Donovan!

Diana apenas pudo contener su alegría.

— ¡Dos en un solo día! ¡Que lo traigan inmediatamente…!

Luego dijo a los técnicos:

— Esto será una valiosa ayuda. Para sembrar la desconfianza en sus anteriores compañeros he usado a Donovan como protagonista en el proceso de conversión, tranformándole en una de las figuras amenazadoras en las secuencias de violación y violencia. Podría ser en extremo interesante observar sus reacciones frente a él. Me dará algo con que calibrar sus progresos.

Momentos después, la puerta del laboratorio se abrió y penetraron dos soldados de asalto que escoltaron a Mike Donovan hasta la habitación.

— ¡Qué alegría verle de nuevo, Mr. Donovan! —exclamó Diana.

Luego hizo una seña a su ayudante.

— Me alegro que pueda unirse a nosotros para hacer una visita, Mr. Donovan —prosiguió Diana—. Juliet estará muy contenta de verle… quizá…

Hizo una indicación a los dos soldados de asalto para que le pusiesen más cerca de Juliet, a la que uno de los técnicos sacaba de la cámara de conversión. Diana dio un paso hacia él, volviéndose a medias para ver la cara de Juliet.

— Juliet —le dijo—, saluda a…

Mostrando una inesperada y violenta fuerza, Donovan hizo de repente a un lado a los dos soldados de asalto y como salida de la nada apareció en su mano una pistola Visitante. El zumbido pulsátil de la carga reverberó en torno al laboratorio. Diana dio un salto, esquivando por muy poco el disparo y arrastrando al suelo con ella a Juliet. Oyó un estampido y vio a su ayudante derrumbarse sobre el escritorio, con el torso totalmente chamuscado.

En aquel momento se armó un verdadero pandemonio cuando los soldados de asalto dispararon contra Donovan, quien se agachó y les atrapó en un fuego cruzado. Uno de los técnicos asió un fusil, lanzando una descarga contra Donovan, que se derrumbó en el suelo. El técnico, demudado, bajó el fusil, mientras Diana se ponía en pie.

Se acercó a la figura caída y la tanteó con un pie. No hubo respuesta.

— Está muerto —manifestó—. ¡Maldita sea…!

— ¿Mike?

Por primera vez, Juliet mostró una reacción.

— ¿Mike?

Se arrastró a gatas hacia la caída figura.

— *¡No! ¡Mike! ¡No!*

— ¡Sacadla de aquí —ordenó Diana, enojada— y traed un equipo para que ordene todo esto!

Observó a los técnicos que se llevaban a rastras a la sollozante mujer en dirección a la puerta.

— Tal vez no hayamos llegado tan lejos como creía —comentó, a nadie en particular.

Una hora después, mientras Diana trabajaba en su oficina-laboratorio personal, la señal de la puerta empezó a destellar.

— ¿Identificación? —preguntó Diana.

— Pamela —replicó la señal.

Maldiciendo por lo bajo, Diana abrió la puerta y dio paso a su oficial superior. Apenas pudo simular una sonrisa como respuesta a la que aparecía en el rostro de Pamela. La apariencia externa de la Comandanta Suprema era la de una mujer hermosa y fuerte, de unos treinta y cinco años.

— Hace un momento he estado hablando con Jake, de Seguridad Interna —explicó Pamela—. No sabía que tuviésemos problemas a bordo de nuestras naves.

— ¿Problemas internos de seguridad?

Diana dejó a un lado su instrumento de escritura.

— No tengo noticia de ninguno. Mantengo una rígida disciplina y la vigilancia de costumbre.

— ¿Sí?

Las cejas arqueadas de Pamela se alzaron aún más.

¡Oh, querida! Esto es demasiado desagradable. Tal vez sería mejor que lo discutiéramos, Diana…

La Visitante de cabello oscuro se puso lentamente en pie.

— Si te refieres a lo sucedido esta mañana…

— Jake me ha contado lo del intento de asesinato…

— Sí, en realidad hubiera impuesto un castigo a los soldados qUe demostraron ser tan negligentes, pero ya están muertos —explicó Diana en tono de profunda lamentación—. Pero un intento de asesinato por parte de los combatientes de la resistencia humana apenas cabe calificarlo de problema de seguridad interna.

— Estoy completamente de acuerdo. Sin embargo, se han producido otros hechos que merecen ser tomados en consideración. Me preocupa que, a la luz de este incidente… haya otros intentos… Y eso no puede permitirse…

— Por supuesto que no —replicó envarada, Diana—. Pero te aseguro que tengo el control total de esta nave, y que soy perfectamente capaz de mantenerlo.

— ¿Estás segura? —replicó Pamela, con un matiz acerado en el aterciopelado tono de su voz —. Creo que será mejor que vengas conmigo, Diana…

— ¿Adónde?

— Al depósito de cadáveres. He de mostrarte algo que creo encontrarás muy… esclarecedor…

Cuando Diana y Pamela abrieron la puerta del depósito de cadáveres, Steven alzó la mirada para saludarlas, de pie, al lado de Martin. Entre los oficiales yacía una figura cubierta.

Fue Pamela la que habló:

— Martin, lo mejor será que muestres a Diana lo que has descubierto.

— Sí, Comandante Suprema —replicó Martin.

Con una rápida mirada de disculpa a Diana, levantó el cobertor, revelando el cadáver de Mike Donovan. Introdujo la mano en la boca del cadáver y sacó una larga lengua reptiliana.

— La identificación final está aún pendiente —explicó.

Diana abrió los ojos de par en par y se le estiró el cabello en la cresta, escondida bajo el cuero cabelludo y peluca humanos, parcialmente elevados.

— ¡Uno de mi propio pueblo!

Encolerizada, empezó a maldecir como un carretero, mientras su auténtica lengua chascaba al articular los siseos sibilantes de su idioma materno. La piel de las comisuras de su boca se abrió y mostró aberturas, dejándole las mandíbulas desencajadas, a la vez que los colmillos vestigiales le castañeteaban salvajemente. Abalanzándose sobre el cadáver, comenzó a rajarle la cara con las uñas, exponiendo las escamas reptilianas y la cresta debajo de la piel.

Un fuerte golpe asestado por la Comandante Suprema en la cabeza la hizo tambalearse.

— ¡Domínate, Diana! —exclamó Pamela—. ¡Es una orden! ¡Cúbrete inmediatamente la cara!

Estremecida de furia y ocultándose parcialmente la desgarrada cara con las manos, Diana salió de la habitación.

Más tarde, aquel mismo día, los cuatro oficiales Visitantes mantuvieron una reunión directiva. El rostro de Diana había sido reparado, y una helada calma había sustituido a la desatada furia que había mostrado hacía un rato.

— La Quinta Columna… —empezó a decir Steven con voz calmada—. He recibido también informes de otras naves, pero ésta es la primera acción que se ha producido a bordo de uno de ellos. Se está extendiendo a través de la flota. Todas las naves informan de incidentes.

— En *mi* nave no —replicó Diana entre dientes—. No hay Quinta Columna a bordo de *mi* nave.

Martin tomó la palabra:

— Si se me permite, me gustaría sugerir que llevemos a los prisioneros importantes a los Cuarteles generales de Seguridad de la Tierra, hasta que estemos convencidos de la seguridad de la nave. Creo que sería lo más conveniente.

— Tiene razón —intervino Steven—. Mientras esta nave esté contaminada por la Quinta Columna, seremos vulnerables. Tenemos a Juliet Parrish, uno de los dirigentes más importantes de la resistencia. No podemos permitirnos el lujo de perderla.

— Estoy de acuerdo —asintió Pamela.

— Sí —convino Diana—. Haré cumplir inmediatamente la sugerencia de Martin. Deseo que se la traslade esta noche.

— Muy bien —respondió Steven, haciendo una seña a Martin con la mirada.

Los dos oficiales salieron, dejando a Diana y a Pamela en la mesa de conferencias.

Pamela jugueteó con una tablilla de informes.

— He dado órdenes de que se aumente la seguridad. Lo pondré en mi informe.

— Ésta es mi nave…

Diana levantó la mirada.

— Soy yo la que da las órdenes en mi nave.

— Diana…

Pamela adoptó un aire paciente, lo cual motivó que el otro oficial Visitante se sintiese rabioso.

— Tu nave es sólo una más de mi escuadrón. Te has olvidado de mi rango.

Diana dio unos golpecitos en la mesa y luego sonrió:

— Tal vez yo no tenga tu rango, Pamela, pero represento los intereses especiales del Líder. Y eso, en muchos casos, está por encima del rango.

Pamela adoptó una suave expresión de pesar.

— Yo no confiaría tanto en tus relaciones con el Líder, Diana. Las comunicaciones, según sabes, pueden ser bastante difíciles. En realidad, corrían rumores de que pensaba en una nueva consorte cuando salí. No me entrevisté con ella, pero, según todos los informes, es maravillosa. Y algo mayor que tú…, más mudada, con mejor pauta…

— ¡No te creo!

— Diana, entregar sexo a cambio de favores es algo tan antiguo como la ambición, pero la mayoría de la gente llega a descubrir que el sexo es un cimiento demasiado frágil para soportar el peso de una ambición, tan extendida como la vuestra. Cuando uno goza del favor, mucha gente se percata de lo rápidamente que se queda uno insatisfecho con cada logro.

Diana levantó el mentón.

— No sabía que carecieses de ambición, Pamela.

— Eso se debe a que mi ambición siempre ha corrido pareja con mis auténticas habilidades.

Sonrió de nuevo.

— Deberías dedicar un momento a considerar, querida, que tu… amante… te ha mandado a quintillones de kilómetros lejos del hogar. Difícilmente cabe considerarlo de otra forma que como una indicación de que no soporta verte…

Sonriendo amablemente ante el desconsuelo de Diana, Pamela salió de la estancia.

Mike Donovan llamó con fuerza en la puerta de una de las habitaciones del antiguo *saloon*.

— Entra —dijo Ruby Engels.

Donovan lo hizo y se encontró con que aquella mujer de edad se estaba aplicando el maquillaje de limpieza. Ham Tyler estaba sentado a su lado.

— Estamos dispuestos para salir —dijo Donovan—. Ya he preparado las armas. Confío en que funcionen las municiones «Teflon».

— Si los tuyos son tan buenos tiradores como dices, funcionarán a la perfección —replicó Ham, observando cómo Ruby se ponía una buena cantidad de colorete en las mejillas.

— No tienes por qué hacerlo, Ruby —le dijo Mike—. Estás corriendo un terrible riesgo por nosotros, y no creas que no lo sé.

Ruby se lo quedó mirando durante un momento.

— Si tienes otra idea acerca de cómo conseguir que Juliet regrese, dímela y me quedaré en casa haciendo punto.

La mirada de Mike aguantó la de la mujer durante largos segundos, pero luego se desvió.

— Ruby…

— Es una auténtica actriz, Gooder. Algo que no acabas de comprender del todo —explicó

Tyler—. Yo solía emplear a esta dama en Polonia. Bajo todo ese maquillaje se esconde puro acero.

Hurgó en una bolsa a sus pies.

— Tengo un par de regalos para ti, Ruby. Toma…

Le tendió una cachiporra, un punzón en una vaina de cuero y un walkie-talkie. Sacando el punzón, la miró interrogativamente con sus pálidos ojos.

— ¿Ya sabes dónde apuntar a esos caimanes?

Ruby asintió.

— Creo que sí.

Se tocó la garganta, los ojos y un lado de la cabeza, exactamente debajo del oído.

— Eso es —respondió Ham aprobadoramente—, y si no llevan esa condenada armadura, exactamente entre los omóplatos es el lugar ideal si disparas por la espalda.

— Como digas —repuso Ruby.

— Y cuando te haga la señal —dio unos golpecitos en el walkie-talkie—, desconectas la electricidad. Nada perturba a una fuerza combatiente con mayor rapidez que el que se vaya la luz. Estaremos aguardando, y avanzaremos en el mismo instante en que lleves a cabo tu acción. Luego has de salir a toda velocidad, ¿de acuerdo?

— Exacto —afirmó Ruby.

— Toda esta operación depende por completo de lo que tú hagas, querida.

— ¡Al fin de protagonista! —sonrió Ruby—. Mi papel no era tan bueno cuando hice de niñera en *Romeo y Julieta*.

Donovan le tendió la mano.

— Apresúrate, Ruby. Si esto funciona, Juliet sabrá lo que has arriesgado por su seguridad; yo mismo se lo diré. Tienes más agallas que cualquiera de nosotros, dama mía…

— ¡*Shpilkes*!

Agitó un dedo debajo de su nariz con sus mejores modales de mamá yiddish.

— Ya me he enterado, Donovan, de que te has presentado voluntario para que te capturen en el momento de atentar contra la vida de Diana. Hacemos lo que tenemos que hacer, esto es todo…

— Está bien…

Titubeó y luego, torpemente, la abrazó, procurando no estropearle maquillaje.

— Ten cuidado, ¿de acuerdo?

— Sé cuidar de mí misma —replicó Ruby—. Lo que tienes que procurar es que todos los de la fuerza de asalto cumplan con su papel…

El cuartel general de los Visitantes estaba iluminado como un barrio comercial en plenas compras de Navidad. Ham Tyler miró a través de la cerca electrificada hacia la distante mansión, en donde ondeaba en un mástil de la parte delantera una enorme bandera Visitante, y luego hacia la pista de aterrizaje que estaba al lado, lo cual le recordó Francia durante la guerra. Soldados de asalto con armadura hacían guardia en un enorme pórtico. Varios oficiales pululaban por allí, obviamente apresurados, lanzando miradas de vez en cuando a la gran nave que pendía sobre sus cabezas.

Ham bajó sus prismáticos y habló a los otros.

— Están esperando el vehículo de patrulla. Trae prisioneros importantes y aparecerá de un momento a otro, lo cual se deduce de su forma de comportarse. Tendremos que estirar un poco las piernas…

Lentamente, la fuerza de ataque reunió sus armas, mientras Tyler vigilaba la cerca electrificada. Puso en funcionamiento el walkie-talkie.

— ¿Ruby?

— Estoy aquí —les llegó la apagada respuesta.

— ¿Qué me dices de la electricidad de la cerca?

— Estoy en las instalaciones eléctricas del sótano. Puedo desconectarlas durante un minuto, pero no más. Tienen un monitor en el punto de comprobación, delante de la puerta, y si la guardia lo observa mientras la corriente está desenchufada, estamos listos…

— Muy bien.

Haciendo una indicación a Elias, le tendió unas pesadas tenazas, reservándose otras para sí.

Conectó de nuevo el walkie-talkie:

— Estamos preparados. Ya…

Con toda rapidez, los dos hombres abrieron un agujero en la cerca. En cuanto cortaron el último cable, Ham conectó otra vez el walkie-talkie.

— Da la corriente, Ruby.

Caleb, Elias, Sancho, Maggie, Donovan, Chris y los demás se agruparon para escuchar las últimas instrucciones de Tyler.

— Muy bien. Uno a uno, a través del agujero, menos tú, Gooder. ¿Ya tienes preparada la camioneta?

Donovan asintió.

— Cuando se apaguen las luces irrumpiré por las puertas.

— Eso es. Haz *volar* la furgoneta; no tenemos mucho tiempo.

Se volvió hacia los demás.

— ¿He de recordaros que si tocáis el cable al pasar por el agujero, os convertiréis en patatas fritas?

Se levantó un murmullo general de asentimiento.

— Está bien —continuó Tyler—. Estupendo; dirigios allí, esparcíos y, cuando dispare el primer tiro, tomadlo como la señal para eliminar a todos los lagartos que podáis hasta que se apaguen las luces. Luego agarrad a uno de los prisioneros y reuniros al borde de la pista de aterrizaje más cercana a la puerta. ¿Alguna pregunta?

No las hubo. Con cautela, la fuerza de asalto se arrastró debajo de la cerca, esparciéndose en la noche. Tyler fue el último en pasar.

Minutos después se agazapó entre las sombras, a unos setenta metros de distancia del gran voladizo de hormigón en la parte delantera del cuartel general. Aunque algunos coches estaban aparcados en los bordes, la parte central se hallaba vacía, formando una pista de aterrizaje para el avión Visitante.

Escudriñó con cautela la oscuridad que le rodeaba, pero no captó ningún movimiento que les

traicionase. O la gente de Donovan era tan buena como afirmaban, o se habían perdido en la oscuridad. No había forma de estar seguro.

De pronto se oyó un grito procedente de los guardias Visitantes delante del cuartel general, y las hileras de tropas de asalto se apresuraron a ocupar sus lugares. Por encima, una mancha de luz brilló en la parte inferior de la Nave Madre, para luego, rápidamente, eclipsarse cuando el comparativamente pequeño vehículo de patrulla se deslizó por la rampa de lanzamiento, evolucionando hacia tierra sin el menor esfuerzo.

Muy bien, ya estamos dispuestos —pensó Ham, observando en plan de pruebas a través del estrellado punto de mira de su «M-16».

Segundos después, el vehículo de patrulla se dirigió silencioso hacia tierra, reflejando apagadamente el chorro de luces de la mansión. La portilla se abrió y salieron por ella Diana y Steven, seguidos por algunos de los prisioneros humanos con vidriosa expresión, escoltados por los soldados de asalto. Entre los primeros se encontraba Juliet Parrish. Martin iba a su lado. Mientras Tyler observaba, la rubia tropezó, y el oficial Visitante avanzó con rapidez para asirla por el brazo.

Ésta es la señal —pensó Ham, apuntando cuidadosamente.

Cuando apretó el gatillo, Martin se inclinó, aferrándose la pierna y arrastrando a Juliet consigo.

Sonó una andanada de disparos. Algunos guardias Visitantes empezaron a caer, y otros respondieron al fuego disparando a la oscuridad. Ham buscó rápidamente a Diana, pero no la vio.

¡Maldita perra escamosa, qué vida se pega…!

Pero siguió disparando. Cuando parecía que los guardias Visitantes se reagrupaban de nuevo, oprimió el botón del walkie-talkie.

— Muy bien, Ruby… ¡Ya puedes volar la instalación eléctrica!

Escuchó la débil explosión desde la sala de mandos del sótano, y las luces se apagaron. Tyler oyó el estallido de la puerta principal en el instante en que Donovan penetraba a través de la misma con el camión, para dirigirse al punto de cita.

Aislados disparos se oyeron a través de la noche en el momento en que Ham echó a correr por la pista de aterrizaje, deteniéndose en su camino para asir del brazo a un anciano de mirada vidriosa. (Sólo después, cuando Tyler *miró* en realidad al hombre, se percató de que había rescatado al alcalde de Los Ángeles.) Llevando a su tambaleante presa al lado, se encaminó hacia el camión, identificando su situación sólo por el sonido, pues seguramente Donovan no deseaba brindar a los Visitantes un blanco visual y, por ello, no había encendido los faros.

Al llegar al vehículo, deslizó su carga en la trasera del camión, viendo la rubia cabeza de Juliet Parrish, precipitándose a continuación en la cabina, al lado de Mike. El aire se llenó de la pulsación de las armas Visitantes. Donovan rodeó el camión, aceleró y salió a toda velocidad. Maggie y Elias, que aún colgaban de los raíles laterales, fueron rápidamente arrastrados a bordo por sus amigos rebeldes.

Tyler hizo una mueca de dolor cuando el camión rebotó al atravesar la puerta de guardia por el costado donde él se encontraba.

— ¿La hemos liberado? —gritó Donovan por encima del ruido del motor.

— Todo ha resultado tan suave como la seda, Gooder. Tu gente lo ha hecho muy bien.

Mirando por encima del periodista, Tyler captó el alivio que expresaba el rostro de Donovan, que resultó palpable incluso entre aquel apagado tono verde de las luces del salpicadero.

— ¿No te parece que deberías encender los faros? —le preguntó tímidamente.

— ¡Oh, sí…!

Donovan se apresuró a encender los faros del camión, mientras el pesado vehículo rociaba a lo largo de una carretera secundaria.

Ham sonrió.

— Ya que has conseguido adiestrar a ese montón de personas, reconocerás que todavía quedan algunos cabos sueltos, ¿no te parece?

— Mientras viva y respire, *el Sobornador* será un estudiante de la naturaleza humana. ¿Cuándo te decidirás a hacerte un psicoanálisis?

— Has de saber que cualquier agente que se haya dedicado a este negocio veinticinco años, debe ser un tipo muy observador. Si no lo eres, sobre todo de las personas, puede decirse que estás muerto.

— No acabo de situarte, Ham. A veces estás a punto de convertirte en un ser humano, pero luego sales de pronto con esa mierda racista, reaccionaria, de fanático, en suma, en mayores proporciones de lo que nunca haya visto, y me despistas de nuevo. ¿A qué se debe?

— Supongo que se trata, simplemente, de talento natural.

Ham percibió la rigidez de su propia voz, y Donovan tampoco la pasó por alto.

— ¿A qué le estás dando vueltas en la cabeza?

— Me preocupa Ruby.

— ¿Por qué? Si las cosas salen de acuerdo con lo planeado, no la relacionarán nunca con todo este follón. A fin de cuentas, trabajaba en el turno de noche para dejar limpio este lugar para los jefazos. Tenía pleno derecho a encontrarse allí.

— Lo sé, pero aún así me preocupa. Todo lo demás ha salido tan bien, pues no ha habido ni una sola baja, que no descansaré hasta saber que Ruby está también a salvo.

— Sí, ya sé a qué te refieres.

Ruby Engels avanzó con cautela a través del oscuro sótano, iluminándose con una linterna que había escondido en el cubo de la limpieza, junto con los explosivos plásticos y los detonadores. Ahora el cubo estaba vacío. Lo llevaba en la otra mano, pues no podía permitirse dejar ninguna prueba que permitiese identificar al saboteador.

Estaba ya al pie de los escalones del sótano, cuando la puerta se abrió con violencia y se encontró atrapada en el rayo de luz de una potente linterna de mano. Daniel Bernstein apareció en la parte superior de la escalera. Ruby pegó un salto, dejando caer el cubo y la linterna.

— ¡Vaya, muchacho, qué susto me has dado!

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Ruby cojeó penosamente hacia las escaleras.

— Estaba limpiando en el vestíbulo principal, cuando se apagaron las luces. Me perdí, y antes de saber qué pasaba, me caí por esas escaleras. Casi me he roto el tobillo.

— Estás mintiendo —replicó Daniel, empezando a bajar por las escaleras—. Vi una luz de linterna por ahí. ¿Dónde la has escondido?

Ruby sintió pegajosos los sobacos mientras se esforzaba en no mirar hacia la linterna, a la que había dado una patada y escondido debajo de un recipiente de limpieza.

— No sé de qué hablas, muchacho… ¿Puedes echarme una mano para subir por esas escaleras? Ha sido una suerte que no me haya roto la pierna, ésa es la pura verdad…

— ¿No te conozco?

El joven arrojó el brillante haz de su potente linterna sobre el rostro de la mujer.

— Me pareces familiar…

Ruby cacareó con el toque justo de indecente familiaridad.

— ¿Conocerme? Cariño, sólo desearía que me hubieses conocido hace treinta años. No te he visto nunca. Me acordaría de un chico tan guapo como tú…

— No…

A la luz de la linterna, sus ojos se estrecharon.

— Yo sí te conozco…

Alargó la mano y la agarró por los hombros, sacudiéndola con fuerza.

— ¿Quién eres?

Mientras extendía la mano, agarró y ladeó la deshilachada peluca color platino que Ruby llevaba. Daniel afianzó entonces la mano y le arrancó la peluca, dejando al descubierto el recio cabello blanco de Ruby.

— ¡Ya sé! —graznó—. Ruby Engels, que vivía al otro lado de la calle… La vieja loca chismosa que se escapó y se unió a la resistencia, por lo menos eso dicen las habladurías…

Ruby se agarró a aquel pretexto.

— Sí. Me conoces…

— Y eres tú la que ha colocado la carga que ha hecho volar las cajas de la electricidad, ¿verdad? Cuando te entregue, me convertiré de nuevo en héroe.

— Muy bien, serás un héroe, y lanzarás todavía más deshonra sobre el nombre de tu abuelo. Déjame marchar, Daniel. Por él, incluso por ti mismo.

El joven titubeó, y Ruby creyó que veía la sombra de un dolor revolotear por su rostro al mencionar el nombre de Abraham Bernstein.

— No —replicó.

— Daniel —se acercó más a él, manteniendo una voz suave y engatusadora—. Te conozco de toda la vida. ¿Te acuerdas cuando venías a mi casa en aquellos tiempos en que cocía *lebkuchen*, y observabas a través de la puerta empantallada cómo los sacaba del horno? Solía decorarlos para ti como si fuesen pequeñas caras, Danny. ¿Recuerdas aquellas caras tan divertidas en los pastelillos de miel?

El rostro de Daniel reflejó su lucha interna.

— Entonces eras un buen muchacho, Danny. ¿Cómo has podido cambiar tanto? ¿Vas a traicionar a alguien que fue amiga de tu abuelo, que fue tan amable contigo? No lo creo.

Lentamente, pasó delante de él, mirándole hasta que le fue posible. Poniendo la mano en la barandilla, alzó el pie y comenzó a subir la escalera.

Un paso…, dos…

— ¡Alto! —su voz sonó insegura, y luego ganó en fuerza y convicción—. ¡Deténte! ¡Te lo advierto!

Tres pasos… ¡Oh, Dios mío, permite que me vaya, que pueda ver de nuevo a mis amigos! Permíteme contemplar el final de esto… ¿Habrán liberado a Juliet? Cuatro pasos…, cinco… ¡Por favor, Dios mío…! Seis pasos…

El disparo le dio en la espalda. Ruby jadeó, escuchando el latido del arma y, durante un interminable segundo, no pudo comprender por qué su mano ya no se aferraba a la barandilla, y por qué caía, caía…

Estoy cayendo…

Un lívido fuego se extendió por su espalda, mientras su cuerpo se retorcía. Luego comenzó a caer, inanimada, por la escalera.

No, por favor… Socorro…

Ruby cayó al suelo de cemento y se quedó allí tendida, aturdida, tratando de respirar pero incapaz de hacerlo. El dolor era demasiado intenso, demasiado profundo. Se estaba tragando al mundo y pronto se la tragaría también a ella. Era así de simple. Sentía que se precipitaba por ella, golpeándola con una fuerza tan elemental, que nada de lo que había sido Ruby Engels podía resistirse en su camino.

En un acto reflejo, trató de jadear, pero el dolor llegó antes que lo hiciese el aire, impidiéndolo, llevándosela con él, en una oscuridad donde no había lugar para nada, excepto para el dolor.

Cuando Daniel se inclinó sobre ella para llamar a sus amigos, ya había muerto.

CAPITULO XXVII

Juliet Parrish y Mike Donovan levantaron la vista hacia la colosal Nave Madre, que descendió hasta apenas unos trescientos metros por encima de las copas de los árboles. Colgando de su vientre, como un obsceno cordón umbilical, se veía una enorme manguera que corría después hasta una enorme tubería, que se alargaba por la estación de bombeo, situada al lado de la gran presa.

Donovan hizo un impotente y silencioso ademán.

— Martin no bromeaba. ¿Cómo podemos luchar contra algo tan grande?

— No lo sé…

Juliet se apartó de los ojos unos cuantos mechones de rubio pelo.

— Simplemente, no lo sé. No podemos permitir que el tamaño de la operación nos haga aplazarla. Cuanto más poderosos lleguen a ser…

— Sí —respondió Donovan, poco convencido—. ¿Cuánto tiempo falta para que dejen al embalse por debajo de los niveles rellenables?

— Chris Faber ha calculado que no tenemos más que dos días para intentar algo.

— Pues será mejor que lo hagamos. Necesitamos las películas de la estación de bombeo para planear el ataque.

Le dirigió una rápida y preocupada mirada.

— ¿Estás de acuerdo, doctora?

La mujer le sonrió.

— Sí. ¿Tengo buen aspecto?

— Naturalmente… Pareces un auténtico técnico Visitante.

Lentamente, los dos combatientes de la resistencia se encaminaron hacia la estación de bombeo.

Hacía ya diez días de la liberación de Juliet. Durante ese tiempo, la mujer había descansado, tratando de rellenar de fuerza emocional y física sus agotadas reservas. Su recuperación no se había visto ayudada por su profundo dolor, cuando Lynn y Stanley Bernstein comunicaron Daniel, en un etílico frenesí, había alardeado de la forma en que matara a Ruby Engels. En cierto modo, la muerte de Ruby constituyó un golpe particularmente difícil de soportar: todo el mundo había querido y admirado a aquella anciana. Incluso Robin, que raramente respondía ya a muchas cosas, había pasado días sollozando.

Ham Tyler había apretado los labios en silencio cuando les comunicaron la noticia, y aquélla fue la mayor demostración emotiva que Donovan viera jamás en *el Sobornador*. Lo mucho que lo sentía se manifestó también en su profunda determinación por acabar con el movimiento Visitante y, según sospechaba Donovan, ante la nueva idea de llevar a cabo una *vendetta* personal contra Daniel Bernstein.

Uno de los dos momentos más brillantes de la semana anterior fue el regalo que Tyler hizo al grupo de varios pequeños mecanismos que había desarrollado una red japonesa de ingenieros. Los diminutos elementos, que podían colocarse en el pecho del portador, imitaban la extraña

reverberación del habla de los Visitantes al tratar de imitar la voz humana. La segunda buena noticia había salido clandestinamente de la Nave Madre: Martin curaba con rapidez de la herida que le había causado Ham durante la incursión.

Cuando Juliet y Donovan llegaron a la estación de bombeo, la rodearon completamente mientras Donovan filmaba la disposición exterior por medio de una pequeña cámara de vídeo, también suministrada por Ham. En la entrada, el soldado de asalto los examinó con suspicacia.

— Documentación —les dijo con brusquedad.

Fingiendo la voz, ambos dieron el código de identificación personal que les habían proporcionado los de la Quinta Columna. El guardián asintió:

— ¿Pases?

Los sacaron. El soldado de asalto los examinó y luego les hizo un ademán con el fusil.

— Muy bien…

Una vez dentro de la estación, los dos combatientes sondearon rápidamente el interior. Sin embargo, no se atrevieron a quedarse demasiado tiempo; cuando pasaron por segunda vez junto a uno de los técnicos, el Visitante alzó la vista hacia ellos con curiosidad. Tras filmar la red de pasarelas y andenes que se esparcían como frágiles telarañas desde cada enorme turbina hasta su vecina, ganaron con rapidez la salida.

Una vez fuera y lejos de la estación, se detuvieron, mientras Donovan tomaba una rápida panorámica de las faldas de las colinas. Juliet frunció el ceño al ver las hectáreas de terreno que rodeaban el embalse y la estación.

— ¿Sabes, Donovan? Tendremos que rodear la zona y hacer un croquis. Nos serviría de mucho encontrar otra vía de escape alternativa.

Donovan se encogió de hombros.

— Tú eres la jefa. Si lo consideras así, estoy dispuesto a hacerlo.

— Muy bien —replicó Juliet con aspereza—. ¡Adelante, pues!

Estuvieron andando por la zona durante casi una hora, y se hallaban ya casi a mitad del trayecto de circunvalación, cuando encontraron una antigua carretera, ahora poco más que un camino de carros, pero que tenía sus posibilidades.

Juliet alzó la vista.

— Espera un momento, Donovan, mientras termino esto.

Sacó su mapa topográfico y bosquejó un detallado encarte que mostraba la antigua carretera, empleando como referencia el mapa del Servicio Cartográfico de los Estados Unidos. Al cabo de un momento, advirtió que Donovan le miraba con atención, la mano izquierda. Estaba dibujando con ella.

La punta del lápiz se rompió al hundirse en el papel. Juliet se quedó mirándole la mano durante largo rato.

— ¡Oh, Dios mío, Donovan! Mírame. Soy uno de *ellos*.

Donovan se acercó más a ella; en sus ojos verdes se reflejaba la preocupación.

— No, no lo eres, doctora. Te has comportado muy bien desde que volviste…

— ¡No, no es cierto!

Las palabras de Juliet acabaron en un sollozo. Con visible esfuerzo, se dominó.

— Lo he estado ocultando, eso es todo. No es ésta la primera vez que me veo empleando la mano izquierda. Esa zorra ha creado una gran confusión en mi mente. Puedo traicionaros a todos y no llegar ni a enterarme. Debo dimitir antes de que dañe a alguien.

— ¡Mierda! ¡Te necesitamos! La única cosa que mantuvo unido al grupo, mientras estuviste fuera, fue el pensamiento de que regresarías…

— No lo sé.

Se quitó un mechón de delante de los ojos y luego, con resolución, tomó el lapicero con la mano derecha. Sin embargo, la punta aún seguía rota. Donovan sacó una navaja y le sacó punta.

Tras hacer un bosquejo de la antigua carretera, decidieron seguir su examen en torno de la estación, para localizar la salida de la carretera empleando la camioneta que habían dejado oculta cerca de la puerta.

Tras otra media hora de caminata llegaron a un campo de hierba de mostaza. Les alegró la vista el color, que contrastaba con la rojiza monotonía de la turba que rodeaba la estación de bombeo. Estaban tan alejados, que no oían ni siquiera la pulsación de las gigantescas turbinas; sólo escuchaban el roce de sus pies sobre la hierba. Juliet dio aún unos Pasos y luego, sin advertencia, se dejó caer.

— Vaya… No puedo dar un paso más sin descansar un poco. ¿Tienes el termo?

— Sí…

Donovan se tumbó en la hierba al lado de ella, y luego le tendió el agua.

Juliet bebió ávidamente y a continuación le devolvió el termo.

— No estoy en forma —convino Juliet, desperezándose—. Esas dos semanas en la Nave Madre han hecho estragos en mis músculos. Ahora mismo no podría trepar por otra loma aunque Diana y toda la flota estuviesen en la colina.

— Me parece que yo tampoco…

— ¿Donovan?

— Dime…

— No bromeaba cuando dije que me siento… extraña…

Rodó sobre un lado, apoyando la cabeza en una mano y mirándole fijamente.

— Tal vez me hayan convertido…

— ¿Y no te habrías dado cuenta? A mí no me pareces convertida en absoluto.

La mujer trató de devolverle la sonrisa, pero no pudo.

— No lo sé, Donovan. No son muy claros mis recuerdos de las últimas sesiones.

— ¿Y cómo eran? ¿Qué hacía Diana?

Su voz sonó tan apagada que con sólo oírla, Donovan adivinó que Juliet no había hablado de aquello con nadie más.

— Inducen fantasías en tu mente. Te someten a algo parecido a la hipnosis, empleando drogas, y supongo que te hacen hablar. No me acuerdo, pero sé que todo aquello de lo que había sentido temor, cualquier cosa, sin importar lo desagradable o privada que pudiese ser, aparecía en aquellas fantasías que me enviaba.

Rodó otra vez de espaldas, mirando hacia el cielo azul, cubierto de nubes, donde la Nave Madre no lo tapaba.

— Me vi perseguida por edificios desiertos, y unos hombres corrían tras mí. Tuve que esconderme, pero finalmente me encontraron. Siempre me encontraban. A veces…

Tragó saliva, y Donovan vio cómo se movían las arrugas de su garganta.

— En ocasiones me hallaba en una desierta cloaca, y apoyaba las manos en las paredes para guiarme, y entonces las paredes cobraban vida.

Donovan emitió un pequeño sonido, y Juliet se enderezó y se le quedó mirando.

— Sí, fue terrible. Pero todo cuanto diga no es nada comparado con lo que sucedió en realidad, ¿lo entiendes?

— Sí… —afirmó Mike, arrancando unos tallos de hierba y observando cómo se movían a causa de la ligera brisa—. Mira, Juliet, a pesar de lo que te haya podido suceder allí, albergas dudas. Eso significa que no fuiste convertida por completo…

— Eso de estar convertida en parte, me suena como decir que se esta un poco embarazada: o lo estás o no lo estás.

— Hicieron un revoltijo en tu mente, Juliet, eso es todo… Mientras sigas sin tener contacto con ellos, no ejercerán control sobre ti.

La mujer permaneció largo rato en silencio. Luego, hizo un ademán hacia el embalse, que ya no podían ver.

— El lago está bajando, ¿te has dado cuenta?

— Sí…

— Los océanos vendrán después —manifestó en un tono claro; pero cuando Donovan la miró, vio lágrimas en su rostro.

— No —respondió, sentándose y rodeándole los hombros con los brazos—. No llegarán tan lejos…

Juliet tragó saliva.

— No, a menos que yo les ayude… sin querer hacerlo.

— ¡Eh, eh, doctora…! Te vigilaré, no te quitaré el ojo de encima si es que eso te hace sentirte más tranquila.

El azul de los ojos de la mujer se intensificó cuando se la quedó mirando.

— La verdad, ya me ha parecido notar que lo has estado haciendo…

— ¿De verdad?

De repente, Mike fue muy consciente de que el momento había cambiado, de que habían cruzado alguna barrera invisible que se levanta entre hombres y mujeres, un obstáculo que raramente es reconocido hasta que se ha superado y dejado atrás.

— Sí —respondió—. Lo he hecho.

— Hubiera deseado… Bueno, ya sabes…

Mike se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo:

— Estabas tan destrozada, y luego nos enteramos de lo de Ruby, y…

Titubeó.

— No me gusta empujar a nadie cuando…

Se le quebró la voz y siguió mirándola.

Ella le sonrió.

— Lo sé, es la primera vez que te escucho balbucir.

— ¿De veras?

— Sí —contestó con firmeza.

Juliet tomó la mano de Mike entre las suyas, y le besó cariñosamente en la boca.

Al cabo de unos segundos se apartó, ruborizada, mientras le bailoteaban los ojos.

— Es muy agradable —respondió, casi sin aliento—. Parece que tienes alguna práctica, Donovan.

Él alargó las manos para tocarle el cabello, liberando el moño que mantenía recogido. Lo esparció entre sus dedos, con tanta suavidad como la brisa de la falda de la colina. Su voz sonó ronca.

— Por el amor de Dios, ¿cuándo vas a llamarme Mike?

— Ya lo hice… una vez —replicó Juliet, rozándole la mejilla con unos dedos que parecían infinitamente largos y fríos.

— ¿Cuándo?

— Cuando yacías allí, delante de mí, muerto, en la Nave Madre. Si algo me libró de la conversión fue eso, el pensar que estabas muerto.

Titubeó, recordándolo.

Luego prosiguió, temblorosa:

— Creo que realmente he conseguido ocultármelo hasta a mí misma desde entonces.

— Juliet…

La besó de nuevo, esta vez con mayor fuerza, sintió bajo la suya su cálida y viva boca abriéndose como una flor. Sus brazos la recorrieron, estrechándola contra él, mientras los dedos buscaban los escondidos cierres de su uniforme de Visitante…

Al despertar, Juliet se percató de que había permanecido dormida mucho rato. La posición del sol había cambiado, y por el ligero escozor de sus nalgas comprendió las quemaduras solares que tendría luego. Donovan seguía dormido, tendido de espaldas, roncando levemente, con los brazos aún firmemente aferrados a ella. Juliet sonrió, apretando la cabeza contra su pecho. Se estaba tan tranquilo allí, que el tiempo había corrido y el sol le había quemado la piel, pero había valido la pena.

Unos cuantos minutos más, pensó, sintiendo una especie de líquida calidez a través de su cuerpo, como si se tratase de un elixir extraído de la leyenda—. *Hacía tantísimo tiempo que no me sentía viva…, y como una mujer…*

Apretó las manos contra su estómago, y durante un largo momento disfrutó, simplemente, con la elevación y descenso del pecho de Donovan, con aquella suavidad de la carne sobre el músculo, el sedeño frote de los pelos contra su palma. Luego, con un repentino suspiro entrecortado, Donovan se despertó.

Juliet se lo quedó mirando.

— Hola, Mike —le dijo, con una brillante sonrisa—. Cuánto tiempo sin verte…

— ¿Cuánto he dormido? —musitó, con los brazos aún sujetándola con fuerza.

— No lo sé. Tu reloj está en algún sitio detrás de mí. Pero, por la posición del sol, es hora de

regresar.

Él miró su reloj.

— ¡Jesús…! —exclamó—. Hemos estado aquí dos horas y cuarto.

Juliet se apoyó en un codo.

— Hemos tenido la condenada buena suerte de que Diana no haya aparecido por aquí. Habría sido algo embarazoso ser capturados en pelotas…

Él se echó a reír, atrayéndola hacia sí y besándola como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Juliet cooperó, con sus brazos oprimiéndole fuertemente los hombros mientras se abrazaban. Pero cuando la hizo rodar de espaldas, la mujer, de repente, titubeó.

— ¿Qué pasa? —preguntó Mike, escudriñándola con ansia.

— ¡Oh, nada! —respondió—. Sólo que hubiera debido tener el buen sentido de meterme en uno de esos condenados uniformes antes de adormecerme. Estoy quemada por el sol.

Donovan comenzó a reír por lo bajo, y Juliet le atrajo hacia sí.

— ¡Adelante, y ríete, Donovan! Vosotros, los de piel más morena, no tenéis la menor idea de lo que es tener que ir por la vida preocupándose por las quemaduras solares…

— No —jadeó, riendo con mayor fuerza—. ¡Realmente, estoy lleno de simpatía!

— De lo que estás lleno es de…

Él se apresuró a interrumpirla.

— ¡No, por favor! Me imaginaba lo que todo el mundo pensará cuando aparezcamos por allí, con muchas horas de retraso, con la nariz roja y tú sin poder sentarte. Pensarán que nos ha atacado algún animal.

Volvió a reír.

— ¡Maldita sea! —exclamó Juliet, imaginándose la situación—. Especialmente, el padre Andrew. La vida comunal tiene sus inconvenientes, ¿no te parece?

— Puedes estar segura —replicó Mike—. ¿Te has dado cuenta de que no hay una maldita cama de matrimonio en todo el cuartel general?

Juliet pensó un momento en ello.

— Ya solucionaremos ese problema…

CAPÍTULO XXVIII

El ataque a la estación de bombeo constituyó un gran éxito: los combatientes de la resistencia volaron la instalación, destruyendo gran Parte del equipo especial y matando a varios de los nuevos técnicos que había traído Pamela. Pero en la refriega perdieron a Brad. El joven cayó durante el loco forcejeo por salir antes de que las cargas estallasen. De cuclillas en la pasarela, con una pierna rota y sabiendo que era incapaz de saltar, Brad decidió quedarse atrás, cubriendo la retirada, mientas los otros se alejaban. A pesar de las protestas de Brad, Sancho y Maggie habrían vuelto por él, compartiendo una larga mirada de respeto con el expolicía, pero Tyler, a punta de pistola, les ordenó que siguiesen delante.

A duras penas, los combatientes volvieron a sus vidas, pasando cada como si tuviesen algo contra que luchar, como los Visitantes. Empezaron a refugiarse en cosas triviales —las bromas pesadas estuvieron en boga durante un par de días— y en películas de vídeo. Donovan y Juliet vieron dos veces seguidas una noche *El ataque de los tomates asesinos*, junto a una botella de «Liebfraumilch» y un porro, procurando que ni el padre Andrew ni los niños descubriesen la yerba.

Las teleseries malas también tendieron a agrupar a una gran cantidad de personas que no tenían unos trabajos regulares durante el día. Polly Maxwell llamó a la puerta del pequeño dormitorio de Juliet, ahora menos espacioso a causa del colchón de una cama de matrimonio con el que había sustituido el pequeño camastro de antaño.

— ¡Mr. Donovan! ¡Mr. Donovan!

Mike apareció con el torso desnudo y descalzo.

— ¿Qué pasa?

— ¡Venga! ¡Por la televisión!

Y la niña salió a escape.

— ¿Qué ocurre?

Juliet estaba sentada a su escritorio, tratando de desenredar el lío que Mike había armado en el talonario de los Bellamy.

— No sé. Parece algo importante.

Poniéndose una camisa, marchó tras Polly al vestíbulo, seguido por Juliet. Se encontraron a la mayoría del grupo en el salón viendo ávidamente *The Young and the Restless*.

Donovan se quedó en el umbral.

— ¿Qué sucede?

— Ya lo verá, Mr. Donovan. Lo están dando en todos los anuncios —replicó Josh Brooks, levantando la mirada hacia él—. Siéntese y espere un minuto.

Mike se sentó en un destartalado sillón, con Juliet apoyada a su lado. Minutos después, entre un crescendo de música de órgano, la pantalla parpadeó y, seguidamente, aparecieron los rasgos de Diana.

— Vamos a dar un boletín especial de los Visitantes —empezó.

La cámara se retiró mientras hablaba para captar a la segunda al mando, sentada, con un

chiquillo en su regazo. Donovan se puso rígido. Era Sean. Diana acarició cariñosamente el cabello del niño.

— Pedimos la ayuda de todas las personas del área de Los Ángeles. Este niñito ha entrado en el cuartel general de los Visitantes y está buscando a su papá. Si alguien puede ayudarnos a encontrar al padre del niño, se lo agradeceríamos mucho…

La imagen se esfumó y fue sustituida, un segundo después, por una mujercita enfrentada con una gigantesca jofaina. Disgustado, Donovan apagó el aparato.

— ¿Qué va a hacer, Mr. Donovan? —le preguntó Josh.

— No lo sé, Josh —respondió Mike con voz fuerte.

Sus manos estaban atareadas doblando y desdoblando la arrugada gorra de los «Dodgers», que llevaba como un talismán.

— Supongo que esperar. Diana encontrará algún procedimiento para hacernos saber lo que desea. Probablemente nos enteraremos a través de la Quinta Columna. Mañana tengo previsto hablar con Martin.

Fran Leonetti se lo quedó mirando.

— ¿Qué crees que desea?

— No lo sé. Supongo que mi cabeza servida en una bandeja…

Juliet no dijo nada, pero los dedos le frotaron cariñosamente la nuca.

— ¿Cómo ha ido eso, tío? —le preguntó Elias, cuando Donovan regresó de su reunión con Martin al día siguiente.

Sentado a la mesa de conferencias, Donovan no levantó la mirada del bloc de notas en que había estado trazando la letra «V» una y otra vez.

— Diana lo ha anunciado a toda la nave de Los Ángeles, sabiendo, supongo, que acabaría por llegar hasta nosotros. Si no les hago saber que estoy de acuerdo con sus condiciones, a través de la columna de anuncios personales del periódico del jueves, Sean morirá.

— ¡No van a matar a un chiquillo! —exclamó Maggie.

Luego miró a su alrededor en busca de ayuda:

— ¿Verdad que no…?

Pero su voz se extinguió.

— Esos lagartos harán cualquier cosa con tal de conseguir lo que desean —replicó Elias—. ¿Y qué es lo que quieren, Mike?

— A mí. Un canje directo. Podemos fijar el lugar y la hora. Traerán a Sean y quedará libre. Y yo tendré que irme con ellos.

— ¡Mierda!

El comentario de Elias les pareció suficiente a todos. La habitación quedó en silencio una vez más, durante un buen rato.

Finalmente, Donovan se puso en pie.

— No creo que le maten —dijo con lentitud—. Necesitan a mi madre para que les sirva de portavoz y, por muy corrompida que esté Eleanor, nunca permitirá que asesinen a su único nieto. No consentirá que hagan daño a Sean. No voy a hacerlo.

— ¡Mike, no!

Juliet le agarró la muñeca.

— Créeme, sé lo que te cuesta tomar esa decisión… Pero no existe ninguna otra posibilidad…

— No sobrestimes la utilidad de Eleanor para ellos, Mike —comentó Robert Maxwell, meneando la cabeza—. Diana no vacilará en eliminar a Eleanor Dupres en el momento en que se convierta en una molestia Para ella.

— Robert tiene razón —intervino de nuevo Elias—. Esa dama dragón tiene un corazón tan cálido como el espacio exterior. Se quitará de en medio a Sean en un santiamén.

Donovan miró a su alrededor.

— Ya sabéis lo que me hará. Me encontraré en esa celda de conversión en menos tiempo del que tardéis en decir «malditos alienígenas». O en una cámara de tortura con el soplete. O aplicándome el suero de la verdad. *Sé demasiado*. Si me hace hablar, destruirá todo aquello por lo que hemos trabajado.

Reflexionó un instante.

— Existe un medio…

Hizo una mueca.

— ¡Dios mío, hubiera deseado no pensar en ello!

Tamborileó nerviosamente en la mesa, y luego, con mirada impertérrita, se enfrentó a todos.

— ¡Me envenenaré! —afirmó.

Se volvió hacia Juliet.

— Lo haré poco antes de que se lleve a cabo el canje, eso me permitirá salir por mi propio pie, pero moriré antes de que puedan sacarme nada…

— Podría servir una sobredosis de montones de cosas. Cianuro con una capa entérica sería lo mejor, si puedo conseguirlo —dijo Juliet, casi automáticamente.

Pero luego sacudió violentamente la cabeza.

— ¿Qué digo? ¡Ni hablar de ello! No hay forma, Donovan, *no la hay*…

— Pero…

— He dicho que «no», y esto es el *final*, Mike. Hay muchas posibilidades a las que recurrir como para pensar en algo tan drástico. Tienes que discutirlo con Martin y los de la Quinta Columna.

— Pero…

— Además, podemos hacer que tu información les sea del todo inútil, Donovan —prosiguió Juliet—. Trasladaríamos de nuevo el cuartel general, y no sabrías adónde. Alteraríamos los detalles de los planes a largo plazo. Variaríamos las cuentas bancarias y las claves. Podemos hacerlo.

Mike se la quedó mirando escépticamente.

— Podemos —agregó—. No hagas esto más duro para ninguno de nosotros de lo que ya lo es de por sí.

Hizo un repentino ademán y luego se enderezó.

— Sería demasiado cruel despedirte sabiendo que yo…, que nosotros, no volveríamos a verte.

— Eh…

Mike le tomó la mano.

— Muy bien, me has convencido. Pero no me descartes con tanta facilidad, Juliet. Tengo más experiencia que nadie en lo de entrar y salir de la Nave Madre. Tal vez pueda hacerlo de nuevo. Incluso es posible que Martin nos ayude.

— ¿Crees que podrás hacerlo? —le preguntó Elias en voz baja.

— Eso espero.

El intercambio debía llevarse a cabo de noche en un puente cerrado al tráfico en la autopista de Los Angeles. Han Tyler y Juliet eran los únicos miembros de la resistencia que se observaban junto a Donovan. Tomaron la precaución de apostar a Elias y a Sancho como francotiradores escondidos. Cuando las luces parpadearon en el vehículo de patrulla —la señal convenida—, Ham hizo destellar los faros de la camioneta que conducía y se volvió hacia Mike.

— Ahí están.

Vaciló durante un desesperante momento. Luego dijo:

— Lo siento, Donovan. Me gustaría que hubiese algo que yo pudiese hacer.

— Lo sé…

Mike alargó una mano, con seca sonrisa.

— Cuida bien de todo.

Se volvió hacia Juliet, sin decir una sola palabra. La besó, y luego, dándose la vuelta, comenzó el largo camino a través del puente. En la distancia pudo ver una figurilla que se aproximaba. Sean.

Donovan aceleró el paso, entornaba los ojos para ver el rostro de su hijo contra el resplandor de los puntos luminosos del vehículo de patrulla. Para cuando distinguió el rostro del muchacho, ya estaba corriendo.

— ¡Sean!

Agarró el robusto cuerpo del muchachito, alzándolo.

— Papá…

Sean acercó su rostro al de Donovan.

— Papá, yo…

— Eh…

Donovan le despeinó el recio pelo castaño, tan parecido al suyo propio, por un momento, un nudo en la garganta le impidió articular las palabras. Luego recordó algo y se sacó del bolsillo la arrugada gorra de béisbol.

— Mira… Lo he guardado para ti…

— Papá…

Los ojos de Sean estaban húmedos.

— Bueno, debo irme. Tienes muy buen aspecto, hijo. Dile a Juliet que te he dicho que necesitas un corte de cabello.

Besó al chico en la mejilla y le abrazó otra vez; luego le dejó en el suelo y se encaminó hacia la luz de los reflectores.

Una vez a bordo de la Nave Madre, Donovan fue sometido al más intenso y riguroso registro personal por el que hubiera pasado nunca. Los técnicos de Diana hubieran hecho parecer a los

guardianes de los prisioneros de Camboya el summum de la delicadeza y el tacto. Con el cuerpo dolorido, se le permitió, al fin, vestirse y fue llevado a una celda.

El tiempo dejó de tener sentido. Donovan se preguntó al principio por qué no era torturado inmediatamente, pero se percató, al cabo de varios períodos de dormirse y de despertarse, que Diana tenía, con mucho, una mayor comprensión de la psicología humana de la que Mike le había concedido. El dejarle solo en la celda, con las luces encendidas, sin un reloj, resultaba un efectivo método para debilitar la resistencia del más fuerte. Sin un estímulo externo, tenía ante él muchas horas para pensar en lo que le sucedería. Sólo el cada vez más largo pelo de la barba le dio cierto sentido del tiempo que discurría.

Tuvo fantasías en las que la nave ya no estaba orbitando su planeta, pues había sido olvidada y se hallaba camino de Sirio, dejando atrás un desierto, una Tierra moribunda. Sabía que no llevaba encerrado más de una semana o dos, pero, en ocasiones, le resultaba difícil convencerse de ello.

Finalmente, un día quedó desconcertado por el ruido de la puerta al deslizarse y abrirse. Entró un Visitante que traía una bandeja con comida. Donovan se sentó en su camastro, observando suspicazmente al recién llegado.

El alienígena le miró con gravedad.

— No le molesta el tiempo aquí, ¿verdad?

Sorprendido, Donovan encontró la respuesta correcta de forma automática.

— Sólo por la noche.

— Entonces no debe de ser un mochuelo nocturno.

Donovan sonrió lánguidamente.

— Muchacho, ¡qué agradable es tener amigos…! ¿Te ha mandado la jefa iguana?

El Visitante hizo a Donovan la señal de la referencia en clave de Martin.

— Sí, soy Oliver. Pero me temo que tengo malas noticias para usted, Mr. Donovan.

— ¿Qué quieres decir?

— Mientras ha permanecido encerrado aquí, Diana ha estado trabajando en un nuevo suero de la verdad, respecto al cual afirma que es del todo infalible. Como muy tarde, lo probará con usted mañana.

Donovan tragó saliva.

— Las noticias no son halagüeñas.

— Cierto… Y desde su última huida, la seguridad a bordo de la Nave Madre se ha triplicado. Sería necesario todo un ejército para poderle liberar esta vez. Lo siento, pero no queremos correr ese riesgo por un solo hombre.

— Comprendo. Tendré que hacerlo por mí mismo.

— Tampoco podemos correr el riesgo de exponer a nuestra gente en la Nave Madre.

— Eso también lo comprendo.

— ¿De veras? Entonces comprenderá por qué he venido a traerle esto.

El Visitante sacó una pequeña cápsula verde de su bolsillo.

— No somos unos verdugos, Mr. Donovan. La decisión le corresponde a usted.

Donovan miró durante largo rato aquel trocito de muerte envuelta en gelatina.

Deseaba que me avisasen —pensó—. *Tener un poco de tiempo para despedirme de todo esto:*

de todos los lugares, las cosas y, por encima de todo, de la gente.

Respiró hondo.

Donovan alargó la mano para tomar la cápsula. Mientras sus dedos se cerraban sobre ella, la puerta se abrió de nuevo. Uno de los ayudantes de Diana, aquel a quien Martin había identificado como Jake, apareció fuera, con el arma desenfundada. Oliver se volvió y, accidentalmente, su codo golpeó la mano de Mike, haciéndola caer, mientras su propia mano se dirigía hacia la pistola. Pero antes de que la extrajese, Jake disparó y el quintacolumnista cayó.

Donovan se arrojó a través del cuarto, con los ojos fijos en la resbaladiza cápsula. La agarró, pero la bota de Jake se aplastó sobre su mano, haciendo a Mike ver las estrellas. El Visitante permaneció a su lado, aguardando, mientras Diana entraba en la celda.

— Lo siento, Mr. Donovan. No podemos permitir que se nos vaya sin dejar una confesión en su lecho de muerte.

Minutos después, Donovan se encontró atado a un mecanismo que guardaba un perturbador parecido con un sillón de dentista. Diana le sonrió jovialmente, mientras su técnica de laboratorio preparaba una inyección.

— Le sugiero que se relaje, Mr. Donovan. No constituirá ninguna diferencia el que esté tenso o no. Esta inyección le hará sentirse mucho más cooperativo, y entonces podremos mantener una conversación muy agradable.

La puerta de la celda de interrogatorios se deslizó y entró Martin.

— Aquí están los informes que deseabas…

Se le quebró la voz al ver a Donovan con el semblante rígido por el miedo.

— Gracias, Martin. ¿Te puedes quedar unos minutos para ayudarme? Con tu conocimiento de la zona de Los Angeles, me ayudarás a señalar los puntos geográficos sobre los cuales tenemos que discutir Mr. Donovan y yo.

Diana le inyectó a Mike en el brazo.

— Muy bien, Diana…

Martin permaneció de pie, rígido, observando a Donovan. Durante un largo rato, Mike no sintió nada; luego comenzó a sentir un leve flujo de calor que le corría por el rostro y por los miembros. Se sintió muy relajado, como si acabara de despertar de una noche de reparador sueño. Desconcertado, sintió que experimentaba una erección.

Impersonalmente, Diana comprobó sus reacciones físicas y luego asintió.

— Estupendo. ¿Cómo se siente, Mr. Donovan?

— Muy bien —contestó Mike.

¿Para qué servía tratar de mentir antes de tiempo?

— Magnífico. Y ahora hablemos acerca de la naturaleza de la verdad. Cree en la verdad, ¿no es cierto, Mr. Donovan?

— Depende de la clase de verdad.

Diana inclinó graciosamente la cabeza.

— Muy agudo. Pero el suero aún no ha hecho pleno efecto. ¿Cuál es su nombre completo?

— Michael Sean Donovan.

— Un bonito nombre irlandés. Su madre me habló acerca de su padre y de cómo se llamaba

usted.

Diana sonrió con afabilidad.

— ¿Y qué edad tiene?

Treinta y seis…, treinta y seis…, treinta y seis… —gritó la mente de Mike, y su boca forcejeó para formar las palabras.

— Trein…ta…y…sie…te…

Diana inclinó la cabeza.

— ¡Qué interesante! ¡Una mentira! Mr. Donovan, hubiera podido elegir un mejor tema para dar a mi maquinación lo que ustedes los humanos denominan prueba de ácidos. No sé cuál de los dos es más tozudo, si usted o Juliet Parrish.

La mención de Juliet fortaleció la leve conexión de Mike con la realidad. Tenía que resistir. Debía hacerlo.

— ¿Y de qué color tiene el cabello, Mr. Donovan?

— Azul —respondió Donovan, rápidamente y sin pensar.

— ¿De veras?

— Castaño…

Mike hizo una mueca en cuanto oyó cómo le salía la palabra.

Diana sonrió, ahuecándose el pelo.

— Sí, un hermoso tono castaño. Eso está mucho mejor. Y ahora, Mr. Donovan, hábleme de la Quinta Columna. ¿La hay aquí, a bordo de mi nave?

— S… í…

Por el rabillo del ojo, Donovan vio cómo Martin hacía un pequeño y convulsivo movimiento.

— Eso ya lo sabía…, pero hay algo que no sé. ¿Quién es el jefe, Mr. Donovan?

El sudor empezó a brotar en la cara de Mike, mientras forcejeaba por mantener los labios apretados e impedir que brotara el nombre que respondía a aquella pregunta.

— Nnnnnnn…

— ¿Quién es el jefe de la Quinta Columna, Mr. Donovan?

Donovan jadeó en busca de aliento, y el nombre se le escapó:

— Martin…

Martin tenía ya su arma en la mano, mientras Diana, asombrada, se volvía para mirarle, con la pistola preparada; pero Martin, agachándose detrás del sillón de interrogatorios, disparó primero. La Visitante se dejó caer al suelo. Martin disparó otra vez a Diana mientras ésta escapaba por la puerta; luego se precipitó hacia los mandos y cerró el panel corredizo.

Rápidamente desató a Donovan, que ahora contemplaba ya el mundo a través de la rosada neblina provocada por las drogas. Martin lo arrastró hasta una cercana rejilla de la ventilación y luego, alzando al casi inerte humano, lo metió adentro. Pudo oír las palabrotas que soltaba Donovan y luego sus balbuceantes palabras:

— No, ese maldito conducto de la ventilación otra vez no, Martin… Jamás me hubiera metido en este lío de no ser por esos conductos… Quiero irme a casa…

El Visitante arrastró al humano por el conducto hasta que llegó a uno de los mayores ensanchamientos y se pudo poner en pie. Para entonces, Mike se reía por lo bajo.

— Te estás balanceando, Donovan —le dijo Martin, poniendo un brazo del humano encima de sus hombros.

Mike se dejó arrastrar por el conducto.

— ¿Qué quieres decir con eso? No hay ninguna música que me haga balancearme.

— Lo que pasa es que estás Hipado —repuso Martin con malos modos—. Eso quiere decir drogado. ¡Maldito sea, Donovan!, ¿no puedes ponerte de pie durante un rato?

Donovan se miró los pies.

— Es que son tan *pesados…*

Martin suspiró y, sin más discusiones, levantó al humano y se lo colgó de los hombros, como lo haría un bombero. Se apresuró, dando a su avance la máxima velocidad que le fue posible, en dirección a los túneles inferiores. Detrás de él sonó un zumbido continuo. Rápidamente

dio la vuelta, buscando la causa del sonido. Lo escuchó de nuevo, siempre a su espalda.

De repente adivinó la verdad, y Martin, sin saber si reírse o maldecir se apresuró por aquel pasadizo, acompañado de los pacíficos ronquidos de Donovan.

— *¡Juliet!*

El grito de Harmy le llegó desde el pasillo del nuevo cuartel general. Juliet, que había estado en su nuevo laboratorio estudiando la biopsia del hígado de un Visitante muerto durante un bombardeo, se puso rígida.

— ¡Ya voy! ¿Qué pasa?

Cuando llegó al vestíbulo, vio cómo Robin se miraba, espantada, un fluido verde de aspecto gelatinoso que empezaba a encharcar sus pies, mientras Harmony sujetaba a la muchacha.

— ¡Ha roto aguas, Juliet! ¡El parto ha empezado!

Juliet alargó el brazo para rodear los hombros de Robin, mientras la chica jadeaba y se retorcía de dolor.

— Busca a Cal, a Robert, a Willie… ¡De prisa! —ordenó Juliet—. La llevaré a la mesa de exámenes del laboratorio…

Tras el examen inicial de Juliet, se confirmó que el conducto del parto se había dilatado ya dos centímetros, y no se podía hacer otra cosa que aguardar. Robert se quedó al lado de su hija, entrenándola en las técnicas respiratorias de Lamaze. Juliet permaneció tumbada durante varias horas, aunque no pudo dormir. Tenía la corazonada de que sería una noche muy larga.

Y lo fue. Robin había roto aguas poco antes de la hora del almuerzo. A medianoche, la dilatación no había aumentado sensiblemente y el feto no acababa de aparecer. Juliet la examinó y prescribió media dosis de «Demerol», confiando en que la droga daría a Robin la posibilidad de descansar entre las contracciones.

A las cuatro de la madrugada hizo otro examen interno, descubriendo que la dilatación cervical seguía siendo de dos centímetros. Robin estaba agotada; sus ojos aparecían enrojecidos y su mirada era fija, con la frente humedecida de sudor. Siguió manteniendo las constantes respiratorias, pero empezaba a sentirse tensa y a «derrumbarse» con la fuerza de las contracciones, en vez de jadear y permanecer «por encima» de las mismas.

El examen de las seis, practicado por Juliet, no mostró posteriores progresos, por lo que ésta miró a Cal angustiada. Robin no emitía más que gritos de dolor, y Juliet dudó de que la muchacha

pudiese oírles, pese a lo cual hizo señas a Cal para que se reuniera con ella en el otro extremo de la habitación.

— Ya lleva dieciséis horas, Cal, y no se han producido avances significativos. El feto no baja, e incluso parece que abulta más. Me temo que tendré que practicar la cesárea.

Él asintió.

— Sí. ¿Has asistido alguna vez a una cesárea?

— En una ocasión, desinfectando. El doctor Bradley incluso me permitió ayudar. ¡Si Fred estuviese aquí!

— Diré a Harmy que la prepare mientras la limpiamos.

— Muy bien…

Treinta minutos después, Juliet estaba al lado de Robin, con sus cansados ojos atentos al abdomen, delimitado y pintado de un amarillo anaranjado.

— ¿Preparados? —preguntó a Caleb y a Harmy, dispuestos a ayudar—. ¿Está preparada la incubadora?

— Lista, Juliet —afirmó Harmy.

Juliet tragó saliva y se inclinó hacia delante. En el último segundo, se percató de que sostenía el bisturí con la mano izquierda, y rápidamente se lo pasó a la derecha.

— Practicaré un corte de biquini —explicó a Cal, mientras su mano oscilaba sobre la recién afeitada zona púbica de la muchacha—. Cuando ayudé al doctor Bradley, en el pabellón de caridad, fue eso lo que hizo…

— Parece acertado… —asintió Cal, tranquilizadoramente, mirando con ansia sobre la mascarilla.

La mano de Juliet apretó suavemente el bisturí contra la piel; luego mientras quedaba marcada una línea de sangre, tuvo que esforzarse en no echarse hacia atrás. Mordiéndose los labios, se concentró exclusivamente en los quince centímetros del lugar de la incisión, e hizo un firme y rápido corte, observando cómo se retiraban las capas de carne y músculos.

— Una esponja, y succionen. Tengo que encontrar la pared uterina.

Sí, allí estaba. Hundiendo la mano izquierda en la incisión, Juliet midió la profundidad y se encontró ya cortando el útero, en la parte inferior del órgano. Ahora pudo ver el problema. Robin era un poco estrecha, no de un lado a otro, sino de delante atrás. El bulto, que debía ser la cabeza del bebé, se había dado la vuelta.

— Aquí tenemos una parte del problema —explicó Juliet—. Se presenta de nalgas.

— No es de extrañar que no surtieran efecto los esfuerzos del parto —replicó Cal—. ¡Pobre chiquilla…!

Siguió comentando:

— Eso es, lo tengo abierto. Aquí…

Julie alargó la mano hacia el bulto y, de repente, sus manos se vieron ocupadas con una criatura cubierta de una materia roja y resbaladiza, aun rodeada por el translúcido saco amniótico. Juliet lo levantó.

— Es una niña… Succiónale la boca.

Harmy lo hizo, y el bebé empezó, primero, a emitir vagidos, y luego, sutiles e indignados

gritos.

— ¿Está bien ella? —preguntó Robert desde el sitio en que monitorizaba los signos vitales de su hija.

— Al parecer, sí —contestó Juliet, observando cómo Harmy, con mucho cuidado, enjugaba la carita del bebé y luego el cuerpo.

Afortunadamente lo sostenía encima de la incubadora, pues, de repente, el recién nacido abrió la boquita, de un perfecto tono rosado y sacó una larguísima lengua de reptil.

Harmy casi dejó caer al bebé, y Willie, que había permanecido allí observando en silencio, se inclinó hacia delante para recogerlo de aquellas temblorosas manos. Juliet lanzó una mirada de desesperación a Cal, imaginando la reacción de Robin cuando despertase y viese a su hija.

El abdomen de la muchacha apareció pesado bajo los dedos de Juliet…

— Un momento… Aquí hay algo más…

— *¿Gemelos?*

Cal se inclinó hacia delante.

— No es de extrañar que hubiese tanto movimiento fetal.

La mano de Juliet profundizó más y sus dedos encontraron el bulto de otra cabeza. Cuando la figura empezó a emerger del útero, Juliet jadeó:

— ¡Oh, Dios mío! *¿Qué diablos es esto?*

La criatura, pequeña y de color verdoso, era, obviamente, una derivación reptiliana. Tenía los miembros rematados por garras, su cabeza era crestada y, cuando las temblorosas manos de Juliet le aferraron, abrió unos ojos azulverdosos, muy humanos, y se la quedó mirando en silencio.

— ¡Oh, Jesús…!

Juliet se mordió los labios y apartó la mirada.

— *¿Cómo puede ser posible?*

Titubeando, tendió la criatura a Willie, al parecer, el único deseoso de tocarla. Cal se quedó mirándola fijamente, con ojos conmovidos.

— ¡Es *imposible*, Juliet!

— Tenemos un paciente, Cal —replicó Juliet, tratando de dominar sus náuseas—. Robin nos necesita. Ya hablaremos de esto después.

— Muy bien, Juliet.

Se volvió para ayudarla.

— ¿Están preparadas las suturas?

— Preparadas. Toma…

Siguieron trabajando, sin mirar en absoluto hacia las dos pequeñas criaturas, a las que atendían Willie y Harmy. Robert Maxwell permaneció a la cabecera de su hija, sujetando con fuerza su inconsciente mano, mientras silenciosas lágrimas le brillaban en el rostro.

— Mike…, otra patrulla… ¡Atrás!.

Donovan hizo una mueca mientras avanzaba, no por primera vez durante los últimos diez días, metido hasta la cadera en fango negro Resbaló sobre el fondo metálico, y, de no haber sido porque Martin le agarró en seguida, se habría ido abajo. Al llegar al otro lado de la trinchera de drenado

se arrastraron por la pequeña faja de servicio y se acuclillaron, con las manos y los rostros ocultos, mientras se acercaban los soldados de asalto. El barro constituía un valioso, aunque nauseabundo, camuflaje: en la oscuridad de la parte más profunda de la Nave Madre, los soldados pasaron por delante de ellos. Escucharon los apagados ecos de sus pisadas por las planchas de cubierta.

Tiritando de frío, Donovan siguió a Martin a lo largo del antepecho, observando de vez en cuando a su amigo. Martin no temblaba, pues no estaba constituido para ello, pero Donovan había descubierto que el frío prolongado le volvía a uno lento y desorientado.

Se dejaron caer al llegar a la relativa seguridad de la cavernosa cubierta de una gran bomba. Donovan cerró los ojos; empezaba a abandonarlo la momentánea energía que le había proporcionado el miedo. Dentro de un día, a lo sumo dos, no tendría ya fuerzas para arrastrarse y esconderse.

— Menos mal que les has oído, Martin. Yo estaba tan atareado escuchando el goteo del agua, que no me he dado cuenta en absoluto.

— No los he oído, Mike —repuso Martin—. Sólo he sentido la vibración de sus pies.

— No importa cómo los has percibido; lo cierto es que nos hemos salvado.

Donovan se inclinó hacia atrás, escuchando, y luego lo oyó.

— ¡Martin! ¡Está cayendo agua! ¡Por aquí!

Se arrastraron entre un laberinto de tuberías, buscando aquel sonido que les eludía. Cuando lo alcanzaron, Mike hizo un ademán a Martin para que entrase el primero.

— Mereces pasar delante por habernos salvado.

Donovan no vio cómo Martin lamía el agua que se escurría por una viga llena de humedad; la visión de su lengua le seguía sacando de quicio. Escuchó el ruido característico de unas patitas que corrían y, sabiendo lo que se avecinaba, se volvió para ver cómo Martin se lanzaba con increíble movilidad no humana, para atrapar a la rata. La criatura chilló y forcejeó al se aferrada por el Visitante. Donovan lo miró con Piedad.

Martin sonrió con simpatía.

— Ya sé que te pone enfermo ver lo que como. Me alejaré un poco Para hacerlo.

— No, no te preocupes. Te debo mucho más de lo que nunca podré pagarte. Si no me hubieses dado esas raciones de campaña que Lorraine consiguió sacar subrepticiamente, no estaría ya vivo. Además, uno se acostumbra a todo.

En atención al delicado estómago de Donovan, Martin despachó a la rata antes de tragársela.

— Nuestros pueblos son muy similares en ciertos aspectos —le dijo—, pero muy diferentes en otros…

— ¿Cuál es la moraleja de tu historia? ¿Que habéis estado siempre escarbando cosas para sobrevivir, luchando entre vosotros?

— No; en realidad, nuestra historia fue mucho más pacífica que la vuestra hasta que llegó nuestro Líder. Ahora tenemos la Quinta Columna a bordo de las naves, y en casa está la Alianza.

— ¿La Alianza? ¿Quiénes son, marxistas interestelares, o sólo un movimiento radical corriente?

— Son los que se oponen al Líder. Supongo que tú dirías que constituyen algo más que una voz moderada. Por ejemplo, estaban en contra de la idea de apoderarse de la Tierra. Son, con

mucho, el grupo más… intelectual de nuestra sociedad. Tienen buenas ideas, pero carecen de fuerza para luchar por ellas.

— Pero si conseguís aliarlos con la Quinta Columna, que tiene gran cantidad de expertos militares, como tú mismo, tal vez…

— Tal vez —respondió Martin lentamente—. Pero, de momento, ¿de qué sirve pensar en ellos? Están a años-luz de distancia, y no tienen naves, sino sólo armamento ligero.

— Pues no puedo esperar a que lleguen a la carga…

Martin se quedó mirándolo, obviamente sin comprenderle.

— Quiero decir que, en ese caso, no pueden ayudarnos —tradujo Mike.

— No —convino Martin.

— Pero quizá vosotros sí les podáis ayudar. Si consiguieseis apoderaros de Naves Madre…

— Eso resultaría de una gran ayuda para sus esfuerzos contra el Líder, pero, de momento, hay escasas probabilidades de lograrlo…

— Saldremos de aquí —replicó Donovan, tratando de convencerse a sí mismo—. Quizá Lorraine nos traiga un poco más de comida, armas…

— La última vez corrió un increíble riesgo. Le dije que no lo hiciese más.

— Es una mujer con agallas.

— Sí.

— Toda tu gente tiene agallas. ¿Conocías al tipo que se puso mi cara y trató de matar a Diana?

— Sí. Era Barbara.

— ¡Oh…!

Donovan sintió un repentino e intenso dolor, al pensar en la forma en que la joven Visitante había tratado de ayudarle…

— Lo siento…

Permanecieron en silencio durante largo rato. Donovan sintió que se deslizaba hacia el sueño o hacia algo más profundo que el sueño. Lo combatió.

— ¿Cuánto tiempo crees que conseguiremos mantenernos en este lugar?

— No lo sé. Sin tu presencia aquí, para mantenerme despierto y compartir tu calor corporal, hace ya muchos días que me hubiese deslizado a la hibernación. Puedo sobrevivir mucho más tiempo que tú comiéndome las ratas que se han escapado de los laboratorios, pero si mueres, no habrá nadie para mantenerme despierto. Y yo también falleceré.

Martin le guiñó.

— ¿Te importa que hablemos durante un rato? Me conviene mantenerme despierto.

— Y a mí también —repuso Mike—. ¿De qué quieres que hablemos?

— Me gustaría que nos comprendiéramos mejor. Háblame de ti. Qué es lo que te asusta… y por qué… ¿Qué has aprendido desde que empezó todo esto?

— No puedo recordar cómo era todo antes. Parece haber sido así desde siempre —explicó Donovan—. Y con respecto a lo que me asusta: pues un montón de cosas…, francamente. Y no me gusta admitir algunas.

Pensó durante un momento.

— Naturalmente, tengo miedo de morir. Durante mucho tiempo, me asustó permanecer muy

cerca de los demás. Pero ahora no…

Se miró las manos y, con la uña del pulgar, se desprendió pequeñas tiras de porquería.

— Tengo miedo de fracasar —siguió—. Depende mucho de nosotros. Siempre ha sido para mí un artículo de fe el no fracasar. Esto me ha hecho actuar constantemente, ser incansable. Quizá tal tendencia arruinó mi matrimonio. Siempre la antepuse a Margie, pero ahora, cuando pienso en ello…

Se interrumpió, rascándose pensativamente la barba.

Permaneció sentado otro rato.

— También me asusta la gente que ostenta mucho poder. Temo a Diana como si fuese el diablo. No comprendo a las personas así…

Martin se acomodó mejor en el lado más seco de la viga.

— ¿Y qué más te asusta?

— Caer… He tenido sueños en los que caía desde una gran altura. Mirar hacia abajo desde un lugar muy elevado es causa de que se me crispen las manos, pues creo que estoy a punto de caerme.

— Pero eres piloto… En algún momento de tu adiestramiento habrás usado un paracaídas.

— Sí. He saltado dos veces. Sin embargo, nunca me aterró. Era simplemente algo que tenía que hacer para volar, y deseaba volar más que ninguna otra cosa en el mundo. Luego, una noche, durante una misión de reconocimiento fotográfico sobre las líneas de abastecimiento que conducían a Hanoi, pilotando un «U-2» —ese *fabricante de viudas* tan difícil de manejar—, recibí un impacto en el ala derecha. Tuve que lanzarme desde mil metros de altura, y el paracaídas no se abrió.

— ¿Qué? Pero, ¿cómo…?

— Oh, el paracaídas de repuesto sí funcionó, resultó un aterrizaje Estante brusco, pero lo realmente difícil fue llegar andando desde detrás de nuestras líneas. Desde entonces, sueño a menudo en ese par de segundos, cuando caía, y el paracaídas principal no se abrió.

Sonrió con tristeza.

— Estaba tan asustado, que casi me meé de miedo…

Permanecieron en silencio durante unos momentos. Donovan observó que los ojos de Martin empezaban a cerrarse, y le empujó con el pie.

— Ahora te toca a ti… ¿Qué te asusta?

— Que pueda estar equivocado al trabajar contra mi propio pueblo, contra mis propios dirigentes…

Donovan se le quedó mirando.

— Hazme un favor. No te molestes en pensar eso hasta que consigamos salir de aquí, ¿de acuerdo?

Martin sonrió.

Donovan titubeó.

— ¿Sabes?, lo que siento realmente es haberte metido en este lío. Si hubiera sido capaz de mantener el pico cerrado en aquel laboratorio…

— No fue culpa tuya… Era, simplemente, cuestión de tiempo, hasta que alguien me

descubriera…

Otra rata corrió por una de las tuberías que se hallaba por encima de sus cabezas. Donovan se la quedó mirando, con una terrible lucha reflejada en su rostro.

Martin se sacó la pistola y la ofreció al humano. Donovan se encogió de hombros, asintió y disparó contra el animal.

Recuperó con asco el chamuscado cuerpecillo y devolvió a Martin el arma.

— Bueno… Por lo menos está asada…

— ¿Cuál es la cosa más desagradable que has comido?

— No lo sé. En el campo de prisioneros era mejor no identificar las cosas que nos daban para comer.

Donovan se sacó la navaja y comenzó a pelar al roedor.

Tras su poco apetitosa comida, Donovan se quedó dormido. Martin, sabiendo que no podría permanecer sentado y sin moverse, rondó durante varias horas por allí, no perdiendo de vista a los soldados. Estaba cerca de las escotillas cuando encontró una pequeña caja de acero empotrada en una viga. Excitado, la abrió, viendo dos pequeños paquetes de plástico. A continuación regresó en busca de Donovan.

Mike fue despertado por un pie, gentilmente colocado en su costado.

— ¡Despierta, Donovan! ¡Mira lo que he encontrado!

— Qué…

Rodó sobre sí mismo, sintiendo cómo los restos de la rata seguían moviéndose en su estómago.

— Ven…

Martin le hizo señas de que le siguiera. Mientras caminaban dijo:

— He descubierto una de las antiguas escotillas de seguridad. ¡Es la manera de salir de aquí!

— ¿De qué hablas?

— De un anticuado sistema de escape, abandonado cuando construyeron más atracaderos e incrementaron el número de vehículos de patrulla. Nuestras naves se montan en unas redes gigantes situadas en el espacio, pero los ingenieros saben que se encontrarán durante mucho tiempo dentro de los límites de la atmósfera. Por ello, los primeros diseñaron un sistema de escotillas, provistas de tapas correderas y paracaídas. He encontrado una de esas escotillas, y los paracaídas siguen allí…

Donovan le siguió, aún medio dormido y débil por la escasez de alimentos. Al final, Martin se detuvo, señalando la portilla en el embarcadero.

— Ayúdame a girar la rueda a tope.

Forcejearon durante unos momentos, y finalmente, con un silbido parecido a una lata presurizada al abrirse, la escotilla cedió.

Entró un fuerte viento helado. Fuera se veía sólo el cielo y nubes, y lejos, muy lejos, como el fondo de un pozo, el suelo. Desde aquella distancia parecía un mapa en relieve, algo irreal.

— Ponte éste —dijo Martin, pasándole los brazos por los tirantes sujetos al pequeño plástico cuadrado; luego sacó un cinturón de una ranura lateral y se lo colocó en su sitio a través del pecho.

— ¿Quieres decir que vamos a *saltar*?

La voz de Donovan sonaba muy rara.

— ¿Y qué otra cosa podemos hacer?

Martin levantó la mirada.

— ¿Volar?

— Pero…

— Mira, se ponen los brazos así —explicó Martin, al tiempo que ayudaba a Donovan con el paracaídas, de la misma forma que se ayuda a un niño de cuatro años a ponerse un abrigo—. Ahora te lo atas alrededor del pecho, así…

— Estoy soñando —repuso Donovan con voz contraída—. Te estaba hablando de esto antes de quedarme dormido, y ahora mismo estaba soñando. De pronto me despierto aún con molestias en el estómago a causa de esa maldita rata, y compruebo que todo es un sueño.

— ¡No seas idiota, Mike! ¡Es la única forma de salir! Es un verdadero milagro que haya encontrado esos paracaídas, pues deben llevar aquí, por lo menos, veinte años…

— ¡Pues vaya! ¿Tienen garantía de devolución del dinero? No llevan otro paracaídas de repuesto.

— Funcionarán. Tienen que funcionar. ¡Vamos, Donovan! ¡Es la única manera!

— Eso es lo mismo que me dijo tu colega Oliver cuando me dio la cápsula verde. Una muerte segura…

— No lo es. Limítate a cerrar los ojos, Donovan. Un paso. Al tirar de la anilla del pecho, se activa la unidad. El paracaídas se abre por sí solo.

— Chocaremos contra la parte inferior de la nave…

— No, te precipitarás en caída libre durante los primeros mil metros, más o menos.

— ¿En caída libre?

Donovan dio rápidamente un paso atrás.

— Tú primero, Martin. Te seguiré.

— Muy bien, Mike. Confío en ti, amigo.

El Visitante rodeó la portilla para dar un salto limpio por la abertura. Cuando pasó detrás de Donovan, su pie salió disparado con esa difusa rapidez alienígena, alcanzando al humano en la parte posterior de sus pantalones y haciéndole salir por la abertura. Martin oyó el grito de Mike —en el que había indignación, rabia y miedo— y sonrió.

— Pero no demasiado…

Aún sonriendo, dio un paso hacia la nada.

CAPITULO XXIX

Diana recorría furiosa los pasillos de la Nave Madre. Al ver delante de ella a su ayudanta, le gritó:

— Acabo de recibir tu mensaje. ¿Dónde están?

El capitán bajó la voz.

— En la sala de conferencias de la cubierta Cinco.

Diana respondió con un seco asentimiento de cabeza y luego regresó a su laboratorio-despacho. Apretando un botón oculto tras las cortinas de la zona destinada a dormir, observó, impaciente, cómo se deslizaba la pared hacia un lado y descubría un sistema de monitorización, completado con una pantalla. Al activarla apareció una vista de la ya iniciada conferencia, conferencia que conocía sólo a nivel de rumores.

John, el Comandante Supremo, estaba diciendo:

— …sepan que me hallo falto de personal. Necesito delegar tanta autoridad como sea posible.

Pamela hizo un ademán de reprobación con la cabeza.

— Te olvidas, John, que Diana no es una comandante militar, aunque me consta que ha intentado asumir ese papel. Su dudosa relación con nuestro Líder ha desbocado su ambición mucho más allá de su capacidad. A fin de cuentas, es sólo una científica.

Steven asintió con gravedad.

— Y nuestro Líder en persona ha prevenido acerca de los peligros de la obsesión del poder.

— Me duele decir esto —prosiguió Pamela—, pero está poniendo en peligro tu control de la Flota, John.

Diana gritó ante la pantalla.

— ¡Apuesto a que te *duele* mucho…!

— Si hacemos balance —prosiguió Pamela—, veremos que sus fracasos superan a sus éxitos. Piensa en el revés sufrido en el hospital. Y luego la huida, tanto de Donovan como de Parrish. Francamente, se está convirtiendo, en una carga, de la que debemos libramos lo antes posible. Y me consta que estás harto de tapar sus errores, John.

John asintió a desgana. Diana dio un manotazo en la pared.

La voz de Pamela reflejaba de nuevo, pesar.

— Francamente, ni Steven ni yo disfrutamos minando el terreno a un miembro de tu personal…

— ¡Te encanta! —exclamó Diana dirigiéndose a la imagen del Comandante Supremo, con el veneno fluyendo en su boca.

— Pero, por el bien de la misión, hemos creído necesario discutirlo contigo —acabó Pamela.

— Aprecio mucho que os hayáis dirigido a mí —respondió John lentamente—. Sé cuán perturbador debe de haberos resultado, a ti y a Steven, venirme con esto. Tomaré en consideración el asunto.

Pamela sonrió con simpatía.

— Estoy segura de que tu decisión será la correcta.

Diana apretó el botón de «apagado» con un fuerte golpe.

— ¡Qué *perra* eres!

Pasó unos momentos tratando de calmarse, y luego se dirigió a la sala de conferencias de la cubierta cinco.

Tras hacer la señal en la puerta para que se abriese, entró sonriente.

— ¡Ah, John! ¡Qué agradable encontrarte aquí! Mi capitán me ha notificado que tu nave acaba de atracar.

Todos quedaron claramente desconcertados.

— Saludos, Diana —le dijo John—. Te hubiéramos informado de nuestra pequeña conferencia, pero…

Pamela intervino al ver que John titubeaba:

— Hemos creído que tienes demasiadas cosas a las que hacer frente. Y, dado que ésta es una conferencia militar, estoy segura de que lo entenderás.

Diana sonrió, aprobatoriamente.

— Claro que sí. A fin de cuentas, soy la única científica.

Con gran satisfacción, observó que las palabras que había elegido habían sembrado la consternación entre ellos.

— Pero quiero que los tres sepáis, como comandantes de la misión, que he estado pensando en llevar a efecto una decisión militar, decisión me me parece ha sido demorada durante mucho tiempo.

La sonrisa de Pamela se hizo algo forzada.

— Supongo… que… no… será algo demasiado… exótico…

— Tal vez un poco exótico para un aficionado. Pero me parece algo básico para un profesional.

Hizo una levísima pausa.

— He introducido un espía en el más importante y molesto de los grupos de resistencia.

— ¿Qué… has hecho?

Steven se incorporó, envarado.

— Te has excedido en tu autoridad, Diana —respondió John.

— Sí, afortunadamente —convino ella con gran calma. Luego se volvió hacia Steven—. Tendría que habérsete ocurrido a ti, Steven. *Tú* eres el Oficial de Seguridad Militar.

— ¡Has ido demasiado lejos! —le replicó, airado, Steven.

— Espera un momento.

John se volvió hacia él.

— ¿Por qué no mandaste un espía, Steven?

Mientras Steven tartamudeaba, Pamela intervino con suavidad:

— Íbamos a hacerlo. Un espía trabaja para *nosotros*. Ahora ella ha infiltrado uno, pero, ¿para quién trabaja ese espía? ¿Para Diana… o para nosotros? Tenemos una cadena de mando, John, que debe seguirse.

— Sí —intervino Steven, mirando, furibundo, a Diana—. Si se rompe la cadena, será el caos.

— Y una vez en el caos…, ¿qué?

Pamela se reclinó en su asiento.

— ¿Tal vez la revolución?

— ¡Espera un momento! —exclamó Diana, visiblemente encolerizada—. ¿Qué quieres dar a entender?

— Nada…, nada…

Pamela miró a John, como para hacer ver al oficial de la Flota con cuánta facilidad se sulfuraba Diana.

— Lo que estoy *declarando* es que, aunque tu idea del espía puede haber sido buena, has faltado a tu obligación al no informar de ello a tus oficiales superiores.

Diana empezó a hablar, pero luego lo pensó mejor y cerró la boca. Quedó en silencio, ardiendo de ira por dentro mientras Pamela la examinaba atentamente. John no hizo ningún comentario.

Juliet Parrish instruía a los nuevos reclutas en el cuidado de sus armas cuando Caleb Taylor apareció en el umbral de la habitación.

— Stanley Bernstein está aquí con un cargamento de comestibles —explicó, con la sombra de una sonrisa.

— ¿De veras? —preguntó Juliet, intrigada—. ¿Necesitas ayuda para entrarlos?

— Sí, es preciso —afirmó Caleb—. Ha traído algunos artículos *de* sibarita…, algo que hace mucho tiempo que no hemos visto.

Juliet se encogió de hombros.

— Muy bien…

Encontraron a Stanley de pie al lado de un coche de tamaño mediano.

— ¿Por qué no has traído la rubia, Stanley? —le preguntó Juliet—. No veo ningún bulto…

— ¡Oh, aquí están muy bien…!

Stanley sonrió, abriendo el vehículo.

— ¿Te gustan las sardinas?

Juliet se quedó mirando las dos sucias formas que se amontonaban en el cochecillo.

Luego susurró:

— Mike…

Donovan se incorporó, sonriendo.

— Hola, doctora… —saludó.

Martin se arrastró en torno a él, poniendo los pies en la hierba del patio trasero con una sensación de *terra firma* que, aunque no fuese la suya, no dejaba por eso de ser celebrada.

— Hola, Juliet —le dijo—. Sólo nos hemos visto una vez, antes de ahora, y entonces no estabas en tu mejor estado… Soy Martin.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Juliet, y Caleb y Stanley apartaron la mirada, sonriendo felices. La mujer tragó saliva e, impaciente, se enjugó la cara con las mangas.

— Hablando de estado… ¿Qué demonios os ha pasado a los dos? He conocido vagabundos que tenían mejor aspecto, por no hablar del olor…

— Es una historia muy larga —repuso Donovan, bajando lentamente del vehículo—. Y hasta divertida…

Rápidamente, Juliet se apresuró a asirle el brazo, mientras Caleb ayudaba a Martin. Una vez de pie, Donovan miró, sorprendido a su alrededor aquella ciudad suburbana.

— ¿Es el nuevo cuartel general? ¿San Pedro?

— Nos imaginamos que nunca pensarías en esto —le explicó Juliet—. Y aquí no podías tener a nadie en quien pensar…

— ¿Y Sean?

— Está más abajo de la calle, en la escuela. Hemos puesto en funcionamiento unas clases para mantener a los chicos ocupados durante el día. Enviaré a alguien a buscarle.

— Espera a que me haya lavado y comido algo —replicó Donovan—. Mo quiero asustarle con este aspecto…

— Vamos, os llevaré adentro —dijo Juliet, pasando un brazo alrededor de él—. Te lavaremos y te podré echar una ojeada.

— Estoy seguro de eso —intervino Caleb *sotto voce*, pero lo suficientemente alto como para que se le entendiese.

— Tienes una mente muy sucia, Caleb… —replicó Juliet, sonriendo—. Este hombre necesita *descanso*.

— Sí —convino Donovan en tono quejoso—, no tienes ni idea de lo que he sufrido para volver a tu lado.

La noticia del regreso de Donovan se extendió con rapidez, y los cuatro tuvieron que abrirse paso a duras penas, entre los miembros de la resistencia. Alguien abrió una botella de champán, y en seguida se organizó una fiesta.

Dejando a Martin al cuidado de Caleb y Willie, Juliet llevó al tambaleante Donovan al otro cuarto de baño.

— Espera un segundo —le dijo Julie—. No te muevas.

En un momento estuvo de regreso con dos grandes bolsas de plástico.

— Ponte de pie en ésta —le indicó—; esta otra es para esas horribles ropas.

Impersonalmente, empezó a quitarle aquellos asquerosos andrajos, que metió en la bolsa, junto con los zapatos.

— Parece como si hubieras estado viviendo hundido en basura hasta el corvejón, Donovan…

— Estás a mitad de camino de la verdad —admitió él—. En realidad, era basura y aguas residuales.

— Vaya… ¡Y qué delgado estás!

Contempló, desconsolada, las líneas visibles de sus costillas.

— Sí —admitió, mirándose él también—. Tengo un aspecto horrible…

En la ducha se reanimó lo suficiente para preguntar cómo habían ido las cosas durante las semanas que había estado ausente. Después de que Juliet le hubiese hecho un rápido resumen de sus golpes militares, preguntó por Robin.

— La semana pasada, Robin dio a luz. Tuve que hacerle la cesárea —explicó lúgubremente Juliet—. Había roto aguas, pero no avanzaba el proceso del parto.

Las anillas de la cortina de la ducha tintinearon cuando Donovan cerró el grifo del agua y sacó la cabeza.

— Pobre chiquilla. ¿Está bien?

Juliet asintió penosamente, mientras le tendía una toalla. Donovan miró a Juliet.

— Malas noticias, ¿eh? ¿Está realmente bien?

— Físicamente, sí. Incluso podría tener otro hijo, aunque necesitaría siempre de una cesárea. Robin tuvo gemelos.

Respiró hondo, sintiendo que le abrumaban de nuevo los recuerdos, y le explicó los detalles del nacimiento:

— …y desde entonces, la chiquilla muda de piel cada pocos días. Y come como una piraña, muy a menudo, cualquier cosa que le demos, y luego se queda dormida. Hemos encontrado ya una muda en la cuna. Tras cada muda se hace más recia y tiene un aspecto más maduro. Ahora ya es más alta y aparenta más edad que Katie…

Donovan movió la cabeza, salpicando agua.

— ¡Pobre Robin! Es *increíble*…

Se pasó la toalla por el cabello.

— Pero tú has hablado de gemelos.

— Sí.

Respiró profundamente.

— Había algo más en el útero. Parecía un ser reptiliano, pero con unos ojos azulverdosos de apariencia humana. Sólo vivió unas cuantas horas.

Mike salió de la ducha, con la toalla en torno de la cintura, y se sentó en una canasta.

— Juliet, ¿cómo es posible lo de esos gemelos?

— No lo sé. Es algo que va contra todos los principios de la Biología que he estudiado. Me pregunto si ni la misma Diana podría explicar esto…, francamente. Lo dudo. El padre Andrew dice que es una forma con la que Dios demuestra a nuestras dos especies que la vida es una, y ésta es una explicación mejor que cualquier otra que podamos dar Cal y yo…

— ¿Así que el reptil murió?

— Sí. Pero hicimos pruebas con el cadáver, aunque no se debe mencionar esto a Robin, pues está demasiado deprimida. Anteayer, Robert descubrió una bacteria en sus intestinos. Aunque sea inofensiva en sí, excreta un producto de desecho que creemos fue la causa de la muerte de la criatura. Cuando hicimos pruebas con Elizabeth —así fue cómo Robin llamó a la niñita de apariencia humana—, también lo encontramos en su tracto intestinal. Pero no le causa el menor daño.

Donovan la miró con intensidad.

— Pero si mató al otro gemelo, que era el más parecido a los Visitantes, entonces tal vez…

Julie asintió.

— Sí. Quizá. Estamos haciendo pruebas con los reptiles terrestres, para asegurarnos de que no les es perjudicial. Dentro de una semana, sabremos mejor si nos puede ser de utilidad.

— ¿Por qué te preocupa que les perjudique?

Se interrumpió.

— Lo siento… ¡Qué pregunta más estúpida! No podemos empeorar más nuestra ecología sólo para hacer desaparecer a los Visitantes.

— Hemos cultivado la bacteria y expuesto a los reptiles a la misma esta mañana; hasta ahora, ninguno ha resultado afectado. Como es natural, el siguiente paso será hacer una prueba para ver si causa a los Visitantes los mismos efectos que al gemelo muerto. Y si es así…

Levantó la mirada hacia Mike, y vio cómo le afectaban sus palabras.

— Si lo hace y podemos estar seguros de que es inofensiva para los humanos, habremos conseguido nuestra arma… La que hemos estado buscando durante tanto tiempo…

La mujer asintió, tratando de mantener la compostura, pero no pudo impedir una sonrisa.

— Tal vez.

Él se levantó, y la puso en pie a ella.

— ¡Eh…! Acabo de recordar. Que ya no estoy lleno de porquería…

Juliet le rodeó con los brazos, y se inclinaron uno contra otro en el pequeño cuarto lleno de vapor.

— ¡Estoy tan contenta de que hayas vuelto, Mike…! Quizá resulte reiterativa, pero cada vez que hacía algo que no requiriese mi plena atención, en el fondo de mi mente no hacía más que rogar para que volvieses sano y salvo.

— Tal vez eso ayudó a impedir que me diese por vencido el último día. Tenía tanta hambre y sed, que deseaba hacerlo, pero algo me lo impidió.

Acarició a Juliet cariñosamente el cabello, y luego la besó en la mejilla.

— Te voy a hacer rasguños…

— Quizá… Pero me gusta la barba… —respondió Juliet.

Donovan permaneció un momento en silencio abrazándola, y, cuando habló, se percibió un leve titubeo en su voz.

— Nunca he pertenecido a ninguna religión organizada, pero durante todo el tiempo en que he estado fuera, algo en mí ha estado rogando por volver a verte.

Titubeó, y luego la sujetó con mayor fuerza.

— ¿Sabes? Tal vez haya otra vida después de esto. Nunca me he atrevido a pensar en que todo se acabe; tal vez exista un tiempo en que vuelva para trabajar en otra cosa que no sea luchar, llevar alguna clase de existencia normal, con mi hijo, y me gustaría pensar que tú también formarás parte de ello, Juliet.

La mujer apoyó la cabeza en su pecho, sin mirarle.

— No lo sé, Mike. No puedo pensar en eso, no hasta que todo haya acabado.

La mujer quedó en silencio aunque el corazón le latía con fuerza. Finalmente, Juliet le miró. Los ojos de Donovan le indicaron que trataba de comprender, pero que le había lastimado. Juliet hizo un pequeño movimiento frustrado con las manos contra el pecho del hombre, en busca de las palabras adecuadas.

— No es lo que piensas. Ya sabes lo que siento…, o deberías saberlo. Se trata, simplemente, de que el tener la responsabilidad de este grupo me ha hecho incapaz de asumir cualquier otra hacia ninguna cosa o persona, incluidos mis propios sentimientos. ¿Me explico?

Mike asintió.

— Sí, me parece que sí. A mí me sucedió lo mismo mientras trataba de sustituirte, aunque sólo duró tres semanas. Por tanto, no te preocupes. Esperaré. Todo esperará. Lo que pasa es que he

tenido un montón de tiempo para pensar y ordenar las cosas en aquella Nave Madre.

Se encogió de hombros.

— Logré establecer algunas prioridades. Y tú y Sean sois las dos principales.

Se levantó y miró hacia el umbral.

— Será mejor que me des algo de ropa. Luego buscaré alguna cosa para comer.

— Muy bien. Cocinaré para ti. ¿Oué te gustaría?

— Cualquier cosa menos ratas.

La mujer lo miró durante largo rato y luego tragó saliva.

— Me parece que lo que me has dicho no es ninguna broma…

— Estás en lo cierto.

En la cocina encontraron a Ham Tyler esperándoles. Brindó a Donovan su típica media sonrisa.

— ¡Bicho malo nunca muere!

Mike examinó atentamente la estancia mientras se sentaba.

— ¿Tienes un matamoscas, Juliet? Me parece haber oído algún insecto zumbar por aquí.

Tyler se enfureció:

— ¿Cómo conseguiste escapar de los lagartos, Gooder? ¿Moralizándoles hasta matarlos de aburrimiento? ¿Nos podemos ir ya todos a casa?

Donovan le miró como si en aquel momento descubriera su presencia.

— Ham Tyler vivito y coleando… ¿Aún no te ha pegado nadie un tiro?

Tyler se encogió de hombros.

— No hemos tenido encuentros significativos con el enemigo desde que te fuiste, Gooder.

— Me refiero a alguien de aquí.

Juliet había comenzado a preparar huevos revueltos.

— ¿Por qué no habláis de una manera normal? —les preguntó—. ¿No os cansáis de esas chulerías de adolescente-macho?

Tyler ignoró la pregunta retórica.

— ¿Ya le has informado de cómo van las cosas, Juliet?

— Sí.

La mujer se volvió desde el fogón al escuchar unos suaves pasitos.

— ¡Ah! Hola, Elizabeth.

Donovan miró a la niñita de cabeza de estopa que se hallaba en el umbral, silenciosa, sujetando una vieja y raída muñeca. Parecía tener ya cinco años.

— ¿Es la hija de Robin?

— Sí, Elizabeth. Ya te he dicho que su crecimiento resultaba… desacostumbrado…

Colocó ante Donovan un plato de huevos revueltos y tostadas.

— William dice que los jóvenes Visitantes mudan por primera vez cuando tienen unos seis años, y que el cambio es mínimo en ese momento. Afirma que esta clase de crecimiento tampoco tiene precedentes entre ellos…

Juliet acarició el cabello rubio de la pequeña.

— Hola, cariño. ¿Quieres un poco de pan de pasas?

Tendió una rodaja a la pequeña, que la tomó y se marchó mordisqueándola.

Mike alzó la mirada de su plato con sonrisa de agradecimiento.

— ¡Esto sabe *maravillosamente*, Juliet! Gracias… ¿Puede Elizabeth hablar?

— Nadie le ha oído decir nada. Se pasa la mayor parte del tiempo mirando libros. Incluso manuales técnicos. Simplemente se sitúa frente a ellos, los mira y vuelve las hojas durante horas y horas. Consiguió uno de esos muñecos que tenía Polly, y un día la cacé deletreando las palabras, perfectamente, una y otra vez. Pero no dice una sola palabra seguida…

— Debe de ser muy lista para haber logrado todo eso sin ayuda.

— Sí. Harmy y Willie han pasado un montón de tiempo con ella y yo también les he ayudado en mis ratos libres. El padre Andrew le cuenta historias de la Biblia y le lee. Al parecer, lo entiende, pero no habla… ¡Pobre cosita! Si ya es muy duro que en este mundo haya una mezcla de *razas*… ¡Imagínate lo que supondrá ser una mezcla de *especies*!

Como si hubiera oído mencionar su nombre, Willie apareció en la cocina.

— Donovan, ¡cuánto me alegra que te hayas retirado…!

— Que hayas *regresado* —le corrigió Juliet, sonriendo—. Es muy agradable tenerle aquí otra vez, ¿verdad?

— Hola, Willie —le saludó Mike.

— Ya he terminado de dar de comer a los animales del laboratorio, Juliet —indicó Willie.

— Gracias, Willie.

— ¿Están todos bien? —preguntó Ham Tyler, mirando al Visitante con profundo interés.

— Sí, muy bien —contestó Willie.

Ham lanzó a Juliet una mirada significativa.

— Da la impresión de que eso ha pasado la prueba en nuestros propios lagartos.

— Necesitamos por lo menos cinco días para estar seguros —respondió Juliet.

— Entonces sabremos realmente si eso sirve para algo —prosiguió Ham, contemplando especulativamente a Willie—. Me he enterado de que te has traído a otro de ellos, Gooder. Es una idea realmente buena.

Mike le miró siniestramente por encima de su vaso de jugo de naranja.

Dejando el vaso en la mesa, se inclinó hacia delante y dijo:

— ¡No, no lo harás, Tyler!

— ¡Ni siquiera tú serías capaz! —exclamó Juliet, lanzando una mirada de preocupación hacia Willie. Ham sonrió maliciosamente.

— ¿Por qué os salís tan fácilmente de vuestras casillas? ¡Algunos de mis mejores amigos son reptiles!

CAPÍTULO XXX

Ham Tyler estaba en la cocina de la casa de los Bernstein, poniendo una cazuela con pollo en el horno de microondas. Caleb Taylor se encontraba detrás de él, en la barra de los desayunos, dando vueltas a una botella de champán en un cubo con hielo. Desde el comedor oyeron la voz de Daniel Bernstein:

— ¡Eh, papi! Trae más champán…

Caleb se alisó los faldones de su chaqueta de mayordomo, sonriendo tristemente a Tyler.

— Sí, amito… Ya voy… —musitó en voz baja, recogiendo la botella y secándola cuidadosamente con una servilleta. Luego se colocó la servilleta encima del brazo y atravesó la puerta batiente que daba al comedor.

Daniel, Maggie, Brian y una muchacha bajita de cabello rubio, a la que Maggie había presentado sólo como Carol Ann, se hallaban sentados con Lynn y Stanley. La mesa estaba puesta de una manera muy formal, con cristalería, porcelana y plata. Un ramo de rosas de té ponía una nota de color en el centro de un mantel de damasco. Daniel se volvió hacia Caleb cuando éste entró.

— ¡Apresúrate, papi! ¡Hoy tenemos un montón de cosas que celebrar!

— Estupendo, Mr. Bernstein —replicó Caleb en tono monocorde, destapando la botella y recogiendo expertamente con la servilleta la espuma que rebosaba. Comenzó a servir.

— ¿Dónde está el «Dom Perignon» del setenta y nueve? —protestó Daniel, lanzando una desdeñosa ojeada a la botella de «Moét Chandon»—. No podemos bebemos esta bazofia.

— Lo siento, Mr. Bernstein. Sólo quedan dos botellas de «Don Perignon».

— Muy bien, muy bien… ¿Y la comida? —siguió preguntando Daniel.

— Estará lista en un momento, señor.

Stanley se reclinó con la copa de champán levantada.

— Antes de comer, me gustaría proponer un brindis por nuestro hijo, Daniel, que acaba de ser nombrado Subjefe de Seguridad de toda la Flota Visitante. Buen trabajo, hijo. Te has mantenido a salvo y nos has mantenido a nosotros.

Bebieron a la salud de Daniel. Éste sonrió ampliamente.

— Todo se lo debo a Brian.

— ¡Qué disparate, Daniel! —se apresuró a decir Brian—. Lo conseguiste tú. Todo cuanto yo hice fue facilitarte la oportunidad. Fuiste tú quien llevó a cabo la espectacular captura del líder de la resistencia y quien eliminó a la saboteadora. Todo el mérito es tuyo.

Daniel tenía lágrimas en los ojos cuando dio unas palmaditas a Brian en los hombros; luego atrajo a Maggie más cerca de sí.

— ¡Tengo los mejores amigos en todo este condenado planeta…!

Carol Ann, la pecosa rubita, sonrió insulsamente.

— Vaya, todo esto me parece tan excitante. ¡Como haber cenado con el FBI, o algo parecido!

Daniel miró a Maggie con ojos en blanco. Reprimiéndose, preguntó:

— ¡Por el amor de Dios!, ¿de dónde la has sacado?

Maggie se encogió de hombros.

— No sabía de qué tipo le gustarían —contestó en un susurro—, y hay montones de chicas que se pirran por los Visitantes.

— El FBI —repitió Brian pensativamente—. Eso era…

Se corrigió en seguida:

— ¿No es una de las agencias que ayudan al Gobierno de los Estados Unidos a regir el país? ¿La Oficina Federal de Investigación?

Carol Ann le sonrió.

— ¿Es eso? Hum… No lo sabía…

Se produjo un breve silencio. Finalmente, Maggie añadió con viveza:

— Carol Ann es peluquera, ¿no lo sabías?

— ¿De veras? —preguntó Brian—. ¿Y qué hace una peluquera?

— Arregla el cabello… —contestó Carol Ann—. Ya sabes, marcar, lavar, permanentes… Cosas así. Tienes un cabello muy bonito, Brian.

Se puso en pie y pasó los dedos por los rizos color bronce de Brian.

— Vaya, ¡qué extraño…! No es una peluca, ¿verdad? ¿Tienes el cabello tejido?

Examinó las raíces de su cabello, mientras Brian parecía sumamente incómodo.

— Ni hablar… —exclamó, considerándolo bien y volviendo a sentarse—. Es simplemente un pelo extraño.

Brian cambió de tema, haciendo un ademán hacia la puerta de la cocina, donde se encontraba Caleb, observándolos impasible.

— Esas personas… Los negros, quiero decir… Nos hemos enterado de que antes eran esclavos. ¿Es cierto eso?

— Sí —Daniel sonrió, deliberadamente provocativo, mirando de reojo a su padre—. Me parece que no resultó positivo habernos desembarazado de algunos de los viejos procedimientos.

Caleb, que había lanzado una rápida mirada hacia la cocina, regresó asintiendo, a tiempo de oír la observación. Daniel se percató con satisfacción de cuánto mortificaban a sus padres sus comentarios.

Brian asintió.

— Es mucho más simple tener una clase que sepa que su puesto es servir. Eso permite a las capas superiores disponer del tiempo necesario para asuntos más importantes.

Stanley Bernstein dejó en la mesa su copa de champán, apretando los labios.

— En este país tenemos una palabra para los que piensan de esa manera…

— ¡Padre!

Daniel fulminó con la mirada a Stanley. En seguida hizo una señal a Caleb.

— Eh, papi… Estoy seco… Llénamelo…

Con otra mirada hacia la cocina, el negro se acercó a la mesa.

Brian habló con Stanley Bernstein.

— ¿Y cuál es su palabra para esa clase de pensamiento?

Con una amplia sonrisa, Caleb vertió sobre la cabeza de Brian lo que quedaba del champán.

— A eso se le llama ser racista, Brian.

Mientras el Visitante se ponía en pie de un salto, Caleb alzó la botella de champán y la estampó contra la cabeza del Jefe de la Juventud. Brian se derrumbó en el suelo.

Daniel se incorporó, buscando su arma con la mano, y gritó incoherentemente. Volviéndose, Cari Ann le pinchó la mano con un tenedor, haciéndole soltar el arma. Con una sonrisa, Maggie recuperó la pistola Visitante y apuntó a Daniel con mano firme.

Ham Tyler, Elias y Juliet Parrish salieron de la cocina llevando una gran alfombra. Protegiéndose la sangrante mano contra el pecho con una expresión de mudo asombro, Daniel miró por la ventana del comedor y vio una furgoneta de tintorería estacionada al otro lado de la calle. Los tres combatientes de la resistencia empezaban a enrollar a Brian en la alfombra.

Elias sonrió a su padre.

— Rodando hasta Georgia…

— Cuando regresemos al cuartel general, enséñale a cantar algunos espirituales. Deseaba aprender cosas acerca de la esclavitud, ¿no es así?

— Ya sabes lo que se dice, papi… La experiencia es la madre de la ciencia…

Dan miró implorante a Maggie, que le lanzó un beso. Luego levantó su arma de una forma muy profesional e, indiferentemente, quitó el seguro.

— No te muevas, Danny, cariño… O te volaré una de las extremidades…, y ya te imaginarás en cuál estoy pensando…

Mascullando, pero sin querer desafiar el odio que había en los ojos de la muchacha, Daniel se volvió hacia sus padres.

— ¿Mamá? ¿Papá? No permitiréis que esto suceda en vuestra casa, ¿verdad?

Su madre se lo quedó mirando, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su desprecio.

— Ahora somos «mamá» y «papá», ¿verdad? No. Eres un extraño. Un extraño asesino que apareció por nuestra casa y empezó por matar al hijo al que tanto amábamos. No te conocemos.

— ¡Os he salvado! ¡Y os he alimentado!

— Has deshonrado nuestro apellido… —replicó Stanley fríamente—. Has traicionado nuestra fe. Has provocado la muerte de tu abuelo y asesinado a sangre fría a una de nuestras amigas. No tenemos ningún hijo…

Stanley rodeó con un brazo los hombros de Lynn y salieron juntos por la puerta principal. Caleb, Elias y Juliet acabaron de enrollar la alfombra y se llevaron el bulto por la cocina. Daniel se quedó mirando a Ham Tyler.

— ¿Ha oído eso? ¡Me han abandonado! ¡Mis propios padres!

— Merecías que te hubiesen ahogado al nacer, pequeño y mierdoso Judas… —le dijo Ham mirándolo fríamente.

— Si esperas que implore por mi vida, estás loco…

La saliva salpicó los labios de Daniel, mientras reía histéricamente.

— ¡Me alegra que mis padres se hayan ido! He hecho las cosas mucho mejor que cualquier otra persona… He realizado lo que ningún otro humano ha conseguido llevar a cabo. ¡Soy uno de sus oficiales! ¡Y les doy órdenes! ¡Estoy orgulloso de ello! ¡Muy orgulloso!

— ¡Maldita sea, cierra el pico! —exclamó Ham, y le propinó un golpe.

Con la sangre manándole por la boca y la nariz, Daniel se derrumbó bajo la mesa. En un

alarde, Ham sacó las flores del jarrón y se las tendió a Maggie.

— Lo ha hecho usted muy bien, señora. Es usted la ganadora.

La chica tomó las rosas y frunció el ceño hacia Daniel.

— Supongo que le hemos atrapado, Ham… Pero esto no es suficiente. Le quiero muerto por lo que hizo. A Ruby. A mí.

Ham enarcó las grises cejas.

— ¿He dicho que hayamos acabado con él?

— ¿Qué quieres decir?

La sonrió y luego le explicó, con detalle, lo que pretendía hacer. Maggie comenzó también a sonreír. Ham se acercó al teléfono del salón, marcó con rapidez y habló con Maggie.

— Ven aquí. Pueden reconocer mi voz. Les he llamado muchas veces con amenazas de bombas…

Maggie tomó el teléfono y escuchó los timbrazos en el otro extremo de la línea.

Una voz dijo:

— Cuartel general de los Visitantes.

— Me gustaría hablar con Steven, el Oficial de Seguridad. Dígale que es un asunto de extrema urgencia referente a la seguridad interna Visitante.

Levantó la mirada, viendo que Ham calculaba el tiempo de la llamada y que le avisaría en el momento en que empezara a correr peligro de que la localizaran.

— ¡Sí! —respondió una voz Visitante masculina al cabo de un minuto—. Aquí Steven. ¿Quién es?

— Mi nombre no importa —respondió con suavidad Maggie—, pero soy un humano que cree en la ley y el orden y que aprecia la ayuda que los Visitantes están prestando a mi planeta para mantener esa ley y ese orden. Acabo de ver cómo han capturado a uno de sus oficiales, un líder de la Juventud que se llama Brian, y sé quién lo ha hecho. Se trata de Daniel Bernstein. Le entreoí decir que, sin Brian a su alrededor, él llegaría a ser el eventual jefe de la Seguridad Visitante. Se lo dijo a un hombre de cabello gris cuyo nombre desconozco, pero al que llamaba *el Sobornador*. Confío en que esto les sirva de ayuda.

Maggie colgó y sonrió a Ham, abrazando las rosas.

— Eso está mucho mejor…

— Puedes estar segura, nena…

— ¿Cómo ha ido eso? —preguntó Mike Donovan, cuando Juliet asomó la cabeza por la sala de estar.

Juliet le hizo la señal de la «V». Donovan dejó a Sean, que había estado mirando la televisión en el sofá, a su lado, y siguió a los otros al gran laboratorio.

Elias y Caleb quitaron la cinta de la enrollada alfombra y, con ágil movimiento, propio de la misma Cleopatra, echaron al suelo al ahora consciente Brian. Aturdido por la repentina claridad, el oficial Visitante se puso en pie, parpadeando, y se refugió en un rincón.

— ¿Dónde estoy?

Elias sonrió.

— En lo que a ti se refiere, es Harlem, tío.

— ¿Harlem?

Resultaba obvio que Brian no comprendía aquella referencia.

— Final de trayecto —explicó solícito Caleb, quitándose la chaqueta de mayordomo y torciéndose la corbata de lazo blanca.

Ham Tyler entró en el laboratorio, seguido de Maggie, la cual, según observó Donovan, llevaba un ramo de rosas. Brian paseó la mirada de una cara inamistosa a otra, de un arma desenfundada a otra, visiblemente intimidado por su captura. Robert Maxwell, con bata blanca de laboratorio, se acercó a él.

— No has podido elegirlo mejor, Juliet. ¿Cuándo hemos de ponerle la toxina a este muchacho?

Juliet se echó hacia atrás, cansadamente, un mechón de pelo, y sus mandíbulas se endurecieron.

— Robert, ya discutiremos eso. Haremos cierto número de pruebas, pero no tendremos aquí conejillos de Indias a la fuerza. Brian nos puede ser útil por su información sobre la seguridad, y un poco de su sangre y otras respuestas metabólicas nos servirán para las pruebas. *Pero eso es todo*. Conviene que no lo olvides.

Maxwell apretó los labios, pero no trató de protestar. Juliet hizo un ademán al joven Visitante para que entrara en la cámara de aislamiento. Brian se metió como si estuviese contento por tener aquellas recias paredes de plexiglás entre él y los otros.

La puerta del laboratorio se abrió. Robin, que llevaba a Elizabeth de la mano (la niña aparentaba nueve años), se quedó de pie en el umbral.

Brian gritó:

— ¡Robin!

Un micrófono pendiente del techo de la cámara de aislamiento captó sus palabras.

— ¡Robin, diles que me suelten! ¡Ayúdame, Robin!

Lentamente, Robin y su hija caminaron hacia la cámara. Pareció que Robert Maxwell iba a adelantarse y cerrarle el paso, pero Donovan le echó hacia atrás.

— Déjala que se enfrente con él, Bob. Ésta es la primera vez que sale de su ensimismamiento desde hace mucho tiempo. Tal vez el enfrentarse con él de nuevo la ayude a disipar sus fantasmas.

Maxwell miró al periodista durante largo rato; luego, asintiendo, permaneció inmóvil.

La voz de Brian se hizo más baja, más jadeante.

— Robin, cariño, ¡qué contento estoy de verte…! Dile a esas personas que no quiero hacerles daño. Tú lo sabes… Te amo, Robin…

La chica se lo quedó mirando, tan inexpresivamente como la niñita que estaba a su lado. Brian se percató de Elizabeth por primera vez.

— ¿Es tu hermana, Robin?

Por vez primera en muchas semanas, Robin dijo más de un monosílabo:

— Es tu hija, Brian. La he llamado Elizabeth.

La noticia, evidentemente, conmocionó a Brian, pero Donovan pudo ver que se recuperaba en seguida y que luego se traslucía el cálculo en su mirada.

— Me alegro, Robin. Eso significa que formamos una familia. Que podremos irnos juntos, los

tres…

— ¿Y adónde podríamos ir, Brian?

Robin estaba *demasiado* calmada. Donovan sintió que sus manos empezaban a sudar.

— No quiero estar con tu pueblo. Ya sabes que conozco su aspecto, compréndelo… Y también sé cómo eres tú. Si lo hubiera sabido aquel día, nunca habría permitido que me tocases, y tú lo sabes. Me mentiste.

— No, no lo hice… ¡De veras que te amo!

— ¡Maldita sea, Brian…!

La fría conducta de Robin empezó a mostrar algunos resquicios.

— Me mentiste acerca de que me ayudarías a escapar, me mentiste con tu falso rostro y luego no te *detuviste* cuando grité y te supliqué… Sembraste en mí la semilla de un *monstruo*, Brian… Elizabeth tuvo una hermana gemela que se parecía a ti, excepto en los ojos, iguales que los de mi madre… ¡Y los tuyos mataron a mi madre! ¡Tú la mataste!

Con un súbito y fuerte tirón, abrió la cerradura exterior de la cámara de aislamiento y, sacando una ampolla con polvo rojo de debajo de su holgado chándal, lo arrojó a la cámara y cerró la puerta de nuevo, esta vez con llave.

Todo el mundo quedó atónito, y Maxwell gritó:

— ¡Es la toxina! ¡Me ha sustraído la partida de los caldos de cultivo de hoy!

— ¿Qué has hecho? —aulló Brian, cuando se vio envuelto por un pálido polvo rojizo que empezó a moverse y arremolinarse a causa de sus frenéticos movimientos—. ¡Socorro!

Comenzó a dar golpes en el plexiglás. Donovan se lanzó hacia delante, pero Juliet le agarró del brazo.

— No la abras, Donovan. Quizá sea inofensiva, pero no podemos estar seguros. Tal vez a él no le afecte, pero puede matarnos a nosotros si rompemos el aislamiento.

Los gritos de Brian se transformaron poco después en ahogados gruñidos. Se arrodilló y se aferró desesperadamente la garganta, jadeando.

— Es la toxina —explicó Cal Robinson—. Ha entrado por los conductos respiratorios, y los productos de desecho cierran los alvéolos, impidiéndoles tomar oxígeno. Se está asfixiando…

Mientras Brian se arañaba el rostro, su piel humana se desfibró y se abrió, revelando sus rasgos reptilianos. Cayó de lado, en medio de sacudidas. Resultaba obvio que estaba agonizando.

Ham le contempló con no contenida satisfacción.

— Ya se ha ido —comentó—, pero aún se retorcerá durante un rato. Todo el mundo sabe que una serpiente no muere hasta que se ha puesto el sol.

Robin se volvió lentamente para enfrentarse al grupo, con ojos febriles y el esbozo de una sonrisa en su rostro.

— Ha muerto —manifestó—. Ya no podrá mentirme nunca más.

Robert saltó adelante para sostenerla en el momento en que se derrumbaba en el suelo. Elizabeth observó desapasionadamente cómo Maxwell sacaba a su madre del laboratorio. Ham contempló también su partida. Luego volvió su dura y cínica mirada hacia Elizabeth.

— Lo más probable es que se le hayan quitado las ganas de tener a su hija.

Donovan se lo quedó mirando, asqueado, y luego se apoderaron de él unas repentinas y locas

ansias de echarse a reír. Otros dos miembros de la resistencia asomaron la cabeza en el laboratorio para ver qué había sucedido. Sancho contempló especulativamente el polvo rojo, que había empezado a depositarse con mucho lentitud en el suelo, cayendo como nieve roja sobre el cuerpo de Brian.

— Tal vez pueda vender esta cosa. Como fertilizante o algo parecido.

— No sabes lo que dices, Sancho —le dijo Juliet, sonriendo lúgubremente—. Acabarías matando más cosas de las que pudieras cosechar. Por desagradables e irracionales que hayan sido las acciones de Robin esta noche, y esa pobre chiquilla no ha estado en su sano juicio durante mucho tiempo, nos ha resuelto parte de nuestro problema.

— ¡Mira, eso le ha matado! ¿Qué más quieres, Juliet? —le preguntó Elias.

— Tenemos que saber si también nos matará a nosotros.

— Pues juguemos a pajitas y averigüémoslo —comentó Ham.

Caleb le dirigió una sarcástica mirada.

— Tendríamos que hacer un concurso de popularidad… Yo le abriría la puerta con mucho gusto, Mr. Tyler.

— Tu viejo es muy gracioso —dijo Han a Elias.

— Yo votaría por mi madre —comentó Donovan, bromeando sólo a medias.

— Gooder, ¿dónde están tu dulzura y toda esa ética y moral de la que siempre alardeas? —gritó Ham, con un horror simulado.

Al cabo de unos segundos, continuó:

— Tengo un juego de naipes en mi cuarto. Podríamos probar con eso. La carta más baja gana.

— ¡Esperad un momento! —exclamó Donovan.

— No tenemos que esperar nada —replicó Ham—. Si no empezamos a producir esa arma, los malditos lagartos nos dejarán secos…

— Mira, Tyler, tendrás que esperar un momento, porque hemos de hablar de esto. No me gusta la forma en que tratas la vida humana. A ti todo te resulta indiferente. ¡Tu siguiente paso será despreocuparte por completo de la vida humana!

Ham hizo un ademán de disgusto.

— No creo en este tipo —comentó, dirigiéndose a todos—. Está en juego nuestra supervivencia, y él no hace más que hablar de consideraciones morales. ¡La supervivencia *es* inmoral, Gooder! Implica agresión, muertes, sin importar lo civilizado que seas o lo que te conmueva el matar… Es algo que está ahí, te guste admitirlo o no.

Con los brazos en jarras los miró, furibundo.

— Hay una cuestión; ellos o nosotros, y así ha sido durante toda la Historia. La supervivencia es la regla, y no la moral o la ética…

Donovan meneó la cabeza.

— Ahí radica la diferencia entre tú y el resto de nosotros. Tu argumentación no es más que palabrería que suena razonable sólo porque es muy poco complicada.

— *¡Juliet!* —gritó Caleb.

Donovan se apartó de Tyler a tiempo de ver cómo Juliet entraba en la cámara en que se hallaba el cadáver de Brian y cerraba la puerta por dentro.

— *¡No!*

De un salto, Mike se encontró al otro lado de la habitación, sintiendo cómo la pared de plexiglás resbalaba bajo sus dedos y contemplando a Juliet a través de la misma:

— *¡Juliet! ¡Sal! ¡Ahora mismo!*

La mujer le sonrió mientras él golpeaba la puerta. Luego, deliberadamente, respiró hondo.

— ¡Juliet!

Donovan golpeaba frenéticamente la puerta, pero la cerradura resistió.

— ¡Abre!

— ¡Sal, Julie! —exclamó Caleb, uniéndose a Donovan.

— Vamos, Caleb… A la vez…

Se prepararon para lanzarse contra la puerta de la cámara de aislamiento, pero, antes siquiera de que se moviesen, unos dedos acerados como pistones les agarraron los brazos.

— ¡No! —gritó Ham—. ¡No entréis! ¡Vamos a necesitar esa cámara de aislamiento!

Mike se volvió salvajemente hacia él, pero aquel movimiento pareció devolverle los sentidos, puesto que dejó caer los brazos y se quedó allí, respirando con fuerza y mirando, furibundo, a Ham.

— Tú…

Donovan se lanzó hacia él, pero fue sujetado por Caleb.

— ¡Tú tienes la culpa! ¡Si no hubieras estado tan condenadamente sediento de sangre, ella no habría hecho eso…!

— Cálmate, Donovan. La dama lo ha hecho por su propia voluntad.

Mike se calmó y volvió a la puerta, para tirar nuevamente de ella.

— Id por la otra llave. Está en el laboratorio.

— Ya es demasiado tarde, Mike. Ha estado respirando ese producto durante un minuto por lo menos —explicó Elias.

— *¡Traed la llave!*

Mientras Elias salía, Donovan se calmó al ver a Juliet de pie, sin mostrar señales de incomodidad. Cuando Elias regresó, Mike le agarró la nave, pero Juliet, sonriendo ampliamente y haciendo el signo de la «V», abrió la puerta y salió; Donovan la sujetó.

— ¡Idiota! —le gritó—. ¡Eres una loca! Pero muy valiente.

Le apretó la mano.

— Necesitábamos una respuesta. Ham tiene razón. Cada vez tenemos menos tiempo. ¡Me imaginé que sería más placentero morir miserablemente, con los pulmones deshechos por esas bacterias, que antes que oíros discutir más…!

Lanzó a Tyler una burlona sonrisa por encima de los hombros de Donovan.

— Ésa es la clase de actitud que deberíamos adoptar un poco más… A veces hay que correr algunos riesgos —indicó Ham, impenitente.

Mike hizo retroceder algo a la chica y la miró fijamente.

— ¿Cómo te encuentras?

— Muy bien. Tiene un leve olor como a orégano.

— Pero no es suficiente para matarte.

La mujer se echó a reír y tomó la cara de Mike entre sus manos, oprimiéndola levemente.

— ¡No, si te gusta la cocina italiana, idiota…!

Mike la abrazó de nuevo.

— Estás loca. Pero te amo.

Ham Tyler emitió un ruido de náuseas. Donovan le hizo una señal con el dedo y besó a Juliet, larga y firmemente.

— Pensé que nunca más podría volver a hacerlo.

Juliet se echó hacia atrás un mechón, y le sonrió ligeramente conmovida.

— Ahora tendremos *montones* de tiempo para eso…

— ¡Muy bien!

La voz de Tyler les hizo separarse.

— Hay que ponerse a trabajar… Con excepción de cualesquiera científicos de cuatro ojos con los que Juliet necesite consultar, nadie —y quiero decir *nadie*— que no esté en este cuarto debe saber lo que ha sucedido… ¿Comprendido? Elias, debes ver a todos los que estaban aquí cuando la palmó el escamoso, y decirles que no se lo cuenten ni siquiera a su familias. Esto ha de mantenerse en el más estricto secreto.

La puerta del laboratorio se abrió con fuerza y entraron Chris Faber y Robert Maxwell.

— ¡El padre! —declaró Faber—. Se ha llevado a la niña.

— *¿Qué?* —exclamaron todos.

— Tiene razón —intervino Maxwell—. Conduje a Robin a su cuarto con Elizabeth, y el padre Andrew se acercó por allí. No sabía lo que había sucedido esta noche, y Robin, cuando se serenó, empezó a llorar, diciéndole que había cometido un asesinato y le rogó que le diese la absolución. Le contó que había matado a Brian.

— ¿Le dijo *cómo*? —inquirió Ham.

— No…, no… Fue muy incoherente en su explicación. Pero sí entendió que había matado al Visitante que era el padre de Elizabeth. Le dijo que rogaría por ella, y que Dios comprendería que la gente pierde a veces la cabeza a causa de la pena, y que cualquier persona que ha sufrido lo que ella, no puede sentirse responsable de sus propias acciones. Él le dijo que Cristo la perdonaría. Esto la calmó, le di un sedante y la metí en la cama. Cuando volví, el padre Andrew y Elizabeth habían desaparecido…

— Ya he registrado todo el lugar, jefe —dijo Chris a Ham—. Pero se ha desvanecido. Probablemente creyó que Robin la emprendería luego con la chiquilla.

— ¡Jesús…!

Ham se dio un puñetazo en la mano.

— Por lo menos, el padre Andrew no sabe nada acerca de la toxina, y la niña no habla… aún…

— Está bien, muchachos, empecemos a guardarlo todo —dijo Juliet—. Donovan, me ayudarás a supervisar las coséis. Elias, trae los camiones. Quiero este lugar despejado en una *hora*. Armas, suministros, todo… Nos trasladamos de nuevo.

Diana estaba sentada en la sala de conferencias de la Nave Madre, sola, contemplando por la portilla de observación cómo se levantaba la luna llena. Desde aquella altura era muy grande y

muy clara.

La puerta se deslizó, y se abrió. Jake apareció con dos figuras: una, alta y fornida, y la otra, pequeña.

— Tengo buenas noticias, Diana.

La segunda al mando se irguió.

— ¿De qué se trata, capitán?

— Se ha presentado un miembro de la resistencia.

— ¡Qué extraordinario! —exclamó Diana, mostrando claramente sus sospechas—. ¿Así, por las buenas?

— Dice que es un emisario de paz. Que tiene pruebas de los lazos existentes entre nuestros dos pueblos.

— Tráigale aquí, capitán —pidió Diana.

Entró un hombre fornido y con bigote, que llevaba de la mano a una niñita de unos nueve años.

— Siéntese. —Diana hizo un ademán con la mano—. ¿Quién es usted?

El hombre fornido se sentó, y la niñita, solemnemente, lo hizo en una silla a su lado.

— Soy el padre Andrew Doyle, Diana —empezó—, sacerdote católico. Ésta es Elizabeth, el primer ser interplanetario, interestelar en realidad…

Diana miró incrédulamente a la chiquilla, mientras hacía unos rápidos cálculos mentales.

— ¿Tratas de decirme que *ésta* es la hija de Robin Maxwell?

— Pero, ¡qué crecida está! ¡Sólo tiene unas cuantas semanas!

— Sí. ¿Es peligroso semejante crecimiento?

— Tendré que examinarla. Creo que tan acelerado crecimiento podrá enlentecerse hasta un índice más seguro. Controlar las secreciones de la glándula pituitaria podría ser una forma.

— Elizabeth es una niña extraordinaria, Diana. No habla, pero es muy inteligente, como descubrirás si le haces las correspondientes pruebas. También es un símbolo de la unidad universal de todas las Creaciones de Dios. Confío en que su nacimiento constituya el puente hacia la paz entre nuestros dos pueblos.

— Eso es muy bonito, naturalmente —replicó Diana, observando al sacerdote con sus hendidos ojos—, pero también me pregunto si no la habrás traído porque temes por ella. ¿Hum?

Él se la quedó mirando durante un momento.

— Ha constituido un factor —replicó—; su madre es sólo una chiquilla, y no hay que permitirle la carga que supone hacer frente a una cosa así. Pero también puede ser interesante para ti el que su existencia demuestre que, realmente, todos formamos parte del mismo plan cósmico: la misma materia genética, sin que intervengan en ello las diferencias físicas externas.

— Continúa —le pidió Diana.

— Verás: si sigues este razonamiento a través de un punto de vista lógico, el hecho de cosechar seres humanos como alimento para tu pueblo equivale exactamente a canibalismo. ¿Vosotros, los Visitantes, os coméis a los miembros de vuestra misma especie?

— No —replicó Diana—, por lo menos hace varios centenares de años que no practicamos el canibalismo.

Se inclinó hacia delante para estudiar a Elizabeth, que le devolvió la mirada sin parpadear.

— Estoy intrigada por su audacia al venir aquí, Andrew. El valor es una cualidad que siempre he respetado. Y su argumentación, aunque tiene sus fallos, está bien elaborada. Nunca me había percatado de que cualquiera de las religiones humanas hiciera hincapié en el recto pensamiento y la clara presentación de las conclusiones.

El padre Andrew sonrió.

— Nosotros, los jesuítas, estamos especializados en este tipo de cosas. Me gustaría discutir el asunto contigo y aclarar más mi posición.

— También a mí me gustaría volver hablar contigo…

Diana se puso en pie y se dirigió ahora a Jake.

— Cuida de que el padre Andrew sea acomodado en la zona de los huéspedes, y que sea bien tratado. Me quedaré a Elizabeth aquí para realizar unos exámenes.

La pequeñita alzó la mirada hacia el padre Andrew mientras el clérigo se levantaba.

— Te veré más tarde, Elizabeth —le dijo, poniéndole la mano en la cabeza, casi como si la bendijese.

Luego siguió a Jake y salió.

Diana tendió la mano a la niñita.

— Ven, Elizabeth.

La niña titubeó, pero luego deslizó sus dedos entre los de la segunda al mando. Diana se la quedó mirando, acariciando por un momento aquel cabello de estopa, con mirada especulativa.

— ¿Qué voy a hacer contigo? —se preguntó suavemente y en voz alta.

Elizabeth levantó la mirada, pero no habló.

CAPÍTULO XXXI

Las siguientes cuatro semanas resultaron agitadas. La resistencia estableció sus nuevos cuarteles generales en «Johnson Dairy», en las afueras de Los Ángeles. La lechería había sido cerrada debido a la escasez de agua. El propietario, Terence Johnson, se oponía comprensiblemente a los Visitantes tanto por haber arruinado su negocio como porque su hija, una técnica de laboratorio, había «desaparecido» durante la persecución más despiadada de los Visitantes.

Tras cultivar la toxina en tinas de yogur, los rebeldes la procesaron y la empaquetaron para su envío a todo el mundo. Con la red de resistencia mundial en pleno auge, la planta de Los Angeles funcionaba las veinticuatro horas del día, sin descanso. Tras las dos primeras semanas, otra planta, ubicada en Suiza, se unió a sus esfuerzos. Juliet, Robert y Cal se retiraron de nuevo al laboratorio, esta vez para trabajar en una vacuna que protegiera a los quintacolumnistas contra los efectos de aquel mortífero polvo rojo.

Tras una semana de trabajo obtuvieron una sustancia que inmunizaría contra la toxina a los Visitantes amigos, pero no llegaron a saber hasta cuándo les mantendría a salvo su influencia. A todos los quintacolumnistas se les aconsejó que llevasen máscaras de oxígeno, y que, dentro de lo posible, evitasen respirar la sustancia. Lorraine, de la nave de Los Angeles, y Jennifer, de la de Nueva York, supervisaron la distribución y colocación del suero inmunizador entre las Naves Madre. Para entonces, la Quinta Columna se había extendido ya a toda la Flota, con una amplitud que hubiese horrorizado a John y a Pamela, de haberlo sabido éstos.

Gracias a sus conocimientos de las claves Visitantes y a trabajos internos, Martin se mostró un aliado de lo más valioso. Se hizo pasar por un humano mudo, vivía en la ciudad y vigilaba muchas de las emisiones Visitantes con un receptor montado por él mismo, empleando mecanismos de comunicación de varios vehículos de patrulla robados.

Un día, poco antes de que estuviese preparada la distribución de la toxina, Mike Donovan recibió un mensaje urgente en el que se le decía que había de encontrarse con el Visitante en un pequeño restaurante chino de la ciudad.

Cuando Donovan penetró en el establecimiento, el pequeño y mustio propietario se acercó a él.

— ¿Mesa para uno?

Donovan le dijo la contraseña:

— *Wa Chi*.

— Claro que sí, señor. Por aquí…

Sin perder un segundo, el hombre condujo a Mike al comedor privado, se inclinó y salió. Martin se levantó, ofreciéndole la mano. Donovan se la entrechó con firmeza. De repente, mientras se sentaba, se percató de que hacía tiempo que no era consciente de la frialdad de la piel de los Visitantes.

¡Cómo cambian los tiempos! —pensó—. *¡Chico, cómo cambian…!*

La apariencia del Visitante le chocaba, pues llevaba prendas de paisano en vez del uniforme.

— Esto es peligroso para los dos —comentó Mike, hablando en voz baja—. Debe de tratarse

de algo importante, ¿verdad?

— Desesperadamente importante, Mike. *Tenía* que verte. La resistencia se está embarcando en algo que podría resultar desastroso, si se produjera la menor brecha en la seguridad.

— Ya lo sabemos. Si Diana y sus compinches se enteran de esto, nos darán una buena tunda.

— No…

Martin movió enfáticamente la cabeza.

— Esto no tiene nada que ver con la resistencia. Se refiere al futuro de *vuestro* planeta. Sea cual sea el arma en la que estéis trabajando…

La mirada de Donovan se endureció.

— ¿Cómo lo sabes?

Martin se quedó mirando el raído mantel rojo.

— Hace unos días me acerqué al nuevo cuartel general en coche, pero Sancho no me dejó pasar. Sería un idiota si no me hubiese dado cuenta de que habéis descubierto un arma definitiva, y que la tenéis a punto.

— Muy bien, sí. Pero, ¿cuál es el problema?

— El Líder es…, puede ser, muy poco racional a veces… A bordo de una Nave Madre de cada Flota se instaló un mecanismo que cada Comandante Supremo o segundo al mando tiene órdenes de accionar si se ve amenazado por una derrota o captura segura. Este mecanismo va unido al impulso gravitatorio, convirtiendo la nave en una especie de mecanismo termonuclear de inmensas proporciones. El equivalente a centenares de millares de megatones. Suficiente para hacer volar un trozo de la Tierra del tamaño de este *continente*. Si lo accionan, nadie sobrevivirá.

Donovan se lo quedó mirando, presa de indecible horror.

— Dime que bromeas, Martin.

El alienígena meneó la cabeza.

— No, no bromeo… Vuestra arma, biológica, química, de la clase que sea, ha de ser capaz de producir una aniquilación *instantánea* de todos los Visitantes a bordo de esta nave, o alguien podría accionar esa cosa. Cualquier patriota fanático resuelto a seguir la orden final del Líder.

La voz de Donovan fue apenas un susurro.

— Puede que sea demasiado tarde, Martin. El arma es una toxina, ya la hemos fabricado y empaquetado. El grupo de Nueva York ha ideado un método de distribución que creará una especie de nube vital permanente, la cual convertirá al planeta en inútil para siempre respecto a los propósitos Visitantes. ¿Qué podemos hacer? Aunque avisemos a los demás grupos la existencia de ese mecanismo, uno o más de ellos pueden elegir actuar de forma independiente, ahora que tienen ya los medios.

— ¿Quiere eso decir que la toxina *no* es instantánea?

— No. Una vez se la inhala, tarda un minuto o dos en actuar. Se extiende a la velocidad de circulación del aire. Tendrían tiempo.

Levantó la vista hacia su amigo.

— Lo que esperamos es que, una vez se encuentre la toxina en el aire, tu gente se dé cuenta de que no existe la menor esperanza y se disperse, eliminando al mismo tiempo su suplemento de aire contaminado. De esa forma, las pérdidas serían menores.

— Tal vez ocurra como esperas, excepto en la nave que lleva el mecanismo.

— ¿Y qué nave es ésa? —preguntó Mike, aun sabiendo la respuesta antes de que Martin hablase.

— La de Diana. Ella fue una de las que ayudaron a los matemáticos a alterar el impulso gravitatorio con tal propósito. Y, lo que es peor, a bordo de su nave hay algunos oficiales de alta graduación que saben cómo poner ese programa en los ordenadores y dictar en clave la secuencia final. Diana, Steven, Pamela y John, si no se encuentra a bordo de la nave de Nueva York, saben muy bien todo esto. Lo mismo que yo.

— Perfecto. Será mejor que regrese; díselo a los demás. ¿Estás aún en el mismo lugar?

— No, me he trasladado de nuevo.

Rápidamente, Martin garrapateó la dirección y el número de teléfono —sin ningún nombre— en una caja de cerillas y se la entregó a Mike.

Donovan se sacó algo del bolsillo.

— Súbete las mangas, Martin.

— ¿Para qué? —preguntó el Visitante, haciendo lo que le pedían.

— Te inmunizará contra el «polvo-V». No te hará daño y lo necesitarás. Aquí…

Sacó una jeringuilla hipodérmica llena de un líquido claro e inyectó la sustancia en el antebrazo de su amigo.

— ¡Dios mío, vaya pieles más duras que tenéis…! —musitó, mirando a la ligeramente torcida aguja antes de hacerla desaparecer de nuevo.

— Gracias, Donovan —dijo Martin—, será mejor que salgas tú primero.

— Muy bien. Y gracias también a ti, Martin.

Miró con fijeza al Visitante.

— ¿Estás seguro de eso? ¿No podría ser un farol que el Líder hubiese ideado, para mantener más unidos a los soldados?

— No es ningún farol, Mike. La amenaza es real.

Respiró hondo.

— He sido testigo de los resultados de su empleo.

Diana observó a Elizabeth, sentada en la terminal del ordenador de su despacho-laboratorio, con sus cortos dedos bailoteando encima de las teclas, sin apenas una pausa. La niña no levantó en ningún momento la vista, puesto que su atención estaba centrada por completo en la máquina.

— ¿Está jugando a algo? —preguntó el padre Andrew, observando en la pantalla delante de la niñita una fantástica disposición de líneas coloreadas y símbolos.

— Una cosa así —respondió Diana, observando de cerca a Elizabeth—. Es un juego de programación que hacemos realizar a los más jóvenes. Pero es muy avanzado. Nunca he visto a una preadolescente ni siquiera intentarlo. Y está *ganando*.

En su voz se reflejó el asombro.

— Ya te dije que era muy lista —comentó el padre Andrew orgullosamente—. Sólo que hablase…

— ¿Lista?

La risa de Diana sonó cortante.

— Esta niña es lo que podría llamarse un supergenio. No estoy segura de haber podido medir su inteligencia con exactitud. Se sale de la escala…

El sacerdote la observó de cerca.

— ¿Y eso no te preocupa?

— Es su origen lo que me preocupa. No estoy segura de haber hecho una cosa acertada, experimentando genéticamente como hice cuando ella fue concebida. Siempre me he sentido cómodamente segura respecto a que nuestra especie es más inteligente que la vuestra. Pero ahora ya no lo sé.

— Veo que has tenido éxito en enlentecer su crecimiento.

— Sí, su crecimiento físico. Pero su crecimiento mental sigue siendo superior. Se pasa todo el tiempo jugando con el ordenador y con los programas que le he enseñado. El otro día la vi jugar con uno que no reconocí. Lo había creado ella misma. En nuestro idioma.

— Hablando de escritura, ¿le has echado un vistazo a la Biblia que te di?

— Sí, en efecto. Es muy interesante. La fuerza a través del amor y la paz… ¡Qué concepto más fuera de lo corriente! Y, al parecer, funcionó para tu Cristo y Sus discípulos.

— La mayor parte de las grandes religiones humanas hacen hincapié en la misma idea, Diana. Paz interior y fuerza, amor del hombre por todos sus hermanos.

— Y hermanas.

— Sí, claro…

El padre miró a su alrededor con aire ausente.

— ¿Podríamos discutir ahora acerca de cómo aportar la paz a nuestros dos pueblos?

— ¿Y cómo me harías conseguir eso? ¿Permitiéndote llevar la palabra de tu Dios a mi planeta? ¿Persuadiendo al Líder de que sus ambiciones son erróneas, de que debería amar a sus vecinos? ¿Aunque se encuentren a 8,7 años-luz de distancia?

— Me prestaría a viajar contigo y a enseñar la Palabra del Señor a cualquiera que desee escucharla. Si eso incluye a vuestro Líder y la Palabra de Dios le hace decidirse a dejar de lado su plan de destrucción, tanto mejor.

— ¿Harías eso?

— Lo haría…

Mientras Diana titubeaba, la señal que había en la puerta parpadeó.

— Debe de ser Jake —indicó, haciendo señas al padre Andrew de que se marchara—. Entra, capitán.

— ¿Has mandado a buscarme, Diana?

— Sí. Me preocupa que la Quinta Columna trate de asesinar al padre Andrew, el sacerdote. Dobla la guardia.

Jake asintió bruscamente, sin mirarla.

— Transmitiré inmediatamente tu petición a Pamela.

Diana se puso en pie rígida, aunque manteniendo la compostura.

— ¡No es un requerimiento, capitán! ¡Es la orden de un superior!

— Lo siento, Diana. Pamela ha dado instrucciones esta mañana de que todas las órdenes de

seguridad o militares sean transmitidas primero a través de ella. Al parecer, nuestro Líder se ha mostrado de acuerdo con Pamela y la ha autorizado a llevar a cabo esta regulación.

La segunda al mando trató de ocultar el ultraje que aquello suponía para ella, pero no tuvo demasiado éxito.

— Entendido. Eso es todo, capitán.

La puerta se deslizó detrás de Jake, y el padre Andrew volvió a entrar en el cuarto, con una débil sonrisa en los labios.

— Veo que hay más cosas entre nuestros dos pueblos, aparte el material genético de formación. La lucha por el poder es también una plaga en nuestro planeta.

— ¿Sonríes? ¿Acaso te divierte esto?

— Simplemente, me hace gracia el hecho que no seamos tan diferentes…

Ella sonrió con amargura.

— Resulta irónico sentir que puedo confiar más en ti que en mi propio pueblo.

— Tal vez constituya algo significativo…

Diana se echó a reír a desgana.

— No soy una víctima del destino, padre, sino de la traición. Todos me tienen celos, todos y cada uno de ellos, y están resueltos a destruirme. Me he volcado en la salvación de mi planeta, he dedicado toda mi vida a esta misión, he entregado mi cuerpo y mi alma al Líder…

Se derrumbó en una silla, con los hombros hundidos.

— Y ahora él me ha abandonado también…

— Diana, al decirte que esto constituye algo significativo, trato de sugerir que tal vez hayas sido escogida de alguna forma para una misión de un orden superior.

— ¿Tu Dios?

— Tal vez. O el tuyo.

En torno a la mesa de conferencias del cuartel general de la resistencia sostenían un acalorado debate Sancho, Maggie, Caleb, Juliet, Ham, Elias y Donovan. Éste, que había sido nombrado para presidir aquella reunión informal, dio unos golpes en la mesa.

— ¡Esperad un momento! ¡Esperad un momento!

Luego respiró con fuerza:

— *¡Callaos!*

A regañadientes, el grupo guardó silencio.

— Muy bien —prosiguió Donovan—, lo haremos comenzando por mi derecha. Tú primero, Ham.

— Lo que pienso es: ¿Por qué perdemos el tiempo en discusiones? Ganaremos o perderemos. No hay término medio.

Donovan señaló a Juliet, sentada al lado de Ham. La mujer movió su rubia cabeza.

— ¡Sí, hay un término medio! Siempre hay forma de llegar a un compromiso.

Miró en torno a la mesa.

— Si no ganamos el día V, podemos hacerlo en el futuro. Martin trabaja con la Quinta Columna, y están socavando con firmeza el terreno a los Visitantes. Gracias a Elias y a otros como

él en todo el mundo, la disciplina en sus filas está siendo minada por las drogas y el alcohol. Podemos posponer el empleo de la toxina y, sin embargo, salir vencedores.

Resultaba obvio que Sancho estaba ansioso por hablar.

— Adelante, Sancho —le autorizó Mike.

— Siento estar en desacuerdo con nuestros jefes aquí presentes, pero la Quinta Columna no nos ha ayudado a conseguir que regresen los nuestros, ni nos han facilitado demasiadas armas. Naturalmente estamos comprometidos con ellos, pero las únicas veces en que hemos conseguido algo significativo ha sido cuando lo hemos hecho por nosotros mismos. Mas estoy de acuerdo con Juliet en que podemos ganar sin tener que correr ese riesgo. Pero nos llevará más tiempo… Eso es todo.

Ham Tyler le interrumpió.

— Ya oís a este petimetre, así que será mejor que empecéis a hacer las maletas… No se gana una guerra rindiéndose antes de que empiece…

— ¡No he dicho que tengamos que rendirnos, Tyler! —se enfureció Sancho—. ¡Pero tampoco se gana una guerra simplemente gritando «Victoria»! Ni tampoco llamándome «petimetre»; piensa que en la próxima incursión puedes ser una baja de lo que se denomina «fuego amistoso».

— ¡Nada de amenazas, por favor! —intervino Donovan—. El próximo que se comporte así, tendrá que lavar los platos esta noche… Robert…

— Hasta ahora hemos perdido un montón de buena gente —empezó a decir Maxwell, cada vez más triste—. Ben, al que no conocía; Ruby, Brad, Chris Faber, durante la incursión de la última semana; Kathleen… Si olvidamos nuestra voluntad de vencer, habrán muerto por nada.

— Maggie…

Donovan hizo un ademán hacia la esbelta joven de cabello color miel oscura.

— ¿Cuál es tu opinión?

— Aún no tengo ninguna. Quisiera sólo hacer una pregunta.

— Esto es lo más inteligente que he escuchado en todo el día —indicó Mike—. Adelante…

— ¿Qué pasa con la Alianza de la que hablaba Martin?

— Tengo la impresión de que son una especie de Liga de las Naciones, u ONU, repletos de ideales, pero con escaso contenido práctico. Tal vez si se aliasen con la Quinta Columna podrían conseguir algo, pero, probablemente, no a tiempo de sernos de cierta utilidad…

— Muy bien —repuso Maggie—. El siguiente.

— Elias —dijo Donovan.

— Comprendo lo que Robert siente —opinó el joven—, puesto que soy uno de esos que ha perdido algo que significaba muchísimo para mí. Pero es estúpido arriesgarse a que vuele todo el mundo para vengar las muertes de nuestros amigos.

— Caleb…

Caleb habló con voz más profunda de lo acostumbrado.

— Estoy harto de guerra, ésta es la pura verdad. Harto hasta lo más profundo de mi ser. Pero no tiene el menor sentido haber llegado tan lejos y tirar la toalla cuando estamos a un paso de subir al cuadrilátero para el combate por el campeonato.

Elias miró ansiosamente a su padre.

— ¡Pero eso también pasa cuando subes al ring con tu metro setenta y te encuentras con que el otro tipo mide tres metros!

— ¡Y va armado con bazucas! —añadió Juliet, inclinándose hacia delante con los puños cerrados.

— Me imaginaba que era así como votabas, doctora —comentó Ham, con su voz destilando sarcasmo—. ¿Qué mano usaste al limpiarte los dientes esta mañana?

Donovan golpeó otra vez sobre la mesa.

— Muy bien… Os avisé… Elias, tú lavarás los platos —sentenció inexorable—. Y tú, Juliet, le ayudarás. Y Ham sacará la basura, así estarás en tu ambiente, Tyler, puesto que ahí es donde perteneces…

Se levantó un murmullo de protestas.

— Vale, ahora que me ha tocado el turno en el debate, dejaré paso a la discusión libre. Pero si siguen los altercados, doy por finalizado todo esto y me voy a jugar con mi hijo…

Juliet se volvió hacia Tyler:

— Me gustaría ayudarte a que me conocieses mejor, Ham. Nunca he tenido nada en la cabeza, desde el primer día en que este grupo me conoció, que no haya sido el compromiso de expulsar a los Visitantes de nuestro planeta y volver luego nuevamente a mis cosas. Pero aquí no estamos hablando de emboscadas en la jungla, sino del posible aniquilamiento del *mundo*. De todo este condenado *planeta*, Tyler, y de cualquier forma de vida que haya en él… No debes *convertirte* para caer en la cuenta de que ésa es una horrible idea…

Ham la miró furibundo, pero no retrocedió lo más mínimo.

— Señora mía, o matas al depredador, o le sirves de desayuno…, y todos sabéis que no hablo metafóricamente.

— Mira, ahora ya sabemos cómo es gobernar el mundo. Qué sensación más tonta, ¿verdad? Somos conscientes de que llevamos a cuestas la mayor responsabilidad que pueda sentir un dirigente…

Miró a todos, uno por uno.

— Hay personas en este mundo —o por lo menos las había diez meses atrás— que hubiesen oprimido ese botón, puesto que les importaba un pimiento todo, menos su pequeño rincón del mundo, su pequeño asimiento a la inmortalidad a través del poder. Pero ahora tenemos ese poder. Todos nosotros podemos decidir qué le sucedería al planeta. Y ésa es una terrible responsabilidad.

Se quedó mirando a Ham.

— ¿Sabes qué se siente ahora? *Que ahora tú eres Rusia*.

Se volvió hacia Elias.

— Y que *tú eres* los Estados Unidos.

Apuntó a Juliet.

— Y que tú eres uno de esos fanáticos religiosos de Oriente Medio con poder para destruir el mundo.

Se retrepó en la silla, con un rostro al que sólo daban vida sus ojos.

— Así, pues, ¿cómo se siente esta pandilla?

Se produjo un breve silencio.

Maggie lo rompió.

— Nosotros creemos tener razón, y los otros opinan que la tienen ellos. ¿Hay alguien con suficientes agallas para eliminar a todo el planeta, porque el mundo no quiere echarse atrás en su idea de lo que es correcto para todos?

— Es Diana la que está loca —replicó Juliet en voz baja.

— ¿Te ordenó que dijeras eso? —preguntó Ham.

— Cierra el pico, Tyler —replicaron al unísono Juliet y Donovan.

Luego se miraron el uno al otro.

— Me debes una cerveza —dijo Donovan.

— Si aún seguimos aquí, tendré mucho gusto en pagártela —le contestó lúgubremente Juliet.

Pensó durante un momento:

— ¿Sabes? —continuó—, con los de la Quinta Columna consiguiendo adeptos cada día, como sucede ahora, existe la posibilidad de que los Visitantes se transformen en un grupo que ya no constituya una amenaza.

Robert Maxwell movió la cabeza.

— Eso es lo que dijo Neville Chamberlain de Hitler. ¿Quieres correr ese peligro?

Se hizo de nuevo el silencio. Finalmente, Donovan se desperezó.

— Muy bien, todos han expresado su opinión. ¿Qué hemos de hacer ahora? ¿Proceder a una votación?

Miró a Juliet.

— Supongo que sí —admitió la mujer—, porque, estamos más acostumbrados a la democracia que a cualquier otra forma de Gobierno. Traeré papel y lápices.

— Muy bien —repuso Donovan cuando hubo regresado con ellos—. Aquí tenéis el papel y los lápices. Escribid en el papel «sí», si estáis *a favor* de llevar a cabo nuestro planeado «día V»; es decir, que un grupo arroje el polvo mientras otro penetra en la Nave Madre e intenta adueñarse del mismo antes de que Diana oprima el botón. Si habéis cambiado de idea respecto a llevar a cabo el «día V» a causa de ese mecanismo del día del juicio final que está a bordo de la nave de Los Angeles, en ese caso escribid «no». ¿Lo habéis entendido?

Ham Tyler se puso en pie.

— Yo no voy a votar sobre eso.

— Todos hemos de votar. Incluso tú.

— Ni hablar. Todo el mundo sabe lo que pienso. Si el grupo no comparte mi punto de vista, no les haré cambiar de opinión por sentarme aquí y escribir en una papeleta. Ni tampoco os someteré a aquello de «mejor muertos que rojos». Pero me gustaría recordar esto al grupo: los Visitantes se han presentado en este mundo con la expresa intención de dejarnos secos…

Levantó una mano para cortar cualquier discusión.

— Muy bien, ya sé que la mayoría de los suyos no sabían que éramos una forma de vida inteligente; sólo cumplían órdenes, y todas esas mandangas. Pero el auténtico propósito de su misión sigue en pie: han venido a quitamos toda el agua y dejamos secos. Y cuando lo hayan hecho, nos arrojarán por encima de sus hombros como si fuésemos latas vacías de cerveza. No sólo a los que estamos en este cuarto, sino al resto del mundo.

»Pero entonces ya no habrá mundo. Sólo una aplastada lata de cerveza. *Ahora* —en este momento y lugar— tenemos una posibilidad contra ellos. *Nunca* se nos brindará otra tan buena, pandilla. También es posible que no lo logremos, que no tomemos la Nave Madre a tiempo, y que logren apretar el gatillo de esa cosa. *Creo que podemos*. Me he pasado más de veinte años planeando y llevando a cabo este tipo de trabajo, y sé muy bien lo que me digo. Somos buenos. Todos nosotros. Nunca he trabajado con un equipo tan bueno, y no lo digo a la ligera. Decida lo que decida el grupo, estaré también con vosotros, podéis creerme.

— Tenéis que sopesar todos los riesgos, el riesgo de tratar de vivir y ponerlo todo en juego, contra el de no hacer nada y esperar más tiempo para morir. Aquí no estamos hablando de disuasión. *Sabemos* que lo harán. Ya he dicho que no hay término medio en esta lucha, y no lo hay. Moriremos si no vencemos.

Permanecieron en silencio durante largo rato, observándose unos a otros. Luego, Maggie alzó la mirada hacia Tyler.

— Pero, ¿*crees* que podremos tomar la nave a tiempo?

— Sí…

Ham se volvió y salió sin mirar hacia atrás.

— ¿Alguien tiene algo más que decir? —preguntó Donovan.

No se levantaron ni voces ni manos.

— Muy bien. Votemos, pues.

Juliet mezcló los trozos de papel en la intimidad de su despacho y luego los contó una vez más, para asegurarse. Resultaba definitivo. Por pequeño margen *(pero, ¿cómo podía ser de otra forma?* —pensó amargamente—; *somos un grupo pequeño)*, el consejo de la resistencia votó el ataque. La propia Juliet había votado en contra. Ahora debía dirigir a su gente en una acción cuyo solo pensamiento le daba escalofríos.

¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! —pensó débilmente, sintiendo que se le oprimía la garganta—. *Si tengo razón y son ellos los equivocados…*

Reposó la cabeza entre sus brazos. Sus demonios particulares la perseguían, haciéndole difícil evaluar correctamente el riesgo. De pequeña, siempre le había aterrado la posibilidad de una guerra nuclear, mucho más que a sus amigas. Durante años había sido físicamente incapaz de ver los noticiarios con las nubes fungiformes; la visión de aquellas fotografías le revolvía literalmente el estómago.

Muchas noches se había despertado sudando, a causa de unas pesadillas en que caían las bombas y ella era siempre la única que podía mantener fría la cabeza, organizarlo todo, planear rutas de escape, cuidar de los heridos y moribundos. Y, en el sueño, tenía los pies metidos en un invisible plomo.

¿Son mis viejos temores —se preguntó ahora— *los que me hacen sentirme tan débil*?

Se quedó mirando la mano que jugueteaba con los trozos de papeleta.

¡Mi mano izquierda! ¡Maldita sea…! Creí que ya estaba mejor. Tal vez Ham Tyler tiene razón. Quizá se deba a que esté convertida el que no pueda…

La puerta se abrió detrás de ella y Donovan asomó la cabeza.

— ¿Has acabado?

La vio y empezó a volverse.

— No, no pasa nada. Entra, Mike.

Mirándola con cautela, entró en el cuarto y cerró la puerta tras él.

— ¿Estás segura? Si necesitas un poco de tiempo lo comprenderé…

Juliet comenzó a reír, horrorizada al percibir la histérica entonación de su propia risa.

— ¡Tiempo! ¡Claro que sí! ¡Eso es lo que necesito más que nada! Tiempo y un montón de malditos alienígenas para que jueguen con mi mente y con mi vida…

— ¡Eh…!

Se acercó a su escritorio y la levantó en brazos; luego se sentó en el colchón que había en el suelo. La mantuvo abrazada con fuerza, acunándola en su regazo, con la boca contra su cabello.

— Lo comprendo… Lo comprendo…

La sostuvo así durante largo rato acariciándole la espalda y el pelo.

Finalmente se apartó, tratando de observar bien su rostro.

— ¿Estás llorando, doctora?

— No —susurró—. Me sentiría mejor si pudiese. Pero esto es demasiado grande para las lágrimas. Lloro por Ben y por Chris. Ya no me quedan lágrimas para esto, y me temo que la pena mayor esté aún por llegar.

— Si es así, nadie llorará. No tendrán tiempo.

— Sí…

— ¿El voto ha sido, pues, en favor del «día-V»?

— Sí.

Se echó hacia atrás y se lo quedó mirando.

— Tú has votado a favor, ¿verdad?

Sus ojos grises parecían muy tranquilos.

— Sí, así es… Creo que Harry tiene razón. Me parece que somos lo bastante buenos, y tendremos la suficiente suerte como para apoderarnos de la Nave Madre y de Diana. Es ella la que tiene que preocuparse al respecto, puedes estar segura. Martin dice que duda de que John o Pamela sean lo suficientemente locos como para hacerlo, y Steven no tiene bastantes agallas para ello. Creo que podemos capturar a Diana antes de que tenga tiempo, y por eso he votado «sí».

— ¿Se lo dirás a Ham? Es posible que se desmaye si se entera que te has puesto de su lado en algo…

Mike se echó a reír.

— Estoy seguro de que sería así…

Juliet le miró con gravedad.

— Me gusta la forma en que te has reído ahora. Cuando te conocí, no reías de verdad… La tuya era una especie de risa por lo bajo, sólo durante un segundo, como si temieses dar a entender a los demás que algo te divertía.

— ¡Oh, era una especie de *tullido* emocional antes de que tú aparecieses, doctora…! ¡Incluso pensaba seguir un tratamiento psiquiátrico en vez de biomédico…!

— No, no es así. Simplemente, tratas de que me sienta mejor.

— ¿De veras?

— Sí, un poco. Lo suficiente como para que haga lo que debo hacer…

Él le tocó la garganta y los hombros.

— ¿Cuánto mejor te sientes?

Ella se rió suavemente.

— Eres *insaciable*, Donovan… Estamos hablando de que quizás el mundo pueda saltar por los aires dentro de un par de días, y todo en lo que se te ocurre pensar es en hacer el amor.

Él la miró de nuevo, esta vez sin sonreír.

— ¿Conoces una forma mejor de pasar el tiempo, sabiendo todo eso?

Ella le besó, mientras su mano se deslizaba por debajo de su camisa. Pero luego se apartó ligeramente.

— Si lo enfocas así, no, supongo que no… Además, debemos aprovechar los momentos que tenemos para nosotros, puesto que cuando salga y anuncie la decisión del grupo, estaré demasiado atareada como para sentarme en cualquier otro sitio que no sea en el retrete…

Él le brindó su vieja y tímida sonrisa.

— Debe de resultar *terrible* ser aniquilado con la vejiga llena… Tenemos que acordarnos de ir antes de salir de aquí…

Empezó a desabrocharle la blusa; sus dedos avanzaron despacio, rozándole suavemente los pechos mientras lo hacía. Se inclinó y la besó salvajemente, mientras sus manos se atareaban febrilmente.

Juliet cerró los ojos, sintiendo cómo su corazón le latía aprisa. Dejó escapar un leve estertor, y él se echó hacia atrás. Ella oyó cómo le preguntaba con voz ronca:

— ¿Te gusta así?

La tocó de nuevo.

— Ya sabes que sí —respondió.

Y empezó a besarle. Tumbados en el colchón, lo mantuvo fuertemente contra ella, tratando de no pensar en que aquélla podría ser la última vez.

CAPÍTULO XXXII

— ¡Eh, Sean! ¿Quieres jugar al béisbol? —gritó Josh Brooks, mientras se acercaba a la zona de aparcamiento de la lechería.

Sean Donovan se detuvo y levantó, ansioso, la mirada. La animación desapareció de su rostro.

— No, creo que no —respondió.

— ¿Por qué? —preguntó Josh—. ¿Estás enfermo o qué te pasa? Ya no quieres nunca jugar conmigo como antes. No estarás enfadado conmigo, ¿verdad?

Sean titubeó.

— No… Es sólo que no me apetece.

Mike Donovan, que había salido del despacho para ir a la planta de procesamiento, se detuvo un momento para escuchar.

— A mí me parece una buena idea, chicos. ¿Os importa si un dinosaurio como yo se une a vosotros?

— ¡Claro, que no, Mr. Donovan! Conseguiré otro guante.

Josh, esbozando una amplia sonrisa, salió corriendo.

Regresó al cabo de un momento con un viejo y raído guante.

Donovan miró a Sean.

— Yo os lanzaré primero a vosotros, y luego vosotros me lanzáis a mí, ¿eh?

— Muy bien —respondió, inseguro, Sean, y Josh le arrojó el guante.

Sean se quedó mirándolo, y luego, torpemente, se puso el guante en la mano derecha. Mike entornó los ojos. Su hijo había jugado dos años como tercera base en el «Little League All-Stars».

— Muy bien… ¿Preparados?

Mike lanzó la pelota a Josh y observó cómo el muchacho más mayor y menos atlético efectuaba una aceptable recogida.

— ¡Muy bien, Josh! ¡Has mejorado desde el verano pasado!

— Gracias, Mr. Donovan.

— Y ahora, Sean —indicó Mike.

Lanzó una fácil pelota a su hijo. Sean titubeó, alargó la mano como si fuese a atrapar la pelota con la izquierda, y luego, demorándose, se quitó el guante. La pelota pasó zumbando y se estrelló contra la cerca de tela metálica, en la parte trasera de la zona de aparcamiento.

— Eh, Sean, ¿qué te pasa?

Josh se había quedado mirando a su amigo.

— Era muy fácil de atrapar.

— No importa —dijo Mike con la mayor normalidad que pudo, sintiendo como si el corazón le latiese en la garganta—. Hasta Brooks Robinson tiene que hacer calentamiento. Te lanzaré una bola alta. Te irá bien para entrenarte.

Retorciéndose, lanzó alta la pelota, forzando a Sean a retroceder con rapidez, y mirar atentamente bajo el ala de su gorra de los «Dodgers». Tras una nueva vacilación, el muchacho levantó la mano…

Y erró en atraparla por casi medio metro. Donovan cerró los ojos, angustiado, con los pensamientos atropellándose en su cabeza.

¡Por favor, Dios mío, permíteme matar a esa perra de Diana antes de morir! ¿Se habrá dado cuenta alguien más? Si lo ven, ¿qué harán? Hay que llevárselo, protegerle. Pero la reunión para fijar el «día V» es esta noche; no podemos irnos. ¿Qué voy a hacer. Qué debería *hacer*?

— ¡Eh, Mr. Donovan…!

Mike abrió los ojos, forzando una sonrisa que parecía más un rictus.

— ¿Dónde está Sean?

— Le ha dolido mucho fallar esa pelota y ha echado a correr. Creo que estaba llorando… ¿Qué le pasa, Mr. Donovan?

Mike hizo un esfuerzo por sobreponerse.

— ¡Oh, nada, Josh! Me acaba de decir que lo está pasando muy mal con sus deberes de Historia en la escuela. Probablemente se habrá ido a estudiar.

— Claro… —admitió Josh, visiblemente turbado—. Eso debe de ser…

— En efecto —se apresuró a responder Donovan—. Cualquiera puede tener un mal día.

Diana levantó la mirada al encenderse la luz en la puerta.

— Adelante —dijo.

Cuando el fornido hombre atravesó el umbral, Diana le sonrió fríamente.

— ¡Ah, padre Andrew! Gracias por venir. Deseaba decirte que acabo de leer tu Biblia.

— ¿Y…?

— La he encontrado muy intrigante. Incluso me he sorprendido tratando de darme una respuesta emocional en algunos de sus pasajes más poéticos.

— ¡Es maravilloso! Me alegra mucho oírlo.

— También he estado considerando qué sucedería si fuesen introducidas en mi planeta esas religiones de amor y de paz que tienen en la Tierra, y que tantos problemas de adhesión parecen plantear a los humanos. Si tales enseñanzas pueden afectarme y persuadirme a mí, ¿qué sucedería si mis menos…? ¿Cuál es la expresión idiomática apropiada? ¿Si mis menos… duros… parientes… fuesen expuestos a las mismas?

El padre Andrew sonrió cálidamente.

— Eso cambiaría el curso de la Historia de vuestro planeta y de vuestro pueblo.

— Sí. Es posible. Me habéis impresionado mucho, padre Andrew, tanto tú como tu Dios. Hay algo muy atractivo en tus palabras. Causan gran impacto en los oídos de aquellos que se hallan… turbados…

— Yo sólo soy el portavoz, Diana. Únicamente trato de oír lo que el Señor desea que diga y lo transmito.

— Eres demasiado humilde. Nuestras discusiones de los últimos días han sido en extremo instructivas para mí. Me han dado nueva fuerza y determinación. Debo darte las gracias por ello.

El padre Andrew esbozó una amplia sonrisa.

— He de admitir que se trata de un elogio inesperado, al proceder de alguien como tú tan segura de sí misma.

— ¿Segura de mí misma? Eso habría pensado yo también hace sólo unos días. Pero ahora me has ayudado a ver que tengo muchos puntos vulnerables. Nunca me he permitido antes expresar o sentir cosas así. Ni siquiera sabía que existiesen…

Con ostensible deliberación, sacó la pistola y disparó a quemarropa contra el corazón del sacerdote. Mientras lo veía derrumbarse en el suelo, con sus ojos muy abiertos mostrando la conmoción que le había causado su propia traición, Diana acabó su frase:

— Y no voy a permitir que sigan existiendo…

Arrojando la Biblia junto al cadáver del sacerdote, la dejó que ardiera por completo. Los ojos muertos del padre Andrew la siguieron mirando con mudo asombro.

— La vulnerabilidad, mi querido sacerdote, es una debilidad explotable. Mi fuerza ha residido siempre en la capacidad de hacer lo que es preciso realizar, sin preocuparme las consecuencias para mí o para los demás.

Se inclinó sobre la tecla del intercomunicador.

— ¿Jake?

— Sí, Diana.

— Manda inmediatamente a mis instalaciones un equipo de limpieza.

— Sí, Diana.

Un pequeño ruido procedente de la otra habitación la hizo volverse. Elizabeth estaba en el umbral, con los ojos muy abiertos.

El consejo de la resistencia estaba sentado en torno a la mesa, Ham Tyler se hallaba ante ellos, escribiendo en una desgastada pizarra. El polvo de la tiza formaba una sutil neblina blanca en la luz de la mañana, que se filtraba por las persianas venecianas.

— Así, mientras el grupo de Los Angeles se encarga de Edwards, el del Distrito de Columbia lo hará de Andrews; el de Portsmouth tomará Pease, y los compañeros de San Luis se ocuparán de Scott. Y así sucesivamente. Esta coordinación de esfuerzos dejará tan asombrados a los Visitantes, que tardarán unas cuantas horas en establecer un planteamiento unificado de acción; mas para entonces, la toxina estará ya en el aire y será demasiado tarde. ¿Lo habéis comprendido bien? —preguntó—. ¿El plan, el momento, la fecha? No podemos cometer fallos, compañeros.

Todos indicaron que lo habían comprendido.

— Está bien —prosiguió Tyler—. Que tengáis toda la suerte del mundo. Y mucho cuidado…

Al ver que ninguno se movía, añadió:

— Eso es todo. Se tocará diana a las tres y media de la madrugada. No comáis demasiado.

Todos se levantaron y empezaron a dar vueltas por allí, formando grupos más reducidos.

Caleb Taylor levantó la mirada cuando su hijo apareció en la puerta con un montón de uniformes Visitantes.

— ¡Siete, papi!

El anciano sonrió.

— Se suponía que debías conseguir *diez*. Y llegas tarde. Te has perdido las instrucciones especiales que Tyler nos ha dado. ¿Dónde has estado? ¿Con los amigos?

— No —respondió Elias duramente—. No, papi, pensé que esta vez lo hacía bien y llegaba a

punto.

Dejó caer los uniformes en la mesa y salió, con los hombros rígidos.

Su padre hizo una mueca de disgusto.

— Vamos, Caleb —le dijo Juliet, poniendo una mano en el brazo del anciano—. Elias sólo comercia con los Visitantes. Ya no trafica con drogas, y no las vendería, a menos que fuese necesario para nuestra causa. ¡Ha cambiado, Caleb! ¿Es que no puedes verlo?

Caleb se negó a mirarla.

— No es más que un piojoso traficante de drogas…

Indignada, Juliet agarró a Caleb por el brazo, le hizo volverse y lo miró con dureza.

— ¡Escúchame, Caleb Taylor! ¡Elias es uno de los mejores hombres que tenemos! Yo no le habría hablado así a sólo unas cuantas horas de la incursión. *No lo habría hecho, ¿me oyes*? ¡Maldita sea, Caleb!, ¿qué debe hacer para que te preocupes por él? ¿Morir igual que Ben?

Taylor se la quedó mirando, conmovido, airado, a la defensiva. Pero al ver que Juliet valientemente mantenía su mirada, su rostro se demudó.

— ¿Acaso he hecho eso? ¿Castigar a Elias porque está vivo, y Ben muerto?

— Algo parecido —replicó Juliet en voz baja—. Ya sé que no era ésa tu intención. Por tanto, creo que será mejor que hagáis las paces antes de la incursión. No me gustaría tener nada de esto en mi conciencia si…

Respiró hondo y bajó los ojos. Luego los levantó de nuevo hacia él.

— Si algo sucediese el «día V», Dios no lo quiera…

Caleb asintió.

— Gracias, Juliet —susurró al fin.

Luego salió del cuarto para ir en busca de Elias.

Donovan había abandonado ya la sala de conferencias, con la angustia pintada en sus ojos, corría, más que andaba, en busca de Sean. Finalmente, encontró al muchacho en el cuarto contiguo a la sala de conferencias, con un libro de Historia en las manos.

Mike se quedó en el umbral.

— ¿Sean?

Su hijo se levantó, desconcertado y con los ojos muy abiertos.

— ¡Oh, hola, papá…! ¿Qué ocurre?

— He venido a buscarte, hijo. Vamos a hacer un viaje.

Una expresión de desconcierto, que Donovan no pudo leer, se dibujó en el rostro de Sean.

— ¿Adónde, papá?

— A ver a tu abuela.

Cogió el camión de Harmy, tras tomar la precaución de ponerse un uniforme blanco del servicio de alimentación, unas gafas oscuras, y una gorra blanca, bien calada. Donovan trató de iniciar una conversación mientras conducía, pero las respuestas de Sean fueron básicamente monosílabos, por lo cual su padre desistió.

A dos manzanas de distancia de la casa de Eleanor, Donovan detuvo el vehículo junto a la acera.

— ¿Te parece bien seguir a pie desde aquí, Sean? Correría peligro si me acercara más.

Acarició la vieja y raída gorra de los «Dodgers».

— Claro que sí, papá.

El chico titubeó durante unos segundos.

— ¿Por qué me alejas de ti, papá?

— No puedo decírtelo, hijo. Es un secreto. Pero sólo será durante un tiempo, para que estés más protegido, por así decirlo, de lo que pudiera pasarte. Comunica a tu abuela que he dicho que te cuide. Sé que lo hará…

— Muy bien, papá.

Sean mostraba una muda súplica en los ojos cuando volvió a mirar a su padre.

— Te quiero, hijo, recuérdalo…

Donovan se inclinó para abrazar fuertemente al chico y le besó en la mejilla.

— Sé bueno con tu abuela.

— Así lo haré. Adiós, papá.

Robert Maxwell llamó a la puerta de la habitación de su hija.

— ¿Nenita? Soy papá. Necesito hablar contigo.

Al cabo de un momento escuchó un lacónico:

— Muy bien. Entra…

Penetró en el cuarto, con las pupilas dilatadas a causa de la casi total oscuridad. Maldiciendo por lo bajo, se dirigió a las persianas y las levantó. La luz del sol inundó la habitación, iluminando el cabello lacio y los ojos enrojecidos de Robin.

Se puso de lado para evitar la luz, quedándose inmóvil de nuevo.

Maxwell anduvo por la habitación para, al fin, sentarse en la cama al lado de su hija.

— Robin, tienes que animarte. Faltan sólo unas horas para el «día V», y has de arreglarlo todo y prepararte para vigilar a los niños. No podemos prescindir de nadie.

La chica no respondió; permanecía curvada en la cama, en posición fetal. Su padre alargó una mano para sacudirle los hombros.

— ¡Qué aspecto más terrible…! Tienes el pelo sucio. ¿Cuándo te duchaste por última vez? ¿O comiste algo decente en vez de sólo picotear la comida? ¿O salido a dar un paseo con tus hermanas? Ahora, en realidad eres su madre… Te *necesitan*. ¿Vas a dejarlas así? ¿Qué diría tu madre si pudiese verte?

Su voz sonó apagada.

— Déjame sola.

— ¡Maldita sea, no *puedo*…! Te necesito muchísimo, Robin. Sé por todo lo que has pasado, pero a mí me ha ocurrido lo mismo… Y a todos nosotros. ¿Vas a permitir que el resto de tu vida se te escape entre los dedos por ser demasiado *cobarde* para recoger todas las piezas?

Tras una ligera convulsión, permaneció inmóvil de nuevo.

— No trates de echarme, Robin. Ya es tiempo de que crezcas, lo quieras o no. Eres la primogénita y te hemos echado a perder. Francamente, en muchos aspectos Polly es una chiquilla más agradable, porque aprendimos unas cuantas lecciones contigo y no cometimos los mismos errores con ella.

Respiró hondo.

— Pero pronto tendrá trece años. ¿Quieres que sufra por desarrollarse sola, sin su madre y con una hermana que sólo se preocupa de ella?

— He estado cumpliendo con mis obligaciones.

— ¡Maldita sea…! Te has estado arrastrando cada día como una especie de zombi, sin sonreír, sin hablar. Deprimes a cuantos te ven.

Escuchó un ahogado sollozo, pero siguió implacable.

— Y tu trabajo escolar… Antes no querías estudiar porque todo cuanto te preocupaba era parlotear por teléfono con tus amigas y perseguir a los chicos. Y ahora no estudias porque la vida te ha tratado mal… ¿Qué excusa emplearás dentro de diez años? ¿O de veinte? A menos que intentes recuperar el tiempo perdido, vas a tener una vida tan vacía, que incluso pensarás en el suicidio. ¿Es eso lo que quieres?

Ahora la chica lloraba inconsolablemente.

— Te he dejado mucho tiempo sola. Pero ahora has de superarlo sin mi ayuda. Y me refiero a *hoy*…

— ¡Yo no soy madre! ¡No puedo ser tan fuerte!

— Y yo no soy un combatiente, o por lo menos no lo era cuando empezó todo esto. Pero ahora manejo un «M-16» a oscuras y acierto en un blanco a trescientos metros. Puedo preparar explosivos de plástico y arrojar una granada. He *aprendido*, Robin, porque deseaba vivir. Y tú también vas a tener que aprender todas esas cosas…

Le acarició el cabello .

— Hoy he dicho unas cuantas cosas honestas, cariño. Cosas que sólo se las diría a un adulto. Creo que eres lo suficientemente fuerte como para hacer todo eso, si consigues dominarte de nuevo. Nos necesitamos terriblemente, corazón.

Durante largo rato pensó que quizás había llegado demasiado lejos, o que ella se encontraba tan hundida, que resultaba inalcanzable. Pero entonces Robin se acercó más a él.

— Lo siento, papá. Te he descuidado…

Él la apretó contra sí con fuerza.

— No, cariñito, no ha sido así. Nadie puede echarte la culpa de nada. Simplemente, ha llegado el momento de despertarse y oler el café.

— Lo intentaré, papá.

— Sé que lo harás, tesoro.

Maxwell se levantó y luego escuchó la voz de Robin detrás de él.

— ¿Papá? Esa responsabilidad a la que te refieres se extiende también a mi propia hija, así como Polly y Katie… ¿No es así?

— Robin, tal vez no veamos más a Elizabeth.

— Lo sé. Pero si regresa con nosotros, no me impedirás que la vea, ¿verdad?

Maxwell inspiró con fuerza, y se echó a reír amargamente.

«Debes empezar por curarte tú, doctor Maxwell», musitó para sí.

Eligiendo las palabras con mucho cuidado, dijo:

— Robin, no puedo negar que he sentido lo peor contra los Visitantes. Pero Elizabeth es mi

nieta…

Movió la cabeza.

— Todo cuanto puedo decirte es que, naturalmente, no trataré de impedir que la veas. Tampoco puedo prometer que le abra mi casa… No se pueden olvidar muchos meses de rabia y de amargura sólo con buenas intenciones. Pero intentaré recordar que es sólo una chiquilla y que no es responsable. Haré todo cuanto pueda por aceptarla…

Se volvió y miró a su hija, cuyo rostro se veía iluminado por primera vez después de muchos meses.

— Ambos lo intentaremos, papá. Tal vez no pueda ser en realidad su madre, pues, según William, no educan a sus hijos como nosotros. Crecen demasiado aprisa. Pero si regresa, trataré de comprenderla y ayudarla, de ser su amiga…

— Es una especie de germen. Pero no sé de qué clase —dijo Sean, con la boca llena de pastelillos de mantequilla y cacahuete.

— ¿Y qué planean hacer con ese germen, cariño? —le preguntó Eleanor.

— Emplearán una serie de reactores para esparcirlo por el aire.

Steven se inclinó hacia delante.

— ¿Y dónde van a conseguir todos esos reactores?

— En la Base de la Fuerza Aérea en Andrews. Los robarán…

— Un vulgar ladrón… ¿Cómo podría Michael deshonrarnos aún más? —preguntó Eleanor.

El rostro de Sean se ensombreció.

— No hables de papá de esa manera, abuela. Quiero a mi papá. Simplemente, está confuso. Diana afirma que está enfermo por dentro y que lo pondría mejor si yo la ayudase. Me mostró mentalmente retratos de papá, y en algunos de ellos estaba enfermo, y luego me enseñó cómo le curaría.

Steven miró a la anciana.

— No le contradiga, Eleanor —susurró—. La conversión puede ser contraproducente, en especial cuando se trata de combatir unos lazos emocionales tan fuertes.

Se dirigió de nuevo a Sean, que se limpiaba la boca después de tomar la leche.

— Esa noticia es valiosísima, Sean… ¿Sabes cuántos reactores planean robar?

— Me parece que un montón… Tienen amigos en otras ciudades. Atacarán todos al mismo tiempo.

— ¿Y cuándo planean hacer eso, cariño? —preguntó esta vez Eleanor.

— ¿Puedo tomar un trozo de pastel?

Esto cogió de improviso a Steven y Eleanor, que se habían acercado mucho a él.

— No es educado cambiar de tema, querido —le reprendió Eleanor.

— Pues yo aún estoy hambriento. ¡Han pasado *dos horas* desde el almuerzo…!

— *Claro* que tendrás tu trozo de pastel, cariño. La abuela te cortará uno en cuanto respondas a mi pregunta.

— Atacarán mañana al amanecer. Me gusta mucho el de chocolate, por favor.

— ¿Estás *seguro*, Sean? —inquirió Steven.

— Del todo… Tuvieron una reunión muy importante; yo estaba sentado en el cuarto contiguo y les escuché. Y tengo un oído muy fino…

— ¡Vaya, qué chico más listo…!

Eleanor se apresuró a cortar el pastel y dijo a Sean que se lo comiese en el suelo.

Steven se quedó mirando a Eleanor, con una sonrisa especulativa bailoteándole en los labios.

— Esta información puede ser de lo más valiosa. Sólo tengo un problema: ¿a quién debo informar primero, a Diana o a Pamela?

Eleanor le dirigió una sonrisa de complicidad.

— ¿Cuál de las dos te mostrará más gratitud?

— Eso es lo que estoy tratando de decidir.

La mujer le dirigió una remilgada mirada.

— No olvidarás a tus viejos amigos cuando seas Comandante Supremo, ¿verdad que no, Steven?

Él siguió mirando especulativamente.

— No a aquellos que dominen su ambición.

Tocó el ejemplar de *El príncipe*, de Maquiavelo, que estaba en el mostrador con una señal puesta.

— Un libro para saber cómo prosperar mediante la intriga política, ¿no es así, Eleanor?

— Sí, pero eso no significa…

— Será mejor que no. Tuve que prescindir del chico Bernstein. Se convirtió en un riesgo de seguridad. Un riesgo causado por la ambición…

Los turbios ojos de Eleanor se volvieron cada vez más intranquilos.

— ¿Qué le has hecho?

Steven sonrió.

— Te aseguro, mi querida señora, que es mucho mejor que no lo sepas…

Diana estaba de pie, fuera de la sala de conferencias, llamando a la puerta.

— ¿Pamela? Soy Diana. Me gustaría hablar contigo.

— Ahora estoy muy atareada, Diana. ¿No puedes esperar?

— Me temo que no. Quiero hablarte de los ataques que los rebeldes planean para mañana por la mañana.

La puerta se abrió y entró Diana, rozando el umbral con su larga falda. Pamela estaba sentada a la mesa, y su ayudante en el pórtico de observación, contemplando la luna menguante.

— ¿Qué has averiguado acerca de esos ataques, Diana? Esto es una información secreta.

Diana inclinó la cabeza con altanería.

— Tengo derecho a saber lo de esos ataques, Pamela, ya que fui la que proporcionó la fuente gracias a la cual nos enteramos de los mismos.

El rostro de Pamela era una máscara gélida e impasible.

— Tienes derecho a la información que corresponda a nuestra misión científica, y nada más…

— He venido andando hasta aquí por la cubierta de aterrizaje. No se están enviando fuerzas aéreas o cazas. ¿Es posible que no te tomes en serio el informe del muchacho?

— No sería muy reglamentario organizar movimientos de tropas a causa de los chismorreos de un niño humano.

— Yo misma le convertí. Su información es fiable.

— Ya te he dicho que no confío en tus procesos de conversión. Sin embargo, enviaré a alguien para echar un vistazo, si es que eso te tranquiliza.

— ¿Cuándo? Los ataques empezarán antes de ocho horas…

Pamela miró de reojo a su ayudante, y una tolerante sonrisa se dibujó en sus perfectos rasgos.

— Tus tipos científicos se crispan con demasiada facilidad.

Diana le devolvió dulcemente la sonrisa:

— Y tus tipos militares son demasiado previsibles. Pero yo no lo soy…

Sacando una pistola de los pliegues de su falda, disparó al hombro a la desprevenida Pamela y luego, volviéndose, descargó contra el ayudante, antes de que éste pudiese servirse de la suya. Cayó en cubierta, mortalmente herido. Diana dio la vuelta a la mesa y se quedó mirando a Pamela, quien trataba de arrastrarse hasta la pistola que su ayudante había dejado caer.

— Has confiado en la astucia, Pamela. En la intriga. Has intentado enfrentarnos a todos. Por mi parte, prefiero un enfoque más directo. No te preocupes, Comandante. Haré el mejor uso posible de mi habilidad científica para mandar tu flota. En primer lugar, la salvaré del ataque rebelde mañana por la mañana, con lo cual me ganaré la eterna gratitud y aprobación del Líder. Luego eliminaré la única oposición que existe a su plan, y todo, en el plazo de unas pocas horas.

Sonrió calurosamente.

— Adiós, Pamela. Piensa en este temprano retiro.

Alzó la pistola, apuntó con cuidado y oprimió el botón de disparo.

— ¡Qué fiesta tan bonita, Juliet! —comentó Robert Maxwell, observando cómo los miembros de la resistencia se servían en el bar de la lechería. Reían y hablaban, aunque la tensión era palpable en la estancia.

— El vaso de cerveza para cada uno ha sido una especie de prima extra. Ninguno de nosotros lo esperaba.

Juliet rió.

— Me pareció que sería mejor celebrarlo aquí, en vez de que los compañeros fuesen por ahí en busca de… manjares exquisitos de última hora. Y la cerveza quizás ayude a algunos, por lo menos a dormir unas cuantas horas.

— ¿Cuándo será el toque de queda?

— Casi a las diez. Habrá que anunciarlo dentro de un par de minutos.

Miró a la mesa a la que estaban sentados Robin, Polly, Josh y Katie.

— Robin parece *muy diferente* esta noche. ¡Qué muchacha tan linda…! ¿Le has dicho algo para sacarla de su ensimismamiento?

— Sí, hoy he hablado con ella. Y me parece que me ha escuchado.

— ¡Estupendo…! Mañana la necesitaremos…

Se unió a ellos Donovan, con una bandeja de patatas fritas y ensalada de col y su cerveza bailoteando, en precario equilibrio, en un extremo.

— Si se te cae, no tendrás otra —le previno Juliet.

Donovan lanzó una rápida mirada a Robert, el cual observaba a Elias, que instalaba un tocadiscos y altavoces. Donovan se inclinó para susurrar:

— ¿He comprometido mi honor acostándome con la jefa, y no se me va a permitir el privilegio de una *cerveza* extra? ¿Tan buena eres, doctora?

La mujer le devolvió una sonrisa de complicidad, pero no le respondió.

— ¡Atención todos! —gritó Elias, recalcando sus palabras con ademanes—. Me gustaría, pronunciar unas cuantas palabras.

No cesó el murmullo de las conversaciones. Tras un segundo, Caleb Taylor saltó a la pequeña plataforma del orador y se puso al lado de su hijo.

— ¡Eh, compañeros! *Mi hijo* quiere hablaros, y lo mejor que podéis hacer es escucharle…

La retumbante voz de Caleb consiguió al fin el deseado silencio.

Elias brindó a su padre una cálida sonrisa y asintió con la cabeza.

— Gracias, papi.

Luego se volvió hacia el grupo.

— Juliet está a punto de deciros que os vayáis a la cama dentro de un par de minutos, pero antes de que lo haga me gustaría deciros unas cuantas cosas y ofreceros una canción que simbolice lo que siento. Esta noche debemos mucho a nuestra dama especial —continuó, y todos miraron a Juliet, sonriendo—, pues si no fuera por ella, ninguno de nosotros estaría aquí. Ella nos unió, y gracias a ella nos hemos convertido en una fuerza combatiente que mañana acabará con lo que hemos empezado, para *poder regresar a casa…*

Todos aplaudieron y lanzaron gritos de júbilo, con los ojos fijos en Juliet, quien les dirigió una amable sonrisa.

— Y por ello, amigos míos, hermanos y hermanas, esta noche me gustaría dedicar mi canción favorita de mi artista favorita a… Diana…

Se oyó un murmullo de sorpresa. Luego Elias, con gran solemnidad, bajó el brazo del tocadiscos. Al cabo de un segundo, todos se echaron a reír, comprobando lo acertado de la elección, pues se trataba del *Beat It*[4], de Michael Jackson.

La risa se fue propagando y aumentando de tono, hasta acabar con todas las tensiones. Donovan se inclinó y susurró al oído de Juliet:

— Tú lo sabías, ¿verdad?

— Sí —admitió ella—. Fui yo la que dio la idea de que todos pensasen que se trataba de mí…

La noche transcurrió entre risas y estruendosas piezas musicales.

CAPÍTULO XXXIII

Diana estaba sentada como única dueña de las comunicaciones militares de la Nave Madre y del centro de control, escuchando los informes de cada uno de los efectivos que había enviado a la Base de la Fuerza Aérea en Andrews.

— Los soldados se hallan en posición, Diana, y los cazas están a punto de despegar para ponerse fuera del alcance visual.

— Así, pues, ¿estás ya preparado, Comandante?

— Por completo…

— ¿Aún no hay señales de ellos?

— No, pero falta casi una hora para que amanezca. Probablemente duermen más de la cuenta…

Ambos Visitantes se echaron a reír.

— Muy bien, Comandante. Permanezca en contacto. Nave Madre, cierro…

— Entendido. Corto y cierro.

La puerta de la sala se abrió, y el Comandante Supremo, John, entró con el ceño fruncido. El Visitante de plateados cabellos fue directamente al grano.

— ¿Por qué demonios despliega Pamela tantas tropas? Nuestras fuerzas de defensa en la Nave Madre están por debajo de los mínimos.

— Pamela ha muerto —replicó Diana, mirándole sin bajar la vista—. Tuvo el suficiente poco cuidado para elegir a uno de los quintacolumnistas como guardia personal. Ahora *yo* estoy al mando.

Aunque obviamente conmovido, John se mostró escéptico respecto a la muerte de Pamela, si bien no hizo hincapié en ello, pues había asuntos más urgentes.

— ¿Cómo *te atreves* a desplegar tropas por el planeta sin mi consentimiento?

— Pamela había iniciado los preparativos para eliminar a la resistencia antes de que la mataran.

Le miró con ingenuidad.

— Simplemente, me limito a cumplir sus órdenes. La espera ha acabado. Los rebeldes han empezado el proceso de montar a nivel nacional, o posiblemente mundial, una serie de ataques contra las bases de las Fuerzas Aéreas. Tenemos la oportunidad de borrar del mapa de un solo golpe a toda la red.

John frunció el ceño.

— Eso es ridículo. ¿Qué intentan atacando las bases de las Fuerzas Aéreas? Sus reactores son impotentes contra nuestros cazas…

— Su plan consiste en emplear los reactores para dispersar un arma bactericida tóxica.

— Creí que nos habías vacunado contra todos los virus y bacterias de la Tierra…

Diana se encogió de hombros.

— Al parecer, han desarrollado uno nuevo.

— ¿Es posible?

John quedó desconcertado.

— Naturalmente que es posible.

Al ver su rostro, continuó:

— No te preocupes. Nos aseguraremos de que esa toxina no llegue a penetrar en la atmósfera.

Levantándose, siguió junto al asiento del Comandante, haciéndole señas de que se aproximase.

— Ahora que estás aquí, John…

John se sentó, y contempló el despliegue de tropas en la pantalla estratégica situada ante él.

— Has reunido todo un ejército…

— Pamela deseaba que esta victoria fuese absolutamente decisiva.

— Eso será difícil —replicó, aunque sonrió aprobadoramente.

— Y si, por alguna causa remota, llegásemos a fracasar…

Diana abrió, con una llave, el panel central del tablero de instrumentos.

Apareció en el tablero una brillante caja metálica con una cerradura a cada lado. Una luz roja parpadeaba en el centro, y debajo se veían el teclado de un ordenador y una terminal.

— ¿Tienes tu llave, John?

El Comandante Supremo asintió.

— La tengo aquí. ¿Pero no te parece todo esto algo… prematuro?

Diana le dirigió una mirada llena de sorpresa.

— Nuestras órdenes son claras sobre este tema. En cualquier compromiso militar importante hemos de estar preparados para descargar una represalia definitiva.

— Pero…, el mecanismo destruirá esta nave. Y a nosotros con él.

— Puedo programar el momento en la secuencia de destrucción final para que siga abierto, lo cual nos dará la opción de establecer el número de veces que funcionen los contraciclos. De esta forma tendríamos el tiempo suficiente para escapar en una de las otras naves. Si algo nos sucediera y no pudiésemos huir, funcionaría en el tiempo originariamente programado para la detonación.

— Muy bien… ¿Está montado?

— Lo está…

John empezó la comprobación del estado de las tropas. Diana permaneció detrás de él, jugueteando con su llave y observando el panel de instrumentos.

Vestido con uniforme de Visitante, Martin estaba sentado a los mandos de la nave de patrulla. El atracadero de la Nave Madre empezaba a aparecer ante él, cuando una voz le llegó a través del canal de intercomunicación.

— Nave de patrulla triple-algo veinte-ocho, establezcan comprobación de voz.

William, sentado a su lado, se inclinó hacia delante.

— Aquí triple-algo veinte-ocho pidiendo permiso para aterrizar y subir a bordo.

Detrás de Willie, Juliet, Donovan, Sancho, Harmy, Maggie, Caleb y Elias, todos con uniformes Visitantes, permanecían agrupados de pie en el pasillo del vehículo de patrulla, escuchando y dominados por la tensión.

De nuevo les llegó la cansina voz del controlador:

— No figuráis en la programación de subidas a bordo, triple-algo veinte-ocho. Mantened vuestra aproximación a velocidad mínima mientras lo compruebo.

Con el índice extendido, Donovan hizo ademán de rebanar el cuello, lo cual le valió un codazo en las costillas y una mirada furibunda por parte de Juliet. La mujer hizo una mueca, y se frotó el codo, que había chocado con algo escondido en las solapas del uniforme de Donovan.

— ¿Qué llevas ahí?

Donovan sacó una cámara de vídeo portátil.

— Me llevé esto en el último momento. Supuse que podría rodar un poco…

Volvió a guardar la pequeña cámara en su funda.

— Muy bien triple-algo veinte-ocho.

El controlador había regresado.

— Tengo autorización para que aterrices. No localizo el parte de aterrizaje, pero eso no es nada nuevo. Durante toda la semana hemos tenido problemas con el ordenador.

Las grandes puertas de la bodega se abrieron ante ellos.

— Está casi vacío —indicó Donovan, escudriñando a través de la pantalla.

Juliet se rió por lo bajo.

— Las bases de la Fuerza Aérea en todos los Estados Unidos deben de parecerse ahora a la autopista de Los Ángeles en hora punta…

La expresión de Donovan fue una mezcla de dolor y de amarga diversión.

— Sean ha realizado un buen trabajo.

— El tuyo ha sido mejor —replicó Juliet, reflejando sus sentimientos—. No te habrá resultado fácil mentirle a tu propio hijo…

— Nos deberían conceder unos Óscares por esta interpretación, especialmente a Ham Tyler. Estuve sentado allí y odié cada uno de aquellos momentos…

— Por lo menos ha funcionado. Lo recogió y lo pasó. Hemos conseguido que su conversión trabaje en nuestro favor. Recuerda que no es un traidor, Mike. Ni un espía. Es sólo un chiquillo que no tiene posibilidad de responder al ataque de Diana…

— Me pregunto si volverá a la normalidad…

— Si tenemos éxito y desaparecen los Visitantes, creo que sí. Necesitará tal vez alguna terapia que imponga sus propias opiniones sobre las que le han inducido.

El vehículo de patrulla aterrizó con un suave zumbido de los frenos del reactor.

Cada uno de los combatientes llevaba un estuche con unos cuantos aerosoles que contenían la toxina. Sancho iba equipado con un fuelle portátil, que llevaba a la espalda, cubierto con el mismo material del uniforme Visitante, para reducir al mínimo la posibilidad de ser visto. Juliet ordenó a Harmy que estableciera su «enfermería» en el único vehículo de patrulla que se había posado en el extremo sur del atracadero. Esta nave estaba prevista como «lanzadera de escape» para los quintacolumnistas. Los combatientes llevaban máscaras antigás extras y suministro de vacunas, para inmunizar a los quintacolumnistas que aún no se hallasen protegidos. La seguridad a bordo de la nave de Los Ángeles era ahora de lo más estricto. Lorraine había informado de que se había visto incapacitada para entrar en contacto con algunos de sus compañeros.

Al objeto de acudir a la cita con Lorraine, Juliet, Donovan y Sancho marcharon camino del

Control Principal. Caleb y Elias permanecerían en el atracadero para distribuir la toxina mediante el sistema de acondicionamiento de aire, mientras Maggie, Willie y Martin quedarían de guardia.

Mientras Caleb y Elias abrían uno de los conductos de ventilación más próximos y empezaban a insuflar el polvo en el sistema de acondicionamiento de aire de la Nave Madre, aparecieron dos guardias en la parte norte del atracadero, que los observaron con curiosidad.

— Tal vez crean que sólo estamos llevando a cabo las operaciones corrientes de descarga —explicó Martin, dando un codazo a Willie—, pero no podemos permitir que se acerquen demasiado. ¡Distráelos!

Willie se acercó tranquilamente a los que hacían la ronda.

— Hola… Acabo de terminar el turno en «Richland» —les explicó—, por lo cual no me he enterado de nada desde anoche. ¿Qué ha ocurrido desde que Diana recibió aquel mensaje de John?

— ¿Qué mensaje? —preguntó el primero de los guardias, intrigado.

— Alguien me dijo que recibió un mensaje de John, en el que se decía que el Líder había elegido una Consorte oficial, y ya te puedes imaginar la reacción de Diana…

Siguió andando hacia la entrada, con lo cual consiguió que los guardias diesen la espalda al sistema de ventilación.

— Es fácil imaginárselo… ¿Y qué hizo ella?

— Lo primero, decir a John que se podía meter esa declaración en…

Sin dejar de hablar, Willie logró sacar de la zona a los guardias.

Martin miró a Elias y a Caleb.

— ¿Cuánto tiempo más necesitas?

— Un minuto o dos; luego podemos cerrar, y las bombas harán circular automáticamente las toxinas, en tanto no se acabe la provisión de polvo que tenemos en las bodegas.

— *Apresúrate…*

Donovan, Juliet y Sancho marchaban cautelosamente por la mal iluminada pasarela, sin dejar de mirar ansiosamente hacia delante. Un zumbido llegado de las sombras les sobresaltó. Era Lorraine. Les condujo con rapidez por el pasillo mientras comprobaba su cronómetro.

— Un grupo que aún no ha sido inmunizado marcha hacia la lanzadera de escape —explicó en voz baja—. Se presentará de un momento a otro.

Un minuto después doblaron una esquina y casi chocaron con un grupo de Visitantes. Los tres humanos quedaron inmovilizados, hasta que Lorraine dio un paso hacia delante.

— ¡Scott! ¡Date prisa! ¡Martin te espera en la lanzadera de escape!

— ¡Vamos, arremangaos! —dijo Juliet, avanzando hacia ellos con una pistola de inyectar.

Rápidamente, inoculó uno a uno a los quintacolumnistas…

Lorraine se movía nerviosa mientras Juliet trabajaba.

— ¡Date prisa! Diana no sabe perder. Hará desaparecer este planeta del Sistema Solar en cuanto intuya la derrota.

— Lo sé —afirmó lúgubremente Donovan.

— No creo que haya pensado en eso —le explicó—. No la comprendes, como cualquiera de nosotros. Antes de venir aquí he conseguido echar un vistazo al monitor que muestra el centro

militar. Ella y John se hallan sentados allí, escuchando los informes de las tropas terrestres, y cada vez están más preocupados. *Ya ha quitado el seguro al mecanismo*. Sólo necesita meter las dos llaves, la suya y la de John, y después introducir la secuencia final en clave, para iniciar la cuenta atrás.

— Martin nos advirtió que actuaría así. Votamos afirmativamente, y con ello asumimos nuestra parte de riesgo.

— Es un plan poco sensato. Estás poniendo en peligro a tu mundo. Yo hubiera votado en contra.

— Tu argumentación llega un poco tarde —le replicó secamente—. Estamos comprometidos, y lo único que podemos hacer es seguir adelante. ¿Cómo se llega a la Sala principal de Control desde aquí?

— Te lo mostraré. De otro modo, nunca lo encontrarías…

Continuaron su camino en la penumbra de la monstruosa nave.

Estaba amaneciendo, y Ham Tyler se encontraba en campo abierto bajo un cielo rojizo. Miró su reloj y dio la señal:

— Muy bien… Son las seis… ¡En marcha!

Centenares de globos, de tamaños y colores distintos, empezaron a elevarse en el aire. Uno o dos eran de color claro, y en su interior se arremolinaba una nube rojiza de polvo. Ham observó cómo se elevaba el suyo, comprado especialmente para esta ocasión. Era grande y negro, y llevaba pintada una «V» roja.

Pensó en aquella señal que se vería en todo el mundo, y en los globos que volarían sobre El Cairo, Londres, París, Moscú, Sidney, Hong Kong y Nueva York. Todas las ciudades importantes de la Tierra, y muchas de las pequeñas, verían moverse globos entre corrientes de aire, con su presión interna cuidadosamente calculada para estallar en un lugar específico de la atmósfera.

Parte del polvo descendería hasta el suelo, mezclándose inofensivamente con el polvo y el agua. El resto se convertiría en un compuesto orgánico, que se regeneraría en la atmósfera, convirtiendo permanentemente el planeta en un mundo en que la vida sería imposible para los alienígenas.

Sonriendo vio los globos elevarse a la deriva.

Sean Donovan se despertó de repente; una mano le aferraba el hombro. Asustado, rodó sobre sí mismo, y sólo se tranquilizó al ver el rostro de Arthur Dupres.

— ¡Abuelo Arthur! ¿Qué pasa?

— Silencio…

El hombre se llevó un dedo a los labios.

— Una maravillosa visión. Te llevaré a la cabaña de las montañas, y la observaremos juntos.

Arthur indicó al muchacho con gestos que se vistiese.

— Pero, ¿de qué se trata? —repitió Sean.

— De globos, hijito. Millares de globos. Y todos elevándose. Es algo hermoso…

— Pero, ¿por qué?

— No estoy seguro, pero me parece que es la forma en que la Tierra dice adiós a los

Visitantes. Apresúrate, Sean.

— ¿Vendrá la abuela?

Arthur titubeó.

— No, no lo creo. Sean. Ya sabes que no le gusta madrugar…

— ¿Solos tú y yo?

A Sean le había gustado siempre su abuelastro —el abuelo Donovan había muerto antes de que él naciera—. Ir a las montañas con el abuelo Arthur sería de lo más divertido. Pero Sean frunció el ceño al recordar algo.

— Abuelo Arthur… Mi papá vendrá a buscarme. Tengo que esperarle aquí…

— Volverá mañana. Y ya le haré saber que estás conmigo.

— Muy bien —replicó, feliz, Sean.

Una vez vestido, recorrieron en silencio los pasillos de la casona, bajaron la escalera y se encaminaron hacia el coche. Mientras Arthur lo ponía en marcha, Sean dirigió la mirada a la casa, y en su rostro apareció una expresión tan triste, que de pronto deseó llorar.

— Abuelo Arthur… ¿Echas de menos a la abuela?

Su abuelastro se lo quedó mirando durante un rato y luego puso la primera velocidad.

— Sí —admitió—, hace mucho tiempo que echo de menos a la abuela.

El coche empezó a recorrer la calle. Sean miró hacia arriba y gritó:

— ¡Abuelo! ¡Ya veo los globos! ¿No son preciosos?

— Claro que sí, Sean —convino Arthur—. Creo que constituyen la visión más hermosa que jamás haya visto…

Martin y William hicieron subir a los quintacolumnistas a bordo de la lanzadera de escape, mientras Harmy, nerviosamente, vigilaba.

— ¡Daos prisa! —les urgió Martin—. ¡Debéis salir de aquí tan pronto como sea posible! No tardará en llegar a Diana el polvo a través del sistema de ventilación.

Una manguera conectaba el carguero con la portilla de ventilación.

Como si sus palabras constituyesen una señal, la alarma empezó a sonar, mientras una voz anunciaba:

— ¡Alerta defensiva contra humanos hostiles! ¡Alerta defensiva! Todo el personal debe presentarse en…

La voz citó luego los puestos de batalla de la nave.

William lo miró.

— Me pregunto si Donovan y Juliet lo habrán conseguido.

— No lo sabremos hasta más tarde —repuso Martin—. Tú, Maggie, Harmy, Elias y Caleb debéis ir con Scott y los otros. Dejad a los humanos en el cuartel general antes de dirigiros a otra nave.

Al oír el silbato de Maggie levantó la mirada, y vio a un pelotón de soldados de asalto corriendo por el extremo noroeste del embarcadero, con sus armas a punto.

En el mismo instante, Harmy, que vigilaba la entrada sur, gritó:

— ¡Desconectad…!

La advertencia resonó a través del cavernoso atracadero, entrecortada por la pulsación de las

armas. Elias y Caleb soltaron la manguera del orificio de la ventilación y esparcieron la toxina directamente sobre las tropas que venían por el norte. Algunos cayeron, mientras otros, sobre los que, al parecer, no causó ningún efecto, siguieron haciendo fuego. Resonó una descarga, disparada desde la sección de cola de la lanzadera de escape. Alzando la mirada mientras se ponía a cubierto, Willie vio a Scott disparar a las tropas cerca de la entrada sur.

Una hilera de recipientes con productos químicos estalló con gran estrépito, y, un momento después, el incendio empezó a adquirir violencia en la zona sur del área de desembarco. Willie escuchó débilmente a Martin por encima de aquel pandemonio.

— ¡Tenemos que salir de aquí…! ¡Vamos, Willie!

William señaló hacia los soldados de la parte norte.

— ¿Por qué están aún vivos?

— Porque llevan cascos equipados con máscaras de gas, siempre y cuando hayan sido lo suficientemente listos como para emplearlas a tiempo. Contienen oxígeno para unos cinco minutos. ¡Vayamos a la lanzadera!

Willie asintió y, agachándose, echó a correr hacia la entrada de la lanzadera de escape, tratando de localizar a Harmony en medio de aquel caos.

La oyó gritar:

— ¡Willie!

Miró a su alrededor y, de repente, apareció ante él, entre su cuerpo y la detonación de un fusil. Cayó hacia delante con un grito de agonía, y sólo la rapidez alienígena de William le impidió caer sobre ella. La agarró por los brazos y la arrastró hacia el refugio de los cargamentos de equipo. A duras penas vio a Maggie correr y ponerse a cubierto, disparando sin cesar y viendo cómo hacía caer al soldado que había disparado contra Harmy.

Willie apoyó la cabeza de la mujer en sus rodillas, tratando de percibir las pulsaciones de su garganta.

— ¿Harmony?

Tenía los ojos abiertos, pero estaba inconsciente. William, encontró al fin su débil pulso. Latía muy aprisa y se debilitaba con rapidez.

— ¿Harmony? —repitió William.

La mujer había sido alcanzada en la espalda, pero el alienígena no se veía con fuerzas para examinar de cerca la herida. No quería verla. Era obvio, hasta para su limitada experiencia de la fisiología humana, que se estaba muriendo. Su respiración se hizo más rápida hasta convertirse en unos penosos jadeos.

Se inclinó sobre ella, entumecido por el dolor y la conmoción y deseando que su pueblo hubiere contado con el recurso de las lágrimas. Los humanos lloraban cuando sentían pena y, al parecer, las lágrimas les ayudaban. No pudo hacer otra cosa que tocar su debilitado pulso y desear haber estado en su lugar. Habría resultado mucho más fácil de aquella manera.

— ¿Harmony? —la llamó de nuevo, sin grandes esperanzas, y esta vez la mujer le oyó.

Parpadeó, y pudo ver cómo lo miraban aquellos ojos azules, que parecían fijados en el dolor.

— ¿Willie?

Su voz era tan débil, que el ruido de la batalla la ahogaban por completo; pero él supo que

había pronunciado su nombre.

— Harmony…

La apoyó contra su pecho, sintiendo de repente sus huesos aguzados y quebradizos bajo la piel. Aquella piel que era real y no simplemente una envoltura. Su frágil y quebrada piel, que cubría un frágil y quebrantado cuerpo.

— Willie…

La mujer hizo un esfuerzo, y entonces pudo oír sus palabras.

— Debes irte… Esto no es seguro…

— Por favor, Harmony…

No sabía qué suplicaba. ¿Que no muriese? Aquello parecía ridículo, pero quizá fuese mejor esperar unos segundos.

— Por favor, Harmony…

Por fin surgieron las palabras, aquellas palabras que nunca hubiesen tomado forma de no haber sido por la repentina intuición de que ya no habría más tiempo para pronunciarlas.

— Te amo, Harmony…

Ella asintió débilmente.

— Lo sé. Vete, Willie…

— No, no te dejaré…

La abrazó con fuerza, como si sólo con ayuda de sus brazos pudiese mantener la vida en aquel cuerpo.

— Me quedaré contigo para siempre.

La boca de ella se curvó ligeramente hacia arriba, con el leve esbozo de una sonrisa.

— Se dice para *siempre*, Willie.

Se agazapó a su lado, en el embarcadero en llamas, abrazándola, a la espera. Martin los encontró cuando los soldados de asalto habían sido ya rechazados y la lanzadera de escape estaba a punto de cerrar sus compuertas.

Martin cayó de rodillas a su lado, y puso un dedo en la garganta de Harmony.

— Está muerta, Willie…

— Lo sé…

William clavó la mirada en el vacío.

— Debes salir. Te ayudaré a llevarla.

William no respondió.

— Vamos, William. Ella deseaba que te marchases…

— Lo sé —admitió de nuevo William.

En efecto, Harmony deseaba que se fuese, que regresase con su pueblo. Pensó en lo que sucedería cuando volviesen a su planeta. Martin había hablado de ponerse en contacto con la Alianza, empleando las capturadas Naves Madre para intentar derrotar al Líder y conseguir la paz. Miró de nuevo el rostro de la mujer. Paz. Harmony había creído en ella. Desearía que William lo hiciese.

— Estoy preparado —repuso, poniéndose en pie—. Yo mismo la llevaré.

La boca de Diana parecía una cuchillada cuando se inclinó hacia delante para hablar con las fuerzas terrestres.

— Comandante, quiero que regrese antes de tres minutos con cuantos soldados pueda reunir.

— Ya vamos hacia allí…

Se volvió hacia John.

— Intenten lo que intenten, no lo conseguirán.

John asintió y luego se puso rígido, con los dedos, tamborileando sobre el tablero de mandos.

— ¿Qué es eso? Unas imágenes voladoras, y millares de ellas.

— ¿Cazas? ¿Reactores?

— No, la mayor parte de las señales son demasiado pequeñas. Están subiendo, pero no en línea recta; es como si fuesen más ligeros que el aire.

Diana conectó la pantalla y los contemplaron.

— ¿Globos? —exclamó con incredulidad—. ¿Se trata de alguna broma?

— No están atacando nada…

— No. ¿Por qué iban a soltar millares de globos para dejarles, simplemente, ascender… en la atmósfera?

Se inmovilizó, mirando horrorizada aquel colorido despliegue, cuando se le ocurrió una explicación posible.

— Supongo que esos globos no constituirán una maniobra diversiva para efectuar el ataque a las bases aéreas, ¿verdad?

Diana se volvió salvajemente hacia él.

— ¿Aún no lo comprendes? Lo de las bases de la Fuerza Aérea sí que era una maniobra de diversión. No emplearán reactores para dispersar la toxina, sino globos…

— ¡Qué cosa tan primitiva! Aunque liberasen millones de globos, difícilmente lograrían dispersar la toxina suficiente para causarnos demasiado daño.

— Pues…

Levantó las manos.

— ¿No lo *comprendes*? Lo único que necesitan es liberar una cantidad comparativamente pequeña en la atmósfera a la altura adecuada para que la bacteria sobreviva y se *reproduzca*. Esa maldita materia se multiplicará, contaminará el agua, se convertirá en parte de los organismos vivientes…, de toda la cadena alimentaria… Con gran rapidez, todo en la Tierra quedará envenenado para nosotros…

— Tal vez podríamos recogerlos antes de que estallasen…

— Son demasiado listos como para no haberlo pensado; lo suficientemente listos como para haberlos llenado a una presión que les haga ascender a la altura deseada, donde estallarán. Son mucho más listos de lo que jamás nos hemos llegado a imaginar…

— Un cálculo erróneo, fatal…, para todos nosotros…

— Aquí estamos a salvo —manifestó Diana.

— Hasta ahora —le recordó lúgubremente—. Pero, francamente, no me hago a la idea de pasarme toda la vida aquí contigo…

— Tranquilízate… —repuso, ausente, Diana.

Se volvió para contemplar la colorida flotilla que navegaba a merced del aire, mientras su mente se esforzaba al máximo, tratando de encontrar una solución.

— ¡Malditos…!

Steven miró desde la ventana del tercer piso y vio, esparcidos por el césped de los cuarteles generales de los Visitantes, los cadáveres de los alienígenas. Las fuerzas de resistencia avanzaban resueltamente.

— ¿Qué voy a hacer? —preguntó a Eleanor, con visible inquietud.

— No lo sé —respondió ella aferrada a su escritorio, como si éste pudiese anclarla a la tierra, impedirle que se levantara de la silla, presa del pánico—. Ese polvo rojo que han hecho estallar en esas bombas… ¿He de suponer que te matará a ti también?

— Los mató a ellos —indicó Steven—. Sería bonito imaginarme que soy inmune, pero eso resultaría más bien tonto…

— ¡No seas sarcástico! ¡No sé qué hacer! He venido aquí para protegerme de la muchedumbre que rodeaba mi casa. Y apenas lo he conseguido…

— Tienes que ayudarme —le dijo Steven, mirando a los combatientes que se aproximaban.

Un hombre de cabello grisacerado iba al frente y llevaba a su lado a un joven de pelo castaño oscuro.

— Diles que me rindo, que me pongo en sus manos…

— Muy bien —respondió Eleanor, uniéndose a él en la ventana—. Es Robert Maxwell, mi vecino, y no permitirá que me suceda nada. Vete a la otra habitación. No deben creer que me haces servir como rehén o que se trata de una trampa.

— Bueno… —admitió Steven, cruzando el cuarto hacia el despacho de su secretaria.

Eleanor aguardó hasta que hubo cerrado la puerta; luego abrió del todo la ventana y se inclinó, para que pudiesen verla bien.

— ¡No disparéis! ¡Soy Eleanor Dupres, la madre de Michael Donovan! ¡Soy uno de los vuestros! El líder del cuartel general está aquí, y me ha hecho su prisionera. ¡Socorro!

Mientras la contemplaban, vacilando, la voz de Steven sonó detrás de ella.

— ¡Eres una *perra* doblemente traicionera! ¿Creías que iba a ser tan estúpido como para no escuchar?

Su pistola zumbó.

El disparo empujó a Eleanor a través de la ventana, y su cuerpo cayó desde los tres pisos de altura hasta el cemento de la calzada.

— La sala principal de Control está exactamente ahí delante —explicó Lorraine.

Luego se puso tensa.

— Alguien viene detrás de nosotros. Y muy aprisa.

Donovan, Julie y Sancho se volvieron y prestaron atención al corredor.

— No oigo nada —repuso Juliet, avizorando ansiosamente en las tinieblas.

— Ni tampoco ella —explicó Mike—. Pero percibe las vibraciones del movimiento.

Una figura apareció a la vista, moviéndose con la difusa velocidad de un Visitante.

— No disparéis…

Era Martin.

— ¿Se ha ido ya la lanzadera de escape? —preguntó Juliet.

— Sí —contestó Martin—. Pero Harmy no lo ha hecho.

— ¡Oh, no…! —susurró Juliet.

— Martin, ¿tienes tu tarjeta de acceso? —inquirió Lorraine.

— Está aquí —respondió, acercándose a una puerta e insertando en ella el trozo de plástico.

Al cabo de un momento levantó la mirada.

— Diana debe de haber bloqueado el mecanismo…

Donovan apuntó con su arma.

— En ese caso, tendremos que disparar contra ella. Que alguien vigile. No deseamos enfrentarnos con más soldados de asalto…

Diana activó las pantallas de los monitores que llenaban la habitación. Los Visitantes yacían esparcidos por todas partes en los pasillos de la Nave Madre, y una rápida comprobación en los sistemas de circulación del aire reveló que la toxina seguía esparciéndose, mortalmente, a bordo. El monitor de su cuartel general en Los Angeles mostraba el cuerpo de Steven derrumbado en el vestíbulo, donde había quedado atrapado en el momento en que intentaba escapar. Por la forma en que quedó al caer, resultaba imposible decir qué le había matado. Los combatientes de la resistencia celebraban una fiesta en los jardines, brindando con el contenido de varios barriles de cerveza. La bandera Visitante había sido arriada.

Los monitores internacionales mostraban las mismas escenas de victoria humana y muerte alienígena. Las mandíbulas de Diana se endurecieron.

— Son como niños tontos… Celebran la muerte de su mundo…

Se volvió para mirar a John.

— ¿Tienes tu llave?

— La flota está empezando a ponerse en órbita. Debemos irnos —respondió, con la lengua fuera a causa del nerviosismo.

— ¡Oh, claro que nos iremos! —replicó ella—, pero primero arrasaré este planeta y lo dejaré a merced de los vientos solares…

— ¿Por qué?

John se la quedó mirando.

— Hemos perdido, Diana. Nos han derrotado. Nuestras tropas terrestres ya no regresarán… Todo *ha terminado*. ¿No lo comprendes? ¿O tu vanidad no te permite darte cuenta de ello?

Se oyó un débil ruido en la escotilla de emergencia del otro lado de la sala de control. La pequeña portilla se abrió sobre una escalera que conducía a una lanzadera, la cual podía despegar desde la Sala de Control, estaba prevista para que pudieran huir en último lugar los que manejaban las comunicaciones y el centro militar. Diana se acercó a la portezuela y la abrió, con el arma preparada.

Elizabeth la contempló inexpresivamente desde la cubierta inferior. Estaba sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas. Diana le hizo una señal para que trepase por la escalera.

— ¿Quién es? —preguntó John cuando salió la niña—. ¿Una humana?

— No exactamente. Me parece que nos la llevaremos cuando nos vayamos. Su mente tiene demasiado potencial como para que nuestro pueblo la pierda. Es hija de Robin Maxwell, y Brian es el padre…

John contempló escépticamente a la chiquilla.

— ¿De qué lado está?

— Del nuestro, como es natural… —respondió, airada, Diana—. Apresúrate, John. Tu llave…

El sonido de las pistolas láser les llegó desde el portal principal.

— La están echando abajo —indicó John—. Debemos darnos prisa y subir a bordo de la nave de escape…

— Tu llave, John…

Se quedó mirándola.

— No. No quiero tomar parte en esto. Es obsceno destruir un mundo sólo por salvar tu ego.

Diana le apuntó a la cara con la pistola.

— Piénsalo otra vez, John.

A desgana, le tendió la llave. Moviéndose con precisión y rapidez, Diana introdujo la llave. Empezó la cuenta atrás.

John miró con disgusto a la segunda al mando.

— Pamela dijo que eras ambiciosa, Diana, pero te subestimó. Existe un nivel de la ambición que trasciende la racionalidad. Tú mataste a Pamela, ¿es verdad, Diana? ¡Estás loca!

— ¡Cállate! —replicó Diana, y disparó.

— ¡Ya casi hemos terminado…! —gritó Sancho, cuando la llave de la portezuela comenzó a volverse de un color rojo cereza.

De dentro llegó el ruido de la pulsación de un arma Visitante.

Un zumbido discordante levantó ecos a través de los desiertos pasillos.

Martin tuvo que taparse los oídos.

— ¡Es el mecanismo! ¡Lo ha activado!

— ¡Ya estamos! ¡Mira eso!

La puerta se derrumbó hacia dentro. En el mismo momento, un rayo láser partió hacia ellos. Donovan se agachó, rodando sobre sí mismo y disparando mientras lo hacía. Diana cayó al suelo.

Se introdujeron en el centro Principal de Control. Elizabeth estaba apoyada en una pared, y Diana y John yacían caídos, uno cerca del otro.

— ¿Puedes detener esto? —preguntó Donovan a Martin, mientras contemplaba la caja metálica con su pulsante ojo encarnado.

— No —replicó Martin—. Está programado para una específica cuenta atrás. El tiempo suele ser de tres minutos hasta que se produzca la detonación.

— ¡Nos ha costado unos malditos treinta segundos entrar aquí! —gritó Juliet, sintiendo que su pesadilla de toda la vida amenazaba con abrumarla ahora.

Deseó soltar la pistola y echar a correr, aullando, por el pasillo. Temblaba con tanta violencia que casi dejó caer el arma.

— Todo cuanto puedo hacer es tratar de salir de la órbita —repuso Martin, trabajando

desesperadamente en los controles—. Luego, por lo menos, sólo la sexta parte de nosotros morirá. Pero no creo que haya tiempo suficiente.

Mientras Juliet, Donovan y Sancho permanecían de guardia ante la puerta, los dos Visitantes trabajaron febrilmente. La Nave Madre pareció estremecerse, y luego aumentaron las vibraciones de los motores. La nave se lanzó hacia delante. El azul del cielo comenzó a oscurecerse hasta el índigo.

— Juliet —dijo Diana en voz baja.

Juliet se volvió, preguntándose si en verdad había oído algo, y se acercó para ver el rostro de Diana, aquella cara que formó una parte tan importante en sus horrores subconscientes de los pasados meses.

— Juliet, puedo ayudarte… Permíteme ayudarte…

Las palabras parecían como un lejano suspiro de la criatura que yacía en cubierta. Sólo Juliet lo oyó.

— ¿Quién te ha lastimado, Juliet? Debes matarle…

Juliet se volvió, insegura, mirando la espalda de Donovan. Su mano izquierda tembló, avanzando ligeramente hacia la pistola que sostenía con la derecha.

— Mátale, Juliet…, mátale…, mátale…

Luego, de alguna forma, el arma pasó a la mano izquierda de Juliet, mientras ésta apuntaba a la espalda de Mike. La pistola tembló en su mano, mientras su dedo se aproximaba al botón de disparo.

— Mátale…

— *¡NO!*

Juliet tiró la pistola por la puerta y, volviéndose, arrastró a Diana. Con un odio salvaje, que no se parecía en nada a cualquier cosa que hubiera sentido nunca, empujó el cuerpo hacia la abierta portilla, detrás de ella, lo arrojó y oyó un ruido sordo.

— ¿Qué ha sucedido?

Donovan y Sancho se volvieron y contemplaron a Juliet, sin comprender.

— Según mi reloj, nos queda menos de un minuto —dijo Martin desde el asiento de piloto, ignorando a los humanos—. No vamos a conseguirlo. No logro la altura deseada.

Con inimaginable rapidez, Elizabeth se colocó ante la consola, con los ojos atentos al teclado. Sus dedos empezaron a recorrer velocísimamente las teclas. Apareció en el monitor una brillante secuencia de la clave de los Visitantes.

— ¿Qué está haciendo? —preguntó Donovan.

— Busca el programa de la secuencia de destrucción principal. No puede hacer nada malo —replicó cansinamente Lorraine—. Ya nada tiene importancia…

Los ojos de Elizabeth escudriñaron con rapidez y luego sus manos se movieron de nuevo, introduciendo una orden. Se volvió para sonreír a Juliet y a Donovan, y deslizó una mano entre las de Juliet. Arrodillándose, ésta la abrazó.

— ¡Pobre cosita…! No lo comprende…

Donovan rodeó a Juliet con un brazo, mientras ambos observaban cómo corrían los segundos en el cronómetro del puesto de mando. Continuó, inexorable, el atronador zumbido de la alarma.

Juliet miró a Donovan, con los ojos húmedos.

— Si es que puede valer algo en los últimos veinte segundos de nuestras vidas, quiero decirte que te amo…

— Vale muchísimo… Yo también te amo…

— Ocho —dijo Martin, mirando su reloj—. Siete…, seis…, cinco…, adiós a todos… Es divertido… Tres…, dos…, uno… ¡Allá vamos…!

Juliet contuvo la respiración, en espera de que la oleada de la energía de nova pulverizase su cuerpo.

Al cabo de un largo, muy largo rato, respiró de nuevo… Profundamente.

Martin debe de haberse equivocado en un par de segundos… Ya estamos…

Forzándose a respirar de nuevo, se sintió mareada. La alarma siguió sonando.

— ¡Dios mío!

Juliet alzó las manos.

— ¡No puedo soportarlo! ¡Que acabe de una vez!

— Esto es una locura —intervino Martin—. Debería de haber detonado hace noventa segundos.

Luego se miraron unos a otros, preguntándose si se habrían vuelto locos.

— Si esto es el cielo —comentó Sancho—, me parece que voy a recorrer el lugar.

— ¿Qué sucede? —preguntó Donovan.

Luego le asaltó un pensamiento y se quedó mirando a la niñita, que aún se apoyaba contra su costado.

— Tiene que haber sido Elizabeth. ¿Qué *ha hecho*?

Martin se encontraba ya en la consola, escudriñando el programa que aún brillaba en la pantalla.

— Hace ya mucho tiempo que no me ocupo de esas cosas, Lorraine, ¿puedes explicar lo que está pasando?

La Visitante avanzó hacia la consola y examinó con atención los caracteres Visitantes. Empezó a leer el programa, musitando para sí.

— No lo entiendo. Tres minutos… Eso es… Pero…

Se los quedó mirando.

— ¡Ella lo hizo! Diana dejó una opción de tiempo en el programa. Supongo que para huir. Elizabeth lo reprogramó para que se alimentase a sí mismo. El ciclo continuará indefinidamente…

Juliet había seguido unos cursos elementales de programación antes de graduarse.

— ¿Un *loop* infinito? —preguntó con cautela.

— Eso es —respondió Lorraine—. Podemos desmontar el mecanismo cuando queramos.

Inclinándose, abrazó a la chiquilla.

— *Gracias*, Elizabeth.

— Eres bien venida —replicó Elizabeth, contemplándola con solemnidad.

— ¿Quieres decir… que vamos a vivir? —preguntó Donovan, confundido.

— De momento, por lo menos —respondió, inexpresivamente, Juliet—. Tal vez otros cincuenta o sesenta años.

Donovan se la quedó mirando y luego sonrió.

— ¡Eh, eh! ¡Esto es maravilloso!

De repente se sentó en el suelo, como si sus piernas se hubiesen negado a sostenerle más tiempo.

— No sé si reír o llorar…

— Tengo la sensación de que haré ambas cosas, tal vez al mismo tiempo, en cuanto deje de temblar —repuso Juliet, dejándose caer a su lado y manteniendo a Elizabeth apoyada contra su regazo.

Todos permanecieron sentados durante varios minutos, sonriéndose, con gran alivio en el corazón.

Finalmente, Martin se desperezó.

— Tal vez será mejor que verifiquemos nuestra dirección. Debemos haber sobrepasado ya vuestra luna, y aún seguimos ganando velocidad. No nos gustaría hacer una visita a vuestro Sol o algo así.

Durante un rato manipuló los controles, y luego la pantalla se iluminó ante ellos.

— Echa una mirada, Donovan. Nunca has volado tan alto.

— Sí —jadeó Mike—. Merece ser grabado. Me pregunto si conseguiré llegar a los periódicos. Los periódicos… ¡Oh, maldita sea…!

— ¿Qué pasa? —preguntó Juliet.

— Aquí tengo la cámara. Me había olvidado de ella. Con tantas cosas maravillosas por filmar, y lo he pasado todo por alto.

— Hemos estado más bien atareados… —replicó Juliet—. Probablemente nos llevará algún tiempo empezar acostumbrarnos a eso de volver a grabar las noticias…

— ¿Y para qué sirve eso? Me sentiré muy contento de cambiar mis granadas y mi pistola láser por algo más pacífico… Tal vez dedicarme a las noticias de bodas… Y ya que hablamos de bodas… ¿Quieres casarte conmigo, Juliet?

La mujer frunció el ceño.

— ¡Oh, querido…! Eso es… permanente… Nuestra brecha generacional resulta tan evidente…

— Vamos, haz de mí un hombre honesto. Por favor…

— Lo pensaré. Tal vez deberíamos vivir juntos una temporada para empezar…

— Te firmaré un acuerdo prenupcial…, todo lo que desees. Podríamos ir a Marte a pasar la luna de miel…

— No dices más que tonterías, Donovan.

— ¡Maldita sea…!

— Esto es divertido —intervino Martin—. La lanzadera de escape ha despegado ahora mismo de la cubierta del Control Principal.

— ¿Y cómo lo sabes?

— Es aquí…

Señaló la portilla con la escalera que descendía desde la misma. Juliet se acercó a mirar. El cuerpo de Diana no estaba donde lo había dejado caer.

— ¿Diana? —inquirió Mike.

— Tal vez —respondió—. Pero estaba gravemente herida.

— La lanzadera de escape no tiene radio suficiente para regresar desde aquí a la Tierra —explicó Martin—. Y si regresa, de todas formas está predestinada.

— Tienes razón…

Mike se quedó mirando a su amigo.

— Julie y yo hemos hecho ya nuestros planes. Y tú, ¿qué vas a hacer ahora, Martin?

— En primer lugar, desconectaré el mecanismo de destrucción y apagaré la alarma. Luego…

Pensó durante un momento, mirando a Lorraine.

— Volveremos a casa. Tenemos un montón de cosas que debemos hacer allí…

Se levantó, saludó a todos y salió al pasillo.

Lorraine le vio marcharse y asintió melancólicamente.

— ¿Y qué pasa con Elizabeth? Deberíamos llevarla con nosotros…, aunque un planeta en guerra no es lugar para una chiquilla…

— La Tierra tal vez no sea el lugar más pacífico de la galaxia —replicó Mike—, pero el nuestro por lo menos, no es un conflicto global. Hasta mañana, tal vez…

— Vendrá con nosotros —dijo Juliet—. Quizá ahora podamos, realmente, cumplir el acuerdo que John nos ofreció…

Miró al cadáver del Comandante Supremo.

— Pero esta vez de verdad. Nosotros tenemos cosas que necesitáis, y vosotros tenéis cosas que necesitamos nosotros. Tal vez podamos intercambiarlas. Elizabeth puede convertirse en el puente que el padre Andrew pretendía…

Pareció pensativa.

— Me pregunto si aún estará vivo…

Elizabeth movió la cabeza y susurró.

— Diana le mató.

Varias horas después, reapareció Martin. La alarma llevaba ya sin sonar más de una hora.

— ¿Todo preparado? —preguntó Donovan.

— Sí —contestó el oficial Visitante.

Luego volvió a sentarse ante la consola del piloto.

— El mecanismo ha sido desmontado. Ya nos podemos marchar a casa.

— Estupendo —repuso Juliet, comprobando su reloj—. ¿Y cuánto tiempo durará esto?

— No mucho. Más o menos una hora.

Se sentaron en el suelo, contemplando la pantalla mientras Martin daba, hábilmente, la vuelta a la mastodóntica nave. Ahora veían bien la Tierra. Donovan observó cómo el pequeño creciente azulado que era su mundo crecía con firmeza, y apreció más que nunca su hermosura.

Es una lástima que no pueda verlo Tony…, pensó.

El recuerdo de su amigo suscitó otro en su mente.

— Cuando regresemos —dijo—, tendrás que hacer una escala de un día o dos, Martin. Vamos a estar tan atareados, Juliet, que el «día V» parecerá sólo una excursión campestre dominguera. Resulta agradable que podamos descansar ahora durante unos minutos…

— ¿Y por qué deben quedarse? —preguntó Juliet.

— Por la gente que está en hibernación. Debemos revivirlos. A menos que las autoridades no estén de acuerdo, Martin, supongo que tus compañeros podrán quedarse con el agua. Como un gesto de buena voluntad.

— Gracias, Mike —respondió Martin—. Francamente, no se me ocurre ningún medio para poder devolverla…

— Ni a mí tampoco…

— ¡Qué espantoso! —exclamó Juliet, enderezándose—. Me había olvidado de todas esas pobres personas. ¡Qué horrible! ¿Cómo he podido…?

— Como tú misma has dicho, has estado muy atareada…

Mike le sonrió y luego se puso serio.

— Lo que es terrible —comentó Mike— es que las otras Naves Madre no devolverán su carga…

— Tal vez si ganamos —repuso Martin—, podamos devolvéroslos…

— Sí, quizás algún día… —convino Juliet, tratando de no parecer desagradecida.

Martin no tenía la culpa. Pero pensar en los otros le había recordado que no hay dicha que sea completa, ni victoria que se logre sin muchas muertes y derrotas individuales.

Suspiró, levantando la mirada hacia Donovan.

— Tienes razón —le dijo—, mañana estaremos *muy* atareados…

— Es un problema de responsabilidad —le dijo con su tímida sonrisa—. Si demuestras que eres alguien que se ocupa de las cosas, no hay medio de que te suelten. Pero míralo por el lado más optimista, doctora. Habrá un mañana, aunque hemos estado a punto de no tenerlo.

Permanecieron sentados uno al lado del otro, contemplando cómo aumentaba el tamaño de la Tierra y descansando mientras aún podían hacerlo…

DATOS DE LA PUBLICACION

A.C.CRISPIN
V
PLAZA & JANES EDITORES. S. A.
Título original: V
Traducción de LORENZO CORTINA
Portada de MARTIN RIGO
Primera edición: Febrero, 1985
Copyright © 1984 Warner Bros. Inc.
Copyright de la traducción española: © 1985 PLAZA & JANES EDITORES.
S A Virgen de Guadalupe. 21-33.
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en Inglés con el titulo de V
(ISBN: 0-523-42237-7. Plnnacle Books. Inc. New York. Ed. original.)

Printed in Spain - impreso en España
ISBN: 84-01-32115-8
Depósito Legal: B. 7925-1985

Este libro se imprimió en los talleres de

Printer Industria Gráfica, SA

Sant Vicenç deis Horts

Barcelona

Notas

[1] En español en el original.<<

[2] Vista, o Voluntarios al servicio de Estados Unidos, organismo patrocinado por la Oficina de Oportunidades Económicas de Estados Unidos, que recluta a voluntarios dedicados a la educación y a la enseñanza de los ciudadanos pobres de dicho país.<<

[3] En español en el original.<<

[4] ¡Lárgate!<<